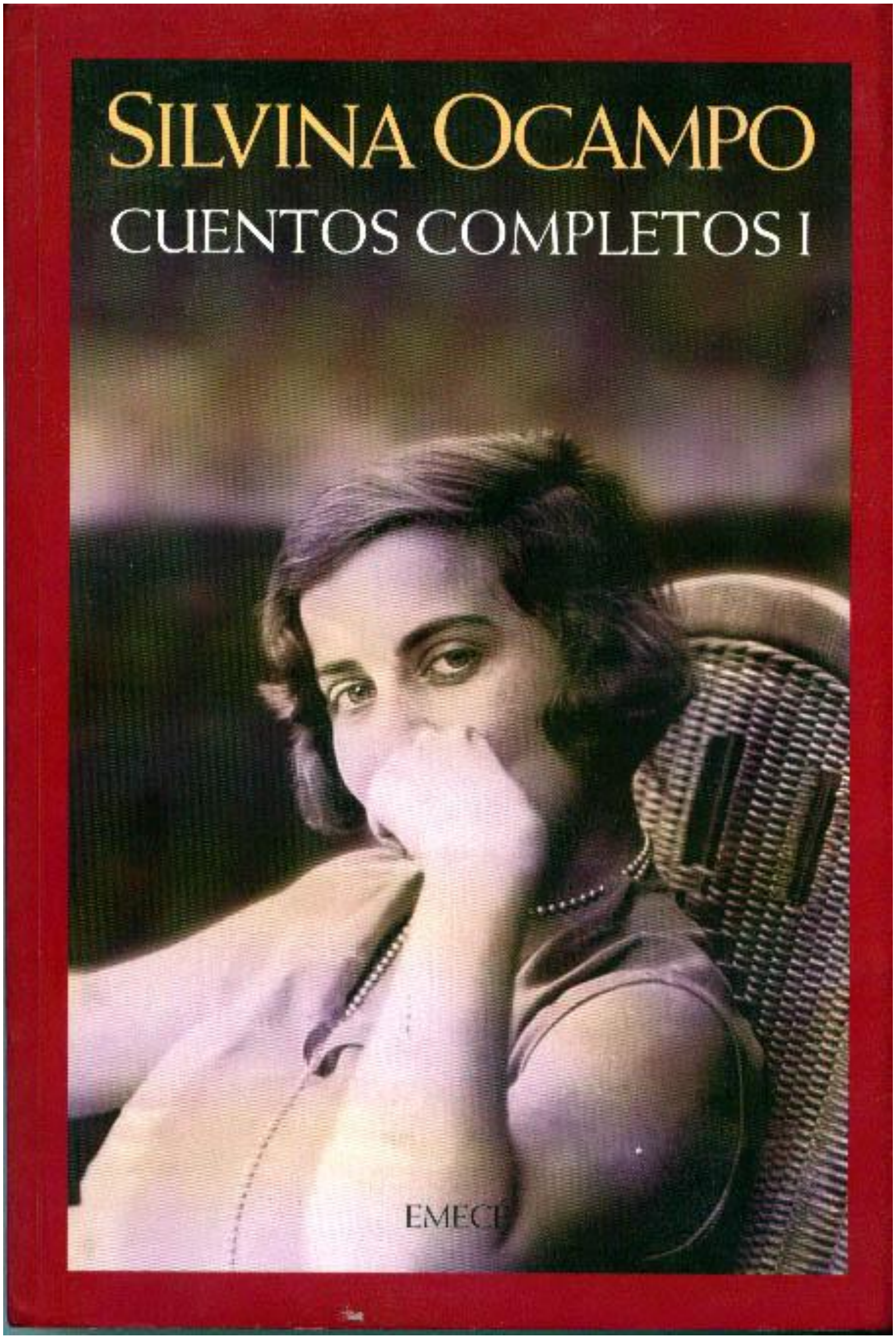

EMECÉ EDITORES

PRIMERA EDICIÓN – BUENOS AIRES 1999

Silvina Ocampo (1903-1993) nació en Buenos Aires. Desde joven estudió dibujo y pintura; uno de sus maestros fue Giorgio De Chirico. Publicó por primera vez en 1937 (Viaje olvidado). En 1940 se casa con Adolfo Bioy Casares y ese mismo año compila con éste y con Borges una Antología de la literatura fantástica. Sus poemas y cuentos aparecieron en la revista Sur que dirigía su hermana Victoria. Entre más de veinte obras publicadas vale recordar: Enumeración de la patria (poemas), Los que aman, odian (novela policial en colaboración con Bioy, Emecé, 1945) y Los traidores (teatro, en colaboración con J. R. Wilcock). Recibió el Premio Municipal de Poesía y el Primer Premio Nacional de Poesía. Realizó numerosas traducciones del inglés y el francés y, a su vez, fue traducida a varios idiomas.

***

"Como el Dios del primer versículo de la Biblia, cada escritor crea un mundo. Esa creación, a diferencia de la divina, no es ex nibilo; surge de la memoria, del olvido que es parte de la memoria, de la literatura anterior, de los hábitos de un lenguaje y, esencialmente, de la imaginación y de la pasión. [...] Silvina Ocampo nos propone una realidad en la que conviven lo quimérico y lo casero, la crueldad minuciosa de los niños y la recatada ternura, la hamaca paraguaya de una quinta y la mitología. [...] Le importan los colores, los matices, las formas, lo convexo, lo cóncavo, los metales, lo áspero, lo pulido, lo opaco, lo traslúcido, las piedras, las plantas, los animales, el sabor peculiar de cada hora y de cada estación, la música, la no menos misteriosa poesía y el peso de las almas, de que habla Hugo. De las palabras que podrían definirla, la más precisa, creo, es genial."
Jorge Luis Borges

***

"Los personajes de Silvina Ocampo callan con gusto [...] y cuando escriben, es para crear otra oscuridad, para tramar una impostura; más aún: para confirmar el carácter de impostura de todo lo demás. Pero si la escritura aporta más sombra que luz, es justamente por la conciencia que ella tiene de esta sombra que cumple con su misión reveladora. [...] La fuerza de esta ferocidad sutil reside en su tranquilidad y su impasibilidad mismas, idénticas a las de los niños, al punto de no excluir una mirada limpia y una sonrisa ligera. Una ferocidad que jamás se separa de la inocencia: inocencia

máscara de la ferocidad, o ferocidad máscara de la inocencia. [...] hay un mundo femenino en el cual Silvina Ocampo se desenvuelve como en un continente oculto, un laberinto de prisiones individuales que rodea y condiciona todo lo que parece simple y evidente en las relaciones humanas, prisiones que el egoísmo edifica alrededor de nosotros mismos.
Italo Calvino

ÍNDICE

Cielo de claraboyas
Esperanza en Flores
El vestido verde aceituna
El Remanso
El caballo muerto
La enemistad de las cosas
Eladio Rada y la casa dormida
El pasaporte perdido
Florindo Flodiola
El retrato mal hecho
Paisaje de trapecios
Las dos casas de Olivos
Los funámbulos
La siesta en el cedro
La cabeza pegada al vidrio
El corredor ancho de sol
Nocturno
Extraña visita
La calle Sarandí
El vendedor de estatuas
Día de Santo
Diorama
El Pabellón de los Lagos
El mar
Viaje olvidado
La familia Linio Milagro
Los Pies Desnudos
La casa de los tranvías
Epitafio romano
La red
El impostor
Fragmentos del libro invisible
Autobiografía de Irene

La liebre dorada
La continuación
El mal
El vástago
La casa de azúcar
La casa de los relojes
Mimoso
El cuaderno
La sibila
El sótano
Las fotografías
Magush
La propiedad
Los objetos
Nosotros
La furia
Carta perdida en un cajón
El verdugo
Azabache
La última tarde
El vestido de terciopelo
Los sueños de Leopoldina
Las ondas
La boda
La paciente y el médico
Voz en el teléfono
El castigo
La oración
La creación
El asco
El goce y la penitencia
Los amigos
Informe del Cielo y del Infierno
La raza inextinguible
Tales eran sus rostros
La hija del toro
Éxodo
Carta bajo la cama
La revelación
Amelia Cicuta
El almacén negro
La escalera

La boda
El progreso de la ciencia
Visiones
El lecho
Anillo de humo
Fuera de las jaulas
Isis
La venganza
El novio de Sibila
El Moro
El siniestro del Ecuador
El médico encantador
El incesto A Juana Ivulich
La cara en la palma
Los amantes
Las termas de Tirte
La peluca
La expiación
El fantasma
La gallina de membrillo
Celestina
Icera
El crimen perfecto
El lazo
Amor
El pecado mortal
Rhadamanthos
El hórreo
El árbol grabado
Carta de despedida
La pluma mágica
El diario de Porfiria Bernal
El diario de Porfiria
Las invitadas
La piedra
Los mastines del templo de Adrano

Cielo de claraboyas

La reja del ascensor tenía flores con cáliz dorado y follajes rizados de fierro negro, donde se enganchan los ojos cuando uno está triste viendo desenvolverse, hipnotizados por las grandes serpientes, los cables del ascensor.

Era la casa de mi tía más vieja adonde me llevaban los sábados de visita. Encima del hall de esa casa con cielo de claraboyas había otra casa misteriosa en donde se veía vivir a través de los vidrios una familia de pies aureolados como santos. Leves sombras subían sobre el resto de los cuerpos dueños de aquellos pies, sombras achatadas como las manos vistas a través del agua de un baño. Había dos pies chiquitos, y tres pares de pies grandes, dos con tacos altos y finos de pasos cortos. Viajaban baúles con ruido de tormenta, pero la familia no viajaba nunca y seguía sentada en el mismo cuarto desnudo, desplegando diarios con músicas que brotaban incesantes de una pianola que se atrancaba siempre en la misma nota. De tarde en tarde, había voces que rebotaban como pelotas sobre el piso de abajo y se acallaban contra la alfombra.

Una noche de invierno anunciaba las nueve en un reloj muy alto de madera, que crecía como un árbol a la hora de acostarse; por entre las rendijas de las ventanas pesadas de cortinas, siempre con olor a naftalina, entraban chiflones helados que movían la sombra tropical de una planta en forma de palmera. La calle estaba llena de vendedores de diarios y de frutas, tristes como despedidas en la noche. No había nadie ese día en la casa de arriba, salvo el llanto pequeño de una chica (a quien acababan de darle un beso para que se durmiera,) que no quería dormirse, y la sombra de una pollera disfrazada de tía, como un diablo negro con los pies embotinados de institutriz perversa. Una voz de cejas fruncidas y de pelo de alambre que gritaba "¡Celestina, Celestina!", haciendo de aquel nombre un abismo muy oscuro. Y después que el llanto disminuyó despacito... aparecieron dos piecitos desnudos saltando a la cuerda, y una risa y otra risa caían de los pies desnudos de Celestina en camisón, saltando con un caramelo guardado en la boca. Su camisón tenía forma de nube sobre los vidrios cuadriculados y verdes. La voz de los pies embotinados crecía: "¡Celestina, Celestina!". Las risas le contestaban cada vez más claras, cada vez más altas. Los pies desnudos saltaban siempre sobre la cuerda ovalada bailando mientras cantaba una caja de música con una muñeca encima.

Se oyeron pasos endemoniados de botines muy negros, atados con cordones que al desatarse provocan accesos mortales de rabia. La falda con alas de demonio volvió a revolotear sobre los vidrios; los pies desnudos

dejaron de saltar; los pies corrían en rondas sin alcanzarse; la falda corría detrás de los piecitos desnudos, alargando los brazos con las garras abiertas, y un mechón de pelo quedó suspendido, prendido de las manos de la falda negra, y brotaban gritos de pelo tironeado.
El cordón de un zapato negro se desató, y fue una zancadilla sobre otro pie de la falda furiosa. Y de nuevo surgió una risa de pelo suelto, y la voz negra gritó, haciendo un pozo oscuro sobre el suelo: "¡Voy a matarte!". Y como un trueno que rompe un vidrio, se oyó el ruido de jarra de loza que se cae al suelo, volcando todo su contenido, derramándose densamente, lentamente, en silencio, un silencio profundo, como el que precede al llanto de un chico golpeado.
Despacito fue dibujándose en el vidrio una cabeza partida en dos, una cabeza donde florecían rulos de sangre atados con moños. La mancha se agrandaba. De una rotura del vidrio empezaron a caer anchas y espesas gotas petrificadas como soldaditos de lluvia sobre las baldosas del patio. Había un silencio inmenso; parecía que la casa entera se había trasladado al campo; los sillones hacían ruedas de silencio alrededor de las visitas del día anterior.
La falda volvió a volar en torno de la cabeza muerta: "¡Celestina, Celestina!", y un fierro golpeaba con ritmo de saltar a la cuerda.
Las puertas se abrían con largos quejidos y todos los pies que entraron se transformaron en rodillas. La claraboya era de ese verde de los frascos de colonia en donde nadaban las faldas abrazadas. Ya no se veía ningún pie y la falda negra se había vuelto santa, más arrodillada que ninguna sobre el vidrio.
Celestina cantaba Les Cloches de Corneville, corriendo con Leonor detrás de los árboles de la plaza, alrededor de la estatua de San Martín. Tenía un vestido marinero y un miedo horrible de morirse al cruzar las calles.

Esperanza en Flores

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, era ya muy tarde. La lámpara de kerosene chistaba a la noche, aquietándola como una madre a un hijo que no quiere dormirse, y Esperanza se quedaba desvelada a las doce de la noche, después de haber pasado el día durmiéndose en los rincones. Uno, dos, tres, cuatro, cinco habían sido los caballos negros atados al coche fúnebre que llevaron a su marido cubierto de flores hasta la Chacarita, y desde ese día abundaban las visitas en la casa. Sus amigas la habían querido llevar a pasear un domingo porque estaba pálida. Uno, dos, tres, Esperanza se había hecho rogar, y después por fin había salido hasta la plaza de Flores y allí se había sentado en un banco con dos señoras vecinas, hermanas del almacenero. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, un hombre detrás de un árbol

desabrochaba su pantalón y Esperanza miraba el cielo a través de las ramas. "Esperanza, no podés seguir así. Esperanza, no podés seguir así, te vas a enfermar. Hay que conformarse al destino", le decían sus amigas.

Uno, dos, tres, alguien golpeaba la puerta de entrada. Esperanza estaba en el punto liso de su tejido y dijo: "¿Quién es?". Florián entró despacito con los ojos dormidos "¿Florián a estas horas?" Florián dormía en la cama de su hermana, no hacía ni media hora, cuando la madre lo despertó sacándolo a tirones: había visitas y no alcanzaban las camas.

Salvo los domingos y días de fiesta era siempre de noche cuando llegaban las visitas: a esa hora la radio tocaba una música que las atraía, sin duda.

Esperanza no conocía de esa casa más que a Florián. Los chismes de las vecinas caían sobre las hermanas y las madres, que tenían todas ondulaciones permanente (¿croquiñol o permanente al aceite?; una seria discusión se había establecido entre las hermanas del almacenero), tenían todas barniz en las uñas y no pagaban al panadero. Florián se hacía la rabona y pedía limosna en la calle, desviando un ojo. Pero, casi siempre, con su cara original de ángel, ganaba más limosnas que con su ojo perdido. Esperanza no sabía ese tejemaneje, creía en la virtud azul de los ojos de Florián, en sus diez años, en su timidez, en su voz quejosa ejercitada en pedir limosnas. No hubiera admitido ni siquiera el sufrimiento o el hambre de un chico que se hace la rabona pidiendo limosna con un ojo voluntariamente tuerto. Hubiera visto a ese chico desmenuzarse debajo de un ómnibus, morirse de hambre en una esquina, suicidarse con un cuchillo sucio de cocina: no hubiera dado un paso por salvarlo. Sólo la virtud inocente de los ojos de Florián, igual a los ojos de un Niño Jesús, le ganaba el corazón, hasta hacerlo sentar a veces sobre sus escasas faldas a las doce de la noche cuando estaba sola. Entonces, creyendo salvarlo de su familia, le enseñaba oraciones que venían escritas detrás de las estampas, con veinte, cuarenta, cincuenta días de indulgencias.

El sueño ponía sus manos santas sobre los ojos de Florián, mientras contaba todo lo que había trabajado en la casa aquel día. Había ayudado a Leonor a barrer el cuarto. Leonor tenía que planchar un camisón nuevo, tenía que arreglar las flores de papel en el florero de su cuarto sobre una carpeta de macramé. Y él había tenido que limpiar el excusado, había tenido que pelar las papas, limpiar todas las verduras para el almuerzo.

”¡Pobre angelito!" -suspiraba Esperanza-. Después había llegado tarde al colegio por culpa de su hermana; la maestra le había pegado con un látigo que tenía escondido en un cajón del pupitre. Le había dicho que no quería recibir ningún vago en la escuela, ningún muerto de hambre, ningún hijo de puta. Esperanza levantó sus anchos brazos sacudidos de espanto: "¿Es posible que la maestra te haya dicho esas cosas?". Florián, mártir de su sueño, decía sí con la cabeza.

El día quedaba muy lejos detrás de la noche, y recordaba que había recorrido las calles de más tráfico torturándose los ojos, sin conseguir una limosna, y cuando volvía a su casa con su rostro cotidiano, sin hacer ningún esfuerzo para conmover a nadie, una señorita le había dado un peso entero en monedas, averiguándole su nombre. Había gastado el peso en cinematógrafo, masitas y tranvía; no quería volver a su casa con un solo centavo en el bolsillo. Sus hermanas lo desvalijaban, ellas que ganaban por lo menos cuatro pesos por día. Todo eso no se lo podía contar a Esperanza; tampoco le podía contar que había hecho pis contra un automóvil nuevo y que le había roto la blusa a su hermana. "Hijo de puta" -le había dicho el hijo del frutero-. “Tu madre no me paga pero yo le pago a ella. Tendrá que pagarme el vidrio de mi vidriera que me has roto, o bien los llevaré a todos a la comisaría”. Pero al día siguiente, Valentini, el frutero, llegaría a la casa como siempre, repartiendo sonrisas y bombones con versitos de almacén, y al entrar a la pieza de su hermana le daría una palmadita en la cara, diciéndole: "Pícaro, pícaro". Es que Valentini se olvidaba de todo cuando estaba con sus hermanas; cuando llegaba a casa de Florián no parecía ni siquiera un pariente lejano del frutero Valentini de delantal blanco, ofreciendo sus mercaderías a través de las vidrieras. ¿Qué virtud tan extraordinaria tenían sus hermanas?

Esperanza guardó el tejido en una canastita. Uno, dos, tres, cuatro, cinco puntos faltaban para terminar la fila, y eso la iba a desvelar. Volvió a tomar el tejido. Uno, dos, tres, cuatro, cinco años faltaban para terminar de pagar la casa por mensualidades. Mientras tanto vendería sus tejidos; era un modo honrado de ganarse la vida, y no como estas malas mujeres, estas mujeres de la calle.

Sin darse cuenta, hablaba en alta voz. Florián, sonámbulo de sueño, se retiraba silenciosamente en dirección a la cama de su hermana, con la esperanza de encontrar sitio para él.

"Mi hijito, es la hora de dormirse." Esperanza se dio vuelta y se encontró sola frente a la lámpara de kerosene. No se oía más que el canto de la luz que le decía despacito que se callara.

El vestido verde aceituna

Las vidrieras venían a su encuentro. Había salido nada más que para hacer compras esa mañana. Miss Hilton se sonrojaba fácilmente, tenía una piel transparente de papel manteca, como los paquetes en los cuales se ve todo lo que viene envuelto; pero dentro de esas transparencias había capas delgadísimas de misterio, detrás de las ramificaciones de venas que crecían como un arbolito sobre su frente. No tenía ninguna edad y uno creía sorprender en ella un gesto de infancia, justo en el momento en que se

acentuaban las arrugas más profundas de la cara y la blancura de las trenzas. Otras veces uno creía sorprender en ella una lisura de muchacha joven y un pelo muy rubio, justo en el momento en que se acentuaban los gestos intermitentes de la vejez.

Había viajado por todo el mundo en un barco de carga, envuelta en marineros y humo negro. Conocía América y casi todo el Oriente. Soñaba siempre volver a Ceilán. Allí había conocido a un indio que vivía en un jardín rodeado de serpientes. Miss Hilton se bañaba con un traje de baño largo y grande como un globo a la luz de la luna, en un mar tibio donde uno buscaba el agua indefinidamente, sin encontrarla, porque era de la misma temperatura que el aire. Se había comprado un sombrero ancho de paja con un pavo real pintado encima, que llovía alas en ondas sobre su cara pensativa. Le habían regalado piedras y pulseras, le habían regalado chales y serpientes embalsamadas, pájaros apolillados que guardaba en un baúl, en la casa de pensión. Toda su vida estaba encerrada en aquel baúl, toda su vida estaba consagrada a juntar modestas curiosidades a lo largo de sus viajes, para después, en un gesto de intimidad suprema que la acercaba súbitamente a los seres, abrir el baúl y mostrar uno por uno sus recuerdos. Entonces volvía a bañarse en las playas tibias de Ceilán, volvía a viajar por la China, donde un chino amenazó matarla si no se casaba con él. Volvía a viajar por España, donde se desmayaba en las corridas de toros, debajo de las alas de pavo real del sombrero que temblaba anunciándole de antemano, como un termómetro, su desmayo. Volvía a viajar por Italia. En Venecia iba de dama de compañía de una argentina. Había dormido en un cuarto debajo de un cielo pintado donde descansaba sobre una parva de pasto una pastora vestida de color rosa con una hoz en la mano. Había visitado todos los museos. Le gustaban más que los canales las calles angostas, de cementerio, de Venecia, donde sus piernas corrían y no se dormían como en las góndolas.

Se encontró en la mercería El Ancla, comprando alfileres y horquillas para sostener sus finas y largas trenzas enroscadas alrededor de la cabeza. Las vidrieras de las mercerías le gustaban por un cierto aire comestible que tienen las hileras de botones acaramelados, los costureros en forma de bomboneras y las puntillas de papel. Las horquillas tenían que ser doradas. Su última discípula, que tenía el capricho de los peinados, le había rogado que se dejase peinar un día que, convaleciente de un resfrío, no la dejaban salir a caminar. Miss Hilton había accedido porque no había nadie en la casa: se había dejado peinar por las manos de catorce años de su discípula, y desde ese día había adoptado ese peinado de trenzas que le hacía, vista de adelante y con sus propios ojos, una cabeza griega; pero, vista de espalda y con los ojos de los demás, un barullo de pelos sueltos que llovían sobre la nuca arrugada. Desde aquel día, varios pintores la habían mirado

con insistencia y uno de ellos le había pedido permiso para hacerle un retrato, por su extraordinario parecido con Miss Edith Cavell.
Los días que iba a posarle al pintor, Miss Hilton se vestía con un traje de terciopelo verde aceituna, que era espeso como el tapizado de un reclinatorio antiguo. El estudio del pintor era brumoso de humo, pero el sombrero de paja de Miss Hilton la llevaba a regiones infinitas del sol, cerca de los alrededores de Bombay.
En las paredes colgaban cuadros de mujeres desnudas, pero a ella le gustaban los paisajes con puestas de sol, y una tarde llevó a su discípula para mostrarle un cuadro donde se veía un rebaño de ovejas debajo de un árbol dorado en el atardecer. Miss Hilton buscaba desesperadamente el paisaje, mientras estaban las dos solas esperando al pintor. No había ningún paisaje: todos los cuadros se habían convertido en mujeres desnudas, y el hermoso peinado con trenzas lo tenía una mujer desnuda en un cuadro recién hecho sobre un caballete. Delante de su discípula, Miss Hilton posó ese día más tiesa que nunca, contra la ventana, envuelta en su vestido de terciopelo.
A la mañana siguiente, cuando fue a la casa de su discípula, no había nadie; sobre la mesa del cuarto de estudio, la esperaba un sobre con el dinero de medio mes, que le debían, con una tarjetita que decía en grandes letras de indignación, escritas por la dueña de casa: "No queremos maestras que tengan tan poco pudor". Miss Hilton no entendió bien el sentido de la frase; la palabra pudor le nadaba en su cabeza vestida de terciopelo verde aceituna. Sintió crecer en ella una mujer fácilmente fatal, y se fue de la casa con la cara abrasada, como si acabara de jugar un partido de tenis.
Al abrir la cartera para pagar las horquillas, se encontró con la tarjeta insultante que se asomaba todavía por entre los papeles, y la miró furtivamente como si se hubiera tratado de una fotografía pornográfica.

El Remanso

La estancia El Remanso quedaba a cuatro horas de tren, en el oeste de Buenos Aires. Era un campo tan llano que el horizonte subía sobre el cielo por los cuatro lados, en forma de palangana. Había varios montes de paraísos color de ciruela en el verano y color de oro en el otoño; había una laguna donde flotaban gritos de pájaros extraños; había grupos de casuarinas que parecían recién llegados de un viaje en tren, y sin embargo contenían en sus hojas de alfileres una sonoridad muy limpia, bañada por el mar; había una infaltable calle de eucaliptos que llevaba hasta la casa. Y en esa casa, tan sólo de un lado no se veía el horizonte, pero no era ni del lado en que se acostaba el sol ni del lado en que se levantaba. Estaba rodeada

de corredores donde se reflejaban lustrosas las puestas de sol y donde se estiraba el mugido de la hacienda.

Era una mañana radiante cuando Venancio Medina había llegado a la estancia, en un vagón que le había prestado el almacenero, cargado con un baúl roto, un ropero sin espejo, cuatro atados de ropa, un perrito blanco enrulado, su mujer y sus dos hijas. Le habían indicado la casita blanca de dos cuartos donde iban a vivir él y su familia. Venancio Medina había examinado desde el primer instante los corredores de la casa grande, donde estaban sentados en ruedas de medias lunas los dueños de casa. Había media docena de chicos. La familia se componía de varias familias juntas, y Venancio creyó al principio que la mayor parte eran visitas.

La familia, inmovilizada sobre escalones progresivos de sueño, pareció conmoverse al ver desembarcar del vagón a Venancio Medina con su chica más chiquita en los brazos. Más que una chica, parecía un monito vestido de rojo. En seguida corrió parte de la familia inmovilizada, movilizada en busca de la chica. Venancio Medina sintió sobre su brazo las polleras empapadas de la hija que acababa de hacerse pis, pero no pudo retenerla de las manos que se la llevaban hasta el comedor de su casa, donde la pusieron sobre la mesa como un postre, contemplándole por todos lados su llanto inarticulado. Venancio miraba desde la puerta, absorto, y el nombre de su hija revoloteaba por toda la casa, como en su casa el nombre del perrito enrulado.

De eso hacía ya más de diez años. Venancio había entrado a la estancia en calidad de casero, pero sus actividades múltiples lo llevaron desde mucamo de comedor, cuando los sirvientes abandonaban la casa, hasta jardinero cuando el jardinero llegaba a faltar. Fue después cuando eligió definitivamente el puesto de cochero. Y era evidente que había nacido para ser cochero, con sus grandes bigotes y un chasquido inimitable de lengua contra el paladar, que hacía trotar cualquier caballo sobre el barro más pesado. Los chicos, sentados sobre el pescante del break, trataban de imitar ese ruido opulento y mágico que aventajaba el látigo para poner en movimiento las ancas de los caballos.

Mientras tanto, la mujer de Venancio se ocupaba de la casa; era ella la que hacía el trabajo de los dos, siempre rezongando y pegando a sus hijas; siempre furiosa de trabajo, con la cabeza lista a esconderse dentro del cuerpo como la cabeza de una tortuga, en cuanto alguien se le acercaba.

Sus dos hijas crecían perezosas y lánguidas como flores de invernáculo. Siempre los otros chicos las llamaban para jugar en el jardín, justo en el momento en que la madre las perseguía con una escoba para que barrieran. Y se iban llenas de risas por entre los árboles, Libia y Cándida, adonde las esperaban entre nubes de mosquitos las confidencias asombrosas de esa familia de chicos de todas las edades y de todos los

sexos. Se habían vuelto imprescindibles. Si no estaban Libia y Cándida, no había bastantes árboles para jugar a Las Esquinitas; si no estaban Libia y Cándida, no había bastantes vigilantes para jugar a Los Vigilantes y Ladrones; si no estaban Libia y Cándida, no había bastantes nombres de frutas para jugar a Martín Pescador. Y a lo largo del día, jugaban escapándose de las siestas en los cuartos dormidos. Sentían un delicioso placer que las arrancaba de sus padres. Presenciaban los odios mortales que dividían a los chicos en bandadas de insultos que se gritaban de un extremo al otro del parque, sentados en los bancos con aire de meditación. (A veces, no les alcanzaban los nombres de animales para insultarse; tenían que recurrir al diccionario.)

Libia y Cándida tenían los libros de misa llenos de retratos de sus amigas. Sentían el desarraigo de no poder preferir a ninguna, de miedo a que se resintieran las otras. Y se pasaban los inviernos en la estancia vacía, esperando cartas prometidas que no llegaban. Y a medida que iban creciendo, disminuía levemente alrededor de ellas ese cariño que era del color del sol que las unía en verano. Los vestidos que les regalaban les quedaban justos, no había que soltar ningún dobladillo, no había que deshacer ninguna manga. Libia y Cándida entraban como ladronas a la casa grande, cuando la familia no estaba, para mirarse en los altos espejos. Estaban acostumbradas a verse con un ojo torcido y con la boca hinchada en un espejo roto, y el vestido invariablemente quedaba en tinieblas; pero en la casa grande abrían las persianas y se quedaban en adoración delante de sí mismas, y creían ver en esos espejos a las niñas de la casa.

Cándida, un día, se acercó tanto al espejo que llegó a darse un beso, pero al encontrarse con la superficie lisa y helada donde los besos no pueden entrar, se dio cuenta de que sus amigas la abandonaban de igual manera. El cariño que antes le enviaban, a veces en forma de tarjeta postal, ahora se lo enviaban en forma de vestido y de sonrisa helada cuando estaban cerca. Ya no había palabras, ya no había gestos, si no era el abrazo de las mangas vacías de los vestidos envueltos que venían de regalo. Cándida huyó ante su imagen y en el movimiento patético de su huida, que le retenía los ojos en el espejo, creyó ver un parentesco lejano con una estrella de cine que había visto un día en un film, donde la heroína se escapaba de su casa.

Llegaba el verano, llegaba el invierno y volvía el verano; eran grandes; los dueños de la estancia apenas las llamaban los domingos para llevarlas a misa. El odio crecía en ellas por el padre satisfecho y la madre furiosa.

Venancio Medina era cada vez más dueño de la estancia. Cuando iba hasta la estación a buscar las visitas, ante las exclamaciones de admiración de los viajeros, sacudía la cabeza y decía con modestia: "¡Qué va a ser lindo! ¡No

tiene nada de lindo! ¡Hay otras estancias más lindas!"
Las hijas de Venancio pensaban que ninguna estancia podía ser linda, detestaban el canto tranquilo de las palomas a mediodía, detestaban las puestas de sol que dejaban manchas muy sucias de fruta en el cielo, detestaban, sobre todos los horrores humanos, el silencio. Libia se casó con el primer hombre que le ofreció llevársela a vivir cerca del macadam; gastaron todos los ahorros en muebles que no cabían en la casa demasiado chiquita. Así vivió en un amontonamiento de chicos recién nacidos, de muebles sucios, de carpetas bordadas y almohadones en que nunca tenía tiempo de sentarse a descansar.
Cándida, el mismo día, sin decir adiós a sus padres, tomó un tren que iba a Buenos Aires, con un atado de vestidos, donde llevaba los brazos vacíos de sus amigas.

El caballo muerto

Sentían que llevaban corazones bordados de nervaduras como las hojas, todas iguales y sin embargo distintas en las láminas del libro de Ciencias Naturales. Las tres corrían juntas en el fondo del jardín; de tarde tenían el pelo desatado en ondas que se levantaban detrás de ellas; corrían hasta el alambrado que daba sobre el camino de tierra. Se olía de tanto en tanto pasar la respiración acalorada del tren, que provocaba la nostalgia de un viaje sobre la suprema felicidad de la cama de arriba, en un camarote lleno de valijas y de vidrios que tiemblan.
Eran las cinco de la tarde en la sombra de las hamacas abandonadas, hamacadas por el viento, cuando veían pasar todos los días un chico a caballo, con los pies desnudos. Desde el día en que habían visto ese caballo obscuro con un chico encima, una presencia milagrosa las llevaba juntas, en remolinos de corridas por todo el jardín. Nunca habían podido ser amigas, siempre había una de las dos hermanas que se iba sola, caminando con un cielo de tormenta en la frente, y la otra con el brazo anudado al brazo de su amiga. Y ahora andaban las tres juntas, desde la mañana hasta la noche. Miss Harrington ya no tenía ningún poder sobre ellas; era inútil que tragara el jardín con sus pasos enormes, llamándolas con una voz que le quedaba chica. La pobre Miss Harrington lloraba de noche, en su cuarto, lágrimas imperceptibles. Había llegado a esa casa una tarde de Navidad. Los chicos escondieron abundantes risas detrás de la puerta por donde la veían llegar. Los largos pasos de sus piernas involuntarias, hacían de ella una institutriz insensible y severa. En ese momento, Miss Harrington se sintió más chica que sus discípulos: no sabía nada de geografía, no podía acordarse de ningún dato histórico; desamparada ante la largura de sus pasos, subió la escalera de un interminable suplicio, que la llevó hasta el

cuarto de la dueña de casa.
Hacía cuatro años que estaba en la casa y vivía recogiendo los náufragos de las peleas. Ahora no había peleas para preservarla de su soledad: los varones estaban ese año en un colegio, las tres chicas estaban demasiado unidas para oír a ningún llamado. Asombraba en la casa ese tríptico enlazado que antes vivía de rasguños y tirones de pelo. Estaban tan quietas que parecía que posaban para un fotógrafo invisible, y era que se sentían crecer, y a una de ellas le entristecía, a las otras dos les gustaba. Por eso estaban a veces atentas y mudas, como si las estuvieran peinando para ir a una fiesta.
A las cinco de la tarde, por el camino de tierra pasaba a caballo el chico del guardabarrera, que las llevaba, corriendo por el deseo de verlo, hasta el alambrado. Le regalaban monedas y estampas, pero el chico les decía cosas atroces.
De noche, antes de dormirse, las tres contaban las palabras que les había dicho, las contaban mil veces, de miedo de haber perdido algunas en el transcurso del día, y se dormían tarde.
Un día que había torta pascualina para el almuerzo, y treinta grados en el termómetro del corredor -apenas parpadeaban las sombras de los árboles a las cinco de la tarde-, ya no galopaba más el caballo sobre el camino: estaba muriéndose en el suelo y el chico le pegaba con un látigo, con sus gritos y con sus miradas. El caballo ya no se movía, tenía los ojos grandes, abiertos, y en ellos entraba el cielo y se detenían los golpes. Estaba muerto como un cabrón sobre la tierra.
Y más tarde, subía la noche llenando el jardín de olor a caballo muerto. Volaban las pantallas de las moscas por toda la casa.
El canto de los grillos era tan compacto que no se oía. Una de las dos hermanas iba sola caminando.
Miss Harrington, que estaba recogiendo datos históricos, se sonrió por encima de su libro al verlas llegar.

La enemistad de las cosas

Arqueó su boca al bajar los ojos sobre la tricota azul que llevaba puesta. Desde hacía días, una aprensión inmensa crecía insospechadamente por todas las cosas que lo rodeaban. A veces era una corbata, a veces era una tricota o un traje que le parecía que provocaba su desgracia. Había jurado analizar los hechos y las coincidencias para poner fin a sus dudas.
Desde esa mañana de invierno en que había salido de Buenos Aires, no hacía ni tres días, dejaba abierta para las traiciones una extensión que llegaba hasta el día de su nacimiento. Aquella ausencia pesaba sobre él varios meses atrás, como una fatalidad imprevisible; tenía que ir a revisar

el campo; no podía escapar a su destino, y dócilmente se había ido en un tren que lo mataba de una estación a otra.

Pasó la mano por su frente, y al sentirse despeinado, supo que estaba en el campo. Había estado hasta entonces sordo al silencio que hacían los árboles en torno de la casa, sordo a la claridad del cielo, sordo a todo, salvo a la turbación que lo habitaba. Ya no se acordaba más: cuando era chico, en esa estancia le gustaba tener que cruzar la noche alumbrada por una lámpara de kerosene o por la luna, para llegar desde el comedor hasta el cuarto de dormir, y esa felicidad lo había llevado siempre de la mano al cruzar el patio. No había sido nunca chico aquel día.
Súbitamente, se daba cuenta de que vivía rodeado de la enemistad de las cosas. Se daba cuenta que el día que había estrenado esa tricota azul con dibujos grises (que su madre le había mandado hacer), su novia había estado distante paseando sus ojos inalcanzables por épocas misteriosas y escondidas de su vida, que la hacían sonreír una sonrisa tierna, que a él le resultaba dura como de piedra donde caían de rodillas las súplicas, "¿En qué piensas?"; y ella había tenido un gesto de impaciencia, y esa impaciencia había crecido con resorte al contacto de sus gestos, al contacto de sus palabras. En ese momento ya no sabía caminar sin tropezar, no sabía tragar sin hacer un ruido extraordinario y su voz se había desbocado en los momentos que requerían más silencio. El odio o la indiferencia que había levantado aquel día estaban ahí delante de él palpables y sólidos como una pared de piedra.

Más tarde, cuando volvió a su casa, recordó que al desvestirse había sentido como una liberación. Llamó el teléfono, y la ternura de su novia era para él solo: una cama donde uno se duerme cuanto uno está muy cansado.

Eladio Rada y la casa dormida

La casa era de varios pisos. Era una casa de campo con trechos inmensos de playas desiertas, donde se asomaban los árboles y los ladrones. En los techos crecían cada día nuevas telarañas que enardecían el plumero más alto de la casa; y brotaba de los muebles y de las sábanas guardadas como plantas de un invernáculo obscuro, olor a choclo recién cortado.
Hacía frío de invierno en la casa vacía, pero a Eladio Rada, el casero, las estaciones no se le anunciaban ni por el frío ni por el calor. Nunca miraba el cielo. La llegada o la ausencia de la familia era el único cambio de estación que él conocía. Cuando empezaba a oír su nombre cercándolo a gritos por todos lados, voces grandes, voces chicas llamándolo: "Eladio", "Eladio",

sabía que llegaba el buen tiempo y que la familia pronto vendría a invadir la casa; sabía que entonces las camas todas las noches se llenarían de mosquiteros, habría que quitar los forros blancos de los muebles, habría que encerar los pisos para que los niños patinaran encima, rayándolos con resplandores opacos.

Y entonces, sólo entonces, oía cantar las chicharras del jardín y ya no se animaba a mirar la estatua desnuda del hall.

Pero ahora vivía en la mitad del invierno, la casa era de él solo y de los cuatro perros que debía cuidar. Él mismo tenía que hacerse la comida, en un calentador Primus, que susurraba en el silencio de mediodía y de la noche. Hubiera tenido tiempo para dormir la siesta y para pensar en la mujer con quien quería casarse, si no hubiera sido por el miedo a los ladrones.

Había lugares inexplorados de la casa, en donde se oían ruidos, de noche, que lo despertaban; entonces se levantaba con la escopeta que le habían dado los patrones, revisaba las persianas, pero nunca llegaba hasta ese lugar lejano y misterioso por donde entran los ruidos de la noche que hacen ladrar a los perros. Por eso Eladio Rada se dormía de día en los bancos del jardín y los chicos se burlaban de su cara de idiota.

En un cajón lleno de clavos, recortes de diarios y alambres viejos, Eladio tenía guardada la fotografía de su novia. Sabía lavar bien y cocinar mejor, era trabajadora. Habían salido a pasear unas cuantas veces y era el único recuerdo de su vida. Eladio no sabía cómo hacer para pedirle que se casara con él, y cada vez que intentaba decírselo, ponía cara de perro enojado, dándole empujones al cruzar las calles; pero Angelina no se daba cuenta de nada, ni siquiera le dolían los empujones y se despedía en las esquinas de las calles, riéndose con los jardineros.

Eladio se pasaba las horas de invierno con los ojos sumidos en las baldosas del corredor. Angelina había desaparecido. No sabía si había soñado una novia con quien se fotografió en el Jardín Zoológico, un día memorable que fue a pasear a Buenos Aires. Angelina se había apoyado ese día sobre su brazo porque estaba cansada; llevaba un traje nuevo. No tenía otro recuerdo. Y cuando cruzaba el hall se detenía, mirando para otro lado, junto a la estatua desnuda. ¿Así sería el cuerpo de una mujer? Angelina debía de ser tres veces más linda, tres veces más gorda, cuando se bañaba tal vez desnuda por las mañanas.

En esos momentos en que la cabeza de Eladio se surcaba de corredores por donde paseaba Angelina, su novia perdida, invariablemente oía ruidos de ladrones invisibles que hacían ladrar los perros, y salía por la casa desierta a revisar las persianas que se multiplicaban alrededor de la casa.

Un día Eladio Rada se moriría y en el momento de morirse desfallecido en la cama del hospital, con los ojos perdidos en las regiones del techo, se

levantaría a revisar las persianas y las puertas de la casa, donde se asomarán los ángeles.

El pasaporte perdido

"Certifico que Da. Claude Vildrac, de estado soltera, de profesión..., que sí lee y escribe, y cuya fotografía, impresión digitopulgar derecha y firma figuran al dorso, es nacida... 15 de abril de 1922... en el pueblo... Cap. Federal, Buenos Aires, Rep. Argentina... tiene 1m 40 cm de altura, el cutis de color blanco, cabello rubio, nariz de dorso recto, boca med. y orejas med."...

Claude seguía las huellas de su cara con las dos manos y mirando el pasaporte pensaba: "No tengo que perder este pasaporte. Soy Claude Vildrac y tengo 14 años. No tengo que olvidarme; si pierdo este pasaporte ya nadie me reconocería, ni yo misma. No tengo que perder este pasaporte. Si llegara a perderlo, seguiría eternamente en este barco hasta que los años lo usaran y prepararan para un naufragio. Los barcos viejos tienen todos que naufragar, y entonces tendría que morirme ahogada y con el pelo suelto y mojado, fotografiada en los diarios: La chica que perdió su pasaporte".

"Tengo que llegar a Liverpool, en donde me espera mi tía con el sombrero en la punta de la cabeza. Mi tía Mabel tiene una casa grande con cinco perros, tres daneses y dos galgos. Un galgo blanco que llegó fotografiado en una de las cartas breves de Mabel: 'This is my beautiful Lightning', nombre difícil para un perro, a quien hay que llamar muchas veces. Mi tía Mabel tiene un jardín con flores y una fábrica de tejidos. No quiero llegar demasiado pronto a Liverpool, porque los días a bordo son todos días de fiesta, y quiero tener muchos días de fiestas corriendo por la cubierta, sola, sola, sola, sin que nadie me cuide."

"Alguien me preguntó si estaba triste, porque anoche apoyaba mis manos sobre mis ojos de sueño. No, no estaba triste; mi padre me recomendó al comisario de a bordo y a una familia de nombre extraño que se me olvida todo el tiempo. El día que salía del barco las campanas tocaban como en la elevación, y el comedor estaba lleno de olor a flores y los abrazos me hundieron tanto el sombrero que no veía más que los pies despedirse con pasos de baile. Mi padre me quitó el sombrero para verme los ojos, y en ese momento vi que había montones de ojos a mi alrededor que lloraban. Sentí que ése era un momento de la vida en que había que llorar. Refregué mis ojos y guardé mi pañuelo en la mano como un signo de llanto hasta el final de la despedida.

"Cuando me dieron el último abrazo, las campanas sonaban como las campanillas de los helados en la calle." La sirena hacía temblar el barco,

como si se fuera a romper tres veces, y después el silencio del agua se llenó de luces y de tres campanadas en el reloj de los ingleses. Buenos Aires ya estaba lejos. "Así son los viajes", pensaba Claude Vildrac, "tan distintos de lo que uno ha previsto."

Sentada sobre la cama del camarote, leía su pasaporte como un libro de misa. Hacía ya una semana que se había embarcado a bordo del Transvaal, transatlántico flamante de banderitas y de estrellas. Antes de embarcarse habían visitado el barco ella y su madre, habían elegido el camarote, habían buscado corriendo el bote de salvamento correspondiente a un caso de naufragio. El terror le puso a Claude el rostro que tenía en el pasaporte, los ojos se le habían ensanchado profundamente con las olas de las tormentas que hacen naufragar los barcos. Su madre se había reído, y a Claude le pareció un presagio funesto. Recordó que ese día habían almorzado en un restaurante que se llama La Sonámbula. En cada plato había una sonámbula chiquitita, de cabello suelto, con los brazos tendidos, cruzando un puente; esa sonámbula era más bien una mujer recién desembarcada de un naufragio, que perdió su pasaporte a los catorce años, su casa y su familia.

Se asomó por el ojo de buey: el mar estaba azul marino, de tinta muy azul; el barco crujía suavemente de un lado al otro. Era increíble lo distinto que podía ser el mar de los baños de mar, el mar de las playas, del mar de a bordo, tan duro, tan impenetrable como las mesas de mármol veteadas de verde. Claude tenía el cabello húmedo de un baño de pileta, que había durado más de dos horas. Elvia la había retado. ¿Quién era Elvia? No sabía su apellido, no sabía quién era su padre ni su madre, y, sin embargo, Elvia era la persona a quien ella seguía a bordo todo el día; era la persona a quien daría su salvavidas el día del naufragio. Guardaba preciosamente un pedazo de cinta, con la cual Elvia se había atado el cabello el día de cruzar la línea. El comedor estaba lleno de luces aquella noche, la música de circo se había vuelto sentimental. Las mesas también estaban vestidas de baile, y los crackers eran de un verde de aguas marinas, con anchas mariposas y caballos de carrera y bailarinas y cazadores pintados encima. Pero Elvia no estaba vestida de baile; llevaba un vestido que lloraba de soledad en el brillo de la noche; los cinco frascos de perfume con que se había perfumado hacían como un jardín alrededor de ella, que la guardaba encerrada.

¿Quién era Elvia? "Una guaranga", decían "algunos". "Una mujer de la vida", había dicho un viejo, tapándose la boca, como si tosiera, al ver el cabello suelto y las piernas rasguñadas de Claude. "Una mujer de la vida" debería tener un traje negro de trabajadora, con grandes remiendos y zapatos gastados de caminar por la vida. Así veía Claude a "las mujeres de la vida", con la boca despintada y una gran bolsa en las espaldas, como los

linyeras, caminando de estancia en estancia.

Claude recordaba una mañana en que, corriendo por el decktennis, se había caído al suelo. Elvia la había recogido con un gesto maternal y le había vendado la rodilla lastimada con un pañuelo fino. Después, cuando se encontró sola, vio que la esquinita del pañuelo llevaba un nombre bordado: Elvia. Así había conocido a Elvia.
Recostó su cabeza contra la frescura blanda de la almohada; las almohadas eran caracoles blancos donde se oye de noche el ruido del mar, sin necesidad de estar embarcada.
Lo que más le gustaba de a bordo eran los desayunos por las mañanas, la música de circo, el miedo de los naufragios y Elvia.
Pero de pronto un pez redondo, de aletas festoneadas por las grandes profundidades del mar, con un pico largo de medio metro, entró por la puerta volando; primero empezó a picar las peonías de un cuadro y después las bombitas de luz. El cuarto quedó en tinieblas, envuelto entre los tules rayados del mar. La angustia se apoderó de Claude: la angustia de haber perdido el espectáculo del naufragio. ¿El barco se habría hundido hacía ya cuánto tiempo? Y, de repente, de una bombita rota, surgió una llama imperceptible, que fue creciendo y derramándose por el suelo y sobre las sillas. El barco entero se iba a incendiar de ese modo. "¡Incendio, incendio!", todas las puertas de los camarotes se abrían a gritos. Claude salió corriendo, repitiendo el número del bote de salvamento 55, como una letanía. Subió las escaleras. Los botes estaban todos llenos de gente en camisón. Estaban todos los pasajeros: los que comían en el comedor grande y los que comían en el comedor chico; estaban los mozos y los dos peluqueros, estaban los oficiales y los marineros, los músicos, los cocineros y las mucamas. Estaban todos, menos Elvia. Elvia venía caminando lejos, lejos, por el puente, y no llegaba nunca. Elvia, transformada en la sonámbula del plato, no llegaba nunca, nunca. Claude corría detrás de ella con el salvavidas en los brazos. El barco se hundía para siempre, llevándose su nombre y su rostro sin copia al fondo del mar.

Florindo Flodiola

Sabía por qué calle lo habían llevado hasta esa puerta con cortinitas rojas que hacían una apuesta de sol constante, detrás del zaguán silencioso. Todo el mundo hablaba en secreto cuando entró por la puerta. Llevaba una galera guardada para el día de su casamiento y unos calzoncillos demasiado largos.
La entrada de la casa era angosta con plantas altas, que crecían sobre una carpeta tejida al crochet debajo de una maceta negra donde se dormían los

mayorales.
Había millones de almohadones de seda pintados con borlas que sonaban como campanillitas cada vez que entraba alguien. Había una mujer mucho más alta que las otras, con un vestido de tarlatán amarillo, adornado con estalactitas de caramelo, y todas tenían el pelo corto y largas trenzas que les colgaban debajo de las polleras levantadas en forma de cortinas de teatro. Hablaban con voces de sirena.
Tenía permiso de cantar en todos los teatros y un día cantó en la peluquería, pero no podía rebajarse a cantar en una peluquería. La guitarra era demasiado alta, había que subir por una escalera de cuerdas para alcanzar las notas, y ahora todas las mujeres en esa casa color de incendio lo perseguían. Todas lo llamaban adentro de las piezas para que cantara en un teatro lleno de cortinados rojos.
Por fin entró a una pieza toda cubierta de enredaderas y de flores con cintas desplegadas; la cama era de madera negra con incrustraciones brillantes verdes y anaranjadas; había una sola silla que daba vueltas por el cuarto, en cuanto uno quería sentarse.
La mujer vestida de tarlatán amarillo lo abrazó.

Taralatán, taralatán, taralatán cantaban las sirenas...

Al levantar los ojos al techo, estaba lleno de gente que lo miraba, vio su galera como un reloj luminoso en la obscuridad del cuarto, y se fue corriendo por los corredores con los brazos en forma de gritos.

El retrato mal hecho

A los chicos les debía de gustar sentarse sobre las amplias faldas de Eponina porque tenía vestidos como sillones de brazos redondos. Pero Eponina, encerrada en las aguas negras de su vestido de moiré, era lejana y misteriosa; una mitad del rostro se le había borrado pero conservaba movimientos sobrios de estatua en miniatura. Raras veces los chicos se le habían sentado sobre las faldas, por culpa de la desaparición de las rodillas y de los brazos que con frecuencia involuntaria dejaba caer.
Detestaba los chicos, había detestado a sus hijos uno por uno a medida que iban naciendo, como ladrones de su adolescencia que nadie lleva presos, a no ser los brazos que los hacen dormir. Los brazos de Ana, la sirvienta, eran como cunas para sus hijos traviesos.
La vida era un larguísimo cansancio de descansar demasiado; la vida era muchas señoras que conversan sin oírse en las salas de las casas donde de tarde en tarde se espera una fiesta como un alivio. Y así, a fuerza de vivir en postura de retrato mal hecho, la impaciencia de Eponina se volvió

paciente y comprimida, e idéntica a las rosas de papel que crecen debajo de los fanales.

La mucama la distraía con sus cantos por la mañana, cuando arreglaba los dormitorios. Ana tenía los ojos estirados y dormidos sobre un cuerpo muy despierto, y mantenía una inmovilidad extática de rueditas dentro de su actividad. Era incansablemente la primera que se levantaba y la última que se acostaba. Era ella quien repartía por toda la casa los desayunos y la ropa limpia, la que distribuía las compotas, la que hacía y deshacía las camas, la que servía la mesa.

Fue el 5 de abril de 1890, a la hora del almuerzo; los chicos jugaban en el fondo del jardín; Eponina leía en La Moda Elegante: "Se borda esta tira sobre pana de color bronce obscuro" o bien: "Traje de visita para señora joven, vestido verde mirto", o bien: "punto de cadeneta, punto de espiga, punto anudado, punto lanzado y pasado". Los chicos gritaban en el fondo del jardín. Eponina seguía leyendo: "Las hojas se hacen con seda color de aceituna" o bien: "los enrejados son de color de rosa y azules", o bien: "la flor grande es de color encarnado", o bien: "las venas y los tallos color albaricoque".

Ana no llegaba para servir la mesa; toda la familia, compuesta de tías, maridos, primas en abundancia, la buscaba por todos los rincones de la casa. No quedaba más que el altillo por explorar. Eponina dejó el periódico sobre la mesa, no sabía lo que quería decir albaricoque: "Las venas y los tallos color albaricoque". Subió al altillo y empujó la puerta hasta que cayó el mueble que la atrancaba. Un vuelo de murciélagos ciegos envolvía el techo roto. Entre un amontonamiento de sillas desvencijadas y palanganas viejas, Ana estaba con la cintura suelta de náufraga, sentada sobre el baúl; su delantal, siempre limpio, ahora estaba manchado de sangre. Eponina le tomó la mano, la levantó. Ana, indicando el baúl, contestó al silencio: "Lo he matado".

Eponina abrió el baúl y vio a su hijo muerto, al que más había ambicionado subir sobre sus faldas: ahora estaba dormido sobre el pecho de uno de sus vestidos más viejos, en busca de su corazón.

La familia enmudecida de horror en el umbral de la puerta, se desgarraba con gritos intermitentes clamando por la policía. Habían oído todo, habían visto todo; los que no se desmayaban, estaban arrebatados de odio y de horror.

Eponina se abrazó largamente a Ana con un gesto inusitado de ternura. Los labios de Eponina se movían en una lenta ebullición: "Niño de cuatro años vestido de raso de algodón color encarnado. Esclavina cubierta de un plegado que figura como olas ribeteadas con un encaje blanco. Las venas y los tallos son de color marrón dorados, verde mirto o carmín".

Paisaje de trapecios

Charlotte dejó caer su mirada sobre sus pechos; el vestido era de lana gruesa bordada con flores, las mangas estaban mal pegadas y le daban en todo el cuerpo una sensación tironeada, de ahogo, semejante a la del encierro en los ascensores de madera detenidos en un entrepiso. El desayuno estaba listo sobre la mesa; siempre tomaba el desayuno levantada y ya vestida en los cuartos de los hoteles por las mañanas. Y entonces, a esa hora desnuda de cantos en la ciudad, abría la puerta del cuarto vecino, donde dormía Plinio. Plinio entraba anunciándole la mañana con una corrida balanceada de piernas torcidas, como si de cada lado de sus brazos llevara colgado el cansancio de muchas personas, de muchos baldes de agua o de muchos canastos de frutas. Sus ojos eran tristes de malicia y de imitación. Charlotte lo sentaba sobre sus faldas desnudas y le daba terrones de azúcar todas las mañanas de su vida. A veces se preguntaba si no era realmente gracias a él como había entrado a su compañía de circo o bien si era gracias a ella misma y a sus números de acrobacia. Pero las exclamaciones de admiración la perseguían a lo largo de los viajes, en los barcos, en los andenes, en las ventanillas de los trenes hasta donde le llegaban las voces asombradas de "¡Oh, miren la chica con un mono!"; todo eso no iba dirigido a ella ni a su gorro de lana rojo, ni a sus anchas espaldas. Que un mono fuera capaz de andar en bicicleta asombraba al público, que un mono hiciera equilibrio sobre una silla era un prodigio y Plinio sabía hacer todas esas cosas. Es cierto que Charlotte había desplegado toda su paciencia: con las manos pegajosas de terrones de azúcar se había pasado horas enseñándole pruebas. Y sin embargo, durante las representaciones los aplausos llovían sobre Plinio, y ella, en cambio, con sus números de acrobacia, con las piernas hinchadas envueltas en mallas rosas, con los brazos tremendamente desnudos, tenía que anticipar los aplausos después de cada prueba, tenía que forzar los aplausos con una corrida de gran artista, distribuyendo besos de cada lado de las gradas.

Un vasto silencio aumentaba la sala. Charlotte había sufrido en los primeros tiempos los saltos mortales de su corazón como el tambor que anuncia las pruebas peligrosas; los pechos se le hinchaban en forma de semillas debajo de un cuello rojo atravesado de venas sinuosas... y cuando terminaba la representación, se dejaba caer sobre la cama de algún cuarto desmantelado. Sentía los latidos de su corazón recorrerla en puntos rotos a lo largo de la malla. La salud le robaba la compasión de los demás; podía tener el cuerpo desgarrado de cansancio, pero sus mejillas permanecían rosadas.

La compañía del circo Edna había pasado los años yendo de un pueblo a otro y se mantenía gracias a la media docena de elefantes que sabían

caminar con una pata en el aire, que sabían hacer gárgaras de arena con ruido de trompetas, que sabían sentarse en ruedas furiosas sobre barriles, y caminar encima del enano, delicadamente, como bailarinas, sin aplastarlo. Gracias a Plinio, que levantaba lluvias compactas de aplausos y a un malabarista japonés.

Pero Charlotte trabajaba desde los diez años; había crecido entre paisajes de trapecios y redes giratorias, entre patas rugosas de elefantes amaestrados. Nunca había vivido en el campo. No conocía otros animales que los que vienen encerrados en jaulas.

Un día, hacía poco tiempo, la habían invitado a un pic-nic en el Tigre; después de andar en lancha de excursión bajaron ella y sus compañeros a un Recreo llamado Las Violetas. Charlotte se durmió debajo de una palmera. Cuando se despertó vio la pata rugosa de un elefante apoyada contra su cuerpo, sus ojos subieron por la pata del elefante hasta que llegaron a la altura de las palmas verdes, el aire no estaba tamizado de aserrín y de arena, y aconteció la cosa más increíble de su vida: un día de campo.

Nada extraordinario había sucedido en su vida, vivía en una soledad de desierto sin cielo. Se dormía en los bancos, esperando su turno, con los ojos ribeteados de un fuego intenso de sueño (por eso sus compañeros la llamaban "la Dormilona")... Plinio la despertaba, le tiraba de la pollera, le sacudía los brazos mientras el público pasaba en los entreactos a visitar los animales. Y entre toda esa gente, un día, fue así, en esa postura de sueño, que algodona los brazos, que agranda los párpados listos a caerse como dos enormes lágrimas, que entreabre la boca y pinta las mejillas de rojo, estampando el apoyo de un bordado, de una estrellita o de una mano abierta, fue así como un hombre se había enamorado de ella. Para él apenas en ese instante se hicieron reales los movimientos acrobáticos incandescentes de esa mujer dormida; cada brazo, cada pierna era un envoltorio de músculos dormidos y blandos como un abrazo.

Ese hombre en su infancia había visto serafines rubios disfrazados de acróbatas en el circo, por eso quizá se detuvo y miró largamente a la pruebista resucitada de su infancia. Y ella, tapiada detrás del sueño, lo vio lejos, lejos, en las gradas más altas, guiñándole el ojo detrás de dos bigotes de cejas rarísimas que llevaba sobre la frente. La intensidad de la mirada debió de ser muy grande, tan grande que Charlotte se despertó, pero no vio a nadie. "¿Plinio, quién era ese hombre?" Plinio se asomó a espiar por las cortinas y volvió tambaleando sin respuesta.

Hasta ese día había vivido en una soledad de desierto sin cielo, luego ese cielo ausente se cubrió de alas de mariposas coleccionadas en Río, que aquel desconocido le mandó de regalo -fue Plinio el que recibió los besos de agradecimiento-. Por entre los trapecios y las sillas apiladas, las grandes

manos redondas de Charlotte rezaban de alegría, una semana después, cuando un hombre alto, de traje azul violáceo, se acercó a saludarla.
Después de ese breve encuentro se vieron todos los días en un taxi, donde Charlotte descubrió que el amor era una especie de match de Catch As Catch Can. Enseguida el novio quiso llevarla a una amueblada, pero no consiguió llevarla sino a un Bar Alemán con vueltas de Danubio Azul, desafinado, que los indujo al noviazgo definitivo.
Ella tenía que interrumpir puntualmente sus entrevistas para ir hasta la pieza del hotel y darle de comer a Plinio; era una ocupación sagrada que mantuvo aun el día de su compromiso. Su novio, encarcelado esta vez dentro de un traje a rayas, ensombrecía su frente diciendo: "Voy a concluir por ponerme celoso". "¿De quién?" preguntó Charlotte. "De Plinio." Una risa breve los envolvió dentro del baile. Hacía frío afuera esa noche, y el interior del Bar Alemán abrigaba con olores espesos a gente, a cerveza, a frituras. En el medio de las mesas había floreritos de metal angostísimos y altos con tres flores muertas.

Para ella los días eran cortísimos; para él, en cambio, eran infinitos. Y de pronto, en la obscuridad de una ausencia brillaron los ojos culpables de Plinio. El novio pensó descorazonadamente en la inutilidad de disminuir su voz hasta modularla como la de un cura diciendo misa para santificar las proposiciones de llevar a su novia a una amueblada. Le pareció que por falta de tiempo sus frases no eran convincentes. Y Plinio era el culpable. Era él quien le robaba su novia, a él le dedicaba ella su tiempo enseñándole impúdicamente, en camisón, a andar en bicicleta, y para darle de comer salía todos los días, corriendo, de todas partes.

En los diarios de Buenos Aires, estaba anunciada la despedida de la compañía del circo Edna, pero todas eran funciones de despedida. Charlotte salió temprano del hotel esa mañana para hacer compras después de terminar su desayuno y volvió justo a las doce para darle de comer a Plinio. En el zaguán del hotel tuvo el gesto de retener los latidos de su corazón, como si tragara una píldora muy grande sin agua. Entró al dormitorio, abrió la puerta que comunicaba con el cuarto de al lado: un desorden complicadísimo rodeaba las sillas cálidas y Plinio, en el suelo, como un muerto, parecía que había perdido el uso de la palabra; él, que nunca había hablado, ahora que estaba muerto necesitaba hablar. Charlotte lo acarició y en su mano quedaron impresas gotas anchas de sangre. Llevaba una herida grande en el pecho. Alguien lo había asesinado, sin duda. Charlotte abrió la puerta y gritó tres veces. Llegó su novio, venía a buscarla; pero ella no vio la sonrisa nueva que traía como un ramo de flores en el rostro; llevaba una mano vendada y se asomó sobre Plinio muerto, incrédulamente, como se

había asomado en el circo sobre sus pruebas más difíciles, miró a su novia y no la reconoció. Ya no era el ángel disfrazado de acróbata, ya no era la chica con el mono deslumbrante; sentada en el suelo con la mirada inmóvil, redactaba un aviso para los diarios, reclamando al malhechor el precio de la vida de Plinio.

Las dos casas de Olivos

En las barrancas de Olivos había una casa muy grande de tres pisos, en donde no vivían más que cinco personas: el dueño de casa, su hija de diez años, una niñera, una cocinera, y un mucamo (sin contar el jardinero que vivía en el fondo de la quinta). Había cuartos inhabilitados, enormes cuartos con persianas siempre cerradas de humedad, cuartos llenos de miniaturas de antepasados y cuadros ovalados en las paredes. El jardín era espacioso con árboles altísimos. Sólo una cosa preocupaba al dueño de casa y era la improbabilidad de conseguir frambuesas; en ese jardín crecían flores, árboles frutales, había hasta frutillas, pero las frambuesas no podían conseguirse.

En el bajo de las barrancas de Olivos, en una casita de lata de una sola pieza vivían cuatro personas: el dueño de casa y sus tres nietas; la mayor tenía diez años y cocinaba siempre que hubiera alguna cosa para cocinar.

Y sucedió que esas dos chicas se hicieron amigas a través de la reja que rodeaba el jardín. "Mi casa es fea", dijo una. "tiene diez cuartos en donde no se puede nunca entrar; el jardín no tiene frambuesas y por esa razón mi padre está siempre enojado." "Mi casa es fea", dijo la otra. "Es toda de latas, en la orilla del río, donde suben las mareas; en invierno hacemos fogatas para no tener tanto frío." "¡Qué lindo!" contestó la otra. "En casa no me dejan encender la chimenea." Y cada una se fue soñando con la casa de la otra.

Al día siguiente volvieron a encontrarse en el cerco y era extraño ver que esas dos chicas se iban pareciendo cada vez más; los ojos eran idénticos, el cabello era del mismo color; se midieron la altura en los alambres del cerco y eran de la misma altura, pero había solamente dos cosas distintas en ellas: los pies y las manos. La chica de la casa grande se quitó las medias y los zapatos; tenía los pies más blancos y más chiquitos que su compañera; sus manos eran también más blancas y más lisas. Tuvo las manos durante varios días en palanganas de agua y lavandina, lavando pañuelos, hasta que se le pusieron rojas y paspadas; caminó varios días descalza haciendo equilibrio sobre las piedras; ya nada las diferenciaba, ni siquiera el deseo que tenían de cambiar de casa. Hasta que un día, a escondidas en el ombú del cerco que servía de puente, se cambiaron la ropa y los nombres. Una chica le dio a la otra sus pies descalzos, y la otra le dio los zapatos. Una

chica le dio a la otra sus guantes de hilo blanco y la otra le dio sus manos raspadas... ¡Pero se olvidaron de cambiar de Ángeles Guardianes!

Era la hora de la siesta; los Ángeles dormían en el pasto. Las dos chicas cruzaron por encima de la reja; la que estaba en el jardín grande cruzó la calle, la que estaba en la calle cruzó al jardín. Se dijeron adiós. "No te pierdas; mi cuarto de dormir queda al fondo del corredor a la derecha." Y la otra contestó: "No te pierdas, hay que seguir caminando hasta el fondo del callejón" (el jardinero, que estaba cerca, pensó que el eco se había vuelto sordo porque cambiaba el final de la frase que gritaba la niña). Y se fueron corriendo cada una a casa de la otra.

Nadie se dio cuenta del cambio y ellas, que creían conocer sus casas, empezaban a reconocerlas según los cuentos que se contaban diariamente a través del cerco; hacían descubrimientos que las asombraban.

Pero los Ángeles Guardianes dormían la siesta a la hora de las confidencias y seguían ignorando todo.

Fue al principio del otoño, un día caluroso; el cielo estaba negro y muy cerca de la tierra pesaban nubes grises de plomo; era la hora en que las chicas se encontraban en el cerco, pero ninguna de las dos llegaba.

En la casita de latas no se podía respirar esa tarde; el abuelo y las tres nietas caminaban descalzos en el río tomando fresco. La chica de diez años se acordó de que en el jardín de la casa grande, como de costumbre, su amiga debía de estar esperándola; había ya pasado la hora, pero no importaba, iría de todas maneras. Vio un caballo blanco muy desnudo, le puso un bocado que encontró en el suelo, se trepó encima y salió al galope castigándolo con una rama de paraíso. La tormenta se acercaba, los árboles columpiaban grandes hamacas contra el viento, filamentos como los que había en las bombitas de luz eléctrica de las casas grandes llenaban el cielo, y primero un trueno y después otro rompían la tarde. El Ángel de la Guarda estaba despierto, pero, acostumbrado a las tormentas que cruzaba siempre la chica sin resfriarse, tuvo cuidado solamente de preservarla de los rayos. "Los caballos blancos atraen los rayos", pensaba el Ángel. "Hay que tener cuidado. Hay que tener cuidado."

Las dos chicas se encontraron en el cerco y tuvieron apenas tiempo de decirse adiós; llovía con tanta fuerza que la lluvia ponía entre ellas una cortina espesa, imposible de levantar.

Se oyó lejos, lejos, el galope de un caballo entre la tormenta y un rayo y otro rayo hicieron lastimaduras de relámpagos, duras incisiones de fuego.

La chica se bajó del caballo y se desmayó en la puerta de la casita de lata. La marea subía muy cerca; en ese instante oyó un rayo sobre el animal que, disparando con un relincho de crines deshilachadas, quedó tendido en

el suelo negro. En el jardín el otro rayo cayó sobre la otra chica, mientras el Ángel la protegía de los resfríos confiadamente, pensando que la casa tenía pararrayos desde tiempo inmemorial.
En la puerta de la casita de lata la otra chica no pudo resistir el frío y se fue al cielo después de la tormenta...

Había mucho canto de pájaros y de arroyos a la mañana siguiente cuando subidas las dos chicas sobre el caballo blanco llegaron al cielo. No había casas ni grandes ni pequeñas, ni de lata ni de ladrillos; el cielo era un gran cuarto azul sembrado de frambuesas y de otras frutas. Las dos chicas se internaron adentro y más adentro del cielo, hasta que no se las alcanzó a ver más.

Los funámbulos

Vivían en la obscuridad de corredores fríos donde se establecen corrientes de aire producidas por las plantas de los patios. Tenían almas de funámbulos jugando con los arcos en los patios consecutivos de la casa. No sentían esa pasión desesperada de todos los chicos por tirar piedras y por recoger huevos celestes de urraca en los árboles. Cipriano y Valerio -Cipriano y Valerio los llamaba sin oírlos la planchadora sorda, que rompía la mesa de planchar con sus golpes-. Cipriano y Valerio eran sus hijos, y cada vez se volvían más desconocidos para ella; tenían designios obscuros que habían nacido en un libro de cuentos de saltimbanquis, regalado por los dueños de casa.
Cipriano saltaba a través de los arcos con galope de caballo blanco, y Valerio de vez en cuando hacía equilibrio sobre una silla rota y escondía cuidadosamente su afición por las muñecas. No comprendía por qué los varones no tenían que jugar con muñecas. No había sabido que era una cosa prohibida hasta el día en que se había abrazado de una muñeca rota en el borde de la vereda y la había recogido y cuidado en sus brazos con un movimiento de canción. En ese momento lo atravesaron cinco risas de chicas que pasaban -y su madre lo llamó, y con el mismo gesto de tirar la basura le arrancó la muñeca. Cipriano había aumentado ampliamente su vergüenza con sus lágrimas.
La planchadora Clodomira rociaba la ropa blanca con su mano en flor de regadera y de vez en cuando se asomaba sobre el patio para ver jugar a los muchachos que ostentaban posturas extraordinarias en los marcos de las ventanas. Nunca sabía de qué estaban hablando y cuando interrogaba los labios una inmovilidad de cera se implantaba en las bocas movibles de sus hijos. Era una admirable planchadora; los plegados de las camisas se abrían como grandes flores blancas en las canastas de ropa recién planchada, y planchaba sin mirar la ropa, mirando las bocas de sus hijos. Detrás de las

cabezas se elaboraba algún extraño proyecto que largamente trató de adivinar en el movimiento de los labios, hasta que acabó por acostumbrarse un poco a esa puerta cerrada que había entre ella y sus hijos. Por las mañanas los dos chicos iban al colegio, pero las tardes estaban llenas de juegos en el patio, de lecturas en los rincones del cuarto de plancha, de pruebas en imaginarios trapecios que la madre empezaba a admirar.
Cipriano había ido al circo un día con su madre. Durante el entreacto fueron a visitar los animales. Cuando volvieron, al cruzar delante de la pista Cipriano sintió el vértigo de altura que había sentido en la azotea de la casa adonde raras veces lo habían dejado subir. Soltó la mano de su madre y corrió hacia adentro del picadero, dio vueltas de caballo furioso, dio vueltas de carnero de pruebista, se colgó de un alambre de trapecista, se dio golpes de clown. Y todo eso con una rapidez vertiginosa en medio de una lluvia de aplausos. Todo el público lo aplaudía. Cipriano, deslumbrado en las estrellas de sus golpes, era el caballo blanco de la bailarina, el pruebista de saltos mortales con diez pruebistas encima de su cabeza, el trapecista de puros brazos con alas que atraviesan el aire para luego caer en la red elástica sobre un colchón enorme, donde duermen los trapecistas. Su madre lo llamaba por entre el tumulto de aplausos: ¡Cipriano, Cipriano! y se creyó muda, con su hijo perdido para siempre. Hasta que un acomodador se lo trajo lleno de moretones y bañado en sudor. El público sonreía por todas partes y Clodomira sintió su terror furioso transformarse súbitamente en admiración que la hizo temer un poco a su hijo como a un ser desconocido y privilegiado.
Cuando llegaron de vuelta a la casa, Valerio, que estaba enfermo con la cabeza tapada dentro de las sábanas, asomó los ojos y vio todo el espectáculo glorioso del circo desenrollarse como una alfombra en los cuentos de Cipriano. Cipriano llevaba un nimbo alrededor de su cara del color de la arena de la pista, sus moretones adquirían formas extrañas de tatuajes sobre sus brazos.
Cipriano vivió desde ese día para volver al circo, Valerio para que Cipriano volviera al circo. Era a través de su hermano que Valerio gozaba todas las cosas, salvo su afición por las muñecas.

El fervor acrobático sin cesar crecía en el cuerpo de Cipriano; llegaron a inventar un traje de saltimbanqui hecho con medias de mujer y camisetas viejas del portero.
Un día no sentían ya el frío de la tarde sobre los brazos desnudos. Parados en el borde de una ventana del tercer piso, dieron un salto glorioso y envueltos en un saludo cayeron aplastados contra las baldosas del patio. Clodomira, que estaba planchando en el cuarto de al lado, vio el gesto maravilloso y sintió, con una sonrisa, que de todas las ventanas se

asomaban millones de gritos y de brazos aplaudiendo, pero siguió planchando. Se acordó de su primera angustia en el circo. Ahora estaba acostumbrada a esas cosas.

La siesta en el cedro

Hamamelis Virginica, Agua Destilada 86% y una mujer corría con dos ramas en las manos, una mujer redonda sobre un fondo amarillo de tormenta. Elena mirando la imagen humedecía el algodón en la Maravilla Curativa para luego ponérsela en las rodillas: dos hilitos de sangre corrían atándole la rodilla. Se había caído a propósito, necesitaba ese dolor para poder llorar. Hamacándose fuerte, fuerte, hasta la altura de las ramas más altas y luego arrastrando los pies para frenar se había agachado tanto y había soltado tan de golpe los brazos que, finalmente, logró caerse. Nadie la había oído, las persianas de la casa dormían a la hora de la siesta. Lloró contra el suelo mordiendo las piedras, lágrimas perdidas -toda lágrima no compartida le parecía perdida como una penitencia-. Y se había golpeado para que alguien la sintiera sufrir dentro de las rodillas lastimadas, como si llevara dos corazones chiquitos, doloridos y arrodillados.
Cecilia y Ester, sus mejores amigas, eran mellizas, delgadas y descalzas; eran las hijas del jardinero y vivían en una casa modesta, cubierta de enredaderas de madreselva y de malvas, con pequeños canteros de flores.
Un día oyó decir al chauffeur: "Cecilia está tísica. Van tres que mueren en la casa de esa misma enfermedad". En seguida corrió y se lo dijo a la niñera, después a su hermana. No sé qué voluptuosidad dormía en esa palabra de color marfil. "No te acerques mucho a ella, por las dudas", le dijeron y agregaron despacito: "Fíjate bien si tose": la palabra cambió de color, se puso negra, del color de un secreto horrible, que mata.
Cecilia llegó para jugar con ella, al día siguiente con los ojos hundidos; sólo entonces la oyó toser cada cinco minutos, y era cada vez como si el mundo se abriera en dos para tragarla. "No te acerques demasiado", oía que le decían por todos los rincones; "No tomes agua en el mismo vaso", pero ávidamente bebió agua en el mismo vaso.

Cuando Cecilia se fue sola a las cinco de la tarde por los caminos de árboles, Elena corrió al cuarto de su madre y dijo: "Cecilia está tísica": esa noticia hizo un cerco asombroso alrededor de ella y una vez llegada a los oídos de su madre acabó de encerrarla.
Desde aquel día vivió escondida detrás de las puertas, oía voces crecer, disminuir y desaparecer adentro de los cuartos: "Es peligroso" decían, "No tienen que jugar juntas. Cecilia no vendrá más a esta casa". Así, poco a poco, le prohibieron hablar con Cecilia, indirectamente, por detrás de las

puertas.
Y pasaron los días de verano con pesadez de mano blanda y sudada, con cantos de mosquitos finos como alfileres. A la hora de la siesta miraba el jardín dormido entre las rendijas de las persianas. Las chicharras cantaban sonidos de estrellas: era en los oídos como en los ojos cuando se ha mirado mucho al sol, de frente; manchas rojas de sol. Veía llegar a Cecilia desde el portón juntando bellotas que parecían pequeñísimas pipas con las cuales fingía fumar intercambiándolas, como hombres cuando toman mate. Sintió que era para ella para quien las estaba juntando, esas bellotas verdes y lisas que contenían una carne blanca de almendra.

Después de alzar la cabeza insistentemente como si la persiana fuese de vidrio, se acercó corriendo hasta la puerta y tocó el timbre; alguien le abrió y dijo palabras que no se oían. Le entregaban paquetes de dulces y juguetes antes de cerrar la puerta y decirle que Elena no estaba, que Elena tenía dolor de cabeza o estaba resfriada. Pero volvía todos los días juntando coquitos y bellotas, mirando la persiana cerrada detrás de la cual se asomaban los ojos de su amiga. Hasta el día en que no volvió más.
Elena permanecía detrás de las persianas a la hora de la siesta. El jardinero estaba vestido de negro. Elena esta vez huía de los secretos detrás de las puertas, corría por los corredores, hablaba fuerte, cantaba fuerte, golpeaba sillas y mesas al entrar a los cuartos, para no poder oír secretos. Pero fue todo inútil; por encima de las sillas golpeadas y de las mesas, por encima de los gritos y de los cantos, Cecilia se había muerto. Cecilia descalza corriendo por el borde del río se había resfriado, hacía dos semanas, y se había muerto. Elena guardó el vaso en que bebían el agua prohibida.

Pocos días después Micaela, la niñera, la llevó a escondidas de visita a casa del jardinero. Elena trató de reproducir su rostro más triste, sus movimientos más inmóviles; la nerviosidad le robaba toda tristeza, trataba en vano de llegar al estado de sufrimiento anterior para no interrumpir el dolor numeroso. Pero cuando llegaron a la casa, la familia hablaba de manteles bordados, cuellos tejidos, la mejor manera de ganarse la vida, casamientos, todo interrumpido de risas. Nada parecía haber sucedido dentro de esa casa. Micaela escuchaba con severidad, como si alguien la hubiera engañado. Esa visita no podía terminar así; ella no había ido para hablar de manteles ni casamientos, había ido para reconfortar a los deudos y apiadarse de ellos. Trataba de entrar una frase triste en la conversación, como los chicos cuando entran a saltar a la cuerda. Al fin pudo: preguntó si no conservaban ningún retrato de la finada.
Hasta ese instante la familia entera parecía esperar la llegada de Cecilia de un momento a otro; esperaban que llegara del almacén, que llegara del río,

o de las quintas vecinas. Inmediatamente hubo un revuelo de accidente, en los cuartos, adentro de los armarios y de los cajones, en busca de retratos como de medicamentos. Luego un silencio en el que Elena oyó unos pasos: los pasos descalzos de Cecilia. No, no había ningún retrato, salvo la fotografía de la cédula de identidad.
Una nube oscurísima se cernía sobre la casa; la madre trajo la fotografía que ya estaba medio borrada, sólo se veía claramente el dibujo de la boca. Ester era lo único que quedaba de ella, habían nacido juntas pero no se parecían nada. Ester, sentada en una silla, se reía; la madre le gritó: "Andá, laváte la cara" -y volvió con urgencia la conversación de los manteles-. La madre pasó la mano por sus ojos al despedirse. Micaela la miró intensamente buscándole lágrimas. Abrió la pequeña puerta y se quedó parada en la vereda con la manos cruzadas sobre el delantal gris, sonriendo.

Hamamelis Virginica, Agua Destilada 86%, la mujer corría enloquecida sobre la caja de cartón. Elena se levantó y se asomó por la persiana, el jardinero vestido de negro se reía con el otro jardinero. Nadie sabía que Cecilia, como ella, se había muerto, y al fin y al cabo, quién sabe si esperándola mucho en la persiana no llegaría un día juntando bellotas; entonces Elena bajaría corriendo con una cuchara de sopa y un frasco de jarabe para la tos, y se irían corriendo lejos, hasta el cedro donde vivían en una especie de cueva, entre las ramas, a la hora de la siesta, para siempre.

La cabeza pegada al vidrio

Desde hacía quince años Mlle. Dargére tenía a su cargo una colonia de niños débiles que había sido fundada por una de sus abuelas. La casa estaba situada a la orilla del mar y ella desde su juventud había vivido en la parte lateral del asilo, en el último piso de la torre.
En los primeros tiempos vivía en el primer piso, pero de noche en los vidrios de la ventana se le aparecía la cabeza de un hombre en llamas. Una cabeza espantosamente roja, pegada al vidrio como las pinturas de los vitraux. Se mudó al segundo piso: la misma cabeza la perseguía. Se mudó al tercer piso: la misma cabeza la perseguía; se mudó de todos los cuartos de la casa con el mismo resultado.
Mlle. Dargére era extremadamente bonita y los chicos la querían, pero una preocupación constante se le instaló en el entrecejo en forma de arrugas verticales que estropeaban un poco su belleza. Sus noches se llenaban de insomnios y en sus desvelos oía los coros de los sueños de los niños subir, con blancura de camisón, de los dormitorios de veinte camas en donde depositaba besos cotidianos.

Las mañanas eran diáfanas a la orilla del mar; los chicos salían todos vestidos con trajes de baño demasiado largos que se enredaban en las olas. No era la culpa de los trajes, pensaba Mlle. Dargére apoyada contra la balaustrada de la terraza; los chicos no podían usar sino trajes hechos a medida, para no quedar ridículos. Tenían un bañero negro que los mortificaba diariamente con una zambullida dolorosa, que lo resguardaba a él sólo, cuidadosamente, de las olas. Pero ella no podía oír llorar a los chicos y se acordaba del suplicio de los baños con bañeros en su infancia, que habían llenado su vida de sueños eternos de maremotos.
Se bañaba de tarde con el agua a la altura de las rodillas, cuando la playa estaba desierta; entonces llevaba a veces un libro que no leía y se acostaba sobre la arena después del baño; era el único momento del día en que descansaba. Era la madre de ciento cincuenta chicos pálidos a pesar del sol, flacos a pesar de la alimentación estudiada por los médicos, histéricos a pesar de la vida sana que llevaban.
Mlle. Dargére derramaba su prestigio de belleza sobre ellos. Su proximidad los serenaba un poco y los engordaba más que los alimentos estudiados por los mejores médicos, pero la cabeza del hombre en llamas seguía de noche en la ventana hasta que llegó a ser una horrible cosa necesaria que se busca detrás de las cortinas.
Una noche no durmió un solo minuto; la cabeza estaba ausente, la buscó detrás de las cortinas, y la desveló esta vez la posibilidad de poder dormir tranquila: la cabeza parecía haberse perdido para siempre.

A la mañana siguiente, en los dormitorios, una extraña exasperación retenía a los chicos al borde de las lágrimas. Llantos contenidos se amontonaban en las bocas. Mlle. Dargére creyó ver un asilo de ancianos en traje de baño azul marino desfilando hacia la playa. Carolina, su preferida, la única que tenía un cuerpo capaz de rellenar el traje de baño, se escapó de entre sus brazos.
La playa esa mañana se llenó de llantos obscuros y atorados dentro de las olas.
Mlle. Dargére, después de apoyar su melancolía sobre la balaustrada, que fue como una despedida a la belleza, subió corriendo hasta el espejo de su cuarto. La cabeza del hombre en llamas se le apareció del otro lado; vista de tan cerca era una cabeza picada de viruela y tenía la misma emotividad de los flanes bien hechos. Mlle. Dargére atribuyó el arrebato de su cara a las quemaduras del sol que se derraman en líquidos hirvientes sobre las pieles finas. Se puso compresas de óleo calcáreo, pero la imagen de la cabeza en llamas se había radicado en el espejo.

El corredor ancho de sol

Se sintió enferma el día de su convalecencia. Ya no oía los ruidos inusitados del alba: el carrito del lechero, las cortinas metálicas de las tiendas, los tranvías solitarios que no se detienen a esa hora en las esquinas.
El día estaba ya viejo en las ventanas de su cuarto cuando se despertaba y oía los ruidos de la mañana. La casa donde vivía quedaba sobre la pendiente de una calle empedrada que aceleraba los autos con cambios de velocidad, y esos cambios de velocidad le recordaban un hotel de Francia situado al pie de una montaña en donde había pasado protestando los días que ahora le parecían más felices de su vida. El hotel estaba rodeado de lambercianas y las piñas amontonadas en las ramas eran redondas y grises como muchos pájaros juntitos. Era un paisaje parecido a los paisajes de la provincia de aquí, pero donde las plantas eran menos fragantes y sin espinas, como los pescados preparados por un cocinero hábil. En las provincias existían plantas de olores extraordinarios: recordaba una planta con olor a sartén venenosa, otra con olor a piso recién encerado, otra con olor a guaranga.
Estaba sentada contra la ventana, con la frente apoyada sobre el vidrio que temblaba masajes eléctricos cada vez que pasaba por la calle un carro de tres o cuatro caballos. No podía hacer el gesto de cambiar de postura, porque entre cada postura había que hacer un salto mortal que ponía en movimiento giratorio de terremoto todos los muebles y cuadros del cuarto... Su cuerpo se había distanciado de ella y sus ojos se disolvían como si fueran de azúcar, en un punto fijo indefinidamente vago y rodeado como un cielo de estrellas.
La aliviaba pensar en un corredor muy ancho de sol, donde una vez se había estirado en un sillón de mimbre blanco. Era una casa rosada en forma de herradura. Tres corredores rodeaban un patio de pasto lleno de flores de agapanto muy azules o muy violetas, según el color de la pared contra la cual se apoyaban entre los arcos de un croquet abandonado. Ella sentía que había nacido en esa casa repleta de silencio donde andaba por el campo en una americana con un caballo empacado y enfurecido de galopes en las vueltas de los caminos. Había nacido en esa casa, aunque solamente la hubieran invitado por un día. Conocía la casa de memoria antes de haber entrado en ella, la hubiera podido dibujar con la misma facilidad con la cual había dibujado, un día, en un cuaderno la cara de su novio antes de conocerlo. Recordaba como un recuerdo anterior a su vida, que en medio de una inmensa inconsciencia había tenido que atravesar días de angustias antes de llegar hasta ese rostro donde había encerrado su cariño, hasta ese corredor tan ancho de sol. Volvió a pensar en el hotel de Francia, porque el linoleum del cuarto de baño del hotel era igual al de aquella casa de campo. Movió blandamente sus grandes brazos de nadadora, y sus manos

buscaban un libro sobre la mesa. Hubiera podido nadar, porque nadando se va acostado sobre colchones espesos de agua, y el sol la hubiera sanado, pero los árboles estaban desnudos contra el cielo gris y los toldos de las ventanas volaban el viento. Era inútil que sus manos tomaran el libro. Por la puerta entreabierta se oyeron cantos de cucharas y platos que anunciaban la llegada de una sopa de tapioca en una bandeja con estrellitas y con gusto a infancia.

Nocturno

Juan Pack duerme. Todas las noches al despedirse de su novia y antes de irse de la casa inspeccionaba el enorme armario del dormitorio, en busca de ladrones. Nunca se quedaba tranquilo, siempre había el mismo ruido inusitado detrás de las puertas en las persianas mal cerradas. Las cañerías de la casa hacían gárgaras y sonidos de tripas gigantes en los pisos altos. Los trenes cercanos desparramaban distancias líquidas, jadeantes, y se interponían como puertas translúcidas delante de los otros ruidos. Juan Pack duerme con una invisible raqueta en la mano. Un partido de tennis luminoso dividía en dos el transcurso del día obscuro de oficina, bañándolo ahora de un sueño blando de infancia. Los sábados eran días de jugar al tennis, las noches del sábado eran noches de dormir como un niño.
La novia de Pack duerme en una casa alta de ocho pisos, rodeada de un mar de ruidos crecientes en la noche con ese armario grande en el dormitorio, donde se reunían vestidos, abrigos de invierno y verano, grandes sombreros azules de paja con cintas blancas y rojas. No hay ningún ladrón dentro del armario, las anchas espaldas de las perchas en filas apretadas desfilaban de día y de noche. Sólo un vestido es distinto de los otros, distinto de medida y de forma; es blanco con nidos de abeja en el ruedo, en los puños, en las mangas. Era el vestido cosido para una fiesta por Eulalia, era el vestido cosido y cortado por Eulalia hace diez años, cuando la novia de Pack pesaba quince kilos menos, tenía dieciséis años y no tenía ningún novio. Un anillo ancho ceñía su dedo izquierdo, un anillo sacado de una torta de boda o en un cracker el día del casamiento de una de sus primas.
Entonces recordaba que había tenido que cruzar por casamientos como por muertes; primero fueron las hermanas, después las amigas, que dejaban las casas vacías al irse. No había creído nunca que llevaría otro traje de novia, a no ser el que le hacía el tul del mosquitero, tan lindo al levantarse por las mañanas, sobre su cabeza, en el espejo. Relegada bien al fondo de su infancia, veía todavía pasar los coches iluminados, con dos novios mellizos y tiesos expuestos en vidriera: un ramo de flores blancas en la mano como florero inmóvil sobre una mesa. Se oía todavía gritar: "Matilde",

"Matilde", tirando el velo de novia de su hermana mayor el día del casamiento. Pero Matilde, distante y fría aunque bañada en lágrimas, abrazaba parientes y amigas con las mejillas estampadas de bocas rojas; resistía los tirones del velo como si se hubiera enganchado en una puerta y no en las manos suplicantes de su hermana. Y sin embargo todas las noches habían dormido de la mano y con las camas juntas.

Vivían entonces en Lomas de Zamora, una casa con corredores lustrosos y sillas trenzadas de paja, macizos de amapolas y centauras muy azules rodeaban el jardín. Eulalia era costurera, ama de llaves, de muchas llaves, y tenía tiempo a veces de regar las flores y el pasto. Sobrevino la venta de la casa; había que instalarse en un departamento en el centro; nadie en la familia deseaba mudarse pero obedecieron como a un mandato invisible. "Lomas de Zamora queda muy distante para las chicas, ahora que empiezan a ser grandes", repetían el padre y la madre, despidiéndose de la casa. La mudanza fue penosa. Seis carros no alcanzaron para llevar los muebles; los demás se vendieron en remate.

Al pasar por la casa poco después vieron enarbolar un cartel que decía: "Edificio para el Colegio de la Inmaculada Concepción", lo leyeron de reojo, con miedo de que, visto de frente, les lastimara la vista. Pero Lucía salvaba su vestido blanco adornado con nidos de abeja: en los pliegues era seguro que llevaba las amapolas del jardín, las sillitas verdes de fierro, las cuatro palmeras y las siestas estiradas en los cuartos húmedos de la casa vieja.

Lucía Treming sueña dentro del armario vestida hace diez años con el vestido blanco; abre las ventanas de la casa de Lomas de Zamora; a través de la reja pasa un muchacho alto: es Juan Pack, pero no se conocen, pasa el límite de la reja sin darse vuelta y ella, sintiéndose anémica, se sienta en las sillitas verdes de fierro y espera que vuelva a pasar ese muchacho alto y desconocido que toda la vida le prodigará sonrisas; la hija de Eulalia corre por el jardín, con una red de cazar mariposas aprisiona la cabeza de Lucía y la encierra sin luz debajo de la red; su novio la llama desde lejos sin verla - no se conocen, se miran siempre de lejos.

Pack sueña en el jardín muy grande de su casa de campo; hay una cancha de tennis recién regada, sin red; llama al jardinero: "¿Dónde está la red del tennis?"

-"Señor, la red se ha perdido, pero hay una bromelia detrás del motor de ochenta y cinco caballos"; entra en la oficina, busca la red en los cajones del escritorio, no la encuentra; entra al cuarto de Lucía que está durmiendo, abre el enorme armario, por entre los vestidos se abre paso y camina, camina. No hay vestidos ni cintas ni sombreros, una enorme red de tennis tejida con telarañas se pega en sus manos desplegándose infinitamente

"Lucía, Lucía, tus vestidos se han perdido todos. Mis vestidos sueltos corren y corren por el cuarto."

Dentro de ese armario hay un misterio permanente que Pack trata de dilucidar: es el cuartito de guardar plumeros donde se escondían de chicos jugando "a la operación de apendicitis", "al cuarto obscuro".
El miedo, cuidadosamente guardado, se asoma con cara de ladrón, lo agarra de la mano, le sonríe grande y adulto como un monstruo.

Extraña visita

Antes almorzaba en una mesita chica en el antecomedor y ahora tenía permiso de almorzar en la mesa grande. Por entre las conversaciones los ojos de Leonor se abrían paso hasta las ventanas en busca de un pedazo de cielo azul enteramente cubierto, ahora, por las nubes. Iba a llover y hacía mucho tiempo que esperaba aquel día, porque le habrían prometido llevarla de visita a una casa que estaba en las afueras, adonde la habían llevado una sola vez. Allí vivía un señor muy alto como aislado del mundo por su altura. Era un amigo del padre de Leonor, que tenía una hija, dos mucamas y un jardinero viviendo en una casa chiquita, con una escalera de caracol. En el jardín había una fuente en miniatura con dos tritones anudados que echaban agua por la boca, una palmera achatada contra la pared de la casa de al lado y cuatro rosales en filas dobles de cada lado del camino. Elena tenía el pelo increíblemente negro, pero la cara tan transparente que se le había borrado; no quedaba más que el moño blanco, muy bien hecho, de su pelo y el vestido con cinco alforzas entre las cuales se enganchaban los ojos de Leonor.
Habían explorado la casa y lo único que abundaba eran los recovecos. Habían subido hasta la azotea desde la que se veían vivir las casas vecinas en cortejos de ropas tendidas al sol. Se habían escondido debajo de la escalera y se habían cansado de que nadie las buscara. Se habían asomado a la ventana del escritorio del piso bajo en donde dos señores hablaban, dos señores con las caras severas de sus padres, dos señores ahogados en seriedad de cuello duro y olor a cigarro. Leonor, conteniendo su risa, apretaba la nariz contra el vidrio frío y sus ojos tenían que atravesar el paisaje de una cortina blanca y de una Diana Cazadora para llegar hasta su padre que estaba sentado en un sofá de cuero marrón. Leonor vio que del bolsillo sacó el ancho pañuelo con que se secaba la frente los días de mucho calor, pero hacía frío en ese cuarto. Su padre no se había quitado el sobretodo, y sin embargo, con el mismo gesto de secarse la frente los días de mucho calor, se pasaba el pañuelo hasta llegar a la altura de los ojos, en donde se detuvo como alguien que llora.
Un ruido de máquina de coser envolvía la casa haciéndole un ruedo de silencio y se oía apenas el quejido que deben de hacer las lágrimas para atravesar los ojos cerrados. El padre de Elena se levantó y corrió el store de

la ventana. Después de un rato volvieron a crecer las voces como antes. Elena tomó la mano de Leonor, que tenía miedo, y caminaron hasta el cuarto de juguetes como si tuviesen la orden de jugar; pero no jugaron. Elena le regaló una medallita que se le perdió tres veces en el suelo al sacarla del cajón. Se despidieron sin mirarse, con un beso que buscaba mejillas al lado de las mejillas, sobre el aire.
En el automóvil, de vuelta, su padre la retó dos veces, y Leonor ya no creyó que hubiera llorado. Por el costado de los ojos había visto la dureza de la frente arrugada y no podía conciliar las dos imágenes, una vista a través del paisaje lejano de la cortina, la otra tan cerca y en una región remota adonde lo llevaba su mal humor, sentado en el asiento de un automóvil.
Leonor pensaba en Elena. La mesa se llenaba de risa a la hora del postre. El cielo estaba cada vez más negro, y caía una lluvia finita de azúcar en polvo. Leonor vio que su padre sacudía la cabeza pensando que no irían a la casa de Elena ese día, y sentía que un océano grande como el que le enseñaban en los mapas la tenía alejada del rostro que quería alcanzar, y que se le había borrado, de Elena.

La calle Sarandí

No tengo el recuerdo de otras tardes más que de esas tardes de otoño que han quedado presas tapándome las otras. Los jardines y las casas adquirían aspectos de mudanza, había invisibles baúles flotando en el aire y presencias de forros blancos empezaban ya a nacer sobre los muebles obscuros de los cuartos. Solamente las casas más modestas se salvaban de las despedidas invernales. Eran tardes frescas y los últimos rayos del sol amarillo, de este mismo rosado-amarillo, envolvían los árboles de la calle Sarandí, cuando yo era chica y me mandaban al almacén a comprar arroz, azúcar o sal.
El miedo de perder algo me cerraba las manos herméticamente sobre las hojas que arrancaba de los cercos; al cabo de un rato creía llevar un mensaje misterioso, una fortuna en esa hoja arrugada y con olor a pasto dentro del calor de mi mano. En la mitad del trayecto, de la casa donde vivíamos al almacén, un hombre se asomaba, siempre en mangas de camisa y decía palabras pegajosas, persiguiendo mis piernas desnudas con una ramita de sauce, de espantar mosquitos. Ese hombre formaba parte de las casas, estaba siempre allí como un escalón o como una reja. A veces yo doblaba por otro camino dando una vuelta larguísima por el borde del río, pero las crecientes me impedían muchas veces pasar, y el camino directo se volvía inevitable. Mis hermanas eran seis, algunas se fueron casando, otras se fueron muriendo de extrañas enfermedades. Después de vivir varios meses en cama se levantaban como si fuera de un largo viaje entre

bosques de espinas; volvían demacradas y cubiertas de moretones muy azules. Mi salud me llenaba de obligaciones hacia ellas y hacia la casa.
Los árboles de la calle Sarandí se cubrían de oleajes con el viento. El hombre asomado a la puerta de su casa escondía en el rostro torcido un invisible cuchillo que me hacía sonreírle de miedo y que me obligaba a pasar por la misma vereda de su casa con lentitud de pesadilla.
Una tarde más obscura y más entrada en invierno que las otras, el hombre ya no estaba en el camino. De una de las ventanas surgió una voz enmascarada por la distancia, persiguiéndome, no me di vuelta pero sentí que alguien me corría y que me agarraban del cuello dirigiendo mis pasos inmóviles adentro de una casa envuelta en humo y en telarañas grises. Había una cama de fierro en medio del cuarto y un despertador que marcaba las cinco y media. El hombre estaba detrás de mí, la sombra que proyectaba se agrandaba sobre el piso, subía hasta el techo y terminaba en una cabeza chiquita envuelta en telarañas. No quise ver más nada y me encerré en el cuartito obscuro de mis dos manos, hasta que llamó el despertador.
Las horas habían pasado en puntas de pie. Una respiración blanda de sueño invadía el silencio; en torno de la lámpara de kerosene caían lentas gotas de mariposas muertas cuando por las ventanas de mis dedos vi la quietud del cuarto y los anchos zapatos desabrochados sobre el borde de la cama. Me quedaba el horror de la calle para atravesar. Salí corriendo desanudando mis manos; volteé una silla trenzada del color del alba. Nadie me oyó.

Desde aquel día no volví a ver más a aquel hombre, la casa se transformó en una relojería con un vendedor que tenía un ojo de vidrio. Mis hermanas se fueron yendo o desapareciendo junto con mi madre. A fuerza de lavar el piso y la ropa, a fuerza de remendar las medias, el destino se apoderó de mi casa sin que yo me diera cuenta, llevándoselo todo, menos el hijo de mi hermana mayor. No quedaba nada de ellas, salvo algunas medias y camisones remendados y una fotografía de mi padre, rodeado de una familia enana y desconocida.
Ahora en este espejo roto reconozco todavía la forma de las trenzas que aprendí a hacerme de chica, gruesa arriba y finita abajo como los troncos de los palos borrachos. La cabeza de mi infancia fue siempre una cabeza blanca de viejita. Mi frente de ahora está cruzada por surcos, como un camino por donde han pasado muchas ruedas, tantas fueron las muecas que le hice al sol.
Reconozco esta frente nunca lisa, pero ya no conozco al chico de mi hermana, era tierno y lo creí para siempre un recién nacido cuando me lo dieron todo envuelto en una pañoleta de franela celeste porque era un

varón. Me despertaba por las mañanas con una risa de globitos bañada de aguas muy claras y su llanto me bendecía las noches.
Pero la ropa que me entregaban algunas familias para lavar o para coser, las vainillas de los manteles, las costuras, invadían mis días mientras que el chico de mi hermana gateaba, aprendía a caminar e iba a la escuela. No me di cuenta de que su voz se había desbarrancado de una manera vertiginosa a los dieciséis años, como la voz de ese compañero de colegio que le ayudaba a hacer los deberes. No me di cuenta hasta el día en que pronunció un discurso ensayándose para una fiesta en el colegio; hasta entonces había creído que esa voz obscura salía de la radio de al lado.

Cuántas vainillas habré hecho, vainillas de manteles y vainillas de bizcochuelo (pues no puedo desperdiciar la oportunidad de cocinar algunos bizcochuelos o dulces para vender de vez en cuando), cuántos ruedos y dobladillos habré cosido, cuánta espuma blanca habré batido lavando la ropa y los pisos. No quiero ver más nada. Este hijo que fue casi mío, tiene la voz desconocida que brota de una radio. Estoy encerrada en el cuartito obscuro de mis manos y por la ventana de mis dedos veo los zapatos de un hombre en el borde de la cama. Ese hijo fue casi mío, esa voz recitando un discurso político debe de ser, en la radio vecina, el hombre con la rama de sauce de espantar mosquitos. Y esa cuna vacía, tejida de fierro...
Cierro las ventanas, aprieto mis ojos y veo azul, verde, rojo, amarillo, violeta, blanco, blanco. La espuma blanca, el azul. Así será la muerte cuando me arranque del cuartito de mis manos.

El vendedor de estatuas

Para llegar hasta el comedor, había que atravesar hileras de puertas que daban sobre un corredor estrechísimo y frío, con paredes recubiertas de algunas plantas verdes que encuadraban la puerta del excusado.
En el comedor había manteles muy manchados y sillas de Viena donde se habían sentado muchas mujeres y profesores gordos.
Mme. Renard, la dueña de la pensión, recorría el corredor golpeando las manos y contemplaba a los pensionistas a la hora de las comidas. Había un profesor de griego que miraba fijamente, con miedo de caerse, el centro de la mesa; había un jugador de ajedrez; un ciclista; había también un vendedor de estatuas y una comisionista de puntillas, acariciando siempre con manos de ciega las puntas del mantel. Un chico de siete años corría de mesa en mesa, hasta que se detuvo en la del vendedor de estatuas. No era un chico travieso, y sin embargo una secreta enemistad los unía. Para el vendedor de estatuas aun el beso de un chico era una travesura peligrosa; les tenía el mismo miedo que se les tiene a los payasos y a las mascaritas.

En un corralón de al lado el vendedor de estatuas tenía su taller. Grandes letras anunciaban sobre la puerta de entrada: "Octaviano Crivellini. Copias de estatuas de jardines europeos, de cementerios y de salones"; y ahí estaba un batallón de estatuas temibles para los compradores que no sabían elegir. Había mandado construir una pequeña habitación para poder vivir confortablemente. Mientras tanto vivía en la casa de pensión de al lado y antes de dormirse les decía disimuladamente buenas noches a las estatuas.
Sentado en la mesa del comedor Octaviano Crivellini era un hombre devorado de angustias. Estaba delante de los fiambres desganado y triste, repitiendo: "No tengo que preocuparme por estas cosas", "No tengo que preocuparme por estas cosas".
El chico de siete años se alojaba detrás de la silla y con perversidad malabarista le daba pequeñas patadas invisibles, y esta escena se repetía diariamente; pero eso no era todo. Las patadas invisibles a la hora de las comidas, las hubiera podido soportar como picaduras de mosquitos de otoño, terribles y tolerables porque existe el descanso del mosquitero por la noche, las piezas sin luz y el alambre tejido en las ventanas, pero las diversas molestias que ocasionaba Tirso, el chico de siete años, eran constantes y sin descanso. No había adónde acudir para librarse de él. Debía de tener una madre anónima, un padre aterrorizado que nadie se atrevía a interpelar.

Hacía ya una semana de aquella noche en que se había escapado de la casa detrás de él. Sin duda lo había visto repartir besos con un movimiento habitual de limpieza sobre las cabezas de yeso que se movían en la noche con frialdad de estrella. Tirso se rió destempladamente y cabalgó sobre un león con melena suelta y abultada. La luna hacía de la tierra un lago relleno de sombras donde lloraban ángeles de cementerio, alguna Venus de ojos vacíos, alguna Diana Cazadora corriendo contra el viento, algún busto de Sócrates. Octaviano, al ver a Tirso cabalgando sobre uno de sus leones preferidos, abrevió rápidamente su despedida nocturna y se fue abrumado de vergüenza y terror.
Tirso, creyendo que el vendedor inmóvil de estatuas no lo había visto, sintió que tenía un poder prodigioso de invisibilidad, y volvió a acostarse en puntas de pie con la sensación de haber presenciado un milagro. Desde ese día todas las noches lo había seguido hasta el corralón, se había familiarizado con las estatuas, con las manos y los pies de yeso guardados en los armarios, con los perros blancos. Octaviano en cambio se había distanciado de sus estatuas, las limpiaba ahora con escasas caricias delante del chico.
Tirso empezó a cansarse de ese don de invisibilidad del que gozaba desde

hacía poco tiempo. El jugador de ajedrez le había hablado dos o tres veces. El ciclista le había dado un caramelo. La comisionista le había probado un cuello de puntillas, confundiéndolo con una chica, un día que llevaba un delantal, pero el vendedor de estatuas no le hablaba.

Cuando terminaron de comer, Octaviano se levantó como un chico en penitencia, sin postre -él, que hubiera deseado que Tirso se quedara sin postre. Se ató un pañuelo alrededor del pescuezo y salió como de costumbre. Tirso lo siguió. Empezaba a grabar su nombre con tiza colorada en las estatuas y Octaviano creía enloquecer de pena. Tirso lo desalojaba, le robaba su tranquilidad, lo asesinaba subterráneamente, y Tirso era inconmovible e independiente como lo son raras veces los grandes criminales. Cuando volvió a acostarse, al querer cerrar la puerta de su cuarto sintió una fuerza gigante que la retenía; hizo tentativas inútiles por cerrarla, hasta que de pronto, inesperadamente, se le vino encima, aplastándole casi el brazo. Pocos minutos después la puerta volvió a abrirse. No era necesario ver quién abría la puerta con esa fuerza, no podía ser sino Tirso; y esta escena, como las otras, se repitió todas las noches.

Las primeras veces trató de juntar toda su fuerza en los ojos al clavarlos sobre Tirso, pero los ojos de Tirso eran duros como paredes metálicas. Tenía unos ojos que nunca debían de haber llorado, y solamente matándolo se lo podía quizás lastimar un poco.

En el fondo del corralón había un gran armario donde el hombre desesperado se refugió una noche. Tirso, al ver que no estaba allí el vendedor de estatuas, se fue decepcionado. Pero persistió en sus cabalgatas nocturnas. Empezó a notar que sus actos eran tan invisibles como su cuerpo: los nombres que había grabado en las estatuas, no los encontraba nunca la noche siguiente; por eso sacó su cortaplumas para grabarlos, como en los árboles de una manera más segura.

Una noche llena de perros que ladraban a la luna, el vendedor de estatuas se retiró más temprano que de costumbre en el refugio del armario. Tirso no se resolvía a bajarse de encima del león, pero al fin empezó a trotar en círculos y semicírculos enloquecidos, arrastrando un ruido de fierros oxidados por el suelo. El vendedor de estatuas después de un rato no oyó más nada; el silencio y el bienestar habían entrado de nuevo en la noche circundante. Iba a salirse del armario cuando oyó dar a la llave dos vueltas que lo encerraban.

Quedaba poco aire respirable, quizás alcanzaría para unas horas de vida; sintió desfilar todas las estatuas que había vendido y que no había vendido a lo largo de su existencia. Un ángel de cementerio estaba cerca de él y le indicaba el camino al cielo. Llevaba un nombre grabado sobre la frente. Tuvo miedo: sacó el pañuelo y borró largamente el nombre en la obscuridad del armario donde se acababan las últimas gotas de aire y de luz que

todavía le permitían vivir.

Día de Santo

Era el día de su santo y era un día como todos los demás. Un vals brotaba en ondas, de la casa de al lado; no era la radio, debía de ser alguien que estudiaba piano siguiendo las notas sobre una música salpicada de indecisiones. Y era cada día ese mismo vals nunca aprendido que se asomaba por las persianas y se filtraba por las paredes de la casa vecina. Esa música se extendía muy lejos desde el día de su nacimiento y se repetía cada año en un día de santo huérfano de regalos. El mes pasado Fulgencia la había invitado para su cumpleaños; había regalos tan abundantes que hubieran podido llenar la vidriera de una juguetería. Celinita estaba con botines nuevos; extrañaba sus pies desnudos de todos los días que corrían como palomas sobre las baldosas floreadas, dos palomas asustadas resbaladizas sobre el piso encerado de los cuartos.
Había muchas visitas, muchas primas, muchas señoras sentadas en las sillas viendo jugar las chicas como en un teatro, pero Fulgencia prefería jugar sola y sin juguetes con Celinita, porque ella sola llevaba en la frente un nimbo lacio de pobreza, porque sabía subirse sobre los árboles mejor que nadie, y porque vivía en una casa vieja y despintada, con plantas verdes en el techo. Las personas grandes habían conspirado ese día para hacer llorar a las chicas si no jugaban con bastante entusiasmo o si estaban avergonzadas.
Fulgencia hubiera imaginado una fiesta distinta, jugando como con nieve con el barro del Tigre, haciendo moldes de pescados o de magdalenas polvoreadas con tierra seca. Solamente en el Tigre podía realizarse ese sueño; allí en esa quinta llamada Las Glicinas Porque llovían cascadas de glicinas en los embarcaderos. En esa quinta había nacido. La casa tenía cuartos de baño decorados con paisajes, enormes bañaderas tapizadas de madera, como confesionarios, donde se escondían de noche las arañas. Ventanitas con vidrios irisados, donde el agua color elefante del Tigre se tornaba del color del mar. Las mareas aprisionaban frecuentemente la casa.

Esos días no llegaban ni maestras ni visitas, eran días seguros y largos, llenos de figuras iluminadas con lápices de colores. Los dragones azules, con las bocas abiertas para jugar al sapo, nadaban en el jardín.
Habían ido juntas una sola vez a Las Glicinas. Por culpa de las mareas muchas veces, de la distancia otras veces, se volvían tan temibles y apreciados esos paseos al Tigre durante los meses de invierno.
Fulgencia era única hija, por eso sus padres la mataban de cuidados que transformados en penitencias involuntarias despertaban venganzas aviesas.

Un día se había escondido detrás de un bote que navegaba la mayor parte del tiempo sobre el pasto contra una planta de bambú. Llevaba en los bolsillos una provisión de terrones de azúcar y galletitas Iris. La madre, la niñera y el jardinero la buscaban por el jardín y por la casa. La madre lloraba mirando las aguas marrones del Tigre: "¡Dónde está mi hija!" "¡Dónde está mi hija!"… Escondida detrás del bote, Fulgencia oía todo. Su madre se arrodillaba sobre el pasto llorando, veía muerta a su hija flotando entre las frutas de los canales, con el pelo enredado de yuyos; la veía robada por un lanchero excursionista de los domingos; la veía secuestrada en un recreo bebiendo agua de los canales, muriéndose de tifus sin la ayuda de los termómetros y de los médicos.

Fulgencia apretaba los remos del bote, cómplice de su risa que iba disminuyendo. Ya no se atrevía a resucitar ante los ojos asombrados de su madre. La noche sobrevenía con canto de lanchas sobre el agua, con canto de grillos y de remos sobre el agua. Crecía un olor triste a barro mezclado con plantas húmedas y pescados: era el olor de la obscuridad, sonora de bagres, quizás, o de sapos que florecen a la hora de los mosquiteros.

Ella sabía que su madre a esa hora soñaba con un paseo remoto en Venecia. Era la hora en que hablaba, con las visitas de San Giorgio, de la Ca'D'oro, de Santa María Dell'Orto. Pero Venecia se hundía en la noche, devorada por las aguas negras del Tigre. Fulgencia se creyó perdida y después muerta en sus lágrimas; hizo movimientos ahogados entre las ramas de bambú hasta que la descubrió el jardinero.

Celinita desde ese día había tratado en vano de reproducir la misma escena en su casa. Nadie la buscaba. Además la casa donde vivía era demasiado pequeña para permitirle esconderse y tenía demasiados hermanos para que se dieran cuenta de que ella faltaba.

Pero esta vez cumplía siete años, no se había querido esconder y sin embargo estaba perdida en su propia casa; nadie la veía, nadie la buscaba. Fulgencia se había olvidado de mandarla llamar para jugar con ella. Era el día de Santa Cecilia, y Santa Celina debía de ser una santa anónima que no figuraba en los libros de misa ni en el calendario. La madre remendaba un delantal a cuadros cuando corriendo por los corredores le llegó el nombre de su hija desde el zaguán. Suspiró de alivio; venían a buscarla para que jugara con Fulgencia.

Celinita salió corriendo. La otra casa quedaba a media cuadra.

Lo primero que dijo cuando llegó fue: "Hoy es mi cumpleaños", y Fulgencia, subiendo los escalones que llevaban al cuarto de juguetes, contestó: "Bajemos al sótano, no hay nadie. ¿Es tu cumpleaños o tu santo? Si es tu santo, entonces no vale". Celinita no sabía, y se resignó a perder su cumpleaños para quedarse con la soledad del santo.

Bajaron al sótano; las ventanas daban sobre paisajes misteriosos de cables de ascensor, enrejados, plumeros y botellas rotas, baúles llenos de grandes polleras, de cortinas gigantes. Crecía una vegetación obscura y sin cielo de candelabros viejos, alambres tejidos y bolsas de leña como en los invernáculos abandonados del Tigre. Entre los pliegues de una cortina encontraron una muñeca sin ojos, una muñeca definitivamente nueva a fuerza de ser vieja, tiznada de golpes y desteñiduras, que se llevaron repartiéndosela en los brazos.
Al apagar la luz, el sótano se cubrió de un firmamento de pizarrón negro. Dos pupilas brillaban: las pupilas sueltas de la muñeca ciega volaban en busca de sus ojos. Fulgencia reconoció su muñeca preferida, la que tenía el pelo arrancado a fuerza de rulos y de lavados, la sonámbula de las noches que bajaba en el ascensor hasta el sótano y paseaba sus ojos por las ventanas vacías...

Diorama

Anudaba la última vuelta de su corbata delante del espejo, con la ventana abierta. Las voces de los chicos subían de la calle sumergidas dentro del mar de una playa lejana. Había mañanas en las cuales el mar se esperaba en la vuelta de los caminos detrás de las casas modernas con olor a casilla de baño. El ascensor bajaba más lentamente que de costumbre y la puerta daba lugar a quejas porque los portazos la incitaban a abrirse de nuevo.
En la puerta de la calle, esa gran chapa lo llenaba de asombro; esa chapa que llevaba un nombre desconocido: Afranio Mármol, Médico. No se acostumbraba todavía a ver ese nombre, así expuesto, como un cartel insistente de alquiler. Hasta hacía dos meses había sido un médico anónimo sin consultorio; ahora su casa se había convertido en una sala de espera con olor a vendas, con estatuas de bronce, millares de revistas viejas, almohadones bordados con pastores y mariposas sobre un fondo negro atravesado de hilos de oro, floreros con penachos de flores monstruosas. Había soñado con un consultorio moderno y claro, pero la fatalidad había intervenido; todo lo que sobraba en casa de su madre habían ido mandándoselo como a un cajón de basura. Así habían ido apilándose los muebles inservibles y viejos en las salas donde esperaban los enfermos envueltos en tinieblas de impaciencia, elaborando enfermedades. Esa sala de espera lo hubiera asustado de chico como las salas de los dentistas. Los médicos lo habían perseguido durante su infancia, los médicos armados de termómetros, los médicos que tosen cuando firman las recetas, los médicos que golpean los dedos como tambores sobre las barrigas. Ahora eran los enfermos quienes lo perseguían; las hojas de los árboles movidas por el viento eran manos de pacientes atravesadas de venas; las mujeres que se

cruzaban con él por la calle eran figuras descarnadas y luminosas, en donde había estudiado anatomía; mapas atravesados de pulmones azules y venas ramificadas, centros nerviosos rojos, recorridos de relámpagos delgados.

La mañana estaba translúcida como en el borde del mar; brotaba de las plazas olor a pasto recién cortado, pero no respiraba sino el aire con olor a cloroformo de los hospitales y de la morgue detrás de vidrios violetas y de frascos rojos, entre sonoridades de tapones y tenazas.
A veces evocaba el campo sembrado de anchos potreros de alfalfa: era en la estancia de unos parientes de su madre, donde había ido a descansar hacía diez años. A lo largo de su vida había cruzado por túneles obscuros de tristeza, con ideas fugitivas de suicidio que habían desembocado en ese campo con potreros de alfalfa. Recordaba mañanas felices como ninguna, sin otro motivo de ser feliz que la transparencia del cielo. Recordó durante mucho tiempo su soledad de entonces como una novia de quien se evoca el recuerdo, en el disco de un fonógrafo o en un perfume. Una novia con olor a pasto recién cortado, cubierta de horizonte y de cantos.
Se creyó curado, allí en esa estancia, gracias al zumbido de las abejas y de los insectos que tejían sobre la copa más alta de los árboles, enrejados azules y sedantes, junto con las palomas torcazas. Pero en cuanto volvió a la ciudad las ideas suicidas se instalaron de nuevo en su cuerpo. Fue entonces cuando se dedicó a la medicina y fueron los enfermos los que lo salvaron.

Volvía de las consultas de los hospitales como de un baño de sol.
Había caminado tres cuadras, llamó un taxímetro. Pensaba que su mujer le recomendaba caminar. Ese "No haces ejercicio", "No haces ejercicio" con el cual lo despedía todas las mañanas, le había quedado en el oído como el fastidioso vuelo de una mosca que lo cansaba de antemano. Subió al taxímetro, tenía que estar a las doce en casa del paciente de la calle Tacuarí. Lo habían llamado por teléfono hacía cinco días, le habían pedido que fuese a casa del enfermo; un golpe en la rodilla le impedía moverse. Ese hombre lo había citado a las seis de la tarde hacía cinco días.
Cuando llegó a la casa el portero lo hizo pasar al vestíbulo y le dijo ceremoniosamente: "El señor no puede atenderlo, está con una señora y tenemos orden de no interrumpirlo". Tuvo que insistir y hasta que extrajo su tarjeta como un revólver el portero se mantuvo inconmovible. De uno de los cuartos llegaba la voz altísima de un hombre, pero la otra voz quizás hablaba en secreto porque no se oía. El portero golpeó la puerta ladeando la cabeza atenta a escuchar. Las palabras se dispersaron.
La puerta se abrió, volvió a cerrarse, después de un instante volvió a abrirse para dejarlo pasar delante del brazo estirado del mucamo.

El dormitorio no tenía facciones, parecía un dormitorio de vidriera. El dueño de casa, delgado, alto, de ojos hundidos, le tendió la mano. Se quejaba de un dolor en el costado izquierdo. Se estiró sobre la cama, en mangas de camisa rayada y los dedos de Afranio Mármol empezaron a tocar el tambor sobre la barriga, el estómago y la espalda de aquel hombre pálido. Todavía no podía dar su diagnóstico; el hígado estaba inflamado, pero no era para alarmarse. Entonces, desviándose de las enfermedades cayeron en las confidencias. Esa mujer que estaba poco antes en el cuarto era su querida -lo venía a visitar todas las tardes desde hacía mucho tiempo-, no podía vivir con ella por razones sociales, pero venía a verlo todos los días, lo cuidaba maternalmente, le ponía cataplasmas; en ese momento seguramente los estaba espiando por la puerta de vidrio; levantaba despacito la cortina: "Doctor, mire, dése vuelta". Afranio Mármol se daba vuelta y no veía nada. "Es ella que ha arreglado las flores en ese florero", decía el hombre pálido levantándose de la cama y poniéndose el saco. Y así terminó la consulta aquel día.

El taxi llegaba a la calle Tacuarí, y el portero de tres días antes sonreía en la puerta un aire cómplice de visitas clandestinas. Esa vez lo hicieron pasar en seguida. Las persianas cerradas pesaban en torno de ese cuarto iluminado con luz eléctrica a las doce del día; no parecía el mismo cuarto de la vez anterior; el papel floreado que cubría las paredes se había oscurecido de manchas, los muebles de vidriera no estaban tan flamantes. Un olor fuertísimo a encerrado y a manchas de humedad le hacían insensiblemente mirar el techo en busca de goteras. El paciente estaba en segundo plano, había que sanar primero el cuarto para después cuidarlo a él: "Señor, ¿por qué no abre las ventanas?" se sintió fastidioso como cuando a él le decían: "Tenés que hacer ejercicio". El enfermo le contestó: "Doctor, es que le molesta el sol". "¿A quién le molesta el sol?" "A ella."

El hígado estaba descongestionado, pero los dolores seguían; se habló de radiografías, de aplicaciones eléctricas, para luego caer en las inevitables confidencias. Se trataba de una mujer casada. Los domingos y los sábados eran días dedicados a pasear con el marido, eran días mortales. Pero hoy, ¿qué día era? "No sé en qué día vivo", dijo Afranio Mármol. El enfermo frunció las cejas: eran malos precedentes para un médico. Pero la mujer cantaba maravillosamente: "¿No la oye, doctor? ¿No encuentra que tiene una voz privilegiada?" El silencio dobladillaba la casa, no pasaban coches por la calle. "No oigo nada", dijo Afranio Mármol. "Ha estudiado en un conservatorio y ahora canta en las iglesias de campo, los domingos. Escuche las notas altas." El silencio hacía crujir los muebles. Pasaron al escritorio, y esta vez el médico, recobrando su tos de médico, sentado frente a una mesa levantó la cabeza del águila del tintero, tomó la pluma y

escribió lentamente la receta. En ese momento el dueño de casa dio un grito: "Venga, doctor, mi mujer no se siente bien", y corriendo lo hizo entrar a otro cuarto tapizado de rojo. La cama era grande y labrada con una espesa colcha verde. El hombre se arrodilló mirando ávidamente la almohada vacía, y después incorporándose le dijo: "Doctor, esto no será nada, ¿verdad? Hágame el favor de auscultarla". Afranio Mármol pasó las manos sobre la cama y contestó: "No, no es nada, no se aflija, no es nada". Inclinó la cabeza sobre la almohada buscando el corazón de la mujer hasta que el hombre se quedara tranquilo.

El Pabellón de los Lagos

Debía de ser en el principio del verano, cuando los paseos se hacían más densos y más largos. Aquel día tenía una amiga nueva de la misma edad que ella; se habían hecho amigas a través de las risas que aumentaban en circunferencias cada vez mayores, como sobre el agua las cincunferencias provocadas por las piedritas que tiraban en el lago de Palermo. Catalinita tenía una niñera buenísima porque le gustaba conversar con las otras niñeras; las desobediencias pasaban sin notarse a través de largas conversaciones que le hacían mover los ojos de derecha a izquierda vertiginosamente y que no le dejaban ver nada, salvo el placer de sus conversaciones; saboreaba sus palabras con un ruidito de lengua contra el paladar. Cuando concluía de conversar parecía que acababa de comer algún plato delicioso. Catalinita insensiblemente buscaba el paquete de caramelos que seguramente llevaba el bolsillo de su niñera.
Catalinita jugaba frente al Pabellón de los Lagos. Era un pabellón milagroso adonde la llevaban cuando se había portado excepcionalmente bien, y entraba siempre como a una iglesia, con ganas de persignarse. Dentro de una caja de vidrio había una equilibrista rubia que bailaba sobre una cuerda floja. Bastaba poner diez centavos y la música era tan irresistible que la muñeca empezaba a bailar; estaba vestida con un vestido de tul blanco salpicado de espejitos que temblaban en cada uno de sus movimientos. Había también una gallina de oro que por veinte centavos ponía huevos floreados llenos de confites que nunca se comían.

Cuando Teresa, la nueva amiga, conoció por primera vez el Pabellón de los Lagos Catalinita también lo conoció, doblemente, por primera vez; sus ojos se llenaron del asombro de Teresa delante de la equilibrista que bailaba mejor que nunca. Tres veces la hicieron bailar, hasta que se acabaron las monedas de diez centavos; quedaba una de veinte para la gallina de oro. Catalinita adoraba tanto los zapatitos y el pelo suelto y lacio de Teresa, que le regaló el huevo divino, sintiendo crecer en ella la cara de una santa.

Y ese día salieron del Pabellón de los Lagos con las dos cabezas vueltas hacia atrás, mirando en el fondo de los vidrios a la equilibrista desaparecida para siempre.
El lago era encantado en la época en que existía el Pabellón de los Lagos, tan encantado que en las orillas del agua debajo de una palmera encontraron un caracol o una piedra preciosa. Catalinita dio un grito y las dos se sentaron en el suelo con los ojos en la maravilla del descubrimiento; se habían olvidado de la inalcanzable felicidad de los paseos en bote. El agua que llenaba el lago venía entonces de un mar lejano y desconocido, como el que hay en las playas de Biarritz; de tanto caminar, el agua se había embarrado los pies, pero no se había olvidado de traer piedras preciosas o caracoles verdes del color del mar. Catalinita apretó la piedra verde entre sus manos y se cortó la palma de la mano con el vidrio; gotitas de sangre redonditas como vaquitas de San José brotaban y se aplastaban contra el vestido blanco almidonado. Puso el caracol contra su oreja y oyó cantar el mar.

El mar

Era en un barrio de pescadores cerca del puerto; el caserío de latas grises brillaba en la tarde, cuando una mujer con la mano puesta como una visera sobre sus ojos resguardándolos del sol, miraba lejos sobre la extensión vacía de la playa. La playa en aquel lugar se asemejaba al mar; era undosa y reflejaba con trasparencias de agua los cambios del cielo. Los tamariscos se encaminaban perpetuamente hacia el mar como lentas procesiones de bichos quemadores verdes.
La mujer mordía sus labios paspados. La playa, hasta donde llegaban sus ojos, estaba desierta. El cencerro de las vacas lecheras cruzaba el camino; era la vaca blanca la que llevaba el cencerro. La mujer dejó de morder sus labios; en el horizonte aparecieron dos diminutos puntos negros que aumentaban despacito; dos hombres venían caminando.
La mujer sabía quiénes eran esos hombres, sabía cómo estaban vestidos, sabía de memoria cuál era el botón descosido de la camisa de su hermano y el remiendo del pantalón de su marido; los veía venir desde muy lejos, el color de las bufandas flameaba detrás de ellos como banderitas en el viento.
Después de inclinar la cabeza a un lado y a otro, dos o tres veces, como si ese movimiento atestiguara el regreso de los dos hombres, entró en la casa. Esa casa se diferenciaba de las otras porque tenía un jardincito muy pequeño, con canteros de flores rodeados de piedras y caracoles y un columpio colgado entre dos postes gruesos de madera.
Todos los chicos de las casas vecinas se columpiaban en ese jardín y por

eso la llamaban "La Casa de las Hamacas".
La cocina estaba llena de humo, las paredes chorreaban negrura de carbón, pero todo estaba en perfecto orden como en un cuarto recién blanqueado, mientras la mujer cocinaba.
Por el camino de tierra venían acercándose los dos hombres; el más alto era de tez más obscura, con los ojos asimétricos, el otro tenía los ojos grises muy hundidos; a uno lo había obscurecido el sol, al otro lo había iluminado como a un campo de trigo.
La puerta permanecía entreabierta; entraron derecho a la cocina; la mesa estaba puesta. Después de quitarse los abrigos se sentaron frente a la mesa; la mujer iba y venía, retiraba la olla del fuego, buscaba sal en los estantes, hasta que todo estuvo listo y trajo la fuente, la depositó sobre la mesa y se sentó entre los dos hombres. No hablaban, se oía solamente el ruido de los cubiertos contra los platos, ruido de mandíbulas y dientes en el silencio.
Después de un rato el hombre obscuro habló: hablaba de las lanchas pescadoras; nombres de pescados plateados relumbraban sobre la mesa. La mujer protestó: no traían nunca nada, ninguna brótola, ninguna corvina negra, todo lo vendían, y los pescados que sobraban los tiraban siempre al mar. El hombre rubio se reía: el pescado era comida para gatos; en cuanto a él, prefería morirse de hambre antes de probar un calamar o un langostín. El otro hombre escupió contra el suelo: a él le era lo mismo con tal de comer algo, lo mismo la perdiz que el pejerrey, la carne de vaca o el caballo. Sobrevino el silencio, abrieron la puerta y vieron que era una noche sin luna.
Después de lavar los platos, la mujer cansada se desvestía sentada sobre la cama, los hombres la miraban sin verla por la abertura de la puerta. Ella oía entre sueños las voces de los hombres que la llevaban por un camino larguísimo, al final del que se quedaba dormida, meciendo la cuna del hijo.
Los dos hombres seguían sentados en la cocina. Fue recién a la una de la noche cuando salieron de la casa; llevaban un revólver, un farol, y un manojo de llaves. Elegían un mes antes la casa adonde entraban a robar. Rondaban varios días por los barrios, viendo a qué horas apagaban las luces, cómo eran las cerraduras, trataban de amigarse con los perros, y pedían algunas veces permiso al jardinero para beber agua en las canillas. Y después, sigilosamente elegían la noche más obscura.

Los dos hombres se pusieron los abrigos; esa noche se internaban por los caminos de las lomas que se alejaban del mar. Había que caminar más de cincuenta cuadras; las casas estaban sin luz; no había ningún viento; los hombres caminaban despacio. Caminaban entre matorrales cortando camino; tardaron más de una hora en llegar, la maleza subía en grandes

olas y se rompía a la altura de las rodillas; de vez en cuando encendían el farol. Cuando estuvieron a unos veinte metros, el perro empezó a ladrar; saltaron por encima de la reja; el perro seguía ladrando; se acercaron hasta que los reconoció y se quedó quieto, acurrucado, desperezándose y moviendo la cola. Era una casa grande. Revisaron las persianas que daban sobre el corredor: estaban todas cerradas. En las partes laterales no había corredores; los dos hombres iban deslizándose pegados contra el muro y vieron que una de las persianas estaba abierta, una pequeña luz brillaba a través de la cortina, la ventana estaba también abierta de par en par. Se treparon despacio sobre un tanque de agua llovida por donde pudieron asomarse al cuarto. La luz estaba encendida. Frente a un espejo una mujer se probaba un traje de baño, se acercaba, se retiraba y se acercaba de nuevo al espejo como si ejecutara un baile misterioso. Se miraba de frente y de perfil. Uno de los dos hombres cerró los ojos.
La mujer se quitó el traje, tomó el camisón que estaba estirado sobre la cama y se lo puso, después dobló el traje de baño y lo dejó sobre la silla contra la ventana. Los dos hombres contenían sus respiraciones, no se movieron durante quizás media hora, hasta que la mujer se durmió.
Entonces uno de los hombres, agrandando el silencio, extendió el brazo y robó el traje de baño y una caja de cartón que estaba sobre la silla. Salieron corriendo; habían oído golpear una puerta. Caminaron largamente en las lomas, volvían desandando caminos defraudados por aquel robo en que no había intervenido la ganzúa ni el farol, en que no habían penetrado en el comedor eligiendo la platería, con el revólver apuntando a las puertas. Los dos sentían el perfume que emanaba del traje de baño, iban arrancando las hojas de los cercos hasta que llegaron a la casa.
Entraron golpeando las puertas y vieron de pronto, por primera vez, a la mujer durmiendo en el cuarto vecino; un hombro desnudo se asomaba por encima de la sábana.
Se durmieron con el canto de los pájaros.

Al día siguiente, cuando volvió la mujer del tambo, le mostraron el traje de baño y el vestido celeste que habían encontrado en la caja de cartón. La mujer levantó los brazos: ¡para eso habían salido a la una de la noche y no la habían dejado dormir tranquila! Examinó el género del vestido sacudiendo la cabeza: no alcanzaba ni para hacerle una bombacha al hijo; todavía el traje de baño era un poco más abrigado. Los hombres le contestaron que tenía que ponerse el traje, ya que se lo habían traído; la llevarían hasta la playa a bañarse; ellos se bañaban siempre los días de mucho calor. ¿Por qué no se bañaba ella también? La mujer sacudió de nuevo la cabeza: el mar no había sido nunca un placer sino más bien un aparato de tortura incansable. La vecina le aconsejaba bañarse; cuando

tenía libres las mañanas iba a la playa vestida con un traje de seda, viejo y negro; se bañaba en la orilla y volvía cubierta de caracoles chiquitos, piedritas y algas enredadas entre los dedos de los pies. Decía que era bueno para los huesos.
Los hombres insistieron hasta que la mujer accedió creyendo que se habían vuelto locos. Salió vestida como estaba con un pañuelo sobre la cabeza; los hombres iban de cada lado, caminando apuradamente.
La mañana estaba muy quieta, era domingo. Llegaron a la playa, la mujer tras una larga consideración se desvistió junto al bote. A esos hombres que nunca la llevaban con ellos, que nunca se ocupaban de ella sino para pedirle comida o alguna otra cosa, ¿qué era lo que les pasaba?
La mujer se olvidó de la vergüenza del traje de baño y el miedo de las olas: una irresistible alegría la llevaba hacia al mar. Se humedeció primero los pies despacito, los hombres le tendieron la mano para que no se cayera. A esa mujer tan fuerte le crecían piernas de algodón en el agua; la miraron asombrados. Esa mujer que nunca se había puesto un traje de baño se asemejaba bastante a la bañista del espejo. Sintió el mar por primera vez sobre sus pechos, saltaba sobre esa agua que de lejos la había atormentado con sus olas grandes, con sus olas chicas, con su mar de fondo, saltando las escolleras, haciendo naufragar barcos; sentía que ya nunca tendría miedo, ya que no le tenía miedo al mar.
Cuando regresaron, el llanto del chico los esperaba desde lejos; la mujer lo acunó en sus brazos. Los hombres no se movieron de la casa ese día. Discusiones oblicuas se establecían entre ellos; un odio obscuro empezó a envolverlos; subía, subía como la marea alta. Vivieron en una madeja intrincada de ademanes, palabras, silencios desconocidos.

Mucho tiempo después se creyó que el demonio se había apoderado de La Casa de las Hamacas. Las hamacas se columpiaban solas. Una noche los vecinos oyeron gritos y golpes y luego, después de un silencio bastante largo, creyeron ver la sombra de una mujer que corría con un niño en los brazos y un atado de ropa. No se supo nada más. Al día siguiente, como de costumbre, al alba salieron los dos hombres con la red de pescar. Caminaron uno detrás del otro, uno detrás del otro, sin hablarse.

Viaje olvidado

Quería acordarse del día en que había nacido y fruncía tanto las cejas que a cada instante las personas grandes la interrumpían para que desarrugara la frente. Por eso no podía nunca llegar hasta el recuerdo de su nacimiento.
Los chicos antes de nacer estaban almacenados en una gran tienda en París, las madres los encargaban, y a veces iban ellas mismas a

comprarlos. Hubiera deseado ver desenvolver el paquete, y abrir la caja donde venían envueltos los bebés, pero nunca la habían llamado a tiempo en las casas de los recién nacidos. Llegaban todos achicharrados del viaje, no podían respirar bien dentro de la caja, y por eso estaban tan colorados y lloraban incesantemente, enrulando los dedos de los pies.
Pero ella había nacido una mañana en Palermo haciendo nidos para los pájaros. No recordaba haber salido de su casa aquel día, tenía la sensación de haber hecho un viaje sin automóvil ni coche, un viaje lleno de sombras misteriosas y de haberse despertado en un camino de árboles con olor a casuarinas donde se encontró de repente haciendo nidos para los pájaros. Los ojos de Micaela, su niñera, la seguían como dos guardianes. La construcción de los nidos no era fácil; eran de varios cuartos: tenía que haber dormitorio y cocina.
Al día siguiente, cuando volvió a Palermo, buscaba los nidos en el camino de casuarinas. No quedaba ninguno. Estaba a punto de llorar cuando la niñera le dijo: "Los pajaritos se han llevado los nidos sobre los árboles, por eso están tan contentos esta mañana". Pero su hermana, que tenía cruelmente tres años más que ella, se rió, le señaló con su guante de hilo el jardinero de Palermo que tenía un ojo tuerto y que barría la calle con una escoba de ramas grises. Junto con las hojas muertas barría el último nido. Y ella, en ese momento sintió ganas de lanzar, como si oyera el ruido de las hamacas del jardín de su casa.
Y después, el tiempo había pasado desde aquel día alejándola desesperadamente de su nacimiento. Cada recuerdo era otra chiquita distinta, pero que llevaba su mismo rostro. Cada año que cumplía estiraba la ronda de chicas que no se alcanzaban las manos alrededor de ella.
Hasta que un día jugando en el cuarto de estudio, la hija del chauffeur francés le dijo con palabras atroces, llenas de sangre: "Los chicos que nacen no vienen de París" y mirando a todos lados para ver si las puertas escuchaban dijo despacito, más fuerte que si hubiera sido fuerte: "Los chicos están dentro de las barrigas de las madres y cuando nacen salen del ombligo", y no sé qué otras palabras oscuras como pecados habían brotado de la boca de Germaine, que ni siquiera palideció al decirlas.
Entonces empezaron a nacer chicos por todas partes. Nunca habían nacido tantos chicos en la familia. Las mujeres llevaban enormes globos en las barrigas y cada vez que las personas grandes hablaban de algún bebito recién nacido, un fuego intenso se le derramaba por toda la cara, y le hacía agachar la cabeza buscando algo en el suelo, un anillo, un pañuelo que no se había caído. Y todos los ojos se tornaban hacia ella como faroles iluminando su vergüenza.
Una mañana, recién salida del baño, mirando la flor del desagüe mientras la niñera la secaba envolviéndola en la toalla, le confió a Micaela su horrible

secreto, riéndose. La niñera se enojó mucho y volvió a asegurarle que los bebes venían de París. Sintió un pequeño alivio.
Pero cuando la noche llegaba, una angustia mezclada con los ruidos de la calle subía por todo su cuerpo. No podía dormirse de noche aunque su madre la besara muchas veces antes de irse al teatro. Los besos se habían desvirtuado.
Y fue después de muchos días y de muchas horas largas y negras en el reloj enorme de la cocina, en los corredores desiertos de la casa, detrás de las puertas llenas de personas grandes secreteándose, cuando su madre la sentó sobre sus faldas en su cuarto de vestir y le dijo que los chicos no venían de París. Le habló de flores, le habló de pájaros; y todo eso se mezclaba a los secretos horribles de Germaine. Pero ella sostuvo desesperadamente que los chicos venían de París.
Un momento después, cuando su madre dijo que iba a abrir la ventana y la abrió, el rostro de su madre había cambiado totalmente debajo del sombrero con plumas: era una señora que estaba de visita en su casa. La ventana quedaba más cerrada que antes, y cuando dijo su madre que el sol estaba lindísimo, vio el cielo negro de la noche donde no cantaba un solo pájaro.

La familia Linio Milagro

La noche ponía un papel muy azul de calcar sobre las ventanas, cuando la familia Linio Milagro se reunía alrededor de la estufa de kerosene en aquel cuarto del piso alto. Es cierto que el hall era frío, con guirnaldas de luces sostenidas por una estatua de mármol; la sala también fría, inexplorada, llena de reverencias de almohadones redondos. El ascensor era el lento refugio, de olor a comida, rodeado de escaleras de madera obscura por donde subían pasos invisibles. Esas regiones frías de los cuartos del piso bajo estaban vedadas y se iluminaban solamente en días de fiestas, de cumpleaños o de casamientos improbables. Reunirse alrededor de una estufa de kerosene era tan indispensable para la familia Linio Milagro como el almuerzo de mediodía.
Las seis hermanas llevaban tricotas verdes de diferentes tonos, verde veronés, verde esmeralda, verde nilo, verde aceituna, verde almendra y verde mirto; las seis recogían alabanzas por haber tejido las tricotas ellas mismas, las seis llevaban el mismo peinado, las seis hablaban al mismo tiempo de la última adquisición de un sombrero adornado con cintas pespunteadas de vidrio, hasta que se fueron levantando de las sillas y dejaron el cuarto vacío frente al retrato de un antepasado vestido de cazador con un fusil en la mano y con un perro sentado a los pies.
La compra de un terreno alteraba de vez en cuando la tranquilidad de esa

familia que no paseaba más que en paisajes de films, coloreados, eternamente tristes: colores azules y verdes se estiraban sobre cielos de campanarios amarillos de un sol poniente embalsamado.
Aurelia no había tejido ninguna tricota; era ella la hermana que provocaba secretos, gritos contenidos dentro de los cuartos cerrados, discusiones terribles a la hora de las comidas, siestas larguísimas en invierno; era ella la causante de los sueños atrasados. ¿Desde cuándo? Desde que empezaba el recuerdo de esas seis hermanas. Aurelia envuelta en gasas de automovilista antigua bajaba las escaleras a las cuatro de la mañana, encendía todas las luces de la sala y tocaba el piano perpendicular, con los pedales incesantes arrastrando las notas. Espaciosos misterios cubrían esa música nocturna que se despertaba en el sueño de Aurelia y en los desvelos de sus hermanas. Un día, después de un largo conciliábulo de familia donde crecieron hermanas víctimas de furiosos insomnios, resolvieron cerrar el piano con llave. Esa noche, a las cuatro de la mañana oyeron golpes de muebles y vidrios rotos. Cuando llegaron a la sala, Aurelia estaba tendida en el suelo con las manos ensangrentadas de espejos rotos, los ojos cerrados. Cinco hermanas aterrorizadas abrieron el piano y perdieron expresamente la llave debajo de un mueble. De esto hacía ocho años silenciosos sin protestas por la cuestión del piano.
Concluida la hora de la comida subían las voces con sonoridad cotidiana de merengue.

Todas se acostaron temprano esa noche.
Las horas más distantes estaban cerca en los sueños y caminaban abrazadas. Antes de cerrar los ojos sintieron que Aurelia ya estaba en el piano. Pero no. La noche era muda. Un extraño olor a papeles quemados se introducía en los cuartos ribeteando de fuego el silencio. La casa se envolvía en humo negro.
La familia entera saltó de las camas y se precipitó a extraer abrigos, calzones y zapatos de los armarios. Eran las cuatro de la mañana, Aurelia se adelantaba hacia al piano; tuvieron que arrastrarla hasta la puerta de calle. Las llamas crecían, los vecinos llamaron a los bomberos. Todo el mundo se asomaba por las ventanas para ver el incendio, pero los ojos de Aurelia nadaban remontando corrientes remotas de música.
La familia Linio Milagro, acurrucada en un rincón de la calle miraba el espanto de las llamas. Nadie se dio cuenta de que Aurelia faltaba. Las llamas subían con intención de lamer el cielo, las paredes se derrumbaban, y de pronto se oyó el piano, la música de siempre, imperturbable en la noche. "¡Aurelia!", "¡Aurelia!"
La casa estaba asegurada, la casa era vieja, nadie la había querido alquilar: una tímida esperanza de un incendio provechoso surgía en las cabezas.

"¡Aurelia!", "¡Aurelia!" Aurelia no estaba en ninguna parte, sólo el piano se oía, apagándose con el fuego creciente.
Aurelia no se salvó del incendio. Envuelta en sus gasas de automovilista antigua, murió como Juana de Arco, oyendo voces. La familia Linio Milagro, perseguida por el piano de las cuatro de la mañana, se mudó infinitas veces de casa.

Los Pies Desnudos

Esas peleas servidas como fiambres del día anterior son las peores, nos atan a un malestar hecho de nudos dobles, imposibles de deshacer, tienen la consistencia pegajosa de las cataplasmas, pensaba Cristián Navedo, mientras agravaba el desorden de su escritorio apilando libros y papeles nuevos, cuya presencia agrandaba las cordilleras que crecían sin cesar sobre la mesa. Tenía el temor constante de morir asfixiado debajo de los papeles perdidos para siempre en el desorden, papeles que se buscan y no se encuentran nunca, porque nadan en una zona indefinida de otros papeles detrás de los estantes, enredados para siempre en la obscuridad de los rincones empolvados de tierra. Y sin embargo, le habían enseñado de chico a ser ordenado, a doblar la ropa sobre una silla al acostarse, a guardar los cuadernos y los lápices en el cajón del pupitre, y más de una vez lo habían dejado sin postre. Pero todo eso no había hecho sino agravar su desorden, todo eso no había servido más que para enseñarle a ordenar su desorden, fervorosamente.
Cristián guardaba todo, hasta algunos de los cuadernos de su infancia, y sin embargo vivía en una perpetua angustia de haber perdido todo. Detrás de ese regimiento indisciplinado de cosas había toda una vida frondosa que se extendía en profundidades insondables; guardaba todo, hasta las peleas abortadas el día anterior; pero eran lo único que volvía a encontrar; no se le perdían nunca: las peleas, siempre las peleas con Alcira (las tenía todas registradas, como en un libro de cuentas).
Se conocían desde hacía poco tiempo, pero ese tiempo parecía haber nacido junto con ellos, tan hermanos se sentían. Y de pronto, como asesinos lentos que entran de noche a una casa, las peleas se habían introducido dentro de los días, traicioneramente. A medida que iba creciendo en ellos el amor, crecía la desconfianza y esa desconsideración prolija que trae consigo el amor: como los pliegues de un traje mal planchado que no se borran con nada, se intercalaban los pliegues del mal modo de los gritos y del silencio; todo equivalía a un Insulto. Así se había instalado entre ellos un mutuo desacuerdo que disminuía en forma de resentimiento mudo a la espera de otra rabia.
Cristián extrañaba secretamente sus amores confiados, distantes y

distintos. Era tan fácil confiar en lo que no le importaba demasiado. Esos amores de confiterías, de esquinas de almacenes, de playas, que no le robaban nada, ni sus paseos por las mañanas al sol, ni sus horas vacías, ni la soledad que lo llevaba a tientas al lado de los demás seres, ni las visitas a casa de sus primas, ni la generosidad divina del tiempo, ni su desgracia de estar siempre solo.
Se acordaba de Ethel Buyington y de la relación inconsistente que los había unido durante un mes. Qué sensación de irrealidad le había dado esa inglesa transparente que le confió su vida la primera tarde sentados en el banco de una plaza. Le había contado su infancia en un colegio de Londres. En casa de sus padres no vivía más que cuatro o cinco meses, durante las vacaciones. Había escrito una novela a los catorce años y debajo de su cama tenía una caja que contenía todos sus tesoros: una muñeca, un museo que consistía en una cajita con muchas divisiones donde coleccionaba toda clase de curiosidades: una mariposa, las puntadas de una operación de apendicitis, una piedra anaranjada, un caracol, un diente de leche, los ojos de una muñeca, y después la novela y después dieciocho poemas dedicados a su muñeca.
Ethel terminó los estudios más ignorante que antes y se fue a viajar por las costas de África con una familia francesa. Durante su ausencia se le murió la madre; las hermanas vendieron los muebles y la casa donde habían vivido. Recibió la noticia un mes después; sus tesoros se perdieron en la mudanza. Cuando volvió a Inglaterra no encontró en ninguna parte su cuartito cubierto de vuelos de pájaros y de flores; habían vendido hasta las cretonas. No encontró en ninguna parte el museo de cajas debajo de la cama. Ya no tenía catorce años ni en sus retratos de antes, ya no podía escribir ni sentir como entonces. Se hizo bailarina y bailaba con los pies desnudos para no tener que depender de los zapatos de baile que se pierden en los viajes debajo de las camas de los hoteles. Ethel tenía razón.
Pero él, Cristián inecesitaba tal equipaje! ¡Tal regimiento de libros, de cuadernos y papeles para hacer cualquier cosa, tal regimiento de zapatos para usar al fin y al cabo siempre los mismos y no bailar con ellos!
¡Oh!, la felicidad de los bailarines contorsionistas y pruebistas que no necesitan llevar sino su cuerpo! Pero Alcira, pensaba Cristián...

La casa de los tranvías

El mayoral del tranvía número 15, como un dueño de calesitas estaba recostado sobre el parapeto esperando que se llenara de gente su tranvía para salir. La casa donde duermen los tranvías es obscura y misteriosa para quienes la conocen; a veces se oye la música de un violín sobre los rieles desiertos, cuando se detienen las ruedas, a veces se oye patadas obscuras

en las caballerizas: son las almas de los caballos abandonados por los tranvías.
El mayoral del número 15 tenía los mismos bigotes de un maniquí en una tienda de Flores -allí había nacido y crecido muy alto en el segundo piso de la tienda, hasta que llegó a ser conductor de tranvía.
Todos los días cuando el tranvía se llenaba de gente, a último momento, llegaba corriendo una muchacha cargada de paquetes entre los cuales se veía colgar, indefensa, una cartera. La muchacha durante el viaje no hablaba con nadie ni miraba el paisaje, leía atentamente los diarios que envolvían sus paquetes. Un día, protegido por los empujones de la gente, el mayoral sintió sus manos robar la cartera indefensa, y se quedó lleno de asombro. Había sido siempre un hombre honrado: tampoco era caso de cleptomanía ¿qué es lo que lo había inducido a robar una cartera?
Esa tarde durante la trayectoria del tranvía, el mayoral se dio varias veces vuelta para mirar a la dueña de la cartera -nunca sus ojos habían llegado ni más arriba ni más abajo de los paquetes que la cubrían- y se dio cuenta de que tenía una cara preciosa como las figuras que llevan algunas cajas de fósforos.

A medida que se acercaba el fin del trayecto los ojos de la muchacha iban poniéndose colorados. El mayoral se tapaba los oídos cuando el tranvía daba vueltas en las esquinas, no podía oír el ruido finito y penetrante de los rieles que lo llevaban cada vez con más precisión al término del viaje. Cuando el tranvía se quedó vacío, el mayoral, después de mirar largamente la desaparición de la muchacha, oyó un nombre con el que alguien la llamaba agitando un pañuelo. En la esquina de la vereda unas familias complicadísimas de hijas más viejas que las madres, llamaban: ¡Agustina! ¡Agustina! -y ella volvió corriendo a recoger su nombre inclinada sobre los besos que la rodeaban. Agustina le quedaba bien. Agustina era un nombre rubio. El mayoral sintió que una intimidad muy grande había crecido con la posesión de su nombre.
Más tarde, cuando abrió la cartera, encontró un alfiler de gancho, una polvera con un perrito pintado encima, y diez pesos arrugados. Desde ese día la cartera dormía debajo de la almohada y las noches fueron angustiosas, llenas de sueños de rieles venenosos enroscados alrededor de su pescuezo en el Parque Japonés. Hasta que se le ocurrió la milagrosa idea de comprar un regalo de diez pesos. En uno de sus sueños proféticos había visto una mujer que llevaba un prendedor dorado con una golondrina de alas desplegadas: fue ese el regalo que buscó a lo largo de las tiendas, y como tenía que ser de diez pesos, tardó bastante en encontrarlo.

El Mayoral llevaba sus brazos tendidos en invisibles gestos de regalo, sentía

que solamente de ese modo iba a librarse de su dolor. ¡Pero el día no llegaba! El paquetito permanecía guardado en el bolsillo del uniforme. Los tranvías se vaciaban y se llenaban sin que llegara la oportunidad deseada. Agustina era la última en subir y la primera en bajar. Ese gesto requería la soledad de un claustro a medianoche, y esa soledad no sobrevenía nunca. Cuando el tranvía se quedaba vacío era siempre sin Agustina; hasta que llegó un día en que no apareció más; toda la gente subía como de costumbre, pero ella no llegaba nunca. Y junto con su ausencia empezaron a llenarse las calles de Agustinas imprevistas. El mayoral, cuando ponía el tranvía en marcha, creía verla aparecer en todas las esquinas, y recogía sus esperanzas muertas en esa especie de red metálica y curva con carencia de hilos horizontales, esa red de pescar accidentes que llevan los tranvías.

Era un día en que los pasos en el macadam se volvían pegajosos como caramelos elásticos. En una esquina bañada de tráfico, detrás del vidrio de un automóvil, los ojos de Agustina sonreían. El mayoral puso su mano de llamador de puerta sobre su corazón y detuvo el tranvía. Bajó corriendo a la calle, ensordecido por los claxons sintiendo que en el gesto de abandonar algo hay más robo que en un robo. Corría entre los automóviles y la gente, detrás de un rostro que aparecía y desaparecía en todas las mujeres de cabezas desnudas, lejos del tranvía abandonado, que quedó como un muerto que nadie resucita, rodeado de gente en el medio de la calle.

Epitafio romano

Oscuros cipreses, un puente de madera al pie del monte Aventino, el cielo más azul sobre las aguas del Tíber, desconocidas casas plebeyas (sin la redención de los patios), organizaban, perfeccionaban, el atormentado secreto de un caballero romano.
Sé que amaba, como Virgilio, los perfumes del laurel y del mirto; llevaba dos ramitas que su mujer le prendía por las mañanas sobre el pecho. Frecuentemente, en las discusiones políticas, en el Foro, se le veía arrancar hojitas de esas ramas y llevárselas a la boca; al sentir ese gusto, que, según él, le recordaba la infancia, adquiría la indulgencia necesaria para soportar la falta de lógica de sus adversarios. Del mismo modo, al cruzar por lugares insalubres, cerca de los pantanos con moscas y olor a huevo podrido en las afueras de la ciudad, respiraba el perfume de esas hojas.
Ninguna precisión, ningún busto de mármol me guían para describir ese rostro joven y resuelto, embellecido por el mentón y los labios. Prohibida la tristeza por las cejas rectas, sus ojos eran bruscamente severos. La simetría, la pureza de las facciones, la mirada atormentada y sin melancolía pocas veces lograron ennoblecer tanto un rostro.

"Puedo atormentarme, pero sin tristeza. La tristeza pertenece al tedio que sienten los débiles o los niños", solía decir a sus amigos. "La vida nos encierra continuamente en invisibles prisiones, de las cuales sólo nuestra inteligencia o nuestro espíritu creador pueden liberarnos. En alguna prisión de mi vida he creído ser feliz; en otras he creído ser desdichado; en otras, humillado. La vida, como el amor, como el poema, se corrige fácilmente y es buena para los estudiosos." Con frecuencia citaba a Plauto: "Para ignorar el amor, para tenerlo apartado, para abstenerse de él, todos los procedimientos son buenos. Amor, nunca seas mi amigo. Sin embargo, hay desdichados a quienes maltratas y que son tus víctimas. Pero yo he decidido consagrarme a la virtud". Con una sonrisa escéptica asistía a las fiestas religiosas; todos los años veía a los fieles arrojar sobre las aguas del Tíber (para aplacarlas) treinta maniquíes vestidos. Protestaba: "Para aplacar la violencia de las aguas ¿no sería más eficaz y económico arrojar treinta mujeres verdaderas?"
En algún momento de su vida las cuestiones políticas, las ocupaciones sociales, los sueños deleitables, los esplendores de la naturaleza o del arte y hasta los versos más inspirados, llevaban su pensamiento a un determinado lugar, cuyo paisaje le sugería infiernos de voluptuosidad: en esas penumbras ardientes, anónimas, estaba su mujer... Vanamente era devota de Venus Verticordia, y en vano amaba el recuerdo de la casta Sulpicia.
Flavia y su insistente perfil, su cabellera con ocho trenzas, entrelazadas con ocho cintas, su vestido ondulante del color de la miel o de las uvas violetas ¿se prostituía? ¿Qué falso candor ofrecía a otros hombres? ¿Qué inventadas confidencias entregaban sus labios? En sus temores, Claudio Emilio parecía el protector de sus rivales. Más de una vez, paseando con amigos, creyó verla salir de casas desconocidas, cerca del puente Sublicio, el rostro oculto en un manto amarillo o rosado, de un fulgor análogo al del poniente. Al ser interrogada, ella, sin ruborizarse, le había respondido: "¡Oh, Claudio Emilio! Tus amigos plagian tus versos, pero yo los reconozco. Dime, ¿te agradaría que los confundiera? Porque soy hermosa, y también para que las ames, mis amigas plagian mis túnicas, el color de mi cabello, tan difícil de lograr, las ocho trenzas de mi peinado. ¿No trataron de imitar el color de mis ojos con ungüentos? Para recibir tus besos ¿no perdió casi la vista Cornelia con aquella pomada azul que nunca llegó a ser del color de mis ojos? Durante tres meses, para lograr el brillo alarmante de mi cabellera, ¿no quedaron calvas las sienes de Helena? ¿Adela no murió de fiebre, con esa flor que daba a sus labios el color de mis labios? (Para recibir, después de todo, un solo beso, el de la muerte, y la atención de mis lágrimas obligatorias.) Reconoces sobre mi pecho, desde lejos, la rosa artificial y la rosa verdadera; sin equivocarte puedes distinguir el buen poema del malo, ¡pero

puedes confundirme en pleno día con mis amigas!" Para conmoverlo aún más, agregaba: "¡No sabes lo triste que es estar triste!" El silencio de un rostro amado es elocuente cuando quiere ser más hermético; los párpados sobre los ojos de Claudio Emilio indicaban grados de ternura, indicaban a veces a una mujer lo que debía decir: "Cambiaré de amigas" decía Flavia trenzándose el cabello con lentitud nocturna. "Serán más serias, más idénticas a mí, pero nunca lograré que no te amen".
¿En dónde encontraba Flavia amigas tan parecidas? La misma estatura, el mismo talle, los mismos senos. ¿Les elegía las túnicas? Para amarlas o desecharlas ¿se medía con ellas?
Como los senderos de un jardín que se alejan o se acercan arbitrariamente, formando modestos laberintos, muchas escenas, muchos diálogos, se repetían entre Claudio Emilio y Flavia:
-La vida parece hecha por personas distraídas -decía Claudio Emilio-. Las cosas se repiten, y vuelvo siempre a la dulzura de tus brazos.
-Es cierto -decía Flavia aspirando una flor-; se repiten las cosas, pero nunca son iguales y nunca se repiten bastante. Este atardecer no se repetirá, ni esta flor que me da su perfume, ni este momento de tus ojos del cual no me cansaría nunca.
-Las cosas se repiten demasiado: un solo día es igual al resto de la existencia. Una sola amiga es igual a todas tus amigas. El vuelo de aquel pájaro, que incesantemente se acerca al cielo de los árboles, lo volveré a ver en este mismo jardín que honra a Diana. Estas palabras que estamos diciendo ¿no las dijimos ya otro día?
-Para un enamorado, el encuentro y la separación transforman los minutos, las imágenes, las palabras. No podemos conservar intacto ni el recuerdo de un momento porque el recuerdo va siendo recuerdo del recuerdo: de un recuerdo apasionado o indiferente que siempre es inexacto.
-Se repiten los hechos con extraña insistencia. Con temor de perderse, las formas se repiten en ellas mismas: en la hoja del árbol está dibujada la forma de un árbol en miniatura; en el caracol, la terminación del mar con sus ondas sobre la playa; en una sola ala, imperceptibles alas infinitas; en el interior de la flor, diminutas flores perfectas. En las caras se reflejan las caras más contempladas.
-Esa figura que prefirieron nuestras pupilas, ¿puede, entonces, quedar para siempre en nosotros como un brillante retrato en colores?
-Puede quedar como quedan en las manos las formas y el perfume de otras manos. Se repiten las cosas, pero un día se saben, un día se transforman, un día se expían.
-Un día también se pierden: es claro que un día llegaría la muerte.
-En el argumento de una vida hay casi siempre una parte indigna que los hombres o los dioses descuidaron: la muerte a veces sería oportuna; a

veces convendría anticiparla.
Flavia, probablemente dócil a su destino, cambió de amigas hasta llegar a la que tendría que delatarla. Pero ¿cuál fue la verdad? ¿En qué forma se descubrió? ¿Cómo palideció Claudio Emilio, cómo latió su corazón al ver a Flavia en otros brazos? ¿Cómo eran el aposento (o el jardín), la hora, el perfume de alguna flor perturbadora, Inolvidable, el color delictuoso de una nube, la estación, el silencio? ¿Mandó matar Claudio Emilio al amante, o mató con sus propias manos, o bien desdeñó ambos procedimientos? ¿Una muerte no bastaba? Nadie logró saberlo; pero tal vez sólo importa (y sólo es distinto de lo que ocurre siempre) lo que ocurrió después. Cortésmente, sin aplicaciones, sobornando a tres o cuatro personas, Claudio Emilio hizo encerrar a Flavia en su granja del Tíber. Dio órdenes explícitas: había que alimentarla bien, darle ropa de las más finas telas, buenos vinos, dulces, instrumentos de música y libros; pero no le sería permitido ver el sol, ni pasear por el campo, debajo de los árboles que tanto amaba. Incendió su casa de Roma; para que se propagase más pronto el fuego, eligió un día de tormenta. Salvó a sus hijos y retiró algunos objetos de valor, algunos retratos. Anunció la muerte de Flavia. Se recogieron en una urna las pretendidas cenizas, y los retazos de una de sus túnicas (Claudio Emilio los había colocado cuidadosamente entre los escombros) fueron enterrados con pompa.
Por primera vez Claudio Emilio pareció triste. Sobre la tumba grabó personalmente un largo epitafio. Hizo figurar a los más cercanos parientes de la muerta como autores de algunos versos que él mismo compuso: esta acción fue agradecida por sus padres, pero severamente reprobada por sus amigos, que juzgaron el epitafio absurdamente extenso y plebeyo.
Dos años después, cuando el recuerdo de Flavia parecía casi olvidado, Claudio Emilio la sacó de su prisión. Le costó reconocerla: la falta de sol y de tinturas había oscurecido su pelo, estaba pálida y sus ojos claros parecían negros, estaba menos delgada (y aún más hermosa, pensó Claudio Emilio). La vistió con la misma túnica rota que había utilizado como prueba de su muerte y, secretamente, la llevó en una noche de luna hasta su tumba. Sin apartar de ella los ojos, aguardó a que leyera el epitafio: sobre una lápida decorada con instrumentos musicales, figuras de adolescentes y guirnaldas, estaban, grabados estos versos:

Tus PADRES:

Qué racimos azules, cuántas flores
y dulces venerando tus favores,
te regalan tus hijos. Atesoran
complicadas ofrendas y no lloran.

TU HERMANA MENOR:

¡En qué admirado incendio fuiste de oro
la claridad de arrepentidas llamas!

TU HERMANA MAYOR:

Tus labios tendrán sed como las ramas
que han devorado el sol: por eso lloro,
Por eso el ánfora con agua helada
traigo con una estrella reflejada.

TUS HIJOS:

Oh madre, eternamente la paloma
cantará entre los árboles de Roma;
se extinguirá tu cuerpo mientras dura
del verano la sombra, la dulzura...

Tu PRIMA:

Y seguirán cayendo del invierno
las nieves de otros tiempos, sin gobierno.

TU HERMANO:

¡Oh, Flavia, la distancia de la muerte
oculta los misterios de tu suerte!

TU ESPOSO:

Traerán las estaciones, en los brazos,
para ti en vano, frutas, dulces lazos:
como la tierra en sombra augustamente
te alejará tu sueño eternamente.

La antigüedad nos propone tres finales para esta historia:
En el primero, el más previsible, Flavia agradece a Claudio Emilio la salvación del honor de sus hijos y de su familia por haberla ennoblecido prematuramente con los privilegios que sólo puede otorgar la muerte. "Muchas personas vivientes me envidiarán", suspira Flavia con dulzura. "Y

también muchos muertos", le dice Claudio Emilio. "Te has convertido ya en una venerable aparición. Tu vida transcurrirá pacíficamente, pues no te faltarán alimento, ni techo, ni reverencias."
En el segundo, Flavia, después de leer su epitafio y de alabar algunos versos, de censurar otros, exclama: "¡Esto se parece mucho a un sueño! Tendré que estar atenta y recordarlo para contártelo mañana". "No te preocupes, Flavia. Es un sueño sin despertar y no se lo contarás a nadie. Tus hijos, tus padres, tus hermanos, tus amigas, el mundo entero cree que has muerto. Si te acercas a ellos, si les hablas, creerán que eres una aparición, tendrán miedo de ti y te darán alimento; pero no lograrás reincorporarte a la vida. El día en que mueras realmente, nadie asistirá a tu muerte, nadie te enterrará."
Flavia, con una voz casi inaudible, responde: "Es cierto, todos creen que he muerto, salvo tú: tú eres el único equivocado".
En el tercero, después de leer el epitafio, Flavia, con renovado esplendor, le dice: "¡No soy bastante seria! ¡No merezco estar muerta!" El fulgor de su cabellera suelta ilumina la noche y Claudio Emilio pide clemencia a los dioses y amor a Flavia. La lleva a su casa. Nadie la reconoce y ella asegura ser una mendiga que un demente ha violado, después de vestirla con las túnicas que robó de una urna sagrada. La locura de Claudio Emilio es tal vez inevitable; nadie entiende sus explicaciones claras e ingeniosas; en vano probará las hojas del mirto y del laurel. A orillas del Tíber, entre los cantos del *Fragmen Arboris*, se le oye durante tres noches gritar su indignación en versos que la posteridad ha perdido.

La red

Mi amiga Kéng-Su me decía:
-En la ventana del hotel brillaba esa luz diáfana que a veces y de un modo fugaz anticipa, en diciembre, el mes de marzo. Sientes como yo la presencia del mar: se extiende, penetra en todos los objetos, en los follajes, en los troncos de los árboles de todos los jardines, en nuestros rostros y en nuestras cabelleras. Esta sonoridad, esta frescura que sólo hay en las grutas, hace dos meses entró en mi luminosa habitación, trayendo en sus pliegues azules y verdes algo más que el aire y que el espectáculo diario de las plantas y del firmamento. Trajo una mariposa amarilla con nervaduras anaranjadas y negras. La mariposa se posó en la flor de un vaso: reflejada en el espejo agregaba pétalos a la flor sobre la cual abría y cerraba las alas. Me acerqué tratando de no proyectar una sombra sobre ella: los lepidópteros temen las sombras. Huyó de la sombra de mi mano para posarse en el marco del espejo. Me acerqué de nuevo y pude apresar sus alas entre mis dedos delicados. Pensé: "Tendría que soltarla. No es una

flor, no puedo colocarla en un florero, no puedo darle agua, no puedo conservarla entre las hojas de un libro, como un pensamiento". Pensé: "No es un pájaro, no puedo encerrarla en una jaula de mimbre con una pequeña bañera y un tarrito enlozado, con alpiste".
-Sobre la mesa -prosiguió-, entre mis peinetas y mis horquillas, había un alfiler de oro con una turquesa. Lo tomé y atravesé con dificultad el cuerpo resistente de la mariposa -ahora cuando recuerdo aquel momento me estremezco como si hubiera oído una pequeña voz quejándose en el cuerpo obscuro del insecto. Luego clavé el alfiler con su presa en la tapa de una caja de jabones donde guardo la lima, la tijera y el barniz con que pinto mis uñas. La mariposa abría y cerraba las alas como siguiendo el ritmo de mi respiración. En mis dedos quedó un polvillo irisado y suave. La dejé en mi habitación ensayando su inmóvil vuelo de agonía.

A la noche, cuando volví, la mariposa había volado llevándose el alfiler. La busqué en el jardín de la plaza, situada frente al hotel, sobre las favoritas y las retamas, sobre las flores de los tilos, sobre el césped, sobre un montón de hojas caídas. La busqué vanamente.
En mis sueños sentí remordimientos. Me decía: "¿Por qué no la encerré adentro de una caja? ¿Por qué no la cubrí con un vaso de vidrio? ¿Por qué no la perforé con un alfiler más grueso y pesado?"
Kéng-Su permaneció un instante silenciosa. Estábamos sentadas sobre la arena, debajo de la carpa. Escuchábamos el rumor de las olas tranquilas. Eran las siete de la tarde y hacía un inusitado calor.
-Durante muchos días no vine a la playa -continuó Kéng-Su anudando su cabellera negra-, tenía que terminar de bordar una tapicería para Miss Eldington, la dueña del hotel. Sabes cómo es de exigente. Además yo necesitaba dinero para pagar los gastos.

Durante muchos días sucedieron cosas insólitas en mi habitación. Tal vez las he soñado. Mi biblioteca se compone de cuatro o cinco libros que siempre llevo a veranear conmigo. La lectura no es uno de mis entretenimientos favoritos, pero siempre mi madre me aconsejaba, para que mis sueños fueran agradables, la lectura de estos libros: El Libro de Mencius, La Fiesta de las Linternas, Hoei-Lan-Ki (Historia del círculo de tiza) y El Libro de las Recompensas y de las Penas.
Varias veces encontré el último de estos libros abierto sobre mi mesa, con algunos párrafos marcados con pequeños puntitos que parecían hechos con un alfiler. Después yo repetía, involuntariamente, de memoria estos párrafos. No puedo olvidarlos.
-Kéng-Su, repítelos, por favor. No conozco esos libros y me gustaría oír esas palabras de tus labios.

Kéng-Su palideció levemente y jugando con la arena me dijo:
-No tengo inconveniente.
A cada día correspondía un párrafo. Bastaba que saliera un momento de mi habitación para que me esperara el libro abierto y la frase marcada con los inexplicables puntitos. La primera frase que leí fue la siguiente:
"Si deseamos sinceramente acumular virtudes y atesorar méritos tenemos que amar no sólo a los hombres, sino a los animales, pájaros, peces, insectos, y en general a todos los seres diferentes de los hombres, que vuelan, corren y se mueven".
Al otro día leí:
"Por pequeños que seamos, nos anima el mismo principio de vida: todos estamos arraigados en la existencia y del mismo modo tememos la muerte".

Guardé el libro dentro del armario, pero al otro día lo encontré sobre mi cama, con este párrafo marcado:
"Caminando, de pie, sentada o acostada, si ves un insecto pereciendo trata de liberarlo y de conservarle la vida. ¡Si lo matas, con tus propias manos, qué destino te esperará!..."
Escondí el libro en el cajón de la cómoda, que cerré con llave; al otro día estaba sobre la cómoda, con la siguiente leyenda subrayada:
"Song-Kiao, que vivió bajo la dinastía de los Song, un día construyó un puente con pequeñas cañas para que unas hormigas cruzaran un arroyo, y obtuvo el primer grado de Tchoang-Youen (primer doctor entre los doctores). Kéng-Su, ¿qué obtendrás por tu oscuro crimen?..."
A las dos de la mañana, el día de mi cumpleaños, creí volverme loca al leer:
"Aquel que recibe un castigo injusto conserva un resentimiento en su alma".

Busqué en la enciclopedia de una librería (conozco al dueño, un hombre bondadoso, y me permitió consultar varios libros) el tiempo que viven los insectos lepidópteros después de la última metamorfosis; pero como existen cien mil especies diferentes es difícil conocer la duración de las vidas de los individuos de cada especie; algunos, en estado de imago, viven dos o tres días; pero ¿pertenecía mi mariposa a esta especie tan efímera?

Los párrafos seguían apareciendo en el libro, misteriosamente subrayados con puntitos:
"Algunos hombres caen en la desdicha; otros obtienen la dicha. No existe un camino determinado que los conduzca a una u otra parte. Depende todo del hombre, que tiene el poder de atraer el bien o el mal, con su conducta. Si el hombre obra rectamente obtiene la felicidad; si obra perversamente recibe la desdicha. Son rigurosas las medidas de la dicha y de la aflicción, y

proporcionadas a las virtudes y a la gravedad de los crímenes".

Cuando mis manos bordaban, mis pensamientos urdían las tramas horribles de un mundo de mariposas.
Tan obcecada estaba, que estas marcas de mis labores, que llevo en las yemas de los dedos, me parecían pinchazos de la mariposa.
Durante las comidas intentaba conversaciones sobre insectos, con los compañeros de mesa. Nadie se interesaba en estas cuestiones, salvo una señora que me dijo: "A veces me pregunto cuánto vivirán las mariposas. ¡Parecen tan frágiles! Y he oído decir que cruzan (en grandes bandadas) el océano, atravesando distancias prodigiosas. El año pasado había una verdadera plaga en estas playas".
A veces tenía que deshacer una rama entera de mi labor: insensiblemente había bordado con lanas amarillas, en lugar de hojas o de pequeños dragones, formas de alas.
En la parte superior de la tapicería tuve que bordar tres mariposas. ¿Por qué hacerlas me repugnaba tanto, ya que involuntariamente, a cada instante, bordaba sus alas?

En esos días, como sentía cansada la vista, consulté a un médico. En la sala de espera me entretuve con esas revistas viejas que hay en todos los consultorios. En una de ellas vi una lámina cubierta de mariposas. Sobre la imagen de una mariposa me pareció descubrir los puntitos del alfiler; no podría asegurar que esto fuera justificado, pues el papel tenía manchas y no tuve tiempo de examinarlo con atención.
A las once de la noche caminé hasta el espigón, proyectando un viaje a las montañas. Hacía frío y el agua me contemplaba con crueldad.
Antes de regresar al hotel me detuve debajo de los árboles de la plaza, para respirar el olor de las flores. Buscando siempre la mariposa, arranqué una hoja y vi en la verde superficie una serie de agujeritos; mirando el suelo vi en la tierra otra serie de agujeritos: pertenecían, sin duda, a un hormiguero. Pero en aquel momento pensé que mi visión del mundo se estaba transformando y que muy pronto mi piel, el agua, el aire, la tierra y hasta el cielo se cubriría de esos mismos puntitos, y entonces -fue como el relámpago de una esperanza- pensé que no tendría motivos de inquietud ya que una sola mariposa, con un alfiler, a menos de ser inmortal, no sería capaz de tanta actividad. Mi tapicería estaba casi concluida y las personas que la vieron me felicitaron.
Hice nuevas incursiones en el jardín de la plaza, hasta que descubrí, entre un montón de hojas, la mariposa. Era la misma, sin duda. Parecía una flor mustia. Envejecidas las alas, no brillaban Ese cuerpo, horadado, torcido, había sufrido. La miré sin compasión. Hay en el mundo tantas mariposas

muertas. Me sentí aliviada. Busqué en vano el alfiler de oro con la turquesa. Mi padre me lo había regalado. En el mundo no hallaría otro alfiler como ése. Tenía el prestigio que sólo tienen los recuerdos de familia.
Pero una vez más en el libro tuve que ver un párrafo marcado:
"Hay personas que inmediatamente son castigadas o recompensadas; hay otras cuyas recompensas y castigos tardan tanto en llegar que no las alcanzan sino en los hijos o en los nietos. Por eso hemos visto morir a jóvenes cuyas culpas no parecían merecer un castigo tan severo, pero esas culpas se agravaban con los crímenes que habían cometido sus antepasados".
Luego leí una frase interrumpida:
"Como la sombra sigue los cuerpos..."

Con qué impaciencia había esperado esa mañana, y qué indiferente resultó después de tantos días de sufrimiento: pasé la aguja con la última lana por la tapicería (esa lana era del color oscuro que daña mi vista). Me saqué los anteojos y salí del trabajo como de un túnel. La alegría de terminar un bordado se parece a la inocencia. Logré olvidarme de la mariposa -continuó Kéng-Su ajustando en sus cabellos una tira de papel amarillo-. El mar, como un espejo, con sus volados blancos de espuma me besaba los pies. Yo he nacido en América y me gustan los mares. Al penetrar en las ondas vi algunas mariposas muertas que ensuciaban la orilla. Salté para no tocarlas con mis pies desnudos.
Soy buena nadadora. Me has visto nadar algunas veces, pero las olas entorpecían mis movimientos. Soy nadadora de agua dulce y no me gusta nadar con la cabeza dentro del agua. Tengo siempre la tentación de alejarme de la costa, de perderme debajo del cóncavo cielo.
-¿No tienes miedo? A doscientos metros de la costa ya me asusta la idea de encontrar delfines que podrían escoltarme hasta la muerte -le dije-. Kéng-Su desaprobó mis temores. Sus oblicuos ojos brillaban.
-Me deslicé perezosamente -continuó-. Creo que sonreí al ver el cielo tan profundo y al sentir mi cuerpo transparente e impersonal como el agua. Me parecía que me despojaba de los días pasados como de una larga pesadilla, como de una vestidura sucia, como de una enfermedad horrible de la piel. Suavemente recobraba la salud. La felicidad me penetraba, me anonadaba. Pero un momento después una sombra diminuta sobre el mar me perturbó: era como la sombra de un pétalo o de una hoja doble; no era la sombra de un pez. Alcé los ojos. Vi la mariposa: las llamas de sus alas luminosas oscurecían el color del cielo. Con el alfiler fijo en el cuerpo -como un órgano artificial pero definitivamente adherido- me seguía. Se elevaba y bajaba, rozaba apenas el agua delante de mí, como buscando un apoyo en flores invisibles. Traté de capturarla. Su velocidad vertiginosa y el sol me

deslumbraban. Me seguía, vacilante y rápida; al principio parecía que la brisa la llevaba sin su consentimiento; luego creí ver en ella más resolución y más seguridad. ¿Qué buscaba? Algo que no era el agua, algo que no era el aire, algo que no era una sombra (me dirás que esto es una locura; a veces he desechado la idea que ahora te confieso): buscaba mis ojos, el centro de mis ojos, para clavar en ellos su alfiler. El terror se apoderó de mis ojos indefensos como si no me pertenecieran, como si ya no pudiera defenderlos de ese ataque omnipotente. Trataba de hundir la cara en el agua. Apenas podía respirar. El insecto me asediaba por todos lados. Sentía que ese alfiler, ese recuerdo de familia que se había transformado en el arma adversa, horrible, me pinchaba la cabeza. Afortunadamente yo estaba cerca de la orilla. Cubrí mis ojos con una mano y nadé durante cinco minutos que me parecieron cinco años, hasta llegar a la costa.
El bullicio de los bañistas seguramente ahuyentó la mariposa. Cuando abrí los ojos había desaparecido. Casi me desmayé en la arena. Este papel, donde pinté yo misma un dios con tinta colorada, me preserva ahora de todo mal.

Kéng-Su me enseñó el papel amarillo, que había colocado tan cuidadosamente entre los dientes de su peineta, sobre su cabellera.
-Me rodearon unos bañistas y me preguntaron qué me sucedía. Les dije: "He visto un fantasma". Un señor muy amable me dijo: "Es la primera vez que un hecho así ocurre en esta playa", y agregó: "Pero no es peligroso. Usted es una gran nadadora. No se aflija".

Durante una semana entera pensé en ese fantasma. Podría dibujártelo, si me dieras un papel y un lápiz. No se trata ya de una mariposa común; se trata de un pequeño monstruo. A veces, al mirarme al espejo, veía sus ojos sobrepuestos a los míos. He visto hombres con caras de animales y me han inspirado cierta repugnancia; un animal con cara humana me produce terror.
Imagínate una boca desdeñosa, de labios finos, rizados; unos ojos penetrantes, duros y negros; una frente abultada y resuelta, cubierta de pelusa. Imagínate una cara diminuta y mezquina -como una noche oscura-, con cuatro alas amarillas, dos antenas y un alfiler de oro; una cara que al desmembrarse conservaría en cada una de sus partes la totalidad de su expresión y de su poder. Imagínate ese monstruo, de apariencia frágil, volando, inexorable (por su misma pequeñez e inestabilidad), llegando siempre -tal como yo lo imagino- de la avenida de las tumbas de los Ming.
-Habrás contribuido a formar una nueva especie de mariposas, Kéng-Su: una mariposa temible, maravillosa. Tu nombre figurará en los libros de ciencia -le dije mientras nos desvestíamos para bañarnos. Consulté mi reloj.

-Son las ocho de la noche. Entremos en el mar. Las mariposas no vuelan de noche.
Nos acercábamos a la orilla. Kéng-Su puso un dedo sobre los labios, para que nos calláramos, y señaló el cielo. La arena estaba tibia. Tomadas de la mano, entramos en el mar lentamente para admirar mejor los reflejos del cielo en las olas. Estuvimos un rato con el agua hasta la cintura, refrescando nuestros rostros. Después comenzamos a nadar, con temor y con deleite. El agua nos llevaba en sus reflejos dorados, como a peces felices, sin que hiciéramos el menor esfuerzo.
-¿Crees en los fantasmas?
Kéng-Su me contestaba:
-En una noche como ésta... Tendría que ser un fantasma para creer en fantasmas.
El silencio agrandaba los minutos. El mar parecía un río enorme. En los acantilados se oía el canto de los grillos, y llegaban ráfagas de olores vegetales y de removidas tierras húmedas.
Iluminados por la luna, los ojos de Kéng-Su se abrieron desmesuradamente, como los ojos de un animal. Me habló en inglés:
-Ahí está. Es ella.
Vi nítidamente la luna amarilla recortada en el cielo nacarado. Lloraba en la voz de Kéng-Su una súplica. Creo que el agua desfigura las voces, suele comunicarles una sonoridad de llanto: pero esta vez Kéng-Su lloraba, y no podré olvidar su llanto mientras exista mi memoria. Me repitió en inglés:
-Ahí está. Mírala cómo se acerca buscando mis ojos.
En la dorada claridad de la luna, Kéng-Su hundía la cabeza en el agua y se alejaba de la costa. Luchaba contra un enemigo, para mí invisible. Yo oía el horrible chapoteo del agua y el sonido confuso de unas palabras entrecortadas. Traté de nadar, de seguirla. La llamé desesperadamente. No podía alcanzarla. Nadé hacia la orilla a pedir socorro. No soy buena nadadora; tardé en llegar. Busqué inútilmente al guardamarina, al bañero. Oí el ruido del mar; vi una vez más el reflejo imperturbable de la luna. Me desmayé en la arena. Después debajo de la carpa encontré la tira de papel amarillo, con el ídolo pintado.
Cuando pienso en Kéng-Su, me parece que la conocí en un sueño.

El impostor

Hacía un calor sofocante. A las cuatro llegué a Constitución. Los libros intercalados entre las correas de la valija, y la valija, pesaban mucho. Me detuve a comer el resto de un helado de frutilla junto a uno de los leones de piedra que vigilan la escalinata de entrada. Subí por la escalinata. Faltaban veinte minutos para que saliera el tren. Vagué un rato por la

estación, curioseé en los escaparates de las tiendas. Me llamó la atención, en la librería, un lápiz Eversharp, muy barato: lo compré; compré también un frasquito de gomina rosada. No uso gomina, pero pensé que en el campo, en los días de viento, podría hacerme falta. En los reflejos de una vidriera vi, como un oprobio, mi pelo rizado. Reminiscencias vagas de mis primeros padecimientos en el colegio acudieron a mi memoria.
Me había olvidado de algo, de algo importante. Miré mi muñeca, para asegurarme que llevaba el reloj, miré el pañuelo en el bolsillo, la bufanda de lana escocesa enroscada en las correas de la valija. Me había olvidado de las pastillas de bromuro. Antes y después de los exámenes suelo sufrir de insomnios, pero tal vez el aire, el sol de campo, como dijo mi madre al despedirse de mí, actuarán sobre los nervios mejor que un sedante. Ella no admitía que un muchacho de mi edad tomara medicinas. Sin embargo, yo había olvidado algo, algo más importante que las pastillas de bromuro. Había olvidado mi libro de álgebra: lo lamenté al mirar desde el andén la esfera del reloj (su perfecta redondez me recordaba los más hermosos teoremas). Lo lamenté, pues el álgebra era mi materia predilecta.
Cuando subí al tren los guardas no habían terminado aún de remover los asientos. Subían estrepitosamente las ventanillas, con plumeros largos levantaban nubes de polvo y de moscas. El vagón estaba imbuido de olores, de calores sucesivos. La luz ardiente del día reposaba su claridad celeste en los vidrios, en las manijas de metal, en los ventiladores inmóviles, en los asientos de cuero.
En el compartimento que elegí se sentaron, unos minutos después, una mujer y una muchacha muy joven. Traían una canasta y un ramo de flores envuelto en un papel de diario. Tomé uno de mis libros y fingí leer, pero observaba a las vecinas, que después de acomodar las flores y de sentarse, con laboriosos movimientos abrieron la canasta y desenvolvieron un paquete con alfajores. Mientras comían, hablaban en voz baja; sin duda hablaban de mí, pues la muchacha, que no era tan desagradable como yo lo había supuesto en el primer instante, me miraba de soslayo, con un movimiento imperceptible, de interrogación, en las cejas.
La señora, inclinándose hacia mí y ofreciéndome un alfajor, me dijo confidencialmente:
-Tienen dulce de leche. Si no me equivoco, usted es hijo de Jorge Maidana.
Vacilando, acepté el alfajor. La señora no esperó mi respuesta.
-Hemos sido como hermanos. -Limpiándose los labios con una servilleta de papel, prosiguió:
-El tiempo, las circunstancias, no siempre favorables, separan, a veces, a los amigos de juventud. Usted era muy niño; no se acordará de aquellos días en Tandil, cuando nos reuníamos para las fiestas de carnaval y de Semana Santa.

En un laberinto de recuerdos vi el Hotel de Tandil, pintado de verde, las numerosas mesitas del corredor, las hamacas, las piedras gigantescas del jardín, las sombras, el sol infinito del espacio, mezclándose a ellos indelebles olores a pomo de carnaval, a incienso y a melancólicos jazmines: en ese edén confuso, una señora vestida con un quimono cubierto de enredaderas me había iniciado en la prohibida ascensión de unas montañas.
Asentí con la cabeza.
-¡Qué hermosos recuerdos! -prosiguió la señora-. Yo estaba de novia. Su madre me acompañaba de noche al corso. Por las tardes, como dos mariposas, jugábamos al tenis. Hacíamos las Estaciones y el Viacrucis juntas.
La muchacha me miraba. La señora suspiró levemente, hizo aletear un pañuelo, se enjugó la frente y, como queriendo cambiar de conversación, preguntó:
-¿Aficionado a la lectura? Siempre lo he dicho: en los viajes no está de más llevar un libro. ¿Va muy lejos?
-A Cacharí -contesté sin entusiasmo.
-¡A mis pagos! Cacharí, Cacharí, Cacharí.
La miré con asombro. Ella continuó:
-¿No conoce la leyenda? Cacharí era un cacique temible. Cerca del pueblo lo mató el ejército, hace un siglo. Cayó herido y durante tres noches y tres días, gritó: "Cacharí, Cacharí, Cacharí. Aquí está Cacharí". Nadie se atrevió a acercarse al lugar donde el indio agonizaba. Dicen que aún hoy cuando sopla el viento, a medianoche, en invierno, se oye el grito de Cacharí. ¿Viene a pasar las vacaciones? ¿Solito? Seré curiosa: ¿dónde?
-En la estancia Los Cisnes.
-Pero ¿no arrendaron el campo? ¿Quién está allí?
-Armando Heredia -contesté con impaciencia.
La señora musitó varias veces el nombre y finalmente inquirió:
-¿Armando Heredia, el viejo?
-Tiene dieciocho años -respondí, mirando por la ventanilla.
-¿Ya tiene dieciocho años?
La miré con odio: primeramente me preguntaba si Armando Heredia era el viejo, después (para prolongar vanamente el diálogo), se asombraba que ya tuviera dieciocho años.
-¡Cómo pasa el tiempo! -suspiró de nuevo la señora palmoteando los pliegues de una solapa blanca, de muselina, sobre la protuberancia de su pecho-. Es una estancia triste Los Cisnes. La casa está abandonada y hay más murciélagos que muebles. Pero es natural, a un muchacho de su edad no le asustan estas cosas. Es inútil, yo siempre sostengo que las amistades quedan en la familia. Los padres se separan, pero los hijos de esos mismos padres vuelven a reunirse. ¿Armando Heredia será compañero suyo?

-No lo conozco.
-¡No lo conoce! Dicen que el mozo es medio loco. Cuentan que cegó un caballo porque no le obedecía: lo ató a un poste, lo maniató, y le quemó los ojos con cigarrillos turcos. Pero no hay que dejarse llevar por cuentos.
Asentí con un movimiento de cabeza. Cariñosamente, la muchacha estrujaba entre sus manos el papel que había envuelto uno de los alfajores. Las manos eran delgadas, nerviosas. En sus ojos no sé qué belleza melancólica y tímida me cautivaba.
Se detuvo el tren y aproveché el momento oportuno: me asomé por la ventanilla como si esperara a alguien, me precipité afuera, bajé y caminé un rato por el andén. El calor de la tarde estaba en su apogeo. Sentía el sol ardiente sobre mi cabeza. En un rincón, en la sombra, cuatro o cinco hombres esperaban, como hipnotizados. Un gato blanco dormía en un banco de la sala de espera. Subí al vagón, volví a mi asiento. Cuando de nuevo arrancó el tren, oí la voz monótona e insistente:
-Qué largos son estos viajes en verano. Solamente los hago por obligación. Tuve que llevar a Claudia al oculista. Le recetaron anteojos.
Sacó de la cartera unos anteojos oscuros y, examinándolos, agregó:
-No quiere usarlos. Dice que no ve las letras del diario ni los escalones y que el tiempo parece tormentoso y triste a través de los vidrios oscuros.
La muchacha echó la cabeza hacia atrás, con un movimiento de pájaro, y descubrió su cuello redondo. Sus ojos se movieron, inquietos, de un lado a otro, para después posarse abstraídamente sobre mí. Pensé que hacía bien en no querer usar anteojos. ¿Qué hubiera quedado de su rostro sin la luminosidad de su mirada? ¿Qué hubiera hablado en ella? A través de los lentes oscuros, jamás me hubiera atrevido a creer que me miraba.
Me asomé de nuevo por la ventanilla. Ningún relámpago en el cielo, ninguna puesta de sol, ningún cometa justificaba, para esta señora, mi larga contemplación. El campo ardientemente monótono, con pastos amarillos o verdes, se extendía con sus repetidas ovejas, sus caballos y sus vacas.
Mis compañeras de viaje todavía no me habían dejado reflexionar. ¿Cómo sería aquella estancia remota, con el nombre de un pájaro que para mí existía solamente en los lagos de Palermo o en los versos de Ruben Darío? ¿Cómo sería Armando Heredia? Cuando su padre me lo describía, sentí algún afecto por aquel muchacho, solitario y desconocido, cuya indiferencia preocupaba a toda una familia. Esto también es cierto: sentí una mezcla de admiración y repugnancia por él.
¡Todo lo que la imaginación puede fraguar alrededor de un nombre! Mientras desfilaban ante mis ojos las nubes y los animales del poniente, lo imaginaba alto, ancho de hombros, moreno, cruel y melancólico, afectado y grosero, siempre con olor a alcohol.

"¡Cómo un muchacho que se ha recibido de bachiller en Europa, que iba a seguir la carrera de médico, un muchacho con bastante afición a la música, puede encerrarse un buen día en una estancia abandonada, cuidada por los murciélagos y los sapos! ¿Para qué se encierra en esa estancia? No es para estudiar, ni para cultivar la tierra, ni para criar vacunos", un día exclamó, escandalizada, mi madre. ¿Pero acaso Armando Heredia no era más sensato que su familia? El arrendatario del campo les había cedido el casco de la estancia y por pequeño que éste fuera ¿cómo no disfrutaban de esa propiedad de campo, ya que la situación pecuniaria en que se encontraban no les permitía veranear en otra parte?

Armando Heredia me parecía pertenecer a la raza de los héroes (en una nube imaginé su perfil atrevido): no había sucumbido bajo las iras familiares. Había podido abandonar todo por nada. Sin embargo yo no estaba tan seguro que ese nada fuera realmente nada.

En los vidrios de la ventanilla vi el reflejo de una nube y el horizonte que achataban un sol casi violeta. Vi también el rubor de mi frente, mientras pensaba: soy un avergonzado embajador enviado por el amigo de mi padre. Yo soy tímido y nada astuto ¿qué influencia puedo tener sobre el ánimo de un muchacho que sólo conozco por vagas, contradictorias informaciones? "Lo único que tienes que hacer es seguir estudiando" me había dicho el señor Heredia, mientras fumaba un habano, en el escritorio de mi padre, "demostrarle tu amistad, si la sientes. Creo en la eficacia del ejemplo: ningún consejo será mejor. No podría pedirte, no, no podría pedirte, aprovechando las ventajas de una posible amistad, que arranques de su corazón un secreto para entregármelo a mí. Temo que en el misterio de su reclusión exista una mujer o un vicio. Repito: lo único que tienes que hacer, amigo mío, es estudiar allí y aprovechar el aire saludable del campo. La casa está abandonada, pero para un muchacho de tu edad eso no significa una molestia sino una diversión más."

Admiré en la ventanilla una interminable laguna donde reposaban como flores algunos adormecidos flamencos. Pensé en la frescura de un baño y, al contemplar mejor la monotonía del agua, seguí el curso anterior de mis pensamientos. Mi padre, que estima al señor Heredia como uno de sus mejores amigos de infancia, viendo, en la promesa de un vínculo de amistad entre su hijo y yo, reanudarse una relación interrumpida desde hacía años por circunstancias ineludibles de la vida, me recomendó que desplegara la máxima cautela, la conducta más sagaz, la inteligencia más sutil para acercarme a Armando Heredia e influir sobre su carácter áspero. Tantas esperanzas puestas en mí me confundían.

Si Armando Heredia no me resultaba simpático, si yo no le resultaba simpático ¿cómo haría para soportar aquellos quince o veinte días en la soledad definitiva del campo? Por lo menos ¿habría en la estancia un

aparato de radio, una bicicleta, un caballo?
Caía la noche con un cielo vacío. Sobre la frescura del vidrio apoyé mi frente: me sentía afiebrado. Hubo un momento de júbilo cuando vimos la primera llama y el primer avestruz iluminados por monstruosas luces. Leí un rato. Pensé que estaba solo y hasta cierto punto lo estaba. Mi interlocutora se había dormido; la muchacha, reclinada en el respaldo del asiento, con los ojos entornados, trataba de imitarla. Vi que su boca tenía la forma de un corazón orgulloso. Vi que llevaba en su vestido un broche con piedritas celestes; las piedritas dibujaban un nombre: María.

Las luces comenzaban a encenderse cuando el tren se detuvo en la estación de Cacharí. No me esperaba Armando Heredia, sino un peón afónico, cuya cara no pude distinguir de la noche, y una volanta desvencijada.
Ladraban los perros. En la oscuridad de una casa muy larga, compuesta casi esencialmente de corredores, de enredaderas superpuestas, apareció Armando Heredia llevando una lámpara de kerosene en la mano. Gracias a las circunstancias nuestro encuentro fue providencialmente natural. Un chiflón apagó la lámpara. Tuvimos que ir a la cocina, a buscar otra. En el cuarto contiguo una agria voz de mujer protestaba contra las camisas de las lámparas. Todas se habían quemado ese día. Armando Heredia descolgó del techo un farol y me condujo con la luz a través de otro corredor. Llegamos a una habitación larga; algunos tablones del piso estaban hundidos.
-Esto fue un comedor -me dijo Heredia, iluminando su cara con la lámpara- todo en esta casa fue y ya no es, aun la comida -agregó, enseñándome una fuente con carne ahumada y hojas de lechuga amarilla.
Algunas personas que vemos por vez primera nos sugieren falsos recuerdos; creemos haberlas visto antes; seguramente tienen algún parecido con otras que conocimos en algún café o en alguna tienda. Heredia no era como yo lo había imaginado, pero en cambio se parecía a alguien: no podía descubrir a quién. Busqué nombres, lugares en mi memoria; lo asocié a un librero de la calle Corrientes, a un profesor de matemáticas. Mientras observaba el movimiento de sus labios perdí las esperanzas de saber a quién se parecía. Me sentí humillado ante mi falta de memoria.
-Si quiere pasar a su cuarto, antes de comer, sígame.
Atravesamos otros corredores y llegamos a un dormitorio con un techo muy bajo. Las ventanas eran de distinto tamaño, los muebles llevaban esculpidos en la base una suerte de monstruos, con colas dobles de sirenas; los vislumbraba apenas en la trémula luz del velador.
-En este armario hay una percha, la única. Es mía -dijo Heredia, mostrándome en la oscuridad el armario entreabierto-. ¿Ve las goteras?
Interesado, inspeccioné la oscuridad.

-Estas vasijas -prosiguió, dando un puntapié sobre un objeto- están destinadas, no sólo a recoger el agua cuando llueve, sino a producir insomnios y una música imprevisible. Podría jurarlo: cada gota que cae en estos recipientes produce un sonido infinitesimalmente distinto del anterior y del siguiente. He oído más de quinientas lluvias en este cuarto.
Pensé decirle: Es muy aficionado a la música. Pregunté atentamente:
-¿Llueve mucho?
Me lavé las manos, saqué algunas cosas de mi valija, me peiné. Después nos sentamos a comer, casi a oscuras.
El sol implacable iluminaba el cielo y una arboleda tupida, cuyas copas se dibujaban contra nubes blancas. Un viento ardiente soplaba sobre los pastos secos. Era aquella una estancia abandonada. Sobre el techo de la casa crecía un eucalipto y algunas flores silvestres. Las enredaderas devoraban las puertas, los aleros de los corredores, las rejas de las ventanas. En una película cinematográfica había visto algo parecido. Una casa con telarañas, con puertas desquiciadas, con fantasmas.

Salvo a Heredia, no había visto a nadie después de mi llegada. El desayuno, en la cocina, a las siete de la mañana, fue bastante frugal. En uno de mis bolsillos guardé un pedazo de galleta y unos terrones de azúcar, que fui comiendo despacio.
El silencio me asombraba como algo totalmente nuevo: llegaba a ser terrible y estridente.
-Hace mucho que no salgo al campo -exclamé como respondiendo a una pregunta que nadie había formulado-, el aire y el sol me aturden.
Armando Heredia caminaba a mi lado, dando cortos rebencazos en el pasto. Nos seguían tres perros.
-Las cosas monótonas son las más difíciles de conocer. Nunca nos fijamos bastante en ellas porque creemos que son siempre iguales.
-¿Qué es monótono?
-El campo, la soledad.
Callamos, incómodamente.
- ¿Por qué esta estancia se llama Los Cisnes? -pregunté, tratando de evadir el silencio.
-Por los cisnes de la laguna -me dijo señalando con su rebenque un lado problemático del monte.
Tuve la sensación de estar ciego: de noche, la oscuridad; de día, la intensa luz, no me permitían ver.
-¿No le dije ya que todo ha desaparecido en esta estancia? -prosiguió-. Todo, salvo los murciélagos, las arañas, los reptiles, usted y yo.
En ese instante, como ilustrando el final de su frase, una víbora se deslizó entre los pastos. Retrocedí de un salto. Heredia inquirió:

-¿Es miedoso?
Esta frase hubiera podido ofenderme, pero todo me parecía demasiado irreal. Repliqué:
-Todo lo que es viscoso me da miedo: un pescado, un sapo, el jabón cuando está derretido, cualquiera de esas ranitas que sobrevienen con la lluvia.
Me convidó con cigarrillos. Nos detuvimos. Mientras encendía un fósforo y resguardábamos la llama entre nuestras manos, lo observé atentamente. Estaba apoyado en el tronco de un árbol. Examiné las bombachas negras, el cinturón de cuero sobado, el pañuelo azulado al cuello, el grave perfil casi griego (que recordaba alguna de las estatuas que poblaban las láminas de un libro de historia de Malet). Volví a asociar su cara a otras caras, en vano.
-¿Podríamos ver la laguna? -inquirí. Luego agregué con verdadera curiosidad:
-¿Y por qué no tiene cisnes? ¿Los cazaron todos?
-Los cisnes no se cazan, pero mi abuelo materno los hizo matar. Pretendía que le traían mala suerte. En la familia creen que tuvo razón. La muerte rectifica muchas cosas; con mi abuelo fue esplendorosa: transformó sus supersticiones en nobles y meditadas actitudes; sus manías, en admirables constancias. Mi tía Celina, la menor de sus hijas, que solía ir a la laguna con las chicas del puestero, enfermó gravemente un día de diciembre. Dijeron que se había bañado en la laguna; volvió a la casa descalza y con la ropa mojada. Cuarenta noches y cuarenta días tembló de fiebre en la cama de fierro donde yo duermo ahora y nadie sabía que en sus delirios veía los enormes cisnes de la laguna picotear su cabeza. "Allí están otra vez. Ahí vuelven", gritaba tía Celina. Mi abuelo le preguntaba "¿Quienes vuelven?", ella contestaba: "Los monstruos". "¿Qué monstruos?" "Los grandes, con las caras negras."
Dos años duró su enfermedad. Mi abuelo tardó en averiguar quiénes eran los monstruos de caras negras. Cuando lo supo, hizo matar los cisnes. Después, poco tiempo después, mi tía Celina murió de un ataque al corazón. Dicen que en esos días encontraron al último cisne en la laguna y que mi abuelo lo estranguló con la mano izquierda. Toda esta historia desprestigió la estancia. Mi madre no quiso volver. Adoraba a Celina. Mi padre, aunque nunca vivió más de una semana aquí, siente una atracción romántica por el lugar. El arrendatario del campo no aceptó la casa. Es natural, la suya es mejor. Aquí se quedaron a vivir la antigua casera, esa mujer que cocina para nosotros y nos lava la ropa, el marido, que fue el peón más antiguo de la estancia y que tiene algunas ovejas y algunos caballos y el nieto, de doce años, que se llama Eladio Esquivel.
-Pero ¿son invisibles?
-Si fueran silenciosos sería mejor -respondió Heredia.

-No los he oído.
-Hoy se fueron a Tapalqué, para asistir a un casamiento. Volverán a la noche. Dejaron preparada la sopa. Una sopa incomible. Nosotros mismos asaremos la carne en las brasas. Hay dulce de membrillo y queso.
La descripción de este almuerzo despertó mi apetito. Saqué un trozo de galleta del bolsillo y lo comí mientras contemplaba las avenidas idénticas del monte.
Sentía sueño, sueño y hambre. Era la abrumante hora de la siesta. Penetré en una especie de despensa con olor a jabones y a yerba, donde zumbaban moscas. Los postigos estaban cerrados. Un hálito fresco y agradable me acariciaba la frente, mientras me acostumbraba a la oscuridad. En el suelo vi dos cajones vacíos, tres bolsas: una, con protuberancias desiguales, que contenía las galletas; otra, con forma de almohada, con algo que debía de ser afrecho; otra casi vacía con maíz desgranado. En los estantes, en un rincón, vi unos jabones amarillos y una escoba; en otro rincón, un pedazo de dulce de membrillo, dos tajadas del mismo dulce sobre un plato; en el último estante, tres botellas de vino negro, un sifón viejo y un extraño objeto que me llamó la atención. Para examinarlo de cerca, subí sobre uno de los cajones. Lo tomé en mis manos. Era un florero de porcelana azul, con helechos rosados, que representaba una canasta; un cupido con la boca abierta sostenía la tapa con una mano y con la otra una guirnalda de flores y de frutos exuberantes.
En la casa de uno de mis amigos había visto, en una vitrina o tal vez en el centro de una mesa redonda, un adorno idéntico. Dejé en la repisa el repugnante objeto; estaba cubierto de telarañas y de polvo. Bajé del cajón y miré el dulce en el plato. Tenía hambre, pero no me gusta el dulce de membrillo. Resignado, tomé las tajadas y las devoré.

Nuestros paseos a caballo me deleitaban: los esperaba en la primera luz del día, en los primeros cantos de los pájaros. Heredia me había prestado unas bombachas y un par de alpargatas. Con exaltación incomparable crucé la laguna y vi flotar sobre las aguas nidos en forma de canastas. Encontré en el campo un huevo de perdiz, oscuro y lustroso, de color de chocolate, y otro huevo enorme de avestruz.

Del fondo de la cocina llegaban las voces de un aparato de radio: llenaban la solitaria casa de resonancias. Comprendí por qué Heredia se había lamentado de que los habitantes de la casa no fueran tan silenciosos como invisibles. "Las radios ajenas son agresivas", decía mi amigo mientras se sacaba las botas para calzarse las alpargatas.
Salimos a un patio. Era de noche. Vi nacer una luna conmovedora. En ese instante, no por su modo de hablar ni por sus palabras, sino por su modo

de distribuir las audaces ventajas del silencio, tuve la deslumbrante revelación de la inteligencia de Heredia.

Andábamos a caballo por el campo. Yo le preguntaba a Heredia a quiénes pertenecían los montes y las casas que se divisaban a lo lejos. Me explicaba con paciencia:
-Aquel monte es de Rosendo Jara. Tiene ovejas. Aquél es de Miguel Ramos, el almacenero. Tiene un plantel de vacunos y un hijo, que es domador. El de más allá, en donde se ve un molino, es de Valentín Gismondi, un hombre más pobre que los otros. Tiene una hija llamada María.

Lentamente progresaba nuestra amistad. Lentamente llegamos a hacernos confidencias recíprocas. Le hablé de la antipatía que sentía por mi hermano mayor, de la absurda actitud que tomaba mi madre ante un sentimiento tan natural. Los vínculos de la sangre no existían para mí. ¿No bastaba que fuéramos hermanos? ¿Teníamos que ser amigos? Heredia me comprendía. Me hablaba de su padre:
-No puede tolerar que yo este aquí. Sospecha que le oculto un secreto. ¿Acaso puede uno vivir sin ocultar un secreto a su padre? Suponiendo que lo averiguara y lo descubriera, siempre existiría un secreto. Nunca podría conocerme. Un día sospecha que estoy enamorado; otro, que me abandono a la bebida. Desconcertarlo me divierte.
-Está mal -dije con desgano.
-¿Por qué está mal? Las personas frívolas necesitan ser castigadas. Si lo llevara a un rancho hecho de barro, sin postigos, tal vez sin puertas, y le enseñara a una muchacha como María Gismondi, con olor a humo pero llena de virtudes; si le dijera: "ésta es mi novia", me trataría como a un criminal.
-¿Y ésa es su situación?
-No, de ningún modo. Quiero probarle con este ejemplo la frivolidad de mi padre. Es un monstruo. He pensado a veces...

Yo sentía el transcurso, la esencia del tiempo en sus repeticiones. Recordar el presente es alargar más el tiempo. Recordaba las fragancias de las lluvias, al declinar el día, cuando Heredia, sin dar explicaciones, desaparecía de la estancia. Yo escuchaba el galope del caballo, que se alejaba sobre el camino de tierra, o veía una nube de polvo, que se alejaba con la volanta.
Pensaba: regresa no sé a qué horas, cuando estoy profundamente dormido. Oigo los pasos de sus botas sobre las baldosas del corredor. Golpea mi ventana, para darme las buenas noches. Lo oigo entre sueños. Mientras duermo, el tiempo interrumpe su ritmo convencional. En lugares solitarios el sueño se enlaza a la realidad. Ésta es como la imitación de una vida muy

larga, con sus memorias. Hace cinco o seis días que vivo en esta estancia con Armando Heredia y me parece que toda mi vida he vivido con él, en esta casa; que siempre que he oído llover, que siempre que he visto las puestas de sol, Armando ha golpeado en mi ventana para decirme buenas noches, en medio de mis sueños.

* * *

Llegamos del fondo del campo, a caballo, y nos bañamos en el tanque australiano que estaba en la antigua huerta. El agua nos llegaba a la cintura, pero yo sentía más placer que en los baños que me daba en la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes, o en la playas de Olivos, en el Río de la Plata. Nos zambullíamos alegremente en medio metro de agua. Los pájaros bajaban, rozando apenas el agua con las alas, y ascendían rápidamente al cielo. Mientras nos vestíamos debajo de un sauce, cuya sombra nos cobijaba, nuestro diálogo se internaba por los senderos de las confidencias.

-En el primer momento, cuando quise quedarme aquí, mi padre me creyó loco -me decía Heredia-. Cuando vio que todo era inútil, pues a pesar de no haberme dado un centavo yo insistí en quedarme, me pidió, como último recurso, que fuera a Buenos Aires a consultar a un médico. Acepté. Yo sufría de insomnios y de frecuentes dolores de cabeza. Mi encuentro con el médico -el doctor Tarcisio Fernández, un psicoanalista- fue cómico. Él mismo me había prescripto una franqueza absoluta, que aproveché para insultarlo durante las visitas que le hice en su consultorio. Después él mismo aconsejó a mi padre que me dejara venir al campo y me pidió, ya sin esperanzas de ser oído, que anotara mis sueños. Del cajón de su escritorio sacó un cuaderno, con tapas de cuero azul, que me entregó diciéndome: "Este cuadernito podrá servirle para anotar sus sueños". Reconciliados, nos despedimos. Le prometí obedecer su pedido. Quisiera satisfacer ese pueril capricho, le aseguro, pero no puedo, no he podido, no tengo sueños. ¿Usted sueña mucho?

-Sí, pero cosas absurdas, sin interés; muchas veces creo que estoy pensando y en cambio estoy soñando. Me transformo en otro individuo: sueño con personas, lugares y objetos que jamás he visto. Después, cuando no puedo vincularlos con la realidad, los olvido. Recuerdo que en uno de mis sueños me dormí de aburrimiento. Sin duda son sueños hereditarios.

-Cómo interesaría todo esto a Tarcisio Fernández -exclamó Heredia-. Yo quisiera tener sueños, aunque fueran inconciliables con la realidad. No soñar es como estar muerto. La realidad pierde importancia. Pienso en los sueños de Jacob, de José, de Sócrates; pienso en el de Coleridge, que le

inspiró un poema. A veces me despierto con la sensación de tener dentro de mi memoria una hoja en blanco; nada parece imprimirse en ella. Cometería un crimen si ese crimen me permitiera soñar. Maidana, por favor, cuénteme alguno de sus sueños. Si yo estuviera como usted condenado a soñar con personas y lugares que no conozco -se interrumpió un instante para atarse las cintas de una alpargata-, seguramente me divertiría mucho. Me dedicaría a buscar esos lugares y esas personas.
-Yo no podría hacerlo porque no soy fisonomista. Apenas reconozco a personas que he visto muchas veces en la vida. En un sueño tengo menos probabilidades de recordarlas.
-Cuénteme algunos de sus sueños -insistió Heredia.
-En este momento tendría que inventarlos. No recuerdo ninguno.

Solo, a las ocho de la noche, vagaba por el campo. Quería ver en la laguna los pájaros que acuden a sus nidos a la puesta del sol. Al pasar por el alambrado de púas me lastimé un dedo. Busqué una hoja, para limpiarme la sangre, pero no encontré sino la mostacilla del cerco y los cardos del camino. Llegué a la laguna.
Me inclinaba entre los juncos, sobre el agua, para lavarme las manos, cuando vi una extraña criatura acurrucada en el suelo. Primero pensé que era una oveja echada, una de esas ovejas, como los leones de algunos cuadros, con cara de hombre. Me acerqué más, removí los juncos. Era un hombre con el pelo largo hasta la cintura; estaba sentado adentro del agua, trenzaba con los juncos una suerte de jaula que le serviría, sin duda, para capturar pájaros. Me acerqué. Le hablé. No me oyó. En la austeridad del silencio, el silbido que sus labios modulaban era similar al canto de los más ingeniosos pájaros.

Heredia comía sobriamente. No bebía vino; no olía nunca a alcohol. Era bueno con los animales. Su conducta era correcta. Yo lo estimaba. Las calumnias habían sido vanas: pensaba estas cosas al mirar en mi mano la rama amarga, con frutos rojos, de un duraznillo.

Heredia de vez en cuando interrumpía su diálogo; arrancaba hojas de los árboles para llevárselas a la boca y masticarlas.
-Mi padre me ha enviado una carta, anunciándome para la próxima semana la llegada de uno de sus amigos. -Sacó la carta del bolsillo y sonrió extrañamente.
-Lo manda -prosiguió- para espiarme. Pienso no tolerar ninguna de esas intromisiones: mataré de un balazo a cualquier persona que pretenda meterse en mi vida privada.
-¿Tiene revólver?

-No; pero alguien podría prestármelo.
-Iría preso.
-No me importa ir preso. ¿Acaso no estoy preso aquí?
-Por su gusto.
-¿Por mi gusto? -se interrumpió un momento-. Tal vez sí, tal vez no.

Llovía. Como predijo Heredia, dentro de los recipientes, que estaban colocados en mi habitación, las gotas caían con sonoridades rítmicas y tonos tan diversos que resultaba imposible no escucharlos (como se escuchan, sin querer, algunas músicas).
¿Por qué Heredia no me llevaba nunca al pueblo de Cacharí? El día que resolví ir a la peluquería ¿por qué combinó un viaje a Azul, y me llevó en tren y de mala gana? ¿Por qué no me dejaba entrar a su cuarto que está en el ala opuesta de la casa? ¿Me ocultaba algo? Mi amistad con él ¿había sido ilusoria? Me hacía esta serie de reflexiones cuando Eladio Esquivel, el nieto de la casera, se asomó a mi ventana y me dijo: "Hay correspondencia para usted". Debajo de un capuchón improvisado con bolsas; para protegerse de la lluvia, vi por primera vez la cara risueña del muchacho. Pensé: ¡Qué manía tengo de descubrir parecidos en las personas! Creí evocar un retrato de mi padre a los diez años. Abrí el sobre. Leí la firma, para no alegrarme vanamente. La leí con asombro. Era una carta del señor Heredia, a quien yo había perfectamente olvidado. Sentí un leve malestar. No podía identificar al señor Heredia, que yo había conocido en Buenos Aires, con el padre de Armando Heredia. Si hubiera seguido mi primer impulso no hubiera leído la carta. Tal vez pensé en lo frágil que es nuestra inocencia ante la imaginada interpretación de los demás. Venciendo mi repugnancia comencé la lectura. No puedo textualmente repetir su contenido, pero su significado era más o menos éste: Después de preguntarme qué recibimiento me habían hecho en la estancia, si me divertía, si no me mataban de hambre, si la vida de campo era de mi agrado, mencionaba a su hijo, me pedía noticias de él, de su conducta, de su aspecto físico, etc. La carta, escrita en un tono paternal y quejumbroso, me desagradó. La escritura era grande, inclinada y pretenciosa. Tengo algunos conocimientos de grafología. Cavilé un instante sobre los rasgos principales de la escritura. Descubrí en ellos su cobardía y su vanidad. Cuando alcé los ojos, Armando Heredia estaba frente a mí. Como una sombra había entrado en mi habitación, como una sombra lo vi recortado en el marco de la puerta por donde se infiltraba la luminosidad verdosa y celeste de la lluvia. Desde mi llegada a la estancia no había sentido culpabilidad alguna en mi actitud: Armando Heredia no me había interrogado; por lo tanto, yo no había sentido la obligación de relatarle mi entrevista con su padre, ni se me había ocurrido cavilar sobre estas cosas. Frente a su invisible semblante me sentí, con una carta que parecía revelar

mi traición, tenebrosamente culpable. Heredia retrocedió unos pasos para avanzar de nuevo: la luz iluminó sus ojos. Seguí la dirección de su mirada: atravesaba la carta y el rubor incontenible de mi rostro.
-¿Y usted mantiene correspondencia con mi padre?
Agité la hoja en el aire y le respondí riéndome, tratando torpemente de tranquilizarme.
-Me ha escrito estas líneas. Intentaba hacer su grafología.
-Tendría que hacer su propia grafología, para averiguar qué clase de espía es usted. -Al pronunciar estas palabras Heredia tomó una jarra que había sobre la mesa y la estrelló contra la pared. El agua cayó como una enorme flor.
-Mi padre es un imbécil, pero usted es un hipócrita. Usted ha venido a esta estancia con el pretexto de descansar, de estudiar para los próximos exámenes; ni descansa, ni estudia. Pero tampoco sirve para espiar; para todo hay que ser inteligente.
Con estas palabras dio un portazo y se alejó por los corredores. Oí sus pasos, metálicos, en la lluvia.

En mi corazón ¿predominaba la ira o el remordimiento? La ira convertida en resentimiento se volvía más incómoda; el remordimiento convertido en asombro, más llevadero. Preparé mi valija. Acomodé los libros entre las correas de cuero. Me preocupaban muchas cosas: ¿en qué me iría a la estación? ¿Qué diría al señor Heredia y a mis padres en Buenos Aires? ¿Dónde estaba mi bufanda? Abrí el postigo. Llovía torrencialmente. Entré en la cocina. No había nadie. Me senté en un banco frente a la puerta. El humo de los leños húmedos llenó mis ojos de lágrimas. La casera tardó en llegar y, al verme con la valija, me preguntó si estaba de viaje. Le dije que esperaba irme esa misma noche. Averigüé la hora de los trenes. Le pregunté si la volanta podría llevarme; no me aseguró nada.
La lluvia amainó. Se despejó el cielo. Dejé la valija en la cocina y salí al patio. Me interné por el monte. Volvió a sorprenderme la similitud de todos los caminos de eucaliptos y de casuarinas. Me seguía uno de los perros. Desde el primer momento me había seguido; por las mañanas me esperaba indefectiblemente en la puerta de mi cuarto. Era negro, lanudo y humilde. Lo llamaban Carbón.
La lluvia, finísima, se infiltraba apenas entre el follaje. La tierra, en el bosque de eucaliptos, no estaba húmeda. Se hubiera dicho que los rayos de sol apresados en un colchón de hojas secas mantenían un calor y un olor más intensos en medio de la lluvia. Me senté al pie de un árbol, desde donde se divisaba la entrada de la casa. Melancólicamente pensaba en todo lo agradable y lo desagradable de mi estadía. En lo poco que había estudiado, en los insultos de Heredia, en la indignidad aparente de mi

actitud, en los paseos a caballo, en los baños en el tanque australiano, en la muerte del indio Cacharí, cuando fui arrancado de mis meditaciones por Carbón, que se abalanzó ladrando en dirección a la casa. Al rato vi llegar un automóvil. Bajó un hombre, después otro. Entraron en la casa. Volvieron con la casera y el nieto. Trataban de sacar del automóvil un bulto muy pesado. Me puse de pie, para ver mejor. Comprendí que no se trataba de una bolsa ni de un cajón: los hombres respetuosamente sacaron del automóvil una persona muerta.

Con la sensación de irrealidad que uno siente después de pasar una noche en vela, seguí a la casera por los corredores. Armando Heredia me mandaba llamar. Por primera vez entré en su cuarto. Aterrado, me detuve en la puerta. Armando estaba acostado, tenía un pañuelo sobre la frente. Vagamente vi una palangana sobre una silla, junto a su cama. Con una voz débil le oí balbucear.
-Me dijeron que estaba por irse. Tal vez me excedí, tal vez me equivoqué. Soy violento.
-¿Está mejor? -le pregunté, interrumpiendo nerviosamente su frase-. ¿Qué sucedió?
-Iba al pueblo. En vez de rodear los potreros del fondo, como suelo hacerlo en los días de lluvia, tomé el camino. El barro estaba resbaladizo como un piso de baldosas jabonado. Súbitamente mi caballo patinó, se espantó y rodó en la zanja, cerca de la alcantarilla del camino. No sentí nada. Unos vecinos que pasaron en automóvil me recogieron y me trajeron desmayado.
-¿Se hirió?
-Un poco, en la cabeza, en la cintura, en el brazo izquierdo -dijo, tratando de incorporarse en la cama.
Se arremangó y vi que tenía en el brazo izquierdo una herida bastante profunda.
-No comprendo con qué me hice esta herida -musitó perplejo. Agregó:
-Alguna piedra o los bordes de la alcantarilla.

Heredia necesitaba paliativos para sus dolores y desinfectantes para su herida. Resolví ir a buscarlos al pueblo. Bajé del caballo, lo até a un poste y entré en la farmacia. Aprovechaba ese pretexto para visitar Cacharí y para alejarme un rato de la estancia. Después de comprar los medicamentos, vagué por el pueblo. Nubes incesantes de polvo se levantaban; un polvo fino como la arena giraba en remolinos. Caminé por la avenida principal que tiene en el centro una hilera de fénix. Entré en el almacén y compré un mate de porcelana, con la inscripción Amistad, y un atado de cigarrillos.
Reclinada en el mostrador, en una actitud de dulce indiferencia, estaba la

muchacha con quien había viajado hacia unos días. Esperaba frente a una botella, con los ojos fijos en mí. Apoyé un brazo en el mostrador y la miré con adoración. Le dije en voz baja:
-¿Esperando?
Sin darse por aludida y sin dejar de mirarme, cambió de postura, tomó un paquete y la botella llena de vinagre, que le entregó el almacenero, y salió cerrando la puerta apresuradamente. Permanecí un instante inmóvil. Defraudado, salí del almacén, busqué a la muchacha. Había desaparecido en el sol y en el silencio. Por las sombras cuadradas de las casas caminé al encuentro de mi caballo, lo monté y regresé con una sola esperanza: la esperanza de verla.

Los gritos de los troperos que pasaban arreando el ganado se elevaban, se perdían entre un tumulto de mugidos. Armando Heredia ya podía sentarse en la cama: la hinchazón del brazo había disminuido. Reanudamos la amistad. Un día que hablábamos y nos reíamos de nuestra disputa como de algo que había ocurrido entre otras personas, por primera vez me detuve a examinar la habitación; algunos cortinados, algunos muebles la oscurecían, las ventanas, caprichosamente colocadas, y una puerta con vidrios, la iluminaban; todos sus ángulos estaban en falsa escuadra; era exageradamente alargada; sus paredes blanqueadas revelaban en partes colores oscuros y sucios. La cama era de fierro y tenía en la cabecera un pequeño paisaje ovalado, que representaba un barco con las velas desplegadas y un cielo celeste, con nubes. Las sillas estaban vencidas por el uso. El armario, una ruina altísima y desolada, tenía el espejo roto. La mesa de luz era gris; le faltaba un cajón (por el hueco asomaban unos libros, un tubo de aspirina, un lápiz verde y un cortaplumas). Un almanaque del año 1930 colgaba de un clavo en la pared de la derecha y pegado a la pared contigua junto a la puerta, había una reproducción de un cuadro que debía de ser de Delacroix. Me acerqué al cuadro: en el profuso verdor de un paisaje del trópico un tigre se abalanzaba sobre un jaguar.
-Yo he visto una pelea como ésta -dije en voz alta.
Heredia no ocultó su incredulidad. Inmediatamente quiso saber en qué circunstancias y dónde la había visto. No pude contradecirme. Le di una explicación insatisfactoria, pero sentí que después de haberme oído Heredia me estimaba más que antes.

Mi conciencia me torturaba. Si no era por mentir ni por satisfacer mi vanidad ¿por qué había dicho esa frase? Si confesaba a Heredia que al mirar la reproducción del cuadro tuve la certeza de haber asistido alguna vez a la pelea de un tigre con un jaguar y que luego al indagar en mi memoria y al tratar penosamente de contarla había comprendido que ese

recuerdo no existía; que en el transcurso de mi vida, en ningún momento, ni siquiera en el Jardín Zoológico, ni siquiera en la infancia, entre mis animales de juguete, pude asistir a un espectáculo semejante, ¿qué pensaría de mí?
Así reflexionaba mientras veía desde el corredor las evoluciones de Eladio Esquivel, que subía con la roldana un balde con botellas del fondo del pozo donde se mantenían casi heladas. Me acerqué a pedirle agua; tomé unos tragos de una botella. Al mirar de nuevo la risueña cara del muchacho, se agolparon en mi memoria imágenes confusas. ¿Por qué todo me recordaba otra cosa? Claudia o María (la muchacha que había visto en el tren), el mismo Armando Heredia, la repugnante canasta de porcelana con el cupido y la guirnalda, la cama de Armando Heredia, Eladio Esquivel, la reproducción del cuadro... Recordé unos versos que había leído en una antología inglesa:

I have been here before,
But when or how I cannot tell.

Yo también tenía la impresión de haber visto antes todo esto, pero sin el éxtasis de amor, que era lo único que la hubiera justificado.
Pensé en la transmigración de las almas. Recordé algunas frases relacionadas con el dogma de la filosofía india: "El alma está en el cuerpo como el pájaro en la jaula". "El cuerpo hace largos viajes y cuando se enferma, el alma, que lo lleva, le consigue remedios, pero cuando perece lo abandona, como al casco de un barco, para buscar otro y gobernarlo como al anterior."
Estudié de nuevo la cara de Eladio: vi sobre su cabeza un turbante ceñido y oscuro como la flor aterciopelada que mi madre había llamado, en un jardín de Olivos, cresta de gallo.
Pregunté a Esquivel:
-¿Usted no recuerda haberme visto antes que yo viniera a esta estancia?
Mirándome con sus enormes ojos, respondió:
-Tengo mala memoria.
-Yo también tengo mala memoria para reconocer las caras, pero no se trata de eso. ¿No le parece que me ha conocido antes? ¿No hay algo en mí que usted reconoce?
Con mirada curiosa recorrió mi cara, miró mi pelo, mi frente, como si recordara algo. Sacudió la cabeza y dijo sin convicción:
-Creo que no.
Le respondí:
-Yo lo vi en la India, hace más de un siglo. Se quitaba el humilde turbante para bañarse de noche en las aguas del río. Después robó piezas de seda

en una tienda y al morir se reencarnó en un ave.
Recité en alta voz estas palabras:
-"El alma no puede morir: sale de su primera morada para vivir en otra. Yo lo recuerdo, estaba en el sitio de Troya, me llamaba Euforbo, hijo de Panto, y el más joven de los atridas atravesó mi pecho con su lanza. Asimismo, antaño, en Argos, reconocí mi escudo en los muros del templo de Juno. Todo cambia; nada perece". Como Pitágoras, yo también creo en la transmigración de las almas. -Eladio Esquivel me escuchaba absorto.
-A los doce años yo sabía de memoria, y en griego, el apólogo de Her, hijo de Armonio, que vio el alma de Orfeo transformarse en cisne, la de Tamiro, en ruiseñor, la de Ayax, en león, la de Agamenón, en águila.
Las nubes sonrosadas tenían fastidiosas formas de ángeles y de altares. Tendidos sobre la hierba, los jirones de neblina se disipaban. En la turbia luz del monte, lento, ciego, apareció Apolo, el caballo con la estrella en la frente. Era la primera vez que yo veía un animal ciego. Preparé esta frase para decírsela a Heredia: "Una persona, capaz de hablar, de comprender, de razonar, aunque haya nacido ciega, a través de las palabras puede conocer el mundo de las formas, de los colores, del pensamiento; pero un animal ciego ¿en qué secretos laberintos vagará, preso de sus movimientos, como un autómata? ¿Qué manos, qué voz piadosa le enseñarán el mundo?"
Dije:
-Los animales son los sueños de la naturaleza.
Apolo se acercaba lentamente, se detuvo ante nosotros. Una luz azulada y turbia, de ópalo, iluminaba sus ojos muertos. Parecía una imperfecta estatua de piedra o de yeso manchado. Todo ese mundo visual, que espanta a los caballos, había desaparecido de su vida junto con la dicha. Sentí que en mi cara transparente se traslucía el horror: recordé las palabras oídas en el tren: "...cegó un caballo porque no le obedecía. Lo ató a un poste, lo maniató y le quemó los ojos con cigarrillos turcos".
Entre nosotros se entabló el siguiente diálogo:
-Pobre animal, ¿por qué no lo matan?
-Todavía sirve para el arado.
-¿Lo hacen trabajar? Ha de sufrir mucho.
-¿Cómo lo sabe?
-Apenas se mueve. Lo he visto vagar lentamente, ¡con tanta indiferencia!
-La indiferencia no es sufrimiento.
-Es el peor.
-Tal vez. Pero Apolo no es del todo indiferente. Usted verá.
Heredia encendió un fósforo y lo acercó a los belfos del caballo. Éste se estremeció, irguió el pescuezo, se levantó en las patas traseras y se abalanzó entre los árboles con el esplendor de una figura mitológica.
-¿Qué le pasa? -pregunté con voz trémula.

-Quedó ciego en un incendio. Estaba atado y no pudo huir. El calor del fuego lo enloquece. Con Eladio nos divertimos: encendemos una fogata en el corral, lo encerramos y lo montamos por turno para ver a quién voltea antes.
Heredia prometió que al día siguiente nos divertiríamos con Apolo. Acepté asqueado. Pensaba, mientras sonreía hipócritamente: Cada amigo nos revela, tarde o temprano, la existencia, en nosotros, de un defecto inesperado. Heredia me revelaba mi cobardía; o más bien, el miedo que yo tenía de parecer cobarde.
A lo lejos, entre los árboles, Apolo había recuperado su indiferencia melancólica.
Conversábamos con Heredia a la sombra de un fénix.
-El 28 de febrero llegará el amigo de mi padre -me decía; después, apoyándose en el tronco, miró el follaje y prosiguió-: Asocio las palmas al mar. En_ el cielo en que se despliega el follaje de una palmera imagino siempre la franja azul del agua. Asocio las palmas al mar, como la llegada del amigo de mi padre a un crimen: al crimen que yo he de cometer.
-¿Cuál es el nombre de su víctima?
Heredia pronunció un nombre que no entendí.

Eran aproximadamente las seis de la tarde. Montamos a caballo. Ala salida del monte los pájaros volaban, lanzando gritos ensordecedores. íbamos al pueblo, a buscar la correspondencia. Tomamos el camino más corto, por los potreros del fondo de la estancia. Al divisar un sulky, después de pasar tres o cuatro tranqueras y antes de llegar a la última, Heredia se detuvo. Musitó:
-Andemos al paso. No quisiera encontrarme con esas personas. A unos metros, en un monte enmarañado, había una tapera con dos enormes higueras.
-¿Por qué no nos bajamos un rato? Me parece que hay higos -le dije con júbilo.
-En la tapera de la mecedora -me contestó Heredia- nunca hay higos maduros.
Nos dirigimos al sitio y sin bajarnos de los caballos entramos en el monte, en la tapera cuyas paredes estaban rotas. Nos acercamos a una higuera y arrancamos uno o dos higos, todavía verdes, y los tiramos.
-Aquí vivía Juan Otondo. Comía huesos. Una noche desapareció. Robaron todo lo que había en el rancho, salvo esta mecedora -me enseñó los restos de una mecedora, con la esterilla agujereada y unos barrotes quebrados. Luego agregó:
-La gente de aquí le teme porque se mueve sola.
Abismado, miré un rato aquel mueble ruinoso que al menor soplo de viento

se mecía levemente.
-¿Le da miedo?
-En alguna parte he visto esta mecedora.
En aquel instante, al oír mis propias palabras, sentí el terror de lo sobrenatural.
-¡Volverá a hablar de sus teorías sobre la reencarnación! Pobre Eladio, apenas recuerda lo que hizo ayer y usted quiere que recuerde sus vidas anteriores -exclamó Heredia arrancando un higo y tirándolo contra la mecedora. Ésta se movió de nuevo.
-Lo que pienso parece una locura, pero, al ver esta mecedora, al rememorarla, he comprendido muchas cosas...
-¿Terminó con sus divagaciones? -me gritó Heredia e, invitándome a seguir, dio un rebencazo a mi caballo.

Porque pensaba no podía dormir. Pensaba con claridad y esa claridad era más turbia que la oscuridad de mis pensamientos anteriores. Me explicaba todo, pero ante la nueva revelación, sentía un nuevo malestar. Ahora lo sabía: esa misteriosa colección de objetos y de personas, que me recordaban otros y que me habían dado la inquietante impresión de que todo en mi existencia estaba hecho de recuerdos anteriores a mi vida o de confusiones y de olvidos... Toda esa colección de objetos y de personas, había poblado mis sueños. Yo siempre había soñado con personas y objetos desconocidos. Por eso los sueños habían desaparecido de mi memoria. Por eso, y debido al asombro que me había causado descubrir ese mundo, ahora los recordaba con extraordinaria precisión.
Torturado por las infinitas proporciones de mis sueños pasados, penetré en los dédalos del recuerdo. Ahora me explicaba todo. La canasta de porcelana, que creía haber visto en la casa de un amigo; Eladio Esquivel, que me recordaba un retrato de mi padre; la pelea entre un jaguar y un tigre, que existía en mis recuerdos, como algo real, eran meros subterfugios que yo había buscado para explicarme esa obsesión de las similitudes, para disculpar mi falta de memoria y, tal vez inconscientemente, para evitar una explicación sobrenatural. Lo que nunca hubiera sospechado es que las desconocidas imágenes de mis sueños iban a aparecer un día en la realidad y que en la asquerosa forma de esa mecedora se iniciaría la aclaración inexplicable de un misterio. Yo que siempre me jacté del perfecto equilibrio de mi sistema nervioso, me sentía perturbado. Recordé, trémulo de odio, la despectiva actitud de Heredia, la frase que pronunció: "¿Terminó con sus divagaciones?" en el momento en que intenté explicarle estas cosas. El dolor que puede ocasionar el odio, aunque sea fugaz, cuando va aparejado al más sincero de los afectos, parece inextinguible.

No podía dormir. Sería aproximadamente las cinco de la mañana. Oía la respiración del perro que estaba echado junto a mi puerta. Me vestí. Abrí la persiana. Los primeros albores de la mañana se iniciaban en el horizonte. Se oía el tímido canto de un pájaro. Una luz blanquecina se infiltraba entre los follajes y caía sobre las hierbas húmedas. Me encaminé al monte, donde la noche, con mayor lentitud, moría. Tomé el sendero desde donde se divisaba mejor el horizonte. Llegué a la tranquera. Allí esperé, como si necesitara de esa entrada para llegar a la estancia, la salida del sol. Con minuciosa lentitud se difundieron las claridades primeras en un cielo todavía estrellado. ¡Qué repugnante me parecía el alba! Unas nubes sucias, con tintes apenas rosados, flotaban sobre un horizonte amarillo; la parte azul y celeste de la noche bajaba sobre la franja amarilla del futuro día, formando una franja intermediaria, verdosa. Con intermitencias prorrumpía el canto de los pájaros. La luz surgía de la tierra en ondas espesas, cuando comenzó a aparecer, fragmentariamente, el sol; tardó en descubrirse del todo. Aspiré la fragancia áspera de las hierbas. El perro, Carbón, corría algún reptil, se detenía, removía las hierbas con el hocico, resoplaba. Volvimos a la casa. En las baldosas del corredor oí unos pasos. Heredia apareció entre las últimas columnas.

Entramos en el derruido galpón a buscar unas herramientas para componer la tabla del asiento del sulky, que estaba rota. Sobre una bolsa enorme dormía un gato negro. Heredia estaba demacrado. Febrilmente buscó el martillo, algunos clavos y las tenazas. Admiré su rapidez, su habilidad.
-Hay que terminar en seguida -dijo, mientras golpeaba los últimos clavos.
-¿Qué pasa?
-Tengo que ir a la feria. Me han encargado la compra de unos novillos.
-¿No puedo acompañarlo?
-No cabemos en el sulky. Irá conmigo un vecino.
Eran las dos de la tarde. Sobre el techo de zinc del galpón, el sol ardía. Heredia subió al sulky y castigó al caballo con el látigo; en una nube de polvo desaparecieron.
Volví a la casa, elegí en mi cuarto algunos libros de estudio (los menos aburridos). Busqué un lugar agradable y sombreado entre los árboles y me acosté sobre la tierra, a leer. Caían del follaje algunas plumitas, algunas semillas, algunas hojas livianas, algunos insectos. Alcancé a leer tres capítulos del libro de Historia, pero los tábanos y los mosquitos empezaron a perseguirme. A medida que los mataba se multiplicaban. Me senté, me arrodillé y finalmente me puse de pie resuelto a concluir la batalla. Entonces apareció una enorme abeja y se posó en el tronco de un eucalipto. Me saqué una alpargata, para aplastarla. Se trataba de una abeja inmortal, ningún golpe la hería. Después de recibir tres golpes voló alrededor de mí,

se introdujo entre los pliegues del pañuelo que yo llevaba atado al cuello y quedó zumbando violentamente. Aterrado desaté y arrojé el pañuelo. La abeja permaneció inmóvil y triunfante, sobre una franja azul. Al cortar una rama del árbol, para ahuyentar la abeja, vi un nombre grabado en el tronco: María Gismondi. Cuando volví a mirar el suelo, la abeja no estaba sobre el pañuelo, sino sobre mi pie. Prudentemente esperé que la abeja volara. Pero mi pesadilla no había terminado: mi pie derecho se hundía en un hormiguero oculto entre las hojas. Las hormigas ya subían por mi pierna.

Una noche templada, de luna y de luciérnagas, acogía mi soledad. Acababa de comer y salí a caminar con los perros. Pasé frente al árbol donde estaba grabado el nombre de María Gismondi y me pregunté con inquietud quién lo habría escrito. Pensé en el cortaplumas de Heredia. Pensé en Claudia, la muchacha que había visto el día de mi llegada y unos días después en el almacén de Cacharí. El día que la vi en el tren ¿no llevaba un prendedor con el nombre María dibujado con piedritas? Su nombre ¿no era María Gismondi? ¿También Heredia estaba enamorado de ella? ¿Por qué no me lo decía? Recorrí con lentitud los caminos de casuarinas; y en mi pensamiento se identificaba la muchacha que había viajado conmigo en el tren con María Gismondi.

En letras lilas, como de amatistas, vi el nombre escrito entre los árboles: María Gismondi. ¿Era ella la muchacha que había visto en un sueño? Ahora lo recordaba. ¿Era ella? La había amado porque siempre hay que amar a alguien. La había amado sin recordarla.

Me daba cuenta de que la nostalgia que sentía ante cualquier mujer se la debía a ella. En otros ojos había buscado sus ojos, en otros labios, sus labios, en otros brazos, sus brazos.

Recordaba un sueño: En invierno, en una austera habitación, con penumbras de iglesia, yo esperaba algo, sin saber qué, sentado en un banco (un duro banco de estación). Un cielo pardo se infiltraba por los altos vidrios de los ventanales, llenando el cuarto de brumas. Mi corazón resplandecía de esperanzas. Esperaba a alguien. Me puse de pie ansiosamente, miré a través de los vidrios más bajos. En mi sueño sentía que dependían de mí el rostro y el cuerpo de la mujer que venía a mi encuentro. No esperé mucho, pero hubiera esperado toda mi vida. Oí sus pasos sobre las piedras del piso. Con la austeridad de todo lo que es hermoso, la mujer apareció, inmóvil, en el marco de una puerta. Consciente de sus imperfecciones, la adoré, porque en sus ojos brillaba una luz que me era favorable.

-¿Espera a alguien? -le dije en voz baja.

-No.

-¿Está sola?

-Sí.
-Sospeché que alguien la esperaría afuera. Quisiera conversar con usted.
-Aquí, no puedo.
-¿Dónde?
-No sé.
-Escúcheme. Debemos conversar en serio.
-¿De qué otro modo se puede conversar?
-Con usted, de ningún otro modo. Con el brazo mío alrededor de su cintura. Quiero sentir el latido de su corazón en cada una de sus palabras.
-¿De qué lado está el corazón?
-Del izquierdo.
-¿Todo el mundo lo tiene del lado izquierdo?
-Todas las personas normales. Pero no me haga sufrir. ¡Para qué pregunta esas cosas!
-A veces quiero poner una mano sobre el corazón y no sé de qué lado ponerla.
-¿Cuándo quiere poner su mano sobre el corazón?
-Cuando algo me impresiona mucho o cuando me encuentro enferma y mi padre no quiere creerme.
-¿Por qué no quiere creerle? ¿Usted le miente?
-Sí.
-¿Por qué le miente?
-Cuando le digo la verdad se enoja.
-¿Qué verdad?
-No sé. Nunca se la he dicho.
-¿Cómo sabe que su padre se enoja cuando le dice la verdad si nunca se la ha dicho?
-Porque a veces la sospecha y entonces quiero morirme.
-¿Qué es lo que sospecha?
-Que no digo la verdad.
-¿Qué verdad? Quiero saberlo.
-No lo sé.
Me acercaba al rostro de la muchacha. Me parecía que un vínculo nos unía. No podía soportar que su vida tuviera secretos para mí.

Con la conciencia de perderla en ese acto, desesperadamente la besé en los labios. Cuando abrí los ojos vi las flores de una falda. No besaba sus labios, besaba un género áspero. La muchacha había desaparecido.
-Pero sus labios no se parecen a estas flores. Sus labios se parecen a las flores verdaderas -dije, sollozando.

Las hojas de la enredadera, que habitualmente se agitaban como pájaros,

estaban inmóviles en la ventana. Hacía calor, y por la puerta y las ventanas abiertas no entraba aire en mi cuarto. Resolví dormir fuera de la casa. Recogí el poncho de mi cama, tomé de la mesa un atado de cigarrillos y una caja de fósforos. Cerca de la casa, entre las ramas de un viejo laurel, donde se había formado una bóveda fresca y oscura, como un segundo cielo, encontré un lugar agradable para dormir. En los espacios dibujados entre las hojas, brillaban las estrellas. Heredia pasaba en ese instante y se detuvo para ver lo que yo hacía. Le dije que iba a dormir afuera y me contestó que pensaba imitarme. Entró en la casa y volvió con una almohada, una botella con agua, un vaso, un atado de cigarrillos y una linterna. Extendí el poncho sobre el pasto, Heredia colocó la almohada junto al tronco del laurel y nos dispusimos a dormir. Pero el sueño no es obediente. Empezamos a conversar y a fumar. De vez en cuando quedábamos callados. A través del follaje mirábamos la profundidad del cielo y oíamos el aleteo de un pájaro.
Heredia me hablaba; no recuerdo exactamente sus palabras, pero en cada una de ellas sentí que iba a revelarme un secreto: el secreto que yo esperaba. A medida que me hablaba, el sueño me vencía. Recuerdo la última frase que oí, antes de quedar dormido; era sin duda el preámbulo de una confidencia: "¿Pero me jura no decírselo a nadie?" Cuando desperté no sabía dónde estaba. Era pleno día. En cuanto recordé la realidad, busqué a Heredia. Busqué su almohada y su linterna: no estaban. Me levanté. No sabía qué hora era; ningún pájaro cantaba; me parecía que todo lo que había visto, el lugar, la gente, los animales, no eran reales. Vagué por la estancia, con la sensación de ser un fantasma que vive entre fantasmas.

Pensaba que no debía verla, por lealtad, por prudencia, por delicadeza. Sin embargo, resolví ir a Cacharí. Era esa hora final de la tarde en que las muchachas pasean, tomadas del brazo, por el andén de la estación. Había gente, animales, jaulas, esperando el tren. Recorrí el andén dos o tres veces, me detuve en la sala de espera, estudié el itinerario y, finalmente, me senté sobre unos cajones a fumar un cigarrillo.
Pasaron dos muchachas, con las uñas pintadas; pasaron cuatro muchachas bajitas, con el pelo muy negro. Pasó María Gismondi, sola; una leve sonrisa iluminaba sus labios. Me aproximé.
-Tengo que hacerle una pregunta, señorita; perdóneme. Mirando para otro lado, me contestó:
-Hágala.
-¿Usted no se enojará conmigo?
Me miró fijamente sin contestarme; yo proseguí:
-Usted tiene dos nombres ¿verdad?
-No. Tengo tres nombres: uno es el sobrenombre, que fue inventado por una de mis amigas; otro es el nombre que me puso mi abuela y que nadie

sabe pronunciar; otro es el verdadero y el que más me agrada. ¿Cuál prefiere?
-El verdadero.
-Es el nombre de mi madrina. Es curandera, todo el mundo la visita; sana a los enfermos. ¿Usted no está enfermo?
-Todavía no.
-Aquí hay muchos enfermos de reumatismo. Me llamaron una vez para cuidar a uno; pero ahí llega el tren.
Estrepitosamente, el tren llegó a la estación. La muchacha recorrió los vagones buscando algo. Yo la seguía de lejos. Un guarda la saludó y le entregó un paquete grande, de forma triangular. El paquete, sin duda, pesaba mucho, pues la muchacha lo depositó dos veces en el suelo. Me acerqué y le dije casi al oído:
-¿Quiere que se lo lleve?
Aceptó sonriendo.
-Es una máquina de coser. Pesa bastante.
Levanté el paquete. Estaba hecho con cartones, maderas, papeles de diario.
-Tengo que llevarlo en el sulky. Mi hermana me espera enfrente.
Salimos de la estación. Era ya de noche. El sulky no estaba.
-Se escapó el caballo con el sulky -exclamó casi llorando-. ¿Qué haremos?
La noche se extendía oscura como un precipicio, pero a través de las nubes, de vez en cuando, brillaba la luna.
-Dejaremos aquí la máquina de coser -le dije, mientras escondía el paquete debajo de un arbusto y me disponía a buscar el sulky y el caballo. En los primeros instantes no se veía nada.
-Tengo miedo -decía la muchacha. La ternura trémula de su voz parecía amarme.
Me acerqué a ella y le tomé la mano.
-No tenga miedo.
Me acerqué más; enlacé con mi brazo su cintura, pero su cuerpo parecía inasible, como la noche. Hay momentos que la dicha vuelve casi eternos: me pareció que enlazados el tiempo no concluiría. La luna iluminó bruscamente nuestras sombras y, a unos pocos metros, el sulky.
-No había motivo para afligirse tanto -le dije, intimidado por su seriedad.
-No me afligí por eso.
-¿Por qué se afligió, entonces?
-Estoy triste.
-¿Por qué está triste?
-No lo sé. Cada vez que pasa el tren me pongo triste. Lo siento aquí -dijo tomando una de mis manos y llevándosela al pecho-.
¿Siente los latidos? A veces creo que se me va a romper el corazón cuando oigo la trepidación de las locomotoras.

-¿Pero siempre le ha ocurrido eso?
-Siempre. Mi madrina, que es curandera, trata de curarme. -¿Volveré a verla?
-En la casa donde vivo. -¿Dónde queda su casa?
-Detrás de la panadería: allá -me mostró el horizonte-. Tiene un jardín con una diosma y una aljaba.
Después de ayudar a la muchacha a subir al sulky, coloqué el paquete. Oí el chasquido del látigo y luego, como una enorme sábana, el silencio cubrió todas las imágenes.
Estábamos ensillando los caballos. Pregunté a Heredia:
-¿Hay una curandera en el pueblo?
-Creo que sí.
-Quisiera consultarla.
-¿Qué le pasa?
-Tengo dolores de cabeza.
-¿Y cree en las curanderas?
-¿Por qué no?
-Vamos. Lo acompaño hasta allí.
No había esperado que me acompañara. Era una oportunidad para descubrir si María Gismondi era la misma muchacha que yo conocía.
En Cacharí, después de averiguar dónde vivía la curandera, nos aproximamos a la casa rodeada de álamos que nos habían indicado. Después de atar los caballos a un poste, golpeamos a la puerta. Tuvimos que esperar un largo rato. Después apareció una mujer con cara de india. Me incliné ante ella mientras Armando le preguntaba solemnemente:
-Señora, ¿es usted la curandera?
-Sí, señores; yo soy la curandera. ¿Quieren pasar?
Entramos a un cuarto húmedo, con un armario muy alto, un catre con una colcha bordada y una silla.
-¿Quién es el enfermo?
-Soy yo -le contesté, mirando para todos lados con curiosidad.
-Siéntese -me dijo-. ¿Qué le duele?
-La cabeza.
-¿Dónde?
-Aquí. -Le mostré sobre mi frente la parte dolorida.
-Ha llegado un poco tarde -me contestó abriendo la puerta y mirando el cielo-; tendrá que volver otro día a las cuatro de la tarde, cuando la sombra de su cuerpo mida un metro de largo.

Alguien silbaba a lo lejos en el campo. Luces violetas y rosadas caían como flores de los árboles. Me acerqué al brocal; miré el fondo del agua que me reflejaba; la imagen que vi era extraña. Sentí miedo: ese miedo que

sienten los niños o los perros ante un espejo.

Estábamos en la orilla de un río que yo visitaba por primera vez. Habíamos andado cinco leguas a caballo. Era un lugar muy fresco entre los juncos. Los álamos proyectaban sombras ligeras sobre el agua. Desensillamos y nos recostamos a descansar.

Heredia me habló de sus recuerdos de viaje, de los estudios que había cursado en París, de su infancia en las playas del Mediterráneo, de su llegada a Buenos Aires. Me hablaba de su primera visita a Los Cisnes, de cómo el campo desde el primer instante había conquistado su corazón. Yo lo escuchaba sintiendo su falta de sinceridad. ¿Por qué profesaba ese amor por la naturaleza, si lo único que lo atraía era una mujer?

Al preguntarle si la compra de los novillos había sido satisfactoria, aproveché para decirle que había visto grabado en el tronco de un árbol de la estancia el nombre de María Gismondi. Como si no hubiera oído mi frase, me relató una serie de fracasos que no me interesaban. Insistí:

-¡Quién habrá grabado el nombre de esa persona que yo quisiera conocer!

Me preguntó, fingiendo una gran despreocupación, por qué quería conocerla.

-He visto un retrato de ella.

-¿Dónde encontró ese retrato? -preguntó Heredia bruscamente, poniéndose de pie.

Vacilando, respondí:

-No lo sé.

Recordé la escena absurda, frente a la reproducción del cuadro con la pelea del tigre y del jaguar; ahora la situación era más difícil pues no se me ocurría ninguna explicación para esta mentira que indignaba tanto a Heredia.

-¿Ha estado curioseando en los cajones?

-No he curioseado en ninguna parte -le contesté, furioso-. En un sueño aburridísimo vi el retrato de María Gismondi. Le pido disculpas por el atrevimiento.

-¿Qué puede importarme que haya visto el retrato de María Gismondi? Me importa que ande curioseando por los cuartos.

-Le he dicho ya que no he curioseado en ninguna parte, que lo vi en sueños -grité con vehemencia.

Heredia sacudía el rebenque sobre las hierbas.

-No es para tanto -musitó distraídamente-. ¡Qué susceptibilidad!

-Es la segunda vez que me trata de espía.

Procuré explicarle de nuevo toda la cuestión de los sueños. Hice la lista de objetos y personas que después de conocer en sueños había encontrado en la realidad; los describí minuciosamente. Le conté algunos sueños, sin

éxito; eran vagos, monótonos y no tenían virtudes fantásticas. Eran sueños a base de reflexiones muy largas: para mí sólo tenían realidad. Si le hubiera contado una pesadilla, tal vez la veracidad de mis relatos se habría revelado con suntuosa precisión. Pero acudieron a mi memoria los detalles más grises, más borrosos, más idénticos a la vida. ¿Qué significaban para Heredia el florero de porcelana, la mecedora, la cara de Esquivel? ¿Cómo podía con estas cosas testimoniar la veracidad de mi aserto, si él nunca se había fijado en ellas y era incapaz de reconocerlas?

Heredia comprobó que yo no había curioseado en la casa. A la caída de la noche ya estábamos reconciliados. Alumbrándonos con un farol, subimos por una estrecha escalera verde. Entramos en el altillo a buscar un rebenque. Entre maderas rotas, cajones polvorientos y silbidos de murciélagos, penetramos en la oscuridad de ese desorden antiguo. Heredia quería mostrarme un cofre y un baúl donde estaban guardados los recuerdos de la familia. Quería mostrarme, con cierta malignidad, esa desagradable mansión de los murciélagos. Después de colgar el farol en un clavo nos dispusimos a abrir el cofre de madera que estaba recubierto de incrustaciones y molduras pintadas. Nos sentamos sobre unos cajones.

-Mi madre -me decía Heredia-, que es la única heredera, nunca tuvo ánimo para revisar estas cosas; aquel sentimentalismo se ha transformado ahora en indiferencia. Sospecho que ni siquiera sabe lo que hay en este altillo. Por rutina no quiere volver a la estancia.

-¡Pero estas cosas tienen valor! -le respondí con fingida gravedad, creyendo que Heredia, por razones sentimentales, reprobaba la conducta de su madre.

-No crea. Las que tenían valor ya las hice vender en Buenos Aires. El tintero encerrado en un cofre de cristal, con ribetes de oro, el abanico de encaje de marfil, los mates de plata, con iniciales, el marco de ébano, que encuadraba un ramo de flores hecho con el pelo sucio de mis antepasados, todas esas cosas ya las vendí. Los objetos más ridículos alegran a los anticuarios. Encontré una caja de madera, diminuta, con incrustaciones de nácar y un agujero que daba cabida a una llave. Quise ver lo que contenía. Durante unos días busqué la llave, que se había perdido. La encontré debajo de una de estas tablas que hay en el piso. Tardé, como un idiota, en advertir que esa llave no servía para abrir la caja. Era una caja de música. Al darle cuerda se levantaba la tapa y aparecía un pájaro apolillado, que no medía más de un centímetro. El pájaro cantaba y agitaba furiosamente sus alas verdes. Fue mi primer descubrimiento en este altillo. ¿Sabe usted en cuánto vendí ese juguete? En mil quinientos pesos. Ahora conozco el precio de las cosas.

-¿Habrá pasado muchos días aquí arriba?

-Muchos -me respondió-. Creía que nunca terminaría de examinar todo;

retratos, cartas viejas, recibos de almacenes, basuras.
Heredia sacaba del cofre paquetes de retratos, mientras yo miraba con asombro aquel lugar lleno de telarañas, que había poblado gran parte de mis sueños. Oíamos el silbido de los murciélagos que atravesaban el altillo proyectando sombras enormes.
-¡Si estos retratos fueran objetos, me haría millonario!
Heredia me pasó algunos retratos para que los viera. Eran de todas las épocas. Ninguno me interesaba.
-Aquí esta el rebenque -exclamó Heredia-. No vale nada, pero siempre será mejor que una rama de ligustro. Vamos.
Descolgó el farol y, al iluminar el techo del cuarto, vimos racimos de murciélagos inmóviles. Heredia me dio el farol.
-Llevaré uno de estos bichos a Eladio para que lo crucifique y lo haga fumar -me dijo, tomando con precaución un murciélago.
En ese instante una ráfaga de viento apagó la luz del farol. El terror me inmovilizó. Avanzar en las tinieblas, entre murciélagos y ranas, me parecía imposible.
-Acerquémonos a la escalera -dijo Heredia.
-No veo nada -respondí sin moverme.
-Yo soy como los gatos, veo en la oscuridad.
Se acercó a la puerta sin tropezar. Sentí que algo me rozaba una mejilla, algo frío, áspero y rápido.
-¡Un murciélago! -grité.
La risa de Heredia, cruel, desafinada, penetrante, me hirió como un insulto.
Oímos unas detonaciones en el fondo de la arboleda.
-Es Máximo Esquivel que tira al blanco -dijo Heredia-.
Cuando cumplió treinta años, mi abuelo le regaló un revólver. Desde entonces tira al blanco todos los domingos.
-¿Quién es Máximo Esquivel?
-El padre de Eladio. No vive aquí. A cada rato viene a visitar a su hijo.
Nos acercamos al lugar de donde partían las detonaciones. Heredia gritó:
-¡Máximo, no tires!
Pidió el revólver. Apuntó a una paloma que estaba posada sobre una rama: hasta que emprendió vuelo no oprimió el gatillo. La paloma herida cayó al suelo y vino a morir a nuestros pies. Heredia me pasó el revólver. Apunté a un chimango y en el momento de tirar cerré los ojos; el chimango, con un grito estridente, revoloteó un largo rato. Hasta cerca de la estancia nos siguió.
Sobre la mesa del dormitorio de Heredia vi un retrato: pensé que era el de María Gismondi. Heredia se calzaba las botas. Yo lo esperaba para salir con él a caballo. En un momento en que se alejó de mi lado, miré el retrato. Sobre un fondo gris, el rostro, iluminado y velado por tenues sombras,

parecía indicar una falta absoluta de carácter. Este defecto provenía tal vez de la postura tan poco natural que había adoptado la muchacha. Un solo detalle era expresivo en el conjunto de líneas y de sombras retocadas: la cabellera. Lacia como una lluvia o como un velo espeso, caía a cada lado del rostro, recortando el óvalo con tenues brillos. Sentí un profundo alivio: no estábamos enamorados de la misma mujer. Al pie de la fotografía, con una escritura inclinada y muy fina, en tinta verde, estaba grabado un nombre con una rúbrica ambiciosa. Cuando volvió Heredia, le pregunté:

-¿Por qué no quiere nunca hablarme de María Gismondi?

-No comprendo -me contestó.

-Ya que le interesa tanto ¿por qué no me habla de ella? -insistí.

-¿Quién dijo que me interesa tanto?

-Se me ha ocurrido. -¿Por qué?

-Porque usted tiene su retrato; porque a cada instante la nombra.

-Es el retrato de mi hermana -dijo, mostrándomelo-. Vea.

-Leí con asombro la firma: Carmen Heredia.

-Pero ¿con qué derecho se atreve a preguntarme esas cosas?

-Con el de la amistad.

El diálogo, que parecía que iba a degenerar en una disputa, terminó con la alegre aparición de Eladio Esquivel. Los caballos estaban ensillados.

-María Gismondi vendrá esta tarde. Le prometí unas fotografías de su familia y una medalla que descubrí en un sobre con su nombre. Es una muchacha esquiva y desconfiada. Encontrarlo aquí le causaría mala impresión. La invité hoy porque los caseros van al Azul con Eladio. Le pido que se encierre en su cuarto o que salga al campo, antes de las siete de la tarde, y que no vuelva hasta las nueve.

Con estas palabras Heredia me hizo la confidencia que yo había esperado durante tantos días.

Eran las siete menos cuarto. Hacía mucho calor. Resolví confinarme en mi cuarto. Me desnudé, me acosté en la cama y estudié alrededor de media hora. Tenía sueño y sed. Me levanté, miré por la ventana. No había nadie. Un silencio absoluto reinaba en los corredores de la casa. Se me ocurrió que, sin desobedecer las recomendaciones de Heredia, podría ir (no había riesgo de encontrar a nadie) hasta la despensa, a buscar algo para beber. Dos o tres naranjas exprimidas en un vaso, como me las preparaba mi madre, me quitarían la sed. Abrí cautelosamente la puerta. Con la impresión que tendrán los ladrones cuando van a cometer un robo, me deslicé por los corredores y entré en la despensa sin encontrar a nadie. Elegí las naranjas; eran duras como piedras. Con muchas dificultades encontré un cuchillo en el comedor; no cortaba. Volví a buscar otro y, en el momento de cruzar el pasillo de comunicación entre los dos cuartos, me pareció oír ruido. Silenciosamente me aproximé a una ventana interior, con

vidrios rojos y azules; pero no podía ver; la ventana estaba en lo alto. Movido por la curiosidad, me encaramé a una silla. ¿Qué hubiera dicho Heredia si me encontraba en ese momento? ¿Qué hacía yo sino merecer la acusación que tanto me había ofendido? Aunque me costara la vida tenía que ver a María Gismondi. A través de los vidrios vi la desmantelada y lúgubre sala de la casa. Nunca entrábamos en ella porque era húmeda y porque estaba muy sucia. A pesar de su estado ruinoso mantenía alguna jerarquía: en los dibujos del cielo raso, en las guirnaldas de flores de los zócalos, en las proporciones de las ventanas se adivinaban los restos de un pretérito esplendor. Vi a Heredia solo, frente a la puerta, con los brazos apoyados sobre el respaldo de una silla. Me quedé un largo rato mirándolo, con la esperanza (que él también tendría) de ver entrar a María Gismondi; pero la luz declinaba hasta convertirse en noche en la puerta entreabierta.
María Gismondi no apareció. Consulté mi reloj pulsera. Marcaba las nueve. Podía ya salir de mi escondite, averiguar qué había sucedido.

Más tarde, durante la comida, al encontrarme frente a Heredia, el diálogo resultó inesperadamente difícil: ni yo me atrevía a preguntarle nada, ni él me dijo nada.
Trataba de estudiar, pero las letras del libro, rojas como el fuego, se movían ante mis ojos.
-Tiene una insolación -dijo Heredia.
Me aconsejó acostarme. Tomé aspirina. La casera me trajo una jarra de naranjada y, en un plato, unas tajadas de papa cruda, que puso sobre mi frente, porque aliviaban, según ella, las quemaduras de sol.
Tragué la naranjada, tibia y dulce, que Eladio me sirvió en una taza. Un viento ardiente, como el viento del desierto, entraba por la ventana. Pedí a Eladio que cerrara las persianas, los postigos, la puerta y que me dejara dormir, pero en el cuarto cerrado perduró una violenta luz. Comprendí que tenía fiebre. Tambaleando me levanté para buscar agua. Fui hasta el lavatorio. Caí desmayado sobre las baldosas. Eladio y la casera me recogieron, sin que yo lo sintiera, y me acostaron en la cama.
Un largo corredor apareció al final de mi sueño. El corredor del colegio, que conducía a un enorme teatro donde estaban reunidos los profesores que tomaban examen. Las preguntas que me hacían eran fáciles, pero no podía contestarlas, porque mi lengua se paralizaba. El público, en los palcos, empezó a silbar. Después, una vasta muchedumbre entró por las puertas, gritando: "Queremos ver al muerto". Empezaron a romper las sillas, las mesas y los libros en que yo estudiaba. Me vi en un espejo: grandes gotas de sudor caían de mi frente y bajaban por mis mejillas. Desperté con la almohada húmeda.
Jugábamos a las barajas en el patio. No podía pensar en el juego. Éstas

eran mis reflexiones: podemos vivir muchos días con una persona, compartir sus comidas, pasear y conversar, llegar a una gran intimidad con ella y, sin embargo, no saber nada de esa persona: mi amistad con Heredia lo demostraba.
¿A qué jugábamos? Creo que a la brisca. Veía claramente cómo una pasión cometía su devastadora obra en el alma de un muchacho y lo obligaba a desdeñar y abandonar todas las otras cosas de la vida, a disimular y mentir.
Por eso Heredia comía apresuradamente, fingía tener negocios con los vecinos y vendía sin escrúpulos los objetos que habían pertenecido a sus abuelos; por eso abandonaba sus estudios y se recluía en la soledad del campo, por eso me insultaba; por eso estaba descontento y despreciaba a su padre. ¡Todo me parecía comprensible!

Heredia estaba nervioso.
-Mañana a las seis -me dijo, y de nuevo me probó su confianza- tengo que encontrarme con María Gismondi en la tapera de la mecedora. Ella irá a caballo. A veces va a caballo a casa de sus primas, donde le enseñan a coser; para llegar allí tiene que cruzar el potrero de la tapera. Nos encontraremos como por casualidad, a la hora de la siesta. Dejaré mi caballo en el potrero y ella esconderá el suyo entre los árboles; hay muchos escondites en ese monte. Hemos previsto todo. Si la descubren, dirá que estaba juntando higos; si me descubren, cosa improbable, diré que la ayudaba a juntar higos.
-¡Qué lugar maravilloso para una cita de amor! -exclamé, con una voz absurda, como si lo adulara.
-No crea -contestó Heredia-. En cuanto uno quiere encontrarse con alguien, la soledad del campo no existe. Ni siquiera la noche ampara aquí a los enamorados. Ese vivo deseo que uno siente de estar a oscuras con una mujer en los primeros momentos del amor, la naturaleza nunca lo satisface. Hay que buscar las horas horribles de la siesta; lugares en ruina iluminados por soles despiadados. Si pudiera pedirle que vuelva a esta casa, como la otra tarde, sería tal vez mejor.
-¿La otra tarde?
-Sí, la otra tarde, cuando le entregué los retratos y la medalla.
Su contestación me sorprendió. ¿Entonces María Gismondi había ido a la estancia, había entrado en la casa y yo no la había visto? Mientras me hacía esta reflexión, dije:
-Me gustaría volver a esa tapera.
-Vamos -dijo Heredia-. Aprovecharé para encontrar un lugar donde pueda esconderme con María.

Dejé mi caballo atado a un poste, en el camino. Pasé entre los alambrados y llegué a la tapera. Pensar que en la visita de la víspera, me dije, yo había imaginado que sólo buscábamos un escondite para Heredia y para su novia. La empresa era arriesgada. Cavilé en todos los peligros que corría. ¿Si Heredia llegaba con los perros? Los perros seguramente me descubrirían. ¿Si María Gismondi tenía ese don de adivinación, propio de las mujeres? ¿Si bruscamente le decía a Heredia: "Hay alguien aquí. Yo siento que hay alguien"? ¿Si Heredia, para tranquilizarla, revisaba todos los rincones? ¿Si me descubría después de una larga expectativa y me mataba de un balazo? Pero recordé que Heredia no tenía revólver; no tenía armas; ¿con qué podía matarme? Con la terrible vergüenza que me haría sentir al cruzarme la cara de un rebencazo. Me acerqué a las higueras; arranqué dos higos y los comí.
En el techo desvencijado de la tapera había un hueco donde podía esconderme. La ascensión era difícil, pero el lugar, sin duda, era el más seguro. Con suma dificultad logré treparme, usando como peldaños las partes rotas de la pared; durante estas evoluciones se me cayó el pañuelo. Me disponía a bajar para recogerlo cuando oí el galope de un caballo. Me acosté sobre el techo.
Por una hendidura entre las pajas veía todo sin ser visto. Llegó Armando Heredia; bajó del caballo y lo soltó. ¿Había olvidado las precauciones que lo hicieron cavilar el día anterior? En la misma actitud ausente con la que se había apoyado sobre el respaldo de una silla en la sala de la estancia, se apoyaba ahora sobre un tronco. Espiar a una persona que está sola es incómodo. Tuve ganas de bajar y decirle en tono de broma: "Estaba espiándolo". Tratándose ,de otro amigo lo hubiera hecho; con Heredia todo gesto espontáneo me estaba vedado.
María Gismondi no llegaba. Un silencio pesado, terrible, se extendía. Ni los pájaros cantaban; sólo de vez en cuando se oía caer sobre la tierra las duras semillas de los eucaliptos. Heredia no se movía. Me asombraba su falta absoluta de inquietud. Esperar con esa tranquilidad a una mujer que no llega, es signo de una gran indiferencia. ¿O es que Heredia también fingía y disimulaba cuando estaba solo?
Un rayo de sol caía sobre el lugar donde yo estaba escondido; el sol violento de las tres de la tarde. Empecé a sentirlo. Traté de guarecerme la cabeza con las manos, con un montón de paja, con mis brazos, adoptando posturas inverosímiles. Sin duda hice ruido. Heredia levantó la cabeza y miró un instante en dirección al lugar donde yo estaba. Mi corazón latió violentamente; me pareció que en sus latidos ya vibraban, desmenuzándose, los muros de la tapera; me pareció que no era el viento, sino mi corazón, lo que movía la desvencijada y oscura mecedora. En ese instante la muerte me parecía un destino muy dulce. Pero el movimiento del sol y los follajes pusieron término a mi suplicio. La frescura de la

sombra me reanimó.
¿Por qué seguía Heredia en la misma actitud? ¿Vi un imperceptible movimiento en sus labios, oí su voz? No podría asegurarlo.
El tiempo pasaba lentamente. Lentamente giraba el sol, mudando de lugares las sombras. Mi reloj marcó las seis de la tarde. A esa hora Heredia montó a caballo y se alejó al galope.

Sospeché que Heredia estaba loco: vi los primeros síntomas en su actitud, en sus mentiras. María Gismondi jamás acudía a las citas que él le daba.
-¿Por qué pierde su tiempo -me atreví a decirle- con una muchacha tan absurda? Es como si se hubiera enamorado de una imagen.
Me miró indignado. Estábamos comiendo -puso a un lado su plato, dio un puñetazo sobre la mesa y contestó:
-¿Quién le pide consejos?
-No es un consejo, es una reflexión.
-No me interesan sus reflexiones.
Se levantó y se fue del comedor.

Soñé con el revólver de Esquivel. Después, perplejo, vi que el revólver estaba en el cuarto de Heredia. Si no tiraba al blanco ¿para qué había traído ese revólver? ¿Para matarme o para matar al señor que llegaría a la estancia?
A la mañana entré en el almacén de Cacharí. Compré un atado de cigarrillos. El hombre que me atendía era bueno, lento, comunicativo. Hablamos del tiempo: de las probables lluvias, del calor.
-¿Podría decirme dónde vive María Gismondi? -le pregunté, con intención de pasar frente a su casa.
El hombre no contestó en seguida.
-¿María Gismondi? ¿Cómo? ¿No sabe? Murió hace tiempo; hace cuatro años, por lo menos.
Sentí terror al oír estas palabras; terror y, al mismo tiempo, alivio: María Gismondi no era la muchacha de quien yo estaba enamorado.

Persuadirme de la locura de Heredia me resultaba casi imposible. Las vicisitudes habían vuelto más preciosa nuestra amistad. ¿Qué debía hacer? Tratar de salvarlo. ¿Cómo? Escribir a su padre; tal vez un médico podría intervenir. Irme a la ciudad, abandonarlo en ese estado ¿no era una cobardía? Pensando estas cosas soñé que llevaba a Cacharí una carta que había escrito al señor Heredia, comunicándole el estado de su hijo. Yo mismo quería dejar la carta en el correo. Al bajar del caballo, frente al correo, encontré a Heredia. Me dijo bruscamente:
-¿Para quién es esa carta?

-Para mis padres.
Había tenido la precaución de dirigir el sobre a nombre de mi padre, con otro sobre adentro, para que fuera entregado al señor Heredia.
-Démela, yo la pondré en el correo; tengo estampillas. Al entregársela, sentí la amenaza de lo irreparable.
-Esta carta lleva otro sobre adentro.
-¿Por qué?
-El peso, la forma, todo lo indica. Ábrala inmediatamente -me apuntaba con el revólver-. Lo mataré con más facilidad que una paloma.
Abrí el sobre, como él me lo mandaba, y le entregué la carta. A medida que leía, el odio oscurecía su semblante.
-No quiero ensuciar la entrada de esta casa. Vamos. No nos quedemos aquí.
Volvimos a la estancia. Heredia entró en su cuarto y yo en el mío. Casi en seguida salí con el propósito de huir, pero ¿cómo? ¿En qué? No había nadie. Busqué los caballos del sulky; no estaban en el corral. Corriendo, entré en el monte y tomé uno de los caminos, sin elegirlo. Mi propósito era encontrar un vehículo que me recogiera. Algo me molestaba al correr; me palpé la cintura; advertí que llevaba un cuchillo. Me había alejado bastante de la casa y empecé a caminar. Oí el galope de un caballo. Me arrojé al suelo, me escondí en el pastizal, con la esperanza de no ser visto. El galope se acercaba irremisiblemente. Decidí hacerme el muerto. Heredia se acercó; bajó del caballo. Oí que me tuteaba como a sus perros:
-Cobarde, aprenderás a hacerte el muerto.
Después oí la detonación de un tiro en el silencio. Desperté sobresaltado. Pero mi sueño continuaba frente al correo de Cacharí. En el centro de la calle había un perro muerto, lleno de moscas.

No podía tomar ninguna resolución; todas me parecían precipitadas, desacertadas. Temía plagiar mi sueño, inconscientemente. Por momentos resolvía el viaje a Buenos Aires y preparaba la valija, por momentos tomaba la pluma y el papel para escribir al señor Heredia. Cualquier actitud me repugnaba, ya que Armando Heredia, a pesar de su locura, no había dejado de ser mi amigo; uno de mis mejores amigos.
Estaba en mi cuarto, meditando sobre estas cosas, cuando entró Eladio con un papel en la mano. Abrí el papel cuidadosamente doblado. Leí estas palabras: Me ausentaré por dos días. Armando. ¿Qué debía hacer? ¿Aprovechar su ausencia para comunicarme con su padre? ¿Esperar su regreso?
Pensé: tal vez no está loco. Tal vez quiere engañarme. Tal vez su novia, para no comprometerse, al querer ocultarle cómo se llama, le dio casualmente el nombre de una muchacha muerta. Imaginé mi horrible carta

anunciando la locura de Heredia; imaginé la aflicción de su padre, su llegada a la estancia, con un médico, quizá con una enfermera; mi vergüenza eterna frente al mundo si Heredia no estaba loco; mi pena si tenían que ponerle un chaleco de fuerza para hacer el viaje a Buenos Aires, con toda la gente mirando en la estación; la horrible prisión del manicomio. Me pareció que yo tenía la culpa de todo lo que sucedía; que para siempre pesaría en mi conciencia cualquier resolución que tomara.

A la hora del poniente llegó Heredia. Me traía de regalo un facón de plata. Se lo agradecí: era el objeto que yo más deseaba tener. Labradas en la empuñadura había unas flores de oro y un laberinto de líneas con mis iniciales. Me sentí indigno del regalo. Saqué el facón de la vaina. Como si hubiera sentido el filo helado amenazar mi corazón, lo acaricié melancólicamente y dije:
-En Buenos Aires lo usaré para abrir las hojas de mis libros.
-¿Y aquí le servirá para matar a alguien? -preguntó Heredia.
-No lo creo -le contesté-. Matar no me seduce.
De nuevo coloqué el facón en la vaina, lo aseguré en mi cinturón y lo palpé con alegría. Había olvidado el horrible problema para el que tenía que buscar solución.

Encendimos una fogata en el patio. En la noche, iluminadas por el fuego, nuestras caras parecían máscaras. Aproveché el momento conciliador y romántico:
-Heredia, hace unos días que quiero decirle una cosa: la muchacha que a usted le interesa no se llama María Gismondi. María Gismondi murió hace cuatro años. Seguramente por timidez o por temor, a fin de no comprometerse, la muchacha adoptó para usted ese nombre.
Yo le hablaba mirando el fuego, como si a través de las llamas mis palabras pudieran purificar su sentido. Cuando alcé los ojos Heredia no estaba. ¿Me había oído? Acabamos por creernos locos cuando sospechamos la locura en otra persona. Llamé a Heredia. La puerta de su cuarto estaba cerrada. No me contestó. Vi un arco iris al final del corredor. Pensé: "¿Y si la aceptara, si me hiciera cómplice de su locura? ¿Podría entenderme de nuevo con él? ¿Tal vez salvarlo?" En el número de baldosas del corredor consulté lo que debía hacer. Escribir a Buenos Aires, irme, quedarme (aceptando la locura como algo normal); escribir, irme, quedarme, escribir, irme, quedarme; recorrí las baldosas; la última, que estaba rota, me aconsejó lo peor: esperar.
Recordé esta frase, que había leído en un libro: "Lo verdadero es como Dios; no se muestra inmediatamente; hay que adivinarlo entre sus manifestaciones".

Intenté otra conversación con Heredia. La noche era propicia, silenciosa; fumábamos y las volutas de humo parecían suavizar mi inquietud.
-Me he preguntado muchas veces cómo se llamará una muchacha que venía de Buenos Aires en el mismo tren que yo. La señora que viajaba con ella la llamaba Claudia, pero tenía un prendedor con la palabra María escrita con falsos rubíes.
-Es un nombre muy común. ¿Qué hay con eso?
-Que el primer nombre que adopta una muchacha cuando no quiere dar el suyo, es María.
-¿Y entonces?
-Entonces pienso que esa muchacha que viajó conmigo en el tren y que se llamaba Claudia, hizo creer, a la persona que le regaló el prendedor, que se llamaba María.
Un brillo de locura iluminó los ojos de Heredia.
-¿Y yo soy la persona que regaló el prendedor a esa mujer?
-No quiero decir eso. ¡Sería absurdo! Conozco el retrato de María Gismondi, no se parecen en nada; excepto, quizás, en que las dos pretenden llamarse María porque tienen miedo de comprometerse si dan su verdadero nombre.
Yo hablaba persuasivamente, sin mirar (pero adivinando) la expresión que invadía el rostro de Heredia. La locura que había nacido en el fondo de sus ojos contraía ahora su boca, hundía sus mejillas, atormentaba su frente, deformaba ya sus manos. Yo tenía que seguir hablando, porque las palabras me guarecían de un silencio aterrador. Proseguí:
-La gente de campo tiene muchos prejuicios. Por eso las muchachas que viven en estos pueblos se ven obligadas a hacer cosas extrañas. Cuando tienen un novio adoptan sin escrúpulos nombres de personas muertas.
Cuando miré a Heredia vi en sus ojos, por primera vez, una expresión de espanto; como un animal herido, huyó de mi lado. Su temor me dio miedo.

Detrás de la oscuridad, entre el follaje de los árboles, apenas veía su sombra, un ojo, un mechón de pelo. Se escondía y me acechaba, entre las plantas, en los corredores, en las habitaciones de la casa.
No podía encerrarme con llave: todas las llaves de la casa se habían perdido. Por fin resolví escribir al señor Heredia. En un rincón de mi cuarto, casi en la oscuridad, comencé la carta:

"Estimado señor Heredia: Su estancia es muy linda y muy grande, en ella he pasado los días más felices de mi vida, y los más terribles, pero todo lo que se refiere a mí no tiene ahora importancia. Sólo quiero expresarle mi gratitud por haberme dado la oportunidad de conocer un lugar como éste y mi pena por tener que anunciarle el estado en que se encuentra su hijo.

Estoy demasiado perturbado para que esta carta resulte correcta y clara, pero confío en que usted la comprenda.
Después de haber vivido un mes (que equivale a varios años) con su hijo y de no haber encontrado ninguna anormalidad en su carácter, salvo algunas reacciones violentas, como tiene cualquier muchacho; después de haber comprobado que no bebe alcohol, ni frecuenta a ninguna mujer, he descubierto a través de su conducta, de sus actitudes, de sus confidencias, el principio de su locura. Apenas puedo creerlo: Armando está enamorado de una mujer que ha muerto hace cuatro años; le da citas; habla con ella; imagina que la ve, y está solo. Sabe que yo lo he descubierto y me odia. Si no le comunicara a usted estas cosas inmediatamente, temería no tener suficiente fuerza de voluntad para hacerlo después; temería volverme loco yo mismo, por contagio.
En estos días creo que llegará un amigo suyo a la estancia. Tal vez pueda socorrernos.
Lo saluda a usted muy atentamente.
Luis Maidana.

Con precaución guardé la carta en el bolsillo.

El calor del día disminuía levemente. Caía la noche, con sus innumerables estrellas. Fui al pueblo para poner la carta en el correo. El correo estaba cerrado. Yo no tenía estampillas. Recordé que era domingo. Cuatro o cinco chicos trabajaban en una casa en construcción. En una bolsa enorme llevaban piedras para depositarlas sobre los escalones de la entrada. Me detuve a mirarlos. Me pareció que la tarea excedía sus fuerzas. Me indigné con las personas que les habían impuesto ese trabajo. Me senté sobre un montón de arena, a fumar un cigarrillo. Estaba cansado. Momentos después apareció una mujer desgreñada y furiosa, que dispersó, a gritos, a las criaturas. Entonces advertí que aquel trabajo, que tanto me había impresionado, había sido un juego, un juego que merecía una penitencia.
Al oír la estridente voz de la mujer, recordé algunos episodios de mi infancia. Yo había jugado con la misma seriedad. Mis juegos podían confundirse con los más penosos trabajos que los hombres hacen por obligación: nadie me había respetado. Pensé: los niños tienen su infierno. Entonces la voz, agresivamente femenina, pronunció un nombre conmovedor. Para castigar, para amenazar más severamente al menor de los niños, utilizó el nombre maravilloso:
-Mandaré a María a tu casa, para que le diga a tu madre todo lo que has hecho.
Avergonzado, seguí como una sombra por las calles del pueblo a esa mujer horrible. Las calles me parecieron sinuosas y lúgubres, infinitas y, a cada

paso, más sucias, como si todas desembocaran en algún pantano. Crucé las vías del tren, pasé por dos almacenes, me detuve frente a una farmacia; las calles se enangostaban y se ensanchaban caprichosamente; llegué a la avenida de los fénix, donde subrepticiamente, en una esquina, desapareció la mujer.

Una casa de ladrillos blanqueada entreabría, sobre un balcón de fierro, una ventana baja. Protegido por la oscuridad progresiva de la noche, me asomé a esa ventana y miré el interior del cuarto. En la alucinante luz de un espejo vi reflejada una muchacha, cuyo rostro apenas se insinuaba en la penumbra. La imagen se acercaba, pero una cabellera, como un río con brillo de plata, se interpuso. Pensé que María, sospechando que yo la miraba agazapado en la sombra, me ocultaba su cuerpo con su cabellera.

La luz del cuarto se extinguió. Oí los pasos de unos pies desnudos sobre el piso de madera y luego el silencio definitivo de la calle.

De un salto penetré en la habitación. Pensé en la muerte. El amor y la muerte se parecen: cuando estamos perdidos acudimos a ellos. Inmóvil, esperé acostumbrarme a la nueva oscuridad del cuarto. Después de un tiempo que pareció comunicarme con la eternidad, el espejo comenzó a iluminarlo. Primero vi una silla, después la mesa de luz, el costurero lleno de carreteles de hilo, el despertador de metal pintado, el vaso con flores de papel, la cama angosta, donde la muchacha yacía con los ojos abiertos. "Hay personas que duermen con los ojos abiertos", pensé, al acercarme. "No me ve. Puedo inclinarme sobre ella para verla mejor. Podría darle un beso sin que lo sintiera." Me incliné. Sentí su delicada respiración. Vi sus manos sobre la colcha blanca, su cabellera suelta esparcida sobre la funda de la almohada, que tenía bordadas grandes margaritas. "Ella, sin duda, hizo estos bordados" pensé, al ver el dibujo azul del lápiz debajo de las coronas. Arrodillado en el borde de la cama, examiné sus ojos: sin ver, parecía mirarme.

"María, ahora, por primera vez, podré abrazarte como siempre lo hago en pensamiento", le dije, en voz baja, con la sensación de decirlo a gritos. Trataba de resguardar mi cuerpo de la luz del espejo que atravesaba la habitación. Retrocedí unos pasos y tropecé con la mesa de luz; cayó el despertador. Me tiré al suelo esperando las terribles consecuencias, pero el silencio volvió a extenderse como un velo sobre la casa. Permanecí un rato en la misma postura, sin atreverme a hacer un movimiento. Me arrodillé de nuevo en el borde de la cama. En la suave luz del espejo el rostro de la muchacha resaltaba con extraordinaria claridad. De pronto, como si mi insistente mirada la hubiera despertado, se incorporó en la cama. Me miró con horror. Quiso gritar, pero le tapé la boca. Quiso huir, pero la retuve.

Clareaba el alba cuando me alejé de su casa.

Salí de mi cuarto. Era muy temprano. El rocío brillaba sobre las hojas de las plantas. Heredia se acercó. Castigaba con el rebenque las piedras, las ramas, los cardos, los troncos, todo lo que encontrábamos.
-Tengo que hablarle -me dijo-. Tengo que explicarle algunas cosas.
Atónito, sin pronunciar una palabra, lo escuché.
-Para mí -prosiguió-, María Gismondi no murió hace cuatro años. ¿Sabe usted para quién y cómo murió? Hace cuatro años, en el mes de febrero, yo quería entregarle una carta. Sus padres no debían saberlo. La empresa era casi imposible. Una noche (recuerdo que era domingo), abrumado, vagué por el pueblo y resolví entrar, como un ladrón, en su cuarto. Pensaba dejar la carta debajo de la colcha de su cama o en el cajón de la mesa de luz y huir sin ser visto. Entré por la ventana. Me escondí en un hueco, entre el ropero y la pared. Oí unos pasos en el cuarto contiguo: alguien abrió la puerta y encendió la lámpara. Yo no podía irme. (Todavía hoy, en los latidos de mi corazón, siento contra mi pecho la frialdad de la pared blanqueada.) Sobre el piso de madera oí los pasos de unos pies desnudos. María Gismondi entró en el cuarto; cerró la ventana, se acostó y apagó la luz. Esperé que se durmiera. Desde mi nacimiento, nunca he esperado tanto. Cuando me pareció que estaba dormida, dejé la carta sobre la mesa de luz y me acerqué, aterrado, a la ventana. Tropecé con algo. En el total silencio de la noche, el ruido retumbó con violencia. Quedé inmóvil. En la oscuridad, María Gismondi buscaba. fósforos y encendía la lámpara. Al verme quiso gritar; le tapé la boca. La tuve entre mis brazos por primera vez. Cuando dos personas luchan, parece que se abrazan. Hasta el alba luché con María Gismondi. Después huí de su casa, dejándola casi dormida. Al día siguiente me anunciaron su muerte. Durante unos días pensé que yo la había matado; luego pensé que la habían matado las personas que la creyeron muerta. Comprendí que nuestra vida depende de un número determinado de personas que nos ven como seres vivos. Si esas personas nos imaginan muertos, morimos. Por eso no le perdono que usted haya dicho que María Gismondi está muerta.
Busqué el calendario. Lo encontré en la cocina. Febrilmente lo consulté. Faltaba un día para el 28. Había que esperar sin miedo. Pensé, para serenarme: "el miedo atrae las desgracias". Salí al patio; recogí unas piedras y, con asombrosa destreza, probé en un árbol mi puntería.
Sobre el techo de la cocina, un gato blanco me miraba con sus ojos verdes. Lo alcancé con la última piedra. Oí un golpe seco en las tejas y un lamento agudo, desgarrador.
El pobre animal, ensangrentado, huyó del techo. Vi una huella de sangre alrededor de la casa. Pensé que las personas son crueles cuando tienen miedo. ¿Por qué yo había tirado esa piedra? ¿Para merecer un castigo? ¿Para probar que yo también podía matar? ¿Para probárselo a quién? A mí

mismo. Nadie me había visto.

Un cielo nublado precipitó la noche. Para no imitar mi sueño resolví ir en sulky al correo. Temblando, con la carta en el bolsillo, crucé los corredores, el patio y entré en la cocina. La casera me informó que su marido había salido en el sulky. Con un horrible presentimiento busqué el caballo, lo ensillé.
-¿Tiene frío? -preguntó Eladio.
Me di cuenta que yo estaba temblando.
Tenía la sensación de no avanzar, de ir montado en un caballo de plomo. Con un horrible cansancio llegué al pueblo. Frente a la casa baja y amarilla del correo, me sentí más tranquilo. No había nadie. Bajé del caballo. Tenía que dar unos pasos para dejar la carta en el buzón y sentirme libre, pero bruscamente, cuando ya la tenía en la mano, apareció Heredia. Pensé: "Estoy soñando; no debo afligirme; luego me despertaré".
Heredia me dijo, pausadamente:
-Déme esa carta; voy a ponerla en el buzón.
Cuando tuvo la carta en la mano agregó:
-Este sobre lleva adentro otro sobre del mismo tamaño.
-Usted es adivino -le contesté, procurando que la realidad no se pareciera al sueño-. He puesto una carta para un compañero del colegio. No tengo su dirección.
Por el sendero de tierra, a pocos metros, venía caminando Claudia o María. (Todavía no sabía su nombre. ¡Nunca lo sabría!) Me sentí tranquilo: la realidad difería cada vez más del sueño; además, esa circunstancia me permitiría hablar de otra cosa, distraer la atención de Heredia. Le dije en voz baja, indicándole con los ojos la dirección en que debía mirar:
-Ésa es la muchacha que hizo el viaje conmigo. Verá cómo se ruboriza. ¡Simula no conocerme!
Heredia me miró con desprecio. ¿Sospechaba todo lo que yo había sufrido, pensando que él también amaba a la misma muchacha? Esperé que se acercara y, sacándome el sombrero, le pregunté como si no la conociese:
-Señorita, ¿podría decirme si cambiaron el horario de trenes? -Consulté mi reloj-. -Son las doce y todavía no he oído el silbato del tren.
Me miró con asombro.
-La estación queda a dos cuadras de aquí, pregúntele al jefe.
-Y el Club Social, señorita, ¿dónde queda?
-El Club Social queda a cinco cuadras, doblando a la derecha.
-¿Cuándo habrá baile?
-El sábado por la noche.
-¿Irá usted, preciosa?
Al oír la última palabra, que no era precisamente la que deseaba decirle, la

muchacha se ruborizó.
-Yo no voy a bailes. Estoy de luto -respondió con un orgulloso movimiento en los labios. Se alejó con gracia rápida, sin decirme adiós.
Nos quedamos mirándola. Hablamos de sus piernas, de su edad, de su cintura. Pero ¿qué había hecho Heredia con mi carta? Advertí que la había guardado en el bolsillo, quizá por distracción. Le dije con voz trémula:
-Se olvida de mi carta.
-Al contrario; no la olvido.
-La tiene en el bolsillo. ¿Para qué?
-Para que usted me la lea cuando lleguemos a la estancia.
Intenté arrebatársela, pero me amenazó con el revólver. ¡Con el revólver del sueño! Montamos a caballo. Durante el trayecto pensé quitarle la carta y el revólver. Lo miraba de soslayo, esperando que tuviera un momento de distracción, para huir, para pedir auxilio, para asestarle un golpe en la cabeza. Pero él era tanto más fuerte que yo, tenía un aspecto tanto más equilibrado, que renuncié a todos mis planes. Si pedía auxilio me hubieran creído loco; si huía, Heredia me hubiera baleado por la espalda; si lo atacaba, me hubiera matado como a un perro.
No me importaba morir. Lo miré con indulgencia.
-¿Y con qué derecho pretende que le lea mi carta?
-Con éste -dijo poniendo sobre una mesa el revólver-; porque usted no es capaz de defenderse ni con este revólver, ni con ese cuchillo que tiene en el cinturón.
-Desprecio los medios de violencia para llegar a un acuerdo.
-¿Qué medios le agradan, entonces?
-Los del entendimiento.
-Está bien -dijo, sentándose-. Léame ahora su carta.
-No acepto.
-Por la violencia, entonces -dijo empuñando nuevamente el revólver.
Temblando tomé la carta que me entregó Heredia. Pensé de nuevo que soñaba y que pronto despertaría. Tal vez la carta se transformara en otra totalmente distinta.
Comencé la lectura muy lentamente. Leí como me habían enseñado a leer en el colegio, con el cuerpo erguido, levantando la cabeza al final de cada párrafo, señalando exageradamente la puntuación. Cuando terminé, después de un siglo, Heredia, sin decir una palabra, se levantó y salió del cuarto. Oí morir sus pasos en las baldosas del corredor. De cualquier modo, aun repitiendo mi sueño, tenía que huir. Encerré a Carbón en mi cuarto, para que no me siguiera. Busqué el sulky, los caballos: no estaban. Con la pesadez que da la vergüenza del miedo, corrí. Entré de nuevo en mi cuarto; había olvidado las llaves. Las guardé en mi bolsillo. Guardé mi cuaderno y mis libros en el cajón de la mesa, volví a salir. Dejé todo: cualquier cosa

que llevara conmigo podía delatar o entorpecer mi huida.

CONSIDERACIONES FINALES DE RÓMULO SAGASTA

Aquí se interrumpen las páginas de este extravagante cuaderno: después de haber meditado sobre su contenido siento ahora la necesidad, casi el deber, de agregarles un final.

Toda vida, con sus experiencias, con sus ilusiones, es incompleta, fragmentaria y terrible: la que en las páginas anteriores se revela como un símbolo es, a mi juicio, especialmente conmovedora y dramática. Después de corregir algunos errores gramaticales, sin modificar el estilo simple y pueril de las frases, agregaré las siguientes líneas:

El 28 de enero de 1930 partí de Constitución en el tren de la mañana para Cacharí. Lo hice de mala gana, pero sin pensar que me encontraría frente a un espectáculo tan triste como el que me deparó la suerte.

Los Cisnes, aquella estancia donde mi amigo Heredia me había invitado tantas veces a pasar los fines de semana, las fiestas de mayo y de carnaval, evocaba en mi corazón los recuerdos más placenteros y dulces.

Los suculentos almuerzos al aire libre, las largas siestas, el tranquilo silencio campestre, son goces que ningún criollo desdeña. Es cierto que soy aficionado a la caza y que ese entretenimiento agrega seducción a la vida de campo. Lo primero que hacía, al llegar allí, era alquilar por dos pesos el perro de caza del almacenero. Un "pointer" degenerado sirve para algo cuando el cazador es competente. Invariablemente, al final de la tarde, volvía del campo con ocho o nueve perdices.

Llegué a Los Cisnes, repito, el 28 de enero de 1930, con mi escopeta, arma que llevaba como un vano disfraz para disimular el verdadero motivo de mi viaje.

Era un día de sol deslumbrante y hermoso. Nadie me esperaba en la estación. Vagué más de media hora por el andén; tuve tiempo para arrepentirme del viaje, antes de ver aparecer la volanta con Eladio Esquivel, que bajó lentamente como un viejito a saludarme. Lo recibí con frialdad, pero en seguida sospeché que una elocuencia trágica se ocultaba en su lentitud. Algo grave había sucedido. Con serias palabras entrecortadas, me dijo:

-Ha sucedido una desgracia.

Con mi escopeta y mi valija, subí apresuradamente a la volanta y traté de averiguar todo lo que me costaba creer. Confusamente oí el relato del niño, mientras nos aproximábamos a la estancia. El sol, la claridad del día, la voz soñolienta del niño, todo parecía contradecir la noticia.

Después de ver al muerto, después de hablar con los caseros, con el médico, con el agente de policía y de hacer los trámites necesarios para que

enviaran un ataúd, quise examinar el lugar donde había ocurrido el hecho. Por la calle de eucaliptos y casuarinas Eladio me guió hasta el lugar del campo entre los pastizales, donde se veían aún las manchas de sangre y los rastros (se hubiera dicho) de una lucha. Después supe que el perro negro de la estancia, aullando, había escarbado la tierra con desesperación al ver la sangre.

Nunca prevemos lo peor. Yo había previsto todo, salvo lo que había ocurrido. Lamenté de nuevo haber aceptado una misión tan desagradable. Mi amistad con Raúl Heredia, mi simpatía por toda su familia, me habían impulsado a hacerlo por un sentimiento de deber. Ir a una estancia solitaria, con el pretexto de cazar perdices, para espiar y aconsejar a un muchacho de dieciocho años, aunque ese muchacho fuera el hijo de uno de mis mejores amigos, me parecía interesante pero comprometedor. Ahora, al encontrarme con una noticia tan inesperada como horrible, me parecía que mi temor había obedecido naturalmente a un presentimiento.

Desde la infancia, Armando Heredia había mostrado signos de locura. Es cierto que los niños de corta edad siempre me parecen dementes; los diálogos, los juegos que practican, las palabras que profieren son indudables ejemplos de locura. Atravesar la infancia es una severa prueba para la razón. Entre los niños que yo he conocido, Armando Heredia fue sin duda el más extraño. Lo veo como era hace catorce años, con los ojos encendidos, con un látigo en la mano, castigando a un personaje ficticio (cuyos rastros había pintado él mismo, con tinta roja, en el suelo) y llorando después sobre su muerte.

En el tren de la tarde llegó la familia de Heredia. Nunca había tenido que asistir a una escena tan dramática: ver a una madre frente a un hijo muerto. No soy especialmente egoísta; sin embargo, me preocupaba más la actitud que yo debía asumir que el dolor de una familia que estimo.

Me costaba reconocer la alegre casa de campo, con sus apacibles corredores, con sus profusas enredaderas. En un instante el aspecto de un lugar puede cambiar definitivamente. Al ver a Raúl Heredia comprendí que no podríamos volver, como antes, a la estancia. Ciertos acontecimientos señalan el tiempo como en los juegos las líneas de tiza blanca marcan límites infranqueables: el principio y el final de épocas distintas.

Colocaron el ataúd en la sala de la casa. Allí velamos al muerto. En la trémula luz de los cirios, la cara del muchacho no estaba desfigurada. Su tez oscura, su frente angosta, la pureza de su perfil no se habían alterado. El balazo lo había alcanzado en el centro del corazón. Me impresionaron las flores que la madre quiso, vanamente, colocar entre las manos del muerto; el resentimiento con que le hablaba; las frases amargas, severas.

Al alba, después de beber varias tazas de café, Raúl Heredia me llevó al cuarto que había sido de su hijo (un cuarto lúgubre y húmedo). Abrió el

ropero y los cajones de la mesa.
-Mi mujer no podría hacer estas cosas. La conozco. Antes de irme quiero revisar todo.
La luz del alba rayaba las persianas y los primeros pájaros cantaban débilmente. Raúl Heredia se detuvo un instante y me dijo:
-A esta hora uno comprende súbitamente todo lo que es definitivo. -En el marco de la puerta me enseñó el cielo blanco-: -Sólo embriagado o triste he visto el alba; sólo en fiestas, nacimientos o muertes, y ésta es la más amarga, la más infernal, la más injusta...
Encontramos en el cajón de la mesa un cuaderno de tapas azules. La primera página llevaba el título Mis sueños. Raúl Heredia hojeó melancólicamente el cuaderno y me lo entregó.
-No tengo el coraje de leer estas páginas. Me parecería un crimen, sin embargo, destruirlas. Armando era inteligente. ¡Lo he conocido tan poco! Te las entregó a ti, porque eres mi mejor amigo. Podrás leerlas y descubrir tal vez en ellas qué motivos impulsaron a mi hijo a cometer este acto de locura; ya ninguna explicación puede modificar nada.
Tomé el cuaderno y volvimos a la sala donde temblaban las luces de los cirios.
Muchos vecinos habían acudido al velorio. Las mujeres lloraban con ímpetu poético y elocuentemente hablaban de la muerte.
Inútil sería relatar en todos sus detalles los tristes diálogos de aquella noche, el viaje penoso en tren, la llegada a Constitución.
Después del entierro en Buenos Aires, emprendí, con asombros sucesivos, la lectura del cuaderno. Durante algunos días permanecí aterrado. Pensé destruir las páginas: no he hallado, no he podido hallar solución al problema. En vano busqué en la guía telefónica el nombre de Luis Maidana. Mientras tanto, traté de evitar los encuentros con mi amigo Heredia. ¿Si me hablaba del cuaderno? ¿Si me lo pedía? Sin éxito traté de frecuentar a otras personas de la familia para averiguar detalles sobre la vida del muchacho.
Seis meses transcurrieron. Heredia fue un día a mi casa, a visitarme. En un tono jovial me anunció su próximo viaje a Europa. Me habló de sus hijos y, al mencionar a Armando, dijo:
-Fue mejor que Dios se lo llevara; muchachos de esa clase no hacen nada bueno. Ya costó bastantes llantos a su madre.
Aprovechando la oportunidad me atreví a comunicarle que el cuaderno que me había sido entregado seis meses antes no contenía relatos de sueños, ni había sido escrito por su hijo, sino por una persona llamada Luis Maidana. Mi noticia no asombró ni interesó demasiado a Heredia. Me miró con incredulidad. Me aseguró que su hijo no tenía ningún amigo de ese nombre.
Estudiamos la escritura del cuaderno; confrontamos cuadernos del colegio y cartas que fueron escritas por él, presumíamos, en esa época: la letra era

la misma. Averiguamos entre los amigos de Armando si existía o había existido un Luis Maidana. Nadie lo conocía ni había oído hablar de él. Los caseros de Los Cisnes afirmaron que nadie visitó a Armando en la estancia. Finalmente tuve que aceptar lo increíble: los relatos contenidos en el cuaderno bajo el título Mis sueños habían sido escritos por Armando Heredia y no por Luis Maidana.
¿Por qué, suponiendo que esos relatos fueran sueños, Armando fingía ser otro personaje? ¿Fingía o realmente soñaba que era otro, y se veía desde afuera? ¿Lo obsesionaba la idea de no tener sueños, como lo dice en una de las páginas del cuaderno? ¿Se sentía como un fantasma, se sentía como una hoja en blanco? ¿La obsesión fue tan poderosa que Armando terminó por inventar sus sueños?
Cuando pensaba, tal vez creía Heredia que estaba soñando. De ahí provendría la extraña y alucinante ilación que hay en sus sueños: Armando Heredia sufría desdoblamientos. Se veía de afuera como lo vería Luis Maidana, que era a la vez su amigo y su enemigo. "En la vigilia, vivimos en un mundo común, pero en el sueño cada uno de nosotros penetra en un mundo propio." He podido comprobar que algunas personas, algunos objetos y acontecimientos que figuran con modificaciones en estos relatos existieron realmente; otros, como Luis Maidana y el doctor Tarcisio Fernández, no existen ni jamás existieron.
Armando Heredia, al suicidarse, ¿creyó matar a Luis Maidana, como creyó matar en su infancia a un personaje imaginario? ¿En vez de tinta roja empleó su propia sangre para jugar con su enemigo? ¿Quiso, odió, asesinó a un ser imaginario?
Heredia me pidió que me ocupara de la venta de su campo. Volví a Los Cisnes por última vez. Vi algunos objetos que figuran en los relatos del cuaderno: los reconocí con desagradable sorpresa. Vi la canasta de porcelana, la mecedora alucinante, el paisaje pintado en la cabecera de la cama, el tigre y el jaguar del cuadro atribuido a Delacroix. En Cacharí conocí a María Gismondi (a quien interrogué infructuosamente). Nadie había oído hablar de Luis Maidana.
Todavía siento un profundo malestar cuando pienso en este cuaderno. El misterio que envuelve sus páginas no ha sido totalmente aclarado para mí, ya que la muerte selló para siempre los labios del autor y actor, de la víctima y del asesino de esta inverosímil historia.
Si yo hubiera llegado a Los Cisnes el 26 o el 27 de febrero en lugar del 28, como quería hacerlo, hubiera salvado con el fantasma de Maidana a Armando Heredia, pero tal vez hubiera perdido mi propia vida. Y si esto fuera una historia policial, yo habría sostenido, tal vez, una disputa con Armando; éste (como en la realidad) se habría suicidado y me acusaría criminalmente de su muerte. Las consecuencias de cualquier hecho son, en

cierto modo, infinitas.
A veces pienso que en un sueño he leído y he meditado este cuaderno, y que la locura de Heredia no me es ajena.
No hay distinción en la faz de nuestras experiencias; algunas son vívidas, otras opacas; algunas agradables, otras son una agonía para el recuerdo; pero no hay cómo saber cuáles fueron sueños y cuáles realidad.

Fragmentos del libro invisible

Cerca de las ruinas de Tegulet, en la Ciudad de los Lobos, antes de mi nacimiento, hablé. Mi madre, encinta de ocho meses, me oyó decir una noche: "Madre, quiero nacer en Debra Berham (Montaña de Luz). Llévame, pues allí podrás ser la madre de un pequeño profeta, y yo el hijo de esa madre. Cumpliendo mis órdenes te aseguras un cielo benévolo".
De mi discurso prenatal conservo un recuerdo vago envuelto en brumas; una festividad de flores y de cánticos, a medida que pasa el tiempo lo alegra.
El viaje era largo y peligroso, pero mi madre, que era ambiciosa, pintó sus ojos, untó de manteca su pelo, elevó su peinado como una colmena, y con todas sus pulseras -que le servían por las mañanas de espejos-, los pies desnudos y su mejor vestido, obedeció a mi voz. El sol del verano como una enorme hoguera abrasaba a los hombres. Ella lo atravesó sin perecer porque me amaba.
Los relatos de mi madre, que guardaba como una reliquia, el vestido hecho jirones por el viaje (además de una fiebre palúdica y una erupción en forma de rosas, sobre la dorada oscuridad de su piel), exigían mis explicaciones: "No fue por vanidad que te ordené un viaje tan penoso. Si no me hubieras oído hablar en tu seno antes de nacer, si no hubieras acudido a Debra Berham, no hubieras sido mi madre: esto molestaba a tu alma y no a mi soberbia. Tengo muchas cosas tuyas que juntar en este mundo para llevarlas al cielo".
"Contemplar un árbol o una jirafa, respirar el olor de la lluvia o del fuego, oír las carcajadas de las hienas, mirar de frente el sol, en éxtasis la luna, no parecen cosas importantes: no sabremos nunca todo lo que hemos perdido o ganado en esos instantes de contemplación. Un mes antes de mi nacimiento, si no hubieras estado, en la noche, esperando los cantos del alba; si hubieras estado como tus hermanas, dormida, no hubieras escuchado mi voz en tus entrañas. Fuiste dócil al destino, fuiste atenta: de ese modo se logra la dicha."

Mi caballo rojo espanta los reptiles cuando lo llevo al río a beber.
Grutas, follajes intrincados, son mis guaridas en los días de tormenta, pues

nunca duermo debajo de un techo. Me alimento de frutas, de yerbas y de raíces. Mi rostro, como los cielos del poniente y de la aurora, jamás se repite.
No me conozco. Conozco a los otros, a los que me conocen.
Algunos pastores dicen que soy un monstruo, con largo y sedoso pelo, otros que soy de una belleza deslumbrante y altiva. Dicen que mis ojos son de un azul profundo, de un verde desvaído, tan hundidos en las órbitas que no se pueden ver sino a ciertas horas. Dicen que mis pupilas sólo reflejan el rostro de los seres que comparten mi fervor y que los otros ven en ellas el mero reflejo de una calavera o de un mono.
La mentira origina el miedo y el miedo la mentira.
Conozco el lenguaje de los muertos, de las plantas abisinias, de las bestias y de los minerales. He compuesto dos libros, dos libros invisibles cuyas frases imprimí únicamente en mi memoria, sin recurrir a la tinta, al papel y a la pluma. Desdeño esos groseros instrumentos que fijan, que desfiguran el pensamiento: esos enemigos de la metamorfosis y de la colaboración.
El que se atreva a imprimir mis palabras las destruirá. El mundo no se reirá de mí sino de él. Mi libro, en caracteres impresos, se tornaría menos importante que un puñado de polvo.
El primero de mis libros, que se titula El Libro de la Oscuridad, lo comencé a los doce años. Ni en un árbol, ni en una piedra, ni en la tierra, donde a veces dibujo, grabé uno solo de mis pensamientos. Al principio las frases se formaban en mi mente con dificultad, con lentitud. Una vez que se arraigaban en mi memoria las hacía repetir por mi madre, y, cuando fui mayor, por mis discípulos, que a veces se equivocaban. Estas equivocaciones todavía me deleitan: suelo modificar mi texto de acuerdo con ellas.

La memoria es infinita, pero más infinita y caprichosa, como los senderos de un dédalo, es la invención que la modifica. Mis discípulos tratan de reemplazar la memoria con la imaginación.

El segundo libro, que actualmente compongo, y que contiene hacia el final mi autobiografía, se titula El Libro Invisible. Nunca compongo más de nueve frases por día, nunca menos de tres. Al principio necesitaba recurrir a los objetos y a los lugares inspiradores: si hablaba de una piedra tenía que tenerla en mis manos mucho tiempo; si hablaba de una gruta, permanecía en su recinto varios días y varias noches contemplando los cambios de la luz según las horas; si hablaba del agua de un lago tenía que vivir en sus orillas; si hablaba de alguno de mis discípulos tenía que pasar largas horas con él, escuchando su voz, estudiando la estructura de sus frases, las formas de sus equivocaciones, la expresión de su dicha o de su tristeza.

Creo en un número incalculable de dioses que moran en el sonido, en la forma, en el color, en la fragancia.

Ninguna cosa es más importante que otra.

Yo no deseaba asombrar a nadie, pero ciertas actitudes mías lograron el asombro.

En vez de aspirar una flor, la acercaba a mi oído y, ante los trémulos discípulos, decía: "Puedo oír el corazón de esta flor como el vuestro. Ella clama por agua como vosotros por la gracia divina, y vuestra voz es pequeña como la voz de esta flor. Dios tendría que acercarnos a su oído como yo acerco esta flor al mío, pero no existe un dios que atienda a estas cosas".
"En las flores hay una voz misteriosa y fina como la del violín que escuchó mi madre, en Persia, a los nueve años. ¿No la oyen ustedes? Las flores y todos los elementos que componen la naturaleza tienen voces sutiles. El espacio está tejido por estas voces. El silencio jamás es absoluto. En las noches más profundas oímos siempre un murmullo lejano, revelador de una suma de infinitesimales voces: todos los pensamientos que se formulan en el mundo vibran en esas voces. En una piedra podemos oír, si escuchamos con atención, el trayecto del tiempo; en el ruido de la lluvia podemos oír el diálogo vacilante de los primeros hombres; en ciertas plantas podemos oír a las mujeres de la antigüedad elaborar secretos; en el estruendo de las olas que se elevan en los mares podemos oír la aclaración de algunos hechos históricos; ciertas alondras nos traen anuncios del futuro más próximo. Si ustedes no se dignan oír estas voces ¿cómo podría un dios oír las vuestras?"

A veces en medio de nuestros diálogos instaba a mis discípulos a cerrar los ojos y a estudiar la oscuridad (éste era uno de nuestros ejercicios diarios). Era penoso al principio. Los ojos cerrados, las moradas de nuestros ojos cerrados eran mundos luminosos donde existían flores, pájaros, rostros, paisajes, objetos imprecisos. Mis discípulos tenían que describir estos mundos, uno por uno, detalladamente. Era difícil, casi imposible, precisarlos: se interponían imágenes indefinidamente variadas, y al final intervenía siempre el sueño. En El Libro de la Oscuridad aparecen más de mil láminas detalladas, más de mil formas distintas, que me transmitieron mis discípulos y que yo mismo estudié en largas meditaciones. Todas tienen un significado. Tratábamos vanamente de hacer coincidir las formas que veíamos en cada una de nuestras oscuridades.

Uno de mis discípulos descubrió en mi mano, al abrir los ojos, una hierba amarilla que nació en los dominios de la oscuridad. El sólo la había visto y la encontró en mi mano. Éste fue tal vez el milagro más involuntario que realicé en mi vida. ¿Por qué no elegí un rostro, o aquel jardín con grutas azules, o aquel océano incendiado, para trasladarlos a este mundo, en vez de aquella hierba minuciosa cuyo origen nadie conocerá?

Esta planta se llama "Planta dorada". El viento llevará sus semillas al Monte del Líbano y a las sendas que conducen a Damasco. Florecerá en mayo y será invisible durante el día. La buscarán los alquimistas porque puede transmutar los metales.

He vivido mucho; demasiado. Veré morir a mis discípulos. Un día penetraré en las regiones que se extienden más allá de la vida. Las visitaré antes de morir. Para eso he estudiado.

Lebna, el menor de mis discípulos, era reservado y meditó su muerte con pudor. Era difícil advertir un cambio en él. Con la cabeza inclinada sobre el brazo izquierdo, como cuando descansaba boca abajo, yacía entre las hierbas. No es cierto que ordené un breve silencio a los pájaros y que agrandé el tamaño de la primera estrella, en señal de duelo como algunas personas lo aseguran.
"La puesta de sol no es más dolorosa que el alba: si no me afligió tu nacimiento por qué ha de afligirme tu muerte." ¡Ah, qué vana me pareció mi voz sin el eco de la suya! Todas nuestras frases llevan un signo inicial de interrogación: la respuesta está en el oído que la escucha y no en las palabras que la contestan. Con dolor penetré en ese vacío templo del silencio.

¡Ah, qué joven era yo entonces! Después de estas palabras designaré sólo la hora de aquel lugar desierto. Las horas son mansiones en lugares donde no hay edificios. Las horas son personas en lugares solitarios. El mediodía, como una torre, brillaba con cien espejos. El mediodía, como cien jóvenes, deslumbrantemente pesaroso, permanecía inmóvil.

"A la hora en que nace la primera estrella vendrás a mi encuentro. Lebna, no me ocultes nada. No eres un adulto en el reino de los muertos; todavía eres un niño." Con estas palabras llamé a Lebna.
Siguiendo la luz de la primera estrella llegó a las nieblas rosadas de este mundo. Se sentó a mi lado en el banco de la plaza desierta y me dijo:
-Lo único terrible de la muerte es no saber cuándo uno muere. ¿Qué podría decirte ahora de mi trayecto, de mi viaje al otro mundo? Pasé por muchas

puertas; algunas modestas, conmovedoras, otras con incrustaciones de oro y de piedras preciosas que me escandalizaron. Pasé por muchas puertas transparentes, como de hielo, en cuyas transparencias se veían ciertos colores que los mortales no alcanzan a ver; por muchas puertas altísimas, silenciosas, cubiertas de follajes, de frutos y de pájaros cuyas alas trémulas irradiaban luz en las maderas labradas. Pasé por muchas puertas horribles -algunas eran diminutas, algunas tenían una mano de hierro o de bronce, a un lado, o la cabeza de un león mordiendo un aro, en el centro- antes de hallar el otro mundo en un paisaje complicado, entre edificios y objetos heterogéneos, entre camas, cuadros, armarios, arcos, estatuas, columnas, glorietas, miniaturas, látigos, Bistros, tabernáculos, aureolas, espadas, baldaquines, linternas mágicas, barajas, astrolabios, cariátides, mapamundis.
Lebna me hablaba con una naturalidad que parecía fingida.
-Al principio creí que había llegado a una casa de remates, pero había jardines y bosques y lagos. Es un lugar bello y a la vez horrible. Algunas cosas son idénticas a las que yo había imaginado después de oír tus palabras; otras seguramente se me hubieran ocurrido si hubiera meditado más tiempo sobre la posible complejidad del cielo junto a ti; otras, no se me hubieran ocurrido nunca, porque te hubieran desagradado. Allí, todo lo que nos parecía de oro y no era de oro en el mundo, es de oro: por ejemplo, las retamas iluminadas por el sol, o el pelaje de algunos animales. Todo lo que nos parecía de plata, y no era de plata en el mundo, allí es de plata: por ejemplo, el follaje del cedro del Líbano, o el agua de un pantano en la noche. Pero lo que es más maravilloso es la muchedumbre de objetos que hay y la música dulce que se escucha en sus recintos.
-Qué parecido eres muerto, Lebna, a lo que eras cuando vivías -le respondí-. Te gustaban los objetos. Hacías colecciones de plumas de pájaros, de dientes de leche, de piedras que lustrabas con la palma de tu mano hasta que brillaban y que luego horadabas para hacer collares. Te deleitaba el canto de las ranas.

-¿No habremos soñado que has muerto? Las cosas que me dices no me asombran. Las puertas que me describes me repugnan como me repugnan algunas de las puertas de las casas de la gente rica. Sabes que no tengo predilección por las puertas. He vivido siempre afuera. Las grutas y los follajes donde me he guarecido no tienen puertas. En este mundo las cosas que te parecían bellas no me agradan. Sin embargo, no confío mucho en ti. Nunca fuiste observador.
-Siempre me decías que no era observador. Para disimular mis mentiras muchas veces hablabas de mi imaginación.

-En el cielo, si es que estoy en el cielo, no necesito ser observador -me decía Lebna-, no necesito mentir. Allí puede tocarse el fuego: esto no es una mentira. El interior de las llamas, que parece a veces el interior de una fruta al sol, puede probarse, el gusto que tiene es superior al gusto de la miel de las abejas más refinadas: esto no es mentira. Como se junta un ramo de flores, podría juntar un ramo de llamas, con las llamas más ardientes, anaranjadas, azules o violetas.

-Las frutas adivinan los deseos de quienes las van a probar, tienen más o menos azúcar, son más o menos ácidas de acuerdo con cada paladar. Cambian también de forma para agradar a las personas que las miran. La primavera es eterna en algunas regiones y hay ríos de leche, de miel y de licores cuyo gusto es inmaterial como el de las flores. Hay lámparas que pueden iluminar diez mil jardines a la vez y que son pequeñas como luciérnagas o como la piedra preciosa de un anillo. Hay grutas azules donde la sed no existe y mares obedientes donde cantan sirenas benignas en los bordes nacarados de las olas. La salud es variada como eran variadas en el mundo las enfermedades. La ausencia de dolores tiene distintos grados de agudeza. En los senderos de los jardines hay piedrecitas en cuyo fondo se encuentran diminutos jardines, millones de diferentes jardines; penetrar en ellos no es imposible. En cada gota de rocío hay otra noche en miniatura, con sus estrellas. Contemplar estas bellezas es un entretenimiento inagotable, pero también hay cosas horribles que no sabría describir sino muy lentamente. Hay pájaros anaranjados, con seis patas y cuatro alas, sin cara, sin ojos. Hay un crisantemo grande como un imperio en cuyos pétalos mil hombres pueden pasearse. Los pensamientos vuelan como las mariposas. Hay lagos donde el agua es dura como una piedra transparente. Hay perros con caras de hombres y ovejas como árboles. Hay fuentes de donde mana un agua que no moja; árboles con plumas suaves. Hay casas de hielo con muebles de hielo. Hay soles pequeños como granos de azúcar pero más brillantes que el mismo sol. Hay un ajedrez de nácar con verdaderas reinas y un ruiseñor mecánico cuyas veinte mil canciones corresponden a cada una de sus veinte mil plumas.
Descubrí veinte de las figuras de El Libro de la Oscuridad diseminadas. Apenas las reconocí, se perdían entre tantos objetos. Reconocí también unas plumas lustrosas como las que más codiciaba en este mundo, unas piedras horadadas, unos dientes de leche del color de la nieve.

Oh, hermanos, reprimid los suspiros, no guardéis luto por los objetos perdidos ni por los hombres muertos. Que la hierba se seque, y que la flor caiga, pero que el pensamiento dure para siempre.

Muchos muertos creerán que están en el cielo cuando llegan al infierno; esto no sucede por obra de la misericordia divina ni por la perversidad de un demonio que colmándonos de lujo y de belleza física agota la pureza de nuestro espíritu: esto sucede porque está en la naturaleza del hombre equivocarse.

En el invierno de una noche murió Nastasen, el primogénito de mis discípulos. Follajes oscurecidos me anunciaron su muerte. Lo imaginé a la distancia, con el cabello ensangrentado y un tigre a sus pies. Encontramos su cuerpo flotando en la superficie de un lago donde solía bañarse a la luz de la luna, en verano. Un tigre lo había herido, en el lago; ya casi muerto intentó lavar sus heridas.

A la hora más blanca del alba cuando rompen a cantar los pájaros, envuelto en las alas del viento, llamé a Nastasen.
Siguiendo la luz del alba llegó a mi lado. Reclinados en el parapeto de un puente mirábamos el agua mientras hablábamos. Su voz tranquila y melodiosa se elevaba como un rayo de luz entre las sombras.
-Pasé por muchas puertas modestas, cubiertas de follajes o de marfil con rosas, o con incrustaciones de oro y de piedras preciosas, o transparentes, en cuyas transparencias se veían colores que los mortales no alcanzan a ver, o silenciosas y altísimas.
De acuerdo con sus descripciones reconocí muchas de las puertas que me había mencionado Lebna en su narración, comprobé que otras eran nuevas, recién colocadas: en algunas me dijo que había sentido un olor fresco a pintura o a madera. Las basuras, los aljibes, los pisapapeles, las glorietas se habían acumulado. Había visto unas pulseras iguales a las de mi madre, unas pesadas rosas como las que regaba en su jardín. Había oído una hermosa música, dulce y penetrante como la del violín de Persia en su recuerdo.

Si Lebna y Nastasen están en el infierno trataré de merecer la misma suerte.

Estoy casi muerto, pero estoy pensando. Estaré muerto y seguiré pensando. El cielo o el infierno se compone de todos los objetos, sensaciones y pensamientos que los hombres tuvieron en la tierra. Esos objetos, esos pensamientos, esas sensaciones determinarán el porvenir de ese lugar infinito.

Oh, trama suspendida en el espacio, tejido luminoso y abyecto, que unirá el presente al pasado y el pasado al futuro. ¿Dónde nació tu primer hilo?

¿Somos el mero sueño de algún dios? ¿Somos una escala prismática?

Lebna, Nastasen, Alda, Miguel, Aralia, mis discípulos, al ánfora de la sabiduría he acercado vanamente mis labios. ¡Qué amarga es su agua cristalina!

Mi madre desapareció misteriosamente. No he de llamarla como a mis discípulos, la visitaré; no le pediré que haga otro viaje. Ahora comprendo por qué sus pulseras, sus rosas y la música de su memoria se encuentran en el otro mundo.

Tal vez volveremos a nacer y un día todo lo que pensemos o hagamos en la tierra alguien ya lo habrá hecho o pensado antes que nosotros. Entonces, sólo entonces, sabremos si ese lugar que nosotros los mortales hemos preparado es el cielo o el infierno.

Tanto afán tuve en nacer en Debra Berham y ahora lo que llevo en mis manos es un puñado de tierra, unas figuras de la oscuridad, una hierba, unas pulseras, unos frutos y unas flores. Con qué lentitud tan minuciosa tendré que esperar que los siglos renueven las palabras de mis libros y originen un nuevo caudal de objetos que perfeccionarán la felicidad o el dolor.

Dios me verá como yo vi las imágenes en la oscuridad. No me distinguirá de las otras imágenes. Soy la continuación desesperada de mi libro, donde encerré a mis discípulos, a mi madre y a mí mismo.

Soy Lebna, soy Nastasen, soy Alda, soy Miguel, soy Aralia, soy mi madre, soy el caballo que espanta a los reptiles, soy el agua del río, soy el tigre que devoró a Nastasen y el terror de la sangre, soy la oscuridad múltiple y luminosa de mis ojos cerrados.

Autobiografía de Irene

Ni a las iluminaciones del veinticinco de mayo, en Buenos Aires, con bombitas de luz en las fuentes y en los escudos, ni a las liquidaciones de las grandes tiendas con serpentinas verdes, ni al día de mi cumpleaños, ansié llegar con tanto fervor como a este momento de dicha sobrenatural.
Desde mi infancia fui pálida como ahora, "tal vez un poco anémica", decía el médico, "pero sana, como todos los Andrade". Varias veces imaginé mi muerte en los espejos, con una rosa de papel en la mano. Hoy tengo esa rosa en la mano (estaba en un florero, junto a mi cama). Una rosa, un vano

adorno con olor a trapo y con un nombre escrito en uno de sus pétalos. No necesito aspirarla, ni mirarla: sé que es la misma. Hoy estoy muriéndome con el mismo rostro que veía en los espejos de mi infancia. (Apenas he cambiado. Acumulaciones de cansancios, de llantos y de risas han madurado, formado y deformado mi rostro.) Toda morada nueva me parecerá antigua y recordada.

La improbable persona que lea estas páginas se preguntará para quién narro esta historia. Tal vez el temor de no morir me obligue a hacerlo. Tal vez sea para mí que la escribo: para volver a leerla, si por alguna maldición siguiera viviendo. Necesito un testimonio. Me aflige sólo el temor de no morir. En realidad pienso que lo único triste que hay en la muerte, en la idea de la muerte, es saber que no podrá ser recordada por la persona que ha muerto, sino, únicamente, y tristemente, por los que la vieron morir.

Me llamo Irene Andrade. En esta casa amarilla, con balcones de fierro negro, con hojas de bronce, brillantes, como de oro, a seis cuadras de la iglesia y de la plaza de Las Flores, nací hace veinticinco años. Soy la mayor de cuatro hermanos turbulentos, de cuyos juegos participé en la infancia, con pasión. Mi abuelo materno era francés y murió en un naufragio que abrumó y oscureció de misterio sus ojos en un retrato al óleo, venerado por las visitas en las penumbras de la sala. Mi abuela materna nació en este mismo pueblo, unas horas después del incendio de la primera iglesia. Su madre, mi bisabuela, le había contado todos los pormenores del incendio que había apresurado su nacimiento. Ella nos trasmitió esos relatos. Nadie conoció mejor aquel incendio, su propio nacimiento, la plaza sembrada de alfalfa, la muerte de Serapio Rosas, la ejecución de dos reos en 1860, cerca del atrio de la iglesia antigua. Conozco a mis abuelos paternos por dos fotografías amarillentas, envueltas en una especie de bruma respetuosa. Más que esposos, parecían hermanos, más que hermanos, mellizos; tenían los mismos labios finos, el mismo cabello crespo, las mismas manos ajenas, abandonadas sobre las faldas, la misma docilidad afectuosa. Mi padre, venerando la enseñanza que había recibido de ellos, cultivaba plantas: era suave con ellas como con sus hijos, les daba remedios y agua, las cubría con lonas en las noches frías, les daba nombres angelicales, y luego, "cuando eran grandes", las vendía con pesar. Acariciaba las hojas como si fueran cabelleras de niño; creo que en sus últimos años les hablaba; por lo menos, fue la impresión que tuve. Todo esto irritaba secretamente a mi madre; nunca me lo dijo, pero en el tono de su voz, cuando le oía decir a sus amigas "¡Ahí está Leonardo con sus plantas! ¡Las quiere más que a sus hijos!", yo adivinaba una impaciencia permanente y muda, una impaciencia de mujer celosa. Mi padre era un hombre de mediana estatura, de facciones hermosas y regulares, de tez morena y pelo castaño, de barba casi rubia. De él, sin duda, habré heredado la seriedad, la flexibilidad admirada de mi

pelo, la bondad natural del corazón y la paciencia -esa paciencia que parecía casi un defecto, una sordera o un vicio-. Mi madre, en su juventud, fue bordadora: esa vida sedentaria dejó en ella un fondo como de agua estancada, algo turbio y a la vez tranquilo. Nadie se hamacaba con tanta elegancia en la mecedora, nadie manejaba los géneros con tanto fervor. Ahora, tendrá ya esa afectación perfecta que da la vejez. Yo sólo veo en ella su maternal blancura, la severidad de sus ademanes y la voz: hay voces que se ven y que siguen revelando la expresión de un rostro cuando éste ha perdido su belleza. Gracias a esa voz puedo averiguar todavía si son azules sus ojos o si es alta su frente. De ella habré heredado la blancura de mi tez, la afición a la lectura o a las labores y cierta timidez orgullosa y antipática para aquellos que, aun siendo tímidos, pueden ser o parecer modestos.
Sin alarde puedo decir que hasta los quince años, por lo menos, fui la preferida de la casa por la prioridad de mis años y por ser mujer: circunstancias que no seducen a la mayor parte de los padres, que aman a los varones y a los menores.
Entre los recuerdos más vívidos de mi infancia mencionaré: un perro lanudo, blanco, llamado Jazmín; una virgen de diez centímetros de altura; el retrato al óleo de mi abuelo materno, que ya he mencionado; y una enredadera con flores en forma de campanas, de color anaranjado, llamada Bignonia o Clarín de Guerra.
Vi al perro blanco en una especie de sueño y luego, con insistencia, en la vigilia. Con una soga lo ataba a las sillas, le daba agua y comida, lo acariciaba y lo castigaba, lo hacía ladrar y morder. Esta constancia que tuve con un perro imaginario, desdeñando otros juguetes modestos pero reales, alegró a mis padres. Recuerdo que me señalaban con orgullo, diciéndoles a las visitas: "Vean cómo sabe entretenerse con nada". Con frecuencia me preguntaban por el perro, me pedían que lo trajera a la sala o al comedor, a la hora de las comidas; yo obedecía con entusiasmo. Ellos fingían ver el perro que sólo yo veía; lo alababan o lo mortificaban, para alegrarme o afligirme.
El día en que mis padres recibieron del Neuquén un perro lanudo, blanco, enviado por mi tío, nadie dudó que el perro se llamara Jazmín y que mi tío hubiera sido cómplice de mis juegos. Sin embargo mi tío estaba ausente desde hacía más de cinco años. Yo no le escribía (apenas sabía escribir). "Tu tío es adivino", recuerdo que me dijeron mis padres en el momento de mostrarme el perro: "¡Aquí está Jazmín!" Jazmín me reconoció sin asombro; lo besé.

Como un triángulo celeste, con ribetes de oro, la Virgen fue formándose, adquiriendo volumen en las distancias de un cielo de junio. Hacía frío aquel

año y los vidrios estaban empañados. Con mi pañuelo limpiaba, abría pequeños rectángulos en los vidrios de las ventanas. En uno de esos rectángulos el sol iluminó un manto y una cara colorada, diminuta y redonda, informe, que al principio me pareció sacrílega. La belleza y la santidad eran dos virtudes, para mí, inseparables. Deploré que su rostro no fuera hermoso. Lloré muchas noches tratando de modificarlo. Recuerdo que esta aparición me impresionó más que la del perro, porque en esa época yo tenía alguna tendencia al misticismo. Las iglesias y los santos ejercían una fascinación sobre mi espíritu. Rezaba secretamente a la Virgen; le ofrendaba flores; en vasitos de licor, dulces que brillaban; espejitos; agua de Colonia. Encontré una caja de cartón apropiada para su tamaño; con cintas y cortinas la transformé en altar. Al principio, al verme rezar, mi madre sonreía con satisfacción; después, la vehemencia de mi fervor la inquietó. Oí que le decía a mi padre, una noche, junto a mi cama, creyendo que yo dormía: "¡No vaya a volverse una santa! ¡Pobrecita, ella que no molesta a nadie! ¡Ella que es tan buena!" También se inquietó al ver la caja vacía frente a un cúmulo de flores silvestres y de velitas, pensando que mi fervor era el comienzo de una profanación. Quiso regalarme un San Antonio y una Santa Rosa, reliquias que habían pertenecido a su madre. No las acepté; dije que mi virgen estaba toda vestida de celeste y de oro. Indicándole con mis manos el tamaño de la virgen, le expliqué tibiamente que su cara era roja y pequeña, tostada por el sol, sin dulzura, como la cara de una muñeca, pero expresiva como la de un ángel.

Ese mismo verano, en el bazar donde se surtía mi madre, en el escaparate, apareció la virgen: era la Virgen de Luján. No dudé que mi madre la hubiera encargado para mí; tampoco me extrañó que hubiera acertado. con exactitud en el tamaño y en el color de la virgen, en la forma de su rostro. Recuerdo que se quejó del precio, porque estaba averiada. La trajo envuelta en un papel de diario.

El retrato de mi abuelo, ese majestuoso adorno de la sala, cautivó mi atención a los nueve años. Detrás de un cortinado rojo, junto al cual se destacaba la efigie, descubrí un mundo aterrador y sombrío. Esos mundos agradan a veces a los niños. Grandes extensiones sonoras y oscuras, como de mármol verde, rotas, heladas, furiosas, altas, en partes como montañas, se estremecían. Junto a ese cuadro sentí frío y gusto a lágrimas en mis labios. En unos corredores de madera, mujeres con el pelo suelto, hombres afligidos, huían en actitudes inmóviles. Una mujer cubierta con una enorme capa, un señor de quien nunca vi el rostro, llevaban de la mano a un niño con un caballito de madera en los brazos. En alguna parte llovía; una alta bandera flameaba al viento. Ese paisaje sin árboles, tan parecido al que podía ver a la caída de la tarde, en las últimas calles de este pueblo -tan parecido y a la vez tan distinto-, me perturbaba. En el sillón, sola, frente al

retrato, me desmayé un día de verano. Mi madre contaba que al despertarme pedí agua, con los ojos cerrados; gracias a esa agua que ella me dio, y con la cual refrescó mi frente, me salvé de una muerte inesperadamente prematura.
En el patio de nuestra casa, por primera vez a fines de una primavera, vi la enredadera con flores anaranjadas. Cuando mi madre se sentaba a tejer o a bordar, yo retiraba las ramas (que sólo yo veía) para que no le estorbaran. Yo amaba el color anaranjado de sus pétalos, el nombre bélico (pues tenía la virtud de confundirse con las páginas de historia que estudiaba entonces) y el perfume tenue, como de lluvia, que se desprendía de sus hojas. Un día, mis hermanos, oyéndome pronunciar su nombre, comenzaron a hablar de San Martín y de los granaderos. En interminables tardes, los ademanes que yo hacía para retirar las ramas del rostro de mi madre, para que no le molestaran, parecían dedicados a espantar esas moscas que se quedan agresivamente quietas en un lugar del espacio. Nadie previó la futura enredadera. Una inexplicable timidez me impidió hablar de ella, antes de su llegada.
Mi padre plantó la enredadera en el mismo lugar del patio en donde yo había previsto su forma opulenta y su color. En el mismo lugar en donde se sentaba mi madre (por alguna razón, debido al sol, tal vez, mi madre no pudo sentarse en otro rincón del patio; por alguna razón, la misma, tal vez, la planta no pudo colocarse en otra parte).

Yo era juiciosa y callada; no me alabo: estas virtudes subalternas originan a veces graves defectos. Por atonía o por vanidad, era más estudiosa que mis hermanos; ninguna lección me parecía nueva; me agradaba la quietud que permite el libro; me agradaba, sobre todo, el asombro que causaba mi extraordinaria facilidad para cualquier estudio. No todas mis amigas me querían, y mi compañera favorita era la soledad que me sonreía a la hora del recreo. Leía de noche, a la luz de una vela (mi madre me lo había prohibido porque era malo, no sólo para la vista, sino para la cabeza). Durante un tiempo estudié el piano. La maestra me llamaba "Irene la Afinada" y este sobrenombre, cuyo significado no entendí y que mis compañeras repitieron con ironía, me ofendió. Pensé que mi quietud, mi aparente melancolía, mi pálido rostro, habían inspirado el sobrenombre cruel: "La Finada". Hacer bromas con la muerte me pareció poco serio para una maestra; y un día, llorando, porque ya conocía mi equivocación y mi injusticia, inventé una calumnia contra esa señorita que había querido alabarme. Nadie me creyó, pero ella, en la soledad de la sala, tomándome de la mano, me dijo una tarde: l Cómo puede usted repetir cosas tan íntimas, tan desdichadas!" No era un reproche: era el comienzo de una amistad.

Hubiera podido ser feliz; lo fui hasta los quince años. La repentina muerte de mi padre determinó un cambio en mi vida. Mi infancia terminaba. Trataba de pintarme los labios y de usar tacos altos. En la estación los hombres me miraban, y tenía un pretendiente que me esperaba los domingos, a la salida de la iglesia. Era feliz, si es que existe la felicidad. Me complacía en ser grande, en ser hermosa, de una belleza que algunos de mis parientes reprobaban.
Era feliz, pero la repentina muerte de mi padre, como dije anteriormente, determinó un cambio en mi vida. Cuando murió yo tenía preparado, desde hacía tres meses, el vestido de luto, los crespones; ya había llorado por él, en actitudes nobles, reclinada sobre la baranda del balcón. Ya había escrito la fecha de su muerte en una estampa; ya había visitado el cementerio. Todo esto se agravó a causa de la indiferencia que demostré después del entierro. En verdad, después de su muerte no pude recordarlo un solo día. Mi madre, bondadosa como era, nunca me lo perdonó. Aun hoy me mira con esa misma mirada rencorosa que despertó en mí, por primera vez, el deseo de morir. Aun hoy, después de tantos años, no olvida el anticipado vestido de luto, la fecha y el nombre escritos en una estampa, la visita inopinada al cementerio, mi indiferencia por esa muerte en el seno de una familia numerosa y afligida. Algunas personas me miraban con desconfianza. No podía reprimir mis lágrimas al oír ciertas frases sarcásticas y amargas, generalmente acompañadas de una guiñada. (Sólo entonces el olvido me pareció una dicha.) Se dijo que yo estaba poseída por el demonio; que había deseado la muerte de mi padre para usar un vestido de luto y un prendedor de azabache; que lo había envenenado para frecuentar sin restricciones los bailes y la estación. Me sentí culpable de haber desencadenado tanto odio a mi alrededor. Pasé largas noches de insomnio. Logré enfermarme pero no pude morir como lo había deseado.

No se me había ocurrido que yo tuviera un don sobrenatural, pero cuando los seres dejaron de ser milagrosos para mí, me sentí milagrosa para ellos. Ni Jazmín, ni la virgen (que se había roto con sus recuerdos) existían. Me esperaba el porvenir austero: se alejaba la infancia.
Me creí culpable de la muerte de mi padre. Lo había matado al imaginarlo muerto. Otras personas no tenían ese poder.
Culpable y desdichada, me sentí capaz de infinitas felicidades futuras, que únicamente yo podía inventar. Tenía proyectos para ser feliz: mis visiones debían ser agradables; debía ser cuidadosa con mis pensamientos, tratar de evitar las ideas tristes, inventar un mundo afortunado. Era responsable de todo lo que sucedía. Trataba de eludir las imágenes de las sequías, de las inundaciones, de la pobreza, de las enfermedades de la gente de mi casa y

de mis conocidos.
Durante un tiempo ese método pareció eficaz. Muy pronto comprendí que mis propósitos eran tan vanos como pueriles. En la puerta de un almacén tuve que presenciar la pelea de dos hombres. No quise ver el cuchillo secreto, no quise ver la sangre. La lucha parecía un abrazo desesperado. Se me antojó que la agonía de uno de ellos y el terror anhelante del otro eran la final reconciliación. Sin poder borrar un instante la imagen atroz, tuve que presenciar la nítida muerte, la sangre que a los pocos días se mezcló con la tierra de la calle.
Traté de analizar el proceso, la forma en que se desarrollaban mis pensamientos. Mis previsiones eran involuntarias. No era difícil reconocerlas; se presentaban acompañadas de ciertos signos inconfundibles, siempre los mismos: una brisa leve, una brumosa cortina, una música que no puedo cantar, una puerta de madera labrada, una frialdad en las manos, una pequeña estatua de bronce en un remoto jardín. Era inútil que tratara de evitar estas imágenes: en las heladas regiones del porvenir la realidad es imperiosa.
Comprendí, entonces, que perder el don de recordar es una de las mayores desdichas, pues los acontecimientos, que pueden ser infinitos en el recuerdo de los seres normales, son brevísimos y casi inexistentes para quien los prevé y solamente los vive. El que no conoce su destino inventa y enriquece su vida con la esperanza de un porvenir que no sobreviene nunca: ese destino imaginado, anterior al verdadero, en cierto modo existe y es tan necesario como el otro. Las mentiras que dijeron mis amigas me parecieron a veces más ciertas que las verdades. He visto expresiones de beatitud en personas que vivían de esperanzas defraudadas. Creo que esa falta esencial de recuerdos, en mi caso, no provenía de una falta de memoria: creo que mi pensamiento, ocupado en adivinar el futuro, tan lleno de imágenes, no podía demorarse en el pasado.
Asomada a los balcones, veía pasar con caras de hombres a los niños que iban al colegio. De ahí mi timidez ante los niños. Veía las futuras tardes con sus diálogos, sus nubes rosadas o lilas, sus nacimientos, sus terribles tormentas, las ambiciones, las crueldades ineludibles de los hombres con los hombres y con los animales.
Ahora comprendo hasta qué punto los acontecimientos alcanzaron a ser como últimos recuerdos para mí. Con cuánta desventaja reemplazaron los recuerdos. Por ejemplo: si yo no tuviera que morir, esta rosa en mi mano, este momento, no me dejarían recuerdos, los habría perdido para siempre entre un tumulto de visiones de un destino futuro.
Recatada en las sombras de los patios, en los zaguanes, en el atrio helado de la iglesia, reflexionaba con devoción. Trataba de apoderarme de los recuerdos de mis amigas, de mis hermanos, de mi madre (porque eran más

extensos). Fue entonces que la visión conmovedora de una frente, luego, de unos ojos, luego, de un rostro, me acompañaron, me persiguieron, formaron mi anhelo. Muchos días, muchas noches, tardó ese rostro en formarse. Esto es verdad: tuve el deseo ardiente de ser una santa. Quise con vehemencia que ese rostro fuera el de Dios o el de un niño Jesús. En la iglesia, en las estampas, en los libros y en las medallas busqué aquel rostro adorable: no quise encontrarlo en otra parte, no quise que ese rostro fuera humano, ni actual, ni cierto.

Pienso que a nadie le habrá costado tanto reconocer las amenazas del amor. ¡Oh deslumbrados llantos de mi adolescencia! Sólo ahora puedo recordar el tenue y penetrante perfume de las rosas que Gabriel, mirándome en los ojos, me regalaba al salir del colegio. Esa presciencia hubiera durado toda una vida. En vano traté de postergar mi encuentro con Gabriel. Preveía ya la separación, la ausencia, el olvido. En vano traté de evitar las horas, los senderos, los lugares propicios a su encuentro. Esa presciencia hubiera podido durar toda una vida. Pero el destino puso en mis manos las rosas y, ante mis ojos, sin asombro, al verdadero Gabriel. Inútiles fueron mis lágrimas. Inútilmente copié las rosas en papel, escribí nombres, fechas en los pétalos: una rosa podrá ser perpetuamente invisible en un rosal, frente a nuestra ventana, o en una mano enamorada que nos la ofrece; sólo el recuerdo la conservará intacta, con su perfume, su color y la devoción de las manos que la ofrecieron.

Gabriel jugaba con mis hermanos, pero cuando yo aparecía con un libro o con mi bolsa de labores y me sentaba en una silla del patio, dejaba sus juegos para ofrecerme el homenaje de su silencio. Pocos niños fueron tan sagaces. Con pétalos de flores, con hojas, construía pequeños aeroplanos. Cazaba luciérnagas y murciélagos: los amaestraba. De tanto observar los movimientos de mis manos había aprendido a hacer labores. Bordaba sin ruborizarse: los arquitectos hacían planos de casas; él, cuando bordaba, hacía planos de jardines. Me amaba: en la noche, en el patio oscurecido de mi casa, yo sentía crecer, con la naturalidad de una planta, su amor involuntario.

¡Ah, cómo esperé penetrar, sin saberlo, en el claustral recuerdo de esos momentos! Con qué anhelo, sin saberlo, esperé la muerte, única depositaria de mis recuerdos. Una fragancia hipnótica, un murmullo de eternas hojas, en los árboles, acude para guiarme por los senderos tan olvidados de aquel amor. A veces un acontecimiento que me parecía laberíntico, lento en desarrollarse, casi infinito, cabe en dos palabras. Mi nombre, escrito en tinta verde o con un alfiler, en su brazo, que ocupó seis meses de mi vida, ocupa ahora una sola frase. ¿Qué es estar enamorado? Durante años se lo pregunté a la maestra de piano y a mis amigas. ¿Qué es estar enamorado?

Recordar, en la complicación de otros espacios, una palabra, una mirada; multiplicarlas, dividirlas, transformarlas (como si nos desagradaran), compararlas, sin tregua. ¿Qué es un rostro amado? Un rostro que nunca es el mismo, un rostro que se transforma infinitamente, un rostro que nos defrauda...
Silencio de claustros y de rosas había en nuestro corazón. Nadie pudo adivinar el misterio que nos unía. Ni aquellos lápices de colores, ni las pastillas de goma, ni las flores que me regaló, nos delataron. Grababa mi nombre en los troncos de los árboles, con su cortaplumas, y durante las penitencias lo escribía con tiza, en la pared.
-Cuando me muera le regalaré todos los días bombones y escribiré su nombre en todos los troncos de árboles del cielo -me dijo un día.
-¿Cómo sabes que iremos al cielo? -le respondí-. ¿Cómo sabes que en el cielo hay árboles y cortaplumas? ¿Acaso Dios te permitirá recordarme? ¿Acaso en el cielo te llamarás Gabriel y yo Irene? ¿Tendremos el mismo rostro y nos reconoceremos?
-Tendremos el mismo rostro. Y si no lo tuviéramos, también nos reconoceríamos. Aquel día de carnaval, cuando usted se vistió de estrella y hablaba con una voz de hielo la reconocí. Con los ojos cerrados, después la he visto muchas veces.
-Me has visto cuando no estaba. Me has visto en tu imaginación.
-La he visto cuando jugábamos a los heridos. Cuando yo era el herido y me vendaban los ojos, adivinaba su llegada.
-Porque yo era la enfermera, y tenía que llegar. Veías por debajo de la venda: hacías trampa. Fuiste siempre tramposo.
-Sin trampa la reconocería en el cielo. Disfrazada la reconocería, con los ojos vendados la vería llegar.
-¿Entonces crees que no habrá diferencias entre este mundo y el cielo?
-Nos faltará lo que aquí nos incomoda: parte de la familia, las horas de acostarse, algunas penitencias y los momentos en que no la veo.

-Tal vez sea mejor el infierno que el cielo -me dijo otro día-, porque el infierno es más peligroso y me gusta sufrir por usted. Vivir entre llamas, por su culpa, salvarla continuamente de los demonios y del fuego, sería para mí una dicha.
-¿Pero quieres morir en pecado mortal?
-¿Por qué mortal y no inmortal? Nadie olvida a mi tío: cometió un pecado mortal y no le dieron la extremaunción. Mi madre me dijo: "Es un héroe; no escuches los comentarios de la gente".

-¿Por qué piensas en la muerte? Generalmente los jóvenes evitan esas conversaciones tristes y desfavorables -protesté un día-. Pareces un viejo

en este momento. Mírate en un espejo.
No había ningún espejo cerca. Se miró en mis ojos.
-No parezco un viejo. Los viejos se peinan de otro modo. Pero soy grande ya, y conozco la muerte -me contestó-. La muerte se parece a la ausencia. El mes pasado, cuando mi madre me llevó por dos semanas al Azul, mi corazón se detenía, y en mis venas, en lugar de sangre, tristemente sentí correr un agua fría. Pronto tendré que irme más lejos y por un tiempo indeterminado. Me reconforta imaginar algo más fácil: la muerte o la guerra.

A veces mentía para conmoverme:
-Estoy enfermo. Anoche me desmayé en la calle.
Si le reprochaba sus mentiras, me contestaba:
-Sólo se miente a la gente que uno quiere: la verdad induce a muchos errores.
-Nunca me olvidaré de ti, Gabriel. -El día en que le dije esa frase, ya lo había olvidado-.
Sin aflicciones, sin llantos, ya acostumbrada a su ausencia, me alejé de él, antes que se fuera. Un tren lo arrancó de mi lado. Otras visiones me separaban ya de su rostro, otros amores; despedidas menos conmovedoras. A través de un vidrio, en la ventanilla del tren, vi su último rostro, enamorado y triste, borrado por las imágenes superpuestas de mi vida futura.

No fue por falta de entretenimientos que mi vida se tornó melancólica. Alguna vez confundí mi destino con el destino de la protagonista de una novela. Debo confesarlo: confundí la prevista cara de una lámina con una cara verdadera. Esperé algunos diálogos que después leí en un libro, en una ciudad desconocida, en el año 1890. No me asombraba la anticuada vestimenta de los personajes. "Cómo van a cambiar las modas", pensaba con indiferencia. La figura de un rey, que no parecía un rey, porque sólo mostraba la cabeza en una lámina de un libro de historia, en las penumbras de otoño me dedicaba sus miradas afectuosas. Antes, los textos de los libros y sus personajes no se me habían aparecido como futuras realidades; es cierto que hasta entonces no había tenido la oportunidad de ver tantos libros. Los libros de uno de mis abuelos estaban relegados al último cuarto de la casa; atados con piolines, envueltos en telarañas, los vi cuando mi madre decidió venderlos. Durante varios días los revisamos pasándoles trapos y plumeros, pegándoles las hojas rotas. Yo leía en los momentos de soledad.

Alejada de Gabriel, comprendí milagrosamente que sólo la muerte me haría

recuperar su recuerdo. La tarde que no me perturbaran otras visiones, otras imágenes, otro porvenir, sería la tarde de mi muerte y yo sabía que la esperaría con esta rosa en la mano. Sabía que el mantel que iba a bordar durante meses, con margaritas celestes y nomeolvides rosados, con guirnaldas de glicinas amarillas y una glorieta entre palmas, se estrenaría en la noche de mi velorio. Sabía que ese mantel iba a ser alabado por las visitas que me habían hecho llorar diez años antes. Oí las voces, un coro de voces femeninas, repitiendo mi nombre, gastándolo con adjetivos tristes: "¡Pobre Irene, desdichada Irene!" y luego otros nombres que no eran de personas, nombres de masitas, nombres de plantas, proferidos con doliente admiración:
"¡Qué deliciosas palmeras, qué magdalenas!" Pero con la misma tristeza, y con insistencia de salmo, el coro repetía:
"¡Pobre Irene!"
¡Oh esplendores falsos de la muerte! El sol ilumina el mismo mundo. Nada ha cambiado cuando todo ha cambiado para un solo ser. Moisés previó su muerte. ¿Quién era Moisés? Yo creía que nadie había previsto su propia muerte. Yo creía que Irene Andrade, esta modesta argentina, había sido el único ser en el mundo capaz de describir su muerte antes de su muerte.

Viví esperando ese límite de vida que me acercaría al recuerdo. Tuve que tolerar infinitos momentos. Tuve que amar las mañanas como si fueran definitivas, tuve que amar algunas sombras de la plaza, en los ojos de Armindo, tuve que enfermarme de fiebre tifus y hacerme cortar el pelo. Conocí a Teresa, a Benigno; conocí el Manantial de los Amores, el Centinela en Tandil. En Monte, en la estación, tomé té con leche, con mi madre, después de visitar a una señora que era maestra de labores y de tejidos. Frente al Hotel del Jardín vi la agonía de un caballo que parecía de barro (las moscas y un hombre con un látigo lo vejaban). No llegué nunca a Buenos Aires: una fatalidad impidió ese proyectado viaje. No vi perfilarse el oscuro tren, en Constitución. Y no lo veré. Tendré que morir sin ver los jardines de Palermo, la plaza de Mayo iluminada y el teatro Colón con sus palcos y sus artistas desesperados cantando con una mano sobre el pecho.
Contra un fondo melancólico de árboles consentí que me fotografiaran con un hermoso peinado alto, con los guantes puestos y un sombrero de paja adornado con guindas rojas, tan estropeadas que parecían naturales.
Cumplí los últimos episodios de mi destino con lentitud. Confesaré que me equivoqué de modo extraño al prever mi fotografía: aunque la encontré parecida, no reconocí mi imagen. Me indigné contra esa mujer que, sin sobrellevar mis imperfecciones, había usurpado mis ojos, la postura de mis manos y el óvalo cuidadoso de mi cara.
Para los que recuerdan, el tiempo no es demasiado largo. Para los que

esperan es inexorable.
"En un pueblo todo se termina pronto. Ya no habrá casas ni personas nuevas que conocer", pensaba para consolarme. "Aquí llega más pronto la muerte. Si hubiera nacido en Buenos Aires, interminable hubiera sido mi vida, interminables mis penas."

Recuerdo la soledad de las tardes cuando me sentaba en la plaza. ¿Hería la luz mis ojos para que no fuera de tristeza que lloraba? "Tiene treinta años y todavía no se ha casado", decían algunas miradas. "¿Qué espera", decían otras, "sentada aquí en la plaza? ¿Por qué no trae sus labores? Nadie la quiere, ni sus hermanos. A los quince años mató a su padre. El diablo se apoderó de ella, quién sabe en qué forma."
Estas pobres y monótonas previsiones del futuro me deprimieron, pero yo sabía que en esa región enrarecida de mi vida, ahí donde no había amor, ni rostros, ni objetos nuevos, donde ya nada sucedía, empezaba el final de mi tormento y el principio de mi dicha. Trémula me acercaba al pasado.
Un frío de estatua se apoderó de mis manos. Un velo me separaba de las casas, me alejaba de las plantas y de las personas: sin embargo por primera vez las veía dibujadas con claridad, con todos sus detalles, minuciosamente.

Una tarde de enero, yo estaba sentada junto a la fuente de la plaza, en un banco. Recuerdo el calor sofocante del día y la frescura inusitada que trajo la puesta del sol. En alguna parte, seguramente había llovido. Tenía la cabeza reclinada en mi mano; tenía en la mano un pañuelo: actitud melancólica, que a veces inspira el calor, y que en aquel momento parecía inspirada por la tristeza. Alguien se sentó a mi lado. Me habló una voz suave de mujer. Éste fue nuestro diálogo:
-Perdone mi atrevimiento. Por falta de tiempo desdeño los preámbulos de la amistad. Yo no vivo en este pueblo; la casualidad me trae de vez en cuando. Aunque vuelva a sentarme en esta plaza, no es probable que nuestra entrevista se repita. Tal vez no vuelva a verla, ni en el balcón de una casa, ni en una tienda, ni en el andén de la estación, ni en la calle.
-Me llamo Irene -repuse-, Irene Andrade.
-¿Usted ha nacido aquí?
-Sí, he nacido y moriré en el pueblo.
-Nunca se me ocurrió la idea de morir en un lugar determinado, por triste o por encantador que fuera. Nunca pensé en mi muerte como cosa posible.
-Yo no he elegido este pueblo para morir en él. El destino designa lugares y fechas, sin consultarnos.
-El destino resuelve las cosas y no las participa. ¿Cómo sabe usted que va a morir en este pueblo? Usted es joven y no parece enferma. Uno piensa en

la muerte cuando uno está triste. ¿Por qué está triste?
-No estoy triste. No tengo miedo de morir y nunca me ha defraudado el destino. Éstas son mis últimas tardes, estas nubes rosadas serán las últimas, con sus formas de santos, de casas, de leones. Su cara será la última cara nueva; su voz, la última que oigo.
-¿Qué le ha sucedido?
-Nada me ha sucedido y felizmente pocas cosas han de sucederme. No tengo curiosidades. No quiero conocer su nombre, no quiero mirarla: las cosas nuevas me perturban, retardan mi muerte.
-¿Nunca ha sido feliz? ¿No son esperanzas ciertos recuerdos?
-No tengo recuerdos. Los ángeles me traerán todos mis recuerdos el día de mi muerte. Los querubines me traerán las formas de los rostros. Me traerán todos los peinados y las cintas, todas las posturas de los brazos, las formas de las manos del pasado. Los serafines me traerán el sabor, la sonoridad y la fragancia, las flores regaladas, los paisajes. Los arcángeles me traerán los diálogos y las despedidas, la luz, el silencio conciliador.
-¡Irene, me parece que la conozco desde hace mucho tiempo! He visto su rostro en alguna parte, tal vez en una fotografía, con un peinado alto, con cintas de terciopelo y un sombrero con guindas. ¿No existe una fotografía suya, con un fondo melancólico de árboles? ¿Su padre no vendía plantas hace tiempo? ¿Por qué quiere morirse? No baje los ojos. ¿No admite la belleza del mundo? Usted desea morir porque en las despedidas todo se vuelve más definitivo y hermoso.
-Para mí la muerte será una llegada y no una despedida.
-Llegar no es tan agradable. Hay personas que ni al cielo llegarían con alegría. Hay que habituarse a los rostros, a los lugares más deseados. Hay que acostumbrarse a las voces, a los sueños, a la dulzura del campo.
-A ningún lugar llegaría por primera vez. Yo reconozco todo. Hasta el cielo a veces me inspira temor. ¡El temor de sus imágenes, el temor de reconocerlo!
-Irene Andrade, yo quisiera escribir su vida.
-¡Ah! Si usted me ayudase a defraudar el destino no escribiendo mi vida, qué favor me haría. Pero la escribirá. Ya veo las páginas, la letra clara, y mi triste destino. Comenzará así:
Ni a las iluminaciones del veinticinco de mayo, en Buenos Aires, con bombitas de luz en las fuentes y en los escudos, ni a las liquidaciones de las grandes tiendas con serpentinas verdes, ni al día de mi cumpleaños, ansié llegar con tanto fervor como a este momento de dicha sobrenatural.
Desde mi infancia fui pálida como ahora...

La liebre dorada

En el seno de la tarde, el sol la iluminaba como un holocausto en las láminas de la historia sagrada. Todas las liebres no son iguales, Jacinto, y no era su pelaje, créeme, lo que la distinguía de las otras liebres, no eran sus ojos de tártaro ni la forma caprichosa de sus orejas; era algo que iba mucho más allá de lo que nosotros los hombres llamamos personalidad. Las innumerables transmigraciones que había sufrido su alma le enseñaron a volverse invisible o visible en los momentos señalados para la complicidad con Dios o con algunos ángeles atrevidos. Durante cinco minutos, a mediodía, siempre hacía un alto en el mismo lugar del campo; con las orejas erguidas escuchaba algo.
El ruido ensordecedor de una catarata que ahuyenta los pájaros y el chisporroteo del incendio de un bosque, que aterra las bestias más temerarias, no hubieran dilatado tanto sus ojos; el antojadizo rumor del mundo que recordaba, poblado de animales prehistóricos, de templos que parecían árboles resecos, de guerras cuyas metas los guerreros alcanzaban cuando las metas ya eran otras, la volvían más caprichosa y más sagaz. Un día se detuvo, como de costumbre, a la hora en que el sol cae a pique sobre los árboles, sin permitirles dar sombra, y oyó ladridos, no de un perro, sino de muchos, que corrían enloquecidos por el campo.
De un salto seco, la liebre cruzó el camino y comenzó a correr; los perros corrieron detrás de ella confusamente.
-¿Adónde vamos? -gritaba la liebre, con voz temblorosa, de relámpago.
-Al fin de tu vida -gritaban los perros con voces de perros.
Éste no es un cuento para niños, Jacinto; tal vez influida por Jorge Alberto Orellana, que tiene siete años y que siempre me reclama cuentos, cito las palabras de los perros y de la liebre, que lo seducen. Sabemos que una liebre puede ser cómplice de Dios y de los ángeles, si permanece muda, frente a interlocutores mudos.
Los perros no eran malos, pero habían jurado alcanzar la liebre sólo para matarla. La liebre penetró en un bosque, donde las hojas crujían estrepitosamente; cruzó una pradera, donde el pasto se doblaba con suavidad; cruzó un jardín, donde había cuatro estatuas de las estaciones, y un patio cubierto de flores, donde algunas personas, alrededor de una mesa, tomaban café. Las señoras dejaron las tazas, para ver la carrera desenfrenada que a su paso arrasaba con el mantel, con las naranjas, con los racimos de uvas, con las ciruelas, con las botellas de vino. El primer puesto lo ocupaba la liebre, ligera como una flecha; el segundo, el perro pila; el tercero, el danés negro; el cuarto, el atigrado grande; el quinto, el perro ovejero; el último, el lebrel. Cinco veces la jauría, corriendo detrás de la liebre, cruzó el patio y pisó las flores. En la segunda vuelta, la liebre ocupaba el segundo puesto, y el lebrel siempre el último. En la tercera vuelta, la liebre ocupaba el tercer puesto. La carrera siguió a través del patio; lo

cruzó dos veces más, hasta que la liebre ocupó el último puesto. Los perros corrían con la lengua afuera y con los ojos entrecerrados. En ese momento empezaron a describir círculos, que se agrandaban o se achicaban a medida que aceleraban o disminuían la marcha. El danés negro tuvo tiempo de levantar un alfajor o algo parecido, que conservó en su boca hasta el final de la carrera.
La liebre les gritaba:
-No corran tanto, no corran así. Estamos paseando.
Pero ninguno la oía, porque su voz era como la voz del viento.
Los perros corrieron tanto, que al fin cayeron exánimes, a punto de morir, con las lenguas afuera, como largos trapos rojos. La liebre, con su dulzura relampagueante, se acercó a ellos, llevando en el hocico trébol húmedo que puso sobre la frente de cada uno de los perros. Éstos volvieron en sí.
-¿Quién nos puso agua fría en la frente? -preguntó el perro más grande-, y ¿por qué no nos dio de beber?
-¿Quién nos acarició con los bigotes? -dijo el perro más pequeño-. Creí que eran las moscas.
-¿Quién nos lamió la oreja? -interrogó el perro más flaco, temblando.
-¿Quién nos salvó la vida? -exclamó la liebre, mirando a todos lados.
-Hay algo distinto -dijo el perro atigrado, mordiéndose minuciosamente una pata.
-Parece que fuéramos más numerosos.
-Será porque tenemos olor a liebre -dijo el perro pila rascándose la oreja-. No es la primera vez.
La liebre estaba sentada entre sus enemigos. Había asumido una postura de perro. En algún momento, ella misma dudó de si era perro o liebre.
-¿Quién será ese que nos mira? -preguntó el danés negro, moviendo una sola oreja.
-Ninguno de nosotros -dijo el perro pila, bostezando.
-Sea quien fuere, estoy demasiado cansado para mirarlo -suspiró el danés atigrado.
De pronto se oyeron voces que llamaban:
-Dragón, Sombra, Ayax, Lurón, Señor, Ayax.
Los perros salieron corriendo y la liebre quedó un momento inmóvil, sola, en el medio del campo. Movió el hocico tres o cuatro veces, como husmeando un objeto afrodisíaco. Dios o algo parecido a Dios la llamaba, y la liebre acaso revelando su inmortalidad, de un salto huyó.

La continuación

En los estantes del dormitorio encontrarás el libro de medicina, el pañuelo de seda y el dinero que me prestaste. No hables de mí con mi madre. No

hables de mí con Hernán, no olvides que tiene doce años y que mi actitud lo ha impresionado mucho. Te regalo el cortapapel que está sobre la mesa de luz, junto al cenicero; lo dejé envuelto en un papel de diario. No te gustaba porque no te gustaban las cosas que no eran tuyas. Preferías tu cortaplumas.

Me iré para siempre de este país. Mi conducta te habrá parecido extraña, aun absurda, y tal vez seguirá pareciéndote absurda después de esta explicación. No importa, nada me importa ahora. La fidelidad me ha dejado un hábito leve, cuyas últimas manifestaciones aparecen, por lo menos, en el deseo que tengo de explicarte en estas páginas muchas circunstancias difíciles de aclarar. Me siento como esos escolares holgazanes que no se esmeran demasiado en escribir una composición sumamente abstrusa y cuyas faltas no serán perdonadas. Nunca te interesaste mucho por mis tareas literarias como yo no me interesé por tus tareas profesionales. Sabes muy bien lo que pienso de tus colegas, por honestos y abnegados que sean. Me asqueaban sus reuniones, sus diálogos obscenos. Me acusas de ser exigente. Admití que tuvieras cierta superioridad sobre ellos, por ejemplo, la de ser más sensible; sin embargo, tú sabes que ésa no era ni siquiera la mínima virtud a la cual aspiraba mi exigencia; que yo te considerara superior a esa gente tampoco debía halagarte. Mi modo de pensar te distanciaba de mí, como tu distracción en lo que atañe a la literatura, me distanciaba de ti. Aun de flores, aun de música hablábamos con rencor. ¿Recuerdas las láminas del refectorio donde conocimos el nombre de las azaleas? ¿Recuerdas las Canciones Serias de Brahms?, ¿los Madrigales de Monteverdi? ¿Recuerdas todo lo que nos indujo a la discordia? Todo, hasta esa frase afectada que me dijiste un día en el Jardín Botánico: "No me gustan las flores. Ahora sé que nunca me gustaron". Las cosas de la vida que más me interesaban eran los problemas que no llegaba a desentrañar y que te parecían absurdos: cómo había que escribir, en qué estilo, qué temas había que buscar. Nunca llegaba, desde luego, a un resultado satisfactorio; veía, en cambio, tu satisfacción ante el deber cumplido, lo que te daba a veces cierta dignidad envidiable y efímera. Soportabas privaciones, molestias, pero eras más feliz que yo. Por lo menos tu alegría lo pregonaba cuando llegabas como un perro sediento a tomar agua. Yo vivía en la duda, en la insatisfacción. Salía de mi trabajo para esconderme en las páginas de un libro. Admiraba a los escritores más dispares, más antagónicos. Nada me parecía bastante elaborado, bastante fluido, bastante mágico; nada bastante ingenioso, ni bastante espontáneo; nada bastante riguroso, ni bastante libre.

Conté a unos amigos un argumento que se me había ocurrido y por el ademán que hicieron supe que no los conmovía ni les interesaba. En cuanto empezaba a contarlo, el calor o el frío no los dejaba respirar, algunos tenían

que atender un llamado telefónico, otros recordaban que habían perdido algo importante. Apenas me escuchaban, apenas fingían escucharme. Peor que tu indiferencia me resultaba la indiferencia profesional de ellos. Con ellos tampoco me entendía.
¿Cómo inventé ese argumento? ¿Por qué me cautivó tanto? No sabría decirlo. Varias veces traté de empezar a escribir. Al principio me detenía la imposibilidad de encontrar los nombres de los protagonistas. En el mes de enero, cuando Elena tuvo aquel desmayo y volvimos de la isla en la lancha, que providencialmente nos llevó hasta el club, empecé los primeros párrafos. Te someteré la lectura de algunos de ellos. Comencé a escribir con entusiasmo, tanto entusiasmo que al final de la semana, cuando podíamos pasar los días como nos placía al aire libre, en vez de nadar o de remar con ustedes, me escondía detrás de las hojas, en el silencio en que me sumían los problemas literarios a los que estaba abocada mi vida. Ustedes, tú y Elena, me miraban con reticencia, pensando que la locura no me acechaba, sino que yo la acechaba para mortificar al prójimo. Entre las volutas de humo de tus cigarrillos me mirabas con odio, mientras acariciabas a un perro porfiado que siempre te esperaba, que esperaba ser tuyo porque no tenía amo. En lugar de mirarte o de mirar a Elena yo prefería estudiar el paisaje. Varias veces me preguntaste si estaba dibujando, pues el movimiento de mi cabeza cuando yo escribía parecía el de un dibujante. Otras personas me lo habían dicho; me enfurecí porque me lo dijiste tú. Entre las volutas de humo de tus cigarrillos me mirabas con desdén, pero con desdén forzado. No comprendo qué era lo que nos unía. Nada que no fuera desagradable. Mi trabajo no te inspiraba ningún respeto: decías que había que trabajar por el bien de la humanidad y que todas mis obras eran patrañas o modos abyectos de "ganar dinero". Me sorprendía el tono de tu voz, tus vocablos ramplones. Usabas las palabras sin discernimiento y con mucha candidez. Yo te perdonaba porque sabía que era una afectuosa manera de enfurecerme. A veces pensaba que tenías razón. Muchas veces pienso que los demás tienen razón, aunque no la tengan.
Como recordarás, fue en el mes de enero cuando empecé a escribir mi relato. Una noche, visualmente la más hermosa que existió para mí, esperamos tu cumpleaños hasta las cinco de la mañana, tendidos en el pasto del recreo del Delta. Vimos amanecer. Cuando me hablaste de tus problemas, yo apenas te escuchaba. Mentalmente componía mis frases y a veces las esbozaba en la libreta que Elena me había regalado. Porque me las señalabas, no miraba las estrellas que se hundían en el agua cuando pasaban los botes, ni la primera luz del alba, ni las nubes que, según decías, dibujaban un murciélago gigantesco. Buscaba la soledad. No admitía que dirigieras mi atención; quería descubrirlo todo por mi cuenta. Me

fascinaba el abstracto placer de construir personajes, situaciones, lugares en mi mente, de acuerdo con los cánones efímeros que me había propuesto. Aquella escena, sin embargo, me sirvió de punto de partida para mi historia. Siempre me costó inventar paisajes y por ese motivo el que estaba viendo me sirvió de modelo. A esa misma hora, en un lugar parecido, Leonardo Moran comienza a escribir su despedida y refiere cómo concibió el proyecto de suicidarse. ¿Qué es lo que motiva su resolución? Nunca llegué a determinarlo, porque me parecía superfluo, fastidioso de escribir. Su mayor desventura es su estado de ánimo. Muchas cosas estorban a Moran, lo ligan a la vida. Para llegar a su fin tiene que lograr que los acontecimientos se barajen de modo que nada lo detenga, ningún afecto, ningún interés humano. Después de muchos papeles que se rompen, de objetos que se pierden, de afectos que se desechan, la vida se aligera. Las baldosas rojas del patio humedecidas por la lluvia ya no lo enternecen, y si lo enternecen será agradablemente. Los vidrios donde se refleja el cielo otoñal y las estatuas rotas ya no tienen el poder de conmoverlo, y si lo conmueven será para entretenerlo. Las personas son como cifras y se distinguen unas de otras pintorescamente. Las fastidiosas predilecciones no existen ya en su corazón.

Yo vivía dentro de mi personaje como un niño dentro de su madre: me alimentaba de él. Créeme, me importaba menos de mí que de él. Era más grave para mí lo que a él le sucedía que lo que a ti y a mí nos sucedía. Cuando caminaba por las calles pensaba encontrarme en cualquier esquina con Leonardo, no contigo. Su pelo, sus ojos, su modo de andar me enamoraban. Al besarte imaginé sus labios y olvidé los tuyos. Si sus manos se parecían a las tuyas era sólo por el tacto; la forma era más perfecta, el color distinto, el anillo que llevaba era el que me hubiera gustado regalarte. Mis sueños, en vez de poblarse de imágenes, se poblaban de frases, frases que olvidaba en la vigilia.

Leonardo Moran, después de perder su empleo, trata de destruir los últimos lazos sentimentales y pregunta a un retrato de Úrsula: ¿No tendré suficiente valentía para complicar nuestro destino, enmarañarlo de tal modo que mi actitud te obligue a despreciarme, a rechazarme, a alejarte de mí? El retrato contesta, su boca articula palabras que no me parecieron ridículas. El tono falsamente sublime de mis frases o la impresión de haber cometido un plagio, me indujo a abandonar el relato. Tal vez la vida me requería con más insistencia.

Cuando quería escribir, algo se interponía para impedírmelo. Úrsula y Leonardo se hundían en el olvido. La compra de un par de zapatos, el desorden de mis libros, mis amigos más lejanos, las cosas más nimias, me perturbaban. La vida volvía a cautivar mi atención con su trivialidad

mágica, con sus postergaciones, con sus afectos. Como si saliera de un sótano húmedo y oscuro volví al mundo. Yo quería explicarte que la luz me sorprendía: tanto me había alejado de ella. Yo quería explicarte que el espectáculo azul de un cielo con glicinas me dolía.
Tuve momentos de felicidad, de fidelidad; no sé si coincidieron con los tuyos. Pero la felicidad se volvió venenosa. Con usura, contaba lo que me dabas y lo que yo te daba, queriendo siempre ganar en el cambio. Mi amor adquirió los síntomas de una locura. ¿Me afligí con razón porque realmente me engañaste? Esas cosas se saben cuando es demasiado tarde, cuando uno deja de ser uno mismo. Te amaba como si me pertenecieras, sin recordar que nadie pertenece a nadie, que poseer algo, cualquier cosa, es un vano padecimiento. Te quería únicamente para mí, como Leonardo Moran quería a Úrsula. Aborrecí la sangre celosa y exclusiva que corría por mis venas. Maldije la cara hermética de mi abuelo paterno, en el daguerrotipo, porque me pareció culpable de todos mis pecados, de todos mis errores. Te aborrecí porque me amabas normalmente, naturalmente, sin inquietudes, porque te fijabas en otras personas. Te pedí una suma de dinero, que sabía que no podías conseguir, para que algo prosaico rompiera el lirismo de nuestros diálogos; de igual modo te hubiera clavado un puñal o te hubiera quemado los párpados con un hierro candente mientras dormías, pues tu inocencia se asemejaba un poco al sueño y mi acto al crimen. Como si alguien me hubiera hipnotizado, recuerdo que llegué a tu casa al final de una tarde de abril. Crucé el patio. Pensé que ninguno de mis actos dependía de mi voluntad. Por una de las puertas entreabiertas vi a tres hombres barbudos, frente a una mesa, escuchando la voz de un escribano que leía el texto de una escritura. La voz aflautada resonaba en los corredores. El escribano se parecía a Napoleón. Entré en tu cuarto. Acababas de vestirte. Te pedí el dinero, con una violencia que te sorprendió. Protesté por tu indiferencia. Te dije que alguna mezquindad quedaba en el fondo de tu alma falsamente generosa, si te ofendía tanto mi reproche. Al mover una silla rompiste involuntariamente el respaldo y reproché la violencia de tu actitud en el momento más difícil de mi vida. Conseguí que en mis ojos brillaran lágrimas. Te dije que eran mis primeras lágrimas. Te hablé de mi juventud. Deploré que me llevaras tantos años. Sonreíste levemente, con esa levedad que tanto me agradaba. Me vi en tu espejo. Hacía frío, el frío me envejecía. Con el trozo de madera en la mano, te sentiste culpable. Querías saber para qué quería el dinero. Apreté los labios para expresarte mi aislamiento. Volví a mirarme en tu espejo, para asegurar mi presencia. Cuando salí de tu cuarto las plantas húmedas del patio nos anunciaron que la persona que las había regado seguramente nos había oído. Me reí de tus ojos circunspectos. Los vecinos, la opinión de tus vecinos te preocupaba. Todo lo achacabas a los deberes de tu profesión. En

el largo corredor quisiste besarme y por primera vez rehuí tu abrazo.
Aquí citaré uno de los párrafos del relato que despertará tus recuerdos como una fotografía malograda, de esas que se pierden o que se rompen o que se conservan si son de una persona muerta. Junto al embarcadero, un sauce dejaba caer sus ramas sobre el agua en que flotaban botellas, pescados, frutas podridas. Úrsula me miraba con un rencor atónito. A través del humo de su cigarrillo sonreía con una ironía que yo, sin necesidad de mirarla, adivinaba, porque la conocía demasiado. Las casas de la costa opuesta tenían las persianas cerradas. Ursula me dijo que mirara las estrellas que se hundían en el agua cuando cruzaba una lancha. Hacía frío. Los grillos seguían con su canto el dibujo del agua. Qué fácil me parecía morir en ese instante; ser de mármol, de piedra, como la que sentía bajo mis pies desnudos. Qué fácil, mientras olvidaba los lazos que me unían a ciertas personas.
-Somos un compendio de contradicciones, de afectos, de amigos, de malentendidos -me decía Elena. Sin duda, pensando en mí agregaba:
-Somos monstruos. Cuando estoy contigo soy distinta, muy distinta de cuando estoy con Amalia o con Diego. Somos también lo que hacen de nosotras las personas. No queremos a las personas por lo que son, sino por lo que nos obligan a ser.
Frecuentemente, con la esperanza de parecer más cruel, repetía las mismas frases con variantes confusas. Yo empezaba a tener por ella el sentimiento más difícil de controlar: el odio mezclado a una leve compasión. La compadecía porque te quería del mismo modo que yo. Muy pronto me irritaron la indiferencia y la dulzura aparente con que respondía a tus lamentos, a tus mentiras. Ella acumulaba rencores, rencores que la rodeaban como los gatos horribles que adoraba. Era fácil llegar a ese estado, tolerando silenciosamente mi conducta. Nadie destruyó con más firmeza un afecto. Nadie fue tan dócil como Elena a un distanciamiento, ni siquiera tú. Creo que se vinculó realmente a ti cuando empezó a odiarme; así lo sospecho ahora. Hasta ese momento todo había sido un juego. Yo facilitaba los encuentros de ustedes. Los dejaba siempre solos, en el dramático final de nuestras disputas. Tenía que despojarme de todo lo que enriquecía mi vida, para llegar impunemente, naturalmente, al suicidio. Quedaban siempre muchas cosas y siempre me parecía muy valioso lo único, lo último que me quedaba. Algún cariño me ligaba a Elena: el amor como el odio no es siempre perfecto. Con ella fui más implacable que contigo. En su casa, en un diálogo furtivo, revelé a su familia sus más íntimos secretos. Me reí de sus rubores, humillándola. Despojada de esos secretos apenas existía. Con frialdad escuché sus insultos y no contesté a la carta que me envió pidiéndome explicaciones. Me cubrí de vergüenza. Provoqué palabras vulgares en los labios de mi padre, palabras que no me

perdono; de ellas deduje que prefería verme en la tumba, con un epitafio pérfido deplorando mi prematura muerte. Había perdido mi empleo, malogrado mis estudios, vendido algunos de sus mejores libros, por eso me maldijo. No te contaré las peripecias que tuve con las cuestiones de mi empleo. Ya te llegarán los rumores. Mucha gente dejó de saludarme. L. S. no quiso recibirme en su casa.
Durante tres días me encerré en mi cuarto. Nadie me vio, nadie intentó verme. Ya llegaba el momento de mi liberación. Impunemente podía quitarme la vida. Cuando Hernán entró en mi cuarto, por un instante pensé que todo el plan se derrumbaba. Dos veces, tímidamente, llamó a mi puerta. Me traía un cartucho de bombones. Frente a mi mesa, me perdí en la lectura casual de un libro y no levanté los ojos hasta que pronunció mi nombre, extendiendo la mano con los dedos manchados de tinta. Mirando las manos donde se concentraba siempre su vergüenza, le dije que no me molestara. Protestó y, al ver mi impavidez, retrocedió unos pasos; él estaba a punto de llorar; reí, reí diabólicamente, con la risa que a un niño puede parecerle diabólica. Me preguntó por qué me reía y le contesté que me reía de él, de sus manos. Tiró el cartucho al suelo; sus ojos parecieron encenderse, balbuceó una palabra que no entendí.
-¿Vas a llorar? -le pregunté-. Sería aún más gracioso.
Ya me odiaba para siempre. Con la cara muy pálida salió del cuarto. Cerró la puerta.
Salí de casa. El desprecio, no el odio, pesaba sobre mí, purificaba mi resolución. Cuando llegué a la calle, una gran tranquilidad me invadió. Me senté en el banco de una plaza. Saqué algunos papeles de mi bolsillo, los leí: Vi un mundo claro, nuevo, un mundo donde no tenía que perder nada, salvo el deseo del suicidio que ya me había abandonado. No volverás a verme. Encontrarás mi anillo en el fondo de este sobre y esa maldita medallita con un trébol que ya no tiene ningún significado para mí. Eras todo, lo que más amé en el mundo, Úrsula, y no sé qué otras personas, qué otras cosas podré amar ahora que el mundo ha llegado a ser para mí lo que nunca fue ni pensé que sería: algo infinitamente precioso. No sé si la frase final de mi relato, que por un capricho ya había escrito antes de terminar sus primeras páginas, corresponderá también a la parte final de mi vida: A veces morir es simplemente irse de un lugar, abandonar a todas las personas y las costumbres que uno quiere. Por ese motivo el exiliado que no desea morir sufre, pero el exiliado que busca la muerte, encuentra lo que antes no había conocido: la ausencia del dolor en un mundo ajeno.
Después de copiar algunos párrafos rompí las hojas. No sé si al romperlas, rompí un maleficio. Que tú no te llames Úrsula, que yo no me llame Leonardo Moran, aún hoy me parece increíble "porque el que ve ha de ser semejante a la cosa vista, antes de ponerse a contemplarla". Al abandonar

mi relato, hace algunos meses, no volví al mundo que había dejado, sino a otro, que era la continuación de mi argumento (un argumento, lleno de vacilaciones, que sigo corrigiendo dentro de mi vida). Si no he muerto, no me busques y si muero tampoco: nunca me gustó que miraras mi cara mientras dormía.

El mal

Una noche rodearon la cama contigua con biombos. Alguien explicó a Efrén que su vecino estaba agonizando. Ese vecino perverso no sólo le había robado la manzana que estaba sobre la mesa de luz, sino el derecho a gozar de la protección de esos biombos, en cuya otra faz había seguramente pintadas flores y figuras de querubes. Esta circunstancia oscureció la alegría de Efrén. Asimismo, con sábanas y frazadas para cubrirse, estaba en el paraíso. Veía de soslayo la luz rosada de los ventanales. De vez en cuando le daban de beber; tenía conciencia del alba, de la mañana, del día, de la tarde y de la noche, aunque las persianas estuvieran cerradas y que ningún reloj le anunciara la hora. Cuando estaba sano solía comer con tanta rapidez que todos los alimentos tenían el mismo sabor. Ahora, reconocía la diferencia que hay hasta en los gustos de una naranja y de una mandarina. Apreciaba cada ruido que oía en la calle o en el edificio, las voces y los gritos, el ruido de las cañerías, de los ascensores, de los automóviles, de los coches de caballos que pasaban. Cuando sentía necesidad de orinar tocaba el timbre; mágicamente aparecía una mujer, con blancura de estatua, trayendo un florero de vidrio que era una suerte de reliquia y esa misma mujer, con ojos etruscos y uñas de rubí, le ponía enemas o lo pinchaba con una aguja como si cosiera un género precioso. Una caja de música no era tan musical, el pecho de una santa o de un ángel tan buenos como la almohada donde recostaba la cabeza. Cosquilleos agradables le corrían por la nuca, bajaban por la columna vertebral a las rodillas. Pensaba: era la primera vez que podía pensar: "Qué precio tiene un cuerpo. Vivimos como si no valiera nada, imponiéndole sacrificios hasta que revienta. La enfermedad es una lección de anatomía". Soñaba: era la primera vez que podía soñar. Juegos de billar, una pipa, el diario leído minuciosamente, viajes breves, mujeres que le sonreían en un cinematógrafo, una corbata roja, lo deleitaban.
En sus delirios tenía presciencias del futuro; las visitas de los domingos, que se enteraron de su don, acudían al hospital para acercarse a su cama y oír las predicciones.
Advirtió que los biombos no rodeaban la cama del vecino, sino la suya, y quedó complacido.
Los pies ya no le dolían de tanto caminar, ni la cintura de tanto estar

agachado, ni el estómago de pasar tanta hambre. Divisaba el patio con palmeras y palomas, en cada ventanal. El tiempo no pasaba porque la felicidad es eterna.
Los médicos dijeron que iban a salvarlo. Retiraron los biombos con flores y querubes. A su juicio, los médicos eran bribones. Saben dónde se aloja la enfermedad y la manejan a su gusto. El organismo tal vez oye los diálogos que rodean la cama de un enfermo. Efrén tuvo pesadillas por culpa de esos diálogos.
Soñó que para ir al trabajo tomaba un colectivo y después de sentarse advertía que el colectivo no tenía ruedas, que bajaba del colectivo y tomaba otro que no tenía motor y así sucesivamente hasta que se hacía de noche.
Soñó que estaba en la peletería, cosiendo pieles; las pieles se movían, gruñían. Al cabo de un rato, en el cuarto donde trabajaba, varias fieras, con aliento inmundo, le mordían los tobillos y las manos. Al cabo de un rato, las fieras hablaban entre ellas. Él no entendía lo que decían porque hablaban en un extraño idioma. Comprendía finalmente que iban a devorarlo.
Soñó que tenía hambre. No había nada que comer; entonces sacaba del bolsillo un trozo de pan tan viejo que no podía morderlo con los dientes; lo remojaba en agua, pero continuaba igual; finalmente, cuando lo mordía, sus dientes quedaban dentro del único pan que había conseguido para alimentarse. El camino hacia la salud, hacia la vida, era ése.
El organismo de Efrén, que era fuerte y astuto, buscó un lugar en sus entrañas para esconder el mal. Ese mal era una fortuna: con subterfugios, encontró manera de conservarlo el mayor tiempo posible. De ese modo Efrén durante unos días, con el sentimiento de culpa que inspira siempre el engaño, volvió a ser feliz. La hermana de caridad le hablaba de sus hijos y de su mujer, inútilmente. Para él, ellos estaban dentro de la libreta del pan o de la carne. Tenían precio. Costaban cada día más.
Sudó, se agachó, sufrió, lloró, caminó leguas y leguas para conseguir la tranquilidad que ahora querían arrebatarle.

El vástago

Hasta en la manía de poner sobrenombres a las personas, Ángel Arturo se parece a Labuelo; fue él quien bautizó a este último y al gato, con el mismo nombre. Es una satisfacción pensar que Labuelo sufrió en carne propia lo que sufrieron otros por culpa de él. A mí me puso Tacho, a mi hermano Pingo y a mi cuñada Chica, para humillarla, pero Ángel Arturo lo marcó a él para siempre con el nombre de Labuelo. Este de algún modo proyectó sobre el vástago inocente, rasgos, muecas, personalidad: fue la última y la más perfecta de sus venganzas.
En la casa de la calle Tacuarí vivíamos mi hermano y yo, hasta que fuimos

mayores, en una sola habitación. La casa era enorme, pero no convenía que ocupáramos, según opinaba Labuelo, distintos dormitorios. Teníamos que estar incómodos, para ser hombres. Mi cama, detalle inexplicable, estaba arrimada al ropero. Asimismo nuestra habitación, se transformaba, los días de semana, en taller de costura de una gitana que reformaba, para nosotros, camisas deformes, y los domingos en depósito de empanadas y pastelitos (que la cocinera, por orden de Labuelo, no nos permitía probar) para regalos destinados a dos o tres señoras del vecindario.
Para mal de mis pecados, yo era zurdo. Cuando en la mano izquierda tomaba el lápiz para escribir, o empuñaba el cuchillo, a la hora de las comidas, para cortar carne, Labuelo me daba una bofetada y me mandaba a la cama sin comer. Llegué a perder dos dientes a fuerza de golpes y, por esa penitencia, a debilitarme tanto, que en verano, con abrigos de invierno, temblaba de frío. Para curarme, Labuelo me dejó pasar toda una noche bajo la lluvia, en camisón, descalzo sobre las baldosas. Si no he muerto, es porque Dios es grande o porque somos más fuertes de lo que creemos.
Sólo después del casamiento de Arturo (mi hermano), ocupamos, él y yo, diferentes habitaciones. Por una ironía de la suerte lograba con mi desdicha lo que tanto había esperado: un cuarto propio. Arturo ocupó una habitación, en los fondos más inhospitalarios de la casa, con su mujer (se me hiela la sangre cuando lo digo, como si no me hubiera habituado) y yo, otra, que daba, con sus balcones de estuco y de mármol, a la calle. Por razones misteriosas, no se podía entrar en un cuarto de baño que estaba junto a mi dormitorio; en consecuencia, yo tenía que atravesar, para ir al baño, dos patios. Por culpa de esas manías, para no helarme de frío en invierno o para no pasar junto a la habitación de mi hermano casado, orinando o jabonándome las orejas, las manos o los pies debajo del grifo, quemé dos plantas de jazmines que nadie regaba, salvo yo.
Pero volveré a recordar mi infancia, que si no fue alegre, fue menos sombría que mi pubertad. Durante mucho tiempo creyeron que Labuelo era portero de la casa. A los siete años yo mismo lo creía. En una entrada lujosa, con puerta cancel, donde brillaban vidrios azules como zafiros y rojos como rubíes, un hombre, sentado en una silla de Viena, leyendo siempre algún diario, en mangas de camisa y pantalón de fantasía raído, no podía ser sino el portero. Labuelo vivía sentado en aquel zaguán, para impedirnos salir o para fiscalizar el motivo de nuestras salidas. Lo peor de todo es que dormía con los ojos abiertos: aun roncando, sumido en el más profundo de los sueños, veía lo que hacíamos o lo que hacían las moscas, a su alrededor. Burlarlo era difícil, por no decir imposible. A veces nos escapábamos por el balcón. Un día mi hermano recogió un perro perdido, y para no afrontar responsabilidades, me lo regaló. Lo escondimos detrás del ropero. Sus ladridos pronto me delataron. Labuelo, de un balazo, le reventó

la cabeza, para probar su puntería y mi debilidad. No contento con este acto me obligó a pasar la lengua por el sitio donde el perro había dormido.
-Los perros en la perrera, en las jaulas o en el otro mundo -solía decir.
Sin embargo, en el campo, cuando salía a caballo, una jauría que manejaba a puntapiés o a rebencazos, iba a la zaga. Otro día, al saltar del balcón a la acera durante la siesta, me recalqué un tobillo. Labuelo me divisó desde su puesto. No dijo nada, pero a la hora de la cena, me hizo subir por la escalera de mano que comunicaba con la azotea, para acarrear ladrillos amontonados, hasta que me desmayé. ¿Para qué amontonaba ladrillos?
La riqueza de nuestra familia no se advertía sino en detalles incongruentes: en bóvedas, con columnas de mármol y estatuas, en bodegas bien surtidas, en legados que iban pasando de generación en generación, en álbumes de cuero repujado,., con retratos célebres de familia; en un sinfín de sirvientes, todos jubilados, que traían, de cuando en cuando, huevos frescos, naranjas, pollos o junquillos, de regalo, y en el campo de Azul, cuyos potreros adornaban, en fotografías, las paredes del último patio, donde había siempre jaulas con gallinas, canarios, que nosotros teníamos que cuidar y mesas de hierro con plantas de hojas amarillas, que siempre estaban a punto de morir, como diciendo, mírame y no me toques.
Cuando quise estudiar francés, Labuelo me quemó los libros, porque para él todo libro francés era indecente.
A mi hermano y a mí no nos gustaban los trabajos de campo. A los quince años tuvimos que abandonar la ciudad para enterrarnos en aquella estancia de Azul. Labuelo nos hizo trabajar a la par de los peones, cosa que hubiera resultado divertida si no fuera que se ensañaba en castigarnos porque éramos ignorantes o torpes para cumplir los trabajos.
Nunca tuvimos un traje nuevo: si lo teníamos era de las liquidaciones de las peores tiendas: nos quedaba ajustado o demasiado grande y era de ese color café con leche que nos deprimía tanto; había que usar los zapatos viejos de Labuelo, que eran ya para la basura, con la punta rellena de papel. Tomar café no nos permitían. ¿Fumar? Podíamos hacerlo en el cuarto de baño, encerrados con llave, hasta que Labuelo nos sacó la llave. ¿Mujeres? Conseguíamos siempre las peores y, en el mejor de los casos, podíamos estar con ellas cinco minutos. Bailes, teatros, diversiones, amigos, todo estaba vedado. Nadie podrá creerlo: jamás fui a un corso de carnaval ni tuve una careta en las manos. Vivíamos, en Buenos Aires, como en un claustro, baldeando patios, fregando pisos dos veces por día; en la estancia, como en un desierto, sin agua para bañarnos y sin luz para estudiar, comiendo carne de oveja, galleta y nada más.
-Si tiene tantos dientes sin caries es de no comer dulces -opinaba la gitana que no tenía ninguno.
Labuelo no quería que nos casáramos y de haberlo permitido nuestra

vestimenta hubiera sido un serio impedimento para ello. Enfermó de ira por no poder adivinar nuestros secretos de muchachos. ¿Quién no tiene novia en aquella edad? Labuelo se escondió debajo de mi cama para oírnos hablar a mi hermano y a mí, una noche. Hablábamos de Leticia. ¿La sordera o la maldad le hizo pensar que ella era la amante de mi hermano? Nunca lo sabré. Al moverse, para no ser visto, se le enganchó parte de la barba a una bisagra del armario donde tenía apoyada la cabeza, y dio un gruñido que en aquel momento de intimidad nos dejó aterrados. Al ver que estaba a cuatro patas, como un animal cualquiera, no le perdí el miedo, pero sí el respeto, para siempre.

Amenazado por el juez y por los padres de Leticia que había quedado embarazada, en una de nuestras más inolvidables excursiones a Palermo, en bañadera, mi hermano tuvo que casarse. Nadie quiso escuchar razones. Por un extraño azar, Leticia no confesó que yo era el padre del hijo que iba a nacer. Quedé soltero. Sufrí ese atropello como una de las tantas fatalidades de mi vida. ¿Llegó a parecerme natural que Leticia durmiera con mi hermano? De ningún modo natural, pero sí obligatorio e inevitable.

En los primeros tiempos de mi desventura, le dejaba cartas encendidas debajo del felpudo de la puerta o esperaba que saliera de su cuarto para dirigirle dos o tres palabras, pero el terror de ser descubierto y Ángel Arturo que nos espiaba, paralizaron mis ímpetus.

Cuando Ángel Arturo nació, oh vanas ilusiones, creíamos que todo iba a cambiar. Como carecía de barbas y anteojos, no advertíamos que era el retrato de Labuelo. En la cuna celeste, el llanto de la criatura ablandó un poquito nuestros corazones. Fue una ilusión convencional. Mimábamos, sin embargo, al niño, lo acariciábamos. Cuando cumplió tres años, era ya un hombrecito. Lo fotografiaron en los brazos de Labuelo.

En la casa todo era para Ángel Arturo. Labuelo no le negaba nada, ni el teléfono que no nos permitía utilizar más de cinco minutos, a las ocho de la mañana, ni el cuarto de baño clausurado, ni la luz eléctrica de los veladores, que no nos permitía encender después de las doce de la noche. Si pedía mi reloj o mi lapicera fuente para jugar, Labuelo me obligaba a dárselos. Perdí, de ese modo, reloj y lapicera. ¡Quién me regalará otros!

El revólver, descargado, con mango de marfil, que Labuelo guardaba en el cajón del escritorio, también sirvió de juguete para Ángel Arturo. La fascinación que el revólver ejerció sobre él, le hizo olvidar todos los otros objetos. Fue una dicha en aquellos días oscuros.

Cuando descubrimos por primera vez a Ángel Arturo jugando con el revólver, los tres, mi hermano, Leticia y yo, nos miramos pensando seguramente en lo mismo. Sonreímos. Ninguna sonrisa fue tan compartida ni elocuente.

Al día siguiente uno de nosotros compró en la juguetería un revólver de

juguete (no gastábamos en juguetes, pero en ese revólver gastamos una fortuna): así fuimos familiarizando a Ángel Arturo con el arma, haciéndolo apuntar contra nosotros.
Cuando Ángel Arturo atacó a Labuelo con el revólver verdadero, de un modo magistral (tan inusitado para su edad) este último rió como si le hicieran cosquillas. Desgraciadamente, por grande que fuera la habilidad del niño en apuntar y oprimir el gatillo, el revólver estaba descargado.
Corríamos el riesgo de morir todos, pero ¿qué era ese nimio peligro comparado con nuestra actual miseria? Pasamos un momento feliz, de unión entre nosotros. Teníamos que cargar el revólver: Leticia prometió hacerlo antes de la hora en que nieto y abuelo jugaban a los bandidos o a la cacería. Leticia cumplió su palabra.
En el cuarto frío (era el mes de julio), tiritando, sin mirarnos, esperamos la detonación, mientras fregábamos el piso, porque se había inundado, junto con Buenos Aires, el aljibe del patio. Tardó aquello más que toda nuestra vida. ¡Pero aun lo que más tarda llega! Oímos la detonación. Fue un momento feliz para mí, al menos.

Ahora, Ángel Arturo tomó posesión de esta casa y nuestra venganza tal vez no sea sino venganza de Labuelo. Nunca pude vivir con Leticia como marido y mujer. Ángel Arturo con su enorme cabeza pegada a la puerta cancel, asistió, victorioso, a nuestras desventuras y al fin de nuestro amor. Por eso y desde entonces lo llamamos Labuelo.

La casa de azúcar

Las supersticiones no dejaban vivir a Cristina. Una moneda con la efigie borrada, una mancha de tinta, la luna vista a través de dos vidrios, las iniciales de su nombre grabadas por azar sobre el tronco de un cedro la enloquecían de temor. Cuando nos conocimos llevaba puesto un vestido verde, que siguió usando hasta que se rompió, pues me dijo que le traía suerte y que en cuanto se ponía otro, azul, que le sentaba mejor, no nos veíamos. Traté de combatir estas manías absurdas. Le hice notar que tenía un espejo roto en su cuarto y que por más que yo le insistiera en la conveniencia de tirar los espejos rotos al agua, en una noche de luna, para quitarse la mala suerte, lo guardaba; que jamás temió que la luz de la casa bruscamente se apagara, y a pesar de que fuera un anuncio seguro de muerte, encendía con tranquilidad cualquier número de velas; que siempre dejaba sobre la cama el sombrero, error en que nadie incurría. Sus temores eran personales. Se infligía verdaderas privaciones; por ejemplo: no podía comprar frutillas en el mes de diciembre, ni oír determinadas músicas, ni adornar la casa con peces rojos, que tanto le gustaban. Había ciertas calles

que no podíamos cruzar, ciertas personas, ciertos cinematógrafos que no podíamos frecuentar. Al principio de nuestra relación, estas supersticiones me parecieron encantadoras, pero después empezaron a fastidiarme y a preocuparme seriamente. Cuando nos comprometimos tuvimos que buscar un departamento nuevo, pues según sus creencias, el destino de los ocupantes anteriores influiría sobre su vida (en ningún momento mencionaba la mía, como si el peligro la amenazara sólo a ella y nuestras vidas no estuvieran unidas por el amor). Recorrimos todos los barrios de la ciudad; llegamos a los suburbios más alejados, en busca de un departamento que nadie hubiera habitado: todos estaban alquilados o vendidos. Por fin encontré una casita en la calle Montes de Oca, que parecía de azúcar. Su blancura brillaba con extraordinaria luminosidad. Tenía teléfono y, en el frente, un diminuto jardín. Pensé que esa casa era recién construida, pero me enteré de que en 1930 la había ocupado una familia, y que después, para alquilarla, el propietario le había hecho algunos arreglos. Tuve que hacer creer a Cristina que nadie había vivido en la casa y que era el lugar ideal: la casa de nuestros sueños. Cuando Cristina la vio, exclamó:
-¡Qué diferente de los departamentos que hemos visto! Aquí se respira olor a limpio. Nadie podrá influir en nuestras vidas y ensuciarlas con pensamientos que envician el aire.
En pocos días nos casamos y nos instalamos allí. Mis suegros nos regalaron los muebles del dormitorio, y mis padres los del comedor. El resto de la casa lo amueblaríamos de a poco. Yo temía que, por los vecinos, Cristina se enterara de mi mentira, pero felizmente hacía sus compras fuera del barrio y jamás conversaba con ellos. Éramos felices, tan felices que a veces me daba miedo. Parecía que la tranquilidad nunca se rompería en aquella casa de azúcar, hasta que un llamado telefónico destruyó mi ilusión. Felizmente Cristina no atendió aquella vez al teléfono, pero quizá lo atendiera en una oportunidad análoga. La persona que llamaba preguntó por la señora Violeta: indudablemente se trataba de la inquilina anterior. Si Cristina se enteraba de que yo la había engañado, nuestra felicidad seguramente concluiría: no me hablaría más, pediría nuestro divorcio, y en el mejor de los casos tendríamos que dejar la casa para irnos a vivir, tal vez, a Villa Urquiza, tal vez a Quilmes, de pensionistas en alguna de las casas donde nos prometieron darnos un lugarcito para construir ¿con qué? (con basura, pues con mejores materiales no me alcanzaría el dinero) un cuarto y una cocina. Durante la noche yo tenía cuidado de descolgar el tubo, para que ningún llamado inoportuno nos despertara. Coloqué un buzón en la puerta de calle; fui el depositario de la llave, el distribuidor de cartas.
Una mañana temprano golpearon a la puerta y alguien dejó un paquete. Desde mi cuarto oí que mi mujer protestaba, luego oí el ruido del papel estrujado. Bajé la escalera y encontré a Cristina con un vestido de

terciopelo entre los brazos.
-Acaban de traerme este vestido -me dijo con entusiasmo.
Subió corriendo las escaleras y se puso el vestido, que era muy escotado.
-¿Cuándo te lo mandaste hacer?
-Hace tiempo. ¿Me queda bien? Lo usaré cuando tengamos que ir al teatro, ¿no te parece?
-¿Con qué dinero lo pagaste?
-Mamá me regaló unos pesos.
Me pareció raro, pero no le dije nada, para no ofenderla.
Nos queríamos con locura. Pero mi inquietud comenzó a molestarme, hasta para abrazar a Cristina por la noche. Advertí que su carácter había cambiado: de alegre se convirtió en triste, de comunicativa en reservada, de tranquila en nerviosa. No tenía apetito.
Ya no preparaba esos ricos postres, un poco pesados, a base de cremas batidas y de chocolate, que me agradaban, ni adornaba periódicamente la casa con volantes de nylon, en las tapas de la letrina, en las repisas del comedor, en los armarios, en todas partes, como era su costumbre. Ya no me esperaba con vainillas a la hora del té, ni tenía ganas de ir al teatro o al cinematógrafo de noche, ni siquiera cuando nos mandaban entradas de regalo. Una tarde entró un perro en el jardín y se acostó frente a la puerta de calle, aullando. Cristina le dio carne y le dio de beber y, después de un baño, que le cambió el color del pelo, declaró que le daría hospitalidad y que lo bautizaría con el nombre Amor, porque llegaba a nuestra casa en un momento de verdadero amor. El perro tenía el paladar negro, lo que indica pureza de raza.
Otra tarde llegué de improviso a casa. Me detuve en la entrada porque vi una bicicleta apostada en el jardín. Entré silenciosamente y me escurrí detrás de una puerta y oí la voz de Cristina.
-¿Qué quiere? -repitió dos veces.
-Vengo a buscar a mi perro -decía la voz de una muchacha-. Pasó tantas veces frente a esta casa que se ha encariñado con ella. Esta casa parece de azúcar. Desde que la pintaron, llama la atención de todos los transeúntes. Pero a mí me gustaba más antes, con ese color rosado y romántico de las casas viejas. Esta casa era muy misteriosa para mí. Todo me gustaba en ella: la fuente donde venían a beber los pajaritos; las enredaderas con flores, como cornetas amarillas; el naranjo. Desde que tengo ocho años esperaba conocerla a usted, desde aquel día en que hablamos por teléfono, ¿recuerda? Prometió que iba a regalarme un barrilete.
-Los barriletes son juegos de varones.
-Los juguetes no tienen sexo. Los barriletes me gustaban porque eran como enormes pájaros: me hacía la ilusión de volar sobre sus alas. Para usted fue un juego prometerme ese barrilete; yo no dormí en toda la noche. Nos

encontramos en la panadería, usted estaba de espaldas y no vi su cara. Desde ese día no pensé en otra cosa que en usted, en cómo sería su cara, su alma, sus ademanes de mentirosa. Nunca me regaló aquel barrilete. Los árboles me hablaban de sus mentiras. Luego fuimos a vivir a Morón, con mis padres. Ahora, desde hace una semana estoy de nuevo aquí.

-Hace tres meses que vivo en esta casa, y antes jamás frecuenté estos barrios. Usted estará confundida.

-Yo la había imaginado tal como es. ¡La imaginé tantas veces! Para colmo de la casualidad, mi marido estuvo de novio con usted.

-No estuve de novia sino con mi marido. ¿Cómo se llama este perro?

-Bruto.

-Lléveselo, por favor, antes que me encariñe con él.

-Violeta, escúcheme. Si llevo el perro a mi casa, se moriría. No lo puedo cuidar. Vivimos en un departamento muy chico. Mi marido y yo trabajamos y no hay nadie que lo saque a pasear.

-No me llamo Violeta. ¿Qué edad tiene?

-¿Bruto? Dos años. ¿Quiere quedarse con él? Yo vendría a visitarlo de vez en cuando, porque lo quiero mucho.

-A mi marido no le gustaría recibir desconocidos en su casa, ni que aceptara un perro de regalo.

-No se lo diga, entonces. La esperaré todos los lunes a las siete de la tarde en la Plaza Colombia. ¿Sabe dónde es? Frente a la iglesia Santa Felicitas, o si no la esperaré donde usted quiera y a la hora que prefiera; por ejemplo, en el puente de Constitución o en el Parque Lezama. Me contentaré con ver los ojos de Bruto. ¿Me hará el favor de quedarse con él?

-Bueno. Me quedaré con él.

-Gracias, Violeta.

-No me llamo Violeta.

-¿Cambió de nombre? Para nosotros usted es Violeta. Siempre la misma misteriosa Violeta.

Oí el ruido seco de la puerta y el taconeo de Cristina, subiendo la escalera. Tardé un rato en salir de mi escondite y en fingir que acababa de llegar. A pesar de haber comprobado la inocencia del diálogo, no sé por qué, una sorda desconfianza comenzó a devorarme. Me pareció que había presenciado una representación de teatro y que la realidad era otra. No confesé a Cristina que había sorprendido la visita de esa muchacha. Esperé los acontecimientos, temiendo siempre que Cristina descubriera mi mentira, lamentando que estuviéramos instalados en ese barrio. Yo pasaba todas las tardes por la plaza que queda frente a la iglesia de Santa Felicitas, para comprobar si Cristina había acudido a la cita. Cristina parecía no advertir mi inquietud. A veces llegué a creer que yo había soñado. Abrazando el perro, un día Cristina me preguntó:

-Te gustaría que me llamara Violeta?
-No me gusta el nombre de las flores.
-Pero Violeta es lindo. Es un color.
-Prefiero tu nombre.
Un sábado, al atardecer, la encontré en el puente de Constitución, asomada sobre el parapeto de fierro. Me acerqué y no se inmutó.
-¿Qué haces aquí?
-Estoy curioseando. Me gusta ver las vías desde arriba.
-Es un lugar muy lúgubre y no me gusta que andes sola.
-No me parece tan lúgubre. ¿Y por qué no puedo andar sola?
-¿Te gusta el humo negro de las locomotoras?
-Me gustan los medios de transporte. Soñar con viajes. Irme sin irme. "Ir y quedar y con quedar partirse."
Volvimos a casa. Enloquecido de celos (¿celos de qué? De todo), durante el trayecto apenas le hablé.
-Podríamos tal vez comprar alguna casita en San Isidro o en Olivos, es tan desagradable este barrio -le dije, fingiendo que me era posible adquirir una casa en esos lugares.
-No creas. Tenemos muy cerca de aquí el Parque Lezama.
-Es una desolación. Las estatuas están rotas, las fuentes sin agua, los árboles apestados. Mendigos, viejos y lisiados van con bolsas, para tirar o recoger basuras.
-No me fijo en esas cosas.
-Antes no querías sentarte en un banco donde alguien había comido mandarinas o pan.
-He cambiado mucho.
-Por mucho que hayas cambiado, no puede gustarte un parque como ése. Ya sé que tiene un museo con leones de mármol que cuidan la entrada y que jugabas allí en tu infancia, pero eso no quiere decir nada.
-No te comprendo -me respondió Cristina. Y sentí que me despreciaba, con un desprecio que podía conducirla al odio.
Durante días, que me parecieron años, la vigilé, tratando de disimular mi ansiedad. Todas las tardes pasaba por la plaza frente a la iglesia y los sábados por el horrible puente negro de Constitución. Un día me aventuré a decir a Cristina:
-Si descubriéramos que esta casa fue habitada por otras personas ¿qué harías, Cristina? ¿Te irías de aquí?
-Si una persona hubiera vivido en esta casa, esa persona tendría que ser como esas figuritas de azúcar que hay en los postres o en las tortas de cumpleaños: una persona dulce como el azúcar. Esta casa me inspira confianza ¿será el jardincito de la entrada que me infunde tranquilidad? ¡No sé! No me iría de aquí por todo el oro del mundo. Además no tendríamos

adónde ir. Tú mismo me lo dijiste hace un tiempo.
No insistí, porque iba a pura pérdida. Para conformarme pensé que el tiempo compondría las cosas.
Una mañana sonó el timbre de la puerta de calle. Yo estaba afeitándome y oí la voz de Cristina. Cuando concluí de afeitarme, mi mujer ya estaba hablando con la intrusa. Por la abertura de la puerta las espié. La intrusa tenía una voz tan grave y los pies tan grandes que eché a reír.
-Si usted vuelve a ver a Daniel, lo pagará muy caro, Violeta.
-No sé quién es Daniel y no me llamo Violeta -respondió mi mujer.
-Usted está mintiendo.
-No miento. No tengo nada que ver con Daniel. -Yo quiero que usted sepa las cosas como son.
-No quiero escucharla.
Cristina se tapó las orejas con las manos. Entré en el cuarto y dije a la intrusa que se fuera. De cerca le miré los pies, las manos y el cuello. Entonces advertí que era un hombre disfrazado de mujer. No me dio tiempo de pensar en lo que debía hacer; como un relámpago desapareció dejando la puerta entreabierta tras de sí.
No comentamos el episodio con Cristina; jamás comprenderé por qué; era como si nuestros labios hubieran estado sellados para todo lo que no fuese besos nerviosos, insatisfechos o palabras inútiles.
En aquellos días, tan tristes para mí, a Cristina le dio por cantar. Su voz era agradable, pero me exasperaba, porque formaba parte de ese mundo secreto, que la alejaba de mí. ¡Por qué, si nunca había cantado, ahora cantaba noche y día mientras se vestía o se bañaba o cocinaba o cerraba las persianas!
Un día en que oí a Cristina exclamar con un aire enigmático:
-Sospecho que estoy heredando la vida de alguien, las dichas y las penas, las equivocaciones y los ciertos. Estoy embrujada -fingí no oír esa frase atormentadora. Sin embargo, no sé por qué empecé a averiguar en el barrio quién era Violeta, dónde estaba, todos los detalles de su vida.
A media cuadra de nuestra casa había una tienda donde vendían tarjetas postales, papel, cuadernos, lápices, gomas de borrar y juguetes. Para mis averiguaciones, la vendedora de esa tienda me pareció la persona más indicada: era charlatana y curiosa, sensible a las lisonjas. Con el pretexto de comprar un cuaderno y lápices, fui una tarde a conversar con ella. Le alabé los ojos, las manos, el pelo. No me atreví a pronunciar la palabra Violeta. Le expliqué que éramos vecinos. Le pregunté finalmente quién había vivido en nuestra casa. Tímidamente le dije:
-¿No vivía una tal Violeta?
Me contestó cosas muy vagas, que me inquietaron más. Al día siguiente traté de averiguar en el almacén algunos otros detalles. Me dijeron que

Violeta estaba en un sanatorio frenopático y me dieron la dirección.
-Canto con una voz que no es mía -me dijo Cristina, renovando su aire misterioso-. Antes me hubiera afligido, pero ahora me deleita. Soy otra persona, tal vez más feliz que yo.
Fingí de nuevo no haberla oído. Yo estaba leyendo el diario.
De tanto averiguar detalles de la vida de Violeta, confieso que desatendía a Cristina.
Fui al sanatorio frenopático, que quedaba en Flores. Ahí pregunté por Violeta y me dieron la dirección de Arsenia López, su profesora de canto.
Tuve que tomar el tren en Retiro, para que me llevara a Olivos.

Durante el trayecto una tierrita me entró en un ojo, de modo que en el momento de llegar a la casa de Arsenia López, se me caían las lágrimas como si estuviese llorando. Desde la puerta de calle oí voces de mujeres, que hacían gárgaras con las escalas, acompañadas de un piano, que parecía más bien un organillo.
Alta, delgada, aterradora apareció en el fondo de un corredor Arsenia López, con un lápiz en la mano. Le dije tímidamente que venía a buscar noticias de Violeta.
-¿Usted es el marido?
-No, soy un pariente -le respondí secándome los ojos con un pañuelo.
-Usted será uno de sus innumerables admiradores -me dijo entornando los ojos y tomándome la mano-. Vendrá para saber lo que todos quieren saber, ¿cómo fueron los últimos días de Violeta? Siéntese. No hay que imaginar que una persona muerta, forzosamente haya sido pura fiel, buena.
-Quiere consolarme -le dije.
Ella, oprimiendo mi mano con su mano húmeda, contestó:
-Sí. Quiero consolarlo. Violeta era no sólo mi discípula, sino mi íntima amiga. Si se disgustó conmigo, fue tal vez porque me hizo demasiadas confidencias y porque ya no podía engañarme. Los últimos días que la vi, se lamentó amargamente de su suerte. Murió de envidia. Repetía sin cesar: "Alguien me ha robado la vida, pero lo pagará muy caro. No tendré mi vestido de terciopelo, ella lo tendrá; Bruto será de ella; los hombres no se disfrazarán de mujer para entrar en mi casa sino en la de ella; perderé la voz que transmitiré a esa otra garganta indigna; no nos abrazaremos con Daniel en el puente de Constitución, ilusionados con un amor imposible, inclinados como antaño, sobre la baranda de hierro, viendo los trenes alejarse".
Arsenia López me miró en los ojos y me dijo:
-No se aflija. Encontrará muchas mujeres más leales. Ya sabemos que era hermosa ¿pero acaso la hermosura es lo único bueno que hay en el mundo?
Mudo, horrorizado, me alejé de aquella casa, sin revelar mi nombre a

Arsenia López que, al despedirse de mí, intentó abrazarme, para demostrar su simpatía.
Desde ese día Cristina se transformó, para mí, al menos, en Violeta. Traté de seguirla a todas horas, para descubrirla en los brazos de sus amantes. Me alejé tanto de ella que la vi como a una extraña. Una noche de invierno huyó. La busqué hasta el alba.
Ya no sé quién fue víctima de quién, en esa casa de azúcar que ahora está deshabitada.

La casa de los relojes

ESTIMADA SEÑORITA:
Ya que me he distinguido en sus clases con mis composiciones, cumplo con mi promesa: me ejercitaré escribiéndole cartas. ¿Me pregunta qué hice en los últimos días de mis vacaciones?
Le escribo mientras ronca Joaquina. Es la hora de la siesta y usted sabe que a esa hora y a la noche, Joaquina, porque tiene carne crecida en la nariz, ronca más que de costumbre. Es una lástima porque no deja dormir a nadie. Le escribo en el cuadernito de deberes porque el papel de carta que conseguí del Pituco no tiene líneas y la letra se me va para todos lados. Sabrá que la perrita Julia duerme ahora debajo de mi cama, llora cuando entra luz de luna por la ventana, pero a mí no me importa porque ni el ronquido de Joaquina me despierta.
Fuimos a pasear a la laguna La Salada. Es muy lindo bañarse. Y me hundí hasta las rodillas en el barro. Junté hierbas para el herbario y también, en los árboles que quedaban bastante apartados del lugar, huevos para mi colección, de torcaza, de hurraca y de perdiz. Las perdices no ponen huevos en los árboles sino en el suelo, pobrecitas. Me divertí mucho en la laguna Salada, hicimos fortalezas de barro; pero más me divertí anoche en la fiesta que dio Ana María Sausa, para el bautismo de Rusito. Todo el patio estaba decorado con linternas de papel y serpentinas. Pusieron cuatro mesas, que improvisaron con tablas y caballetes, con comidas y bebidas de toda clase, que era de chuparse los dedos. No hicieron chocolate por la huelga de leche y porque mi padre se vuelve loco al verlo y le hace mal al hígado.
Estanislao Romagán abandonó aquel día la tropilla de relojes que tiene a su cargo para ver cómo preparaban la fiesta y para ayudar un poquito (él, que ni en domingos ni en días de fiesta deja de trabajar). Yo lo quería mucho a Estanislao Romagán. ¿Usted recuerda aquel relojero jorobado que le compuso a usted el reloj? ¿Aquel que en los altos de esta casa vivía en esa casilla que yo llamaba La Casa de los Relojes, que él mismo construyó y que parece de perro? ¿Aquel que se especializaba en despertadores? ¡Quién sabe si no lo ha olvidado! ¡Me cuesta creerlo! Relojes y jorobas no se

olvidan así no más. Pues ése es Estanislao Romagán. En láminas me mostraba un reloj de sol que disparaba un cañón automáticamente al mediodía, otro que no era de sol cuya parte exterior representaba una fuente, otro, el reloj de Estrasburgo, con escalera, con carros y caballos, figuras de mujeres con túnicas, y hombrecitos raros. Usted no me creerá, pero era tan agradable oír las campanillas diferentes de todos los despertadores en cualquier momento y los relojes que daban las horas mil veces al día. Mi padre no pensaba lo mismo. Para la fiesta, Estanislao desenterró un traje que tenía guardado en un pequeño baúl, entre dos ponchos, una frazada y tres pares de zapatos que no eran de él. El traje estaba arrugado, pero Estanislao, después de lavarse la cara y de peinarse el pelo, que tiene muy lustroso, negro y que le llega casi hasta las cejas, como un gorro catalán, quedó bastante elegante.
-Sentado, con la nuca apoyada sobre un almohadón, se le vería bien. Tiene buena presencia, mejor que la de muchos invitados -comentó mi madre.
-Dejáme tocarte la espaldita -le decía Joaquina, corriéndolo por la casa.
Él permitía que le tocaran la espalda, porque era buenito.
-¿Y a mí quién me trae suerte? -decía.
-Sos un suertudo -le contestaba Joaquina-, tenés la suerte encima.
Pero a mí me parece que era una injusticia decirle eso. ¿A usted no, señorita?
La fiesta fue divina. Y el que diga que no, es un mentiroso. Pirucha bailó el Rock and Roll y Rosita bailes españoles, que aunque es rubia lo hace con gracia.
Comimos sándwiches de tres pisos pero un poquito secos, merengues rosados, con gusto a perfume, de esos chiquititos, y torta y alfajores. Las bebidas eran riquísimas. Pituco las mezclaba, las batía, las servía como un verdadero mozo de restaurante. A mí me daba todo el mundo un poquito de acá, un poquito de allá y así llegué a juntar y a beber el contenido de tres copas, por lo menos. Iriberto me preguntó:
-Che, pibe, ¿qué edad tenés?
-Nueve años.
-Bebiste algo?
-No. Ni un trago -le contesté, porque me dio vergüenza.
-Entonces tomá esta copa.
Y me hizo beber un licor que me quemó la garganta hasta la campanilla. Se rió y me dijo:
-Así serás un hombre.
Esas cosas no se hacen con un chico, ¿no le parece, señorita?

La gente estaba muy alegre. Mi madre que habla poco charlaba como una señora cualquiera y Joaquina, que es tímida, bailó sola cantando una

canción mejicana que no sabía de memoria. Yo, que soy tan huraño, conversé hasta con el viejito malo que siempre me manda al diablo. Era tarde ya cuando bajó de su casilla por fin vestido y peinado Estanislao Romagán que se disculpó de llevar un traje arrugado. Lo aplaudieron y le dieron de beber. Le hicieron mil atenciones: le ofrecieron los mejores sándwiches, los mejores alfajores, las más ricas bebidas. Una muchacha, la más bonita, creo, de la fiesta, arrancó una flor de una enredadera y se la puso en el ojal. Puedo decir que era el rey de la fiesta y que se fue alegrando con cada copa que tomaba. Las señoras le mostraban el reloj pulsera descompuesto o roto, que llevaban casi todas en la muñeca. El los examinaba sonriente, prometiendo que los iba a componer sin cobrar nada. Se disculpó de nuevo de tener un traje tan arrugado y riendo dijo que era porque no acostumbraba ir a las fiestas. Entonces Gervasio Palmo, que tiene una tintorería a la vuelta de casa, se le acercó y le dijo:
-Vamos a planchárselo ahora mismo en mi tintorería. ¿A qué sirven las tintorerías si no es para planchar los trajes de los amigos?
Todos acogieron la idea con entusiasmo, hasta el mismo Estanislao, que es tan moderado, gritó de alegría y dio unos pasitos al compás de la música de un aparato de radio que estaba colocado en el centro del patio. Así iniciaron la peregrinación a la tintorería. Mi madre, apenada porque le habían roto el adorno más bonito de la casa y ensuciado una carpeta de macramé, me retuvo del brazo:
-No vayas, querido. Ayudame a arreglar los desperfectos.
Como si me hubiera hablado el gato (aunque usted no lo crea), salí corriendo detrás de Estanislao, de Gervasio y del resto de la comitiva. Después de la casilla de los relojes de Estanislao Romagán, la casa del barrio que más me gusta es esa tintorería La Mancha. En su interior hay hormas de sombreros, planchas enormes, aparatos de donde sale vapor, frascos gigantescos y una pecera, en el escaparate, con peces colorados. El socio de Gervasio Palmo, que llamamos Nakoto, es un japonés, y la pecera es de él. Una vez me regaló una plantita que murió en dos días. ¿A un chico cómo quiere que le guste una planta? Esas cosas son para los grandes, ¿no le parece, señorita? Pero Nakoto tiene anteojos, los dientes muy afilados y los ojos muy largos; no me atreví a decírselo: lo que yo quería que me regalara era uno de los peces. Cualquiera me comprende.
Ya había oscurecido. Caminamos media cuadra cantando una canción que desafinábamos o que no existe. Gervasio Palmo, frente a la puerta de la tintorería, buscó las llaves en su bolsillo, tardó en encontrarlas porque tenía muchas. Cuando abrió la puerta, todos nos agolpamos y ninguno podía entrar, Gervasio Palmo impuso tranquilidad con su voz de trueno. Nakoto nos apartó, encendió las luces de la casa, quitándose los anteojos. Entramos en una enorme sala que yo no conocía. Frente a una horma que

parecía la montura de un caballo me detuve para mirar el lugar donde iban a planchar el traje de Estanislao.
-¿Me desnudo? -interrogó Estanislao.
-No -respondió Gervasio-, no se moleste. Se lo plancharemos puesto.
-¿Y la giba? -interrogó Estanislao, tímidamente.
Era la primera vez que yo oía esa palabra, pero por la conversación me enteré de lo que significaba (ya ve que progreso en mi vocabulario).
-También te la plancharemos -respondió Gervasio, dándole una palmada sobre el hombro.
Estanislao se acomodó sobre una mesa larga, como le ordenó Nakoto que estaba preparando las planchas. Un olor a amoníaco, a diferentes ácidos, me hicieron estornudar: me tapé la boca, siguiendo sus enseñanzas, señorita, con un pañuelo, pero alguien me dijo "cochino", lo que me pareció de muy mala educación. ¡Qué ejemplo para un chico! Nadie se reía, salvo Estanislao. Todos los hombres tropezaban con algo, con los muebles, con las puertas, con los útiles de trabajo, con ellos mismos. Traían trapos húmedos, frascos, planchas. Aquello parecía, aunque usted no lo crea, una operación quirúrgica. Un hombre cayó al suelo y me hizo una zancadilla que por poco me rompo el alma. Entonces, para mí al menos, se terminó la alegría. Comencé a vomitar. Usted sabe que tengo un estómago muy sano y que los compañeros de colegio me llamaban avestruz, porque tragaba cualquier cosa. No sé lo que me pasó. Alguien me sacó de allí a los tirones y me llevó a casa.
No volví a ver a Estanislao Romagán. Mucha gente vino a buscar los relojes y un camioncito de la relojería La Parca retiró los últimos, entre los cuales había uno que parecía una casa de madera, que era mi preferido. Cuando pregunté a mi madre dónde estaba Estanislao, no quiso contestarme como era debido. Me dijo, como si hablara al perro: "Se fue a otra parte", pero tenía los ojos colorados de haber llorado por la carpeta de macramé y el adorno y me hizo callar cuando hablé de la tintorería.
No sé lo que daría por saber algo de Estanislao. Cuando lo sepa le escribiré otra vez.
La saluda cariñosamente, su discípulo preferido.
N. N.

Mimoso

Desde hacía cinco días Mimoso agonizaba. Mercedes con una cucharita le daba leche, jugo de frutas y té. Mercedes llamó por teléfono al embalsamador, dio la altura y el largo del perro y pidió los precios. Embalsamarlo iba a costar casi un mes de sueldo. Cortó la comunicación y pensó llevarlo inmediatamente para que no se estropeara demasiado. Al

mirarse en el espejo vio que sus ojos estaban muy hinchados por el llanto y decidió esperar la muerte de Mimoso. Junto a la estufa de kerosene, colocó un platito y volvió a darle leche al perro, con la cucharita. Ya no abría la boca y la leche se derramó por el suelo. A las ocho llegó el marido, lloraron juntos y se consolaron pensando en el embalsamamiento. Imaginaron al perro a la entrada de la habitación, con sus ojos de vidrio, cuidando simbólicamente la casa.

A la mañana siguiente Mercedes metió al perro adentro de una bolsa. No estaba muerto, tal vez. Hizo un paquete con arpillera y papel de diario para no llamar la atención en el colectivo y lo llevó a la tienda del embalsamador. En el escaparate de la casa vio muchos pájaros, monos embalsamados y víboras. La hicieron esperar. El hombre apareció en mangas de camisa, fumando un cigarro toscano. Tomó el paquete, diciendo:

-Me trajo el perro. ¿Cómo lo quiere? -Mercedes parecía no comprender-. El hombre trajo un álbum lleno de dibujos.

-¿Lo quiere sentado, acostado o parado? ¿Sobre un soporte de madera negra o pintadito de blanco? ¿Cómo lo quiere?

Mercedes miró sin ver nada:

-Sentadito, con las patitas cruzadas.

-¿Con las patitas cruzadas? -repitió el hombre, como si no le gustara.

-Como usted quiera -dijo Mercedes, ruborizándose.

Hacía calor, un calor sofocante. Mercedes se quitó el abrigo.

-Vamos a ver al animal -dijo el hombre, abriendo el paquete. Tomó a Mimoso por las patas traseras, y continuó:

-No está tan gordito como su dueña -y lanzó una carcajada. La miró de arriba abajo y ella bajó los ojos y vio sus pechos bajo el sweater demasiado ajustado. -Cuando lo vea listo le va a dar ganas de comerlo.

Bruscamente, Mercedes se cubrió con el abrigo. Retorció entre sus manos sus guantes negros de cabritilla y dijo, tratando de contener sus deseos de abofetear o de quitar el perro al hombre:

-Quiero que tenga un soporte de madera como aquél -le enseñó el que sostenía una paloma mensajera.

-Veo que la señora tiene buen gusto -musitó el hombre-. ¿Y los ojos de qué los quiere? De vidrio resultará un poco más caro.

-Los quiero de vidrio -respondió Mercedes, mordiendo los guantes.

-¿Verdes, azules o amarillos?

-Amarillos -dijo Mercedes, impetuosamente-. Tenía los ojos amarillos como las mariposas.

-¿Y usted les vio los ojos a las mariposas?

-Como las alas -protestó Mercedes-, como las alas de las mariposas.

-¡Ya me parecía! Tiene que pagar adelantado -dijo el hombre.

-Ya lo sé -respondió Mercedes-, me lo dijo por teléfono -abrió su cartera y sacó los billetes; los contó y los dejó sobre la mesa. El hombre le dio el recibo.
-¿Cuándo estará listo para venir a buscarlo? -preguntó, guardando el recibo en su cartera.
-No hace falta. Se lo llevaré yo el veinte del mes que viene.
-Vendré a buscarlo con mi marido -respondió Mercedes y salió precipitadamente de la casa.
Las amigas de Mercedes supieron que el perro había muerto y quisieron saber qué habían hecho con el cadáver. Mercedes dijo que lo habían hecho embalsamar y nadie le creyó. Muchas personas rieron. Ella resolvió que era mejor decir que lo había tirado por ahí. Con su tejido en la mano esperaba como Penélope, tejiendo, la llegada del perro embalsamado. Pero el perro no llegaba. Mercedes todavía lloraba y se secaba las lágrimas con el pañuelo floreado.
El día convenido Mercedes recibió un llamado telefónico: el perro ya estaba embalsamado, sólo faltaba ir a buscarlo. El hombre no podía ir tan lejos. Mercedes y su marido fueron a buscar al perro en un taxímetro.
-Lo que nos ha hecho gastar este perro -dijo el marido de Mercedes, en el taxímetro, mirando los números que subían.
-Un hijo no hubiera costado más -dijo Mercedes, sacando su pañuelo del bolsillo y enjugándose las lágrimas.
-Bueno, basta; ya lloraste bastante.
En la casa del embalsamador tuvieron que esperar. Mercedes no hablaba, pero su marido la miraba atentamente.
-¿La gente no dirá que estás loca? -inquirió su marido con una sonrisa.
-Peor para ellos -respondió Mercedes apasionadamente-. No tienen corazón, y la vida es muy triste para los que no tienen corazón. Nadie los quiere.
-Mujer, tienes razón.
El embalsamador trajo casi demasiado pronto al perro. Sobre un pie de madera barnizada de oscuro, semisentado, con los ojos de vidrio y el hocico barnizado estaba Mimoso. Nunca había parecido de mejor salud; estaba gordo, bien peinado y lustroso, lo único que le faltaba era hablar. Mercedes lo acarició con sus manos trémulas; lágrimas saltaron de sus ojos y cayeron sobre la cabeza del perro.
-No me lo moje -dijo el embalsamador-. Y lávese la mano.
-Sólo le falta hablar -dijo el marido de Mercedes-. ¿Cómo hace estas maravillas?
-Con venenos, señor. Todo el trabajo lo hago con venenos, con guantes y anteojos, de otro modo, me intoxicaría. Es un sistema personal. ¿No hay niños en su casa?
-No.

-¿Será peligroso para nosotros? -preguntó Mercedes.
-Únicamente si lo comen -respondió el hombre.
-Tenemos que envolverlo -dijo Mercedes, después de secar sus lágrimas.
El embalsamador envolvió el animal embalsamado en papeles de diario y entregó el paquete al marido de Mercedes. Salieron con alegría. En el camino hablaron del lugar donde colocarían a Mimoso. Eligieron el vestíbulo de la casa, junto a la mesita del teléfono en donde Mimoso los esperaba cuando ellos salían.
Después de examinar el trabajo del embalsamador, una vez en la casa, colocaron al perro en el lugar elegido. Mercedes se sentó frente a él para mirarlo: ese perro muerto la acompañaría como la había acompañado el mismo perro vivo, la defendería de los ladrones y de la soledad. Le acarició la cabeza con la punta de los dedos y cuando creyó que el marido no la miraba, le dio un beso furtivo.
-¿Qué dirán tus amigas, cuando vean esto? -inquirió el marido-. Qué dirá el tenedor de libros de la Casa Merluchi.
-Cuando vengan a cenar lo guardaré en el armario o diré que fue un regalo de la señora del segundo piso.
-Tendrás que decírselo a la señora.
-Se lo diré -dijo Mercedes.
Aquella noche bebieron un vino especial y se acostaron más tarde que de costumbre.
La señora del segundo piso sonrió ante el pedido de Mercedes. Comprendió la perversidad del mundo ante el cual una mujer no puede mandar embalsamar a su perro sin que la crean loca.
Mercedes era más feliz con el perro embalsamado que con el perro vivo; no le daba de comer, no tenía que sacarlo para que orinara, ni tenía que bañarlo, no le ensuciaba la casa ni le mordía el felpudo. Pero la felicidad no es duradera. Bajo la forma de un anónimo llegó la maledicencia a esa casa. Un dibujo obsceno ilustraba las palabras. El marido de Mercedes tembló de indignación: el fuego ardía en la cocina menos que en su corazón. Tomó al perro sobre sus rodillas, lo quebró en varias partes como si fuese una rama seca y lo arrojó al horno que estaba abierto.
-Que sea o que no sea verdad no importa, lo que importa es que lo digan.
-No me impedirás que sueñe con él -gritó Mercedes y se acostó en la cama vestida-. Sé quién es el hombre perverso que hace anónimos. Es ese tenedor de porquería. No volverá a entrar en esta casa.
-Tendrás que recibirlo. Esta noche viene a cenar.
-¿Esta noche? -dijo Mercedes. Saltó de la cama y corrió a la cocina a preparar la cena, con una sonrisa en los labios. Puso junto al perro el asado de tira, en el horno.
Preparó la comida más temprano que de costumbre.

-Hay asado con cuero -anunció Mercedes.
Antes de saludar, junto a la puerta, el invitado se restregó las manos, al tomar el olor que venía del horno. Después, mientras se servía, dijo:
-Estos animales parecen embalsamados -miró con admiración los ojos del perro.
-En China -dijo Mercedes-, me han dicho que la gente come perros, ¿será cierto o será un cuento chino?
-Yo no sé. Pero en todo caso, yo por nada del mundo los comería.
-No hay que decir "de este perro no comeré" -respondió Mercedes, con una sonrisa encantadora.
-De esta agua no beberé -corrigió el marido.
El invitado se asombró de que Mercedes hablara con tanto desparpajo de los perros.
-Tendremos que llamar al peluquero -dijo el invitado, viendo la carne con cuero donde asomaban algunos pelos y, riendo a carcajadas, con una risa contagiosa, preguntó-: ¿La carne con cuero se come con salsa?
-Es una novedad -contestó Mercedes.
El invitado se sirvió de la fuente, chupó un pedazo de cuero untado con salsa, lo mascó y cayó muerto.
-Mimoso todavía me defiende -dijo Mercedes, recogiendo los platos y secando sus lágrimas, pues lloraba cuando reía.

El cuaderno

Era un día patrio. Su marido había ido a ver el desfile. Las calles estaban embanderadas y en todas las casas se oían músicas marciales. Era también un día sin horas. Para no perder el espectáculo habían almorzado a las once y media. El cielo estaba tormentoso.
-Pobres soldados, tener que marchar con este día -repetía Ermelina de Ríos encendiendo la luz.
Por más que levantara las cortinitas de la ventana, el cuarto quedaba en tinieblas. Afuera caía una lluvia finísima.
Los días de fiesta, siempre Ermelina cosía frente a la ventana. Remendaba las camisas, zurcía las medias. Esta vez, Ermelina cosía un vestido, para cuando estuviese más delgada. El cuarto estaba en desorden, había retazos de género en el suelo, alfileres, papeles recortados. La puerta que comunicaba con la pieza vecina estaba abierta. Ermelina alzó los ojos y miró la cama de matrimonio que era de bronce dorado; un ramo de flores en el centro de la cabecera entrelazaba los barrotes con una cinta. Esa cama era el testimonio de su felicidad. Se la mostraba siempre a sus amigas y a las amigas de sus vecinas. Era el regalo de bodas que le había hecho Paula Hódl, la dueña de la casa de sombreros donde ella trabajaba.

Hacía quince años que trabajaba en esa casa, y era sin duda la mejor oficiala. Las alas de los sombreros bajo sus manos se plegaban mágicamente; las cintas, las plumas, los moños y las flores eran dóciles a sus dedos, que formaban, con idéntica facilidad, el sombrero de fieltro, el panamá de papel, el verdadero panamá o el sombrero de paja de Italia. Paula Hodl la adoraba. Cuando algún admirador mandaba flores para Paula, ésta, infaliblemente, le daba dos o tres de las más lindas. Pero Paula no la quería a ella, sino a su habilidad, no la quería a ella, sino a los sombreros que salían de sus manos como pájaros recién nacidos. Desde que se había casado, Paula le hablaba de mal modo, los sombreros estaban mal planchados, las clientas se quejaban. Paula movía una mano amenazadora.

-Ya te dije, Ermelina, ya te dije que no te casaras. Ahora estás triste. Has perdido hasta la habilidad que tenías para adornar sombreros -y sacudiendo un sombrero adornado con cintas, añadía con una pequeñísima risa, que parecía una carraspera-: ¿Qué significa este moño? ¿Qué significa esta costura?

Ermelina sabía que el sombrero era un cachivache, pero quedaba en silencio (era su manera de contestar). No estaba triste. Hasta entonces había tratado los sombreros como a recién nacidos, frágiles e importantes. Ahora le inspiraban un gran cansancio, que se traducía en moños mal hechos y pegados con grandes puntadas, que martirizaban la frescura de las cintas.

-Cuando sienta los primeros dolores venga en seguida a la Maternidad -le había dicho el médico-. Me parece que le faltan pocos días.

Ermelina sentía su hijo moverse dentro de ella. Sentía que se encogía, que se estiraba caprichosamente, como en una cuna recién estrenada. Creía ver la forma de los pies desnudos y de las manos de muñeca.

No estaba sola en ese cuarto frío.

Alguien golpeaba la puerta, alguien venía siempre a interrumpir las largas conversaciones que tenía con su hijo que era a veces un muchacho de veinte años con un traje gris rayado, a veces de doce años y otras veces un recién nacido. Veía al hombre, al niño, al bebé; no el rostro. Ermelina dejó la costura, hizo pasar a la vecina que llegaba con sus dos hijos. Le pidió que se sentara en la mecedora que era su preferida, mientras ella volvió a la pequeña silla de costura. Los chicos se arrastraban por el suelo. Eran chiquitos y morenos, con las mejillas paspadas.

-Cumplo con mi promesa; aquí le traigo los cuadernos de mis hijos. Pobrecitos, es el primer año que van al colegio -dijo la vecina, abriendo los cuadernos y dándoselos a Ermelina.

Entre cada página de palotes había figuritas pegadas, ramos de rosas y nomeolvides, manos entrelazadas, palomas, niños, animales, banderas. Ermelina hojeaba el cuaderno.

-Qué bien. Qué estudiosos son sus hijos, señora -repetía dando vuelta las páginas, hasta que se detuvo frente a una, donde había la cara de un chico muy rosado, pegada entre un ramo de lilas-. Así quisiera que fuese. Así quisiera que fuese mi hijo -repetía Ermelina indicando con la mano la imagen brillante-. Me ha dicho mi tía que en los meses de preñez, si se mira mucho un rostro o una imagen, el hijo sale idéntico a ese rostro o a esa imagen.
-Dicen tantas cosas -suspiró la vecina, y agregó-: No es porque sean míos, pero mis hijos son bien lindos y durante los nueve meses del embarazo se puede decir que no he visto a nadie, ni mirado a nadie, ni siquiera en revistas, ni siquiera en figuras. En aquella estancia en La Pampa no teníamos radio. No teníamos otra música que la música de los eucaliptos. Yo estaba recluida en las habitaciones todo el santo día, haciendo solitarios. ¡Qué vacaciones fueron aquellas! No me las olvidaré nunca -y diciendo esto tomó el cuaderno que Ermelina le tendía, para mostrarle el rostro del niño rosado.
De repente Ermelina vio que el menor de los hijos de la vecina se parecía extrañamente a la sota de espadas; era una suerte de hombrecito pequeño aplastado contra el suelo, vestido de verde y rojo. El otro parecía un rey muy cabezón con una copa en la mano, donde bebía una cantidad incalculable de agua. Habían sembrado el suelo con los útiles de colegio, y jugaban a la guerra con unos sacapuntas en forma de cañoncitos.
La vecina, mirando la figura, comentó:
-Tiene la nariz demasiado respingada, y además tiene mota, como un negro.
Ermelina sacudió la cabeza:
-Es un niño precioso -alzó los ojos triunfantes-. Así quiero que sea mi hijo.
Hasta entonces no sabía cómo tenía que ser su hijo, rubio o moreno, de ojos azules, verdes o negros. ¿Parecido a quién? No lo sabía, y ahora había encontrado la imagen.
-¿Me presta este cuaderno, señora? Solamente hasta esta noche.
La vecina consintió, y se despidió de Ermelina, dejándole un beso pegajoso en cada mejilla. Los dos niños salieron del cuarto arrastrando los pies.
Ermelina volvió a sentarse con el cuaderno entre las manos; estudió la imagen minuciosamente, luego la dejó sobre la mesa y tomó la costura. Pero no había cosido cuatro puntadas, cuando empezó a sentir un dolor y después otro, como relámpagos espaciados, pero puntuales. Se levantó de la silla. Seguramente era el niño que estaba por nacer; lo sentía en su vientre, como en un cuarto oscuro, golpeando contra la puerta, con insistencia. Se puso un abrigo y ató un pañuelo alrededor del cuello. Tomó un lápiz y un papel donde escribió en letras temblorosas: El niño está por nacer, me voy a la Maternidad, la sopa está lista, no hay más que

calentarla para la hora de la comida, la figura que está en la hoja abierta de este cuaderno es igual a nuestro hijo, en cuanto la mires llévale el cuaderno a la señora Lucía que me lo ha prestado. Prendió el papelito con un alfiler sobre la colcha de la cama, puso al lado el cuaderno abierto, apagó la luz y salió del cuarto.

Atravesó los corredores oscuros, lentamente. Bajó las escaleras empinadas, con miedo de caerse; se aferraba a la baranda. En la esquina esperó el ómnibus. Llevaba apretada en su mano la recomendación para el médico. El trayecto era largo. Parecía que el conductor del ómnibus no tenía apuro como otras veces; parecía esperar a una novia, en todas las esquinas; miraba de izquierda a derecha y hablaba solo. Ermelina pensó que iba a tener el hijo allí mismo, tan fuerte seguían los golpes y con tanta impaciencia. El tránsito estaba interrumpido; los dolores se sucedían como cuentas de un rosario interminable. Por fin se detuvo el ómnibus. Para llegar a la Maternidad, no había que caminar más que unos cuantos metros. Ermelina se bajó trabajosamente; caminaba con rapidez y, por el esfuerzo que hacía para no separar demasiado las piernas, con una extraña cadencia de baile. Subió los escalones larguísimos y blancos de la Maternidad; había una luz constante, de amanecer. Las enfermeras la rodearon, la llevaron de sala en sala, luego la estiraron sobre una cama. Vio muchas estrellas rojas y azules, adornando gigantescos sombreros; rompió con los dientes cintas de seda, que eran ásperas sábanas de algodón, que le hicieron sangrar las encías. La negrura del cuarto se llenaba de filamentos deslumbrantes y de gritos. Y después perdió la conciencia. Nadaba en un lago sin agua y sin orillas, hasta que llegó a la ausencia del dolor, que fue una gran desnudez pura y diáfana. Se había sentido como una casa muy grande y muy cerrada, que hubieran de pronto abierto, para un solo niño que quería ver el mundo.

Despertó en la camita blanca, repetida como en un cuarto de espejos, un cuarto larguísimo, repleto de camitas blancas, alineadas. La enfermera se inclinó sobre la cama:

-Señora, mire lo que le traigo.

Entre envoltorios de llantos y pañales Ermelina reconoció la cara rosada pegada contra las lilas del cuaderno. La cara era quizá demasiado colorada, pero ella pensó que tenía el mismo color chillón que tienen los juguetes nuevos, para que no se decoloren de mano en mano.

La sibila

Las herramientas de trabajo están en la sala del comisario: un reloj pulsera de oro, los guantes, un alambre, una caja de madera con llaves, la linterna, las tenazas, el destornillador y una valijita (para parecer más serio llevo

siempre una valijita). ¿Armas? Nunca las quise. ¿Para qué me sirven las manos?, digo yo. Son garras de fierro; si no estrangulan, dan puñetazos como Dios manda.
Solía desanimarme últimamente. Hay mucha competencia y pobreza. ¡Quién no lo sabe! La vida de un carnicero es menos sacrificada que la nuestra. De noche, no tenía a veces ganas de salir, y rondar por las manzanas para conocer un barrio determinado de Buenos Aires, o una casa; era francamente aburrido. Del Barrio Norte me gusta Palermo porque tiene fuentes y lagos, donde uno bebe y se lava las uñas de algunos dedos; del barrio Sur, Constitución, sin duda porque allí conocí a mis compañeros en la escalera mecánica subiendo y bajando, bajando y subiendo, entregados a nuestras ocupaciones. Me sentaba en las plazas, comiendo naranjas o pan, salame cuando tenía suerte, o queso fresco. A veces, los transeúntes me miraban como si vieran algo raro en mí. No llevo barba larga hasta el ombligo, ni llevo los dedos de los pies al aire, ni tengo lunares grandes entre las cejas, ni dientes de oro. Los otros días le pregunté a uno ",Tengo monos en la cara?", olvidando mi responsabilidad, mi edad, mi situación. Tal vez mi pantalón de paño azul sea llamativo, porque lleva, en lugar de botones en la bragueta, cierre relámpago: todo lo que uno hace por no llamar la atención, llama la atención. ¡Qué le vamos a hacer! Si me deslizo como un gusano, todo el mundo se fija en cómo camino. Si me visto como un puerco, del color de los árboles o de las paredes o de la tierra, todo el mundo se fija en mi vestimenta. Si trato de no elevar la voz ¡Dios me libre!, todo el mundo estira la oreja para oírme. Comer helados me resulta imposible. Las chicas me miran y se codean. A veces ser simpático a las mujeres, no es agradable; tengo que oír macanas todo el día. Felizmente que de una oreja no oigo nada. Quedé sordo a los dieciséis años. Me perforaron el tímpano con una astilla. Vivíamos con mis padres en Punta Chica, en una casa sobre pilotes. Mi padre, que es malhumorado, y mis hermanos, que son cascarrabias, una noche que en broma les puse bagres en las camas, se envalentonaron, me acostaron en el piso, y mientras unos me sujetaban, otro me clavó la astilla adentro de la oreja. Después, naturalmente, para que yo no hablara, me metieron en una bolsa que tiraron al río. Los vecinos me salvaron. Me pareció raro. Luego supe que lo hicieron para hacerme hablar. ¡Hay de curiosos! Todo el mundo me odia, salvo las mujeres; sin embargo, la señorita Rómula, que vive en el almacén, porque un día maté un gato de un cascotazo en la puerta de su cuarto, me interpeló.
-Mal educado -me dijo-, ¿no puede hacer esas cosas en otra parte?
¿Qué podían molestarle unas gotas de sangre en el piso? Se limpian en dos segundos. Nunca me perdonó. Es una haragana, eso es lo que es. Cuando me emplearon en la farmacia Firpo, ya la gente comenzó a mirarme como a

un tipo que llama la atención. "Cachaciento" me llamaban cuando corría, "Tren expreso" cuando me demoraba, "Roñitis" cuando me había bañado, "Palmolive" cuando no me bañaba. Pero lo que más me indignó fue cuando me llamaron "Pizza", injustamente, porque me vieron comiendo, mientras repartía las mercaderías, un trozo de torta pascualina que me regaló Susana Plombis, para llevar en el bolsillo, cuando tuviera hambre, sobre mi bicicleta.
Fue en aquella época cuando conocí los interiores de muchas casas. Ninguna me impresionó como la de Aníbal Celino; sería porque entré por la puerta principal. En las otras casas me tocaba entrar por la cocina. Guardo algunas cucharitas, algunos saleritos de plata, que sustraje de los cajones mientras las sirvientas buscaban dinero para pagar la cuenta, y que no me sirvieron para nada. La casa de Aníbal Celino era un palacio, ni más ni menos. La primera vez que me mandaron allí con un paquete de la farmacia Firpo, la puerta de servicio me pareció la principal y corrí en busca de la otra, creyendo que era la de servicio, porque estaba sucia. Conozco bien las casas de hoy. Casa muy lujosa, casa sucia. La puerta estaba cerrada y se abrió cuando moví el llamador, que era un león de bronce masticando un aro, también de bronce. Entré en la casa y no vi a nadie. Volví a salir y vi en el jardín las pelucas despeinadas de las palmeras. ¡Qué árboles! Ni a un perro le gustarían. Volví a entrar: no había nadie. La puerta se abrió sola. En seguida tropecé con la escalera de mármol que tenía una balaustrada lustrosa, como el león de la puerta. Di unos pasos y entré en una sala enorme, llena de vitrinas; aquello era una tienda o una iglesia. Por todas partes se veían estatuas, bomboneras, miniaturas, collares, abanicos, relicarios, muñequitos. Ya adentro de mi mano, porque soy distraído, vi una bombonera de oro con turquesas; la guardé en mi bolsillo; después guardé una estatuita que brillaba, sobre una mesa, en el otro bolsillo (mis bolsillos tienen doble fondo, por si acaso. Rosaura Pansi se ocupa de forrarlos. Le hago muchos regalos y la pobrecita es agradecida hasta decir basta). Cuando salí del salón oí un ruidito como de laucha, en la escalera. Se me detuvo el corazón, porque vi a una niña de poquísimos años, sentada sobre el último escalón, mirándome con cara de gitana. Me dio risa.
-Aquí traigo un paquete de la farmacia Firpo -le dije.
-¡Qué lástima! -me contestó-. Entonces usted no es el Señor.
-¿Que yo no soy ningún señor? ¿Qué soy, entonces? Traigo un frasco de alcohol, magnesia y polvos de arroz -dije, leyendo la boleta.
-Esta no es la puerta de servicio. Salga -dijo, arrancándome de las manos la boleta y mirándola-. Vaya hasta la esquina. Allí lo atenderán.
Me hubiera gustado estrangular a esa nena; era blanca y suave como un ángel de porcelana que una vez vi en el escaparate de una santería.
-¿No son todas las puertas iguales? -Todas -respondió-, salvo la del cielo.

-¿Y entonces, por qué no recibe el paquete y lo paga?
-Porque no tengo plata para pagar cuentas. Tengo plata para regalar o perder.
-¿Regalar a quién?
-Regalar a cualquiera que no sea de mi familia ni de mis amistades.
-¿Perder cómo?
-¿Perder? De mil maneras.
Del bolsillo de su delantal sacó un monedero con plata, puso las monedas en fila sobre el escalón.
-Las monedas se pierden jugando para tirar a la suerte -me dijo-, en las fuentes o en cualquier parte, la cuestión es que se pierden. ¿Para qué sirven?
Me pareció un poco menos repelente y le dije:
-Adiós, Micifus.
-Me llamo Aurora —contestó con voz autoritaria.
-¿Qué culpa tengo yo si tiene ojos de gato? ¿Se enoja?
No me contestó y subió saltando la escalera.
Durante mucho tiempo no volví a ver a Aurora, por más que fuera de vez en cuando a la casa, a llevar mercaderías.
Cuando me despidieron de la farmacia Firpo, conocí a Cuchillito y a Torno. Nos entendíamos, no puedo decir como hermanos, dada la trifulca que tuve con los míos; nos entendíamos como amigos inseparables, eso quiere decir que a veces no nos mirábamos la cara delante de la gente sin reírnos como locos. La verdad es que todo era una diversión. No tardé en hablarles de la casa de Aníbal Celino y de Aurora, al pasar por la calle Canning. Les enumeré los objetos que yo había visto allí. ¡Fue un verdadero inventario! porque ninguna de las riquezas del palacio habían pasado inadvertidas para mí. Cuchillito me miró sin ánimo:
-¡Cuánto cachivache! ¿Y para qué los queremos? -dijo.
Pero a Torno, que es más entendido, se le iluminaron los ojos y susurró, con esa voz que sonaba como un silbido en la noche:
-A cualquier hora, entraremos esta semana.
Comimos cada uno ocho helados y entramos en el Jardín Zoológico, a mirar los monos. El sol pelaba. Nos detuvimos a oír la musiquita de la calesita, porque a Torno le gusta cualquier musiquita. No es extraño: el padre tocaba el bandoneón. Planeaba, como pensando en otra cosa, el asalto.
Durante varios días, como era nuestra costumbre, anduvimos vagando por el barrio, donde queda la casa. Un día entero estuve sentado sobre los restos del paredón roto de un baldío viendo el movimiento de la gente que salía y entraba. No había vigilante en la esquina, por suerte. El único peligro, tal vez, era el silencio de esa manzana. El calor me obligó a quitarme la camisa: nadie me dijo nada, porque sudar vuelve distraída a la

gente.
Por fin llegó la noche esperada. Yo tenía que entrar primero en la casa, porque la conocía y porque soy menos nervioso. Cuchillito y Torno quedarían afuera, escondidos detrás de las plantas, con una bolsa vacía, donde pondríamos los objetos adquiridos. Yo tenía que avisarles, con un chistido de lechuza, si convenía que ellos entraran. Comimos aquella noche a las mil maravillas, con vino tinto, y grapa al final. Nos costó cara la fiesta.
Después de algunas discusiones sobre la hora conveniente para entrar en la casa de Aníbal Celino, consultando el reloj cada cuarto de hora, nos encaminamos hacia la calle Canning y nos detuvimos frente al jardín de nuestra casa, como si nos hubiésemos perdido. Bruscamente Cuchillito y Torno saltaron la verja del jardín y se escondieron entre unas plantas. Yo me guarecí en la oscuridad de la entrada, con la ganzúa ya en la mano. La cara brillante del león que mascaba el aro me distrajo un instante de mi tarea; se abrió de improviso la puerta. Retrocedí de un salto y me escondí entre las plantas, pero la puerta permaneció abierta. Durante un tiempo larguísimo un reloj dio las horas con variadísimas campanadas, luego el cuarto y luego la media hora. Esperé, arañándome el tobillo, con una maldita rama, que algo sucediera. Nada sucedió; silencio tras silencio, carcomiéndome los ojos de sueño, hormigas subiéndome por las piernas hasta el ombligo. Esperé otro cuarto de hora y me acerqué a la puerta que permanecía abierta. Entré en la casa y encendí la linterna. Hice girar el redondel de luz a mi alrededor y lo detuve sobre la escalera: en uno de los escalones estaba sentada Aurora. Creo que fue la primera vez en mi vida que me asusté: parecía una verdadera enana, porque llevaba puesto un camisón largo y el pelo recogido en la punta de la cabeza. Como si me hubiera esperado, se me acercó y me dijo al oído:
-Usted es el Señor. Hace mucho que lo espero.
Empecé a temblar y le pregunté en secreto:
-¿A quién espera?
Entonces, como si no escuchara lo que yo le estaba diciendo, me dijo agitando una de sus patas que parecía de gato que se limpia la cara:
-Clotilde Ifrán me espera.
-¿Quién es Clotilde Ifrán? ¿Dónde está?
-Está en el cielo. Es una adivina que me leyó las manos. Cuando murió estaba acostada en una cama preciosa, en su tienda. Era corsetera. Hacía fajas y corpiños para señoras y tenía los cajones de su cuarto llenos de cintas celestes y rosadas, elásticos y broches, botones y encajes por todas partes. Cuando yo iba a su casa con mamá y la esperaba, me dejaba jugar con todo y a veces, cuando yo no iba al colegio, y mamá iba al teatro o Dios sabe dónde, me dejaba en la casa de Clotilde Ifrán, para que ella me cuidara. Y entonces sí que me divertía. No sólo me daba bombones y me

dejaba jugar con las agujas, con las tijeras y con las cintas, sino que me leía las manos y me tiraba las cartas. Un día, que estaba echada sobre la cama, pálida como un susto, me dijo: "El Señor vendrá a buscarme, también vendrá por ti: y entonces nos encontraremos en el cielo". "¿Y nos divertiremos como nos divertimos acá?", le pregunté. "Mucho más, me respondió; porque el Señor es muy bueno." "¿Y cuándo vendrá a buscarme?" "No sé ni cuándo ni cómo, pero luego echaré las cartas para saberlo", me respondió. Al día siguiente unos enormes caballos negros la llevaron a la Chacarita en un coche lleno de adornos negros, con flores y no la vi más, ni en sueños. Usted es el Señor del que ella siempre me hablaba, para el cual no había puertas. Usted quiso probar mi lealtad, ¿no es cierto?, cuando trajo aquel paquete de la farmacia Firpo. Usted es el Señor, porque tiene barba crecida.

-He de ser, si usted lo dice.

-Un Señor, al cual tenemos que dar todo lo que tenemos.

-Llevaremos cosas brillantes y bonitas, ¿no es cierto?

-Pondremos todo adentro de una canastita de picnic. Espéreme.

Aurora volvió con una canastita. Entramos en la sala. Aurora se subió a una silla y de arriba de un mueble buscó una llavecita. Abrió la vitrina y fue sacando objetos que iba mostrándome. Cuando la canastita estuvo llena, cerró la vitrina con llave.

-Ya está -dijo Aurora.

En ese momento Aurora elevó la voz. Con temor dije:

-Tenga cuidado. No haga ruido.

-Mamá toma píldoras para dormir y a papá no lo despierta ni un trueno. ¿Quiere que le eche las cartas? Haré con usted lo que Clotilde Ifrán hizo conmigo. ¿Quiere?

De un salto bajó la escalera y me trajo un mazo de naipes; se sentó en uno de los escalones.

-Así echaba las cartas Clotilde Ifrán.

Aurora mezcló las cartas, las colocó en fila, una por una, sobre tres de los escalones. El vaivén de sus manos empezó a marearme. (Temí dormir: es el peligro de mi tranquilidad.) Le propuse que fuéramos a la sala, pensando en los objetos que yo tenía que recolectar, pero no me escuchó; con su voz autoritaria, empezó a enseñarme el significado de las cartas.

-Este rey de espadas, con la cara muy seria, es un enemigo suyo. Lo está esperando afuera; van a matarlo. Este caballo de espadas, también lo está esperando. ¿Usted no oye los ruidos que vienen de la calle? ¿No oye los pasos, que van acercándose? Es difícil esconderse en la noche. Porque en la noche todos los ruidos se oyen y la luz de la luna es como la luz de la conciencia. Y las plantas. ¿Usted cree que las plantas pueden ayudarlo a uno? Son nuestras enemigas, a veces, cuando llega la policía, con las armas

desenvainadas. Por eso Clotilde Ifrán quería llevarme con ella. Hay muchos peligros.
Quería irme, pero un sopor como el que siento después de haber comido, me detuvo. ¿Qué pensaría Torno, el jefe? Como un borracho me acerqué a la puerta y la entreabrí. Alguien hizo fuego; caí al suelo como un muerto y no supe más nada.

El sótano

Este sótano que en invierno es excesivamente frío, en verano es un Edén. En la puerta cancel, arriba, algunas personas se asoman a tomar fresco durante los días más cruentos de enero y ensucian el piso. Ninguna ventana deja pasar la luz ni el horrible calor del día. Tengo un espejo grande y un sofá o cama turca que me regaló un cliente millonario y cuatro colchas que fui adquiriendo poco a poco, de otros sinvergüenzas. En baldes, que me presta el portero de la casa vecina, traigo por las mañanas agua para lavarme la cara y las manos. Soy aseada. Tengo una percha, para colgar mis vestidos detrás de un cortinaje, y una repisa para el candelero. No hay luz eléctrica ni agua. Mi mesa de luz es una silla, y mi silla un almohadón de terciopelo. Uno de mis clientes, el más jovencito, me trajo de la casa de su abuela retazos de cortinas antiguas, con las que adorno las paredes, con figuritas que recorto de las revistas. La señora de arriba, me da el almuerzo; con lo que guardo en mis bolsillos y algunos caramelos, me desayuno. Tener que convivir con ratones, me pareció en el primer momento el único defecto de este sótano, donde no pago alquiler. Ahora advierto que estos animales no son tan terribles: son discretos. En resumidas cuentas son preferibles a las moscas, que abundan tanto en las casas más lujosas de Buenos Aires, donde me regalaban restos de comida, cuando yo tenía once años. Mientras están los clientes, no aparecen: reconocen la diferencia que hay entre un silencio y otro; surgen en cuanto me quedo sola, en medio de cualquier bullicio; pasan corriendo, se detienen un instante y me miran de reojo, como si adivinaran lo que pienso de ellos. A veces comen un trozo de queso o de pan, que quedó en el suelo. No me tienen miedo, ni yo a ellos. Lo malo es que no puedo almacenar provisiones, porque las comen antes de que yo las pruebe. Hay personas malintencionadas que se alegran de esta circunstancia y que me llaman Fermina, la de los ratones. Yo no quiero darles el gusto y no les pediré prestadas las trampas para exterminarlos. Vivo con ellos. Los reconozco y los bauticé con nombres de actores de cinematógrafo. Uno, el más viejo, se llama Carlitos Chaplin, otro Gregory Peck, otro Marlon Brando, otro Duilio Marzio; otro que es juguetón, Daniel Gellin, otro Yul Brinner, y una hembrita, Gina Lollobrigida, y otra Sofía Loren. Es extraño cómo estos

animalitos se han apoderado del sótano donde tal vez vivieron antes que yo. Hasta las manchas de humedad adquirieron formas de ratones; todas son oscuras y un poco alargadas, con dos orejitas y una cola larga, en punta. Cuando nadie me ve, guardo comida para ellos, en uno de los platitos que me regaló el señor de la casa de enfrente. No quiero que me abandonen y si viene a visitarme el vecino y quiere exterminarlos con trampas o con un gato, haré un escándalo del que se arrepentirá toda su vida. La demolición de esta casa está anunciada, pero yo no me iré de aquí hasta que me muera. Arriba preparan baúles y canastos y sin cesar hacen paquetes. Frente a la puerta de calle hay camiones de mudanza, pero yo paso junto a ellos, como si no los viera. Nunca pedí ni cinco centavos a esos señores. Me espían todo el ida y creen que estoy con clientes, porque hablo conmigo misma, para disgustarlos; porque me tienen rabia, me encerraron con llave; porque les tengo rabia, no les pido que abran la puerta. Desde hace dos días suceden cosas muy raras con los ratones: uno me trajo un anillo, otro una pulsera, y otro, el más astuto, un collar. En el primer momento no podía creerlo y nadie me creerá. Soy feliz. ¡Qué importa que sea un sueño! Tengo sed: bebo mi sudor. Tengo hambre: muerdo mis dedos y mi pelo. No vendrá la policía a buscarme. No me exigirán el certificado de salud, ni de buena conducta. El techo se está desmoronando, caen hojitas de pasto: será la demolición que empieza. Oigo gritos y ninguno contiene mi nombre. Los ratones tienen miedo. ¡Pobrecitos! No saben, no comprenden lo que es el mundo. No conocen la felicidad de la venganza. Me miro en un espejito: desde que aprendí a mirarme en los espejos, nunca me vi tan linda.

Las fotografías

Llegué con mis regalos. Saludé a Adriana. Estaba sentada en el centro del patio, en una silla de mimbre, rodeada por los invitados. Tenía una falda muy amplia, de organdí blanco, con un viso almidonado, cuya puntilla se asomaba al menor movimiento, una vincha de metal plegadizo, con flores blancas, en el pelo, unos botines ortopédicos de cuero y un abanico rosado en la mano. Aquella vocación por la desdicha que yo había descubierto en ella mucho antes del accidente, no se notaba en su rostro.
Estaban la Clara, estaba Rossi, el Cordero, Perfecto y Juan, Albina Renato, María, la de los anteojos, el Bodoque Acevedo, con su nueva dentadura, los tres pibes de la finada, un rubio que nadie me presentó y la desgraciada de Humberta. Estaban Luqui, el Enanito y el chiquilín que fue novio de Adriana, y que ya no le hablaba. Me mostraron los regalos: estaban dispuestos en una repisa del dormitorio. En el patio, debajo de un toldo amarillo, habían puesto la mesa, que era muy larga: la cubrían dos manteles. Los

sándwiches de verdura y de jamón y las tortas muy bien elaboradas, despertaron mi apetito. Media docena de botellas de sidra, con sus vasos correspondientes, brillaban sobre la mesa. Se me hacía agua la boca. Un florero con gladiolos naranjados y otro con claveles blancos, adornaban las cabeceras. Esperábamos la llegada de Spirito, el fotógrafo: no teníamos que sentarnos a la mesa ni destapar las botellas de sidra, ni tocar las tortas, hasta que él llegara.
Para hacernos reír, Albina Renato bailó La muerte del Cisne. Estudia bailes clásicos, pero bailaba en broma.
Hacía calor y había moscas. Las flores de las catalpas ensuciaban las baldosas del patio. Los hombres con los periódicos, las mujeres con pantallas improvisadas o abanicos, todo el mundo se abanicaba o abanicaba las tortas y sándwiches. La desgraciada de Humberta, lo hacía con una flor, para llamar la atención. Qué aire puede dar, por mucho que se agite, una flor.
Durante una hora de expectativa en que todos nos preguntábamos al oír el timbre de la puerta de calle si llegaba o no llegaba Spirito, nos entretuvimos contando cuentos de accidentes más o menos fatales. Algunos de los accidentados habían quedado sin brazos, otros sin manos, otros sin orejas. "Mal de muchos, consuelo de algunos", dijo una viejita, refiriéndose a Rossi, que tiene un ojo de vidrio. Adriana sonreía. Los invitados seguían entrando. Cuando llegó Spirito, se destapó la primera botella de sidra. Por supuesto que nadie la probó. Se sirvieron varias copas y se inició el larguísimo preludio al esperado brindis.
En la primera fotografía, Adriana, a la cabecera de la mesa, trataba de sonreír con sus padres. Dio mucho trabajo colocar bien el grupo, que no armonizaba: el padre de Adriana era corpulento y muy alto, los padres fruncían mucho el ceño, sosteniendo en alto las copas. La segunda fotografía no dio menos trabajo: los hermanitos, las tías y la abuela se agrupaban desordenadamente alrededor de Adriana, tapándole la cara. El pobre Spirito tenía que esperar pacientemente el momento de sosiego, en que todos ocupaban el lugar por él indicado. En la tercera fotografía, Adriana blandía el cuchillo, para cortar la torta, que llevaba escrito con merengue rosado su nombre, la fecha de su cumpleaños y la palabra FELICIDAD, salpicada de grageas.
-Tendría que ponerse de pie -dijeron los invitados. La tía objetó:
-Y si los pies salen mal.
-No se aflija -respondió el amable Spirito-, si quedan mal, después se los corto.
Adriana hizo una mueca de dolor y el pobre Spirito tuvo que fotografiarla de nuevo, hundida en su silla, entre los invitados. En la cuarta fotografía, sólo los niños rodeaban a Adriana; les permitieron mantener las copas en alto,

imitando a los mayores. Los niños dieron menos trabajo que los grandes. El momento más difícil no había terminado. Había que llevar a Adriana al dormitorio de su abuela para que le sacaran las últimas fotografías. Entre dos hombres la cargaron en la silla de mimbre y la pusieron en el cuarto, con los gladiolos y los claveles. Allí la sentaron en un diván, entre varios almohadones superpuestos. En el dormitorio, que medía cinco metros por seis, había aproximadamente quince personas, enloqueciendo al pobre Spirito, dándole indicaciones y aconsejando a Adriana las posturas que debía adoptar. Le arreglaban el pelo, le cubrían los pies, le agregaban almohadones, le colocaban flores y abanicos, le levantaban la cabeza, le abotonaban el cuello, le ponían polvos, le pintaban los labios. No se podía ni respirar. Adriana sudaba y hacía muecas. El pobre Spirito esperó más de media hora, sin decir una palabra; luego, con muchísimo tacto, sacó las flores que habían colocado a los pies de Adriana, diciendo que la niña estaba de blanco y que los gladiolos naranjados desentonaban con el conjunto. Con santa paciencia, Spirito repitió la consabida amenaza:

-Ahora va a salir un pajarito.

Encendió las lámparas y sacó la quinta fotografía, que terminó en un trueno de aplausos. Desde afuera, la gente decía:

-Parece una novia, parece una verdadera novia. Lástima los botines.

La tía de Adriana pidió que fotografiaran a la niña con el abanico de su suegra, en la mano. Era un abanico con encaje de Alenzón, con lentejuelas, y cuyas varillas de nácar tenían pequeñas pinturas hechas a mano. El pobre Spirito no juzgó de buen gusto introducir en la fotografía de una niña de catorce años un abanico negro y triste, por valioso que fuera. Tanto insistieron, que aceptó. Con un clavel blanco en una mano y el abanico negro en la otra, salió Adriana en la sexta fotografía. La séptima fotografía motivó discusiones: si se sacaría en el interior del cuarto o en el patio, junto al abuelo maniático, que no quería moverse de su rincón. La Clara dijo:

-Si es el día más feliz de su vida, cómo no la van a fotografiar junto al abuelo, que tanto la quiere. -Luego explicó-: -Desde hace un año esta niña se ha debatido entre los brazos de la muerte, ha quedado paralítica.

La tía declaró:

-Nos hemos desvivido por salvarla, durmiendo a su lado en los pisos de baldosa de los hospitales, dándole nuestra sangre en transfusiones, y ahora, en el día de su cumpleaños, vamos a descuidar el momento más solemne del banquete, olvidando de ponerla en el grupo más importante, junto a su abuelo, que siempre fue su preferido.

Adriana se quejaba. Creo que pedía un vaso de agua, pero estaba tan agitada que no podía pronunciar ninguna palabra; además, el estruendo que hacía la gente al moverse y al hablar hubiera sofocado sus palabras, si

ella las hubiera pronunciado. Dos hombres la llevaron, de nuevo, en la silla de mimbre, al patio y la pusieron junto a la mesa. En ese momento se oyó de un altoparlante la canción ritual de Feliz cumpleaños. Adriana en la cabecera de la mesa, al lado del abuelo y de la torta con velitas, posó para la séptima fotografía, con mucha serenidad. La desgraciada de Humberta logró introducirse en el retrato en primer plano, con sus omóplatos descubiertos y despechugada como siempre. La acusé en público por la intromisión, y aconsejé al fotógrafo que repitiera la fotografía, lo que hizo de buen grado. Resentida, la desgraciada de Humberta se fue a un rincón del patio; el rubio que nadie me presentó la siguió y para consolarla le sopló algo al oído. Si no hubiera sido por esa desgraciada la catástrofe no habría sucedido. Adriana estaba a punto de desmayarse, cuando la fotografiaron de nuevo. Todos me lo agradecieron. Destaparon las botellas de sidra; las copas rebalsaban de espuma. Cortaron las dos tortas en tajadas grandotas, que se repartieron en cada plato. Estas cosas llevan tiempo y atención. Algunas copas se volcaron sobre el mantel: dicen que trae suerte. Con la punta de los dedos, nos humedecimos la frente. Algunos mal educados habían bebido ya la sidra antes del brindis. La desgraciada de Humberta dio el ejemplo, y le pasó la copa al rubio. No fue sino más tarde, cuando probamos la torta y brindamos a la salud de Adriana, que advertimos que estaba dormida. La cabeza colgaba de su cuello como un melón. No era extraño que siendo aquella su primera salida del hospital, el cansancio y la emoción la hubieran vencido. Algunas personas se rieron, otras se acercaron y le golpearon la espalda para despertarla. La desgraciada de Humberta, esa aguafiestas, la zarandeó de un brazo y le gritó:

-Estás helada.

Ese pájaro de mal agüero, dijo:

-Está muerta.

Algunas personas alejadas de la cabecera, creyeron que se trataba de una broma y dijeron:

-Como para no estar muerta con este día.

El Bodoque Acevedo no soltaba su copa. Todos dejaron de comer, salvo Luqui y el Enanito. Otros, disimuladamente, guardaban trozos de torta estrujada y sin merengue, en el bolsillo. ¡Qué injusta es la vida! ¡En lugar de Adriana, que era un angelito, hubiera podido morir la desgraciada de Humberta!

Magush

Una bruja tesálica adivinó el destino de Polícrates en los dibujos que al retirarse hacía el mar en la orilla de la playa; una vestal romana adivinó el de César en un montoncito de arena que rodeaba una planta; el alemán

Cornelio Agripa se sirvió de un espejo para adivinar el futuro. Algunos brujos actuales leen el destino en las hojas de té o en la borra del café del fondo de una taza, algunos en los árboles, en la lluvia, en las manchas de tinta o en la clara de huevo, otros simplemente en las líneas de las manos, otros en bolas de cristal. Magush lee el destino en el edificio deshabitado que está frente a la carbonería en donde vive. Los seis enormes ventanales y las doce ventanitas del edificio vecino son como barajas para él. Magush jamás pensó en asociar ventanas y barajas: a mí se me ocurrió la idea. Sus métodos son misteriosos y sólo dan cabida a una relativa explicación. Me dijo que durante el día difícilmente puede sacar conclusiones, porque la luz perturba las imágenes. El momento propicio para realizar el trabajo es la caída del sol, cuando se filtran por las celosías de las ventanas interiores del edificio ciertos rayos oblicuos, que reverberan sobre los vidrios de las ventanas del frente. Por ese motivo siempre cita a la misma hora a sus clientes. Yo sé, lo he sabido después de muchas averiguaciones, que la parte más alta del edificio revela los asuntos del corazón, la parte baja, las cuestiones de dinero y de trabajo y la parte central, los problemas de la familia y el estado de salud.

Magush, a pesar de tener apenas catorce años, es amigo mío. Lo conocí por casualidad, un día que fui a comprar una bolsa de carbón. No tardé en intuir su genio divinatorio. Después de algunas conversaciones en el patio de la carbonería (rodeados de bolsas de carbón, muriéndonos de frío), me hizo pasar al cuarto donde trabaja. El cuarto es una suerte de pasillo, tan frío como el patio; desde ahí, cómodamente, a través de una combinación de claraboyas con vidrios de colores y de una ventana angosta y alta, como para alojar una jirafa, se divisa el edificio de enfrente, con su fachada amarillenta marcada por las lluvias y el sol. Después de estar un rato en ese cuarto comprobé que el frío desaparecía y lo reemplazaba una agradable sensación de calor. Magush me dijo que aquel fenómeno se produce en los momentos de adivinación y que no es el cuarto sino el cuerpo el que absorbe aquellas irradiaciones tan benéficas.

Conmigo Magush tuvo deferencias extraordinarias. Me dejó mirar, personalmente, a la hora propicia, una por una, las ventanas del edificio. (A veces se veían escenas indescifrables; en ese sentido, al principio anduve con suerte.) En una de ellas vi, para mal de mis pecados, a la que fue después mi novia, con mi rival. Ella llevaba puesto el vestido rojo que me deslumbró y la cabellera suelta, retenida con un pequeño moño, sobre la nuca. Por haber visto ese detalle yo debía tener ojos de lince, pero la claridad de la imagen se debe a la magia que la rodea y no a mi vista. (A esa misma distancia he alcanzado a leer cartas o recortes de diarios.) Allí vi la escena penosa que después tuve que sufrir en carne propia. Allí vi aquel lecho cubierto de colchas rosadas y las señoras horribles que entraban y

salían con paquetes. Allí, en los vidrios del poniente, vi los paseos al Tigre y al río Luján. Allí estuve a punto de estrangular a alguien. Después, cuando fui al encuentro de esos acontecimientos, la realidad me pareció un tanto descolorida y mi novia tal vez menos hermosa.

Pasadas aquellas experiencias disminuyó mi interés por llegar a mi destino. Consulté con Magush. ¿Era posible evitarlo? Abstenerse de vivir ¿era posible? Magush, que es inteligente, pensó en la conveniencia de intentar esto. Durante algunos días no me separé de su lado. Me entretuve viendo imágenes, absteniéndome de buscarlas y de vivirlas. Magush me dijo que por tratarse de nuestra amistad, que era de tantos años, hacía una excepción: que a nadie le hubiera permitido esa conducta. Me entretuve viendo mi destino en aquellas ventanas y las artimañas que empleaba Magush con clientes a quienes engañaba, entregándoles mi destino como si fuese el de ellos.

-Es más prudente que alguien viva tu destino inmediatamente, a medida que va apareciendo en las ventanas. No vaya a ser que después te busque: el destino es como un tigre cebado, que acecha a su dueño -me decía Magush, y para tranquilizarme agregaba-: Un día, tal vez, no haya más nada para ti en y esas ventanas.

-¿Moriré? -interrogaba yo con cierta inquietud.

-Necesariamente, no -respondía Magush-. Puedes vivir sin destino.

-Pero, hasta los perros tienen destino -protesté yo.

-Los perros no pueden evitarlo: son obedientes.

Sucedió, en parte, lo que Magush había pronosticado y viví por un tiempo aburrido y tranquilo, dedicado a mi trabajo, pero la vida me atraía y la añoré, junto a Magush, contemplando el edificio. Aún no se habían extinguido las figuras dedicadas a esclarecer mi destino. En cada una de las ventanas nos sorprendieron a veces inextricables composiciones nuevas. Tétricas luces, fantasmas con caras de perros, criminales, todo indicaba que no convenía que aquellos cuadros que estaba viendo llegaran a ser reales.

-A quién le agradaría vivir estas desdichas -dije a Magush, que resolvió aquel día, para distraerme, hacer de consultante y de adivino a la vez. Empecé a ver luces de Bengala, títeres, farolitos japoneses, enanos, personas vestidas de oso y de gato. Con hipocresía le dije:

-Te envidio. Quisiera tener catorce años.

-Te cambio el destino -me dijo Magush.

Acepté, aunque su proposición me pareciera atrevida. ¿Qué haría con esos enanitos? Hablamos demasiado tiempo de las dificultades que podían acarrear las diferencias de nuestra edad. Perdimos tal vez la fe que necesitábamos.

Nuestro proyecto no se cumplió. Los dos perdimos la ocasión de satisfacer nuestra curiosidad.

A veces reincidimos en la tentación de intercambiar nuestro destino; hacemos algunas tentativas, pero siempre vuelve a ocurrir el mismo impedimento: si se piensa en las dificultades que Magush ha vencido resulta absurdo. No hace mucho estuve a punto de partir. Hice mis valijas. Nos despedimos. Las imágenes en las ventanas eran tentadoras. Algo me retuvo a último momento. Lo mismo sucedió a Magush; no tuvo valor para escaparse de la carbonería.
A mí me fascina siempre el destino de Magush y a él (por malo que sea) el mío, pero en el fondo lo único que deseamos los dos es seguir contemplando las ventanas de esa casa y regalar a otros nuestro destino, mientras no nos parezca extraordinario.

La propiedad

En esa propiedad de campo que daba sobre el mar, cuyo jardín no tenía flores por culpa del viento, pero toda suerte de cascadas, de grutas, de fuentes y de glorietas, vivíamos en un Edén. La señora a veces iba a la ciudad y durante su ausencia yo aprovechaba para descansar. Bonita como nadie, yo salía esos días y bajaba a la playa, con el kimono y las sandalias puestos; no llevaba ninguna uña sin barniz, ninguna pierna sin depilar.
Aproveché las vacaciones, que pasaron en un abrir y cerrar de ojos, para someterme a operaciones de cirugía estética: empecé por la nariz, después fue el turno de los ojos y de los senos. Los médicos no me cobraban nada. Yo no tenía inconveniente en prestarme para experimentos de esos, porque me atendían médicos importantes y serios, verdaderos doctores y no practicantes que la matan a una, prometiendo el oro y el moro.
No había propiedad en el continente tan bonita como ésa. Muchos huéspedes millonarios venían a alojarse y pasaban días, a veces semanas, a veces meses, en la casa. La señora era buena, tanto para las visitas como para la servidumbre. Mi trabajo era agradable. No enceraba pisos, ni limpiaba vidrios, que es tan engorroso.
Lo que más me costaba era levantarme a las seis y media de la mañana: ni la limpieza de los baños, ni atender el teléfono cuando me colgaban el tubo, me desagradaba tanto como ese momento en que abandonaba mis castillos en el aire, para levantarme y servir los desayunos, que no es trabajo de cocinera.
En aquella mansión, en lugar de flores, peces rojos, que nadaban en sus peceras como Pedro por su casa, adornaban los dormitorios. Ésta era una de las tantas originalidades de la patrona. Además de ser generosa, mi señora era bonita y rubia como el trigo, "tal vez un poquito delgada para su estatura", decían el panadero Ruiz y Langostino, el del muelle, que eran unos envidiosos; para mí, estaba en su peso. Pero ella nunca estaba

satisfecha. Siempre quería adelgazar más: ¡Qué pecado! El tratamiento de un especialista, con hormonas, que valían un ojo de la cara, le hizo aumentar cuarenta kilos, que rebajaba fácilmente, sin querer, y comiendo como un tiburón o como un pajarito. ¡Cuántas veces la sostuve en mis brazos, llorando porque no había bajado de peso o porque había subido injustamente, con muchos sacrificios! Una vez me resfrié de tantas lágrimas que recibí sobre los hombros. ¡Yo era su paño de lágrimas!
-Si fuera pobre como yo no se alimentaría tan mal -le decía para consolarla-
-Peor sería parecer un elefante como la señora Macuri, o un palillo de dientes como doña Selena, o el hambre en la India, como otras de sus invitadas -yo agregaba con el corazón en la mano. Ella me hacía callar. Sabía que era perfecta, pero se encaprichaba con la misma retahíla: gorda y flaca, flaca y gorda.
Desde las ocho de la mañana, los compañeros llevaban las peceras al jardín para cambiarles el agua y dar comida a los peces, que eran unos comilones. Las persianas cerraban bien, tan bien que se necesitaban maña y fuerza para abrirlas. Un día uno de los invitados me llamó para que abriera una de ellas.
-Yo me ahogo en esta casa. Es bonita, pero las persianas no se abren.
Se lo conté a la señora y aprovechó para no invitar más al desagradecido, que nunca me dio propina, ni cuando le buscaba los zapatos debajo de la cama, que no era mi trabajo.
La señora me trataba bien, salvo cuando se enojaba y eso sucedía todos los días: por una puerta abierta, por un sillón colocado en otro sitio, por una basurita que había caído en un rincón, por los bichos feos que ensuciaban las sillas de la terraza. ¡Qué culpa tenía yo!
La señora era elegante. Con verdadera pena, yo veía envejecer los trajes, los zapatos, los guantes, la ropa interior, que iba a regalarme. No soy interesada. A veces, si caía el lápiz de rouge al suelo, me lo regalaba; si le faltaba un solo diente al peine, aunque fuera de carey, también me lo regalaba. No mezquinaba los perfumes: el perfume desaparecía de a medio frasco por día: las visitas tenían todas el mismo olor relajante de algunas flores, que no me dejan dormir de noche.
Las mallas de baño, yo las estrenaba nuevecitas, porque el día en que la señora las compraba ya le parecían horribles, por esto, por lo otro y por lo de más allá. Yo era muy feliz en aquella vida de abundancia y de lujo: nunca faltó vino en mi comida, ni café, ni té, si lo quería. Los remedios viejos y los postres que habían salido mal, me los regalaba para mi madre enferma, que la adoraba como yo.
Todo cambió cuando llegó Ismael Gómez. La señora ya no me regaló sus vestidos viejos, ni sus remedios, porque Ismael Gómez pretendía que cuanto más viejo era un traje o un remedio, sentaban mejor. Las comidas

también cambiaron: me obligaron a preparar muchos postres con crema y huevo batido, mucho merengue con dulce de leche, y yemas quemadas, que me hacían mal al hígado. Ismael Gómez tenía una verdadera adoración por la señora pero la respetaba, eso sí. No la dejaba mover, le alcanzaba cualquier cosita que necesitaba. Todo el día le ofrecía algo de comer, le compraba bebidas finísimas y él no compartía nada, como si no quisiera abusar de las riquezas de la señora. La gente decía que era un pan de Dios, pero yo no lo tragaba.

En aquella época la señora tomó a su servicio a un cocinero gigante, recomendado por Ismael Gómez. Me sacaron de la cocina sin decir agua va. Las comidas cambiaron de nuevo. Enormes postres de cuatro pisos, adornados con figuras aparentemente alegres, desfilaban a diario por el comedor. Con el tiempo descubrí que esas figuras hechas de merengue rosado, que en el primer momento me parecían tan bonitas, representaban calaveras, monstruos con cuatro cabezas, diablos con guadañas, en fin, todo un mundo de cosas horribles, que mi señora no advirtió, porque no era maliciosa; yo no me atreví a explicarle nada. Resolví, sin embargo, vigilar las comidas, y a las horas en que preparaban las fuentes, entraba intempestivamente en la cocina, donde me recibían de mala gana.

Ismael Gómez redobló sus cuidados con la señora. No permitía que se molestara ni para ir al Banco. Durante varios días, en un cuaderno con hojas cuadriculadas, como un nene que no sabe escribir, se ejercitó en imitar la firma de la señora, hasta que nadie pudo distinguir qué mano había escrito aquellas líneas.

Varias veces me escondí detrás de la puerta, para oír las conversaciones entre la señora e Ismael Gómez, al atardecer, antes de que nos fuéramos a la cama. Yo presentía que alguna desgracia iba a suceder en la casa, pero no podía explicar en qué fundaba mis presentimientos. Tuve que consultar a un médico, porque durante varias noches tuve pesadillas que me dejaron afiebrada.

Mis presentimientos se cumplieron el día en que vi a mi señora acostada con perfil de santa, entre coronas de flores blancas, en la capilla ardiente. Yo llegaba de casa de mis tías, donde había pasado un mes de vacaciones, y pregunté en la puerta, sujetando con la mano mi corazón, que latía como un despertador:

-¿Dónde está la señora?

-Está en la sala, de cuerpo presente -me respondieron.

Se me doblaron las rodillas. En los espejos yo parecía ni más ni menos que una enana. ¿Quién es ésa?, pensé, y era yo. Entré en la sala llorando como una Magdalena. El señor Ismael Gómez me tomó del brazo y me dijo:

-Tengo que darte una buena noticia. La señora te deja una pequeña fortuna, a condición de que cuides esta casa, que ahora es mía, como la

cuidaste siempre para mí y para ella, que seguirá viviendo en nuestra memoria -y agregó, conteniendo las lágrimas-:
¡Ya ves lo que es la vida! No quiso ser mi novia y ahora es la novia de la muerte, que es menos alegre que yo.
Un zumbido de moscardones llenó la sala: mujeres enlutadas rezaron. Perdí la cabeza.
Me arrojé en los brazos que Ismael Gómez me tendía como un padre y comprendí que era un señor bondadoso.

Los objetos

Alguien regaló a Camila Ersky, el día que cumplió veinte años, una pulsera de oro con una rosa de rubí. Era una reliquia de familia. La pulsera le gustaba y sólo la usaba en ciertas ocasiones, cuando iba a alguna reunión o al teatro, a una función de gala. Sin embargo, cuando la perdió, no compartió con el resto de la familia, el duelo de su pérdida. Por valiosos que fueran, los objetos le parecían reemplazables. Sólo apreciaba a las personas, a los canarios que adornaban su casa y a los perros. A lo largo de su vida, creo que lloró por la desaparición de una cadena de plata, con una medalla de la virgen de Luján, engarzada en oro, que uno de sus novios le había regalado. La idea de ir perdiendo las cosas, esas cosas que fatalmente perdemos, no la apenaba como al resto de su familia o a sus amigas, que eran todas tan vanidosas. Sin lágrimas había visto su casa natal despojarse, una vez por un incendio, otra vez por un empobrecimiento, ardiente como un incendio, de sus más preciados adornos (cuadros, mesas, consolas, biombos, jarrones, estatuas de bronce, abanicos, niños de mármol, bailarines de porcelana, perfumeros en forma de rábanos, vitrinas enteras con miniaturas, llenas de rulos y de barbas), horribles a veces pero valiosos. Sospecho que su conformidad no era un signo de indiferencia y que presentía con cierto malestar que los objetos la despojarían un día de algo muy precioso de su juventud. Le agradaban tal vez más a ella que a las demás personas que lloraban al perderlos. A veces los veía. Llegaban a visitarla como personas, en procesiones, especialmente de noche, cuando estaba por dormirse, cuando viajaba en tren o en automóvil, o simplemente cuando hacía el recorrido diario para ir a su trabajo. Muchas veces le molestaban como insectos: quería espantarlos, pensar en otras cosas. Muchas veces por falta de imaginación se los describía a sus hijos, en los cuentos que les contaba para entretenerlos, mientras comían. No les agregaba ni brillo, ni belleza, ni misterio: no hacía falta.
Una tarde de invierno volvía de cumplir unas diligencias en las calles de la ciudad y al cruzar una plaza se detuvo a descansar en un banco. ¡Para qué imaginar Buenos Aires! Hay otras ciudades con plazas. Una luz crepuscular

bañaba las ramas, los caminos, las casas que la rodeaban; esa luz que aumenta a veces la sagacidad de la dicha. Durante un largo rato miró el cielo, acariciando sus guantes de cabritilla manchados; luego, atraída por algo que brillaba en el suelo, bajó los ojos y vio, después de unos instantes, la pulsera que había perdido hacía más de quince años. Con la emoción que produciría a los santos el primer milagro, recogió el objeto. Cayó la noche antes que resolviera colocar como antaño en la muñeca de su brazo izquierdo la pulsera.

Cuando llegó a su casa, después de haber mirado su brazo, para asegurarse de que la pulsera no se había desvanecido, dio la noticia a sus hijos, que no interrumpieron sus juegos, y a su marido, que la miró con recelo, sin interrumpir la lectura del diario. Durante muchos días, a pesar de la indiferencia de los hijos y de la desconfianza del marido, la despertaba la alegría de haber encontrado la pulsera. Las únicas personas que se hubieran asombrado debidamente habían muerto.

Comenzó a recordar con más precisión los objetos que habían poblado su vida; los recordó con nostalgia, con ansiedad desconocida. Como en un inventario, siguiendo un orden cronológico invertido, aparecieron en su memoria la paloma de cristal de roca, con el pico y el ala rotos; la bombonera en forma de piano; la estatua de bronce, que sostenía una antorcha con bombitas de luz; el reloj de bronce; el almohadón de mármol, a rayas celestes, con borlas; el anteojo de larga vista, con empuñadura de nácar; la taza con inscripciones y los monos de marfil, con canastitas llenas de monitos.

Del modo más natural para ella y más increíble para nosotros, fue recuperando paulatinamente los objetos que durante tanto tiempo habían morado en su memoria.

Simultáneamente advirtió que la felicidad que había sentido al principio se transformaba en malestar, en un temor, en una preocupación.

Apenas miraba las cosas, de miedo de descubrir un objeto perdido.

Desde la estatua de bronce con la antorcha que iluminaba la entrada de la casa, hasta el dije con el corazón atravesado con una flecha, mientras Camila se inquietaba, tratando de pensar en otras cosas, en los mercados, en las tiendas, en los hoteles, en cualquier parte, los objetos aparecieron. La muñeca cíngara y el calidoscopio fueron los últimos. ¿Dónde encontró estos juguetes, que pertenecían a su infancia? Me da vergüenza decirlo, porque ustedes, lectores, pensarán que sólo busco el asombro y que no digo la verdad. Pensarán que los juguetes eran otros parecidos a aquéllos y no los mismos, que forzosamente no existirá una sola muñeca cíngara en el mundo ni un solo calidoscopio. El capricho quiso que el brazo de la muñeca estuviera tatuado con una mariposa en tinta china y que el calidoscopio tuviera, grabado sobre el tubo de cobre, el nombre de Camila Ersky.

Si no fuera tan patética, esta historia resultaría tediosa. Si no les parece patética, lectores, por lo menos es breve, y contarla me servirá de ejercicio. En los camarines de los teatros que Camila solía frecuentar, encontró los juguetes que pertenecían, por una serie de coincidencias, a la hija de una bailarina que insistió en canjeárselos por un oso mecánico y un circo de material plástico. Volvió a su casa con los viejos juguetes envueltos en un papel de diario. Varias veces quiso depositar el paquete, durante el trayecto, en el descanso de una escalera o en el umbral de alguna puerta.

No había nadie en su casa. Abrió la ventana de par en par, aspiró el aire de la tarde. Entonces vio los objetos alineados contra la pared de su cuarto, como había soñado que los vería. Se arrodilló para acariciarlos. Ignoró el día y la noche. Vio que los objetos tenían caras, esas horribles caras que se les forman cuando los hemos mirado durante mucho tiempo.

A través de una suma de felicidades Camila Ersky había entrado, por fin, en el infierno.

Nosotros

-¡Nunca te mires en un espejo: sería una redundancia! -me dicen nuestros amigos-. Lo mirarás a Eduardo que es igual a ti, para peinarte o anudarte la corbata.

Dicen que nos parecemos como dos gotas de agua, pero conozco las diferencias que hay entre nosotros como la diferencia que hay entre mi mano izquierda y mi mano derecha, o mi ojo derecho y mi ojo izquierdo. Modestia aparte, mi cara de perfil es más perfecta que la de Eduardo, el hoyuelo de las mejillas, que tanto éxito tiene, se me acentúa más cuando nos reímos; por eso las chicas me miran tanto: sin embargo, nunca traté de enamorarme de otras mujeres que las que enamoraban a mi hermano. A veces pensé que sería conveniente independizarme un poco, lo confieso, pero no tuve valor. Soy feliz: para qué buscarle tres pies al gato. Somos de una familia pudiente y distinguida. Por las mañanas tomamos un desayuno copioso que hasta el Rey de Inglaterra envidiaría. Nos dedicamos a algunos deportes: el lanzamiento de la jabalina, la natación o el golf. Por las tardes nos ocupamos de nuestra tarea habitual que nos da tanta satisfacción. Creo que no conocemos lo que es estar tristes ni deprimidos. Nos bastaría abrir el ropero y contemplar nuestros zapatos lustrosos como espejos para borrar cualquier preocupación. El ama de llaves que tenemos es un pan de Dios; ella contribuye a la felicidad de nuestra vida. (Ama de llaves, ama de leche, ama de casa. Siempre nos fascinaron esas mujeres ejemplares.) Un día nos enamoramos de ella, porque la teníamos a mano, pero pronto tuvimos una desilusión tremenda: sus dientes, que nos parecían un collar de perlas, eran postizos. Los descubrimos adentro de un vaso de agua, en su cuarto. Sus

pies, con los cuales tropezábamos, tenían un dedo encimado. Sus desayunos eran natas sobre un trozo de pan y ajo picado.
-Sería mejor pensar en otra cosa -dije a Eduardo, que inmediatamente me comprendió.
¡Pobre Bernarda! Cuántas ilusiones se habrá hecho con nosotros. ¡No quiero pensar en las desventuras ajenas! Para ella siempre seremos los niños mimados, los diablillos, los buenos mozos despreocupados.
Cuando nos enamoramos de Leticia pensamos que el mundo iba a cambiar. La felicidad es ambiciosa: queríamos más y más. La conocimos en el Club Náutico de San Isidro. Eduardo fue el que la conquistó con no sé qué triquiñuelas. Yo me enardecí, pero ella no quería saber nada conmigo.
-¿Por qué emplea siempre el plural? -me dijo.
-¿La molesto? -le pregunté.
-Eduardo es mi novio, ¿no se da cuenta? -me contestó. Me alejé, desconsolado.
A veces me confundía con Eduardo cuando me encontraba en la calle, y me saludaba efusivamente, o en el teléfono cuando llamaba a casa para hablar con él y me decía frases amorosas que me agradaban. Cuando Eduardo se casó fingí ausentarme por unos meses a la Patagonia, lugar ideal para un misántropo.
Quedé de incógnito en un hotel de Buenos Aires, haciéndome la ilusión de viajar por Europa. Eduardo venía a visitarme por las tardes, con los bolsillos llenos de tabletas de chocolate suizo. Desde el hotel llamaba a su mujer y me daba el tubo para que yo finalizara la conversación; yo hacía esto de buena gana, pues Leticia me decía palabras encendidas con una voz no menos encendida. ¡Cuánto nos divertíamos!
En el barrio donde vivía Eduardo había como ahora frecuentes cortes de luz que se anunciaban con anterioridad en los diarios. Esta circunstancia facilitaría las cosas. Eduardo, con muchos eufemismos, me dio la idea:
-¿Por qué no pasas la noche con Leticia? Yo te relevaré antes de las siete de la mañana.
Me dio las llaves. Con el corazón en la boca acepté y fui al departamento que queda en la calle Junín. Estaba convenido que llegaría a medianoche, hora en que Eduardo tenía que regresar de una comida de hombres solos, en el Hotel Alvear. Tomé unas píldoras para los nervios y llegué al departamento después de demorarme en el ascensor más de lo necesario. Abrí la puerta con tranquilidad, oí unos pasos desnudos en la alfombra. Leticia se echó en mis brazos. Eduardo me había dicho:
-Tienes que representarme. Llámala mi corderito.
No me costaba imaginar que yo era Eduardo: en la infancia había jugado muchas veces un juego similar; pero llamarla Corderito no podía. La alcé en mis brazos y la llevé a la cama. El resto casi no lo recuerdo. La emoción

sexual es una suerte de hipnótico, que me roba la memoria. Cuando llegó Eduardo a relevarme yo estaba profundamente dormido. Con mucha precaución, tuvo que acercarse a la cama y despertarme, antes que Leticia se despertara. Volví varias veces, en similares circunstancias, a dormir en los brazos de Leticia. La vida se volvió agradable y no exenta de peligros y de variaciones.
Dos personas juntas se atreven a hacer cualquier cosa: Eduardo y yo tenemos una fuerza mayor que el común de las personas. ¿Qué otros mellizos se hubieran atrevido a semejante acción?
Bien se dice que el amor es ciego. Comenzaba el otoño. Durante una semana Leticia convivió conmigo, creyendo que yo era Eduardo. Yo mismo llegué a creer que era Eduardo a fuerza de imitarlo. Pero una circunstancia desagradable rompió el encanto. Leticia oyó comentarios malignos de personas que habían visto a Eduardo a la hora en que ella estaba en mis brazos. Leticia comenzó a cavilar sobre posibles desdoblamientos, sobre circunstancias mágicas, que permitían simultáneamente que ella estuviera en los brazos de Eduardo mientras Eduardo estaba en otros sitios. Alguien, tal vez malignamente, sacó una fotografía de Eduardo, sin que éste lo advirtiera, en una casa donde jugaban al póker. La fotografía llevaba la fecha y la dirección en el dorso y alguien se la mandó a Leticia.
Leticia comenzó a cavilar fríamente, mientras yo la abrazaba. Me confió sus inquietudes. La tranquilicé. ¡Mi vida ya no era una vida! Una mañana creí que Leticia estaba durmiendo, como lo estaba habitualmente a la hora en que Eduardo me relevaba. Furtivamente me levanté cuando oí entrar a Eduardo, que se asomó a la puerta. ¡Se nos heló la sangre! Como una aparición, Leticia se levantó de la cama. Tanta tranquilidad no era humana. Se acercó al teléfono y habló con una tapicería para que vinieran a colocarle las alfombras. Pensé que iba a matar a uno de los dos o a delatarnos. Seguramente la vergüenza le impidió hacerlo. Trató por todos los medios de que Eduardo se batiera conmigo.
Hicimos nuestro baúl y con Eduardo nos fuimos de esa casa donde la vida ya nos parecía tediosa, por no decir insoportable.

La furia

(Para mi amigo Octavio.)

Por momentos creo que oigo todavía ese tambor. ¿Cómo podré salir de esta casa sin ser visto? Y, suponiendo que pudiera salir, una vez afuera, ¿cómo haría para llevar al niño a su casa? Esperaría que alguien lo reclamara por radio o por los diarios. ¿Hacerlo desaparecer? No sería posible. ¿Suicidarme? Sería la última solución. Además ¿con qué podría hacerlo?

¿Escaparme? ¿Por dónde? En los corredores, en este momento, hay gente. Las ventanas están tapiadas.
Me formulé mil veces estas preguntas a mí mismo hasta que descubrí el cortaplumas que el niño tenía en la mano y que guardaba de vez en cuando en el bolsillo. Me tranquilicé pensando que podía, en última instancia, matarlo, cortándole, en la bañadera, para que no ensuciara el piso, las venas de las muñecas. Una vez muerto lo colocaría debajo de la cama.
Para no volverme loco saqué la libreta de apuntes que llevo en el bolsillo, y mientras el niño jugaba de un modo inverosímil con los flecos de la colcha, con la alfombra, con la silla, escribí todo lo que me había sucedido desde que conocí a Winifred.
La conocí en Palermo. Sus ojos brillaban, ahora me doy cuenta, como los de las hienas. Me recordaba a una de las Furias. Era frágil y nerviosa, como suelen ser las mujeres que no te gustan, Octavio. El pelo negro era fino y crespo, como el vello de las axilas. Nunca supe qué perfume usaba, pues su olor natural modificaba el del frasco sin etiqueta, decorado con cupidos, que vislumbré en el interior revuelto de su cartera.
Nuestro primer diálogo fue breve:
-Che, no parecés argentina, vos.
-Es claro. Soy filipina.
-¿Hablás inglés?
-Es claro.
-Podrías enseñarme.
-Para qué.
-Para estudiar me vendría bien.
Ella paseaba con un niño que cuidaba; yo, con un libro de matemáticas o de lógica, debajo del brazo. Winifred no era muy joven; lo advertí por las venas de las piernas, que formaban pequeños arbolitos azules a la altura de la rodilla y por la hinchazón pronunciada de los párpados. Me dijo que tenía veinte años.
La veía los sábados por la tarde. Durante un tiempo, recorriendo el mismo trayecto del primer día, desde el busto de Dante, que queda junto a un aguaribay, hasta la jaula de los monos, mirando la punta de nuestros zapatos tiznados con polvo, o dando carne cruda a los gatos, repetimos el mismo diálogo, con distinto énfasis, casi podría decir con distinto significado. El niño tocaba sin cesar el tambor. Nos cansamos de los gatos el día en que nos tomamos de la mano: no alcanzaba el tiempo para cortar tantos pedacitos de carne cruda. Un día llevamos pan a las palomas y a los cisnes: esto fue un pretexto para retratarnos al pie del puente que comunica con la isla clausurada del lago, cuyo portón abunda en inscripciones pornográficas. Quiso escribir su nombre y el mío junto a una de las inscripciones más obscenas. Le obedecí con desgano.

Me enamoré de ella cuando pronunció un alejandrino (Octavio, me enseñaste métrica).
-Me acuerdo de mis plumas de ángel, cuando era chica.
Para no turbarme, la miré en el agua. Creí que lloraba.
-¿Tenías plumas de ángel? -pregunté con voz sentimental.
-Eran de algodón y muy grandes -me respondió-. Encuadraban mi cara. Parecían de armiño. Para el día de la Virgen, las hermanas del colegio me vistieron de ángel, con un vestido celeste; una túnica, no un vestido. Debajo llevaba una malla celeste y zapatos celestes también. Me hicieron rulos y me los pegaron con goma arábiga.
Le coloqué mi brazo alrededor de la cintura, pero siguió hablando:
-Sobre la cabeza me pusieron una corona de azucenas artificiales. Las azucenas son muy fragantes, creo que eran nardos. Sí, nardos. Vomité durante toda la noche. Nunca olvidaré ese día. Mi amiga Lavinia, a quien estimaban tanto como a mí en el colegio, recibió la misma distinción: la vistieron de ángel, de ángel rosado (el ángel rosado era menos importante que el ángel celeste).
(Recordé tus consejos, Octavio, no hay que ser tímido para conquistar a una mujer.)
-¿No querés que nos sentemos? -le dije, abrazándola, frente a un banco de mármol.
-Sentémonos en el césped -me dijo.
Dio unos pasos y se echó al suelo.
-Me gustaría encontrar un trébol de cuatro hojas... y me gustaría darte un beso.
Prosiguió, como si no me hubiera oído:
-Mi amiga Lavinia murió aquel día: fue el día más feliz y más triste de mi vida. Feliz, porque las dos estábamos vestidas de ángel; triste porque perdí para siempre la felicidad.
Para que tocara sus lágrimas, puso mi mano sobre su mejilla.
-Siempre que la recuerdo, lloro -dijo, con voz entrecortada-. Aquel día festivo terminó en tragedia. Una de las alas de Lavinia se incendió en la llama del cirio que yo llevaba en mi mano. El padre le Lavinia se precipitó para salvar a su hija: la cargó, corrió al presbiterio, atravesó el patio, entró en el cuarto de baño con esa antor-ha viva. Cuando la sumergió en el agua de la bañadera ya era tarde. Mi amiga Lavinia yacía carbonizada. De su cuerpo quedó sólo este anillo que cuido como oro en polvo -me dijo, mostrando en su anular un anillito con un rubí-. Un día, jugando, me prometió que me regalaría el anillo cuando muriera. No faltó gente malintencionada que me acusara de haber incendiado a propósito las alas de Lavinia. La verdad es que sólo puedo jactarme de haber sido bondadosa con una persona: con ella. Yo vivía dedicada como una verdadera madre a

cuidarla, a educarla, a corregir sus defectos. Todos tenemos defectos: Lavinia era orgullosa y miedosa. Tenía el pelo largo y rubio, la piel muy blanca. Para corregir su orgullo, un día le corté un mechón que guardé secretamente en un relicario; tuvieron que cortarle el resto del pelo, para emparejarlo. Otro día, le volqué un frasco de agua de Colonia sobre el cuello y la mejilla; su cutis quedó todo manchado.
El niño tocaba el tambor junto a nosotros. Le dijimos que se alejara, pero no nos obedeció.
-¿Si le quitásemos el tambor? -inquirí con impaciencia.
-Tendría un ataque de nervios -me respondió Winifred.
-¿Podré verte algún día, sin el chico o sin el tambor?
-Por ahora, no -respondió Winifred.
Llegué a creer que era hijo de ella, tanto lo complacía.
-¿Y la madre, la madre nunca puede estar con él? -le pregunté un día, con acritud.
-Para eso me pagan -me contestó, como si la hubiera insultado.
Después de una serie de besos, que cambiamos entre los follajes, continuó sus confidencias, sin que el niño dejara de tocar el tambor.
-En las Filipinas hay paraísos.
-Aquí también -le respondí, creyendo que hablaba de árboles.
-Paraísos de felicidad. En Manila, donde yo nací, las ventanas de las casas están adornadas de madreperla.
-¿Con ventanas adornadas de madreperla logra uno ser feliz?
-Estar en el paraíso equivale a lograr la felicidad; pero siempre llega la serpiente y uno la espera. Los temblores de tierra, la invasión japonesa, la muerte de Lavinia, todo ocurrió después. Lo presentí, sin embargo. Mis padres siempre colocaban afuera de nuestra casa, junto a la puerta principal, un platito con leche para que las víboras no entraran en la casa. Una noche se olvidaron de colocar la leche afuera. Cuando mi padre se metió en la cama, sintió algo caliente entre las sábanas. Era una víbora. Para matarla de un balazo tuvo que esperar hasta la mañana. No quería asustarnos con la detonación. Aquella vez presentí todo lo que iba a ocurrir. Fue una premonición. Arrodillada en la capilla del colegio trataba de pedir protección a Dios, pero siempre que estaba arrodillada, mis pies me molestaban. Los doblaba hacia afuera, hacia adentro, para un lado, para el otro, sin hallar postura adecuada para el recogimiento. Lavinia me miraba con asombro; ella era muy inteligente y no podía comprender que uno tuviera esas dificultades frente a Dios. Ella era sensata; yo era romántica. Un día, vagando con un libro, en un campo cubierto de lirios, me dormí. Era ya tarde. Me buscaron con linternas: el cortejo iba encabezado por Lavinia. Allí los lirios dan sueño, son flores narcóticas. Si no me hubieran encontrado, seguramente usted no estaría hablando hoy conmigo.

El niño se sentó junto a nosotros, tocando el tambor.
-¿Por qué no le sacamos el tambor y se lo tiramos al lago? -me aventuré a decir-. Me aturde el ruido.
Winifred dobló su impermeable rojo, lo acarició y siguió hablando:
-En los dormitorios del colegio, Lavinia lloraba de noche, porque temía a los animales. Para combatir sus inexplicables terrores, metí arañas vivas adentro de su cama. Una vez metí un ratón muerto que encontré en el jardín, otra vez metí un sapo. A pesar de todo no conseguí corregirla; su miedo, por lo contrario, durante un tiempo se agravó. Llegó al paroxismo el día en que la invité a mi casa. Alrededor de la mesita donde estaba dispuesto el juego de té con las masas, coloqué todas las fieras que mi padre había cazado en África y había mandado embalsamar: dos tigres y un león. Lavinia no probó la leche ni las masas aquel día. Yo jugaba a darle de comer a las fieras. Ella lloraba. La llevé a las hamacas del jardín, para consolarla. No cesó de llorar, hasta el momento en que anocheció. Entonces aproveché la oscuridad para esconderme detrás de unas plantas. El miedo secó sus lágrimas. Creyó que estaba sola. El sitio de las hamacas quedaba retirado de la casa. Permaneció de pie, junto a un banco rústico, rascándose nerviosamente las rodillas, hasta que aparecí cubierta de hojas de banano. En la oscuridad adiviné la palidez de su cara y los hilitos de sangre de sus rodillas arañadas. Dije su nombre, tres veces: Lavinia, Lavinia, Lavinia, tratando de cambiar mi voz. Palpé su mano helada. Creo que se desvaneció. Esa noche tuvieron que ponerle bolsas de agua caliente en los pies y bolsas de hielo en la cabeza. Lavinia dijo a sus padres que no quería verme más. Nos reconciliamos, como es natural. Para celebrar nuestra reconciliación, fui a su casa con varios regalos: chocolate y una pecera con un pez rojo; pero lo que más le desagradó fue un monito, vestido de verde, con cuatro cascabeles. Los padres de Lavinia me recibieron con cariño y me agradecieron los regalos, que Lavinia no me agradeció. Creo que el pez y el mono murieron de inanición. En cuanto al chocolate, Lavinia no lo probó. Tenía la manía de no comer dulces, razón por la cual la reprendían, cuando no le metían a la fuerza en la boca, bombones o dulces que yo siempre le regalaba.
-¿No querés que paseemos por otra parte? -le dije, interrumpiendo sus confidencias-. Está lloviendo.
-Bueno -me contestó, poniéndose el impermeable.
Caminamos, cruzamos la avenida de las palmeras, llegamos al Monumento a los Españoles. Buscamos un taxímetro. Di las instrucciones al chauffeur. En el camino compramos chocolate y pan, para el niño. La casa era como las otras de su género, un poco más grande, tal vez. La habitación tenía un espejo con molduras doradas y un perchero, cuyas perchas lucían en sus extremidades cuellos de cisne. Escondimos el tambor debajo de la cama.

-¿Qué hacemos con el niño? -pregunté, sin recibir otra respuesta que el abrazo que nos condujo a un laberinto de otros abrazos. Penetramos, nos demoramos en la oscuridad como en un túnel, cegados por la luz del jardín donde habíamos estado.
-¿Y el niño? -volví a interrogar, viendo su ausencia, su sombrero de paja y sus guantes blancos en la penumbra-. ¿No estará debajo de la cama?
-Ese andariego andará por los corredores de la casa.
-¿Y si alguien lo ve?
-Pensarán que es el hijo del dueño.
-Pero no permiten traer niños.
-¿Cómo lo dejaron pasar?
-No lo vieron, debajo de tu impermeable.
Cerré los ojos y aspiré el perfume de Winifred.
-Qué cruel fuiste con Lavinia -le dije.
-¿Cruel, cruel? -me respondió, con énfasis-. Cruel soy con el resto del mundo. Cruel seré contigo -dijo, mordiendo mis labios.
-No podrás.
-¿Estás seguro?
-Estoy seguro.
Ahora comprendo que sólo quería redimirse para Lavinia, cometiendo mayores crueldades con las demás personas. Redimirse a través de la maldad.
Después salí en busca del niño, porque ella me lo pidió. Vagué por los corredores. No había nadie. Me detuve en el patio donde llegaban los taxímetros con parejas que ocultaban risas, alegría, vergüenza. Un gato blanco se trepó a una enredadera. El niño estaba orinando junto a la pared. Lo alcé y lo llevé escondiéndome lo mejor que pude. Al entrar en el cuarto, primeramente no vi nada; la oscuridad era absoluta. Luego advertí que Winifred ya no estaba. Nada de ella había quedado, ni su cartera, ni sus guantes, ni el pañuelo con iniciales celestes. Abrí bruscamente la puerta para ver si la alcanzaba en el corredor, pero no hallé ni el perfume de ella. Volví a cerrarla y mientras el niño jugaba peligrosamente con los flecos de la colcha, descubrí el tambor. Revisé todos los rincones en donde Winifred hubiera podido, en su distracción, dejar algo de ella, algo que me ayudara a encontrarla de nuevo: su dirección, la dirección de una amiga, el apellido de ella.
Intenté varios diálogos con el niño, que me fueron de poca utilidad.
-No toques el tambor. ¿Cómo te llamas?
-Cintito.
-Ése es un sobrenombre, ¿cuál es tu verdadero nombre?
-Cintito.
-¿Y tu niñera?

-Niní.
-¿Y qué más?
-Nada más.
-¿Dónde vive?
-En una casita.
-¿Dónde?
-En una casita.
-¿Dónde está esa casita?
-No sé.
-Te doy bombones, si me decís cómo se llama tu niñera.
-Dame bombones.
-Después. ¿Cómo se llama?
Cintito siguió jugando con la colcha, con la alfombra, con la silla, con los palillos del tambor.
¿Qué haré?, pensaba, mientras hablaba con el niño.
-No toques el tambor. Más divertido es hacerlo rodar.
-¿Por qué?
-Porque no hay que hacer ruido.
-Si yo quiero.
-No toques, te digo.
-Entonces devolvéme el cortaplumas.
-No es un juguete para niños. Podrías lastimarte.
-Tocaré el tambor.
-Si tocas el tambor, te mato.
Comenzó a gritar. Lo tomé del cuello. Le pedí que se callara. No quiso escucharme. Le tapé la boca con la almohada. Durante unos minutos se debatió; luego quedó inmóvil, con los ojos cerrados.
Vacilar es una de mis perdiciones. Durante minutos que me comunicaron con la eternidad, repetí: ¿Qué haré?
Ahora sólo espero que se abra la puerta de mi cárcel donde todavía estoy encerrado. Siempre fui así: por no provocar un escándalo fui capaz de cometer un crimen.

Carta perdida en un cajón

¿Cuánto tiempo hace que no pienso en otra cosa que en ti, imbécil, que te intercalas entre las líneas del libro que leo, dentro de la música que oigo, en el interior de los objetos que miro? No me parece posible que el revestimiento de mi esqueleto sea igual al tuyo. Sospecho que perteneces a otro planeta, que tu Dios es diferente del mío, que el ángel guardián de tu infancia no se parecía al mío. Como si se tratara de alguien que hubiera entrevisto en la calle, me parece que no nos hemos conocido en la infancia

y que aquella época hubiera sido mero sueño. Pensar de la mañana a la noche y de la noche a la mañana en tus ojos, en tu pelo, en tu boca, en tu voz, en esa manera de caminar que tienes, me incapacita para cualquier trabajo. A veces, al oír pronunciar tu nombre mi corazón deja de latir. Imagino las frases que dices, los lugares que frecuentas, los libros que te gustan. En medio de la noche, me despierto con sobresaltos preguntándome: "¿dónde estará esa bestia?" o "¿con quién estará?" A veces, con mis amigos, llevo el diálogo a temas que fatalmente atraen comentarios sobre tu modo de vivir, sobre las particularidades de tu carácter, o bien paso por la puerta de tu casa, perdiendo un tiempo infinito en esperarte para ver a qué horas sales o cómo te has vestido. Ningún amante habrá pensado tanto en su amada como yo en ti. Recuerdo siempre tus manos levemente rojas, y la piel de tus brazos oscura en los pliegues del codo o en el cuello como arena húmeda. "¿Será suciedad?", pienso, esperando con un defecto nuevo lograr la destrucción de tu ser tan despreciable. Podría dibujar tu cara con los ojos cerrados, sin equivocarme en ninguna de sus líneas: me guardaré de hacerlo, pues temo mejorar tus facciones o divinizar la expresión un poco bestial de tus mejillas prominentes. Será una mezquindad de mi parte, pero todas mis mezquindades te las debo a ti. Después de nuestra infancia, que transcurrió en un colegio que fue nuestra prisión donde nos veíamos diariamente y dormíamos en el mismo dormitorio, podría enumerar algunos furtivos encuentros: un día en el andén de una estación, otro día en una playa, otro día en un teatro, otro día en la casa de unos amigos. No olvidaré aquel último encuentro, tampoco olvido los otros, pero el último me parece más significativo. Cuando advertí tu presencia en aquella casa perdí por la fracción de un segundo el conocimiento. Tus pies lascivos estaban desnudos. Pretender describir la impresión que me causaron las uñas de tus pies sería como pretender reconstruir el Partenón. Creo, sin embargo, que en la infancia tuve el presentimiento de todo lo que iba a sufrir por ti. Oí a mi madre pronunciar tu nombre cuando entramos a visitar por primera vez aquel colegio donde había en el jardín tantos jaracandas en flor y aquellas dos estatuas sosteniendo globos de luz en cada lado del portón.

-Alba Cristián es hija de una amiga mía. La internarán también aquí. Es de tu edad -dijo mi madre cruelmente.

Sentí un extraño malestar: pensé que era por culpa del colegio donde me iban a internar. Sin embargo, inconscientemente, como esos antiguos anillos que contenían veneno debajo de un camafeo o de una piedra, tu nombre semejante también a un círculo me pareció venenoso. Otro presentimiento me avasalló aquel día del paseo a los lagos de Palermo, cuando nos bajamos a comer la merienda sobre el césped y que Máxima Parisi te enseñó unas tarjetas postales que no quiso enseñarme a mí y que

al final de la tarde, comiendo un helado de frambuesa, se recostó sobre tu hombro en el ómnibus que nos llevó de vuelta al colegio. En aquella intimidad que me excluía, sentí la amenaza de otras desventuras. No creas que olvidé la llave misteriosa de tu mesa de luz que hacía sonreír a Máxima Parisi ni aquel atado de cigarrillos americanos que fumaron sin convidarme en la glorieta de los arbustos "cuerpo a tierra" decían ustedes "como los soldados", en aquel escondite que aborrecí hasta el día de hoy. No creas que olvidé aquel libro pornográfico, ni el gato que bautizaban con un nuevo nombre estrafalario cada día, ¡pobre diablo! Ni aquella suerte de supositorios para perfumar el baño con olor a rosa que disolvían en un vaso de agua y que se pasaban por el pelo y por los brazos. No creas que olvidé la enfermedad de Máxima cuando te colgaste de mi brazo todo el día diciéndome que yo era tu amiga predilecta y que me invitarías a tu casa de campo durante el verano. No me hice ilusiones, además no me inspirabas ninguna simpatía. No aspiré a tu amistad sino para alejarte de otras. En el fondo de mi corazón se retorcía una serpiente semejante a la que hizo que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso.

Sospechaba que mi vida sería una sucesión de fracasos y de abo-minaciones. No hay niño desdichado que después sea feliz: adulto podrá ilusionarse en algún momento, pero es un error creer que el destino pueda cambiarlo. Podrá tener vocación por la dicha o por la desdicha, por la virtud o por la infamia, por el amor o por el odio. El hombre lleva su cruz desde el principio: hay cruces de madera tosca, de aluminio, de cobre, de plata o de oro, pero todas son cruces.

Bien sabes cuál es la mía, pero tal vez no sepas cuál es la tuya, pues no todos los seres son lúcidos, ni capaces de leer el destino en los signos que diariamente ven a su alrededor. ¿Será cruel advertírtelo? Me tiene sin cuidado. No siento por ti la menor lástima. Me molesta que alguien aún crea que somos amigas de infancia. No falta quien me pregunte con tono almibarado y escandalizado a la vez:

-¿No tenés amigos de infancia?

Yo les respondo:

-No me casé con los amigos de infancia. Si ahora tengo poco discernimiento para elegirlos, ¿cómo habrán sido las equivocaciones de mis primeros años? Las amistades de infancia son erróneas, y no se puede ser fiel al error indefinidamente.

Aquel día, en casa de nuestros amigos, al verte, una trémula nube envolvió mi nuca, mi cuerpo se cubrió de escalofríos. Tomé un libro que estaba sobre la mesa y comencé a hojearlo ávidamente: sólo después advertí que el libro se titulaba Balance de las ventas de animales bovinos. La dueña de casa me ofreció una naranjada horrible "de alfileres" como denominábamos toda bebida que llevaba soda. Bebí de un trago para ocultar el temblor de mi

mano; felizmente hacía calor y salí al balcón con el pretexto de tomar fresco y de mirar la vista que abarcaba el Río de la Plata a lo lejos y en primer plano el Monumento de los Españoles que divisado de ese ángulo parecía, más que nunca, un gigantesco postre de bodas o de primera comunión. Sonreí a tu cara de bestia, sonreíste. Vivir así no era vivir. Sentí vértigos, náuseas. Desde aquel séptimo piso contemplé la calle pensando cómo sería mi caída, si me tiraba de esa altura. Un puesto de fruta, cajones de basura al pie de la casa (estarían en huelga los basureros) y una baranda alta me molestaban para imaginar la escena. Traté de concentrarme en esa idea llena de dificultades para serenarme. Tenía el poder, que ahora no tengo, para desdoblarme: conversé con la gente que me rodeó, reí, miré a todos lados con los ojos clavados en el fondo de aquel precipicio con cajones de basura, con frutas y con hombres que pasaban. Todo era menos inmundo que tu cara. "De cuántas músicas, de cuántas personas, de cuántos libros tengo que renegar para no compartir mis gustos contigo", pensé al mirar hacia el interior del departamento a través del vidrio de la ventana. "Quiero mi soledad, la quiero con mil caras impersonales." Te miré y a través del vidrio que reverberaba tembló tu cara de piraña como en el fondo del agua. Pensé en quien no puedo pensar por causa tuya y en el sortilegio que me envolvía. Estás en mí como esas figuras que ocultan otras más importantes en los cuadros. Un experto puede borrar la figura superpuesta pero ¿dónde está el experto? Necesito dar una explicación a mis actos. Después de haberte saludado con una inusitada amabilidad te invité a tomar té. Aceptaste. Te dije que en mi casa había pintores. Sugeriste felizmente que sería mejor ir a tu casa. En el momento en que prepares el té y lo dejes sobre la mesa fingiré un desmayo. Irás a buscar un vaso de agua que yo te pediré, entonces echaré en la tetera el veneno que traigo en mi cartera. Servirás el té después de un rato. Yo no tomaré el mío, pensé como delirando mientras me hablabas.

No cumplí mi proyecto. Era infantil. Me pareció más atinado usar ese procedimiento para matar a L. Deseché la idea porque la muerte no me pareció un castigo.

-¿Qué te pasa? -me decía L.

La conversación recaía sobre ti. Le decía de ti las peores cosas que pueden decirse de un ser humano. Hablé de suciedad, de mentiras, de deslealtad, de vulgaridad, de pornografía. Inventé cosas atroces que resultaron maravillosas. No sospeché que por primera vez L. se interesaba en tu personalidad, en tu vida, en tu manera de sentir y que todo había nacido de mi imaginación.

Durante el tiempo que dediqué a pensar sólo en ti, a hablar de tus terribles vestimentas, de tu malignidad, de tu falta de asco para meterte en la boca dinero sucio y cosas que encontrabas en el suelo, con mi complicidad, con

mis sospechas, con mi odio construí para ustedes ese edificio de amor tan complicado donde viven alejados de mí por mi culpa. Quiero que sepas que debes tu felicidad al ser que más te desdeña y aborrece en el mundo. Una vez que ese ser que te adorna con su envidia y te embellece con su odio desaparezca, tu dicha concluirá con mi vida y la terminación de esta carta. Entonces te internarás en un jardín semejante al del colegio que era nuestra prisión, un jardín engañoso, cuidado por dos estatuas, que tienen dos globos de luz en las manos, para alumbrar tu soledad inextinguible.

El verdugo

Como siempre, con la primavera llegó el día de los festivales. El Emperador, después de comer y de beber, con la cara recamada de manchas rojas, se dirigió a la plaza, hoy llamada de las Cáscaras, seguido por sus súbditos y por un célebre técnico, que llevaba un cofre de madera, con incrustaciones de oro.
-¿Qué lleva en esa caja? -preguntó uno de los ministros al técnico.
-Los presos políticos; más bien dicho los traidores.
-¿No han muerto todos? -interrogó el ministro con inquietud.
-Todos, pero eso no impide que estén de algún modo en esta cajita -susurró el técnico, mostrando entre los bigotes, que eran muy negros, largos dientes blancos.
En la plaza de las Cáscaras, donde habitualmente celebraban las fiestas patrias, los pañuelos de la gente volaban entre las palomas; éstas llevaban grabadas en las plumas, o en un medallón que les colgaba del pescuezo, la cara pintada del Emperador. En el centro de la plaza histórica, rodeado de palmeras, había un suntuoso pedestal sin estatua. Las señoras de los ministros y los hijos estaban sentados en los palcos oficiales. Desde los balcones las niñas arrojaban flores.
Para celebrar mejor la fiesta, para alegrar al pueblo que había vivido tantos años oprimido, el Emperador había ordenado que soltaran aquel día los gritos de todos los traidores que habían sido torturados. Después de saludar a los altos jefes, guiñando un ojo y masticando un escarbadientes, el Emperador entró en la casa Amarilla, que tenía una ventana alta, como las ventanas de las casas de los elefantes del Jardín Zoológico. Se asomó a muchos balcones, con distintas vestiduras, antes de asomarse al verdadero balcón, desde el que habitualmente lanzaba sus discursos. El Emperador, bajo una apariencia severa, era juguetón. Aquel día hizo reír a todo el mundo. Algunas personas lloraron de risa. El Emperador habló de las lenguas de los opositores: "que no se cortaron -dijo- para que el pueblo oyera los gritos de los torturados". Las señoras, que chupaban naranjas, las guardaron en sus carteras, para oírlo mejor; algunos hombres orinaron

involuntariamente sobre los bancos donde había pavos, gallinas y dulces; algunos niños, sin que las madres lo advirtieran, se treparon a las palmeras. El Emperador bajó a la plaza. Subió al pedestal. El eminente Técnico se caló las gafas y lo siguió: subió las seis o siete gradas que quedaban al pie del pedestal, se sentó en una silla y se dispuso a abrir el cofre. En ese instante el silencio creció, como suele crecer al pie de una cadena de montañas al anochecer. Todas las personas, hasta los hombres muy altos, se pusieron en puntas de pie, para oír lo que nadie había oído: los gritos de los traidores que habían muerto mientras los torturaban. El Técnico levantó la tapa de la caja y movió los diales, buscando mejor sonoridad: se oyó, como por encanto, el primer grito. La voz modulaba sus quejas más graves alternativamente; luego aparecieron otras voces más turbias pero infinitamente más poderosas, algunas de mujeres, otras de niños. Los aplausos, los insultos y los silbidos ahogaban por momentos los gritos. Pero a través de ese mar de voces inarticuladas, apareció una voz distinta y sin embargo conocida. El Emperador, que había sonreído hasta ese momento, se estremeció. El Técnico movió los diales con recogimiento: como un pianista que toca en el piano un acorde importante, agachó la cabeza. Toda la gente, simultáneamente, reconoció el grito del. Emperador. ¡Cómo pudieron reconocerlo! Subía y bajaba, rechinaba, se hundía, para volver a subir. El Emperador, asombrado, escuchó su propio grito: no era el grito furioso o emocionado, enternecido o travieso, que solía dar en sus arrebatos; era un grito agudo y áspero, que parecía provenir de una usina, de una locomotora, o de un cerdo que estrangulan. De pronto algo, un instrumento invisible, lo castigó. Después de cada golpe, su cuerpo se contraía, anunciando con otro grito el próximo golpe que iba a recibir. El Técnico, ensimismado, no pensó que tal vez suspendiendo la transmisión podría salvar al Emperador. Yo no creo, como otras personas, que el Técnico fuera un enemigo acérrimo del Emperador y que había tramado todo esto para ultimarlo.

El Emperador cayó muerto, con los brazos y las piernas colgando del pedestal, sin el decoro que hubiera querido tener frente a sus hombres. Nadie le perdonó que se dejase torturar por verdugos invisibles. La gente religiosa dijo que esos verdugos invisibles eran uno solo, el remordimiento.

-¿Remordimiento de qué? -preguntaron los adversarios.

-De no haberles cortado la lengua a esos reos -contestaron las personas religiosas, tristemente.

Azabache

Soy argentino. Me enganché en un barco. Conseguí en Marsella que un médico firmara un documento certificando que yo estaba loco. No le costó

nada porque él estaba tal vez loco. De ese modo pude abandonar el barco, pero me encerraron en un manicomio y no tengo esperanza de que ningún ser humano pueda sacarme de aquí.
Ésta fue mi historia: por huir de mi tierra me enganché en un barco, y por huir del barco me encerraron en un manicomio. Al huir de mi tierra y al huir del barco pensé que huía de mis recuerdos, pero cada día revivo la historia de mi amor, que es mi cárcel. Dicen que por odio a las mujeres elegantes, me enamoré de Aurelia, pero no es cierto. La amé como no amé a ninguna otra mujer en mi vida. Aurelia era una sirvienta; apenas sabía escribir, apenas sabía leer. Sus ojos eran negros, su pelo negro y lacio como las crines de los caballos. En cuanto terminaba de limpiar las cacerolas o los pisos tomaba un lápiz y un papel y se iba a un rincón para dibujar caballos. Era lo único que sabía dibujar: caballos al galope, saltando, sentados, acostados; a veces eran rosillos, otras veces zainos, colorados, bayos, negros, azulejos, blancos; a veces los pintaba con tiza (cuando encontraba tiza), otras veces con lápices de colores, cuando alguien le regalaba lápices; otras veces con tinta y otras veces con tintura. Todos tenían un nombre: el preferido era Azabache, porque era negro y arisco.
Cuando por las mañanas me traía el desayuno, durante unos instantes oía su risa, como un relincho, antes que entrara en mi dormitorio, dando una patada nerviosa contra la puerta. No pude educarla, no quise educarla. Me enamoré de ella.
Tuve que irme de la casa de mis padres y me fui a vivir con ella a Chascomús, en las afueras del pueblo. Pensé que las paredes multiplicadas de una ciudad labran nuestra desdicha. Con alegría vendí todas mis cosas, mi automóvil y mis muebles, para arrendar aquel pequeñísimo campo donde viví pobremente, ilusionado por aquel amor imposible. En un remate compré algunas vacas y una tropilla de caballos que me eran necesarios para trabajar el campo.
Al principio fui feliz. ¡Qué importaba no tener baño, ni luz eléctrica, ni heladera, ni ropa limpia de cama! El amor lo reemplaza todo. Aurelia me había hechizado. ¡Qué importaba que las plantas de sus pies fuesen ásperas, que sus manos estuvieran siempre rojas y que sus modales no fuesen finos: yo era su esclavo!
Le gustaba comer azúcar. En la palma de mi mano, yo colocaba terrones de azúcar, que ella tomaba con su boca. Le gustaba que le acariciaran la cabeza: durante horas yo se la acariciaba.
A veces la buscaba todo el día, sin encontrarla en ninguna parte. ¿Cómo podía en aquel campo tan llano y sin árboles encontrar un escondite? Volvía descalza y con el pelo tan enmarañado, que ningún peine podía desenredarlo. Le advertí que a lo largo de la costa, no muy lejos, se extendían los cangrejales.

Algunas veces la hallaba conversando con los caballos. Ella, que era tan silenciosa, hablaba incesantemente con ellos. La rodeaban, la querían. Su preferido se llamaba Azabache.
Algunas personas hablaron de mí como de un degenerado: otros, me compadecían, pero fueron los menos. Me vendían carne mala, y en el almacén trataban de cobrarme dos veces las mismas cuentas, creyendo que yo era un distraído. Vivir en aquella soledad enemiga me hacía daño.
Me casé con Aurelia para que en la carnicería me dieran mejor carne; así lo dijeron mis enemigos, pero yo podría asegurarles que lo hice para vivir respetablemente. Aurelia se divertía besando la nariz de los caballos; trenzaba su pelo a las crines de los caballos. Estos juegos denotaban su corta edad y la ternura de su corazón. Era mía, como no había sido aquella horrible mujer elegante, con las uñas pintadas, de la cual me había enamorado años atrás.
Una tarde encontré a Aurelia con un vagabundo, hablando de caballos. No entendí nada de lo que hablaban. Tomé a Aurelia del brazo y la llevé a casa, sin decirle una palabra. Aquel día cocinó de mala gana y rompió una puerta a patadas. La encerré con llave y le dije que era la penitencia que le infligía por hablar con extraños. Pareció no entenderme. Durmió hasta que la perdoné.
Para que no volviera a aventurarse lejos de la casa le conté cómo morían la gente y los animales, que se hundían devorados por los cangrejos. No me oyó. La tomé del brazo y le grité al oído. Se puso de pie y salió de la casa con la cabeza erguida, encaminándose hacia la costa.
-¿Adónde vas? -le pregunté.
Siguió caminando sin mirarme. La retuve del vestido, forcejeó hasta que se rompió. La voltié, la lastimé en mi desesperación. Se puso de pie y siguió caminando. Yo la seguí. Cuando llegamos a la proximidad del río, le supliqué que no siguiera adelante porque allí se extendían los cangrejales, con un inmundo olor a barro. Siguió caminando. Tomó un camino angosto, entre los cangrejales. La seguí. Nuestros pies se hundían en el barro y oíamos el grito innumerable de los pájaros. No se veía ningún árbol y los juncos tapaban el horizonte. Llegamos a un lugar donde el camino se desviaba y vimos a Azabache, el caballo negro, hundido hasta la panza en el cangrejal. Aurelia se detuvo un instante sin asombro. Rápida, de un salto, entró en el cangrejal y comenzó a hundirse. Mientras ella trataba de acercarse al caballo, yo trataba de acercarme a ella para salvarla. Me acosté, me deslicé, como un reptil, en el cangrejal. La tomé del brazo y comencé a hundirme con ella. Durante algunos momentos creí que yo iba a morir. Le miré los ojos y vi esa luz extraña que tienen los ojos agonizantes: vi el caballo reflejado en ellos. Le solté el brazo. Esperé hasta el alba, deslizándome como un gusano sobre la superficie asquerosa del cangrejal,

el final, sin fin para mí, de Aurelia y de Azabache, que se hundieron.

La última tarde

Muchos cueros de corderitos colgaban del alambrado.
Porfirio Lasta oyó en el canto de la tarde, una suerte de amanecer. La arboleda que rodeaba el rancho era pequeña, pero los pájaros la multiplicaban. A esas horas, Porfirio pensaba siempre en lo mismo: en la hija del capataz del Recreo. Era ésta una señorita opulenta, con medias de seda y tacos altos. Pensaba también en un piano, que había entrevisto detrás de una puerta, un día de lluvia. La música lo fascinaba y recordar los acordes de un piano y aquella mujer, era el premio que recibía a la caída de la noche.
Hacía ya veinte años que había arrendado ese campo, con un solo potrero y un rancho: después de muchos sacrificios, pudo comprarlo. Cuando se instaló, el rancho estaba casi en ruinas; poco a poco lo había refaccionado, de manera que el techo no tuviera goteras, ni la puerta demasiados chiflones. Había agregado tablas al postigo de la ventana, había apisonado el piso de tierra y blanqueado las paredes.
Alrededor del rancho había los restos de una huerta, poquísimas gallinas, una que otra vaca, tres caballos. Además tenía trescientas ovejas: vivía de eso. La lana se pagaba bien y los gastos eran pocos. Bañaba la majada en el campo vecino. Entregaba todas sus ganancias a uno de sus hermanos que sabía leer, escribir, manejar dinero y un automóvil. Guardaba justo lo necesario para sus gastos personales.
Porfirio pensó en su hermano; era distante y silencioso, como una caja de hierro; lo circundaba una aureola de instrucción. Vivía a dos leguas de distancia, en una casa con varios corredores; tenía mujer y algunos hijos.
Varias veces Porfirio había ido a reclamarle dinero. Desde la compra del campito y de los animales, no había conseguido que su hermano le entregara ninguna suma. Éste solía decirle:
-No conviene que tengas dinero. Una de estas noches pueden entrar a matarte.
-No tengo miedo -respondía Porfirio, temblando-. Necesito dinero para comprar unas cuantas ovejas criollas. Y después, quizá me hagan falta unas hectáreas más.
El hermano distraído no contestaba nada.
Aquella vez Porfirio salió del rancho, abrió lentamente la tranquera de alambre que comunicaba con el potrero, caminó entre bostas rizadas y cardos, atajando la luz del poniente con una mano. Era el mes de agosto. Hacía un frío penetrante: en su frente, lo sentía como una corona de hielo, en sus manos, como una superficie dura. Apuró el paso. Se detuvo en el

extremo del potrero, junto al alambrado. Copos de lana florecían del alambre de púas. La majada se desenrollaba con ruido de alfombra. Una sola oveja no se movía. Estaba panza arriba, acostada en el suelo, esperando la parición. Algunos caranchos y chimangos aguardaban el nacimiento, esperando un corderito vivo o una madre casi muerta, con grandes ojos abrillantados.
Al acercarse Porfirio ahuyentó los pájaros. La oveja respiraba con dificultad, se quejaba y mascaba lentamente grandes granos invisibles de maíz durísimo. Luego, como la desgarradura de la tarde roja, sobre una piedra gris, fueron naciendo, uno, dos, tres corderitos idénticos. La madre lamió cuidadosamente los dos primeros y olvidó el último. Porfirio buscó una bolsa, limpió el tercer corderito, lo envolvió, lo llevó hasta el rancho y lo colocó debajo del alero.
Entró en la pieza y se acercó al fogón encendido. Puso carne a asar en las brasas.
Los últimos rayos del sol brillaban en la abertura de la puerta. Porfirio vio bailar un redondel de luz en la pared del cuarto. Era el mensaje cotidiano de su vecino. Se levantó del banco, descolgó el espejito redondo que había usado alguna vez para afeitarse y se detuvo en el marco de la puerta. Inútilmente trató de contestar con el mismo redondel de luz, con el mismo reflejo, sobre la casa de su vecino. El sol había desaparecido. Encauzando la voz con las dos manos puestas de cada lado de la boca, después de un rato gritó:
-Buenas noches.
El silencio multiplicó la voz. Cayó la noche de golpe. Entró en el rancho y comió junto al fogón un trozo de carne con galleta y vino tinto. La llama de la vela vacilaba con el viento; sin embargo, había cerrado la puerta. Los chiflones eran sus compañeros.
Sin desvestirse, se dejó caer sobre la cama. Tenía dos ponchos muy manchados y una frazada con bordes rojos. El sueño, antes de llegar a sus ojos, rondaba como un agua muy mansa por todo su cuerpo. El sueño no lo avasallaba como otras noches. Sopló la vela y el cuarto quedó en tinieblas. Tardó en dormir. Rehízo mentalmente los trabajos del día, y después empezó a soñar.
Soñó que se casaba con la hija del capataz del Recreo en la iglesia de Azul. Después de la ceremonia llegaba al Recreo, con su novia en un sulky, escoltado por toda la familia, que venía en un vagón, remolcando un piano con ruedas. El piano era una casita alta y negra, con un escenario cerrado en el centro. Tenía dos candelabros de oro de cada lado. Una familia pequeñísima de enanos vivía dentro de esa casa. La música surgía aparentemente de las manos de la pianista, cuando tocaba las notas, pero el procedimiento era más complicado y secreto: la música surgía de la boca

de los enanitos.
-Hay que llevarlo con cuidado -decía el padre de la novia, abrazando el piano-; tiene notas muy sufridas.
Cuidadosamente detuvieron los caballos frente a la tranquera y luego el padre, junto con el resto de la familia de la novia, se fue por el campo, agitando ramas para espantar mosquitos. La hija del capataz, que era mullida, se acostó en la cama de hierro y Porfirio, a su lado, en el piso de tierra, sobre unas cuantas bolsas que le servían de colchón. Aquella casa, tan suntuosa por dentro, tenía dormitorios con piso de tierra. Los desposados ya debían de estar durmiendo, cuando la puerta se abrió de pronto. Una tropilla de caballos pasó relinchando.
El perro ladraba muy lejos. Un redondel de luz bailó levemente en la pared. Porfirio sonrió al ver la señal del vecino. Una sombra se perfilaba en el marco de la puerta y no vio otro rostro que aquel redondel de luz. Porfirio adelantó unos pasos más allá de su sueño; aún creo que tuvo tiempo de asombrarse, de ser sonámbulo, él que jamás lo había sido, cuando sintió que le hundían un hierro muy rojo en el pecho.
La oscuridad modificó los colores, las medias tintas, como la revelación caprichosa de una fotografía.
La mano de Remigio Lasta no soltaba el cuchillo. El silencio, que no se había manifestado hasta ese momento, crecía; se llenaba de filamentos, de silbidos, de memorias, de cantos de grillos infinitesimales.
No crujía ninguna puerta, ningún mueble: todos los objetos se ausentaban sobre el piso de tierra. Las paredes, el techo se habían disuelto, pero el hombre sintió, en la irrealidad del cuarto, una presencia viva. Daba la espalda a la ventanita; las paredes se habían disuelto, pero no la ventanita. Le molestaba tener espalda; era ella el lugar vulnerable de su cuerpo; con el deseo de ignorarla, volvió bruscamente la cabeza y vio, por primera vez, un fantasma. Lo estudió atentamente. Era una señorita opulenta, con medias de seda y tacos altos. Oyó la insoportable musiquita de un piano. Instantes después, sintió el contacto de una mano sobre una de sus manos y tres dedos se le quedaron dormidos.
Sacó el cuchillo y lo limpió en la frazada. La linterna era pequeña y alumbraba una circunferencia nítida, pero muy exigua. Buscó un fósforo; encendió la vela. Hizo un paseo circular alrededor del cuarto. Se sentó un rato en un banco y se quitó los guantes: miró sus manos oscuras, con las venas muy salientes. Se levantó del banco y volvió a ponerse los guantes. Los tres dedos seguían dormidos. Sopló la vela y después de alumbrar el cuarto, con la linterna una última vez abrió la puerta y miró el cielo. La noche carecía de estrellas; enfocó el caballo que estaba a cinco metros y dijo en voz alta:
-Dos leguas, dos leguas. Tendré tiempo de recorrerlas antes que amanezca.

Montó el caballo y nadie, salvo yo, pudo oír aquel galope, que se alejaba en la noche. Nadie, salvo yo, supo que Remigio Lasta heredaba no sólo el dinero sino el sueño de su hermano.

El vestido de terciopelo

Sudando, secándonos la frente con pañuelos, que humedecimos en la fuente de la Recoleta, llegamos a esa casa, con jardín, de la calle Ayacucho. ¡Qué risa!
Subimos en el ascensor al cuarto piso. Yo estaba malhumorada, porque no quería salir, pues mi vestido estaba sucio y pensaba dedicar la tarde a lavar y a planchar la colcha de mi camita. Tocamos el timbre: nos abrieron la puerta y entramos, Casilda y yo, en la casa, con el paquete. Casilda es modista. Vivimos en Burzaco y nuestros viajes a la capital la enferman, sobre todo cuando tenemos que ir al barrio norte, que queda tan a trasmano. De inmediato Casilda pidió un vaso de agua a la sirvienta para tomar la aspirina que llevaba en el monedero. La aspirina cayó al suelo con vaso y monedero. ¡Qué risa!
Subimos una escalera alfombrada (olía a naftalina), precedidas por la sirvienta, que nos hizo pasar al dormitorio de la señora Cornelia Catalpina, cuyo nombre fue un martirio para mi memoria. El dormitorio era todo rojo, con cortinajes blancos y había espejos con marcos dorados. Durante un siglo esperamos que la señora llegara del cuarto contiguo, donde la oíamos hacer gárgaras y discutir con voces diferentes. Entró su perfume y después de unos instantes, ella con otro perfume. Quejándose, nos saludó:
-¡Qué suerte tienen ustedes de vivir en las afueras de Buenos Aires! Allí no hay hollín, por lo menos. Habrá perros rabiosos y quema de basuras... Miren la colcha de mi cama. ¿Ustedes creen que es gris? No. Es blanca. Un ampo de nieve -me tomó del mentón y agregó-:
-No te preocupan estas cosas. ¡Qué edad feliz! Ocho años tienes, ¿verdad? -y dirigiéndose a Casilda; agregó-:
-¿Por qué no le coloca una piedra sobre la cabeza para que no crezca? De la edad de nuestros hijos depende nuestra juventud.
Todo el mundo creía que mi amiga Casilda era mi mamá. ¡Qué risa!
-Señora, ¿quiere probarse? -dijo Casilda, abriendo el paquete que estaba prendido con alfileres. Me ordenó:
-Alcanza de mi cartera los alfileres.
-¡Probarse! ¡Es mi tortura! ¡Si alguien se probara los vestidos por mí, qué feliz sería! Me cansa tanto.
La señora se desvistió y Casilda trató de ponerle el vestido de terciopelo.
-¿Para cuándo el viaje, señora? -le dijo para distraerla.
La señora no podía contestar. El vestido no pasaba por sus hombros: algo

lo detenía en el cuello. ¡Qué risa!
-El terciopelo se pega mucho, señora, y hoy hace calor. Pongámosle un poquito de talco.
-Sáquemelo, que me asfixio -exclamó la señora.
Casilda le quitó el vestido y la señora se sentó sobre el sillón, a punto de desvanecerse.
-¿Para cuándo será el viaje, señora? -volvió a preguntar Casilda para distraerla.
-Me iré en cualquier momento. Hoy día, con los aviones, uno se va cuando quiere. El vestido tendrá que estar listo. Pensar que allí hay nieve. Todo es blanco, limpio, y brillante.
-Se va a París, ¿no?
-Iré también a Italia.
-¿Vuelve a probarse el vestido, señora? En seguida terminamos.
La señora asintió dando un suspiro.
-Levante los dos brazos para que le pasemos primero las dos mangas -dijo Casilda, tomando el vestido y poniéndoselo de nuevo.
Durante algunos segundos Casilda trató inútilmente de bajar la falda, para que resbalara sobre las caderas de la señora. Yo la ayudaba lo mejor que podía. Finalmente consiguió ponerle el vestido. Durante unos instantes la señora descansó extenuada, sobre el sillón; luego se puso de pie para mirarse en el espejo. ¡El vestido era precioso y complicado! Un dragón bordado de lentejuelas negras, brillaba sobre el lado izquierdo de la bata. Casilda se arrodilló, mirándola en el espejo, y le redondeó el ruedo de la falda. Luego se puso de pie y comenzó a colocar alfileres en los dobleces de la bata, en el cuello, en las mangas. Yo tocaba el terciopelo: era áspero cuando pasaba la mano para un lado y suave cuando la pasaba para el otro. El contacto de la felpa hacía rechinar mis dientes. Los alfileres caían sobre el piso de madera y yo los recogía religiosamente uno por uno. ¡Qué risa!
-¡Qué vestido! Creo que no hay otro modelo tan precioso en todo Buenos Aires -dijo Casilda, dejando caer un alfiler que tenía entre sus dientes-. ¿No le agrada, señora?
-Muchísimo. El terciopelo es el género que más me gusta. Los géneros son como las flores: uno tiene sus preferencias. Yo comparo el terciopelo a los nardos.
-¿Le gusta el nardo? Es tan triste -protestó Casilda.
-El nardo es mi flor preferida, y sin embargo me hace daño. Cuando aspiro su olor me descompongo. El terciopelo hace rechinar mis dientes, me eriza, como me erizaban los guantes de hilo en la infancia y, sin embargo, para mí no hay en el mundo otro género comparable. Sentir su suavidad en mi mano, me atrae aunque a veces me repugne. ¡Qué mujer está mejor vestida que aquella que se viste de terciopelo negro! Ni un cuello de puntilla

le hace falta, ni un collar de perlas; todo estaría de más. El terciopelo se basta a sí mismo. Es suntuoso y es sobrio.
Cuando terminó de hablar, la señora respiraba con dificultad. El dragón también. Casilda tomó un diario que estaba sobre una mesa y la abanicó, pero la señora la detuvo, pidiéndole que no le echara aire, porque el aire le hacía mal. ¡Qué risa!
En la calle oí gritos de los vendedores ambulantes. ¿Qué vendían? ¿Frutas, helados, tal vez? El silbato del afilador, y el tilín del barquillero recorrían también la calle. No corrí a la ventana, para curiosear, como otras veces. No me cansaba de contemplar las pruebas de este vestido con un dragón de lentejuelas. La señora volvió a ponerse de pie y se detuvo de nuevo frente al espejo tambaleando. El dragón de lentejuelas también tambaleó. El vestido ya no tenía casi ningún defecto, sólo un imperceptible frunce debajo de los dos brazos. Casilda volvió a tomar los alfileres para colocarlos peligrosamente en aquellas arrugas de género sobrenatural, que sobraban.
-Cuando seas grande -me dijo la señora- te gustará llevar un vestido de terciopelo, ¿no es cierto?
-Sí -respondí, y sentí que el terciopelo de ese vestido me estrangulaba el cuello con manos enguantadas. ¡Qué risa!
-Ahora me quitaré el vestido -dijo la señora.
Casilda la ayudó a quitárselo tomándolo del ruedo de la falda con las dos manos. Forcejeó inútilmente durante algunos segundos, hasta que volvió a acomodarle el vestido.
-Tendré que dormir con él -dijo la señora, frente al espejo, mirando su rostro pálido y el dragón que temblaba sobre los latidos de su corazón-. Es maravilloso el terciopelo, pero pesa -llevó la mano a la frente-. Es una cárcel. ¿Cómo salir? Deberían hacerse vestidos de telas inmateriales como el aire, la luz o el agua.
-Yo le aconsejé la seda natural -protestó Casilda.
La señora cayó al suelo y el dragón se retorció. Casilda se inclinó sobre su cuerpo hasta que el dragón quedó inmóvil. Acaricié de nuevo el terciopelo que parecía un animal. Casilda dijo melancólicamente:
-Ha muerto. ¡Me costó tanto hacer este vestido! ¡Me costó tanto, tanto!
¡Qué risa!

Los sueños de Leopoldina

Desde el nacimiento de Leopoldina en la familia de Yapurra, las mujeres llevaban nombres que empiezan con L., y a mí, por ser tan pequeño, me llamaban Changuito.
Ludovica y Leonor, que eran las menores, buscaban un milagro, junto al arroyo, todas las tardes, a la caída del sol. Íbamos a la vertiente llamada

Agua de la Salvia. Dejábamos las damajuanas junto a la fuente, y nos sentábamos sobre una piedra, esperando con ojos muy abiertos el advenimiento de la noche. Todos los diálogos llevaban el mismo tema.
-Juan Mamanís estará en Catamarca -decía Ludovica.
-¡Ay! ¡Qué lindita bicicleta llevaba! Todos los años visita la Virgen del Valle.
-¿Harías la promesa tú de ir a pie, como Javiera?
-Tengo los pies delicados.
-¡Si tuviésemos una Virgen como ésa!
-Juan Mamanís no iría a Catamarca.
-Me tiene sin cuidado. La Virgen es lo que me aflige.
Yo nunca me quedaba quieto; ellas conocían mi costumbre. "Changuito deje eso", me decía Ludovica, "las arañas son ponzoñosas", o bien "Changuito no haga eso. No se orina en la fuente".
Alguien les había dicho, tal vez la curandera, que a esa hora brillaba una luz en un hueco de las piedras y que una sombra aparecía en la orillita del arroyo.
-Un día la hallaremos -decía Leonor-. Ha de parecerse a la Virgen del Valle.
-Puede que sea un ánima -respondía Ludovica-. Yo no me ilusiono -metiendo los pies en el arroyo salpicaba mis ojos y mis orejas con agua. Yo temblaba.
-¿Qué harás, Changuito cuando caiga la nieve, cuando todos los árboles y el suelo estén blancos? No saldrás de la orilla del fuego ¿eh? Hasta el agua tibia te hace tiritar como una estrella.
-Si descubrimos la nueva Virgen saldremos en los diarios. Dirán así: "Dos niñas en Chaquibil vieron la aparición de una nueva Virgen. Las altas autoridades irán a presenciar el acto". Se hará una gruta iluminada para la estatua y después se construirá la basílica. La imagino muy bien a la Virgen de Chaquibil: morocha, con vestido punzó, con espejitos y un manto azul, con guarda dorada.
-Yo me contentaría si tuviera una falda como la nuestra y un pañuelo en la cabeza, siempre que nos hiciera regalos.
-Las vírgenes no regalan cosas ni se visten como nosotros.
-Siempre quieres tener razón.
-Cuando la tengo, la tengo.
-Para estar de acuerdo contigo no se puede ni decir "esta boca es mía" -comentaba Leonor, acariciándome la cabeza.
Bruscamente cayó la noche, con olor a menta y a lluvia.
Ludovica y Leonor llenaron las damajuanas, bebieron agua y volvieron a la casa. En el camino se detuvieron a hablar con un viejo que llevaba una bolsa. Hablaron del esperado milagro. Dijeron que de noche oían el llamado de aquella aparición. El viejito respondió:
-Andará cantando el zorro. Para qué buscar milagros afuera de la casa,

cuando la tienen a Leopoldina, que hace milagros con los sueños.
Ludovica y Leonor se preguntaron si sería cierto.
En la cocina, en una sillita de mimbre con un respaldo altísimo, Leopoldina estaba sentada, fumando. Era tan vieja que parecía un garabato; no se le veían los ojos, ni la boca. Olía a tierra, a hierba, a hoja seca; no a persona. Como un barómetro anunciaba las tormentas o el buen tiempo; antes que yo, olía al león que bajaba del cerro, a comer los chivitos o a torcerle el pescuezo a los potrillos. A pesar de que hacía treinta años que no salía de su casa, sabía, como los pájaros, en qué valle, junto a qué arroyo estaban las nueces, los higos, los duraznos maduros, y hasta el mismo crispín, con su canto desolado, que es arisco como el zorro, bajó un día a comer migas de galleta, mojadas en leche, de sus manos, creyendo seguramente que era un arbusto.
Leopoldina soñaba, sentada en la sillita de mimbre. A veces, al despertar, sobre su falda o al pie de la sillita, hallaba los objetos que aparecían en los sueños; pero los sueños eran tan modestos, tan pobres -sueños de espinas, sueños de piedras, sueños de ramas, sueños de plumitas-, que a nadie asombraba el milagro.
-¿Qué soñó, Leopoldina? -preguntó Leonor, aquella noche, al entrar en la casa.
-Soñé que andaba por un arroyo seco, juntando piedritas redondas. Aquí tengo una -dijo Leopoldina, con voz de flauta. -¿Y cómo consiguió la piedrita?
-Mirándola no más -respondió.
Junto a la vertiente, Leonor y Ludovica no esperaron, como otras tardes, la llegada de la noche, en la esperanza de asistir a un milagro. Volvieron a la casa, con paso apresurado.
-¿Con qué soñó, Leopoldina? -preguntó Ludovica.
-Con las plumas de una torcaza, que caían al suelo. Aquí tengo una -agregó Leopoldina, mostrándole una plumita.
-Diga, Leopoldina, ¿por qué no sueña con otras cosas? -dijo Ludovica con impaciencia.
-M'hijita, ¿con qué quiere que sueñe?
-Con piedras preciosas, con anillos, con collares, con esclavas. Con algo que sirva para algo. Con automóviles.
-M'hijita, no sé.
-¿Qué es lo que no sabe?
-Lo que son esas cosas. Tengo como ciento veinte años y he sido muy pobre.
-Es tiempo de hacernos ricos. Usted puede traer la riqueza a esta casa.
Los días siguientes Leonor y Ludovica se sentaban junto a Leopoldina, para verla dormir. A cada rato la despertaban.

-¿Qué soñó? -le preguntaban-. ¿Qué soñó?
Ella respondía algunas veces que había soñado con plumitas, otro día con piedritas y otros con hierbas, con ramas o con ranas. Ludovica y Leonor a veces protestaban agriamente, a veces con ternura, para conmoverla, pero Leopoldina no era dueña de sus sueños: tanto la molestaron que ya no podía dormir. Resolvieron darle un guiso indigesto.
-El estómago pesado da sueñito -dijo Ludovica, preparando una fritura oscura con un olor riquísimo.
Leopoldina comió, pero no tuvo sueño.
-Le daremos vino -dijo Ludovica-. Vino caliente.
Leopoldina bebió, pero no durmió.
Leonor, que era previsora, fue en busca de la curandera, para pedirle unas hierbas dormitivas. La curandera vivía en un lugar apartado. Tuvimos que atravesar la Ciénaga y una de las mulas se hundió en un pantano. Las hierbas que Leonor consiguió tampoco dieron ningún resultado. Ludovica y Leonor discutieron durante unos días adónde les convendría ir en busca de un médico; si a Tafí del Valle o a Amaicha.
-Si vamos a Amaicha traeremos uvas -dijo Leonor a Leopoldina, para consolarla. Luego rió:
-No es la época de las uvas.
-Y si vamos a Tafí del Valle, de la Quesería del Churquí traeremos un quesito -dijo Ludovica.
-¿Lo llevarán al Changuito, para que dé un paseo? -contestó Leopoldina, como si no le gustara ni el queso ni las uvas.
Fuimos a Tafí del Valle. Cruzamos muy lentamente, a caballo, la Ciénaga donde murió la mula. En la villa fuimos al hospital y Leonor preguntó por el médico. Nosotros la esperamos en el patio. Mientras Leonor hablaba con el médico, tuvimos tiempo de dar un paseo por el pueblo; cuando volvimos Leonor nos recibió en la puerta del hospital, con un envoltorio en la mano. El envoltorio contenía un remedio, una jeringa y una aguja para inyecciones. Leonor sabía dar inyecciones: una enfermera, que había conocido, le enseñó el arte de clavar la aguja en una naranja o en una manzana. Dormimos en Tafí del Valle y de mañana, muy temprano, emprendimos el regreso.
Al vernos llegar, como si ella hubiera hecho el viaje, Leopoldina dijo que estaba cansada, y durmió por primera vez después de veinte días de insomnio.
-Qué bandida -dijo Ludovica-. Duerme para hacernos un desprecio.
En cuanto vieron que despertaba le preguntaron:
-¿Qué soñó? Tiene que decirnos lo que soñó.
Leopoldina balbuceó algunas palabritas. Ludovica la zarandeó del brazo.
-Si no nos dice lo que soñó, Leonor le pondrá una inyección -agregó,

mostrándole la aguja y la jeringa.
-Soñé que un perro escribía mi historia: aquí está -dijo Leopoldina, mostrando unas hojas de papel arrugado y sucio-. ¿No las leerían ustedes, hijitas, para que yo la escuche?
-¿No puede soñar con cosas más importantes? -dijo Leonor indignada, tirando al suelo las hojas. Luego trajo un libro enorme que olía a pis de gato, con láminas en colores, que le había prestado la maestra. Después de hojearlo atentamente, se detuvo en algunas láminas, que mostró a Leopoldina, restregándolas con el índice.
-Automóviles -daba vuelta las hojas-, collares -daba vuelta las hojas-, pulseras -soplaba sobre las hojas-, joyas -se humedecía el pulgar con saliva-, relojes -giraban las hojas entre sus dedos-. Con estas cosas tiene que soñar y no con basuritas.
-Fue en ese momento, Leopoldina, cuando te hablé, pero tú no me oíste, porque dormías de nuevo y algo se había deslizado entre tu sueño anterior y el presente.
-Te acuerdas de mis antepasados? Si los evocas panzones, ásperos, hirvientes y temblorosos como yo, recordarás los objetos más suntuosos que conociste: aquel medallón, con baño de oro, y en el interior un mechón de pelo, que te regalaron para el casamiento; las piedras del collar de tu madre, que tu nuera robó; aquel cofre lleno de medallitas con aguamarinas; la máquina de coser, el reloj; el coche con caballos tan viejos que eran mansos. Es increíble, pero existió todo eso. Recuerdas, en Tafí del Valle, aquella tienda deslumbrante donde compraste un prendedor, con la cabeza de un perro parecido a mí, grabada en una piedra: sólo yo, para curarte el asma, puedo recordártelo, porque fui el abrigo de tu pecho.
-Si no se duerme le pondrán la inyección -amenazó Ludovica. Leopoldina, aterrada, volvió a dormir. La silla de mimbre, meciéndose, hacía un ruidito extraño.
-¿Habrá ladrones? -interrogó Leonor. -No hay luna.
-Serán las ánimas -contestó Ludovica.
¿Sabía por qué lloraba yo? Porque sentía venir el viento Zonda. Ni Leonor ni Ludovica lo oían, porque sus voces retumbaban, desesperadas o tal vez esperanzadas, preguntando:
-¿Qué soñó? ¿Qué soñó?
Esta vez Leopoldina salió afuera, sin contestar, y me dijo:
-Vamos, Changuito, es la hora.
Inmediatamente comenzó a soplar el viento Zonda. Para los cristianos se había anunciado siempre con anticipación, con un cielo muy limpio, con un sol desteñido y bien dibujadito, con un amenazador ruido de mar (que no conozco) a lo lejos. Pero esta vez llegó como un relámpago, barrió el piso del patio, amontonó hojas y ramas en los huecos de los cerros, degolló,

entre las piedras, los animales, destruyó las mieses y en un remolino levantó en el aire a Leopoldina y a mí, su perro pila, llamado Changuito, que escribió esta historia en el penúltimo sueño de su patrona.

Las ondas

¿Sólo creerás en las calumnias? ¡Hasta cuándo! Qué feliz era la época en que bastaba que dos personas se amaran o sintieran simpatía la una por la otra, para que les fuera permitido convivir, o simplemente, frecuentarse. La luna era un misterioso satélite lejano como América antes de Cristóbal Colón. Maldigo a la señorita Lina Zfanseld, que en los meses de invierno de mil novecientos setenta y cinco prestó su abrigo a la señora Rosa Tilda. Ayer leí su biografía, por casualidad, en el pequeño Diccionario Médico que me acompaña. Por culpa del maldito abrigo, de la vitalidad de la señora Lina Zfanseld, nosotros tenemos que sufrir esta separación, este malentendido. Si aquella apática señora Rosa Tilda no hubiera sido tan apática, si aquella señorita Lina Zfanseld no hubiera sido tan vital, si el anticuado abrigo de piel de camello no hubiera trasmitido tan perfectamente las ondas de un organismo a otro, si no hubiera existido ese horrible microscopio electrónico, que revela la disposición de nuestras moléculas, con el que se entretienen los médicos modernos como antiguamente con los calidoscopios los niños, no estaríamos en esta situación. Ya ves de qué complicadas confabulaciones, de qué ínfimos detalles dependen los descubrimientos; de qué casualidades las desdichas, las costumbres que van adoptando los seres humanos. En verdad, somos como un rebaño que obedece a las más sutiles o groseras combinaciones para el bien de la sociedad. Ciegamente, para no merecer castigos, obedecemos a los deberes cívicos y cuando meditamos sobre ellos y los eludimos, caemos en grandes desventuras. A veces me da risa pensar que si la señora Rosa Tilda no se hubiera sometido a un tratamiento médico porque sus depresiones le impedían acudir diariamente a su trabajo, el hecho del abrigo que transformó su organismo no hubiera llamado la atención a nadie, ni el tejido de piel de camello, que ya no se usa, hubiera subido de precio. Pero un médico, que tenía alma de investigador, según dicen, estudió el caso y logró, indebidamente, a mi juicio, celebridad y riqueza.
Desearía haber nacido en otra época, siempre que te hubiera encontrado en ella. Hasta el año mil novecientos setenta y cinco el mundo era tolerable. Somos víctimas de lo que algunos hombres llaman progreso. Las guerras se hacen ahora con lluvias o sequías, con movimientos sísmicos, con plagas sorpresivas, con cambios exorbitantes de temperatura: la mayor parte del tiempo no se derrama una gota de sangre, pero esto no significa que

suframos menos que nuestros antecesores. ¡Cuántos jóvenes sueñan con morir en un campo de batalla, después de jugar a balazos con el enemigo! Es natural que quieran tener una satisfacción individual.

Puedo comunicarme contigo por medio de este diminuto metal (que recuerda los antiguos televisores); veo tu cara reflejada y oigo tu voz, y tú recibes mis mensajes diarios y el reflejo también de mi cara. Salvajes de 1930 (y todavía existen salvajes de ese tipo), creerían que vivimos en un mundo mágico, pero si yo pudiera hablar con ellos, les diría: "Desengáñense, soy más desdichada que ustedes, que no tenían televisor".

A ejemplo de algunos roedores que dejan dentro de la tierra alimento para sus hijos, yo dejaré mensajes para nuestros descendientes. Que tú estés en la luna trabajando en las minas, con todas las comodidades y halagos de tu posición, que yo esté en la tierra, atisbando tus menores movimientos, oculta, para que las autoridades no me descubran y me den drogas para olvidarte, parecerá un infortunio suficiente para los hombres del futuro que descifren nuestros mensajes.

Hallo monstruoso que los pueblos se hayan dividido y se fundan de acuerdo con la disposición de las moléculas de los individuos y sus proyecciones de ondas. Tendré ideas anticuadas. Cuando rememoro mis siete años, me estremezco. Las interdicciones comenzaron con la masacre de los niños de la escuela de Massachusetts, con el incendio del Circo Nipón, en Tokio, y con los asaltos a mano armada en los jardines públicos de Inglaterra y de Alemania. Los crímenes no los cometía nunca un individuo solo, sino una combinación de moléculas, y disparates de ese estilo, que yo comprendía apenas. Las fotografías en colores de Lina Zfanseld y de Rosa Tilda aparecieron en los diarios, pegadas a las paredes de las casas, como salvadoras de la humanidad. Se adoptaron severas medidas: se empezó con las cuestiones de los viajes: las personas del grupo A no podían viajar con las del grupo B, ni las del grupo B con las del grupo C y así sucesivamente. (En la libreta de control ¡cuánto me repugnaba la fotografía de las moléculas en un recuadro junto a mi cara!) Se dividieron las familias. Muchos hogares quedaron deshechos. ¿Digo o no digo la verdad? Llegaron a formar pueblos de gente que no tenía nada que ver la una con la otra. Hubo varios suicidios: la mayor parte eran de enamorados o de alumnos y maestros que no querían separarse. Se dio el caso de unos niños de once años, que yo conocía, y de dos estudiantes de ingeniería, pues de ningún modo hay que creer que sólo el amor de novios o de amantes puede ser apasionado. Nunca estuvimos de acuerdo sobre ese punto.

Cuando quisimos falsificar nuestros documentos nos sentíamos felices, ¿por qué no lo seríamos ahora si no fuera por esta separación? Para obtener la felicidad nada nos parecería imposible. Imaginas que todo ha terminado entre nosotros, pero te equivocas. ¿Gastaste tu dinero en sobornos? Ya lo

sé, no me lo eches en cara.
¿Recuerdas aquella preciosa mañana de verano, cuando subíamos la escalinata de la plaza de La Verdad? Llevábamos los papeles en las manos. Tus ondas coincidían con las mías en el certificado que nos dieron en el Ministerio de Salud. Después de haber visitado los hospitales que nos correspondían para las investigaciones, nos detuvimos al pie del monumento, donde la figura de La Verdad, con los ojos enormes, relumbra como si fuese de azúcar. Nos sentamos en el pedestal de mármol, comimos un helado de frambuesa, después de besarnos. Durante unos días, pensando que no nos dañábamos mutuamente, planeábamos el porvenir. Aquel certificado nos impresionaba tanto que no nos disgustamos ni una sola vez, en cinco días. Mi mano sobre tu piel no ocasionaba la desazón habitual, mi voz no repercutía sobre tu sueño inspirándote aquella extraña angustia. Tus ojos, cuando me miraban fijamente, no me hacían vacilar o cambiar de rumbo, como si yo hubiera sido una autómata. Tu abrazo no obliteraba mi ser como de costumbre. Asistíamos a una suerte de milagro. Como si no hubiéramos querido engañar al Estado, nos conducíamos de acuerdo a sus normas, a sus leyes. ¡Qué importaba que el documento hubiera sido fraguado, que nuestras ondas no coincidieran! Nos transformábamos de acuerdo a los papeles sellados que desdeñábamos. Habíamos nacido el uno para el otro, nos amábamos legalmente y nadie podía separarnos. Pero alguien siempre dice la verdad y si la verdad salva a algunos individuos a otros los hunde. El que nos delató fue un enemigo mío. Nos incomunicaron y te exiliaron. Antes de tu partida te dijeron que yo había confesado la verdad, porque me había arrepentido: que había tenido que reconocer mi error y mi desdicha. Lo creíste. Que yo me haya retirado del mundo para vivir en esta gruta, no te conmueve, que huya de los hombres para poder comunicarme contigo, no te parece una prueba de amor. Nuestros malentendidos persisten. Creo que nuestro cariño nació de un malentendido y creo que no se debilitó por eso.
"Amemos a los organismos que nos benefician. Desechemos a los que nos perjudican", decía una inscripción sobre la puerta de los hospitales. "Controle sus trenes de ondas." ¡No quiero oír hablar de ondas ni de organismos!
Recuerdo con horror aquellas leyendas de crímenes pasionales que me contaban los médicos, para hacerme entrar en razón.
He conocido a un sabio (no sé si será un embustero), que pretende, por medio de una operación, reintegrarme a tu grupo. Por unos días se interrumpirán mis mensajes y tal vez durante mi ausencia se asome mi perro al disco de metal. Dile "vaya a la cucha", o "tome agua", o "pobrecito", para consolarlo. No pienso sino en esa operación. Sueño noche y día con ella. No he averiguado qué grado de sufrimiento tendré que

soportar, qué anestesia me darán, ni en qué lugar de mi cuerpo se realizará. Estoy entregada a la esperanza de pertenecer a tu grupo de ondas y poder, de ese modo, convivir contigo de un modo normal. Naturalmente correré el riesgo de cambiar de personalidad, y falta saber si esa nueva personalidad te agradará. Podría transformarme en un ratón o en una baldosa. No tengo que pensar en todos los peligros; me volvería loca. Si fracasara este intento lo pagaré con mi vida, y realmente será la única solución que pondría término al sufrimiento de verme defraudada.
Después de la operación pienso enrolarme en un viaje interplanetario para acercarme discretamente a tu mundo. Aprenderé a caminar sobre el aire, para que me confundan con un ángel o una divinidad mitológica griega, de esas con las cuales me comparabas cuando creías en mi honestidad, en mi belleza, en mi amor.

La boda

Que una muchacha de la edad de Roberta se fijara en mí, saliera a pasear conmigo, me hiciera confidencias, era una dicha que ninguna de mis amigas tenía. Me dominaba y yo la quería no porque me comprara bombones o bolitas de vidrio o lápices de colores, sino porque me hablaba a veces como si yo fuera grande y a veces como si ella y yo fuéramos chicas de siete años.
Es misterioso el dominio que Roberta ejercía sobre mí: ella decía que yo adivinaba sus pensamientos, sus deseos. Tenía sed: yo le alcanzaba un vaso de agua, sin que me lo pidiera. Estaba acalorada: la abanicaba o le traía un pañuelo humedecido en agua de Colonia. Tenía dolor de cabeza: le ofrecía una aspirina o una taza de café. Quería una flor: yo se la daba. Si me hubiera ordenado "Gabriela, tírate por la ventana" o "pon tu mano en las brasas" o "corre a las vías del tren para que el tren te aplaste", lo hubiera hecho en el acto.
Vivíamos todos en los arrabales de la ciudad de Córdoba. Arminda López era vecina mía y Roberta Carma vivía en la casa de enfrente. Arminda López y Roberta Carma se querían como primas que eran, pero a veces se hablaban con acritud: todo surgía por las conversaciones de vestidos o de ropa interior o de peinados o de novios que tenían. Nunca pensaban en su trabajo. A la media cuadra de nuestras casas se encontraba la peluquería LAS ONDAS BONITAS. Ahí, Roberta me llevaba una vez por mes. Mientras que le teñían el pelo de rubio con agua oxigenada y amoníaco, yo jugaba con los guantes del peluquero, con el vaporizador, con las peinetas, con las horquillas, con el secador que parecía el yelmo de un guerrero y con una peluca vieja, que el peluquero me cedía con mucha amabilidad. Me agradaba aquella peluca, más que nada en el mundo, más que los paseos a

Ongamira o al Pan de Azúcar, más que los alfajores de arrope o que aquel caballo azulejo que montaba en el terreno baldío para dar la vuelta a la manzana, sin riendas y sin montura y que me distraía de mis estudios.

El compromiso de Arminda López me distrajo más que la peluquería y que los paseos. Tuve malas notas, las peores de mi vida, en aquellos días.

Roberta me llevaba a pasear en tranvía hasta la confitería Oriental. Ahí tomábamos chocolate con vainillas y algún muchacho se acercaba para conversar con ella. De vuelta en el tranvía me decía que Arminda tenía más suerte que ella, porque a los veinte años las mujeres tenían que enamorarse o tirarse al río.

-¿Qué río? -preguntaba yo, perturbada por las confidencias.

-No entiendes. Qué le vas a hacer. Eres muy pequeña.

-Cuando me case, me mandaré hacer un hermoso rodete -había dicho Arminda-, mi peinado llamará la atención.

Roberta reía y protestaba:

-Qué anticuada. Ya no se usan los rodetes.

-Estás equivocada. Se usan de nuevo -respondía Arminda-. Verás, si no llamo la atención.

Los preparativos para la boda fueron largos y minuciosos. El traje de novia era suntuoso. Una puntilla de la abuela materna adornaba la bata, un encaje de la abuela paterna (para que no se resintiera) adornaba el tocado. La modista probó el vestido a Arminda cinco veces. Arrodillada y con la boca llena de alfileres la modista redondeaba el ruedo de la falda o agregaba pinzas al nacimiento de la bata. Cinco veces del brazo de su padre, Arminda cruzó el patio de la casa, entró en su dormitorio y se detuvo frente a un espejo para ver el efecto que hacían los pliegues de la falda con el movimiento de su paso. El peinado era tal vez lo que más preocupaba a Arminda. Había soñado con él toda su vida. Se mandó hacer un rodete muy grande, aprovechando una trenza de pelo que le habían cortado a los quince años. Una redecilla dorada y muy fina, con perlitas, sostenía el rodete, que el peluquero exhibía ya en la peluquería. El peinado, según su padre, parecía una peluca.

La víspera del casamiento, el 2 de enero, el termómetro marcaba cuarenta grados. Hacía tanto calor que no necesitábamos mojarnos el pelo para peinarlo ni lavarnos la cara con agua para quitarnos la suciedad. Exhaustas Roberta y yo estábamos en el patio. Anochecía. El cielo, de un color gris de plomo, nos asustó. La tormenta se resolvió sólo en relámpagos y avalanchas de insectos. Una enorme araña se detuvo en la enredadera del patio: me pareció que nos miraba. Tomé el palo de una escoba para matarla, pero me detuve no sé por qué. Roberta exclamó:

-Es la esperanza. Una señora francesa me contó una vez que La araña por la noche es esperanza.

-Entonces, si es esperanza, vamos a guardarla en una cajita -le dije.
Como una sonámbula porque estaba cansada y es muy buena, Roberta fue a su cuarto para buscar una cajita.
-Ten cuidado. Son ponzoñosas -me dijo.
-¿Y si me pica?
-Las arañas son como las personas: pican para defenderse. Si no les haces daño, no te harán a ti.
Puse la cajita abierta frente a la araña, que de un salto se metió adentro. Después cerré la tapa, que perforé con un alfiler.
-¿Qué vas a hacer con ella? -interrogó Roberta.
-Guardarla.
-No la pierdas -me respondió Roberta.
Desde ese minuto, anduve con la caja en el bolsillo. A la mañana siguiente fuimos a la peluquería. Era domingo. Vendían matras y flores en la calle. Esos colores alegres parecían festejar la proximidad de la boda. Tuvimos que esperar al peluquero, que fue a misa, mientras Roberta tenía la cabeza bajo el secador.
-Pareces un guerrero -le grité.
Ella no me oyó y siguió leyendo su libro de misa. Entonces se me ocurrió jugar con el rodete de Arminda, que estaba a mi alcance. Retiré las horquillas que sostenían el rodete compacto dentro de la preciosa redecilla. Se me antojó que Roberta me miraba, pero era tan distraída que veía sólo el vacío, mirando fijamente a alguien.
-¿Pongo la araña adentro? -interrogué mostrándole el rodete.
El ruido del secador eléctrico seguramente no dejaba oír mi voz. No me respondió, pero inclinó la cabeza como si asintiera. Abrí la caja, la volqué en el interior del rodete, donde cayó la araña. Rápidamente volví a enroscar el pelo y a colocar la fina redecilla que lo envolvía y las horquillas para que no me sorprendieran. Sin duda lo hice con habilidad, pues el peluquero no advirtió ninguna anomalía en aquella obra de arte, como él mismo denominaba el rodete de la novia.
-Todo esto será un secreto entre nosotras -dijo Roberta, al salir de la peluquería, torciendo mi brazo hasta que grité. Yo no recordaba qué secretos me había dicho aquel día y le respondí, como había oído hacerlo a las personas mayores.
-Seré una tumba.
Roberta se puso un vestido amarillo con volantes y yo un vestido blanco de plumetís, almidonado, con un entredós de broderie. En la iglesia no miré al novio porque Roberta me dijo que no había que mirarlo. La novia estaba muy bonita con un velo blanco lleno de flores de azahar. De pálida que estaba parecía un ángel. Luego cayó al suelo inanimada. De lejos parecía una cortina que se hubiera soltado. Muchas personas la socorrieron, la

abanicaron, buscaron agua en el presbiterio, le palmotearon la cara. Durante un rato creyeron que había muerto; durante otro rato creyeron que estaba viva. La llevaron a la casa, helada como el mármol. No quisieron desvestirla ni quitarle el rodete para ponerla muerta en el ataúd. Tímidamente, turbada, avergonzada, durante el velorio que duró dos días, me acusé de haber sido la causante de su muerte.

-¿Con qué la mataste, mocosa? -me preguntaba un pariente lejano de Arminda, que bebía café sin cesar.

-Con una araña -yo respondía.

Mis padres sostuvieron un conciliábulo para decidir si tenían que llamar a un médico. Nadie jamás me creyó. Roberta me tomó antipatía, creo que le inspiré repulsión y jamás volvió a salir conmigo.

La paciente y el médico

(La paciente está acostada frente a un retrato.)

Hace cinco años que lo conozco y su verdadera naturaleza no me ha sido revelada. Alejandrina me llevó a su consultorio una tarde de invierno. En la sala de espera, durante tres horas, tuve que mirar las revistas que estaban sobre la mesa. No olvidaré nunca los hermosos claveles de papel que adornaban el florero, sobre la consola. Había mucha gente: dos niños que corrían de un lado a otro del cuarto y que comían bombones, y una vieja malísima, con una sombrilla negra y un sombrero de terciopelo. Hace cinco años que lo conozco. A veces pienso que es un ángel, otras veces un niño, otras veces un hombre. El día que fui a su consultorio no pensé que iba a tener tanta importancia en mi vida. Detrás de un biombo me desvestí para que me auscultara. Anotó mis datos personales y mi historia clínica sin mirarme. Cuando colocó su cabeza sobre mi pecho, es cierto que aspiré el perfume de su pelo y que aprecié el color castaño de sus rizos. Me dijo, mirando un lunar que tengo en el cuello, que mi enfermedad era larga de curar, pero benigna. Le obedecí en todo. Me habría tirado por la ventana, si me lo hubiese ordenado. Suspendí las verduras crudas, el vino, el café y el chocolate, que tanto me gusta. Me alimenté de papas cocidas y de carne asada; dormía después del almuerzo; aunque no durmiera, descansaba. Durante seis meses dejé de estudiar; fue en esos días cuando me dio su retrato para que lo colocara frente a mi cama.

-Cuando te sientas mal, mi hijita, le pedirás consejos al retrato. Él te los dará. Puedes rezarle, ¿acaso no rezas a los santos?

Este modo de proceder le pareció extraño a Alejandrina.

Mi vida transcurría monótonamente, pues tengo un testigo constante que me prohíbe la felicidad: mi dolencia. El doctor Edgardo es la única persona

que lo sabe.
Hasta el momento de conocerlo viví ignorando que algo dentro de mi organismo me carcomía. Ahora conozco todo lo que sufro: el doctor Edgardo me lo ha explicado. Es mi naturaleza. Algunos nacen con ojos negros, otros con ojos azules.
Parece imposible que siendo tan joven sea tan sabio; sin embargo, me he enterado de que no se precisa ser un anciano para serlo. Su piel lisa, sus ojos de niño, su cabellera rubia, ensortijada, son para mí el emblema de la sabiduría.
Hubo épocas en que lo veía casi todos los días. Cuando yo estaba muy débil venía a mi casa a verme. En el zaguán al despedirse me besó varias veces. Desde hace un tiempo me atiende sólo por teléfono.
-Qué necesidad tengo de verla si la conozco tanto: es como si tuviera su organismo en mi bolsillo, como el reloj. En el momento en que usted me habla puedo mirarlo y contestar a cualquier pregunta que me haga.
Le respondí:
-Si no necesita verme, yo necesito verlo a usted.
A lo que replicó:
-¿Mi retrato y mi voz no le bastan?
Tenía miedo de influir directamente sobre mi ánimo, pero yo he insistido mucho para verlo, demasiado, pues se ha encaprichado en no hacerme el gusto. Primeramente lo hice llamar por mis amigas para pedir hora en su consultorio; le mandé regalos, me las arreglé, sin perder mi virginidad, para conseguir dinero. La primera noche salí con Alberto, la segunda con Raúl, las otras con amigos que ellos me presentaron. Alberto me interpeló un día:
-Qué haces con la plata, che. Siempre viniendo a llorar miserias.
Le contesté la verdad:
-Es para el médico.
No tenía por qué mentir a un atorrante. De ese modo pude mandar al doctor Edgardo una lapicera, una pipa, un anotador con tapa de cuero, un pisapapel de vidrio con flores pintadas, un frasco de agua de Colonia de la más fina; luego empecé a mandarle cartas escritas en diferentes colores de papel, según mi estado de ánimo. A veces, cuando estaba más alegre, en color rosado; cuando estaba tierna, en color celeste; cuando estaba celosa, en color amarillo; cuando estaba triste, en un color violeta precioso; un violeta tan precioso que a veces deseaba estar triste, para enviárselo. Mis mensajeros eran los niños del barrio, que me quieren mucho y que estaban siempre dispuestos a llevar las cartas a cualquier hora. Yo siempre introducía entre las hojas alguna ramita o alguna flor o alguna gotita de perfume o de lágrimas. En lugar de firmar mi nombre al pie de la hoja lo hacía con mis labios, de manera que la pintura quedara estampada. Después comencé a abusar de todos estos recursos: le mandaba, por

ejemplo, tres regalos en un día, cuatro cartas, en otro; o bien lo llamaba cinco veces por teléfono. No puedo vivir sin él, la verdad sea dicha. Verlo otra vez sería para mí como llorar después de contenerme mucho tiempo. Es algo necesario, algo maravilloso. Nadie comprende, ni Alejandrina lo comprende. Ayer, resolví poner término a estas vanas insistencias. En la farmacia compré veronal. Voy a tomar el contenido de este frasco para que el doctor Edgardo venga a verme. Dormida no gozaría de esa visita y por lo tanto no lo tomaré todo: tomaré justo lo suficiente para estar calma y poder mantener mis párpados cerrados, inmóviles sobre mis ojos. El resto del frasco lo tiraré y cuando la dueña de la pensión, que todas las noches me trae una taza de tilo, entre en mi cuarto, creerá que me he suicidado. Junto al frasco de veronal vacío dejaré el número del teléfono del doctor Edgardo con su nombre. Ella lo llamará, pues tomé ya mis precauciones: las otras mañanas le dije, como sin quererlo, cuando volvíamos del mercado:

-Si me sucediera algo, no es a mi familia a quien tiene que llamar sino al doctor Edgardo, que es como un padre para mí.

Me echaré sobre la cama, con el vestido que me hice el mes pasado: el azul marino con cuello y puños blancos. El modelo era tan difícil que tardé más de quince días en copiarlo; sin embargo, esos quince días pasaron volando, pues sabía que el doctor Edgardo me vería muerta o viva con este vestido puesto. No soy vanidosa, pero me gusta que las personas que yo quiero me vean bien vestida; además, tengo conciencia de mi belleza y estoy persuadida de que si el doctor Edgardo me ha rehuido es porque tiene miedo de enamorarse demasiado de mí. Los hombres aman su libertad y el doctor Edgardo no sólo ama su libertad, sino su profesión. Aunque sé de buena fuente y porque él mismo lo ha confesado que de noche descuelga el tubo del teléfono para que sus pacientes no lo despierten y que sólo por un caso de gravedad sería capaz de molestarse, es un mártir de su profesión. ¡Si fuera tan bondadoso en su vida íntima, no tendría motivo para quejarme! Me echaré sobre la cama y colocaré a mis pies a Michín. Ayer le puse polvo contra las pulgas y le pasé el cepillo. Le pondré agua de Colonia, aunque me rasguñe. Será conmovedor verme muerta, con Michín velándome.

A veces he creído odiar a Edgardo: tanta frialdad no parece humana. Me trató como los niños tratan a sus juguetes: los primeros días los miran con avidez, les besan los ojos cuando son muñecos, los acarician cuando son automóviles, y luego, cuando ya saben cómo se les puede hacer gritar o chocar, los abandonan en un rincón. Yo no me resigné a ese abandono porque sospecho que Edgardo tuvo que librar una batalla consigo mismo para abandonarme. Estoy persuadida de que me ama y que su vida ha sido un páramo hasta el momento en que me conoció. Fui como él me dijo el

encuentro de la primavera en su vida y si renunció a mis besos fue porque lo asediaba un deseo que no podía satisfacer por respeto a mi virginidad. Otras mujeres a quienes no ama, prostitutas que sacan plata a los hombres, gozarán de su compañía. No tengo motivos para celarlo ni para enfurecerme con él; sin embargo, cinco años de esperanza frustrada me llevan a una solución que tal vez sea la única que me queda.

(El médico piensa mientras camina por las calles de Buenos Aires.)

Iré caminando. Tal vez logrará lo que quería: verme. Me llamaron con urgencia. Yo sé lo que son esas cosas. Un simulacro de suicidio, seguramente. Llamar la atención de alguna manera. La conocí hace cinco años y un siglo me hubiera parecido menos largo. Cuando entró en mi consultorio y la vi por primera vez me interesó: era un día de pocos clientes, un día de tedio. La piel cobriza, el color del pelo, los ojos alargados y azules, la boca grande y golosa me agradaron. Atrevida y tímida, modesta y orgullosa, fría y apasionada me pareció que no me cansaría nunca de estudiarla, pero ay... qué pronto conocemos el mecanismo de ciertas enfermas, a qué responden los ojos entornados y la boca entreabierta, a qué la modulación de la voz. La ausculté aquel día no pensando en el tipo de paciente que sería, sino en el tipo de mujer que era. Me demoré tal vez demasiado con mi cabeza sobre su pecho oyendo los latidos acelerados de su corazón. Olía a jabón y no a perfume como la generalidad de las mujeres. Me causó gracia el rubor de la cara y del cuello en el momento en que le ordené desvestirse. No pensé que aquel comienzo de nuestra relación pudiera terminar en algo tan fastidioso. Durante varios meses soporté sus visitas sin sacar ningún provecho de ellas, pero con la esperanza de llegar a alguna satisfacción. Ni el tiempo ni la intimidad modificaron las cosas; éramos una suerte de monstruosos novios, cuya sortija de matrimonio era la enfermedad que también es circular como un anillo. Yo sabía que jamás recibiría un buen regalo, ni cobraría mis honorarios. La señora de Berlusea, a quien jamás cobré un céntimo por mis atenciones de médico, me regaló un tintero importantísimo de bronce con un Mercurio en la tapa, un cortapapel de marfil con figuras chinas y un reloj de pie que tengo en mi consultorio. El señor Remigio Álvarez, a quien tampoco cobré un céntimo, me regaló un juego de fuentes y un centro de mesa de plata en forma de cisne. Todos mis pacientes mal que mal me pagaron en alguna forma. De ella qué puedo esperar sino un amor de virgen que me abruma, que me persigue. Subrepticiamente me encontré metido en una trampa. No quise verla más, pero le di mi retrato por compasión. Le ordené que lo colocara frente a su cama: tal vez debido a las miradas que le prodigué desde ese marco día y noche comencé a imaginarla

involuntariamente durante todas las horas del día: cuando se acostaba, cuando se levantaba, cuando se vestía, cuando recibía la visita de alguna amiga, cuando acariciaba al gato que saltaba sobre su cama. Fue una suerte de castigo cuyas consecuencias todavía estoy pagando. Esa mujer, que ahora tiene apenas veinte años, que no me atraía de ningún modo, día y noche perseguía y persigue mi pensamiento. Como si yo estuviese dentro del retrato, como si yo mismo fuera el retrato, veo las escenas que se desarrollan dentro de esa habitación. No le mentí al decirle que conocía su organismo como al reloj que llevo en el bolsillo. A la hora del desayuno oigo hasta los sorbos del café que toma, el ruido de la cucharita golpeteando el fondo de la taza para deshacer los terrones de azúcar. En la penumbra de la habitación veo los zapatos que se quita a la hora de la siesta para colocar los pies desnudos y alargados sobre la colcha floreada de la cama. Oigo el baño que se llena de agua en el cuarto contiguo, oigo sus abluciones y la veo en el vaho del cuarto de baño envuelta en la toalla felpuda con un hombro al aire, secarse las axilas, los brazos, las rodillas y el cuello. Aspiro el olor a jabón que aspiré en su pecho el primer día que la vi en mi consultorio, ese olor que en los primeros momentos me pareció afrodisíaco y después una mezcla intolerable de polvo de talco y sémola. Cuando dejé de verla, y fue dificilísimo lograrlo, pues no escatimó ningún subterfugio para seguir viéndome, comenzó a llamar por teléfono y a mandarme regalos. ¡Si a eso puede uno llamar regalos! Las chucherías pulularon sobre mi mesa. A veces tenían gracia, no digo que no, pero eran poco prácticas y yo las guardaba para reírme o las regalaba a alguno de mis amigos. La mayoría de las veces escondía esos objetos heterogéneos en cajones relegados al olvido, pues nunca acertó en mandarme algo que realmente me agradara. Cuando vio que los regalitos no surtían efecto empezó a mandarme cartas con los niños del barrio. Por el color de los sobres reconocí en seguida de dónde provenían y a veces los dejaba sin abrir sobre mi mesa. En estos últimos tiempos usó un papel violeta repugnante que coincide con los acentos más patéticos. Escribió que estaba de luto y que el violeta era el color que expresaba mejor su estado de ánimo. A veces pensé que convendría hacerle un narcoanálisis, tal vez se liberaría de la obsesión que tiene conmigo; es natural que no se prestaría a ello ni siquiera por amor. Creí alejarla con un retrato y sucedió lo contrario: se acercó más íntimamente a mí. Iré caminando. Le daré tiempo para morir. Oigo sus quejidos, el maullido del gato, las gotas que caen del grifo dentro del baño vecino. Camino, voy hacia ella dentro de mi retrato maldito.

Voz en el teléfono

No, no me invites a casa de tus sobrinos. Las fiestas infantiles me

entristecen. Te parecerá una macana. Ayer te enojaste porque no quise encender tu cigarrillo. Todo está relacionado. ¿Que estoy loco? Tal vez. Ya que nunca puedo verte, terminaré por explicar las cosas por teléfono. ¿Qué cosas? La historia de los fósforos. Detesto el teléfono. Sí. Ya sé que te encanta, pero a mí me hubiera gustado contarte todo en el auto, o saliendo del cine, o en la confitería. Tengo que remontarme a los días de mi infancia.
-Fernando, si jugás con fósforos, vas a quemar la casa -me decía mamá, o bien-: Toda la casa va a quedar reducida a un montoncito de cenizas -o bien-: Volaremos como fuegos de artificio.
¿Te parece natural? A mí también, pero todo eso me inducía a tocar fósforos, a acariciarlos, a tratar de encenderlos, a vivir por ellos. ¿Te sucedía lo mismo con las gomas de borrar? Pero no te prohibían tocarlas. Las gomas de borrar no queman. ¿Las comías? Ésa es otra cosa. Los recuerdos de mis cuatro años tiemblan como iluminados por fósforos. La casa donde pasé mi infancia, ya te dije que era enorme: se componía de cinco dormitorios, dos vestíbulos, dos salas con el cielo raso pintado, con nubes y angelitos. ¿Te parece que vivía como un rey? No creas. Siempre había líos entre los sirvientes. Se habían dividido en dos bandos: los partidarios de mi madre y los partidarios de Nicolás Simonetti. ¿Quién era? Nicolás Simonetti era el cocinero: yo lo quería con locura. Me amenazaba, en broma, con un enorme cuchillo lustroso, me daba trocitos de carne y hojitas de lechuga para que me entretuviera, me daba caramelo que derramaba sobre el mármol. Él contribuyó tanto como mi madre a despertar mi pasión por los fósforos, que encendía para que yo los apagara soplando. Debido a los partidarios de mi madre, que eran infatigables, la comida nunca estaba lista, ni rica, ni a punto. Siempre había una mano que interceptaba los platos, que los dejaba enfriar, que agregaba talco a los tallarines, que espolvoreaba los huevos con ceniza. Todo esto culminó con la aparición de un pelo larguísimo en un budín de arroz.
-Este pelo es de Juanita -dijo mi padre.
-No -dijo mi tía-, no quiero "echar pelos en la leche", para mi gusto, es de Luisa.
Mi madre, que tenía mucho amor propio, se levantó de la mesa en medio de la comida y tomando de la punta de los dedos el pelo, lo llevó a la cocina. La cara absorta del cocinero que vio, en lugar de un pelo, una hebra de hilo negro, irritó a mi madre. No sé qué frase sarcástica o hiriente hizo que Nicolás Simonetti se quitara el delantal que amasó como un bollo para tirarlo y anunciar que dejaba la casa. Yo lo seguí al cuarto de baño donde se vestía y se desvestía diariamente. Aquella vez, él que era tan atento conmigo, se vistió sin mirarme. Se peinó con un poquito de grasa que le quedaba en las manos. Nunca vi manos tan parecidas a peines. Luego, con dignidad juntó, en la cocina, los moldes, los cuchillos enormes, las es-

pátulas y las metió en una valijita que siempre traía y se dirigió a la puerta con el sombrero puesto. Para que se dignara mirarme le di un puntapié en la pierna; entonces puso su mano, que olía a manteca, sobre mi cabeza y dijo:
-Adiós, pibe. Ahora muchos apreciarán las comidas de Nicolás. Que se chupen los dedos.
¿Te hace gracia? Sigo enumerando: dos escritorios. ¿Para qué tantos? Yo también me lo pregunto. Nadie escribía. Ocho corredores, tres cuartos de baño (uno con dos lavatorios). ¿Por qué dos? Se lavarían a cuatro manos. Dos cocinas (una económica y una eléctrica), dos cuartos para lavar y planchar la ropa (uno de ellos decía mi padre que estaba destinado a arrugarla), una antecocina, un antecomedor, cinco cuartos de servicio, un cuarto para los baúles. ¿Viajábamos mucho? No. Esos baúles se utilizaban para distintas cosas. Otro cuarto para los armarios, otro para los cachivaches donde dormía el perro y mi caballo de madera montado en un triciclo. ¿Si existe esa casa? Existe en mi recuerdo. Los objetos son como esos mojones que indican los kilómetros recorridos: la casa tenía tantos que mi memoria está cubierta de números. Podría decir en qué año comí la primera manzana o mordí la oreja del perro, o bien oriné en la dulcera. ¡Te parece que soy un cochino! Las alfombras, las arañas y las vitrinas de la casa me gustaban más que los juguetes. Para el día de mi cumpleaños mi madre organizó una fiesta. Invitó a veinte varones y veinte mujeres para que me trajeran regalos. Mi madre era previsora. ¡Tenés razón, era un amor! Para el día de la fiesta los sirvientes sacaron las alfombras, los objetos de las vitrinas que mi madre reemplazó por caballitos de cartón con sorpresas y automovilitos de material plástico, matracas, cornetas y flautines, dedicados a los varones; pulseras, anillos, monederos y corazoncitos a las mujeres. En el centro de la mesa del comedor colocaron la torta con cuatro velitas, los sándwiches, el chocolate servido. Algunos niños llegaron (no todos con regalos) con sus niñeras, otros con sus madres, otros con una tía o una abuela. Las madres, tías o abuelas se sentaron en un rincón para conversar. Yo las escuchaba de pie, soplando en una corneta que no sonaba.
-Qué bonita estás, Boquita -dijo mi madre a la madre de una de mis amigas-. ¿Venís del campo?
-Es la época en que uno quiere quemarse y es un monstruo -respondió Boquita.
Yo creí que se refería a los fósforos y no al sol. ¿Si me gustaba? ¿Qué cosa? ¿Boquita? No. Era horrible, con su boca diminuta, sin labios, pero mi madre aseguraba que nunca había que decir bonita a las bonitas, sino a las feas porque era más amable; que la belleza está en el alma y no en la cara; que Boquita era un esperpento, pero que "tenía algo". Además mi madre no

mentía: siempre se arreglaba para pronunciar las palabras de un modo equívoco, como si se le enredara la lengua, y así lograba decir "qué loquita estás Boquita"; lo que también podía interpretarse como una alabanza a la fuerte personalidad de su amiga. Hablaron de política, de sombreros y de vestidos, hablaron de problemas económicos, de personas que no habían ido a la fiesta: lo advierto ahora recopilando las palabras que les oí decir. Después de la distribución de globos y de la representación de títeres (donde Caperucita Roja me aterró como el lobo a la abuela, donde la Bella me pareció horrorosa como la Bestia), después de apagar las velas de mi torta de cumpleaños, seguí a mi madre a la salita más íntima de la casa, donde se encerró con sus amigas, entre los almohadones bordados. Conseguí esconderme detrás de un sillón, pisotear el sombrero de una señora, sentado en cuclillas, apoyado contra la pared, para no perder el equilibrio. Ya sé que soy un bruto. Las señoras reían tanto que apenas comprendía yo las palabras que pronunciaban. Hablaban de corpiños, y una de ellas se desabotonó la blusa hasta la cintura para mostrar el que llevaba puesto: era transparente como una media de Navidad, pensé que tendría algún juguete y sentí deseos de meter la mano adentro. Hablaron de medidas: resultó que se trataba de un juego. Por turno se pusieron de pie. Elvira, que parecía una nena enorme, misteriosamente sacó de su cartera un centímetro.

-Siempre llevo en mi cartera una lima y un centímetro, por las dudas -dijo.

-Qué loca -exclamó Boquita estrepitosamente-, parecés una modista.

Se midieron la cintura, el pecho y las caderas.

-Te apuesto a que tengo cincuenta y ocho de cintura.

-Y yo te apuesto a que tengo menos.

Las voces resonaban como en un teatro.

-Quisiera ganar con las caderas -decía una.

-Yo me contento con la pechera -dijo otra-. A los hombres les interesa más el pecho, ¿no ves dónde miran?

-Si no me miran en los ojos no siento nada -dijo otra, con un suntuoso collar de perlas.

-No se trata de lo que sentís, sino de lo que ellos sienten -dijo la voz agresiva de una que no era madre de nadie.

-A mí me importa un bledo -respondió la otra, encogiéndose de hombros.

-Yo, no -dijo la Rosca Pérez, que era preciosa, cuando le tocó el turno de medirse; tropezó contra el sillón donde yo estaba escondido.

-Gané -dijo Chinche, que era puntiaguda como un alfiler de cabeza chica y que hacía sonar las nueve esclavas de oro que llevaba en el brazo.

-Cincuenta y uno -exclamó Elvira, examinando el centímetro que rodeaba la cintura diminuta de Chinche.

¿Que no podía tener cincuenta y un centímetros, a menos de ser una

avispa? Pues entonces era una avispa. ¿Se puede hundiendo la barriga como un yogui? Yogui no era, pero encantadora de serpientes, sí. Fascinaba a las mujeres perversas. A mi madre, no. Mi madre era un pan de Dios. Le tenía lástima. Cuando le hablaban mal de Chinche contestaba:
-Macana frita.
Cualquier día. Nunca le oí decir a un malevo "macana frita". Sería algo muy personal. Era muy ella misma. Seguiré contando. En ese momento sonó el teléfono que estaba colocado junto a uno de los sillones; Chinche y Elvira, repartiéndoselo, lo atendieron; luego, tapando el teléfono con un almohadón, dijeron a mi madre:
-Es para vos, che.
Las otras se codearon y Rosca tomó el teléfono para oír la voz.
-Apuesto a que es el barbudo -dijo una de las señoras.
-Apuesto a que es el duende -dijo otra, mordiendo sus collares.
Entonces comenzó un diálogo telefónico en que todas intervinieron pasándose el teléfono por turno. Olvidé que estaba escondido y me puse de pie para ver mejor el entusiasmo, con tintineo de pulseras y collares, de las señoras. Mi madre al verme cambió de voz y de rostro: como frente al espejo se alisó el pelo y se acomodó las medias; apagó con ahínco el cigarrillo en el cenicero, retorciéndolo dos o tres veces. Me tomó de la mano y yo, aprovechando su turbación, robé los fósforos largos y lujosos que estaban sobre la mesa, junto a los vasos de whisky. Salimos del cuarto.
-Tenés que atender a tus invitados -dijo mi madre con severidad-. Yo atiendo a los míos.
Me dejó en la sala desmantelada, sin alfombra, sin los objetos habituales de las vitrinas, sin los muebles más valiosos, con los caballitos de cartón vacíos, con las cornetas y flautines en el suelo, con los automovilitos todos con dueños que eran impostores para mí. Cada uno de los niños tenía ya un globo que abrazaba, que estrujaba con audacia. Sobre el piano enfundado alguien había colocado los regalos que los amigos me habían traído. ¿Pobre piano? ¡Por qué no decís, más bien, pobre Fernando! Advertí que faltaban algunos regalos, pues yo atentamente los había contado y examinado en el momento de recibirlos. Pensé que estarían en otro lugar de la casa y ahí empezó mi peregrinación por los corredores que me llevaron al tacho de basura donde desenterré unas cajas de cartón y papeles de diario que triunfalmente llevé a la sala desmantelada. Descubrí que algunos de los niños habían aprovechado de mi ausencia para apoderarse de nuevo de los regalos que me habían traído. ¿Vivos? Sinvergüenzas. Después de muchas vacilaciones, muchas dificultades para entrar en relación con los niños, nos sentamos en el suelo para jugar con los fósforos. Pasó una niñera y dijo a su compañera:
-Hay adornos muy finos en esta casa: hay cada florero que si se te cae en

un pie te lo aplasta -y mirándonos como si hablaran del mismo florero, agregó-: Cada uno cuando está solo es un diablo, pero acompañado se te vuelve un Niño Dios.
Hicimos construcciones, planos, casas, puentes con los fósforos, les doblamos las puntas, durante un largo rato. No fue sino después, cuando llegó Cacho con los anteojos puestos y una billetera en el bolsillo que tratamos de encender los fósforos. Primero quisimos encenderlos en la suela de los zapatos, después en la piedra de la chimenea. A la primera chispa nos quemamos los dedos. Cacho era muy sabio y dijo que sabía no sólo preparar sino encender una fogata. Él tuvo la idea de cercar la antecocina, donde estaba su niñera, con fuego. Yo protesté. No teníamos que desperdiciar fósforos en niñeras. Esos fósforos lujosos estaban destinados para la salita íntima donde los había encontrado. Eran los fósforos de nuestras madres. En puntas de pie nos acercamos a la puerta del cuarto donde se oían las voces y las risas. Yo fui el que cerré la puerta con llave, yo fui el que saqué la llave y la guardé en el bolsillo. Apilamos los papeles en que venían envueltos los regalos, las cajas de cartón con paja, algunos diarios que habían quedado sobre una mesa, las basuras que había juntado, unos leños de la chimenea, donde nos sentamos un rato para mirar la futura hoguera. Oímos la voz de Margarita, su risa que no he olvidado, diciendo:
-Nos encerraron con llave.
Y la respuesta de no sé quién:
-Mejor, así nos dejan tranquilas.
Al principio el fuego chisporroteaba apenas, luego estalló, creció como un gigante, con lengua de gigante. Lamía el mueble más valioso de la casa, un mueble chino con muchos cajoncitos, decorado con millones de figuras que atravesaban puentes, que se asomaban a las puertas, que paseaban en la orilla de un río. Millones y millones de pesos le habían ofrecido a mi madre por ese mueble, y nunca lo quiso vender a ningún precio. ¡Te parece, una lástima! Mejor hubiera sido venderlo. Retrocedimos hasta la puerta de entrada donde acudieron las niñeras. Retumbaron las voces pidiendo auxilio en la larga escalera de servicio. El portero, que estaba conversando en la esquina, no llegó a tiempo para hacer funcionar el extinguidor de incendios. Nos hicieron bajar a la plaza. Agrupados debajo de un árbol vimos la casa en llamas, y la inútil llegada de los bomberos. ¿Ahora comprendés por qué no quise encender tu cigarrillo? ¿Por qué me impresionan tanto los fósforos? ¿No sabías que era tan sensible? Naturalmente, las señoras se asomaron a la ventana, pero estábamos tan interesados en el incendio que apenas las vimos. La última visión que tengo de mi madre es de su cara inclinada hacia abajo, apoyada sobre un balaustre del balcón. ¿Y el mueble chino? El mueble chino se salvó del incendio, felizmente. Algunas figuritas

se estropearon: una de una señora que llevaba un niño en los brazos y que se asemejaba un poco a mi madre y a mí.

El castigo

Estábamos frente a un espejo que reflejaba nuestros rostros y las flores del cuarto.
-¿Qué te pasa? -le pregunté. Estaba pálida. ¿Me ocultas algo?
-No te oculto nada. Ese espejo me recuerda mi desventura: somos dos y no una sola persona -dijo, tapándose la cara-. Al verte tan severo, me siento culpable. Todo me parece una infidelidad. Tengo veinte años. ¿Para qué me sirven? Por miedo de perderme no quieres que mire, ni que pruebe nada, no quieres que viva. Quieres que sea tuya definitivamente, como un objeto inanimado. Si te hiciera el gusto, terminaría por volver al punto inicial de mi vida o por morir, o tal vez por volverme loca -me dijo-. ¿No te da miedo?
-Me ocultas algo -insistí-. No trates de distraerme con lamentos.
-Si crees que te oculto algo, me remontaré a mis veinte años -me dijo- y te contaré toda mi vida. Haré un resumen.
-¡Como si no conociera tu vida! -le respondí.
-No la conoces. Déjame recostar mi cabeza sobre tus rodillas, porque tengo sueño.
Me acomodé en el sofá y dejé que se apoyara cómodamente sobre mí, meciéndola como a un recién nacido.
-El único pecado que existía para mí era la infidelidad. Mas ¿cómo ser fiel sin morir para el resto del mundo y para uno mismo? En un cuarto, con flores pintadas en la pared, Sergio me tuvo, desnuda, entre sus brazos. Sospechó que lo había engañado y quiso matarme. No lo había engañado, pues en mis infidelidades, si las había, lo buscaba a él.
-¿Por qué me nombras como si hablaras de otra persona?
-Porque Sergio era otra persona. Conocí el amor perfecto durante tres años. Todo nos unía: teníamos los mismos gustos, el mismo carácter, la misma sensibilidad. Me dominaba: me devoró como un tigre devora un cordero. Me quería como si me tuviese en sus entrañas, y yo lo quería como si hubiera salido de ellas. Al cabo de tres años de dicha y también de tormento, paulatinamente, y de un modo cada día más sentimental y pudoroso, aprendimos a no saber siquiera besarnos. La vergüenza, como un vestido demasiado abrigado y con demasiados broches y cintas, cubría mi cuerpo. No quise verlo más. Tuve asco de sus besos. Me escribió una carta proponiéndome cosas obscenas. Tiré la carta al fuego. "¿Qué contenido tendrá esta carta?", pensé al mirar el sobre, llena de esperanzas. Lo tuve un rato en mis manos antes de abrirlo.
"Nos dimos cita en una iglesia; apenas nos miramos. Después,

furtivamente, en una plaza. Viví un tiempo rodeada por una suerte de bruma inquietante, pero venturosa.

"Encontré a Sergio unos meses después en un teatro.

-No me nombres como si no me conocieras. Soy capaz de estrangularte -le dije. Ella prosiguió como si no me hubiera oído:

-¡Qué hermoso es un desconocido! Me conmoví al ver aquellos ojos que me miraban por primera vez. Temblé de emoción, como quien ve el principio de la primavera en una sola hoja imperceptible, cuando todo el resto de un jardín ha quedado sumido en el invierno, o como quien ve un precipicio, entre montañas azules y arbustos con flores deslumbrantes y lejanas. ¡Vértigo, sólo vértigo sentí! Seguramente, nos habíamos conocido en otra reencarnación: no nos saludamos y sin embargo me pareció natural. "Quisiera conocerlo en esta vida", pensé con vehemencia. Rápidamente Sergio entró en mi olvido.

-Te prohíbo jugar con nuestro amor -le dije, tratando de llamar su atención; no me escuchó.

-Fui feliz, con esa felicidad que da la expectativa. Bailaba frente al espejo. Tocaba el piano maravillosamente bien, por lo menos así lo creía yo. Esperaba, ¿qué? No sé. Un novio probablemente. Estaba cansada ya de estudiar. Ni la timidez me salvaba del tedio, de la nerviosidad de los exámenes. Mi profesora de filosofía fue mi mejor amiga. Le llevaba ramos de rosas, o frutas que traía del campo. Ella me invitaba a tomar té en su casa. Dejó de ser mi amiga. Me trató con desdén o con indiferencia.

"Llévale un ramo de flores a tu maestra; si no tienes atenciones con ella, nunca te demostrará su simpatía", me dijo un día mi madre.

-¿Hay que comprar la simpatía?

-¿Quién te enseñó esa palabra tan vulgar?"; me dijo.

-¿Cuál?", interrogué con evidente mala fe.

"Comprar. Se compra fruta, alimentos, vestidos, ¡qué sé yo!, pero no sentimientos humanos", me respondió orgullosamente. "Todo se compra con o sin dinero", le dije.

"No sé por qué recuerdo con tanta precisión ese diálogo. Los días empezaron a ser muy largos, muy anchos, muy profundos. Había tiempo para todo, principalmente para olvidar. Tardé mucho en no saber bailar, ni tocar el piano. Mi cuerpo perdió el equilibrio; cuando trataba de ponerme de puntillas, vacilaba; los dedos de mi mano perdieron agilidad, se pegaban a las notas cuando recorrían escalas. Me sentí humillada. Intenté suicidarme una noche de invierno, desnuda, junta a la ventana abierta, sin moverme, tiritando de frío, hasta el alba; después, con un hipnótico, que conseguí de contrabando, en la farmacia; después, con un revólver, que descubrí en el cuarto de mi padre. Todo fracasó por culpa de mi indecisión, por culpa de mi nerviosidad, por culpa de mi buena salud, pero no por mi amor a la vida.

Alicia me decepcionó con sus traiciones, con sus mentiras. Resolví no verla más y, antes de despedirme de ella, contar sus pecados en el seno de su familia, algún día que estuvieran todos reunidos, frente a esos cuadros místicos que estaban tan bien iluminados, en la casa. Alicia y yo nos hacíamos confidencias. Era mi mejor amiga. Dormíamos juntas en verano, debajo de los mosquiteros que velaban nuestras caras. Nos enamorábamos siempre del mismo muchacho, que siempre me amaba a mí. Alicia creía que era de ella de quien se enamoraban. Nos aborrecimos sin aparente razón. Reíamos de todo y por todo: de la muerte, del amor, de la desventura y de la dicha. No sabíamos lo que nos gustaba, y aquello que más nos divertía, a veces resultaba tedioso y absurdo.

`Estas mocosas se creen grandes -decía mi madre, o mi tía o alguien de la servidumbre-, les hace falta una buena paliza."

"Leíamos libros pornográficos, que escondíamos debajo del colchón, fumábamos, íbamos al cinematógrafo en vez de estudiar.

"En la pileta municipal, todas las mañanas, nadábamos y conseguimos premios en cuatro o cinco concursos. Nadábamos también en el río, cuando nos invitaban a pasar el día en el Tigre, en algún recreo; o en el mar, aquel verano que nos alojamos en una casa, que alquiló mi tía, en Los Acantilados. ¡Vi por primera vez el mar! Allí aprendimos a flotar sobre el agua, con dificultad, porque teníamos miedo. Fuimos olvidando la natación. ¡Ah, cómo nos hundíamos en el agua! Un día casi nos ahogamos abrazadas, tratando de salvarnos o de hundirnos mutuamente.

- ... Vas a ahogarte -me prevenía mi madre-. Cuando aprendas a nadar, perderás el miedo, y podrás ganar concursos." Atesoraba en mi armario tarjetas postales que recibía de Claudina. No dormía pensando en ir al colegio: vergüenza de los niños, temor a los mayores, curiosidad por los suplicios sexuales, todo me torturaba.

"Pasamos días y días de dicha en un jardín enorme, con dos esfinges de piedra que cuidaban la entrada del portón. Por las tardes bajábamos al río, a pasear. Del camino que nos conducía al Club Náutico, se divisaba la iglesia de San Isidro, donde me llevaban a misa los domingos. Fui mística, devota de la Virgen de Luján. En lugar de llevar en mi brazo una pulsera, llevaba un rosario. Claudina se fue a Europa. Comprábamos huevos frescos, en una casita escondida debajo de una gigantesca enredadera. A veces me permitían ir en bicicleta, con Claudina o sola. En una de mis incursiones, un hombre miró mis senos nacientes y me dijo obscenidades. Me asusté y se lo comuniqué a Claudina. No me habituaba a tener senos. Transcurrió el tiempo y la bicicleta fue altísima para mí. Me faltaba equilibrio para manejarla.

"Miedosa", me decía el jardinero, mirando mis rodillas y moviendo los bigotes.

"La cicatriz que tengo en la frente se debe a un golpe, que me di contra un poste bajando la barranca.
"Hice la primera comunión. Soñaba con mi vestido blanco. Yo tenía el cuerpo derecho; sin caderas, sin pechos, sin cintura, como un varón. Nos llevaron a la casa del fotógrafo, a Claudina y a mí, cubiertas de tules blancos, de libros de misa y de malos pensamientos. Conservo las fotografías.
"Recuerdo el día en que la bicicleta nueva, embalada, llegó a casa. Después, el día en que mi madre me la prometió en recompensa por las buenas notas que obtuve en el colegio. "¡Andar en triciclo me aburre! ¡Cuándo tendré una bicicleta!", decía mi voz.
"Yo giraba y giraba alrededor de los muebles de la casa, en triciclo, pensando en aquella bicicleta. Estábamos en la ciudad.
"Con la cabeza rapada, como varón, me trepaba a los árboles. Convalecía con dificultad, pues mi madre no lograba que yo me quedara quieta. Tres médicos rodearon mi cama. Oí que hablaban de fiebre tifus. Temblaba en la cama y bebía agua y naranjada, continuamente. Mi madre se asustó: los ojos le brillaban como piedras preciosas. Hay que llamar a un médico.
"Esa misma mañana dijo:
"Mi hija no tiene nada. Tiene una salud de fierro", y me mandó al colegio con la niñera.
"Bebía agua de un pantano, donde se acumulaba la basura, el día que conocí a Claudina. Nadie habló de mi travesura.
"No sabía ya andar en triciclo. Los pedales me lastimaban las piernas.
"Hicimos un viaje a Francia: el mar, que vi por última vez, me fascinó. Y después, durante mucho tiempo, pregunté a mi madre:
""¿Cómo será Francia? ¿Cómo será el mar?
"Fingía leer el diario, como las personas mayores, sentada en una silla. Rosa, Magdalena y Ercilia eran mis amigas. Teníamos la misma edad, pero yo era más precoz. Reconocía cualquier música. En los columpios de Palermo, me mecía sin temor y subía al tobogán más alto, sin vacilar. Luego, poco a poco, no me dejaron subir sino al tobogán más bajo, porque el otro era peligroso. Peligro, peligro, ¿dónde estaba el peligro? Trataron de enseñármelo: en los cuchillos, en los alfileres, en los vidrios rotos, en los tomacorrientes, en la altura. No me dejaron comer chocolate, ni helados, ni subir a la calesita, sola.
-¿Por qué no puedo comer chocolate?, interrogaba yo. "Porque es indigesto", me contestaban. Adoré a mi madre: lloraba cuando no volvía temprano de la calle. Mis amigas me quitaban los juguetes.
"Alguien me asustó una noche, con un mono de trapo, y me regalaron al día siguiente el mismo mono, que no me gustó. Las personas me daban miedo o alegría. No supe escribir sino con letras de goma: rosa, casa, mamá. Los

días se alargaron más y más. Cada día atesoraba pequeñas albas, pequeñas tardes, pequeñas noches, que se repetían al infinito. Lloraba en cuanto veía un perro o un gato que no fuera de juguete. No reconocía las letras: ni la o, ni la a, que eran tan fáciles; no reconocía los números, ni el cero que era como un huevo, ni el uno que era como un soldadito. Comencé a probar el gusto de algunas frutas, de algunas sopas; luego, el gusto dulce de la leche. Ésta es mi vida -me dijo, cerrando los ojos-. Recordar el pasado me mata.
-Te burlas de mí? -le pregunté.
No me respondió y apretó los labios: jamás volvió a abrirlos para decirme que me amaba. No pude llorar. Como si la contemplara desde la cima de una montaña, la miré, lejana, indefensa, inexpugnable. Su locura era mi único rival. La abracé por última vez y fue como una violación. Durante el relato, el tiempo, para mí, había transcurrido a la inversa: para ella, veinte años menos, significaron para mí veinte años más. Eché una mirada al espejo, esperando que reflejara seres menos afligidos, menos dementes que nosotros. Vi que mi pelo se había vuelto blanco.

La oración

Laura estaba en la iglesia, rezando:
Dios mío, ¿no recompensarás la buena acción de tu sierva? Comprendo que a veces no fui buena. Soy impaciente o mentirosa. Carezco de caridad, pero siempre trato de lograr tu perdón. ¿No he pasado horas arrodillada sobre el piso de mi cuarto, frente a la imagen de una de tus vírgenes? Este niño horrible que he escondido en mi casa, para salvarlo de la gente que quería lincharlo ¿no me traerá satisfacción alguna? No tengo hijos, soy huérfana, no estoy enamorada de mi marido, bien lo sabes. No te lo oculto. Mis padres me llevaron al casamiento como se lleva a una niña al colegio o al médico. Yo les obedecí, porque creí que todo iba a andar bien. No te lo oculto: el amor no se manda, y si tú mismo me dieras la orden de amar a mi marido, no podría obedecerte, si no me inspiras el amor que necesito. Cuando él me abraza, quiero huir, esconderme en un bosque (siempre imagino, desde la infancia, un bosque enorme, con nieve, donde me escondo, en mi desdicha); él me dice:
-Qué fría estás... como de mármol.
Me agrada más el boletero feo que a veces me regala plateas para que vaya al cinematógrafo con mi hermanita, o el vendedor, un poco repugnante, de la zapatería, que acaricia mi pie, entre sus piernas, cuando me prueba zapatos, o el albañil rubio de la esquina de 9 de Julio y Corrientes, junto a la casa donde vive mi alumna predilecta, ese que me gusta, el de ojos negros, el que come pan, cebolla y uvas con carne en el suelo; el que me

pregunta:
-¿Usted es casada? -y sin esperar mi respuesta dice-: qué lástima.
El que me hizo pasar entre los andamios para ver el departamento que iba a ocupar una pareja de recién casados.
Visité cuatro veces el piso que estaba en construcción. La primera vez fui de mañana; estaban poniendo ladrillos en una pared medianera. Me senté sobre maderas apiladas. ¡Era la casa de mis sueños! El albañil (que se llama Anselmo) me llevó a la parte más alta de la casa, para que viera la vista. Sabes que tu sierva no quiso demorarse en la casa en construcción hasta tan tarde y que al torcer se el tobillo tuvo que quedarse, disgustada, un rato largo entre hombres, esperando que el dolor pasara. La segunda vez llegué por la tarde. Estaban colocando vidrios y fui a buscar el monedero que había olvidado. Anselmo quiso que viera la terraza. Eran las seis de la tarde cuando bajamos y todos los otros obreros se habían retirado. Al pasar junto a una pared me ensucié un brazo y la mejilla con cal. Anselmo con su pañuelo y sin pedirme permiso me sacó las manchas. Vi que sus ojos eran azules y su boca muy rosada. Lo miré, tal vez demasiado, pues me dijo:
-¡Qué ojos tiene!
Bajamos de la mano entre los andamios. Me dijo que volviera a las ocho de la noche del día siguiente, que uno de sus camaradas tocaría el acordeón y que la mujer de otro traería vino. Sabes, Dios mío, que haciendo un gran sacrificio fui por no ofenderlo. El camarada de Anselmo tocaba el acordeón cuando llegué. A la luz de una linterna se agruparon los otros alrededor de unas botellas. La mujer trajo en una canasta vasos para que bebiéramos, y bebimos. Me retiré antes que terminara la fiesta. Anselmo me condujo con una linterna hasta la salida. Quiso acompañarme una cuadras. No lo dejé.
-¿Volverá? -me dijo al despedirse-. Todavía no vio los mosaicos.
-¿Qué mosaicos? -pregunté riendo.
-Los del baño -contestó como besándome-. Vuelva, mañana vienen ellos.
-¿Quiénes?
-Los novios. Podemos espiarlos.
-No acostumbro espiar.
-Le mostraré un aviso luminoso, unos zapatos con alas. ¿No los vio nunca?
-Nunca.
-Se lo mostraré mañana.
-Bueno.
-¿Vendrá?
-Sí -contesté y me fui.
La tercera vez no había nadie en el edificio. Detrás de un cerco de madera, ardía un fuego; sobre unas piedras había una olla.
-Esta noche reemplazo al sereno -me dijo al verme llegar.
-¿Y la pareja?

-La pareja se fue. ¿Subimos a ver el letrero luminoso? -me dijo.
-Bueno -contesté, disimulando mi nerviosidad.
Dios mío, no sabía lo que me esperaba en aquel séptimo piso. Subimos. Creí que mi corazón latía porque subía tantos pisos y no porque estaba sola en ese edificio con ese hombre. Cuando llegamos arriba, desde la terraza, vi con alegría el aviso luminoso. Los zapatos iluminados con alas revoloteaban en el aire. Tuve miedo. Faltaba la baranda y retrocedí hasta el dormitorio. Anselmo me tomó de la cintura.
-No se caiga -dijo, y agregó-: Aquí van a poner la cama. Lindo casarse ¿no? y tener un nido.
Al decir estas palabras se sentó en el suelo junto a una valijita y un atado de ropa.
-¿Quiere ver unas fotografías? Siéntese.
Colocó un diario en el suelo para que me sentara. Me senté. Abrió la valijita y de su interior, Dios mío, sacó un sobre y del sobre unas fotografías.
-Ésta era mi madre -dijo acercándose a mí-. Ves qué bonita era -comenzó a tutearme-: Y esta es mi hermana -dijo soplando sobre mi cara.
Me acorraló y empezó a abrazarme sin dejarme respirar. Dios mío, sabes que intenté desasirme inútilmente de sus brazos. Sabes que fingí estar lastimada para hacerlo entrar en razón. Sabes que me alejé llorando. Yo no te escondo nada. Con el vestido roto llegué a mi casa, y a pesar de todo volví a verlo al día siguiente porque fui a buscar el monedero que siempre pierdo en alguna parte. Yo no te escondo nada. Comprendo que no soy virtuosa, pero ¿conoces muchas mujeres virtuosas? No soy de esas que usan pantalones muy ajustados y la mitad del pecho afuera cuando van al río los domingos. Es claro que mi marido se opondría a esas cosas, pero a veces podría aprovecharme de su distracción para hacerlas. No tengo la culpa si me miran los hombres: me miran como a una chiquilina. Soy joven, es cierto, pero lo que les gusta no es eso. A Rosaura y a Clara ni las miran cuando van por la calle: no ligan ni un solo piropo durante las vacaciones, estoy segura. Ni siquiera indecencias, que son tan fáciles de conseguir. Soy buena moza ¿acaso es un pecado? Peor es estar amargada. Desde que me casé con Alberto, vivo en esa calle oscura de Avellaneda. Sabes muy bien que no está pavimentada y que de noche me tuerzo los tobillos para llegar a casa, cuando llevo tacos muy altos. Los días de lluvia calzo botas de goma, que ya se han roto, y un impermeable que parece una bolsa, para ir a mi trabajo. Es claro que las bolsas están de moda ahora. Soy maestra de piano y hubiera sido una gran pianista si no fuera por mi marido, que se ha opuesto, y por mi carencia de vanidad. A veces, cuando invitamos gente a casa, insiste para que toque tangos o jazz. Humillada, me siento al piano y le obedezco con desgano, porque sé que le agrada a él. Mi vida no tiene halagos. Todos los días, salvo los de fiesta y los sábados, recorro la calle

España, a la misma hora, para llegar a la casa de una de mis discípulas. En un trecho de camino de tierra, solitario, con zanjones, donde tantas veces pensé en ti, hará ya veinte días (que me parecen eternos), vi a cinco niños, jugando. Distraídamente los vi en el barro, en el borde del zanjón, como si se tratara de niños irreales. Dos de ellos reñían: uno le había arrancado al otro un barrilete amarillo y celeste, que apretaba contra su pecho. El otro lo tomó del cuello (lo hizo rodar por la zanja) y le metió la cabeza en el agua. Se debatieron un rato: uno por hundir la cabeza al otro, el otro por sacarla. Algunas burbujas aparecieron en el agua barrosa, como cuando sumergimos una botella vacía y hace glu glu glu. Sin soltar la cabeza, el niño seguía aferrado a su presa, que ya no tenía fuerza para defenderse. Los compañeros de juego aplaudían. Los minutos parecen a veces muy largos o muy cortos. Yo miraba la escena, como en el cinematógrafo, sin pensar que hubiera podido intervenir. Cuando el niño soltó la cabeza de su adversario, éste se hundió en el barro silencioso. Hubo entonces una desbandada. Los niños huyeron. Comprendí que había asistido a un crimen, a un crimen en medio de esos juegos que parecían inocentes. Corriendo, los niños llegaron a sus casas y anunciaron que Amancio Aráoz había sido asesinado por Claudio Herrera. Saqué del zanjón a Amancio. Fue entonces que las mujeres y los hombres del barrio, armados de palos y de fierros, quisieron linchar a Claudio Herrera. La madre de Claudio, que me quería mucho, me pidió llorando que lo escondiera en mi casa, lo que hice de buen grado, después de depositar al finadito en la cama donde lo amortajaron. Mi casa queda apartada del lugar donde viven los padres de Amancio Aráoz y eso facilitaba las cosas. Durante el entierro la gente no lloraba a Amancio, maldecía a Claudio. Caminando dieron la vuelta a la manzana con el ataúd. En cada puerta se detenían para gritar insultos a Claudio Herrera, para que la gente se enterase del crimen que había cometido. Estaban tan exaltados que parecían felices. Sobre el ataúd blanco de Amancio habían colocado flores muy vistosas, que las mujeres no se cansaban de alabar. Varios niños, que no estaban emparentados con el muerto, siguieron el cortejo, para entretenerse; hacían bulla y se reían, arrastrando los palos con que jugaban sobre el empedrado. Creo que nadie lloraba, porque la indignación no tiene lágrimas. Sólo una vieja, misia Carmen, sollozaba, porque no comprendía lo que había ocurrido. Dios mío, qué poca suntuosidad y qué poco lujo en ese entierro. Claudio Herrera tiene ocho años. No se puede saber hasta qué punto será consciente del crimen que ha cometido. Lo protejo como una madre. No me explico bien por qué motivo me siento tan feliz. Transformé mi salita en dormitorio, allí lo alojo: en los fondos de la casa, donde antiguamente estaba el gallinero, le hice poner un trapecio y una hamaca; le compré un balde y una pala para que haga un pequeño jardín y que se distraiga con las plantas. Claudio me quiere o por lo menos

se conduce como si me quisiera. Me obedece más que a su madre. Le prohibí asomarse a los balcones y a la azotea de la casa. Le prohibí atender el teléfono. Nunca me desobedeció. Me ayuda a limpiar la vajilla, cuando terminamos de comer. Limpia y pela las verduras y barre el patio, por las mañanas. No tengo por qué quejarme; sin embargo, tal vez influida por la opinión de los vecinos, empiezo a ver en él al criminal. Estoy segura, Dios mío, que trató por diferentes métodos, de matar a Jazmín. Primero advertí que había colocado veneno para las cucarachas en el plato donde le poníamos la comida; después, que trató de ahogarlo debajo de la canilla o adentro del balde que usamos para lavar el patio. Durante unos días estoy persuadida de que no le dio agua, o si se la ofreció, fue mezclada con tinta, que Jazmín rechazó inmediatamente, después de ladrar. Atribuyo su diarrea a alguna mixtura diabólica que colocó en la carne que le damos. Consulté con la doctora, que siempre me aconseja. Sabe que tengo muchos remedios en el botiquín, entre ellos barbitúricos. Me dijo en la última visita que le hice:
-M'hijita, cierra el botiquín con llave. La criminalidad infantil es peligrosa. Los niños usan de cualquier medio para llegar a sus fines. Estudian los diccionarios. Nada se les escapa. Saben todo. Podría envenenar a tu marido, a quien, según me dijiste, lo tiene entre ojos.
Yo le respondí:
-Para que los seres vuelvan a ser buenos, hay que confiar en ellos. Si Claudio sospecha que no tengo confianza en él, será capaz de hacer cosas horribles. Ya le expliqué el contenido de cada frasco y le mostré los que llevan, en una etiqueta roja, la palabra VENENO.
Dios mío, no cerré el botiquín con llave, y lo hago deliberadamente para que Claudio aprenda a reprimir sus instintos, si es verdad que es un criminal. Las otras noches, durante la cena, mi marido lo mandó al altillo a buscar una caja, donde tenía sus herramientas de carpintero. Mi marido tiene afición a la carpintería. Como el niño no volvía bastante pronto, subió al altillo para espiarlo. Claudio, según me dijo mi marido, estaba sentado en el suelo, entreteniéndose con las herramientas, horadando la tapa de la caja de madera lustrada, que él tanto apreciaba. Indignado, le dio una paliza allí mismo. Lo trajo, de una oreja, a la mesa. Mi marido no tiene imaginación. Tratándose de un niño que sospechamos anormal, ¿cómo se atrevió a infligirle un castigo que a mí misma me hubiera enloquecido de ira? Seguimos la cena en silencio. Claudio, como de costumbre, nos dio las "buenas noches" y cuando nos quedamos solos, mi marido me dijo:
-Si este monstruo no se va pronto de la casa, voy a morir.
-¡Qué impaciente! -le contesté-. Estoy haciendo una obra de caridad. Tendrías que reconocerlo.
Y para impresionarlo más, invoqué tu nombre. Antes de acostarnos, del

frasquito del botiquín tomamos píldoras para dormir, pues los dos sufrimos de insomnio, él porque no duerme y hace ruido con el libro o el diario que lee, con el cigarrillo que enciende, y yo porque lo escucho y espero que se duerma, temiendo no conciliar el sueño. Tuvo la misma idea que la doctora: que yo debía cerrar con llave el botiquín. No le hice caso, pues insisto que la confianza es el medio de conseguir el mejor resultado. Mi marido no lo cree. Desde hace unos días se ha puesto aprensivo. Dice que el café tiene un gusto raro y que después de beberlo siente mareos, cosa que jamás le ha sucedido. Para tranquilizarlo, en los momentos en que está en casa, cierro el botiquín con llave. Luego vuelvo a abrirlo. Muchos de mis amigos no vienen a mi casa: no puedo recibirlos, pues a nadie he dicho mi secreto, salvo a la doctora y a ti, que sabes todo. Sin embargo, no estoy triste. Yo sé que un día tendré mi recompensa y ese día volveré a sentirme feliz, como cuando era soltera y que vivía junto a los jardines de Palermo, en una casita que ya no existe sino en mi recuerdo. Es extraño, Dios mío, lo que hoy me pasa. No me iría nunca de esta iglesia y casi podría decir que lo he previsto, pues en mi cartera tengo unos bombones que traje para no desfallecer de hambre. Ya pasó la hora del almuerzo y desde esta mañana a las siete no pruebo bocado. No te ofenderás, Dios mío, si como uno de estos bombones. No soy golosa; sabes que soy un poco anémica y que el chocolate me da coraje. No sé por qué temo que algo haya sucedido en mi casa: tengo premoniciones. Esas señoras harapientas, con sombreros negros, con plumas, y el cura que entró en el confesionario, me las auguran. ¿Alguien se habrá escondido alguna vez en uno de tus confesionarios? Es el lugar ideal para que se esconda un niño. ¿Y acaso no me parezco yo a un niño, en estos momentos? Cuando salgan el sacerdote y las señoras cubiertas de plumas, abriré la püertita del confesionario y penetraré en él. No me confesaré con un sacerdote, sino contigo. Y toda la noche la pasaré en tu compañía. Dios mío, yo sé que recompensarás la buena acción de tu sierva.

La creación

(Cuento autobiográfico)

Ningún instrumento de música: ni la cornamusa romana, ni la fuya japonesa, ni el nekeb hebreo, ni la travesera china, ni la fluira rumana, ni la floyera griega, ni todos ellos juntos resonarían de un modo tan extraño: llegaban del río, entre tambores, emitiendo ligeros y obstinados silbatos. La plaza adonde se dirigían estaba oscura, mojada por la lluvia que daba brillo a las estatuas y a las piedras del estanque. Debajo de los bancos no había los papeles ni las cáscaras ni los excrementos habituales. Los perros

acudían husmeando algún hueso enterrado. Amparadas por la oscuridad, niñas sordomudas se habían demorado en las hamacas, meciéndose con frenesí; los delantales volaban en el viento: no se les veía caras ni manos; parecían fantasmas, Erinnias de yeso. Mujeres enlutadas, con olor a naranja, llevaban las antorchas.
Paulatinamente se iluminó la plaza. Las niñas dejaron de mecerse. Las niñas y los perros se unieron a la procesión. El frío, la lluvia influían sobre la repercusión de los sonidos: resonaban, como dentro de una gruta que se multiplicara y que se dividiera para siempre.
Los primeros silbos que oí como en un sueño, comenzaron a crecer, a adquirir ritmo e intensidad, cuando la procesión se congregó en la plaza. Aquella música, que duró hasta la mañana, se oía ya de todas las casas de Buenos Aires. Sin embargo, la persona que estaba a mi lado no la oía.
Aquella música que al principio podría haberse confundido con el silbato de un tren, de una usina, o del troley que recorre un cable ¿era un réquiem? Se prolongaba más que la eternidad. Sólo músicos heroicos podían prolongar ese concierto bajo la lluvia, durante tanto tiempo, sin desmayar en la noche. El delirio crecía. En algún momento creí distinguir voces, pero pronto advertí que los instrumentos se volvían humanos y que ninguna voz podía ser tan desgarradora. Como en las liturgias del Viernes Santo ¿no serían improperios? Los mismos tambores latían como un corazón. A fuerza de ser humana, aquella música se volvía despiadada y bestial.
Las mujeres apagaron las antorchas sobre el pasto húmedo, pero la luz seguía iluminando árboles y estatuas.
¿Qué hacía esa gente en el jardín? ¿Qué hacían las niñas sordomudas? ¿Qué hacían los perros acostados como si formaran un monumento? Se dispersaban lentamente y tal vez aquella música no provenía ya de los instrumentos, sino de algunos discos que se habían distribuido anteriormente por la ciudad y que personas trasnochadoras escuchaban en sus fonógrafos.
Si esa música era tan conocida ¿cómo yo no la había oído antes? Tal vez, en mi ofuscamiento, confundía la música de jazz, que tanto me seduce, con un réquiem. Sin embargo, aquellas frases musicales que estaba escuchando no eran de jazz ni de ninguna música bailable. ¿Cómo era posible que siendo una obra tan excelente hubiera sido escrita por gente de esa calaña, dedicada sólo a cuestiones de índole política, para exaltar y engañar al pueblo?
El alba penetraba en los cuartos. En los patios húmedos se evaporaban las baldosas. Nunca Buenos Aires había estado tan limpio. Ya no se oían los fonógrafos, sino el silbido de un hombre solitario, que estaba en la azotea de una casa. El hombre no tenía oído o no recordaba bien la melodía; y se equivocaba en el ritmo, abreviando o prolongando angustiosamente las

notas más importantes. Volvía a comenzar el mismo compás, con esfuerzo: el silbido terminaba en sonidos casi inaudibles y vacilantes, que se repetían lastimosamente. Las notas, las modulaciones, sugerían el color rosado pálido que reviste el cielo del alba. Pensé que en esos balbuceos musicales se advertía la belleza de la obra. Pero no sólo el hombre solitario silbaba aquella melodía; otras personas, más lejanas, más oscuras, sin sexo, asomadas a un balcón o en la acera, barriendo ya la calle, trataban de modularla. Se trataba de una canción popular como Mambrú se fue a la guerra, el Himno Nacional o Mi noche triste. Las niñas sordomudas, cuyas voces y silbidos sonaban como el croar de los sapos, la ensayaron; la ensayaron también los vigilantes, con un silbato insistente, en las esquinas. La música iba disminuyendo, atravesó las vías del tren, los puentes, hasta volver al río donde se extinguió.
Aquella obra no fue compuesta ni escrita por nadie: lo supe al día siguiente. Ninguna orquesta la ejecutó, no fue grabada en ningún disco, ni silbada por nadie. Sin embargo, no me asombraría encontrarme con ella mañana, en cualquier momento, y en cualquier lugar. Tal vez (esta idea ahora me obceca) la obra más importante de la vida se produce en horas de inconsciencia (existe, aunque la conozca sólo el que la creó); sospecho que la mía andará perdida por el mundo, buscando asidero, con voluntad y vida propias. Sólo así se explica que yo no pueda olvidar esta música que compuse cuando estuve a punto de morir, como no podría olvidar, por cansada que estuviera de ellos, el Trío en A menor de Brahms, el Concierto para cuatro pianos de Vivaldi o la Sonata en D menor de Schumann.

El asco

Para cumplir con una promesa, durante la internación de Rosalía, se dejó crecer la barba. Gracias a esa circunstancia el fotógrafo Ersalis, sin cobrarle nada, para propaganda, lo fotografió y expuso en el escaparate de la tienda la fotografía cuya copia en un marco de madera, está colgada sobre la cabecera de la cama matrimonial. Cuando Rosalía, de noche, se arrodillaba a rezar, la presencia de ese cuadro le parecía un sacrilegio; ahora, como si el marido fuera un santo, la aceptaba como algo natural. Es claro que al rato de mirar el retrato, a pesar de la barba sedosa y negra que llama la atención como un adorno religioso, la mujer más desprevenida o depravada advierte que el barbudo tiene cejas de demonio y probablemente olor a sapo o a culebra.
Jamás comprendí por qué ese hombre gusta a las mujeres. Tal vez su cara de demonio, su habilidad para ganar dinero o aquel retrato que ha modificado, a mi juicio, la forma de su verdadera cara, lo vuelve atrayente.
Antes de casarse, Rosalía le tenía asco, y después de casada, parece

mentira, aún más asco. No me lo dijo, pero yo lo sé de buena fuente. Creyó que nunca llegaría a soportarlo y a quererlo, pero a veces uno se engaña sobre las cosas que son o que no son posibles. Bien se dice "sobre gustos no hay nada escrito" y otras tonterías, siempre las mismas.

La casa de Rosalía es preciosa; queda frente a la peluquería donde yo trabajo. Dos rosales rojos que en primavera, de lejos, parecen manojos de uñas pintadas, una bignonia cuyas flores me recuerdan mi carpeta de paño, un jazmín del cielo que no tiene que envidiar a ninguna cretona floreada, llaman la atención de cualquier indiferente que pasa por la calle.

Nosotras, empleadas de la peluquería, sabemos todo lo que sucede en el barrio, las idas y venidas de la gente, cualquier cosa turbia que pasa. Somos como los confesores o como los médicos: nada se nos escapa. Pocos hombres y pocas mujeres pueden vivir sin nosotros. Cuando teñimos, ondulamos o cortamos el cabello, la vida de la clienta se nos queda en las manos, como el polvillo de las alas de las mariposas. ¡Con razón nuestros abuelos hacían cuadros tan memorables con las cabelleras de todos los miembros de la familia! Nada es más elocuente, más efusivo ni más confidencial.

El hecho de que la casa de Rosalía fuera preciosa y envidiada por todo el barrio no le servía de consuelo, sino más bien de mortificación. Tal vez pensaba que en esa casa tan bonita hubiera sido feliz con otro hombre y que las comodidades eran superfluas, un derroche de la suerte, para su vida de padecimientos.

Tenía una heladera donde cabían media docena de pollos, cualquier cantidad de frutas, manteca y botellas, una máquina de lavar importada, una máquina de coser eléctrica, con un mueble de madera clara, para adorno y entretenimiento tenía un televisor, una vajilla y una mantelería envidiable. En el patio, que en verano servía de comedor, por su frescura, había un sinfín de jaulas con pájaros como violinistas que cantaban en concierto. Pero todo esto no la satisfacía, porque una mujer debe amar a su marido por sobre todas las cosas, después de Dios, se entiende.

En los primeros tiempos de su vida de casada, Rosalía mantenía la casa como una casa de muñecas. Todo estaba ordenado y limpio. Para su marido, preparaba comidas muy complicadas. En la puerta de calle, ahí no más, se tomaba olor a frituras apetitosas. Que una mujer tan delicada como ella, sin mayor conocimiento de lo que es manejar una casa, supiera desenvolverse, causaba admiración. El marido embobado no sabía qué regalos hacerle. Le regaló un collar de oro, una bicicleta, un abrigo de piel y finalmente, como si no fuera bastante, un reloj, engarzado con pequeños brillantes, muy costoso.

Rosalía sólo pensaba en una cosa: en cómo perder el asco y la repulsión por el hombre. Durante días imaginó maneras de volverlo más simpático.

Trataba de que sus amigas se enamoraran de él, para poder de algún modo llegar al cariño, a través de los celos, pero dispuesta a abandonarlo, eso sí, a la menor traición.
A veces cerraba los ojos para no verle la cara, pero su voz no era menos odiosa. Se tapaba las orejas, como alisándose el pelo, para no oírlo: su aspecto le daba náuseas. Como una enferma que no puede vencer su mal, pensó que no tenía cura. Durante mucho tiempo, como pan que no se vende, anduvo perdida, con los ojos extraviados. Para sufrir menos, la pobrecita comía siempre caramelos, como esas criaturas que se consuelan con pavadas. Mi socia me decía:
-¿Qué le pasa a esa señora? El marido anda loco por ella, ¿qué más quiere?
-Ser amada no da felicidad, lo que da felicidad es amar, señora -yo le respondía.
Pero todo se logra cuando hay voluntad. A fuerza de proponérselo, Rosalía llegó a amar de verdad a su marido, más que la mayoría de las mujeres que pretenden ser fieles o virtuosas.
En el primer momento me pareció imposible verla libre de esa pesadilla que nos entristecía. Hasta el color de su cara cambió. Adiós píldoras para el hígado, adiós tisanas. Pero el alivio duró poco. Simultáneamente aquel barbudo que en verdad era un demonio, empezó a abandonar a Rosalía. Varias personas, principalmente nosotras, las empleadas de la peluquería, lo vieron en la calle, abrazado a una chica, que todos los días no era la misma. Algún mal intencionado, de los que no faltan, dijo que la chica era yo, pues suelo cambiar de peinado y de anteojos y que para algo me sirve ser peinadora y miope. ¡Qué desgraciados! No soy miope: tengo una pequeña desviación en un ojo.
El hombre entraba como un ladrón en su casa, a las horas más indebidas, con zapatos embarrados oliendo a tabaco y a alcohol como un marinero. No regalaba ni un alfiler a Rosalía. ¡Qué abandono! Ella, a su vez, empezó a descuidar la casa. Murieron los canarios y las plantas. Los celos la trabajaban todo el día, como ella a su costura, con puntadas largas y cortas, con pespuntes torcidos, pues era mala costurera.
Cada uno de los cabellos de mi clienta y amiga llevaba una etiqueta con estas interrogaciones: ¿estará mi esposo? ¿Cuándo volverá? ¿En qué lugar de Buenos Aires citará a aquellas chicas?
La heladera dejó de funcionar. En los cuartos se amontonaban los trastos viejos, por los cuales Rosalía ya no se interesaba. Algo malo tenía que suceder.
Un día me enseñó un cuchillo que usaba en la cocina para deshuesar los pollos; blandiéndolo me dijo:
-Se lo clavaré, si seguimos así, con grasa y todo.
Creí que tenía fiebre, pero hablaba por amor. Le aconsejé que se acostara,

pero no hubo forma de que lo hiciera. Durante todo el día, con los ojos clavados en la casa de enfrente, cumplí con mis tareas, esperando, de un momento a otro, que el desastre ocurriera. Las persianas estaban cerradas y parecía que alguien había muerto en la casa; no ocurrió nada.
-Tanto trabajo me dio amar a este hombre, para que ahora me cueste tanto dejar de amarlo -me dijo Rosalía al día siguiente.
Estaba cambiada. Como quien deshace un tejido o descose una costura comenzó a deshacer, a descoser su amor. Descubrir que le había repugnado en él aquello que más la seducía, la desanimó. Era difícil, casi imposible, verse libre de un sentimiento logrado a costa de tanta pena, pero todo se consigue con voluntad y tiempo.
Durante las comidas, la pareja no se hablaba. Dormían casi todo el tiempo los días de fiesta, cuando el sinvergüenza no salía a pasear o no pretendía salir conmigo. El colchón de la cama de bronce se había desformado por causa de los bruscos movimientos de odio de los cónyuges, que dormían dándose la espalda.
Tardó un tiempo, pero de nuevo la repulsión se apoderó de Rosalía. De nuevo la casa parecía una casa de muñecas, porque Rosalía no tenía preocupaciones; volvió a ordenarla y a limpiarla. Para conquistar de nuevo a Rosalía, el marido le regaló un anillo.
¡Qué anillo! Cualquier apretón de mano hacía sangrar el dedo que llevaba el anillo puesto. Hay que decir la verdad: el hombre era dadivoso y volvió a ser puntual para las horas de las comidas. No trasnochaba y nadie lo veía, en la calle, con chicas. Rosalía usa el anillo, que es de oro, con una aguamarina, cuando sale a pasear o cuando la invitan a una fiesta. Yo lo usaría siempre. Ella es parca en sus gustos. Ahora tiño el cabello de Rosalía: le salieron hebras blancas, a fuerza de querer amar, de no querer amar y de querer amar de nuevo. El barbudo, después de todo, no es tan malo. Es como todos los hombres.

El goce y la penitencia

Todos los lunes a las cuatro y media en punto de la tarde, yo llevaba a mi hijo Santiago al taller de Armindo Talas, para que lo retratara: yo no hacía sino obedecer a mi marido. Siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados, bajo sus órdenes, grandes pintores hacían retratos de todos los vástagos de nuestra familia, ya que en el comedor de la casa teníamos los de sus bisabuelos pintados por Prilidiano Pueyrredón; los míos por Fabre, en mi dormitorio; y el de mi padre disfrazado de indio, por Bermúdez, en el vestíbulo; y el de una hermana de mi abuela vestida de amazona, por V. Dupit, en el rellano oscuro de la escalera.
-¡Qué bien quedaría un retrato tuyo, mío, de Santiago, de los tres, en esta

casa! -repetía, cuando se habían ido las visitas o cuando las esperábamos.
Yo lo oía como quien oye llover. En la época de las fotografías no me parecía urgente adquirir retratos, por valiosos que fueran. Las instantáneas, con sus ampliaciones, me gustaban más.
Dejamos pasar el tiempo, pero hay antojos duraderos. Mi marido eligió el pintor: resolvimos que empezaría por el retrato de Santiago, porque tenía cinco años que no volvería a tener, mientras que nosotros ya empezábamos a cumplir siempre la misma edad. Mi marido sostenía que los retratos tenían que parecerse al modelo: si la nariz original era aguileña y horrible, o si era respingada y atroz, la copia tenía que serlo. Había que dejar de lado la belleza. En una palabra, le gustaban los mamarrachos. Yo sostenía que la expresión de una cara no dependía, en modo alguno, de sus líneas ni de sus proporciones, y que el parecido no se manifestaba en meros detalles.
El taller de Armindo Talas quedaba en la calle Lavalle, a dos cuadras de Callao: era misterioso, pobre y enorme, con ventanales por donde se entreveían infinitas azoteas y patios con plantas casi negras. Sobre la repisa del caballete, sucia de pintura, a veces había pan, restos quizá del desayuno. En los rincones, entre papeles, aparecían tarros de miel y de café y alguna cuchara pringosa. En un altillo se amontonaban toda suerte de objetos polvorientos, hasta un caballo de calesita y la cabeza de una vaca que estuvo, según me aseguró el pintor, durante años sobre la puerta de una carnicería de Avellaneda. Pocas veces en mi vida, salvo en un jardín o en un museo, había visto a un pintor seriamente entregado a su tarea. Me fascinaba ver a Armindo Talas preparar la paleta con todos los colores, como pastas dentífricas, que iba sacando de los pomos, los pinceles que tenía en un cacharro y que secaba cuidadosamente con un trapo. En lugar de mirar cómo pintaba Armindo Talas, poco a poco, insensiblemente, le miré las manos, luego el mentón, luego la boca. No me gustó. Yo llevaba un libro, que nunca pude leer, porque él y yo conversábamos continuamente. ¿De qué? A veces quisiera reproducir esos diálogos que eran el fruto de mi aburrimiento; no puedo. Hablábamos tal vez de las noticias de los diarios o tal vez de lugares pintorescos de Buenos Aires, de los veraneos, de eso hablábamos mucho, ahora lo recuerdo, pero jamás de cosas íntimas.
Un día Santiago se portó mal: la voz de un vendedor de helados que iba pregonando por la calle, creo que lo perturbó. Hacía gestos, no quería sentarse y a cada instante abría la boca y miraba el techo con cara de idiota. Como única penitencia le infligí la penitencia más divertida del mundo: lo encerré con llave en el altillo. Oí su jubiloso paso, su alegría mientras Armindo aprovechaba la oportunidad para mostrarme cuadros, libros, fotografías. Nos miramos en los ojos por primera vez. El me pidió que me levantara el pelo para admirar mi perfil con la oreja descubierta.

Fue como si me ordenara quitarme la ropa. No quise. Insistió. No sé cómo, terminamos sentados en el diván azul, debajo del ventanal, él con un lápiz y un papel en las manos, yo, mostrándole mi perfil con la oreja descubierta. Hablábamos sin cesar. ¿Quién era el charlatán? Ninguno de los dos. Estábamos nerviosos. Me confesó que el hecho de retratar a mi hijo lo asustaba un poco, porque era la primera vez que retrataba a un niño. Para él, cada cuadro que pintaba, era el primero. Yo protesté diciéndole que era modesto. Me respondió:
-Al contrario. En eso consiste ser un gran pintor. Cada cuadro es un problema nuevo, un problema inesperado.
Al verlo afligido lo consolé lo mejor que pude. Le tomé la mano y miré el dibujo que había hecho de mi perfil. Se me antojó que en una lámina para estudiantes de anatomía, esa oreja era una parte muy vergonzosa del cuerpo humano. Me pareció indecente, se lo dije y lo rompí. Sonrió complacido. Estudiamos el retrato de Santiago, lo retiramos del caballete y le colocamos un marco. Nadie hubiera conocido a mi hijo. Prometí a Armindo fotografías que podrían servirle de ayuda.
En el altillo no se oía ningún ruido. Comencé a inquietarme por Santiago.
-No se habrá suicidado -dije-, podría tirarse por la ventana.
-La ventana queda muy arriba -me contestó Armindo.
-Puede comer pintura. Es un niño violento.
-No hay pintura.
Corrí a abrirle la puerta. Santiago estaba jugando con unos muñecos articulados y no quiso salir del altillo. Me arañó un brazo. Volví a encerrarlo. Entonces sin saber qué hacer nos abrazamos como si nos despidiésemos, desesperadamente. Todo fue natural mientras mirábamos el malogrado retrato de Santiago.
Cada vez que llevaba a Santiago al taller, para infligirle la consabida penitencia, involuntariamente yo conseguía que se portara mal. No había otro pretexto para encerrarlo con llave. Armindo y yo sabíamos que nuestro goce duraría el tiempo de la penitencia. De ese modo eché a perder la educación de Santiago, que terminó por pedirme que lo pusiera en penitencia, a cada rato.
El retrato se parecía cada vez menos al modelo. En vano indiqué a Armindo ciertas características de la cara de mi hijo: la boca de labios anchos, los ojos un poco oblicuos, el mentón prominente. Armindo no podía corregir esa cara. Tenía una vida propia, ineludible. Una vez concluido el cuadro, pensamos que nuestra dicha también había concluido.
Volví a mi casa, aquel día, en taxímetro, con Santiago, con el retrato y con una espina clavada en el hígado. Mi marido al ver el cuadro declaró que no lo pagaría. Sugerí que podía cambiarlo por una naturaleza muerta o un león parecido a los de Delos. Durante una semana el cuadro anduvo de silla en

silla, para que lo vieran las visitas y la servidumbre. Nadie reconocía a Santiago, por más que Santiago se colocara junto al retrato. El cuadro terminó detrás de un ropero. Entonces quedé encinta. No fui víctima de malestares ni de fealdades, como la vez anterior. Comer, dormir, pasear al sol fueron mis únicas ocupaciones y algún furtivo encuentro con Armindo, que me abrazaba como a un almohadón. No podíamos amarnos sin Santiago en penitencia, en el altillo.

Di a luz sin dolor.

Cuando mi hijo menor tuvo cinco años, durante una mudanza mi marido comprobó que era idéntico al retrato de Santiago. Colgó el cuadro en la sala.

Nunca sabré si ese retrato que tanto miré formó la imagen de aquel hijo futuro en mi familia o si Armindo pintó esa imagen a semejanza de su hijo, en mí.

Los amigos

Sucedieron muchas desventuras en nuestro pueblo. Una inundación nos incomunicó con el centro de la ciudad. Recuerdo que durante dos meses no pudimos ir al colegio ni a la farmacia. Con las correntadas del río que desbordó, algunas de las paredes de la escuela se derrumbaron. Al año siguiente, una epidemia de fiebre tifoidea mató a mi tía, que era una mujer piadosa pero severa, a la maestra y al cura de la parroquia, que mis padres estimaban tanto. En tres semanas ocurrieron treinta casos mortales. Casi todo el pueblo estaba de luto y el cementerio parecía una exposición de flores y las calles un concierto de campanas.

Mi amigo Cornelio vivía en el segundo piso de nuestra casa. Teníamos siete años. Éramos como hermanos, porque nuestras familias eran muy unidas. Compartíamos nuestros juegos, nuestros padres, nuestras tías, nuestras comidas. Íbamos juntos al colegio. Cornelio aprendía fácilmente cualquier lección, pero no le gustaba estudiar. Yo aprendía con dificultad, pero me gustaba estudiar. Cornelio detestaba a la maestra; yo la quería.

-Va a ser un santo -decía tía Fermina tristemente.

-Ya se le pasará -decía tía Claudia, que se asemejaba a un ñandú-. No hay que afligirse.

Como un ñandú sacude sus alas, ella sacudía sus hombros al hablar.

-¿Qué mal hay en ser un santo? -decía bruscamente mi madre.

-Si fuera tu hijo, no te haría gracia -respondía la madre de Cornelio.

-¿Por qué? ¿Acaso no conviene estar bien con Dios?

-El cilicio, el ayuno, el retiro -pronunciaba la madre de Cornelio, pausadamente, con terror y asimismo con deleite.

-¿Te agradan más el alcohol, las mujeres, la política? ¿Tienes miedo que te

roben a tu hijo? Dios o el mundo te lo quitará.
-¿Dios? Es más serio.
Nuestras madres sonreían melancólicamente, como si hubieran llegado a un acuerdo. Yo escuchaba en silencio. Había visto a Cornelio con su delantal blanco, con un misal en la mano, arrodillado frente a la ventana, rezando, a horas inverosímiles. Cuando yo entraba en el cuarto, fingía, ruborizado, estudiar un libro de gramática o de historia y rápidamente ocultaba el misal, debajo del asiento o en un cajón, para que yo no lo viera. Yo me preguntaba ¿por qué se avergüenza de su piedad? ¿Rezar era para él como jugar a las muñecas? Jamás me demostraba su confianza ni me hablaba de cuestiones religiosas. A pesar de nuestros pocos años, éramos como hombres y con desparpajo hablábamos de noviazgos, de casamientos, del acto sexual. Esto desdecía de la actitud mística y recatada de Cornelio.
-Cuando rezo para pedir una gracia, me la conceden -me dijo un día, canturriando con orgullo.
Repetí la frase a mis tías, que la comentaron durante mucho tiempo. Atribuían la devoción de Cornelio a las profundas impresiones que recibió durante las catástrofes que habían asolado al pueblo. Que un niño de nuestra edad, hubiera visto en un lapso de tiempo tan corto, tantos muertos, tenía que dejar huellas en su alma. Si estos acontecimientos no habían influido en mi carácter, era por mi natural insensible y un poco perverso. El misticismo de Cornelio se había iniciado antes de que ocurrieran la inundación y la epidemia; era absurdo, por lo tanto, atribuirlo a tales hechos. Oscuramente yo advertía el error en que incurrían todas estas personas mayores, pero mi costumbre fue siempre callar y aceptar. Acepté, pues, mi papel de niño perverso, en oposición a Cornelio, que era la sensibilidad y la bondad personificadas. No dejé de sentir celos y admiración por el involuntario culpable de mi inferioridad. Frecuentemente, encerrado en el cuarto, lloré por mis pecados, pidiendo a Dios que me otorgara el favor de volverme parecido a mi amigo.
La dominación que ejercía Cornelio sobre mí era grande: jamás quise contrariarlo, ni disgustarlo ni herirlo, pero él exigía que lo contrariara, que lo disgustara, que lo hiriera.
Un día se disgustó conmigo porque le quité el cortaplumas. Para que no me desdeñara yo tenía que recurrir a tales estratagemas. Otro día que le quité la caja de útiles, me golpeó y me arañó.
-Si volvés a tocar otra cosa mía, pediré que te mueras -me dijo. Me reí.
-¿No me creés? ¿Acaso no hubo una inundación y una epidemia hace un tiempo? ¿Creés que fue por casualidad?
-¿La inundación? -interrogué.
-Yo la obtuve. Fue obra mía.
No dijo, quizá, esas palabras; pero habló como un hombre y sus palabras

fueron precisas.
-¿Y para qué?
-Para no ir al colegio. ¿Para qué va a ser? ¿Para qué se reza?
-¿Y la epidemia? -susurré, conteniendo la respiración.
-También. Ésa me dio menos trabajo todavía.
-¿Y para qué?
-Para que matara a la señorita y a mi tía. Puedo conseguir que mueras vos, si me da la gana.
Reí, porque sabía que iba a despreciarme si no lo hacía. En el espejo del armario, frente a nosotros, vi que yo estaba haciendo una mueca. Se me heló la sangre y en cuanto pude fui a contar a las tías el diálogo que tuve con mi amigo. Las tías rieron de mi aflicción.
-Es una broma -dijeron-. El niño es un santo.
Pero Rita, mi prima, que parecía una viejita y que escuchaba siempre las conversaciones, dijo:
-No es un santo. Ni reza a Dios. Tiene un pacto con el demonio. ¿No vieron su libro de misa? La tapa es igual a todas las tapas de los libros de misa, pero lo que lleva escrito adentro es diferente. No se entiende nada de lo impreso en esas páginas horrorosas. ¿Quieren verlo? Trae el libro -me ordenó-. Está en el cajón de la cómoda, envuelto en un pañuelo.
Vacilé. ¿Cómo iba a traicionar a Cornelio? Los secretos son sagrados, pero la debilidad venció. Fui al dormitorio de Cornelio y, temblando, traje el libro de misa, envuelto en el pañuelo. Mi tía Claudia desanudó las puntas del pañuelo y sacó el libro. Una hoja superpuesta estaba pegada sobre la hoja original. Alcancé a ver los signos indescifrables y los dibujos demoníacos que Rita había descrito.
-¿Qué hacemos? -dijeron mis tías.
La madre de Cornelio me devolvió el libro y me ordenó:
-Puedes guardarlo donde lo encontraste -y dirigiéndose a Rita, le dijo-: Merecerías que te denuncie por calumnias. ¡Ah, si estuviésemos en Inglaterra!
Mis tías hicieron un chistido como de lechuza ofendida.
-El niño es un santo. Él tendrá su idioma para comunicarse con Dios -declaró mi madre, observando con severidad a Rita, que se atragantó con una pastilla de menta.
-¿Y si consigue hacerme morir? -pregunté tartamudeando.
Todas las mujeres rieron, hasta la misma Rita, que hacía unos instantes aseguraba que existía un pacto entre el demonio y Cornelio.
¿Qué seriedad había en las palabras de las personas mayores? ¿Quién podía creerme o tomarme en serio? Rita se había burlado de mí. Entonces, para probar la veracidad de mis palabras, subí al cuarto de Cornelio y en lugar de guardar en el cajón el misal que tenía en mis manos, lo guardé en el

bolsillo y saqué el objeto que él más apreciaba: un reloj de material plástico, con agujas movibles.
Recuerdo que era tarde y que nos reunimos a comer, con toda la familia. Como era verano, después de comer, salí al jardín, con mi tía. Seguramente Cornelio no había entrado en su cuarto ni advertido aún que algo le faltaba.
¿Qué poder tenía Cornelio para que sus oraciones fueran escuchadas? ¿Qué muerte pediría para mí? ¿El fuego, el agua, la sangre? Todas estas palabras cruzaron por mi mente, cuando oí pasos en la escalera y en su cuarto. Confundía los golpes secos del taconeo con los de mi corazón. Estuve a punto de huir, de enterrar el reloj y el misal en el jardín; pero sabía que no podía engañar a Cornelio porque se había aliado a un ser superior a nosotros. Oí que me llamaba: su grito era un rugido que desentrañaba mi nombre. Subí la escalera que conducía a su cuarto. Me detuve unos instantes en el rellano, atisbando sus movimientos, por la puerta entreabierta; luego me aventuré por la escalera enclenque, con algunos escalones rotos, que lleva al altillo. Cornelio, desde el rellano de la otra escalera, me interpeló y yo, en lugar de contestarle, le arrojé a la cara el libro y el reloj. No dijo nada. Los recogió. Se arrodilló y ávidamente leyó las páginas. Por primera vez Cornelio no tenía vergüenza de que lo vieran rezando. El escalón en donde me detuve crujía y de pronto cedió: al caer me golpeé la nuca contra los barrotes de hierro del balaustre.
Cuando recuperé el conocimiento, toda la familia me rodeaba; Cornelio, en un rincón del cuarto, estaba inmóvil, con los brazos cruzados.
Yo iba a morir, sin duda, pues veía, como desde el fondo de un brocal con agua, los rostros asomados sobre mi cara.
-¿Por qué no pedís a Dios que salve a tu amiguito? ¿No decís que Dios te otorga todo lo que le pedís? -se atrevió a murmurar mi tía Fermina.
Cornelio se prosternó, como un musulmán, en el suelo. Golpeó su cabeza contra el piso y respondió con voz de niño mimado:
-Sólo consigo la enfermedad o la muerte.
Mi madre lo miró con horror y arrodillándose a su lado, tironeándole del pelo como si hubiera sido un perro, le dijo:
-Haz la prueba, m'hijito. Nada se pierde con rezar. Dios tendrá que oírte.
Durante días floté en un limbo rosado y azul, entre vida y muerte. Las voces se habían alejado. No reconocía las caras: seguían temblando en el fondo del agua. Cuando me salvé, dos meses después, agradecieron mi buena suerte a Cornelio: según mis tías y nuestras madres, me había salvado. De nuevo oí cantos de loa a la santidad de Cornelio. Ya no se acordaban de las lágrimas que habían derramado por mí, ni del cariño que les había inspirado mi gravedad. De nuevo yo era el niño insensible y un poco perverso, tan inferior a su amigo.
A través de mis tías, de la costurera y de las amigas de la casa,

contradictorios pormenores de lo que había ocurrido llegaron al pueblo. No faltó quien comentara la inclinación mística de Cornelio. Algunas personas dijeron que mi amigo era un santo, otras dijeron que era un brujo y que no convenía frecuentar nuestra casa, por sus maleficios. Cuando mi tía Claudia se casó, nadie vino a la fiesta.

¿Cornelio era brujo o era santo? Durante noches, dando vueltas mi almohada en busca de un lugar fresco donde poner la afiebrada cabeza, pensaba en la santidad o en la brujería de Cornelio. ¿Hasta la misma Rita había olvidado su sospecha?

Fuimos un día al arroyo del Sauce, a pescar. Llevábamos una canastita con alimentos, para pasar el día allí. Andrés, nuestro vecino, que era aficionado a la pesca, estaba ya instalado en la orilla, con la caña preparada. Un perro se nos acercó y anduvo haciendo monerías, como suelen los perros perdidos. Andrés declaró que lo llevaría a su casa; Cornelio, que él lo llevaría; por esta causa, empezaron a discutir. Se agarraron a puñetazos y Cornelio cayó al suelo, vencido. Andrés, muy orondo, arregló el aparejo, tomó el perro en brazos y partió. Desde el suelo, Cornelio comenzó sus imprecaciones: el ruido que hacían sus labios era semejante al de los líquidos cuando van a hervir en una olla. Andrés no alcanzó a caminar veinte metros; cayó al suelo; le salía espuma de la boca. El perro, libre, corrió a nuestro encuentro. Supimos después que Andrés se había vuelto epiléptico.

Cuando Cornelio y yo paseábamos por la calle, la gente secreteaba: sabían que era brujo, que no era santo como creía nuestra familia. Un viernes Santo los niños no nos dejaron entrar en la iglesia: nos apedrearon.

¿Cómo haría yo para castigar a Cornelio? ¿Lo lograría con mi muerte, como testimonio de mi veracidad y de sus perversiones? En un instante imaginé su vida arruinada para siempre, perseguido por mi recuerdo, como Caín por Abel. Busqué el modo de enfurecerlo. Tenía que conseguir que sus imprecaciones de nuevo cayeran sobre mí. Lamentaba que la muerte me impidiera ser testigo de su arrepentimiento, cuando su voluntad se cumpliera. ¿Le impediría el arrepentimiento repetir esos ruegos malvados?

Estábamos en la orilla del arroyo del Sauce. Mirábamos un Martín pescador, que se zambullía continuamente en el agua, con rapidez vertiginosa. Cada uno tenía su honda. Apuntamos: Cornelio, al Martín pescador; yo al azar, para perder el tiro. Cornelio, que era un buen tirador, dio en la cabeza del pájaro, que cayó herido. Nos metimos en la laguna, para sacarlo del agua. Luego, ya en la orilla, empezó la discusión sobre quién había matado al Martín Pescador. Sostuve firmemente que la presa era mía.

Había un lugar muy profundo en el arroyo, donde no hacíamos pie. Yo lo conocía, porque se veía una suerte de remolino. Mi padre me lo había mostrado. Recogí el pájaro, corrí por la orilla hasta que llegué frente al lugar en que se veía aquel misterioso movimiento del agua. Por ahí estaba

Andrés, pescando como de costumbre. Me detuve y arrojé el pájaro al remolino. Cornelio, que me perseguía, se echó al suelo de rodillas. Oí el aterrador murmullo de sus labios; repetía mi nombre. Una transpiración fría me humedeció la nuca, los brazos, el pelo. El campo, los árboles, las barrancas, el arroyo, Andrés, empezaron a temblar, a girar. Vi la muerte con su guadaña. Luego oí que Cornelio pronunciaba su propio nombre. No advertí, tan grande era mi estupor, que Cornelio se había arrojado al agua; no trataba de alcanzar el pájaro; se debatía en el agua, se hundía, pues no sabía nadar. Andrés le gritó sin inmutarse, con voz agria, de loro:
-Atorrante. ¿De qué te sirve ser brujo?
Comprendí, después de muchos años, que a último momento, Cornelio cambió el contenido de su último ruego: para salvarme, a cambio de la mía, que tal vez ya estaba otorgada, pidió su propia muerte.

Informe del Cielo y del Infierno

A ejemplo de las grandes casas de remate, el Cielo y el Infierno contienen en sus galerías hacinamientos de objetos que no asombrarán a nadie, porque son los que habitualmente hay en las casas del mundo. Pero no es bastante claro hablar sólo de objetos: en esas galerías también hay ciudades, pueblos, jardines, montañas, valles, soles, lunas, vientos, mares, estrellas, reflejos, temperaturas, sabores, perfumes, sonidos, pues toda suerte de sensaciones y de espectáculos nos depara la eternidad.
Si el viento ruge, para ti, como un tigre y la paloma angelical tiene, al mirar, ojos de hiena, si el hombre acicalado que cruza por la calle, está vestido de andrajos lascivos; si la rosa con títulos honoríficos, que te regalan, es un trapo desteñido y menos interesante que un gorrión; si la cara de tu mujer es un leño descascarado y furioso: tus ojos, y no Dios, los creó así.
Cuando mueras, los demonios y los ángeles, que son parejamente ávidos, sabiendo que estás adormecido, un poco en este mundo y un poco en cualquier otro, llegarán disfrazados a tu lecho y, acariciando tu cabeza, te darán a elegir las cosas que preferiste a lo largo de la vida. En una suerte de muestrario, al principio, te enseñarán las cosas elementales. Si te enseñan el sol, la luna o las estrellas, los verás en una esfera de cristal pintada, y creerás que esa esfera de cristal es el mundo; si te muestran el mar o las montañas, los verás en una piedra y creerás que esa piedra es el mar y las montañas; si te muestran un caballo, será una miniatura, pero creerás que ese caballo es un verdadero caballo. Los ángeles y los demonios distraerán tu ánimo con retratos de flores, de frutas abrillantadas y de bombones; haciéndote creer que eres todavía niño, te sentarán en una silla de manos llamada también silla de la reina o sillita de oro, y de ese modo te

llevarán, con las manos entrelazadas por aquellos corredores al centro de tu vida, donde moran tus preferencias. Ten cuidado. Si eliges más cosas del Infierno que del Cielo, irás tal vez al Cielo; de lo contrario, si eliges más cosas del Cielo que del Infierno, corres el riesgo de ir al Infierno, pues tu amor a las cosas celestiales denotará mera concupiscencia.
Las leyes del Cielo y del Infierno son versátiles. Que vayas a un lugar o a otro depende de un ínfimo detalle. Conozco personas que por una llave rota o una jaula de mimbre fueron al Infierno y otras que por un papel de diario o una taza de leche, al Cielo.

La raza inextinguible

En aquella ciudad todo era perfecto y pequeño: las casas, los muebles, los útiles de trabajo, las tiendas, los jardines. Traté de averiguar qué raza tan evolucionada de pigmeos la habitaban. Un niño ojeroso me dio el informe:
Somos los que trabajamos: nuestros padres, un poco por egoísmo, otro poco por darnos el gusto, implantaron esta manera de vivir económica y agradable. Mientras ellos están sentados en sus casas, jugando a los naipes, tocando música, leyendo o conversando, amando, odiando (pues son apasionados), nosotros jugamos a edificar, a limpiar, a hacer trabajos de carpintería, a cosechar, a vender. Usamos instrumentos de trabajo proporcionados a nuestro tamaño. Con sorprendente facilidad cumplimos las obligaciones cotidianas. Debo confesar que al principio algunos animales, sobre todo los amaestrados, no nos respetaban, porque sabían que éramos niños. Pero paulatinamente con algunos engaños, nos respetaron. Los trabajos que hacemos no son difíciles: son fatigosos. A menudo sudamos como caballos lanzados en una carrera. A veces nos arrojamos al suelo y no queremos seguir jugando (comemos pasto o terroncitos de tierra o nos contentamos con lamer las baldosas), pero ese capricho dura un instante "lo que dura una tormenta de verano", como dice mi prima. Es claro que no todo es ventaja para nuestros padres. Ellos también tienen algunos inconvenientes; por ejemplo: deben entrar en sus casas agachándose, casi en cuclillas, porque las puertas y las habitaciones son diminutas. La palabra diminuta está siempre en sus labios. La cantidad de alimentos que consiguen, según las quejas de mis tías, que son glotonas, es reducidísima. Las jarras y los vasos en que toman agua no los satisfacen y tal vez esto explica que haya habido últimamente tantos robos de baldes y de otras quincallas. La ropa les queda ajustada, pues nuestras máquinas no sirven, ni servirán para hacerlas en medidas tan grandes. La mayoría, que no disponen de varias camas, duermen encogidos. De noche tiritan de frío si no se cubren con una enormidad de colchas que, de acuerdo con las palabras de mi pobre padre, parecen más bien pañuelos.

Actualmente mucha gente protesta por las tortas de boda que nadie prueba por cortesía; por las pelucas que no tapan las calvicies más moderadas; por las jaulas donde entran sólo los picaflores embalsamados. Sospecho que para demostrar su malevolencia esa misma gente no concurre casi nunca a nuestras ceremonias ni a nuestras representaciones teatrales o cinematográficas. Debo decir que no caben en las butacas y que la idea de sentarse en el suelo, en un lugar público, los horroriza. Sin embargo, algunas personas de estatura mediocre, inescrupulosas (cada día hay más), ocupan nuestros lugares, sin que lo advirtamos. Somos confiados pero no distraídos. Hemos tardado mucho en descubrir a los impostores. Las personas grandes, cuando son pequeñas, muy pequeñas, se parecen a nosotros; a nosotros, se entiende, cuando estamos cansados: tienen líneas en la cara, hinchazones bajo los ojos, hablan de un modo vago, mezclando varios idiomas. Un día me confundieron con una de esas criaturas: no quiero recordarlo. Ahora descubrimos con más facilidad a los impostores. Nos hemos puesto en guardia, para echarlos de nuestro círculo. Somos felices. Creo que somos felices.
Nos abruman, es cierto, algunas inquietudes: corre el rumor de que por culpa nuestra la gente no alcanza cuando es adulta, las proporciones normales, vale decir, las proporciones desorbitadas que la caracteriza. Hay quien tiene la estatura de un niño de diez años, otros, más afortunados, la de un niño de siete años. Pretenden ser niños y no saben que cualquiera no lo es por una mera deficiencia de centímetros. Nosotros, en cambio, según las estadísticas, disminuimos de estatura sin debilitarnos, sin dejar de ser lo que somos, sin pretender engañar a nadie.
Esto nos halaga, pero también nos inquieta. Mi hermano ya me dijo que sus herramientas de carpintería le pesan. Una amiga me dijo que su aguja de bordar le parece grande como una espada. Yo mismo encuentro cierta dificultad en manejar el hacha.
No nos preocupa tanto el peligro de que nuestros padres ocupen el lugar que nos han concedido, cosa que nunca les permitiremos, pues antes de entregárselas, romperemos nuestras máquinas, destruiremos las usinas eléctricas y las instalaciones de agua corriente; nos preocupa la posteridad, el porvenir de la raza.
Es verdad que algunos, entre nosotros, afirman que al reducirnos, a lo largo del tiempo, nuestra visión del mundo será más íntima y más humana.

Tales eran sus rostros

Tales eran sus rostros
Tales eran sus rostros; y tenían sus alas extendidas por encima, dos cada uno, las cuales se juntaban.

EZEQUIEL 1, 11.

¿Cómo los niños menores llegaron a saberlo? Nunca se explicará. Además falta dilucidar qué llegaron a saber, y si ya no lo sabrían los mayores. Se presume, sin embargo, que fue un hecho real, no una fantasía, y que sólo personas que no los conocieron y que no conocieron el colegio y a sus maestras podrían negarlo sin sentir algún escrúpulo.

A la hora en que tocaron, inútilmente como siempre, para mantener un rito, la campana que anuncia la leche, o un poco más tarde, en el recreo, cuando se dirigieron corriendo al patio del fondo, o bien, lo que es más probable, inconscientemente, paulatinamente, diariamente, sin orden de edades ni de sexos, llegaron a saberlo, y digo llegaron, porque se advirtió por múltiples manifestaciones que estaban esperando, hasta ese momento, algo que les permitiría esperar de nuevo y definitivamente, algo muy importante. A ciencia cierta, sabemos que a partir de ese instante, que menciono de modo impreciso, pero sobre el cual se hacen miles de conjeturas, sin perder la inocencia, pero perdiendo esa despreocupación aparente, tan característica de la infancia, los niños no pensaron en otra cosa.

Después de meditarlo, todo deja presumir que los niños lo supieron simultáneamente. En los dormitorios, al dormirse; en el comedor, al comer; en la capilla, al rezar; en los patios, al jugar a la mancha o a Martín Pescador, sentados frente a los pupitres, al hacer los deberes o cumpliendo las penitencias; en la plaza, cuando se hamacaban; o en los baños, dedicados a la higiene corporal (momentos importantes, porque en ellos las preocupaciones se olvidan), con la misma mirada hosca y abstraída, sus mentes, como pequeñas máquinas, hilaban la trama de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo, de una misma expectación.

La gente que los veía pasar endomingados, limpios y bien peinados, en los días patrios, en las fiestas de la iglesia, o en cualquier domingo, decía: "Estos niños pertenecen a una misma familia o a una cofradía misteriosa. Son idénticos. ¡Pobres padres! ¡No reconocerán al hijo! Estos tiempos modernos, una misma tijera corta todos los niños (las niñas parecen varones y los varones niñas); tiempos sin espiritualidad, son crueles."

En efecto, sus caras eran tan parecidas entre sí, tan inexpresivas como las caras de las escarapelas o de las vírgenes de Luján en las medallas que lucían sobre sus pechos.

Pero ellos, cada uno de ellos, en el primer momento, se sentían solos, como

si una armazón de hierro los revistiera incomunicándolos, endureciéndolos. El dolor de cada uno era un dolor individual y terrible; la alegría también y por lo mismo era dolorosa. Humillados, se figuraban diferentes los unos de los otros, como los perros con sus razas tan dispares o como los monstruos prehistóricos de las láminas. Creían que el secreto, que en ese mismo momento se bifurcaba en cuarenta secretos, no era compartido y no sería jamás compartido. Pero un ángel llegó, el ángel que asiste a veces a las muchedumbres; llegó con su reluciente espejo en alto, como el retrato del candidato, del héroe o del tirano que llevan los manifestantes, y les mostró la identidad de sus caras. Cuarenta caras eran la misma cara; cuarenta conciencias eran la misma conciencia, a pesar de la diferencia de edades y de familia.

Por horrible que sea un secreto, compartido deja a veces de ser horrible, porque su horror da placer: el placer de la comunicación incesante.

Pero quien supone que fuera horrible se adelanta a los acontecimientos. En realidad no se sabe si era horrible y se volvía hermoso, o si era hermoso y se volvía horrible.

Cuando se sintieron más seguros de sí mismos, se escribieron cartas, en papeles de diversos colores, con festones de puntillas o con figuritas pegadas. Al principio eran lacónicas; luego, largas y más confusas. Eligieron lugares estratégicos que servían de estafeta, para que los otros las recogieran.

Porque eran cómplices felices, los inconvenientes habituales de la vida no los molestaban ya.

Si alguno pensaba tomar una decisión, los otros inmediatamente resolvían hacer lo mismo.

Como si desearan igualarse, los menores caminaban de puntillas para parecer más altos; los mayores se encorvaban para parecer más bajos. Se hubiera dicho que los pelirrojos apagaban el fuego de sus cabelleras y que los morenos moderaban la oscuridad de una tez apasionadamente oscura. Los ojos lucían todos las mismas rayitas castañas o grises, que caracterizan los ojos claros. Ya ninguno se comía las uñas, y el único que se chupaba el dedo dejó de hacerlo.

Estaban unidos también por la violencia de los ademanes, por las risas simultáneas, por una solidaridad bulliciosa y súbitamente triste que se refugiaba en los ojos, en el pelo lacio o levemente encrespado. Tan indisolublemente unidos, hubieran derrotado un ejército, una manada de lobos hambrientos, una peste, el hambre, la sed, o el cansancio aplicado que extermina a las civilizaciones.

En lo alto de un tobogán, no por maldad sino por frenesí, estuvieron a punto de matar a un niño, que se metió entre ellos. En una calle, bajo el entusiasmo admirativo de todos, un vendedor de flores ambulante por poco

no pereció con su mercadería.
En los guardarropas, de noche, las faldas azul marino, tableadas, los pantalones, las blusas, la ropa interior áspera y blanca, los pañuelos se apretujaban en la oscuridad, con esa vida que les habían trasmitido sus dueños, durante la vigilia. Los zapatos juntos, cada vez más juntos, formaban un ejército enérgico y organizado: caminaban tanto de noche sin ellos, como de día con ellos. Un barro espiritual se adhería a las suelas. ¡Ya bastante patéticos son los zapatos cuando están solos! El jabón que pasaba de mano en mano, de boca en boca, de pecho en pecho, adquiría la forma de sus almas. ¡Jabones perdidos entre el dentífrico y los cepillos de uñas y de dientes! ¡Todos iguales!
"La voz dispersa a los que hablan. Los que no hablan trasmiten su fuerza a los objetos que los circundan", dijo Fabia Hernández, una de las maestras; pero ni ella, ni Lelia Isnaga, ni Albina Romarín, sus colegas, penetraba en el mundo cerrado que a veces mora en el corazón de un hombre solo (que se defiende y que se entrega a su desventura o a su dicha). ¡Ese mundo cerrado moraba en el corazón de cuarenta niños! Ellas, por amor a su trabajo, con suma dedicación, querían sorprender el secreto. Sabían que un secreto puede ser venenoso para el alma. Las madres lo temen para sus hijos; por hermoso que sea, piensan, ¡quién sabe qué víboras atesora!
Querían sorprenderlos. Encendían las luces de los dormitorios intempestivamente, con el pretexto de revisar el techo donde una cañería se había roto, o con el de cazar las lauchas que habían invadido las dependencias principales; con el pretexto de imponer silencio interrumpían los recreos, diciendo que la bulla molestaba a algún vecino enfermo o la ceremonia de algún velorio; con el pretexto de vigilar la conducta religiosa, entraban en la capilla, donde el misticismo exacerbado permitía en raptos de amor divino la articulación de palabras desmembradas, pero estruendosas y difíciles, frente a las llamas de los cirios que iluminaban los rostros herméticos.
Los niños, como pájaros aleteando, irrumpían en los cinematógrafos o en los teatros o en alguna función de beneficencia, pues tenían oportunidad de divertirse o de distraerse con espectáculos pintorescos. Las cabezas giraban de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, al mismo tiempo, revelando la plenitud de la simulación.
La señorita Fabia Hernández fue la primera en advertir que los niños tenían los mismos sueños; que cometían los mismos errores en los cuadernos y cuando les reprochó el no tener personalidad sonrieron dulcemente, cosa que no era habitual en ellos.
Ninguno tenía inconveniente en pagar por las travesuras de su compañero. Ninguno tenía inconveniente en ver premiado por mérito suyo a otros compañeros.

En varias oportunidades las maestras acusaron a uno o a dos de ellos de hacer los deberes del resto de los alumnos, pues de otro modo no se podía explicar que la letra fuera tan parecida y las frases de las composiciones tan idénticas. Las maestras comprobaron que ellas se habían equivocado.
Cuando en la clase de dibujo, la profesora, para estimularles la imaginación, les pidió que dibujaran cualquier objeto que sentían, todos dibujaron, durante un tiempo alarmante, alas cuyas formas y dimensiones variaban al infinito sin restar según ella, monotonía al conjunto. Cuando se les reprendió por dibujar siempre lo mismo, rezongaron y, por último, escribieron en el pizarrón: Sentimos las alas, señorita.
Sin incurrir en un irrespetuoso error, ¿cabría decir que eran felices? Dentro de lo que pueden serlo niños con sus limitaciones, todo induce a creer que lo eran, salvo en verano. El calor de la ciudad pesaba sobre las maestras. A la hora en que a los niños les gustaba correr, trepar a los árboles, retozar en el pasto o bajar rodando las barrancas, la siesta, la temida costumbre de la siesta, reemplazaba los paseos. Cantaban las chicharras, pero ellos no oían ese canto que vuelve el calor más intenso. Vociferaban las radios, pero ellos no oían ese ruido que vuelve intolerable al verano, con asfalto pegajoso.
Perdían las horas esperando a la zaga de las maestras con pantallas que bajara el sol o que amainara el calor, haciendo cuando los dejaban solos involuntarias travesuras como llamar desde el balcón a algún perro que al ver tantos posibles amos simultáneos daba un salto delirante para alcanzarlos, o con pitos catalanes provocaban la ira de alguna señora que tocaba el timbre para quejarse de tanta insolencia.
Una inesperada donación permitió que fueran a veranear al borde del mar. Las niñas confeccionaron ellas mismas púdicos trajes de baño; los niños adquirieron los suyos en una tienda económica, cuyos géneros olían a aceite de ricino pero que eran de corte moderno, de esos que caen bien a cualquiera.
Para dar más importancia al hecho de que veranearan por primera vez, las maestras les mostraron con un puntero, sobre el mapa, el punto azul, junto al Atlántico, hacia donde viajarían.
Soñaron con el Atlántico, con la arena, todos el mismo sueño. Cuando el tren partió de la estación, los pañuelos se agitaron en las ventanillas como una bandada de palomas; esto lo registra una fotografía que salió en los diarios.
Cuando llegaron al mar apenas lo miraron; siguieron viendo el mar imaginado antes de ver el verdadero. Cuando se habituaron al nuevo paisaje, fue difícil contenerlos. Corrían detrás de la espuma que formaba copos parecidos a los que forma la nieve. Pero el júbilo no les hacía olvidar el secreto y gravemente volvían a las habitaciones, donde la comunicación

entre ellos se volvía más placentera. Si no estaba en juego el amor, algo muy parecido al amor los unía, los alegraba, los exaltaba. Los mayores, influidos por los menores, se ruborizaban cuando las maestras les hacían preguntas capciosas y respondían con rápidos movimientos de cabeza. Los menores, con gravedad, parecían adultos a quienes nada perturba. La mayoría tenía nombre de flores como Jacinto, Delio, Margarita, Jazmín, Violeta, Lila, Azuceno, Narciso, Hortensio, Camelio: apelativos cariñosos elegidos por los padres. Los grababan en los troncos de los árboles, con uñas duras como de tigre; los escribían sobre las paredes, con lápices carcomidos; en la arena húmeda, con un dedo.

Emprendieron el regreso a la ciudad, con el corazón rebosando de dicha, pues viajarían, de regreso, en avión. Se iniciaba un festival de cine aquel día y pudieron entrever furtivas estrellas en el aeródromo. De tanto reír les dolía la garganta. De tanto mirar, los ojos se les pusieron punzó.

La noticia apareció en los periódicos; he aquí un texto: El avión en que viajaban cuarenta niños de un colegio de sordomudos, que volvían de su primer veraneo en el mar, sufrió un accidente imprevisto. Una portezuela que se abrió en pleno vuelo ocasionó la catástrofe. Sólo se salvaron las maestras, el piloto y el resto de los tripulantes. La señorita Fabia Hernández, que fue entrevistada, asegura que los niños al precipitarse en el abismo tenían alas. Quiso detener al último, que se arrancó de sus brazos para seguir como un ángel detrás de los otros. La escena la deslumbró tanto por su intensa belleza que no pudo considerarla en un primer momento una catástrofe, sino una visión celestial, que jamás olvidará. Todavía no cree en la desaparición de esos niños.

-Mostrarnos el cielo, para precipitarnos en el infierno, sería una mala jugada de Dios -declara la señorita Lelia Isnaga-. No creo en la catástrofe.

Dice Albina Romarín:

-Todo fue un sueño de los niños, que quisieron deslumbrarnos, como lo hacían en los columpios de la plaza. Nadie me persuadirá de que han desaparecido.

Ni el cartel rojo que anuncia el alquiler de la casa donde funcionaba el colegio, ni las persianas cerradas, desaniman a Fabia Hernández. Con sus colegas, a las cuales está unida, como los niños lo estaban entre ellos, visita el viejo edificio y contempla los nombres de los alumnos escritos en las paredes (inscripciones por las que los reprendían) y algunas alas dibujadas con destreza infantil, que testimonian el milagro.

La hija del toro

A Amalia Raffo

Cerca de la arboleda que rodeaba la casa, las reses colgaban de un hierro sostenido por las ramas de las higueras, que olían a miel cuando estaban cargadas de frutas.

Nieves Montovia, llamado Pata de Perro porque tenía las uñas de los pies enruladas, duras y negras, como las de un perro; después de carnear, precedido de una jauría, sentado en un banquito, frente a las reses, cantaba, no sé si a los perros, a nosotros, o al escribano López, acompañándose con una guitarra grasienta, de tres cuerdas, un cantito que no he olvidado y que aún no descifro:

Tengui, tengui está colgada.
Tengui, tengui está mirando.
Tengui, tengui si cayera,
Tengui, tengui la comiera.

Antes de tomar el desayuno, el olor a carne cruda y a higos me daba náuseas; pero yo acudía junto a Pata de Perro a cualquier hora. Sobre el terreno de polvo de ladrillo apisonado, no se veían las manchas de sangre. Todo era rojo: los higos entreabiertos, la carne, el polvo de ladrillo, mis alpargatas, los arañazos del escribano López.

Con la cabeza rapada y el pantalón azul, me parecía a mis hermanos varones. Trabajaba a la par de ellos. Después de sacar los abrojos de la lana, o de arrancar cardos, o de juntar leña de oveja, corríamos a la lomita que quedaba junto a la laguna seca. Allí, debajo de los castaños de la India, hervía sobre el fuego la olla con grasa para hacer jabón. A veces, Pata de Perro, al divisarnos de lejos, venía a nuestro encuentro, arrastrando la guitarra; otras veces, nosotros corríamos a su lado. Nos enseñaba a guiñar un ojo, a hipnotizar gallinas, a carnear, a decir malas palabras, a fumar. De su bolsillo sacaba un atado de cigarrillos, llamados la Hija del Toro, cigarrillos que distribuía entre nosotros. El papel que envolvía el atado llevaba la figura de una mujer, con una corona de flores, abrazando el toro (especie de calcomanía, que me fascinaba).

¿Cómo puede un toro tener una hija? -yo preguntaba.

-Usted debe de saberlo mejor que nadie.

-¿Por qué he de saberlo?

-Porque usted también es hija del toro -decía Pata de Perro-. Ya le mostraré, curiosa, como hacen los toros para tener una hija.

Yo no era curiosa. Tenía otros defectos, tal vez peores.

Inventé un juego demoníaco, en el cual mis hermanos, aun hoy, niegan haber participado, porque lo recuerdan como un crimen. Fabricábamos muñecos con castañas y palitos. Cada uno de estos muñecos personificaba a algún miembro de nuestra familia. Pata de Perro y mis hermanos se

encargaban de perfeccionar el parecido; con barba de choclo, lana o cerda, imitaban el pelo y los bigotes.
A la hora del poniente, cuando la hoguera iluminaba nuestras caras, tirábamos los muñecos en la olla, nombrándolos a medida que los tirábamos, para no dar lugar a errores. La ceremonia generalmente acontecía los domingos, día en que Pata de Perro estaba franco.
Uno de nuestros tíos murió. Sabíamos que el sortilegio había surtido efecto. No suspendimos por eso el juego.
Nieves Montovia no siempre era bueno conmigo; me hacía burla, cantando una canción alusiva a la hija del toro:

Conozco una niña
que es hija del toro.
La llaman Amalia.

A la hora de la siesta escapé para ver cómo el toro tenía una hija. Pata de Perro me citó en el corral del fondo, que estaba pegado a los galpones. Fui corriendo, para que nadie me sorprendiera. Jadeante llegué al alambrado, donde me esperaba Pata de Perro, con el cuidador, fumando. El toro estaba montado sobre una vaca. Lo miré. ¡Tantas veces había visto los animales en esa postura! Yo esperaba sin hablar. Pata de Perro rompió el silencio:
-¿No está contenta? Ya vio lo que quería ver.
-Idiota -le respondí furiosa-. Usted las va a pagar.
Esperé el domingo con impaciencia. Bauticé a uno de los muñecos con el nombre de Pata de Perro. Era una suerte de centauro, pues para simbolizar al carnicero quise que estuviese a horcajadas en la yegua Remigia, a la cual el hombre quería tanto. Fabricar este muñeco resultaba difícil; tuve que agregar alambres y clavos, para asegurar las numerosas patas y la cola, a más de los bigotes y del pelo revuelto del jinete.
Nunca tardó tanto en llegar un domingo como tardó aquél. El tiempo no parecía medido por los mismos relojes, ni el día ni la noche hechos por el mismo Dios. Su demora me había envejecido: en lugar de siete años, creí tener diez. Tiramos los muñecos dentro de la olla. Cuando llegó el momento de tirar el último, lo anuncié con una voz estridente: Pata de Perro y Remigia.
Blandí el centauro bigotudo en el aire. Pata de Perro, dando una suerte de rugido, rió, como si estuviese borracho, cuando oyó su nombre; pero se ensombreció al oír el nombre de la querida yegua.
-Que me quemen a mí pero no a Remigia -dijo con voz entrecortada.
Tal vez me arrepentí. Pata de Perro no pertenecía a mi familia. ¿Para qué sacrificarlo?
Quisimos sacar el muñeco del interior de la olla. Nos quemamos las manos

en el vapor. Cuando logramos sacarlo no le quedaban ni piernas, ni patas, ni pelo, ni cola al centauro.
-No hay salvación para Pata de Perro, ni para Remigia -dijo Nieves Montovia-. Enterrémoslos, niños.
Con palas hicimos un hoyo para enterrar al centauro. Le pusimos flores silvestres, después de cubrirlo con tierra. Nieves Montovia se arrodilló frente a su propia tumba en miniatura. Es el último recuerdo que conservo de él. En el campo, dijeron que había desaparecido. Al principio creí que se trataba de una broma que nos hacía él mismo. Lo buscamos durante varios días en los pajonales, en los potreros del fondo, pero ni él ni su yegua Remigia aparecieron. Quedó la guitarra grasienta bajo las higueras como otra res que la lluvia pudriera poco a poco y el escribano López ronroneando junto a la hoguera, donde siguió hirviendo la grasa.

Éxodo

Sucedió lentamente pero lo advertí de modo subrepticio. A veces observamos extraños signos en la naturaleza, pero con tanta distracción que no les asignamos ningún valor. Las hormigas trataban de abandonar la ciudad. Los infinitos caminos en zigzag que formaban se dirigían hacia afuera de la ciudad, y ninguno hacia adentro. Con otros insectos sucedía algo similar aunque menos evidente. Las arañas habían abandonado sus telarañas, las orugas las hojas, dejando largos regueros de baba. Al principio la ausencia de insectos debió alegrar a la gente por insólito que les pareciera. "Al fin nos vemos libres de estas plagas", exclamaban.
Los pájaros, a pesar de la estación (era verano), empezaron a emigrar en grandes bandadas que oscurecían el sol. Algunos pájaros cautivos rompieron los barrotes de las jaulas para emprender vuelo y evadirse, otros cayeron muertos, heridos por el esfuerzo.
Cuando fue el turno de los gatos, me sobrecogí. Se alejaban en fila india, manteniendo la misma distancia el uno del otro; se hubiera dicho que era cuestión de vida o de muerte observar la exacta medida que los unía o que los alejaba. A la distancia pude verlos alineados como las cuentas de un rosario. Cuando fue el turno de los perros, cuya huida resultó bastante desorganizada, me dio risa, una risa nerviosa: grupos de ocho, de nueve, de diferentes razas y tamaños, corrían carreras desenfrenadas hasta llegar a una meta para buscar otra inmediatamente con igual o mayor frenesí. Muchos caballos de tiro o de silla rompieron a patadas las caballerizas para abalanzarse en dirección a las montañas; los que pastaban sueltos ganaron rápidamente los valles. Se oía sus fugas con ruido de tormenta. Al estrellarse contra las piedras murieron algunos padrillos. Aun las vacas con terneros al pie parecían ágiles. Los toros, casi mitológicos, como si un dios

los llamara, se precipitaban. Los peces saltaban. Las limpias orillas del río, donde brillaba la arena dorada, plagadas de pescados, olían a podredumbre.
-Algo horrible va a suceder en esta ciudad -yo repetía-. Los niños, tan apegados a sus padres y a sus casas, fueron los últimos en huir. Muy precavidos, dentro de pañuelos llevaron alimentos. Algunos escalaron las más altas montañas y bajaron a los valles de manzanos donde, junto a los arroyos, se guarecían del calor, felices, mientras las madres enloquecidas rezaban para que volvieran, gastaban dinero en cirios y esperanza en promesas y sacrificios.
Yo atribuía todo esto a mi estado febril, pero secretamente exclamaba: "A esta gente el alma se le pasea por el cuerpo".
Cuando me enviaron en busca de los niños acepté con gusto la misión. Helicópteros y automóviles, dedicados a la propaganda y al salvataje, fueron puestos a mis órdenes con sus conductores. Me alejé, presintiendo que me despedía de mi ciudad para siempre. Sobre las azoteas de las casas, las ropas tendidas parecían personas y las verdaderas personas ropas tendidas; les dije adiós. Dije adiós al vestido azul de Filomena, al corpiño de Carmen, a la camisa a rayas de Damián, a la salida de baño de Fermina.
Una hora después la ciudad entera ardía bajo las llamas y nadie allá adentro se salvó. Pero los niños que habían huido leyeron esta noticia en los diarios y los que no sabían leer la repetían de memoria, por haberla oído leer a las personas mayores.

Carta bajo la cama

Querido Florencio:
Estoy pasando unos días en Aldington, en casa de unos amigos. Aldington está situado en un lugar del sur de Inglaterra, bello, anegado y solitario, donde crían ovejas. Desde aquí se ve, en una lejana franja, el mar, que podría ser un río. El paisaje me recuerda un poco el nuestro, salvo la ondulación natural del suelo, la moderación del canto de los pájaros, el absoluto silencio y la oscuridad perfecta de las noches. Es probable que en otras noches se oiga el croar de las ranas y que brille una luz extraordinaria ¿pero qué espera el tiempo para volver exuberante a la naturaleza? Estamos en pleno verano.
Hay en mí una mezcla de nostalgia y de goce que no sabría explicar. La similitud y disimilitud del lugar, comparado con mi tierra, provoca alborozo en mi ánimo cuando vago al atardecer por los caminos sinuosos que llevan al pueblo. No muy lejos de aquí, un campamento de gitanos, rubios, altos y feroces, con carros pintados de colores violentos, con manijas, bisagras y

guardabarros de bronce, llamó mi atención. La primera vez que lo vi fue el día del año en que os gitanos lavan la ropa: la habían tendido alrededor de las carpas ocupando casi una manzana.
Hay un bosque, de abundante vegetación, con muchas flores rosadas; creo que te gustaría como a mí. Dos veces logré perderme en él, en su oscuridad, que me fascina. Observamos con mis amigos que de trecho en trecho (sin quitarle belleza, pero dándole quizá un aspecto lúgubre), se abren hoyos en el suelo, con visibles restos de raíces rotas, diríase que alguien, un jardinero, de prisa, hubiera sacado plantas con el terrón de tierra, para trasplantarlas. Junto a algún hoyo queda una arpillera raída y húmeda, una colilla o una lata vacía. Me atrae ese bosque y secretamente deseo que la noche me sorprenda alguna vez perdida en él para que yo me vea obligada a quedarme entre las flores rosas y los helechos sobre el musgo, acostada, con ese miedo que me agrada, como suele agradarles a los niños.
Me dijiste que el miedo fue siempre una de mis favoritas distracciones. Esas locuras mías son las que te gustan más, porque demuestran que aún queda en mí un resto de infancia. No soy valiente, pero en mi inconsciencia jamás rehuyo el peligro, lo busco para jugar con él. No lo olvides: he quedado sola en este desamparado lugar de Inglaterra, en una casa sin persianas, con ventanales de vidrio, alejada de otras viviendas, sin ni siquiera un perro para cuidarme. Mis amigos se fueron a Londres. Es claro que el sitio es tranquilo y la gente tan buena, que al salir ponemos la llave sobre el soporte del farol de entrada, de modo que el almacenero, el lechero o el cartero puedan dejar paquetes o cartas adentro de la casa. Todo el pueblo sabe dónde está la llave de la puerta de entrada.
Debo confesarte que en el primer momento vacilé ante la idea de quedar sola aquí. Me gusta compartir el miedo aunque sea con un perro o un gato, pero sola ¿qué placer podría sentir? La picadura de una avispa en la pierna izquierda, que me dio fiebre (me duele todavía), los discos maravillosos que no he oído bastante en el fonógrafo, la lectura de Rómulo Magno de Dürrenmatt y cierta inercia me indujeron a quedarme. Luego, cuando quedé sola, y empezó a caer la tarde, una angustia intolerable me sobrecogió. Tuve que tomar unas pastillas de Ampliactil como esas mujeres de las cuales te burlas. Todo eso sucedió ayer. El cielo, donde buscaba los Siete Cabritos, las Tres Marías, la Cruz del Sur, porque no conozco otro cielo y porque me parece que todos los cielos tendrán que ser como el nuestro, se cubrió de nubes. Una tormenta, que podía competir con las de mi provincia, se desencadenó. El mar, a lo lejos, parecía colérico. La noche sobrevino más temprano, por suerte; digo por suerte, porque la oscuridad me daba menos miedo tal vez que las imágenes que estaba viendo, pues aunque busqué el miedo éste excedía mi deseo. Acurrucada en un sillón, el más

alejado de la ventana, me puse a leer, mientras el cielo organizaba truenos y relámpagos, y la lluvia, con su cortina espesa y fría, sin protegerme, me separaba del mundo.
Esta mañana me desperté feliz de haber vencido esa parte tan vulnerable de mi ser. Caminando fui de nuevo al bosque; me perdí entre las flores rosadas y los crujientes árboles; "Sola, sola, sola", repetía, regocijándome con mi soledad. "Estoy sola."
¿Qué es el miedo? Ciertamente cada ser tiene su propio miedo, un miedo que nace con él. En mi caso no guarda proporción con el peligro que me acecha. Hoy por ejemplo, ¿por qué no tengo el miedo de ayer? La misma soledad absoluta me circunda. Las ovejas grises que pastan a lo lejos son como piedras grises que se mueven. ¿Por qué no me dan miedo?
Temprano, tres veces por semana, viene una mujer reumática a hacer la limpieza de la casa; todavía estoy durmiendo cuando oigo sus cantos desafinados como un zumbido. El jardín se cuida él mismo. Nada cuida mejor un jardín que la humedad. Los dueños de la casa dicen que se encargan de regarlo, cuando vienen a vivir aquí, pero hay tanta humedad natural que no han de regarlo nunca, por más que se jacten de ello.
Interrumpí esta carta para preparar una taza de té.
Esta cocinita de gas es muy práctica: en dos minutos todo está listo. Mientras te escribo, bebo el té. Escribirte con la pluma en la mano derecha y sostener con la izquierda la taza en que bebo un manjar que preparo tan bien, es una felicidad que no cambio por ninguna otra. No, aunque no lo creas: no cambio esta felicidad por ninguna otra, ni por estar a tu lado. ¡El amor es tan complicado con todos sus ritos! No me vengo de ti. El poniente ha iluminado los vidrios de rojo. Ahora estoy sentada frente al ancho ventanal del dormitorio, desde donde diviso el campo y una franja lejana, como otro campo, de mar. No comprendo mi temor de ayer. La soledad se intensifica a esta hora. El zumbido de un moscardón golpea los vidrios: abro la ventana para que se vaya.
Nunca oí tantos silencios juntos: el de la casa, el del campo, el del cielo. Con cuidado, pongo la taza sobre el plato de porcelana. Cualquier ruido sería estruendoso. Recuerdo un poema de Verlaine, titulado Circunspección: "No interrumpamos el silencio de la naturaleza, esa diosa taciturna y feroz" decía un verso.
Desde hace unos instantes oigo un ruido, un ruido que me trae algún recuerdo de infancia, el ruido que hace una rala (hermana del rastrillo) en la tierra húmeda. ¿Pero quién puede trabajar a estas horas? ¿Una pala invisible? Si pienso un poco puedo asustarme. ¿Prefiero que esa pala que golpea rítmicamente la tierra sea invisible? Involuntariamente, de un misterio elijo la versión que más me asusta. Me vuelvo hacia el este donde está el otro ventanal, que no tiene mayor atractivo. Hay una bolsa en el

suelo. La bolsa se mueve: es un hombre arrodillado. Está cavando la tierra. ¿Por qué está arrodillado? Hace un esfuerzo inaudito con los brazos. Para cavar la tierra, habitualmente los jardineros hincan la pala con la ayuda del pie. La postura del hombre es extraña. ¿Será un vecino que viene a robar plantas? ¿Qué plantas? Hay alverjillas, rosas, salvias, dalias, nardos, caléndulas, brincos iqué se yo! Pero no hay plantas grandes. ¿Para qué está cavando ese hoyo? ¿Para qué? Habrán mandado una planta de algún vivero. ¿Por qué no me avisaron? Pero a esta hora nadie trabaja. Dentro de un rato, ese hombre tendrá que irse y podré acurrucarme en un sillón tranquilamente para oír los discos. Ahora no puedo interrumpir con otro sonido el ruido de esa pala. Cerrando los ojos sueño que vivimos en esta casa, que es nuestra y que tenemos un jardinero, que está trabajando afuera. Se acerca la hora de la cena, hora en que volverás. Soy feliz.

Sospecho que el comienzo de esta carta no fue del todo sincero.

Te extraño. No tengo motivo para ocultártelo, salvo este orgullo que me oprime el cuello, como si tuviera manos para estrangularme.

A través del vidrio del ventanal, el hombre ¿será un hombre? Se mueve pesadamente. Miro mis brazos y compruebo que tengo frío,

por consiguiente miedo. Al alcance de mi mano está el televisor. Muevo los diales. Con avisos, imágenes (aunque sean para niños), música, noticias, cualquier noticia, llegaré a no oír el silencio, que encuadra mi susto. El hombre me mira mientras hinca la pala: ahora lo advierto. No sé si la sombra es negra o su cara, debajo del sombrero raído. Su figura corpulenta se pierde en la oscuridad de la noche, que va cayendo del cielo. Diríase que sólo la tierra está iluminada, con los últimos reflejos del poniente.

Si en esta casa hubiera una jaula con un pájaro, o un animalito cualquiera, sentiría menos miedo. El televisor tarda en funcionar. ¿Le faltará la antena? Oigo el ruido de la pala. Muevo los diales: la pantalla se ilumina intensamente. ¿Antes de llegar a enfocar las imágenes tendré que morir? El esfuerzo me calma un poco. Como verás, manejo los diales con la mano izquierda. Podrías creer que no estoy escribiendo con la mano derecha itan temblorosa es ahora mi letra! Las imágenes aparecen nítidas. En sus casas miles de señoras estarán tejiendo, dando de comer a sus hijos o comiendo ellas mismas; más bien, habrán terminado de comer, los hijos estarán durmiendo (pues aquí se come muy temprano), viendo tranquilamente lo que estoy viendo: propagandas de trajes de baño, de aceite bronceador, de cepillos Kent con su peine elástico, de jabones para el cutis, de supositorios para infantes que ríen en vez de llorar. Luego las noticias policiales. Oigo la voz que da los informes: un hombre peligroso, portugués, de cuarenta años, corpulento, asesino, llamado Fausto Sendeiro, alias Laranja, que trabaja de jardinero, asesina y mutila a mujeres, para abonar las plantas que distribuye caprichosamente. ¿Cómo no se descubrió antes?, dice el

locutor. Parece que dos mujeres lo secundan, vestidas con trajes anticuados vendiendo baratijas. Fausto Sendeiro, durante el atardecer, cava los hoyos donde arroja a sus víctimas para plantar encima arbolitos que saca de los bosques. Jamás existió asesino tan trabajador. ¿Cuántas mujeres habrá matado? ¿Cómo? El primer jardín donde hizo las excavaciones, por pura casualidad aparece en la pantalla. Una bolsa quedó olvidada con las impresiones digitales. Veo el jardín macabro, con las excavaciones, y unas pobres plantas en el suelo.
Desconecto el televisor. El ruido de la pala continúa. No puedo casi moverme. Estoy paralizada. El hoyo se agranda; es un agujero negro. Junto al agujero vislumbro una planta tirada en el suelo. ¿Dónde podré esconderme? Estoy en una casa de vidrio, y el hombre me mira continuamente. No hay teléfono. Arrastrándome como un gusano podría tal vez llegar hasta la puerta de entrada o hasta el dormitorio, donde está mi cama, sin ser vista. ¿Pero si al verme hacer esos movimientos deja su trabajo y viene corriendo hacia mí, para clavarme el cuchillo que llevará en el cinto, o para estrangularme, con sus manos enormes? ¿En cuántos pedazos me cortará, suponiendo que lleva un cuchillo en el cinto, y en cuantos minutos me estrangulará, suponiendo que oprima mi cuello con sus manos enormes? No puedo alzar la vista hacia la puerta: las dos mujeres están allí. Ya entraron: sin golpear. Una de ellas tiene un sombrero con lentejuelas, plumas y gasa, la otra un gorro de paja con cerezas, visten faldas almidonadas, negras, y llevan cada una de ellas una valija de cuero. Musitan a un tiempo: "Venimos, señora, a venderle unas cositas interesantes" (es la única frase que saben decir). De las valijas sacan blusas de nylon, medias, prendedores, fotografías de árboles y de buques, y frascos de bombones que me ofrecen.
-Acabo en seguida con estas cuentas -les digo-. Mis gastos...
Se sientan, para esperarme, ofreciéndome un bombón, entre sus dedos largos. ¿Ese bombón contendrá un soporífero? Son mujeres piadosas. Se miran y ríen.
-¿Pronto serviré de abono a una planta? -les pregunto.
No saben lo que quiere decir abono ni planta, ni pronto. Tomo el bombón y lo llevo a la boca: tiene gusto a chocolate, al último bombón, a la última etapa del miedo, que me comunica con Dios. Siento un agradable sopor que me vuelve atrevida.
-¿No quieren tomar té? -les pregunto, sin dejar de escribir. Con el índice de la mano izquierda señalo la taza que está sobre la mesa, y la tetera.
-Sí -responden al mismo tiempo, mirándose de soslayo-. ¿Cha cha?
Mientras tomen el té pondré a salvo mi carta. L-i dirección ya está en el sobre y...

La revelación

A Edgardo

Hablara o no hablara, la gente advertía en su mirada la inapelable verdad: Valentín Brumana era idiota. Solía decir:
-Voy a casarme con una estrella.
-¡Qué estrella ni estrella! -le contestábamos para hacerlo sufrir.
Nos placía torturarlo. Lo acostábamos en una hamaca paraguaya con los bordes anudados para que no pudiera escapar, y lo mecíamos hasta que el vértigo le cerraba los ojos. Lo sentábamos en un columpio, enrollábamos las cuerdas laterales, para soltarlas de golpe y lanzarlo vertiginosamente en el espacio. No le permitíamos que probara los postres, que nosotros comíamos, pero le untábamos el pelo con dulce o con azúcar impalpable y lo hacíamos llorar. Colocábamos sobre un armario altísimo los juguetes que nos pedía prestados; así escalaba, trastabillando, para alcanzarlos, una mesa enclenque y dos sillas superpuestas, una de las cuales era una mecedora.
Cuando descubrimos que Valentín Brumana, sin ningún alarde, era una suerte de mago, empezamos a respetarlo un poco, o a temerlo tal vez.
-¿Viste a tu novia esta noche? -nos decía. Era la noche en que nos habíamos encontrado clandestinamente con alguna de nuestras novias, en un baldío. ¡Éramos tan precoces!
-¿De quién te estás escondiendo? -nos preguntaba. Era el día de las malas notas, en que nos escondíamos porque nuestro padre nos buscaba para ponernos en penitencia, o para darnos un sermón, cosa que era mil veces peor.
-Estás triste, con mala cara -exclamaba. Lo decía en el momento en que queríamos suicidarnos de tristeza, de una tristeza clandestina como nuestras citas de amor.
La vida de Valentín Brumana estaba llena de sobresaltos, no sólo por nuestra culpa sino por la intensa actividad que desplegaba. Tenía un reloj de bolsillo, que su tío le había regalado. Era un verdadero reloj, no de chocolate, ni de lata, ni de celuloide, como lo hubiera merecido, según comentábamos; creo que era de plata, con una cadena que tenía una medallita de la Virgen de Luján. El sonido que hacía el reloj, al golpearse contra la medallita, cuando lo sacaba del bolsillo, infundía respeto, si no mirábamos al dueño del reloj, que hacía reír. Mil veces al día sacaba del bolsillo el reloj y decía.
-Tengo que ir a mi trabajo. -Se ponía de pie y bruscamente salía del cuarto; volvía inmediatamente.
Nadie se ocupaba de él. Le regalaban discos viejos, revistas viejas, para

entretenerlo.
Cuando trabajaba de escribano, lucía papel higiénico, si no encontraba otro, lápices y un portafolio roto; cuando trabajaba de electricista, el mismo portafolio hacía las veces de valija para llevar cintas aisladoras y cables, que recogía de la basura; cuando trabajaba de carpintero, una tabla de lavar, un banquito roto y un martillo eran sus herramientas de trabajo; cuando trabajaba de fotógrafo, yo le prestaba mi cámara fotográfica, sin película. Sin embargo, si alguien le preguntaba: "¿Valentín, qué vas a ser cuando seas grande?", respondía:
-Cura o sirviente de comedor.
-¿Por qué? -le preguntábamos.
-Porque me gusta limpiar la platería.
Un día Valentín Brumana amaneció enfermo. Los médicos dijeron con eufemismos que iba a morir y que para arrastrar semejante vida, tal vez fuera lo mejor; él estaba presente y oyó sin congoja aquellas palabras que estremecieron la desolada casa, pues en ese instante la familia entera, aun nosotros, sus primos, pensamos que Valentín Brumana alegraba a las personas por ser tan distinto de ellas y que sería, en la ausencia, irreemplazable.
La muerte no se hizo esperar. A la mañana siguiente llegó: todo me induce a creer que Valentín, agonizante, la vio entrar por la puerta de su cuarto. El regocijo de saludar a una persona amada iluminó su rostro, por lo común indiferente. Estiró el brazo y la señaló con el índice.
-Entra -dijo. Luego, mirándonos de soslayo, exclamó:
-¡Qué bonita!
-¿Quién? ¿Quién es bonita?-le preguntamos, con un atrevimiento que ahora me parece más que atrevimiento grosería. Reímos, pero nuestra risa podía confundirse con el llanto: de nuestros ojos saltaban lágrimas.
-Esta señora -dijo, ruborizándose.
La puerta se había abierto. Mi prima asegura que esa puerta se abría siempre sola, por un defecto del picaporte, pero yo no lo creo. Valentín se incorporó en la cama y dio la bienvenida a aquella aparición, que nosotros no percibíamos. Es indudable que la veía, que acariciaba el velo que colgaba de su hombro, que le decía al oído un secreto que jamás escucharíamos. Luego, ocurrió algo aún más insólito: con gran esfuerzo Valentín puso en mis manos la cámara fotográfica que había quedado en su mesa de luz y me pidió que los fotografiara. Indicaba posturas a quien estaba a su lado.
-No, no te sientes así -le decía.
O bien, en un susurro, casi inaudible:
-El velo, el velo te tapa la cara.
O bien, con voz autoritaria:

-No mires para otro lado.
La familia entera, y parte de la servidumbre, a carcajadas levantaban las cortinas, que eran de terciopelo, muy altas y pesadas, para que entrara más luz, alguien medía, con grandes pasos, los metros que separaban la cámara fotográfica de Valentín, para que la fotografía no saliera fuera de foco. Temblando, enfoqué a Valentín, que señalaba con la mano el lugar, más importante que él mismo, un poco a su izquierda, que debía abarcar la fotografía: un lugar vacío. Obedecí.
Poco tiempo después mandé revelar la película. Entre las seis fotografías, pensé que por un error me habían entregado una sacada por otro aficionado. Sin embargo, Pigmeo, mi pony, estaba patente; Tapioca, la perrita de Facundo, también; el nido del hornero, aunque muy confuso y oscuro, se reconocía; en cuanto a Gilberta, en traje de baño, bueno, bueno, podría figurar en cualquier concurso, aun hoy, y la fachada de la escuela sin ir más lejos, en el huecograbado de La Nación. Todas esas instantáneas yo las había sacado aquella misma semana.
En el primer momento, no miré demasiado la borrosa y desconocida fotografía. Indignado, fui a protestar al laboratorio, pero me aseguraron que no habían cometido ningún error y que se trataría de alguna instantánea sacada por uno de mis hermanitos.
No fue sino después de un tiempo y de un detallado estudio cuando distinguí, en la famosa fotografía, el cuarto, los muebles, la borrosa cara de Valentín. La figura central, nítida, terriblemente nítida, era la de una mujer cubierta de velos y de escapularios, un poco vieja ya y con grandes ojos hambrientos, que resultó ser Pola Negri.

Amelia Cicuta

Un patio con la estatua de Baco sosteniendo racimos de uvas entre los dedos, que en verano servía de espantapájaros, era memorable en casa de Irma y de Edimia Urbino.
Irma era una buena modista, de las más cotizadas en Buenos Aires. Por la manera de sostener un corte de género sobre los hombros de la clienta y plegarlo en la cintura, haciendo resaltar un busto o una cadera, se adivinaba la jerarquía de su destreza. Su manera de arrodillarse al pie de la clienta apretando con los labios hileras torcidas de alfileres, para marcar el ruedo de una falda, también denotaba su docta capacidad. En cambio, Edimia Urbino servía sólo para rematar las costuras y acomodar en las perchas los vestidos, para abrir la puerta a las clientas y para pasar la escoba por el piso para juntar las agujas o los alfileres caídos, cuando las clientas se habían retirado.
En los primeros tiempos, las dos hermanas ganaban poco dinero, pero

fueron aumentando los precios e insensiblemente acumularon una fortuna, como la que tuvieron los padres hoy venidos a menos. Compraron una casita en Mar del Plata, del tamaño de una lata de sardinas, según los informes que ellas mismas daban, para no despertar envidias. Televisor, enceradora, aspiradora, máquina de lavar, heladera y automóvil atraían pretendientes, que venían de Burzaco en motoneta o de Avellaneda en microómnibus. Irma, que tenía las piernas bien formadas y la cintura fina, era la de más éxito; Edimia, que era como una especie de fotografía fuera de foco de su hermana, no lograba que la mirasen siquiera, cosa que no le preocupaba en lo más mínimo. Los hombres no le interesaban: todos tenían barba e inútilmente se afeitaban; un formato de cuerpo incómodo, por más que dijeran que era más práctico que el de las mujeres para orinar, trajes llenos de tiradores y de ligas. Le interesaban los gatos: todas las mañanas desde que cumplió quince años les llevaba carne cruda y restos de comida. En Buenos Aires hay muchas personas que llevan a Palermo, al Botánico, al Parque Lezama, comida para los gatos; pero ella, Edimia, llevaba comida a todos los gatos de la ciudad. La conocían, acudían a su llamado, y ahora que era más rica y que tenía automóvil, con más razón. Podía llevar carne de lomo, pescado, que les gustaba tanto, y leche cuajada en jarras de plata. Diariamente Edimia iba a distintos barrios; los gatos la seguían; un maullido de ella bastaba para que acudieran y entraran en el automóvil, saltando con exaltada familiaridad. Irma tuvo que desistir de sus viajes, de sus veraneos.

Edimia no podía abandonar los gatos e Irma no podía abandonar a Edimia. El dinero se iba como agua. La comida de los gatos resultaba demasiado cara, "¿Acaso no les podría dar corazón o carnaza?" decía Irma. "Los gatos son delicados -respondía Edimia-. Si les llevamos porquerías ¡qué dirán de nosotros!". Irma se resignó.

Edimia siguió recorriendo en automóvil las calles de Buenos Aires, los lugares apartados, los alrededores. Fue en Almagro donde se detuvo un día en una reunión de gatos gordos que tomaban sol y se lamían las patas perezosamente. Edimia detuvo el automóvil con una frenada brusca y emitió un maullido perfecto. Abrió las portezuelas y todos los gatos; se precipitaron dentro del coche, salvo uno que ronroneando se quedó acostado. Indignada, Edimia bajó del coche, se acercó al animal y le habló en estos términos: "Vengo del centro de la ciudad, me molesto y usted se queda, señor, durmiendo. ¿Es justo? ¿Es natural?" El gato no se movió. Edimia le dio una palmadita y algo de comer en la boca. El gato levantó la cabeza sin convicción, pidiendo más. Edimia le dio bocados de carne hasta que el gato, satisfecho, se levantó y lentamente se alejó. Edimia maulló de nuevo, el gato siguió caminando con su paso de tigre desdeñoso. Edimia lo siguió, cruzó un mercado, una plaza, un terreno baldío; ahí se metió en una

casa prefabricada. Edimia espió desde la puerta el interior del cuarto. Un hombre le daba de comer al gato. Afuera, al sol, en una reja, colgaban catorce cueros. Edimia no alcanzaba a ver de qué color ni qué animales eran. Se aproximó para mirarlos: vio que eran cueros de gato. Golpeó a la puerta de la casa. El hombre, con amabilidad, la invitó a entrar.

-¿Hay rabia entre los gatos? -inquirió Edimia, nerviosamente.

-¿A qué gatos se refiere, señorita? ¿A los señores vecinos? Tienen uñas de gato y lenguas de víbora, es cierto, y son rabiosos...

-No. No quiero insultar a los gatos -agregó Edimia con una sonrisa encantadora-; dígame la verdad, señor, ¿hay rabia entre los gatos?

-¿Por qué me lo pregunta, preciosa?

Edimia se estremeció; pensó que el hombre iba a violarla, pero serenamente siguió sus averiguaciones.

-Vi los cueros colgados en la reja y pensé que habrían muerto de alguna peste.

-Esos cueros son la prueba de que gozan todos de buena salud, señorita. ¿Acaso los comería yo si estuvieran rabiosos?

-¿Los come? -musitó Edimia conteniendo la respiración-. ¡Cómo puede!

-¿Le da asco?

-¡Usted me da asco!

-A algunas les dan asco los gatos, a otras les doy asco yo porque como gatos que ellas aprecian, ¿en qué estamos, señorita? ¿No come usted gallinas, vacas, que son tan grandes, perdices, pollos, pichones que son tan indigestos, pavos, chanchos que son tan inteligentes, y pescados que también son animales como cualquier otro, aunque vivan en el agua?

-Se va a ir al infierno -musitó Edimia.

-Mientras la encuentre a usted allí, me sentiré honrado, señorita.

-Me encontrará, no pierda cuidado, mientras coma gatos.

-Diga, ¿no come usted la carne de vaca? Diga, diga.

-El gato es diferente. No se me ocurriría comer un perro por ejemplo, ni a un cristiano. ¿Cómo se llama usted?

-Torcuato Angora, ¿y usted?

-Amelia Cicuta. Lo denunciaré a la Sociedad Protectora de Animales Pequeños -dijo Edimia, con energía amenazante.

-Será inútil. Observe. -Torcuato Angora emitió con los labios un sonido como el que emplean las mujeres para hacer orinar a sus hijos. Aparecieron millones de gatos. Los alimento, por eso vienen, y después, con los propios cueros les hago mantitas para cubrirlos cuando hace frío: mientras, engordan. ¿Qué hace en cambio la Sociedad Protectora de Animales?

-Es horrible -musitó Edimia.

-¿Ve cómo me quieren? -dijo Torcuato Angora, mostrando un gato que se trepó a sus hombros-. ¿Está celosa? -preguntó con malicia.

-Protege para matar. Engorda para comer a unos inofensivos animales. Es horrible.
-¿Horrible? Éste es el gato Maestro, el que enseña a todos los otros a conducirse como la gente.
-¡Pobre inocente! -exclamó Edimia-. ¿Por qué no me lo presta? Lo traeré listo para comer.
-Se lo regalo, señorita. Soy comilón pero no egoísta.
-Regalos no acepto. Me lo llevaré a casa por unos días. Me gustaría verlo jugar con mis ovillos de lana. ¿Qué hace usted? ¿No trabaja?
-¿Cree que puedo vivir del aire? Trabajo en la oficina de Transradio. ¿Y usted?
-Yo trabajo en la fábrica de embutidos. ¿Y necesita comer gatos?
-No es por economía, es por costumbre. Mi horario es de ocho a seis.
Edimia se despidió y tomó en sus brazos el gato. Se encaminó hacia el automóvil, temblando. Era la primera vez que llevaba un animal doméstico a la casa. ¿Qué diría su hermana? ¿Y las clientas?
El gato no congeniaba con ella, por lo que fue más fácil llevar a cabo su proyecto. Después de cebarlo durante dos meses, lo llevó a las cuatro de la tarde de un hermoso día a la casa de Torcuato Angora. Había previsto todo. Llevaba en un paquetito la carne con estricnina. Para no llamar la atención dejó en la otra cuadra el coche, y llegó a pie a la casa. Se arrodilló, le dio la carne envenenada al gato y, con lágrimas en los ojos y un martillo, antes de marcharse, violentamente le golpeó la cabeza. Luego, después de comprobar que el gato estaba muerto, con los guantes puestos escribió en un papelito que sacó del bolsillo: "Señor Torcuato: el gato Maestro está a punto para comer. Lo engordé para usted. Que le aproveche. Amelia Cicuta". Acomodó el gato junto a la puerta con el mensaje.
En los diarios, entre las noticias policiales del día siguiente, no salió la noticia del envenenamiento de Torcuato Angora. Edimia Urbino compró durante varios días los diarios de la tarde, para ver si aparecía. Pensó que Torcuato Angora le había dado un falso nombre como ella. No se atrevió a volver a Almagro. Pero sabía que en el infierno Torcuato Angora y el gato Maestro estarían esperándola y que de nada le valdría llamarse Edimia Urbino, haber nacido en una casa con un patio que tenía una estatua de Baco sosteniendo racimos. Como si su vida entera hubiera transcurrido sólo en Almagro, en ese terreno baldío, su nombre valedero era Amelia Cicuta.

El almacén negro

Se llamaba el Almacén Negro; la primera mano de bleque que sus muros habían recibido siempre aparecía por debajo de sucesivos blanqueos. En esta ancha casa, que servía de vivienda y de proveeduría, frente a la

estación, velaron a su dueño Néstor Medina. Aquella noche de enero por las persianas junto al piano enfundado, donde me recliné a mirar el crucifijo, entraba del cielo luz de luna y de la planta baja, donde estaban las provisiones, olor a yerba y a vino derramado.

Si Néstor Medina hubiera podido, después de muerto, ver a sus hijos dilapidar y disputarse su fortuna, habría muerto de nuevo. No me canso pues de alegrarme de su muerte lujosa y tranquila, de la última de las sonrisas con la que se despidió de sus hijos, que consideraba inocentes como ángeles y virtuosos como santos. Su cara redonda y sonriente, dentro del ataúd de lustrosa madera, no inspiraba pena. Por eso la gente que acudió a aquel velorio inolvidable, como si creyera vivo al muerto, habló de caballos de carrera, de ferias, de estafas, de chistes, de chismes sin que esto pareciera una falta de respeto. Nadie lloraba, salvo el perro a la luna y yo para mis adentros.

Sus cuatro hijos fueron en la infancia amigos míos. Sigmundo, el mayor, corpulento, suave como una mujer y juicioso, me protegía. Rinso, delgado, con orejas rojas, puntiagudas, me despreciaba un poco. Juan, menudo y esquivo, sin personalidad, me temía. Ema, la menor, la amiga de Amanda, robusta, obesa y blanca como una odalisca, me amaba apasionadamente. ¡Ser amado abruma, a veces! Ema, sin embargo, no era fea. Una graciosa papada terminaba su perfil de muñeca. La mitad de uno de sus pechos se asomaba siempre por el escote del vestido. Soy joven, pero era aún más joven en aquellos días y me perturbaba ese espectáculo carnal.

Para ver a Amanda Rimbosa, de quien yo estaba enamorado, buscaba la compañía de Ema, que era su íntima amiga. Ema aprovechó la circunstancia para ennoviarse conmigo. Un domingo en que fue a comulgar quedó en ayunas hasta las once; volvió de la iglesia en break y, al bajar, se desmayó en mis brazos. Después de este episodio tuve que regalarle un anillo y olvidar a Amanda Rimbosa. ¡Yo sé lo que es la vida en un pueblo!

No se me ocurría pensar en el testamento de Néstor Medina ni en la enorme fortuna que dejaba a sus hijos. Los creía unidos, formando parte de una admirable familia y no de una fortuna admirable, pero cuando menos se piensa la liebre salta. Sigmundo, el mayor, fue el primero en demostrar su avidez por el dinero.

En el almacén, lúgubre después de la muerte de Néstor Medina, mientras estaban a punto de pudrirse las mercaderías, los jóvenes herederos (salvo yo) se peleaban a gritos. De común acuerdo, que parecía más bien desacuerdo, hicieron un remate con todas las prendas de uso personal del padre: conservo el inventario:

Reloj de oro, con cadena y medalla de bautismo, zapatos, botas y sacabotas, escarbadientes de oro, tintero de bronce, con Mercurio (que hubiera podido competir con el de cualquier médico de Buenos Aires),

ropero con espejo, salivadera de mayólica, juego de sombreros de verano y de invierno, calzador de hueso, peine y cepillo, gemelos de esmalte, alfiler de corbata con turquesa, anillo de compromiso doble, bufanda de seda, medias de lana, tiradores, cinturón, cincha, bozal, riendas y freno con virolas de plata, estribos, bastos de Casimiro Gómez, boquilla de madera negra, sobrepuesto de carpincho, mate con iniciales de plata, y bombilla ídem, par de pantuflas, poncho deteriorado, navaja, podadora, medalla de bronce y esmalte, par de lentes con estuche recubierto de nácar y forrado en felpa.

El remate se llevó a cabo con éxito. La gente dio valor a los objetos, porque pertenecían a don Néstor Medina. Si hubieran sido de Perico de los Palotes, nadie hubiera pagado ni un centavo por ellos. Me entristece a veces la falta de juicio de la gente. El sobrepuesto de carpincho estaba apolillado, las riendas y el freno rotos, al peine le faltaba un diente, las medias tenían tremendos zurcidos y todo lo pagaron como nuevo.

Roberto Spellman, el nuevo tendero, compró los lentes con el estuche. No creo que viera bien, el que es présbita, con esos vidrios de miope, pero siendo muchacho joven pensó que con esos lentes puestos iba a parecer un hombre respetable e importante, cosa que necesitaba el mequetrefe por cuestiones de trabajo. Solía decir: "Padezco de una ambliopía". ¡Si hubiera hablado en chino, vaya y pase!

Al principio de mi noviazgo con Ema, la familia Medina estaba melancólica, casi trágica; yo creía que lloraba por la muerte del padre pero pronto me desengañé. El día del remate, las caras de los cuatro hermanos brillaban de júbilo.

¡Cómo, si amaban la memoria del padre, podían desprenderse de aquellos objetos con tanta satisfacción! Asimismo, con velos enlutados llevé a mi novia al altar.

Yo le decía a mi mujer:

-Ema, no te preocupes por asuntos de dinero. Pero ella no me oía o fingía no oírme.

Después de casado mis gustos fueron parcos como antes, pero Ema desarrolló una verdadera pasión por las dalias, los colores violetas, las cretonas costosas con caras de enanos, de perros o de indios sorpresivos, que llenaron la casa y nos vaciaron los bolsillos. Ella, que había cultivado plantas en una escupidera o en una cacerola cuando la conocí, en nuestra vida matrimonial exigía el máximo lujo.

Tres meses después del remate, la mala suerte persiguió a la familia Medina y la buena suerte al desgraciado de Roberto Spellman. Por entonces, justamente, se pudrieron las mercaderías del almacén. Nadie concurría al despacho de bebidas, ni los borrachos; sólo algún pedigüeño golpeaba la puerta en busca de pan o de las sobras de las comidas, que

eran sabrosas.
Durante mucho tiempo Sigmundo y Ema, yo mismo, nos preguntamos la causa del fracaso. Llevábamos correctamente los libros, no hacíamos regalos con las mercaderías, éramos atentos con los clientes.
Un día, debajo de la quesera de vidrio del mostrador, encontramos un ratón muerto (¿cómo entró? Dios lo sabe); con cinco paquetes de fideos las hormigas fabricaron un solo hormiguero; de una caja de arroz, salió un sapo. Esas cosas, tarde o temprano, se saben. La casa pierde prestigio y nadie se lo devuelve. ¿Por qué sucedían tantas calamidades? Yo no era supersticioso; ahora lo soy. Se me ocurrió que, gracias a aquellos lentes que Roberto Spellman había comprado por una bicoca, el viejo Medina había hecho su fortuna. Su mirada a través de los cristales, penetrante como el sol a través de una lupa, había seducido no sólo a los clientes sino a la suerte. Pero esto no era debido a los ojos, sino a los cristales, esos cristales gruesos y blancuzcos. Se lo dije a Sigmundo, que lo tomó en serio. Los hermanos estuvieron de acuerdo en ese punto. La familia se reconcilió. Se unieron con un solo fin, el de recuperar los lentes, aunque tuvieran que matar a Roberto Spellman.
No parece posible que un par de lentes pueda provocar una tragedia, sin embargo, en este caso, la provocó.
Los hermanos emprendieron diversas gestiones para recuperar el objeto y no sé cómo lograron ofender a Roberto Spellman y enfurecerlo, mandándole mercaderías en mal estado. Pero estaban dispuestos a cualquier sacrificio. Se humillaron para reconciliarse con él, lo invitaron a comer un asado, bajo los sauces del tan mentado patio del almacén; lo durmieron con una droga; mientras dormía, registraron sus bolsillos y su casa. En esa oportunidad Roberto Spellman había mandado los lentes a la casa de óptica, para componer una patilla. Otra vez lo llevaron al río, pero Spellman se bañó con los lentes puestos. Por último, Ema lo provocó con su escote y su falda corta, dispuesta a cualquier cosa con tal de recuperar los lentes; pero, créanme, fue en vano.
Sigmundo dictaminó:
-Hay que matarlo.
-¿Si grita? -dijo Rinso, temeroso.
-Gritaremos más fuerte -dijo la voz de una Ema desconocida.
Prepararon otro banquete en honor de Spellman. Los hermanos afilaron los cuchillos y bebieron para tener coraje. Spellman bebió más que nadie. Le dieron la consabida sandía disfrazada de remolacha, pero antes de que pudieran matarlo, cayó muerto de un síncope. Los cuatro hermanos buscaron los lentes, sin aguardar el último suspiro de un moribundo. Aquí empezaron las penurias de mis cuñados y de Ema. Durante la noche del velorio abrieron todos los cajones de la casa mortuoria. Les dije, para que

no curiosearan tanto, que seguramente habrían enterrado a Spellman con los lentes, en algún bolsillo suplementario. Desesperados fueron una noche al cementerio para desenterrar al muerto. Acudió una jauría silenciosa que presenció el acto. Yo atisbé de lejos. Alguien los vio. Cuando en el pueblo se supo el hecho, los cuatro hermanos fueron arrestados y acusados de asesinato. Los cuatro en cierto modo se creyeron culpables.
Todos los días los espero. Muchas mujeres robustas bajan del tren: ninguna es tan blanca, ninguna es la mía. No vuelven. No volverán. ¡Pobre Ema de mi corazón! Soy dueño ahora de este enorme almacén, que es mi amargura. El oculista me recetó lentes y debo usarlos. Si estuvieran aquí mis cuñados creerían que uso los lentes de Spellman, porque tengo buena suerte, aunque no alegría. La alegría y la buena suerte a veces no van juntas.

La escalera

-Isaura, Isaura.
Las voces resuenan en los corredores de la casa, para que se dé prisa. Isaura sube la escalera. Cincuenta años de su vida ha limpiado aquellos escalones, diez otros años los ha dedicado a ocupaciones frívolas, de crecimiento, diez otros a tener hijos, pero siempre ha limpiado esa escalera o ha acompañado a las personas que la limpian.
Ahora, que no funciona el ascensor, sube de nuevo por los mismos escalones, en busca de la ropa tendida en la azotea. Su corazón late como si quisiera volársele del pecho.
Veinticinco escalones. Cuando enseñaba a caminar a sus hijas, contándolos uno por uno, llevándolas de la mano, subía. Sola, vuelve, después de tantos años, a contarlos, por mera costumbre.
Uno... Tiene este escalón blancura de azúcar. Ahí se sentó una noche de verano, cuando no quedaba casi nadie en la casa, porque todos los inquilinos se habían ido a veranear. Tenía cuatro años. Su padre limpiaba la escalera, hablando con un hombre corpulento, que se apoyaba sobre la baranda y que ensuciaba los escalones limpios, con zapatos embarrados. Los tres estaban borrachos, había olor a vino. Ella conocía el gusto, el olor a vino de aquella damajuana que estaba en la cocina. Su padre le daba vino a cualquiera. Súbitamente el tono de las voces resonó con violencia. Los hombres se trabaron en lucha; parecía que bailaban. Cayó el padre. El otro hombre huyó escaleras abajo. Gotas de sangre comenzaron a caer. ¿Era el vino? ¿Era la lluvia sobre las claraboyas?
Dos... En este escalón, más gris, más sucio que los otros, siempre cae leche de alguna botella rota.
Tres... Es un escalón menos liso. Pasando la mano por la superficie, se

siente una aspereza cuyo contacto da escalofríos. Fue allí que Lucrecia, su tía, dándole pan para distraerla, caramelos de dulce de leche, se dejó acariciar por Mario delante de ella. El amor es una cosa sucia, pero mientras consiga caramelos de dulce de leche no me importará presenciarlo, pensó.
Cuatro... Este escalón, liso pero amarillento, le da miedo. (Allí encontró el collar de piedras verdes y lo guardó en el bolsillo. Allí, la acusaron de ladrona, y su padre la dejó sin salir cinco días. Sus tías dijeron que iban a mandarla a un reformatorio.)
Cinco... El escalón del cansancio. Nunca, nunca está limpio. Un día, por broma, alguien defecó sobre sus bordes. Otro día, un perro orinó y el orín bajó los cinco escalones dejando un tinte amarillo y maloliente. Otra vez quedó allí, acurrucado, un recién nacido, envuelto en pañales y papel de diario. Nadie descubrió el paradero de la madre, y lo entregaron a la casa de expósitos. Ella tuvo al niño en sus brazos. Se hubiera quedado con él. ¡Pero qué hubieran pensado los vecinos! Que era hijo de ella, y ella misma lo hubiera creído.
-Seis... El escalón que es como un altar. Sobre él se arrodilló una mañana de invierno, preparándose para tomar la comunión. Ensayó las posturas difíciles que había que adoptar: la inclinación de la cabeza, la postura de las manos, la posición de los labios.
Siete... El escalón del remordimiento. Tiene vetas como venas o como nervaduras de hojas. Allí la violó Roque Alsina, el camionero de la cuadra, la tarde en que trajo la heladera, en el mes de enero. ¡Ese trágico mes de enero! ¿Cómo fue posible? Los inquilinos del primer piso vieron todo. Ni su amiga Isabel le creyó. Y cuando quedó sola, después que el canalla bajó por la escalera, apoyó la mejilla encendida sobre el mármol helado y pensó que ningún hombre decente se casaría con ella.
Ocho... El escalón que huele a lavandina. La camilla dura del hospital, cuando vinieron a buscarla, para hacerle una operación de apendicitis. Ahí, blanda como un trapo, rezó el rosario, antes de llegar a la puerta.
Nueve... Idéntico a la tapa de mármol de una cómoda. La cómoda con la que soñaba, con un espejo cuadrado encima. Formaba parte del juego de muebles para su casamiento; los muebles que nunca obtuvo.
Diez... El escalón más tranquilo, más feliz. Jugaba con el atado de ropa como si fuera una muñeca. Ahí soñó también con el primer hijo, que parecía una verdadera muñeca.
Once... La sombra oscura sobre el escalón parece una mancha. Inútilmente la jabonaba. Los celos, en su corazón, proyectaron la misma mancha. Ni la lavandina ni el querosén sacaron esa mancha. Estaba encinta y abandonada, como una caja hermética e impenetrable.
Doce... ¿Para qué tantos niños? ¡Si con uno basta! A los hombres no les

importa. Es la mujer la que paga. ¿Y si la echaban de la casa donde trabajaba? A esa altura de la escalera, los escalones le hacían doler las piernas y el corazón. Sentía ganas de tirarse abajo y de caer deshecha.
Trece... Ese escalón huele a casilla de baño. Ella se había bañado en el mar. Conoció los secretos de la playa y de las vacaciones y ¿por qué no? allí soñaba con irse, en una vida que sólo fuera vacaciones.
Catorce... El escalón nefasto. Siempre lo había detestado. Tiene como una suerte de mordisco, del lado izquierdo. Ahí, al bajarlo, le dieron la noticia del asesinato de su hija. Tropezó y se retuvo en la baranda.
Quince... A veces, se detenía a descansar y se quitaba los zapatos. "¿Qué haces, ahí?" le decían los inquilinos al pasar. Se reían con ella. Todavía era bonita.
Dieciséis... Empezaba a envejecer. No era en el pelo blanco ni en las arrugas... Ya no cantaba al limpiar los pisos, y los hombres que subían por la escalera no miraban sus piernas con várices. Várices tiene también ese escalón y una mala palabra, escrita con lápiz, siempre por el mismo chico de abajo, que es un boca sucia.
Diecisiete... Algunas cucarachas se aventuran por los zócalos. Es una pena. Hay gente asquerosa: tiran desperdicios en la escalera, caigan donde caigan; un trozo de algodón, la cáscara de una mandarina, a veces una media o una cinta, un peine roto, con pelo, y otras porquerías increíbles. ¡Después se quejan! ¿Qué culpa tiene la persona que limpia si después de limpiar arrojan basuras y el piso queda más sucio que antes?
Dieciocho... Un día que fue al campo, encontró un huevo de urraca. Lo guardó en una cajita y al subir la escalera, se le cayó en ese escalón. Después lloró sobre ese mismo mármol por algo perdido que no recuperó jamás: la hija muerta, un billete de mil pesos y aquel prendedor de filigrana, que todavía echaba de menos.
Diecinueve. El escalón que casi está a oscuras. El escalón de las preocupaciones. ¿En qué había gastado el sueldo? Para no ruborizarse se detenía en la oscuridad. Advirtió un día que el rosario faltaba de su cartera, al volver de la misa.
Veinte... En el departamento treinta y dos de la casa, un pobre hombre engañado adora a su mujer como si fuese buena. Voy a denunciarla. Este escalón presenció el encuentro de esa sinvergüenza con su amante. No soporto las injusticias. Recogí una horquilla que cayó de su horrible pelo colorado, cuando el amante la estrujaba entre los brazos. La impudicia me subleva. Se soltó el pelo, al subir la escalera, para provocar al hombre, que perdió la cabeza.
Veintiuno... Bastante oscuro. Pocas veces jabono en serio este escalón. Es una boca de lobo. Si mi corazón fuera un despertador, serviría más que el despertador de mi marido, que después de sonar no permite seguir

durmiendo. Dormir. Dormir, después de la hora en que hay que levantarse. ¡Cuándo tendré esa dicha! Una pequeña enfermedad es a veces agradable.
Veintidós... Desde aquí se puede espiar la entrada y la salida de la gente. El balde lleno de agua y de jabón, a veces rebalsa y salpica a las personas que están en la planta baja. Muchos creen que Isaura hace las cosas por travesura. ¿Qué travesura puede hacer alguien que trabaja de la mañana a la noche y de la noche a la mañana? Esas cosas las piensan los haraganes.
Veintitrés... La oscuridad más perfecta asiste a este escalón. El portero nunca repone las bombillas quemadas. Es peligroso detenerse aquí.
Veinticuatro... Una luz celeste siempre se filtra de la claraboya. Éste es un escalón celeste, donde caen a veces las flores del cajón de basura. Una caléndula encuentro hoy deshojada. ¡Hay gente que gasta plata en flores! Isaura no puede gastarla ni para los muertos, salvo aquellas lágrimas de la Virgen, que temblaron en el viento de junio para su hija, nunca gastó ni un céntimo en flores. Cuando la ventana está abierta, en los pasillos que comunican con la escalera, se oye el trote de los caballos del carro del lechero, del carro de la basura, del coche fúnebre.
Veinticinco... Acostada sobre el hielo, Isaura ve nevar. En su mano tiene un ovillo de nieve. Lo devana, como el ovillo de lana de aquella bufanda que tejió. Sus plantas se apoyan en el aire y no sobre el piso, y su cuerpo sobre el último escalón.

La boda

¿Por qué me casé? Bien dicen "Casamiento y mortaja, del cielo bajan". Todo ocurrió por casualidad: muchas personas no lo creen. Estábamos sentados, Armando y yo, en los sillones de mimbre de la cocina, a las doce y media de la noche cuando llegó mi tía sombrero en mano. Tengo una cabellera enrulada, que me llega a la cintura; se había enredado al mimbre del sillón. Armando la desenredaba en ese momento y seguramente parecíamos novios. Por el color violeta de su cara sé que mi tía, al vernos juntos a Armando y a mí -a tales horas, la punta de mi cabellera en la mano de Armando arrodillado a mis pies, para colmo de mi desdicha-, sé que mi tía pensó cosas feas, aunque no dijo nada, porque hay que tragarse las cosas feas, según ella misma aconseja. ¿Qué iba a decir? Me quiere demasiado. Abrió la puerta de calle, extendió el brazo. La mano, el índice, indicando la salida a Armando, que se puso colorado. Tomó su abrigo, el pobre, y desapareció en la oscuridad del zaguán, sin decir "Adiós Filomena" como era su costumbre.
-Ahora se casarán -repitió mi tía, durante muchos días-. Ahora se casarán.
Armando y yo nos casamos. Nos casamos sin que yo lo deseara ni tratara de evitarlo. No me agradaba Armando, aunque tuviera buen porte, ojos

grandes, tez morena y energía para el trabajo. Parecía, por más que no lo fuera, siempre sucio. Debajo de los puños de la camisa, entre las cejas, juntándoselas, adentro de su nariz y de sus orejas puntiagudas y en el nacimiento de cada uno de los dedos se le veía un vello negro.
-Los hombres tienen que ser peludos para ser hombres -decía Carmen.
El día de nuestro casamiento fue el más frío del año. Nos tocó casarnos en el mes de agosto. Temí que la helada se transformara en nieve aquella mañana y desbaratara de ese modo la fiesta que, después de todo, iba a ser lo más agradable de la boda.
En casa de mi tía, esperamos a Armando para ir juntos a la iglesia. No está bien que una novia espere al novio y no me gustó la cosa. Se hizo esperar: estaba en el consultorio del dentista arreglándose la nueva dentadura y, cuando llegó, a pesar de la demora, todos lo felicitaron por lo buen mozo que estaba y yo tuve que sonreír.
En la iglesia había otro casamiento lujoso, por eso el altar mayor estaba cubierto de flores blancas, de manteles con puntillas, que parecían trabajados a mano por las monjas, de cirios que reverberaban, lo que fue una suerte para nosotros. Después del casamiento, que duró lo que dura un lirio, a pesar de mi nerviosidad al contestar al cura si quería a Armando por esposo, nos esperaba la fiesta en la casa que habíamos alquilado: fiesta organizada por mis tíos, con mesas que parecían una sola, de cinco metros de largo, dispuesta en el centro del patio, con mantel blanco, flores blancas y toda clase de sándwiches, masas y empanadas en fuentes de cartón pintadas, y bebidas buenas, a más del chocolate espeso, que todo el mundo ponderó y bebió con preferencia.
Los regalos estaban ordenados en el dormitorio: una colcha con una enorme dalia en el centro; una fuente de plata con una cigüeña labrada; un salto de cama rojo con bordado azul Francia; un collar de perlas; una virgencita de Luján que sirve de velador; una frazada de pura lana; un florero divino alto, de cuello angosto, tallado para una sola flor, de esas de género; una bombonera de material plástico muy novedosa; un par de chinelas de quedarse boba.
Yo me sentía bastante alegre por la fiesta, si no pensaba que era la celebración de mi casamiento. Aquella noche debí de enfermar, pues al poco tiempo me llevaron al sanatorio, donde pasé un año, lejos de Armando. Cuando me dieron de alta y volví a mi casa, no podía creer a mis ojos. Armando me había preparado una serie de sorpresas: una máquina de coser, una radio y una bicicleta.
El médico me había prohibido hacer ejercicio y trabajar, eso era lo malo. Pero durante los primeros días me alegré mirando la bicicleta pintada de rojo. Armando me desagradaba siempre. Sus regalos no lo volvieron más simpático a mis ojos. Se me antojaba que era un bosque al mirar el vello de

su pecho desnudo, o que era un mono, al verlo comer o vestirse por las mañanas, pero jamás el galán de cine que me seduce tanto.
Dormía con un cuchillo bajo el colchón, por si entraban ladrones de noche. Este detalle, lejos de tranquilizarme, me inquietaba. Un día, temprano, oí una gritería en la calle: había una pelea. Salí al patio, abrí la puerta y una señora enorme con uñas pintadas y una hija emperifollada, preguntó por mi marido.
-Venimos a buscarlo -dijo-. Ha seducido a mi hija. Está encinta.
Comprendí la verdad: Armando me había traicionado. No pude soportarlo. Pensé primero matar o hacer abortar a golpes a mi rival, después acuchillar o quemar a Armando echándole una lata de nafta encendida; después suicidarme, pero no hice nada, no dije nada.
Una mujer enamorada no puede sobrevivir a un engaño. Varias personas me aconsejaron que abandonara a mi marido, pero yo no puedo hacerlo. Por ahora me quedaré con él, porque uno se enamora, después de todo, una sola vez en la vida, pero, si vuelvo a ver a esa desvergonzada, lo mataré o me suicidaré.

El progreso de la ciencia

En otros tiempos los hombres no sólo conocieron la curación de la ceguera, sino el secreto del rejuvenecimiento.
Un rey piadoso, cargado de virtudes e infinitamente bello, que tenía un solo defecto, la presunción, al sentir que envejecía mandó cegar a todos los súbditos, que trataban de imitarlo, para que no sufrieran un desencanto.
El rey pensó que al no ser vista su desdicha, dejaría de existir. Se equivocó. No podía hacer nada sino lamentar su vejez.
Mas uno de los súbditos, que era sabio, con el correr del tiempo decidió salvar a ese rey que amaba tanto a su pueblo. El sabio y sus compañeros, con el vehemente deseo de salvar al rey, hallaron el modo de rejuvenecerlo.
Como primera medida los sabios ordenaron la construcción de un palacio de hielo, donde encerraron al rey. Nunca se supo con qué productos químicos lo alimentaron durante varios meses. Al cabo de un tiempo, que pareció larguísimo al rey y brevísimo a los sabios, el rey volvió a ser como cuando tenía veinte años. Al verse en el espejo, tan hermoso, el rey suspiró de alegría y se contempló durante tres días y tres noches, sin comer ni dormir. No podía hacer nada, sino alegrarse de ser joven. Llamó a los súbditos para que lo admiraran, pero hombres, mujeres y niños miraron para otro lado, con sus miradas blancas. Llamó a todos los animales del reino, pero los animales no saben lo que es un hombre hermoso. Si hubiera sido una mujer, tal vez un mono se hubiera enamorado de él, pero no era mujer y

no había monos en todo el territorio. Al cabo de un tiempo se cansó de los espejos, de vestirse y de peinarse, entristeció y quiso morir.
-De qué me sirve mi belleza, si nadie la ve. Mi juventud está en los ojos que me miran -dijo, y llamó a los sabios, que llegaron guiados por sus perros lanudos.
-Ustedes tienen que devolver la vista a los ciegos -dijo el rey, que seguía lamentándose- o moriré. ¿Quién me mira?
-Majestad, los animales tienen ojos que ven.
-Los animales me aburren.
-Juegue al diábolo. Es un juego solitario.
-Quiero que las personas me vean -gritó desconsoladamente.
Los sabios se encerraron en sus casas para leer y estudiar, pero los libros para ciegos se leen lentamente, y las manos aprenden lentamente a reemplazar los ojos que no ven. Hicieron experimentos con muchos reptiles, animales feroces y domésticos.
El rey lloró tanto que envejeció de nuevo en poco tiempo. Las lágrimas dejaban huellas en sus ojos y sus dos cejas afligidas marcaban arrugas en la frente. "¿Qué hacen los sabios?" pensaba, con resentimiento nocivo.
Los sabios, que no alardeaban de sus descubrimientos, preparaban una sorpresa para el rey: en un día determinado devolverían la vista a todos los ciegos. Fue difícil organizar las cosas. El rey, al ver llegar ese ejército de videntes, que llenaba las calles, se ocultó en el palacio de hielo. Se cubrió la cara con una máscara verde, y el mismo día ordenó a los sabios, bajo pena de muerte, que cegaran de nuevo a los súbditos, hasta que él rejuveneciera.
Varias veces el rey recuperó la juventud y los ciegos la vista, siempre a destiempo, con igual zozobra que la primera vez, pues los sabios no podían comprobar, por ser ciegos, en qué momento el rey había rejuvenecido; pero la vida no es eterna y tiene que terminar, aun para los que rejuvenecen.
Por eso mismo el rey, después de cien años en plena juventud, antes de morir, destruyó el secreto de los sabios.
"No quiero -dijo en su testamento- que otros reyes rejuvenezcan, ni que los ciegos recobren la vista, si no es para mirarme a mí. Quiero que la historia de mi reino, con su dicha y su dolor, sea única en el mundo. Además esta costumbre que hemos adquirido podría convertirse en moda, y detesto la moda. El plagio no se practica sólo en literatura, detesto también el plagio. Conozco un pelagatos, rey de no sé dónde que pretendía arrancar los ojos de su cónyuge para que no le viera los párpados hinchados. Otro pelagatos más conocido, rey también, hizo perforar los tímpanos de sus discípulos (un famoso orador) para que no oyeran los desvaríos de su vejez."
Después de redactar su testamento el rey se suicidó con los sabios, que le agradecieron, hasta en el último suspiro, el honor que les hacía de morir

con ellos, sin advertir que lo hacía por egoísmo, o más bien dicho, por interés, para poder disponer de ellos en el cielo o en el infierno, donde creyó que también envejecería.

Visiones

La oscuridad. El no ser. ¿Puede existir algo más perfecto? Los momentos se entremezclan. Como una víbora una sonda baja por la garganta. El médico es una mezcla de torturador y de joyero. Se inclina sobre mí, me deslumbra con un foco de luz intensa. Me ordena, me perfora, me martiriza. Mi organismo se confiesa con él. Soy dócil. No sufro. Hay que entregarse. Vuelvo a la oscuridad. Vuelvo a no ser.

Despierta, a medias, lo primero que veo es un cuadro que me esfuerzo en descifrar. Pienso en los peores pintores ingleses, hasta llegar a Dante Gabriel Rossetti. Esta mujer, con el pelo iluminado de atrás, es Beata Beatrix. Recuerdo la inscripción en latín que Rossetti grabó en el marco: QUOMODO SEDET SOLA CIVITAS: ¿Por qué estoy viendo ese cuadro, con una luz tan falsa? Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. No es un cuadro. Es una persona que me cuida, con el pelo iluminado y la cara en sombra. El cuarto está a oscuras. Cuando se enciende la luz, miro el cuarto y creo que es el mío. Si no salí de mi casa tengo que estar en ella, en mi cuarto.

La puerta está colocada a la izquierda, en mi cuarto está a la derecha. Hay un mueble oscuro, pequeño, con un espejo ovalado encima, en el mío hay una cómoda grande, con una virgen dentro de un fanal. Las persianas son de madera, se suben y se bajan por medio de sogas; en el mío las persianas son de hierro y se abren lateralmente, en tres partes. La luz eléctrica, que ilumina el cuarto, está colocada en un cuadrángulo de vidrio, en el centro del techo; en el mío hay sólo dos lámparas, con pie de plata, sobre las mesas de luz. Soy distraída. He vivido tantos años en esta casa, sin advertir que en mi cuarto hay dos clases de persianas; unas de subir y bajar, modernas, que se componen de listones de madera liviana, y otras, anticuadas, de hierro pesado, que se abren lateralmente, en tres partes. Soy tan distraída que nunca llegué a advertir que hay luz, no sólo en las lámparas con pie de plata, sino dentro de ese cuadrángulo de vidrio insertado en el techo, que nunca encendí, por no haber descubierto el conmutador. Me extraña, sin embargo, no haber visto hasta ahora ese vidrio esmerilado, en el techo, que llama la atención y que estoy mirando todo el tiempo. Además, la Virgen bajo el fanal no está; ni la cómoda. La Virgen me preocupa. Si yo volviera la cabeza, como una lechuza, bruscamente, hacia atrás, la encontraría, tal vez. Para limpiar los objetos que hay en un cuarto, sin romperlos, aunque rara vez se limpien, ya que siempre están sucios, alguien los saca del lugar habitual y los coloca en otro

sitio. La Virgen debe de estar en un rincón, debajo de un mueble, o detrás de la cabecera de la cama. ¿Una sirvienta la habrá limpiado? Pero no puedo volverme hacia atrás. En vez de la cómoda, que ocupaba la pared lateral y no la que tengo frente a mi cama, veo ese mueble amorfo, diminuto, con un espejito. ¿Estaré en Córdoba? ¿Estaré soñando con Córdoba? Allí en una casa había muebles parecidos. No, no estoy en Córdoba. Debe de ser un regalo que alguien me ha hecho para mi cumpleaños; alguien que me quiere, pero que no sabe cuáles son los regalos que me agradan. ¿En qué momento se introdujeron esos objetos en mi cuarto, y quién los trajo? Serán muy livianos. Cualquiera los carga y los lleva de un lugar a otro. No tengo que preocuparme. ¡Qué importa quién los trajo! A cualquiera de las personas que están aquí les agradecería este regalo que no me gusta. Por si alguna de ellas me lo regaló, sonrío. ¿Y ese cuadrito? Está colgado en la pared de la izquierda, sobre una especie de cama turca, muy cómoda sin duda, y que vislumbro desde mi cama como si yo estuviese encaramada sobre una montaña. Jamás vi esa cama en mi cuarto ni en ningún otro cuarto de mi casa. Los muebles tienen vida propia, no es extraño que salgan y entren, se turnen, se reemplacen por otros cuando quieren. ¿Acaso no es mejor que sea así? ¿Qué hay de extraño en este cuarto? ¿Vale la pena decirlo a alguien? Tal vez se lo diga a la primera persona que se acerque: a la enfermera. Su delantal cruje: está muy almidonado, tan almidonado que parecería de yeso, si el yeso fuera brillante. A esta enfermera le gusta ser enfermera. Lástima que a todas las personas no les guste, como a ésta, su trabajo. Es feliz. A veces la sigue un raudo y diminuto perro, que no alcanzo a ver bien.
Pero antes de ser interrogada por mí, la enfermera me contesta con una pregunta:
-¿No sabe dónde está, querida?
-No.
-En el sanatorio, querida.
-Con razón.
-¿Con razón, qué?
-Con razón no reconocía mi cuarto.
-No se asuste.
Qué corta sería la vida si no tuviera momentos desagradables que la vuelven interminable. En un cuarto, que no es el mío, creyendo durante horas que es el mío, trato de situarme: ¡y no muero!
Como el arquitecto que encuentra el plano perdido de una casa, o el navegante o el explorador que se orienta con una brújula que parece rota, o más bien como un animal que se acomoda en una nueva madriguera, tratando de recordar la anterior, me tranquilizo y averiguo, para tranquilizarme mejor, en dónde está el sanatorio, si la ventana de mi cuarto

mira al río y desde cuándo estoy alojada aquí.
Los ruidos acumulan sus perversas historias a mi alrededor.
¿Qué es la sierra que está chirriando todo el día, desde las horas más tempranas? ¿Desmenuza seres humanos? ¿Les tritura los huesos, hasta que los transforma en arena? ¿Con esos materiales ahora construyen las casas? ¿Y ese ruido, como de agua en ebullición, que sube de los sótanos y del piso bajo?
¿Son labios que rezan o son calderas del infierno que preparan líquidos hirvientes para los infieles? Recuerdo que yo canté en el coro de una lejana capilla. ¿En una clínica? Como zumbido de moscas eran las voces. ¿Serán las mismas? Y ese rugido de fieras de la gente que se junta en los pasillos, ¿en qué se transformará? En monstruos desolados o en una caravana de hombres con disfraces improvisados con jirones de sábanas o de toallas húmedas, que se dirigen al desierto, llevando provisiones incomibles y hediondas. ¡Hay tantos días de carnaval cuando no es carnaval!
Estas caras parecen dibujadas por la oscuridad. Súbitamente las veo. Se distinguen entre los muebles, materiales como ellos. Son las caras de los médicos. Tienen manos, no tienen cuerpo ni alma. Congestionadas, se me acercan, son ellas las que sufren. Son las próximas víctimas. Sufre menos el que sufre que aquel que ve sufrir.
Encienden la luz bruscamente, como si quisieran sorprenderme cometiendo algún pecado inconfesable. Uno de ellos, mezcla de dios y de locomotora, tiene un faro en su frente de especialista.
Me sientan, me golpean, me destapan, me gritan, me palpan, me ponen el termómetro, me hunden el dedo en el abdomen hasta hacerme gritar, me pellizcan con un manómetro en el brazo.
-Respire -me dicen-. No respire -me dicen, hasta que me pongo violeta.
¡Cuántos enfermos habrán muerto en los hospitales por ser auscultados! No quiero pensarlo. Un ejercicio tan violento podría matar a una persona sana, pero tal vez la salve porque no la deja dormir. Después de todo, el sueño es la prefiguración de la muerte.
A fuerza de interrupciones, el tiempo se alarga. El reloj con su cara redonda y lívida, me mira. Es eterno como el sol: sus horas no se extinguen, como los rayos.
Ocho diarias visitas de médicos hacen de un día un año. ¿Habrá que agradecer que lo desagradable nos permita medir el tiempo?
El suero cae gota a gota. Un reloj de arena, para cocinar huevos pasados por agua, una clepsidra, en un jardín perdido, en Italia, son menos obsesivos. Hay algo de fiebre en la arena que cae, en el agua que cae. La aguja clavada en la vena se transforma en nuestra vena. No la miro.
No me gustan las venas grises de acero de las máquinas. Soy como una máquina, pero las venas humanas tienen un color diferente. Azul, azul. La

tinta y la sangre. La tinta azul y la sangre roja se parecen.
Hay inundaciones en Buenos Aires. Lo sé porque lo siento. Lo sé por los diarios (sin leerlos): están crepitando en el cuarto vecino.
Es el aniversario de una suerte de reina. Es de noche. Oigo los tambores que lo celebran. La gente congregada en la plaza improvisa altares y modula, a través de instrumentos de viento, la célebre sinfonía. ¡Qué extraño que yo nunca la haya oído! La banda de música viene del río y, cada vez más exaltada, modula una melodía sublime. Yo no usaría la palabra "sublime" para ninguna música. ¿Pero con qué otra palabra podría designar a ésta? En la nota más aguda, que entra en los oídos como a través de un largo alfiler, la gente se turba de tal modo que el sonido trémulo vibra, se prolonga indefinidamente... ¡Cómo no oí antes esta música tan conocida! Cuántas grabaciones habrá de ella dirigida por diferentes directores de orquesta, modificada con distintos ritmos.
Los niños sordomudos de la plaza, como si la conocieran, se hamacan con frenesí. No se arrodillan frente a los altares improvisados, porque son demasiado nerviosos. Los niños son los privilegiados. Toda la noche dura esa música. Es como una imprecación. ¡Qué dramática, qué larga, qué interminable! Al alba, hombres solitarios, en las azoteas rosadas la silban equivocando la entonación, pues no la conocen bien. No sé en qué momento solemne y diáfano desaparece la última vibración de esa música, en cuyo amanecer el día no llega nunca, como en el goce de los yoguis la eyaculación. Pocas horas después irrumpen en mis ojos deslumbrados, primero los colores y después las visiones, que me maravillan. Se derrama súbitamente un color amarillo que mi vista jamás ha registrado. Como un aviso luminoso traza sus contornos sobre un agua lila (color lila que parece indicar el agua). Dentro de la zona amarilla (que representa la tierra), nítidamente dibujadas se perfilan grupos de personas temerosas, grises, inmóviles, agazapadas, como esculpidas en piedra, debajo de innumerables parasoles, como los parasoles del Buda, salvándose de algo. ¿De qué? Se me antoja que todo esto es un mapa del mundo cuajado de monumentos.
En el cuarto contiguo alguien lee en los diarios las noticias de las inundaciones. Yo conocía un perro que dormía sobre los diarios. El crujir de los papeles, cuando se movía o suspiraba, me hacía pensar que estaba leyéndolos. Una mancha de humedad aparece en la pared donde está apoyada la cabecera de mi cama. La busco inútilmente en el espejo que está frente a mí. Me preocupa. Sé que es verde, violeta, azul, como un moretón y que se agranda. ¿Será el símbolo de mi enfermedad? Me duele esa mancha de humedad como si estuviera en mi cuerpo. Llaman a un hombre para que la vea. ¿Será un plomero? Lleva una valijita marrón. El hombre palpa, golpea la pared, me ignora. Suspira.
Pienso en las ilustraciones del Libro de Job y de Las Puertas del Paraíso de

William Blake.
-No hay nada que hacer -exclama, y sale del cuarto con su olor a masilla-. Todos los años es lo mismo. Viene de la casa de al lado -agrega, volviendo a entrar en el cuarto. La enfermera me da de beber. El agua no tiene gusto a agua.
-Buen provecho -me dice el plomero. Llaman a la hermana de caridad. La hermana de caridad acude; como obre rueditas se desliza con su falda oscura y su cara feliz, de muñeca. Opina que los caños son misteriosos. Habría que echar abajo la casa, para averiguar de dónde proviene la humedad. Sale del cuarto, con llaves y rosarios.
Antiguamente llevaban regalos a los muertos. ¿Estaré muerta?
Me traen un ramo fétido de lágrimas de la Virgen, dos camisones verdes, dulce demasiado dulce, corazones de chocolate, un ramo de rosas, que me repugna, una planta de ciclamen, que regalo a la Virgen, una caja de bizcochos, caldo que me da náuseas.
Hay automóviles en la calle, un teléfono en el cuarto. ¿Estamos en qué época? A los muertos ahora se los despoja de todo lo que tienen, de los anillos y de las emplomaduras, porque son de oro, de los ojos, porque la córnea se utiliza para otros ojos, de la piel o del pelo, porque se hacen injertos y pelucas. No me han quitado nada: no estoy muerta.
¡Qué sucederá afuera! Tengo que averiguarlo. Los árboles seguirán creciendo, preparando nuevas estaciones. El monumento atroz con pedestal de mármol rosado y mujeres de bronce, que desde aquí, por la ventana, podría vislumbrar, tendrá siempre esas vetas amarillas, que no pertenecen al mármol sino a la orina de perros que pasean, o de hombres nocturnos con amores diuréticos.
-¿Quiere que le acomode la almohada?
Cuando entré en esta mansión felizmente el invierno había arrancado ya las hojas de los árboles y el otoño, que es mi estación favorita con sus dorados frutos, había huido.
-¿Quiere tomar agua? -me preguntan.
La suave, la tersa, la blanda podredumbre de los jardines públicos, donde los hombres acuden a tomar aire y a masturbarse, está cerca. Si abren la ventana entra ese viento sucio que da la ilusión de ser limpio porque es frío, ahora en invierno. Hay gente que se sienta, que está sentada, en los bancos; mujeres que tejen mirando a sus propios hijos y a los ajenos, mendigas con cargamentos de ropa y de vasijas llenas de pan viejo que huele a naranja; hombres que se arriman a seres humanos y a vegetales, con igual pasión, para decirles secretos; perros cuidados o perdidos, gatos histéricos, que copulan, llenando la noche de gritos eléctricos.
-¿Un juguito de fruta? -me ofrece una voz almibarada.
-¿Cómo llegué aquí? -pregunto.

-En una ambulancia -me dicen.
-¿Y cómo me trajeron?
-En la camilla, por el ascensor.
Llegué en la oscuridad, como un ratón por un sótano, sin un sueño, rígida, sin una sola sensación, inmóvil. En la infancia jugaba a las estatuas, con temor de ser estatua, al cuarto oscuro (juego afrodisíaco), con miedo de desaparecer. Había que cerrar los ojos.
Esta vez, pienso, jugué en serio a las estatuas y a la oscuridad.
La araucaria, tiznada y enorme, el gomero, irreal, se nutren de excrementos, de semen y de vidrios. Nadie los riega salvo Dios, cuando llueve. Hay una voluntad de existir por encima de todo y a pesar de todo, hasta en los árboles. Pero si la forma de un individuo pasa a otra, si nada se pierde ipor qué luchar tanto por conservar una determinada forma que, en resumidas cuentas, podría ser la inferior o la menos interesante!
-¿Cómo se llama? -pregunté a la enfermera.
-Linda Fontenla.
A Linda Fontenla le gusta conversar; también le gusta la gravedad de los enfermos. ¿Qué es una persona sana? Un cachivache sin interés. La vida para Linda Fontenla es un sinfín de enemas, de termómetros, de transfusiones, de cataplasmas hábilmente aplicadas y distribuidas. Si se casa, se casará con un enfermo, que es una persona atrayente para ella, un paquete de hemorroides, un hígado demasiado grande, un intestino perforado, una vejiga infectada o un corazón lleno de extrasístoles.
-Un viejo que yo estaba cuidando, aunque usted no me crea, quería acostarse conmigo, ¿se da cuenta? Qué sinvergüenza tendrá que ser. Me ofreció todo, hasta casarse. Lo mandé a freír papas a otra parte. A mí, por eso, no me gusta cuidar hombres. Todos son iguales. No se les puede ni poner talco, créame lo que le digo. Quieren divertirse, eso es lo que quieren.
-¿Me estaré muriendo, Linda?
-Querida, qué disparates dice. ¿Quiere que le traiga el espejito de mano para que vea lo bien que está? Aquí lo tiene. Mírese. Ayer sí que estaba mal. De veras que tuve miedo.
-Pero ayer usted me dijo que yo estaba muy bien.
-¡Hay que decírselo para animarla un poco!
Me miro en el espejo de mano, pero, simultáneamente, miro la mano de la enfermera. Cuántos dedos pintados tienen las enfermeras; mucho más que la generalidad de las personas.
-Tengo cara de oveja -oigo mi voz, como si fuera ajena.
-¿De oveja? Se ve la cara de oveja. ¡Me hace reír!
-Esa cara de oveja que tienen los enfermos.
-Es la primera vez que me dicen eso.

-Tendría que saberlo, usted.
-No hable tanto que se le acelera el pulso.
Me miró la palma de la mano.
-Me dijeron que sabe leer las líneas de la mano -prosigue Linda-. ¿No me las leería, un día?
-Si no me muero.
-¡Otra vez con lo mismo! Déle que te déle con la muerte. Hay que pensar en cosas alegres. ¿Quiere que le cuente algo? Cuando llegué esta mañana, en los pasillos de entrada un grupo de mujeres lloraba y rezaba. Pensé: Zas, murió mi enferma. Era el vecino, ¿se da cuenta? ¿A quién se le ocurre? Con caras de tres metros, estar llorando. Asustan a cualquiera.
-Pero ¿no sería por mí que lloraban?
-No había nadie de su familia, ninguna amiga suya. Esté tranquila. ¿Ahora empieza a desconfiar?
-No me importa un pito.
-Ya lo sé. Es una broma.
-Apague la luz.
Estoy absorbida por mis visiones. Vuelvo a mirar la penumbra del cuarto entretejida de colores brillantes. Es al principio un paraíso para mis ojos. Me aventuro con miedo, como sucede con el amor. Que nadie me hable, que nadie me interrumpa. Asisto al momento más importante de mi vida. En la pared blanca del cuarto se desarrolla la historia del mundo. Tengo que descifrar los signos, cada vez más complicados. Ya comenzó con aquel planisferio, con tierra amarilla, agua lila y personas agrupadas con perfil de bisontes, guarecidas debajo de innumerables parasoles. ¿Qué imágenes me esperan ahora? Cambian como por magia. Veo una cabeza asomada a una ventana. La ventana la forman cuatro piedras grandes. La cabeza es hermosa, casi angelical, podría decirse, hasta que las piedras de arriba y de abajo empiezan a juntarse. La boca ríe, muestra los dientes, como las máscaras de las tragedias griegas. Los colores se apagan. Una expresión de dolor aparece en el rostro: las piedras trituran la cabeza aterrada y aterradora. Ansío ver otra visión. Las provoco. ¿Cómo? Tengo un poder sobrenatural, pero limitado. No siempre consigo ver cosas hermosas ni tranquilizadoras. ¿Los dibujos de Blake no me agradan? Estas visiones parecen salidas del Libro de Job o de Las puertas del paraíso. Un sinfín de caballos negros, con brillantes arneses, cubren la pared. No sé a qué carruajes estos caballos están atados, ni a qué siglo remoto corresponden. Me deslumbran tanto que no puedo fijarme en aquello que los rodea. Silenciosos cascabeles acompañan su trote pausado. Una alegría indescriptible los acompaña. ¡Qué triste sería que estos caballos no vuelvan más! Ya se desvanecen como las nubes del poniente. ¡Eran tan precisos y tan nítidos! ¿Dónde huyeron? Estas visiones serán como los cielos que

nunca se repiten. Ahora, con un trote idéntico al de los caballos, como si los miembros se movieran dentro del agua, cuatro arlequines giran en círculos. Hay muchos otros arlequines; el cuarto está lleno de arlequines, pero estos cuatro cautivan mi atención. ¡Quisiera que nunca se fueran! Los caballos en cierto momento me dan miedo; son negros; pueden ser lúgubres, fúnebres. Pero estas figuras, en cambio, no pueden ser sino arlequines, leves, alegres, inmateriales. Mirarlos es como hacer el amor eternamente, como haber descubierto la perfección, como estar en el cielo. Pero presiento al mirarlos que desaparecerán, que nada podrá reemplazarlos.
El interior de un cuarto aparece con personajes alegres que forman parte de un mundo desconocido; luego, al aire libre, una altísima escalera, hecha de piernas que suben, se perfila sobre el cielo azul. Y cuando creo que ya no vuelven más, los arlequines aparecen con esos movimientos lentos que los cuerpos logran hacer sólo dentro del agua. Un regocijo incontenible se apodera de mí. Vuelven, porque yo deseo con fuerza que vuelvan. ¿Mi poder sobrenatural se habrá perfeccionado? Pero ya se desvanecen y figuras místicas los remplazan; primero los apóstoles y luego Jesús. Jesús, con una corona de espinas sobre el lienzo de Santa Verónica, pero la cara hermosa de Jesús se transforma en la cara de un mono y miro para otro lado, a mi derecha. Veo un armario, pegado a mis ojos: un armario de caoba lustroso, que no abriré nunca. El armario se transforma en cuanto dejo de mirarlo. Ahora es un armario común, de cedro, barnizado, con manchas de cal. No quiero mirar a mi izquierda. Frente a mí veo ahora un jardín cubierto de enredaderas gigantescas, que crecen hasta el cielo, y entre esas enredaderas, estatuas de mármol, que también crecen hasta el cielo. Después veo brillar una montaña de piedra pero advierto que las piedras son personas apeñuscadas, que se matan entre ellas, personas de piedra que se matan con piedras. A medida que esa montaña acumula muertos crece, los hombres de piedra se reproducen.
Un león blanco brilla y ocupa toda la pared.
Cuando alguien entra en el cuarto y enciende la luz, las visiones desaparecen pero el cielo raso se cubre de rosas hermosísimas o de rayas de todos los colores del arco iris.
Un bailarín con piernas largas lleva el cuadrángulo de vidrio de la luz (como un escudo) en sus manos, lo aleja del centro del cielo raso, después vuelve y se acerca de nuevo al centro del cielo raso. Dejo de mirar el techo, para admirar las rosas, que resaltan sobre un follaje interminable. Jamás vi rosas sobresalir del aire con tanta vehemencia. Las veo resaltar como a través de varios lentes de aumento. Después se achican, se vuelven casi imperceptibles y más hermosas aún. La luz del cuarto de al lado se apagó. El ángel se asoma. Un jardín chino aparece lentamente, con lentitud de calcomanía. Como si atesorara tarjetas postales para un álbum, miro esta

imagen desde todos los ángulos posibles. Temo que desaparezca. Si pudiera escribir al pie una fecha, un nombre, lo haría. Desaparece. Nada me consolará de su desaparición. Era un jardín profundo que atesoraba una pagoda. El bambú se mecía, seguramente con el viento, y había sombra y lagos y ríos con canoas inmóviles. ¡Todo es inmóvil!
Este barco de oro que estoy viendo, con un millón de cabezas que asoman por la borda, no avanza, o si avanza, avanza conmigo en un mar azul. Es un barco griego. Lleva cabezas de hombres, como frutas, frutas sin cueros, frutas con caras, todas del mismo tamaño y peladas.
Ahora las personas envejecen inmediatamente, de la dicha pasan al dolor, de la bondad a la crueldad, de la belleza a la fealdad. ¿Por qué? Nada permanece. ¿Por qué? ¿Estoy sufriendo? ¿Cada cara es un símbolo de lo que siento, sin saberlo?
Existe un ángel que estoy esperando. No está; no estuvo en mis visiones. Oigo su paso, siento su mano, me da de beber, me da de comer. Atesoro imágenes para él, figuritas de esas que pegan los niños en los cuadernos. ¡Si le agradaran! ¡Un cuadro pintado, un libro escrito, no me agradarían tanto a mí!
La belleza no tiene fin ni aristas. La espero. Mas ¿dónde está mi lecho, para esperar cómodamente? No estoy acostada, no consigo estarlo. Un lecho no es siempre un lecho. Está el lecho del nacimiento, el lecho del amor, el lecho de la muerte, el lecho del río. Pero éste no es un verdadero lecho...

El lecho

Se amaban, pero los celos retrospectivos o futuros, la envidia recíproca, la desconfianza mutua, los carcomía. A veces, en un lecho, olvidaban estos desventurados sentimientos y gracias a él sobrevivían. A una de esas veces, la última, me referiré.
El lecho era mullido y amplio y tenía una colcha rosada. El centro de la cabecera, de hierro, representaba un paisaje con árboles y barcos. El sol del poniente iluminaba una nube que parecía una llama. Cuando se abrazaban, el que tenía la suerte de estar colocado boca abajo, besando la otra boca, contemplaba aquella nube, atraído por el fulgor insólito que la iluminaba, a través de los caireles de una araña con tulipas rojas y verdes.
Se demoraron en el lecho más que de costumbre. Los ruidos de la calle crecieron y murieron con la luz. Se hubiera dicho que el lecho navegaba sobre un mar sin tiempo, sin espacio al encuentro de la dicha o de algo que la remedaba equívocamente. Pero hay amantes temerarios. La ropa, que se habían quitado, estaba cerca, al alcance de la mano. Las mangas vacías de una camisa colgaban del lecho, y de un bolsillo había caído un papel celeste. Alguien recogió el papel. No sé lo que contenía ese papel celeste,

pero sé que produjo disturbios, investigaciones, odios irreprimibles, disputas, reconciliaciones, nuevas disputas.
El alba se asomaba a las ventanas.
-Hay olor a quemado. Anoche soñé con un incendio -dijo ella, en un momento de horror, frente al enojo de él, para distraerlo.
-Invenciones de tu olfato -dijo él.
-Estamos en el noveno piso -agregó ella, tratando de parecer asustada-. Tengo miedo.
-No cambies de conversación.
-No cambio de conversación. El fuego hace ruido de agua, ¿no oyes?
-Invenciones de tu oído.
El cuarto estaba intensamente iluminado y caliente. Era una hoguera.
-Si nos abrazáramos, nos quemaríamos tan sólo la espalda.
-Nos quemaremos enteros -dijo él, mirando el fuego con ojos enfurecidos.

Anillo de humo

A José Bianco

Recuerdo el primer día que viste a Gabriel Bruno. Él caminaba por la calle vestido con su traje azul, de mecánico; simultáneamente, pasó un perro negro que, al cruzar la calle fue atropellado por un automóvil. El perro, aullando porque estaba herido, corrió junto al paredón de la vieja quinta, para guarecerse. Gabriel lo ultimó a pedradas. Desdeñaste el dolor del perro para admirar la belleza de Gabriel.
-¡Degenerado! -exclamaron las personas que te acompañaban.
Amaste su perfil y su pobreza.
Una tarde de Navidad, en la quinta de tu abuela, repartieron en las caballerizas (donde ya no había caballos sino automóviles), ropa y juguetes para los niños del barrio. Gabriel Bruno y una intempestiva lluvia aparecieron. Alguien dijo:
-Ese chico tiene quince años; no tiene edad para venir a esta fiesta. Es un sinvergüenza y, además, un ladrón. El padre por cinco centavos mató al panadero. Y él mató un perro herido, a pedradas.
Gabriel tuvo que irse.. Lo miraste hasta que desapareció bajo la lluvia.
Gabriel, hijo del guardabarreras que mató no sé por cuántos centavos al panadero, para ir de su casa al almacén pasaba todos los días, con la esperanza de tal vez verte, por un callejón que separaba las dos quintas: la quinta de tu tía y la quinta de tu abuela materna, donde vivías.
Sabías a qué hora Gabriel pasaba, galopando en su caballo oscuro, para ir al almacén o al mercado, y lo esperabas con el vestido que más te gustaba y con el pelo atado con la más bonita de las cintas. Te reclinabas sobre el

alambrado en posturas románticas y lo llamabas con tus ojos. Bajaba del caballo, saltaba el zanjón para acercarse a Eulalia y a Magdalena, tus amigas, que no lo miraban. ¿Qué prestigio podía tener para ellas su pobreza? El traje de mecánico de Gabriel las obligaba a pensar en otros varones mejor vestidos.

Hablabas a Eulalia y a Magdalena de Gabriel Bruno el día entero, en vano. Ellas no conocían los misterios del amor.

Todos los días, a la hora de la siesta, corriste sola al callejón. De lejos brillaba la cinta de tu pelo como un barco de vela en miniatura o como una mariposa: la veías reflejada en la sombra. Eras la mera prolongación de tu sentimiento: el cirio que sostiene la llama. A veces, en el camino, se desataba el moño, entonces, colocando la cinta entre tus dientes, te recogías el pelo y volvías a atarlo, arrodillada en el suelo.

Como tenía que haber un pretexto para que pudieras hablar con Gabriel inventaste el pretexto de los cigarrillos: llevabas plata en tu bolsillo, se la dabas a Gabriel para que fuera al almacén a comprarlos. Después fumaban, mirándose en los ojos. Gabriel sabía hacer anillos con el humo y te los soplaba en la cara. Reías. Pero estas escenas, tan parecidas a las escenas de amor, iban penetrando en tu corazón apasionado. Una vez unieron los cigarrillos para encenderlos. Otra vez encendiste un cigarrillo y se lo diste.

Era en el mes de enero. Jubilosas las chicharras cantaban con ruido de matraca. Cuando volviste a la clase, oíste que el padre hablaba con tu madre. Era de ti que hablaban.

-Estaba en el callejón, con ese atorrante. Con el hijo del guardabarreras. ¿Te das cuenta? Con el que mató al panadero por cinco centavos. Hay que ponerla en penitencia.

-Son cosas de chica, no hay que hacer caso. -Tiene once años ya -dijo la madre.

No se atrevieron a decirte nada, pero no te dejaban salir sola. Fingías dormir la siesta y en vez de correr al callejón, después de almorzar, llorabas detrás de las persianas o el mosquitero.

Oíste, entre el casero y un ciclista, un diálogo insólito: hablaban de Gabriel y de ti. Dijeron que Gabriel se vanagloriaba en el almacén hablando de los cigarrillos que fumaban juntos. Decían que te había dicho palabras obscenas o con doble sentido.

Te escapaste a la hora de la siesta, corriste al cerco, para perder tu anillo. Gabriel pasó a la hora de siempre. Fuiste a su encuentro.

-Vamos -le dijiste- a las vías del tren.

-¿Para qué?

-Se cayó mi anillo al cruzar las vías ayer cuando fui al río.

Verdad y mentira salían juntas de tus labios.

Fueron, él a caballo y tú caminando, sin hablarse. Cuando llegaron a las

vías del tren, él dejó su caballo atado a un poste y tú te arrodillaste sobre las piedras.
-¿Dónde perdió el anillo? -te preguntó, arrodillándose a tu lado.
-Aquí -dijiste, apuntando el centro de los rieles.
-Bajaron las señales. Va a pasar el tren. Salgamos de aquí -exclamó con desdén.
-Quiero que nos suicidemos -le dijiste.
Te tomó del brazo y te arrastró afuera de las vías, justo a tiempo. Las sombras, la trepidación, el viento, el silbato del tren, con mil ruedas pasaron sobre tu cuerpo.
Para Semana Santa, Gabriel te siguió hasta la iglesia. Lo miraste dentro del aire con incienso de la iglesia, como un pez en el agua mira un pez cuando hace el amor. Fue la última entrevista. Durante veranos sucesivos, lo imaginaste deambulando por las calles, cruzando frente a las quintas, con su traje de mecánico azul y ese prestigio que le daba la pobreza.

Fuera de las jaulas

El león miraba a Enrique Donadío. La opinión que este último tenía de los leones había variado. Otro misterio los envolvía deslumbrándolo como en la infancia. Los leones llevaban enormes máscaras de cartón con melenas que se apolillan, quizá, en verano. El armiño que usan los reyes también se apolilla. Eran todopoderosos y reumáticos. Una amenaza oscura se desprendía de ellos: la amenaza provenía de lo escondido y lejano que estaba el verdadero ser, que suspiraba tras del vidrio impenetrable de los ojos y del cuerpo vacío, sosteniendo, como por encanto, una máscara de gigante, que rugía. Enrique Donadío, reclinado contra la baranda de hierro que lo mantenía a un metro de distancia de las jaulas, miraba fijamente al león. De vez en cuando estiraba el brazo y emitía un sonido de besos, como solía hacer cuando llamaba a los perros (pues no sabía silbar, sino más bien soplar, de un modo ridículo). El león, que en los primeros tiempos quedaba impasible, con fijeza de muerte en los ojos, empezaba a reconocerlo. Un día le habló: "La luz me deslumbra a veces", dijo en voz baja. "Quiero ser libre." Enrique Donadío creyó que esas frases eran prueba de un cariño inconfundible.
Enrique Donadío consagraba las tardes del jueves y de domingo a pasear por el Jardín Zoológico. En cuanto entraba sus pasos lo encaminaban al pabellón de las fieras. A través del león se había interesado por los otros animales. La jaula del león era como un puente que lo llevaba de jaula enjaula; establecía comparaciones de colores y de formas.
Enrique Donadío, que era profesor de dibujo y de inglés en una escuela, había llevado a sus alumnos al Zoológico. Su clase se componía de diez

niños, de los cuales cinco solamente habían podido salir con él esa tarde. A menudo los llevaba los domingos o días de fiesta; allí los niños hacían dibujos y aprendían los nombres de los animales en inglés y en alemán.

Enrique Donadío era un hombre alto, serio y delgado. Era miembro de la Sociedad Protectora de Niños, Pájaros y Plantas. Tenía un proyecto en el que había pensado continuamente desde hacía tiempo, quizá desde la primera vez que había vuelto al Zoológico, después de su infancia: abrir las jaulas, soltar todos los animales y restituirles la libertad. Para llevar a cabo el plan era necesario que alguien lo ayudara, y esos cinco niños estaban dispuestos a hacerlo. Al principio se burlaban del león, le gritaban insultos, le arrojaban flechas de papel, pero lentamente, contagiados por una misma ternura (así pensaba Enrique Donadío), quisieron al león como a un perro sin amo, un perro bueno y misterioso, lleno de secretos encerrados en una jaula. Pero eso no era bastante para persuadirlos de que era necesario soltar no sólo al león, sino a todos los otros animales. Enrique Donadío ejerció sobre ellos una gran fascinación.

-Cada uno de nosotros se parece a uno de estos animales -solía decirles-. ¿A cuál de ellos preferirían parecerse?

Cada niño elegía su animal, lo remedaba.

Hacía tres noches que no dormían esperando el día señalado por el profesor de inglés. Hacía tres días que comían de prisa como si fuesen a perder un tren. Enrique Donadío, pausadamente, les había hablado de las noches en el Zoológico; noches que son, para el que penetra en ellas, un sueño verdadero y no banal, como son los sueños habitualmente. Cuando era niño, hasta los diez años, había vivido en Dublín. Su tío era director del Zoológico; allí vivía en un pabelloncito, y lo llevaba con él, a veces, de noche. En aquella época lo acusaron de bestialidad, cosa que no pudo contar a los niños.

Nunca podría olvidar la noche del Jardín Zoológico de Dublín. Tenía que dormir en un pasillo, pegado al cuarto de su tío, que pasaba las noches de invierno y de verano con las ventanas de par en par abiertas. Era como dormir afuera. Entraban todos los ruidos: aullidos, rugidos, cantos. Las baldosas del pasillo tenían un millón de dragoncitos pintados de azul que al principio lo asustaban más que los verdaderos animales. Las fieras parecían estar libres, pues no estaban enjauladas como aquí, sino rodeadas por fosas. Los animales a esa hora (les contaba Enrique Donadío con la voz conmovida) se dicen secretos horribles, que los hacen gritar, lamentarse; cuando están enjaulados se golpean contra los barrotes de fierro hasta sangrar, y cuando están rodeados por fosas contemplan con ojos enloquecidos la honda pared invisible que los encierra. Pero eso no dura más que un breve momento... todo el paisaje cambia. El Jardín Zoológico, con sus puentes y lagos, es una selva africana o un desierto, donde corren

las jirafas, o bien un paisaje helado, lleno de focas místicas, que rezan continuamente, con ademanes de monjas o de prisioneros. Los animales sonámbulos sueñan que están en libertad y conspiran contra los mortales que los han martirizado; el camello, que es muy rencoroso, cavila y cavila en los sueños moviendo la mandíbula de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como los niñitos cuando les crecen los dientes. Las serpientes silban y agitan cascabeles, que relumbran contra el pasto, fascinando vacas imaginarias; los ruiseñores cantan como en los bosques europeos; el elefante se divierte, bañando el cielo con juegos de agua más altos y más diversos que los de las fuentes de Versalles el 14 de Julio; las jirafas hacen moños con el pescuezo; los monos hacen pruebas, los cocodrilos lloran en serio. Pero si en esos momentos se abriesen las jaulas que tienen prisioneros a esos animales, uno podría ver el espectáculo más asombroso del mundo; quizá aparecerían fantasmas, directores del Zoológico, quizá habría peleas de júbilo entre el tigre y el elefante, entre el león y el tigre, entre el orangután y el oso, pero eso no sería lo más emocionante de todo... Lo más emocionante no se puede nunca contar, hay que presenciarlo. Los alumnos estaban de acuerdo.

Era una tarde templada de noviembre. Los portones del Jardín Zoológico se cerraban a las seis y media de la tarde. Sin pérdida de tiempo había que estacionarse cerca del escondite que Enrique Donadío había elegido. Con los ojos buscó a su alumno más joven y le hizo la seña convenida. Salieron caminando; los otros niños seguían a unos metros de distancia. Después de haber comprado chocolatines y galletitas, se acercaron al gomero coposo que queda al pie de un puente donde siempre hay un fotógrafo. Enrique Donadío se hizo fotografiar con sus discípulos, dispuestos en fila, según la altura. El fotógrafo no estaba de acuerdo con la distribución del grupo; hubo que hacer concesiones: apoyar cuidadosamente los brazos contra la balaustrada del puente. Tardaron diez minutos en revelar las fotografías. Después de pagarlas y guardarlas en el bolsillo, Enrique Donadío se deslizó como una sombra detrás de un árbol, el fotógrafo no se asombró, pues desde hacía un tiempo había notado que los hombres tenían la inocente costumbre de esconderse detrás de los árboles. Los alumnos se habían escondido; dos de ellos detrás de una enorme enredadera, otro detrás de una estatua y los otros dos trepados sobre las ramas del gomero, junto al profesor.

Se oía el murmullo de la gente; los guardianes golpeaban las manos, recorriendo todos los caminos, y después de un momento interminable, entre los ruidos que se perdían, las sombras y la oscuridad que aumentaban, se oyó el chirrido de los portones.

De nuevo se oyeron pasos, se acercaron y se alejaron varias veces por las curvas de los caminos. Sombras enormes crecían entre los árboles y de

pronto apareció la luna pegada al horizonte junto a los faroles que alumbraban la calle distante. Los ruidos del día se habían terminado; crecían otros ruidos misteriosos, que brotaban de las jaulas, de los pabellones, de las lagunas verdes. Los alumnos hicieron un largo viaje de silencio y de espera. Enrique Donadío sabía todo, estaba seguro de todo. Fue el primero en salir de su escondite.
-Casi me dormí -dijo, con voz tranquilizadora.
Los alumnos dejaron de temblar y salieron de los escondites, mirando para todos lados. No había ningún guardián. El profesor estaba tranquilo.
Caminaron un largo trecho, agachados, confundiendo ramas con sombras, y sombras con ramas quebradizas. Se sentaron sobre un banco y comieron los chocolatines derretidos y las galletitas, que llevaban en los bolsillos. No sabían la hora que era, pero debía de ser casi la medianoche, pues no se oía ningún ruido, salvo el canto de algunos pájaros desvelados.
-Y ahora -dijo Enrique Donadío- tendremos que buscar la manera de abrir las jaulas.
La voz transformada por la oscuridad los sobresaltó. ¿Dónde estarían las llaves?
Todo brillaba con frialdad metálica bajo la luna; los barrotes de las jaulas dividían la noche como cuchillos. Los niños se levantaron del banco y Enrique Donadío se encaminó hacia la casilla, donde sabía que dormían los guardianes. Allí, en el cajón de un mueble del pasillo de la entrada, estaban los manojos de llaves. Enrique Donadío, durante sus incursiones por el Zoológico, había conversado largamente con los guardianes enterándose de todos los secretos. En verano, dormían con las puertas abiertas. Los serenos eran los que tenían mejor vida pues nunca trabajaban y pasaban la noche durmiendo, debajo de los árboles.
A dos metros de la casilla oyó un ronquido; fue como una puerta abierta. Entró en la habitación, haciendo señas a sus alumnos, para que lo esperasen afuera. No hay sueño más pesado que el de los guardianes del Zoológico, acostumbrados a dormir entre rugidos de fieras, cantos de pájaros de todos los países del mundo: sólo el despertador, con su campanilla, es capaz de despertarlos. Si no fuera por el despertador, seguirían durmiendo durante el día. Como el príncipe que entra en el Palacio de la Bella Durmiente del Bosque, conmovido, Enrique Donadío entró en la habitación en donde estaban las llaves de todos los pabellones y de todas las jaulas del Zoológico. Entró de puntillas, silenciosamente tomó los manojos de llaves, que apenas sonaron. Los alumnos sonrieron; era como si las jaulas ya se hubiesen abierto. Ahora les tocaba a ellos abrir las puertas, probar las llaves de los pabellones, hasta encontrar las que coincidieran, y después...
Los alumnos acudieron a recibir las llaves, que llenaban los bolsillos

deformados de Enrique Donadío. Luego se deslizaron entre las sombras, conteniendo el sonido de llaves y de risas en las manos sudadas y frías.
Nunca hubo tantas jaulas en el Zoológico, nunca hubo tantos pabellones. Se multiplicaban en la noche, eran laberintos enrejados de olores; estaban todos preparados, alineados y reforzados en la intimidad de las tinieblas.
El maestro y los alumnos se dirigieron primero a las jaulas de los pájaros. Fue difícil encontrar la llave; después de probarlas varias veces, tras largas vacilaciones, entró una llave en la cerradura. Se abrió por fin la puerta de hierro, con dos vueltas. Hubo un revuelo y después no se oyó nada más. Los pájaros siguieron entre las ramas. Uno de los alumnos sacudió el enrejado, hubo otro revuelo y un canto débil, dormido. Un pájaro desplegó las alas y voló, golpeándose contra los hierros del enrejado. No veía la puerta abierta. Pero no había que demorarse; los alumnos siguieron caminando y abrieron las jaulas de los monos. Algunos monos salieron corriendo, para treparse a los árboles más cercanos, otros quedaron dormidos e indiferentes. La pesada puerta de hierro del pabellón del elefante dio mucho trabajo para abrir. El elefante aparentemente dormía. Parecía tan sordo como los guardianes, pues era inútil sacudir las cadenas y las llaves: no despertaba. Finalmente abrió un ojo y con movimiento de pesadilla estiró la trompa y dio un galope. Enrique Donadío salió corriendo con sus alumnos. El elefante, balanceándose, quedó cerca del león, recogió un papel con su trompa y retorció la enorme cadena que llevaba atada a la pata. Los niños se escondían detrás de los árboles mirando al elefante, mientras Enrique Donadío se acercaba al pabellón de las fieras.
-Es el turno de los osos -susurró uno de los niños.
Después de buscar largamente entre las llaves, Enrique Donadío encontró la etiqueta en donde estaba escrito "Pabellón de las fieras": era una llave torcida y oxidada, con sombras rojizas. Un olor espeso, nauseabundo, como a carne cruda y a orina, emanaba de las jaulas de las fieras. Las puertitas de comunicación que daban a la galería interior estaban todas cerradas. Las fieras se encontraban del lado de adentro. Había que abrir varias puertas de comunicación antes de poner en libertad a los leones.
-Es el turno de los osos -musitó el niño, que amaba los osos, pero nadie lo escuchó.
No bastaba abrir la puerta grande del pabellón de las fieras. El exterior de esas jaulas era como las cajas de hierro con secreto: había que tantear y reflexionar un buen rato; además eran peligrosas como trampas. Al menor movimiento las puertitas de hierro podían caer. Pero la puerta grande ya estaba abierta, los alumnos se quedaban en el umbral, maravillados al ver que las cosas se hacían tan fácilmente. Enrique Donadío se puso el índice delante de la boca ordenando silencio a los alumnos, aunque nadie había hablado; el asombro de las miradas parecía ruidoso.

-Despacito, despacito -decía la voz de Enrique Donadío tratando de imitar al león.
El león movió las orejas, luego la cola y dio un pequeño gruñido. Quedó quieto. Tenía los ojos cerrados y la cabeza entre las patas, en actitud de oración. Los alumnos pasaron debajo de la baranda y se acercaron, como nunca lo habían hecho, a las jaulas. No podían contener las risas, jadeantes como rugidos.
Había llegado el momento de abrir las jaulas -los alumnos daban vuelta las llaves simultáneamente; las jaulas no eran tan complicadas como parecían a primera vista, no había más que levantar una tranca y desprender un gancho: las jaulas estaban entreabiertas. No había ningún secreto.
Al principio el león quedo inmóvil, amodorrado; su cuerpo parecía vacío, olvidado contra el suelo, como si tuviera las patas rellenas de algodón. Un imperceptible temblor corría por su lomo; temblores breves como relámpagos le contraían las patas en galopes oblicuos. Dijo: "El frío me hace temblar, a veces". Y luego, un rugido desgarró el silencio, un rugido débil y lúgubre, como el llanto de los perros cuando miran la luna. El león soñaba. Era extraño que un león soñara tan suavemente. ¿No habría llegado más bien el momento de su agonía? ¿No iba a quedar muerto, antes de haber sido puesto en libertad?
Había un silencio sin rejas y sin puertas, pero el olor a fiera era potente, ensordecedor como un ruido, resplandeciente como un color muy rojo o muy amarillo, salpicado de luces.
Las puertas de las jaulas estaban abiertas. El leopardo, el tigre, el jaguar y la pantera ¿también dormían o estaban muertos?
Las miradas de los alumnos se agrandaron; uno de ellos buscó en los bolsillos de su delantal blanco algo que no encontraba, y de pronto salió corriendo del pabellón y volvió con unas cuantas piedras. Desde la puerta gritó con todas sus fuerzas:
-Fuera de las jaulas, fuera -y arrojó las piedras.
Ese grito destemplado se esparció como un líquido hirviente. Los rugidos cubrieron la noche entrecortada por los gritos. A veinte o cuarenta cuadras se oía el mismo ruido, o un ruido muy parecido al que se desprende de las tribunas de un partido de fútbol en día domingo.
Se veían apenas las primeras luces del alba cuando Enrique Donadío y sus alumnos advirtieron que estaban adentro de las jaulas. El público que los miraba, unas horas más tarde, se componía en gran parte de los animales que habían puesto ellos mismos en libertad. Así somos los animales, pensaron; exactamente iguales a los hombres.

Isis

Su nombre era Elisa, pero le decían Lisi; algunos quitándole la 1 y agregándole una s le dijeron Isis. Estaba siempre sentada en la ventana, mirando. Yo vivía en la planta baja de la misma casa. Los que pasaban por la calle decían:

-Ahí esta la idiota. -Y miraban para arriba como si vieran un globo o una cometa.

Tenía muñecas, tenía libros, tenía cajas con diferentes juegos de paciencia, pero nunca jugaba con ellos. Después de comer y de dormir se colocaba frente a la ventana. Desde esa ventana se divisaba en primer plano la calle por donde pasa el tranvía, el vendedor de helados, el afilador y el carro lleno de canastos y de sillas de mimbre; en segundo plano, el Jardín Zoológico y (después lo descubrí) uno de los animales: ahora sospecho que no necesitaba mirarlo para verlo; lo miraba fijamente como al sol, que deja su mancha deslumbrante sobre todo lo que uno mira después.

Sonreía cuando la gente hablaba pero nunca pronunciaba sino el final de algunas palabras, inmediatamente después de oírlas, a pesar de ella. Algunas personas sospechaban que no era del todo idiota, sino que más bien se hacía la idiota. Sus grandes ojos verdes parecían siempre deslumbrados por la luz, aun cuando el cielo estuviera cubierto de nubes en el crepúsculo, o hasta en la penumbra de las habitaciones. Su inmovilidad era más perfecta que la inmovilidad de las águilas, cuando se admiran en la propia sombra, como en un espejo, dentro de la enorme jaula que imita la nieve con piedras tristes, pintadas de blanco. Más perfecta que la inmovilidad del jaguar, que no cierra los ojos sino para dormir o para devorar.

A veces una cometa brillaba, con su cola amarilla, en el cielo.

-Mire el barrilete -le decían, pero ella no miraba-. De qué le servirá tener ojos tan grandes, si no ve nada -decía la gente.

Nunca miraba algo que le hiciera mover el cuello o los ojos. Un día le dieron los anteojos de larga vista, que la madre usaba cuando iba al teatro. El armazón era de nácar. Los dejó caer. Otra vez le dieron un sonajero, otra vez un calidoscopio.

Pasaban aviones, pasaban helicópteros, pasaban soldados, pasaban procesiones; tampoco los miraba. Se hubiera dicho que nada debía distraerla.

La familia, la servidumbre o sus amigas, de las cuales yo era una, solíamos llevarla a pasear. A veces la llevábamos hasta el río, otras veces a una plaza, donde había columpios y toboganes, que no le interesaban; otras veces, al Jardín Zoológico, porque quedaba cerca; pero ella nunca pedía que la llevaran a ninguna parte. Y no lo hacía, sospecho yo, porque fuera humilde y dócil, sino porque era constante en su propósito y persistente en el renunciamiento de aquello que no le agradaba.

Era, sin duda, la preferida de Rómula la sirvienta. No protestaba porque en el baño quedara Puloil, ni porque dejara juntar tierra sobre las mesas o porque no atendiera el teléfono. Para ella todo era perfecto.
Las tardes eran todas iguales, pero una de ellas fue para mí fatídica.
El treinta y uno de enero de mil novecientos sesenta me pidieron que la sacara a pasear. Era la primera vez que me la confiaban a mí sola, pues la madre la trataba como a una niñita de un año. Pensaba llevarla al río, porque hacía calor, pero en la esquina, frente a los portones del Zoológico, se prendió de mi falda y con el mentón me señaló la entrada del Jardín Zoológico. Entramos. No podía oponerme a sus gustos siendo Isis una niña tan buena; además, hacía tanto tiempo que no manifestaba su voluntad con ademán alguno, que ese gesto fue una orden. Primeramente nos sentamos en un banco frente a las calesitas, luego recorrimos los senderos del Jardín Zoológico. Se detuvo a mirar un animal que no parecía real sino dibujado en la arena. Sus enormes ojos nos reflejaban. Desde ese ángulo del jardín, donde nos detuvimos, advertí que se divisaba la ventana donde se asomaba Isis diariamente. Comprendí que ése era el animal que ella había contemplado y que la había contemplado.
-Dame la mano -dije a Isis. Y me dio una mano que fue cubriéndose paulatinamente de pelos y de pezuñas. La solté con horror. No quise verla mientras se transformaba. Cuando me volví para mirarla vi un montón de ropa que estaba ya en el suelo. La busqué. La esperé. La perdí.

La venganza

La señora Mercedes de Umbel era una de las mujeres más elegantes del mundo, pero algunos de sus amigos opinaban que era muy remilgada, y ninguno de los que la criticaban se ponía de acuerdo sobre sus verdaderos defectos y méritos. A veces hablaba la envidia, otras veces los celos, otras veces el sentimiento religioso, pero nunca la pura verdad ni la pura mentira.
No todo es éxito para una mujer hermosa y pudiente. Porque no sabía manejar la llave de la puerta de calle, porque dejaba a menudo abierta la del ascensor, Toño Juárez, el portero de la casa de departamentos donde ella vivía, la maltrataba. Cada vez que debía subir los ocho pisos para cerrar esa maligna puerta del ascensor, Toño Juárez dedicaba a Mercedes de Umbel un selecto repertorio de malas palabras, que ella oía con la sonrisa en los labios. Pero no eran éstos los únicos motivos que él tenía para despreciarla; y tenía razón. Siempre hay cosas peores. Con sus manos, diariamente, la desgraciada ponía en el balcón miguitas o maíz y aun alpiste para las palomas (no por amor a las palomas; sino para encarnar la figura de un cuadro visto en una casa de remates), Toño Juárez

comparaba las palomas con las mujeres elegantes.
-Están cubiertas de plumas, con la pechuga llena, pero roñosas, ensuciando lo que otros limpian con el sudor de su frente -decía a quien quisiera oírlo.
-¡Para qué le sirve tanta riqueza! ¡Mucha pintura en los ojos; pero es más ciega que una lechuza! Mucha en la boca, ¡pero ni un diente de oro!
Un día, más bien dicho una tarde, a la hora del teatro, la señora de Umbel quedó encerrada, con un cajón de basura, en el ascensor. Su angustia fue grande, tan grande que olvidó las reglas de la elegancia. Se puso a traspirar. Apoyó la rodilla sobre una basura memorable. Tocó el timbre de auxilio. Se quitó el sombrero y los guantes y al ver que nadie venía a socorrerla se sentó en el piso, pensando que se asfixiaría en pocos minutos, si alguien, aunque fueran los bomberos, no la sacaba de ese fétido suplicio. Media hora de encierro y de gritos bastaron para dejarla afónica. Cuando llegó Toño Juárez, que la había oído desde el primer momento, la asustó un poquito más, gritándole desde afuera que la dejaría pasar la noche dentro del ascensor, que olía a coliflor y a queso de rallar. Este episodio desagradable no se borró de la memoria, llena de recuerdos lujosos, de la señora de Umbel.
Para los que no meditan, meditar es un sacrificio, pero la señora de Umbel estaba dispuesta a hacer cualquier locura. La gente, al verla tan abstraída, creyó que un inesperado misticismo se apoderaba de su alma. Pensaba. Pensaba en vengarse. Una mañana, más allá de la ventana abierta, por donde entraban sol y campanadas de iglesia, las palomas volaban de la casa de enfrente a la suya y ensuciaban la vereda, que el portero limpiaba. Con la escoba, este último las amenazaba de vez en cuando, y les echaba maldiciones. Tristemente, alejadas del símbolo habitual de pureza y de paz, aquellas angelicales aves, con plumas del color de guantes femeninos a la moda, que arrullaban todo el día, que al desprenderse de las cornisas batían el ala como una mano de colegial, que ponían huevos inútiles, inspiraron la sutil venganza.
A la hora en que toda la gente de la ciudad duerme la siesta, Mercedes de Umbel, después de vestirse, puso papel higiénico en su bolsillo. Papel rosado. Bajó los ocho pisos sin utilizar el ascensor. En el último tramo de la escalera se detuvo unos instantes. Después, con lentitud, salió de la casa, poniéndose los guantes.
Cuando la señora volvió del cine, el mismo día, Toño vociferaba, en la puerta, rodeado de vecinos y de moscas.
Algunas voces decían:
-Fue un perro, seguramente.
-¡Qué perro ni perro! -contestaba Toño Juárez-. Perra digan ustedes. Gran perra.
Esta escena se repitió a diferentes horas en los subsiguientes días. Toño

Juárez resolvió quedarse en un lugar estratégico día y noche, esperando. ¿Esperando qué? El cumplimiento de un sueño premonitorio que tuvo no hacía un año, cuando le dio por redoblar la limpieza de la escalera.
El sacrificio no fue vano.
Con el corazón trémulo, como en sus mocedades, vio el sueño hecho realidad: desde la penumbra del patio donde había un ínfimo jardín, divisó a la dama en la postura prevista. Se acercó y, obedeciendo a la continuación inevitable del sueño, con un certero puntapié descargó su venganza contra palomas y señoras elegantes.

El novio de Sibila

-Voy a hacer tu retrato -yo le decía.
-¿Cuándo? -me preguntaba.
-Mañana o pasado -yo le respondía.
No la olvidaré nunca. Tenía los ojos muy separados y se parecía mucho a la Sibila de Cumas, de Miguel Ángel. Sobre la mesa de luz tenía un retrato. Me dijo que era de su novio. Era tan buen mozo que cualquiera se hubiera enamorado de él.
-Otras chicas de mi edad estuvieron de novias con varios muchachos antes de decidirse por uno. Yo, no. Es la primera vez.
-¿La primera vez que te enamoraste?
-La primera vez -contestó.
Sus ojos brillaban como los espejos, cuando se limpian con alcohol de quemar.
-Cuando era chica -me dijo- enfermé gravemente. Viví en las montañas. Estaba paralítica. Para sanarme me metieron en un río helado, me dieron caldo de culebra y después, al ver que nada me curaba, mis padres llamaron a un curandero. Vino a casa a caballo, desde muy lejos. Dijo que yo tenía que comer tres pulgas de su caballo. Cuando supo que me habían bañado en un río helado y que había tomado caldo de culebra le dio lástima y dijo que él se comería las pulgas. Era lo mismo. Comió las tres pulgas ya preparadas en el hueco de su mano y a las pocas horas mejoré.
-Voy a hacer tu retrato y tan parecido como una fotografía -le dije.
-¿Cuándo? -me preguntó.
-Mañana o pasado -respondí.
Durante el verano Sibila trepaba a los árboles más altos para echar abajo los nidos y romper los huevos; sabía cortar el pasto con la guadaña; cuando acomodaba un cuarto, ponía todos los muebles juntos; todos los adornos de una mesa, juntos o adentro de los cajones. No comprendía el caprichoso gusto que la gente tenía en dispersarlos desordenadamente. No distinguía una fotografía de un cuadro. No comprendía la perspectiva. Creía que las

sirenas existían porque figuraban en los diccionarios. Reía de los defectos de los hombres: remedaba a los rengos o a los tuertos o a las caras de las personas que sufrían.
-Voy a hacer tu retrato.
-¿Cuándo?
-Mañana mismo.
Jamás pensé que iba a morir tan joven, pero murió.
Al pie del ataúd, cuando llegué a verla aquel día de su entierro, un hombre todo de negro, con cara de sacristán, lloraba.
-Es el novio -me dijeron sus parientas avergonzadas. Lo saludé. Era un hombre feo, de rasgos mezquinos, enlutado.
-Soy casado -me dijo-. No quisiera comprometer a la chica.
Si usted pudiera devolverme las cartas que yo le he escrito, se lo agradecería.
Le prometí hacer lo que me pedía, pero no encontré en el cuarto de Sibila ninguna carta; sólo encontré la fotografía que había visto sobre su mesa de luz, cada vez que la visitaba. Saqué la fotografía del marco para ver si en el reverso llevaba un nombre. Decía: "A Sibila, tu sobrino Armando". Guardé la fotografía en mi bolsillo y al salir del cuarto tropecé con el mismo Armando, a quien devolví la fotografía.
-¿Usted estaba de novio con Sibila?
-No. ¿Quién le dijo eso?
-Ella -le respondí.
-La mataría -me dijo-. Soy el sobrino y nada más.
-Está muerta -protesté.
-Ya sé. ¿Pero qué derecho tiene de mentir?

El Moro

A Luis Saslavskv

Indio volvéme mi moro
que me has llevado la vida.

Oía aquella tarde esa canción cantada por Gardel, en la radio del almacén de Tres Arroyos, cuando me enteré por boca de Ireneo, que no era mentiroso, de algo increíble: que en Francia la gente comía carne de caballo, y que al dueño del establecimiento donde yo trabajaba le habían propuesto como negocio (el desgraciado aceptó en el acto) comprarle caballos para mandarlos en barco a Francia.
Yo tenía ocho años. A pesar de mi corta edad, trabajaba de peón como un hombre, mejor que un hombre porque no era haragán. Quizá mi habilidad y

diligencia me volvían simpático, pues todos los peones me regalaban algo; es cierto que les hacía parte del trabajo. ¡Pero qué regalos recibía! El más extraordinario que conservo hasta hoy fue aquel par de espuelas con estrellitas de plata.
Yo era el último en acostarme y el primero en levantarme para encender el fogón, cebar mate o ensillar los caballos. A más de Guacho me llamaban Bichofeo, porque era feo, Comadreja, porque robaba huevos de noche, Tero, porque tenía las piernas flacas.
Sabía hacer todo lo que saben hacer los hombres: beber, fumar, jugar a las bochas o a la taba, enlazar, cuerear y otras cosas que no digo. Me gustaban los caballos: eran mi juguete pero también mi herramienta de trabajo. En la trompilla del desgraciado de don Eusebio (del establecimiento La Felicidad, de Tres Arroyos) había caballos de todos los pelos: alazanes, gateados, zainos, azulejos, tobianos, rosillos, picazos, malacaras, colorados, bayos, tordillos, negros, blancos. Todos me gustaban, salvo el blanco, que atraía los rayos, el rosillo que parecía sucio. El mío era moro y uno de los pocos de ese pelo en mi pago. Tal vez por ese motivo me gustaba tanto la canción del Moro, cantada por Gardel, que a menudo oía en la radio de Tres Arroyos.
Yo no era caviloso ni inclinado a creer en la mala suerte, aunque tuviera ya experiencia de adulto. Empecé a temer que embarcaran el moro con el resto de la trompilla, pues no sólo era mañero y medio manco, sino bichoco, y no me pertenecía. Los hombres del establecimiento, salvo Ireneo, que tenía un corazón de oro, daban poca importancia a la amistad que me unía al caballo. Por esa amistad yo me creía poco menos que su propietario, pero en ese punto reconozco que me equivocaba.
El tiempo rápidamente reveló que mis temores eran justificados.
Fijada la fecha de partida, en el establecimiento se hizo un rodeo: apartaron los caballos que mandarían a Bahía Blanca, para embarcarlos en un buque de carga francés, llamado Mistral. Tres hombres y yo los arrearíamos hasta el puerto. Luego el capataz e Ireneo se embarcarían con la tropilla, destinada al matadero en Francia. Como si yo también fuera a embarcar me despedí de mi madre, que insistió en no dejarme ir a Bahía Blanca, para no quedar sola. En vez de besar su mejilla besé su esclavina de lana azul y pensé que me iría más lejos aún.
Era pleno verano. Durante el trayecto arreamos los caballos de sol a sol. Llevé poco equipaje; justo lo necesario para un viaje largo: las espuelitas y el poncho. De continuo el capataz nos retaba a Ireneo y a mí; esto me unía a Ireneo. Yo discurría tretas para embarcarme. ¿Qué podía hacer sin la ayuda de alguien? ¿Podría esconderme en el barco hasta que zarpáramos? ¿Quedarme con el Moro? ¿Huir a último momento con él? La solución fue mejor. Yo sabía que la cebolla hacía llorar los ojos. Antes de llegar a Bahía

Blanca (el trayecto duró una semana entre una cosa y otra), robé una cebolla en la cocina de una fonda donde nos apeamos y, para conmover a Ireneo, me la pasé por los ojos. Todo salió como por encanto, pues estuve media hora a solas con él, lagrimeando, mientras el capataz se lavaba los pies, orinaba en la letrina o cumplía otros engorrosos preparativos para proseguir el viaje. Expliqué a Ireneo la causa de mi llanto: el Moro era un caballo extraordinario; para salvarlo me embarcaría con él. Un llanto verdadero hubiera sido menos elocuente. Ireneo me dijo:

-Un hombre no llora y menos cuando lleva espuelas y se llama Bichofeo. El Moro no vale nada, pero todo va en gustos. ¡Caray que estás hediondo!

Prometió, si yo me bañaba, armar personalmente, con el pretexto de llevar en lugar seguro las herramientas, un enorme cajón para esconderme durante el viaje. Así lo hizo, porque era hombre de palabra. En lugar de pasear por Bahía Blanca, el día de nuestra partida preparó el cajón, en el que agregó una cama de paja y unas arpilleras para cubrirme. A último momento me deslicé en el escondite. Ireneo clavó las tablas que me encerraban, dejando algunos agujeros para que yo pudiera respirar y aun ver. Con muchas recomendaciones pidió a los estibadores que no golpearan demasiado el cajón, para que no se rompiera la madera. Con la grúa lo subieron a bordo, sin tropiezos.

Durante cinco días dormí en la cubierta, sobre la cama de paja, entre los caballos. Ireneo me visitaba para traerme comida. Salía de mi escondite de noche y como tuve suerte de no ser visto, me atreví a pasear por la cubierta en horas más peligrosas. El capataz me sorprendió abrazado al Moro. Entonces Ireneo pareció tan asombrado como él. Discutieron si me arrojarían al mar, pues mi presencia en el barco podría traer disgustos. Luego convinieron en tirar a la suerte con una moneda. Estaban borrachos. Me di cuenta de ello porque se servían continuamente vino de una damajuana. "Los franceses en los barcos llevan bebidas buenas; están dispuestos a cambiarlas por yerba o maní", me había dicho Ireneo el día anterior.

-¿Cara o cruz? -dijo Ireneo.

-Cara -dijo el capataz.

Ireneo tiró la moneda al aire y la barajó en la palma de la mano. Salió cara.

-Lo tiraremos al mar -murmuró el capataz. La palabra más cruel me la dijo Ireneo:

-Despedíte del Moro, Bichofeo.

Estiraron un poncho sobre el piso. Me despedí del Moro, como lo había ordenado Ireneo, y me eché de boca sobre el poncho, acurrucándome después sobre un costado. Los hombres tomaron el poncho por las puntas y me levantaron en el aire. Si hubiera sido en broma, el juego me hubiera gustado. El barco se movía y tambaleándose los hombres se arrimaron a la

borda. Como si hubieran comprendido, los caballos relincharon; pero no lo hacían por mí, sino de terror, porque se levantaba una tormenta. Los marineros aparecieron en la cubierta, treparon a los mástiles, desanudaron sogas, anudaron otras. El capataz y mi amigo soltaron las puntas del poncho y me dejaron caer al suelo.
-Arregláte como puedas -me dijeron, acodándose a la borda. -Yo me lavo las manos -declaró el capataz, encendiendo un cigarrillo.
-Decíle al Moro que te proteja. ¿No lloraste por él, como una mujer, cuando llegábamos a Bahía Blanca?
Me senté sobre unas sogas, más muerto que vivo. Yo con el susto, el capataz e Ireneo con la borrachera, no hacíamos caso de la tripulación, que iba y venía; ni siquiera del capitán, que se acercó y me dijo dos o tres palabras en francés, palmoteándome el hombro. Supe después que me tomó por un fantasma, por una de esas visiones producidas por el delirio que alguna vez padeció. Ahora, cuando recuerdo, pienso que tal vez estaba beoda la tripulación entera, pues se conducía tan caprichosamente que era difícil comprender lo que hacía y por qué lo hacía. La tormenta arreciaba, crujían las maderas como si el barco se quebrara. Los relinchos aumentaron. El capataz e Ireneo estaban mareados, los caballos también: daba risa mirarlos. Eso sí, ver a Ireneo, que era tan hombre, vomitar, me causó pena. Yo gateaba por la cubierta y con gusto recibía el agua en el pelo y en la cara. Por primera vez veía el mar enojado.
Cuando calmó la tormenta, sequé mi ropa al sol. Ireneo me dio una manta. No tardaron mis compañeros en obligarme a hacer todo el trabajo. Tenía que bañar los caballos, darles la ración, limpiar las camas. El capataz e Ireneo conversaban todo el día o bebían o jugaban a la taba con marineros que conocían dos o tres palabras de castellano. Como el Moro y yo, los hombres se entienden mejor cuando no hablan el mismo idioma.
Soñé una noche que montado en el Moro galopaba por el mar en dirección al sol del poniente, hasta llegar de nuevo a Tres Arroyos. Muchas veces deseé bajar del barco y alejarme en aquella extensión misteriosa donde no había alfalfa, ni trigo, ni girasol, ni lino, ni barro, ni tierra arada, ni greda, ni arboledas, ni pájaros, ni vacunos, ni majadas, sino agua azul, agua verde, agua negra con espuma.
Ireneo y el capataz discutían a menudo, mientras yo bañaba o daba la ración a los caballos. ¿De qué discutían? No sé. Miraban un planito de Francia y le dibujaban cruces con un lápiz; hablaban de un dinero que repartirían entre ellos, también.
El barco atracó en Pernambuco. En el puerto, mercachifles exhibieron inmediatamente carpetas, colchas, canastas, adornos de celuloide, muñecos de madera. Ireneo me preguntó si quería que me comprara algo. Era bueno Ireneo. Le pedí un pajarito, porque pensé que era lo más barato y que

alegraría al Moro, porque en el campo un tordo solía posarse sobre su lomo. Le pedí también un cortaplumas, porque me hacía falta para limpiarme las uñas.
-¿Y abrigo? -me dijo-. ¿No sabés que hay nieve en Francia?
Me encogí de hombros.
-Con el ponchito basta -le contesté.
Casi desnudo me escondí en el cajón. Como fogón ardía el sol. Gotas de sudor chorreaban por mi frente. Era carnaval y algunas máscaras, al caer la noche, bajaron al embarcadero, buscando un barco argentino, donde había fiesta. Pasaban con sus caretas, bailaban, tiraban serpentinas a nuestro barco vacío. Salí de mi escondite y me asomé. Vi una fila de negros, algunos con bolsas al hombro, otros con pescados colgando de una caña; no sé si pertenecían a la comparsa enmascarada o si eran peones que aprovechaban el fresco de la noche para trabajar. Los caballos apesadumbrados por el calor y las moscas del día, agachaban las cabezas. Sin olvidar mi obligación los bañé y les di agua, antes de recorrer el barco, aprovechando el rato de soledad.
Amanecía cuando volvieron el capataz e Ireneo. Me escondí. Como llegaban borrachos yo sabía lo que me esperaba. Ireneo traía un cacho de bananas y una jaulita; el capataz, un sombrero de paja aludo, lleno de chirimoyas y de abacashis. Nada bueno me esperaba; cuando estaban borrachos no tenían otra preocupación que deshacerse de mí.
-¿Dónde está? -vociferaba el capataz, mientras subía la planchada, mirando a todos lados.
-Ahí me parece haberlo visto -respondió Ireneo.
-Yo lo vendo por nada, por veinte reis. En casa de la loca limpiará los patios: puede darse por bien servida. Y él, qué más quiere. Comerá bananas todo el santo día, como un mono.
En la dársena una mujer de pelo rojo, extravagante, agitaba una mano, miraba el barco, esperaba probablemente que me entregaran de una vez el capataz e Ireneo. Me buscaron hasta la salida del sol. Bajaron del barco y de nuevo subieron. Mi escondite era seguro, pues me alojé en un camarote vacío, por cuyo ojo de buey veía todo. El barco tembló, sonó la sirena, se levantó la planchada, golpeó la cadena del ancla contra los hierros del casco. Aproveché del movimiento para salir del camarote y meterme en el cajón. Cuando estábamos navegando, advertí que Ireneo y el capataz dormitan en la cubierta. Ireneo, junto a la jaula que en lugar de un pájaro contenía un monito, y al cacho de bananas; el capataz junto al sombrero de paja con chirimoyas. Me acerqué, arranqué cuatro bananas, regalé una al mono y comí las otras; tenía hambre, pues Ireneo me daba alimentos una vez por día, y nunca frutas, sino las sobras de su comida, que era abundante, pero no de mi agrado. El mar tan parecido a la llanura, ya no

fue verde, sino azul, cuando dejamos Pernambuco.
Tramábamos con Ireneo una huida a nado con la tropilla, para salvarla del matadero. ¡Parecía tan fácil! Mucho más fácil que llegar a Francia.
A veces el monito andaba con Ireneo, que lo llevaba bajo el poncho, porque era friolento, y a veces conmigo. Lo bautizamos Maní.
Un caballo enfermó de locura. Hubo que tirarlo al mar, para que nadie se enterara de la enfermedad, pues si no al llegar a Francia nos hubieran puesto en cuarentena, y ¡adiós negocio!
-Si otro caballo enloquece, también lo tiramos al mar -decía el capataz, moviendo una mano amenazadora-. Hay que evitar que descubran la enfermedad y nos arruinen el negocio, aunque debamos echar al agua toda la tropilla.
Yo observaba al Moro con inquietud. Un día lo noté triste y le puse vino en el agua, para alegrarlo.
El capitán, que sabía algunas palabras de castellano, conversaba a menudo con Ireneo y con el capataz. De nuevo habló de que había un niño a bordo, quizá un polizonte, a lo que Ireneo le dijo que si padecía de delirio era mejor que se cuidara.
De noche las fosforescencias y de día los peces voladores me deslumbraban. Las horas pasaron con rapidez; ni tiempo me daban para dormir. Ireneo discutía siempre con el capataz; a ellos tampoco el tiempo les alcanzaba. Con desgano jugaban a la taba o al truco, alumbrados por un farol.
Una noche en que jugaban por plata, el capataz gritó ¡trampa! Ireneo contestó riendo. El capataz lo arrinconó contra la borda. Relucieron los cuchillos. El de Ireneo cayó al suelo. Lo recogí. Quise alcanzárselo, pero lo tomó el capataz y se lo clavó en el pecho. El capataz trató de reanimar a Ireneo toda la noche. Antes de que amaneciera envolvió el cadáver en bolsas, las ató con sogas y lo tiró al mar. Me dijo:
-Diremos que se suicidó. Total, le hice un favor ¿Para qué quería vivir?
Cuando la tripulación se enteró de que faltaba Ireneo, lo buscaron hasta en la bodega. Casi me descubren a mí. ¡Pero a mí ya no me importaba!
Uno de los marineros encontró sobre la cucheta de Ireneo un papel que decía: "No me busquen porque voy a tirarme al mar. Ahí acabarán mis penas. Ireneo". El capataz era como un hombre que perdió a un hermano, cuando el capitán le palmeó la espalda.
Con la desaparición de Ireneo, el capataz se ocupó del mono y de mí. Me trajo vino: lo tiré al mar. Me trajo comida: la tiré al mar. Durante cinco días no probé bocado, pero desfallecía, y avergonzado comí para no morir. El capataz me regaló el rebenque de Ireneo, que tenía empuñadura de plata; sin contestarle, mirándolo en la cara, lo acepté.
Cuando llegamos a Francia, llovía. Con el apuro de los últimos momentos

Maní quedó en el barco. Con la grúa me bajaron en el cajón, me depositaron en la dársena de El Havre. Divisé a Maní junto a la baranda de la cubierta. Le grité adiós.
En la entrada del pueblo había ruinas. Fue allí donde el capataz sacó una carta arrugada y me anunció la muerte de mi madre. Él andaba medio encorvado, porque maldad y deformidad van juntas. Se quitó la boina y me alargó la mano. Crucé los brazos.
-Lo siento de verdad -me dijo. Y agregó: -Si querés quedarte con el Moro, te lo regalo, Bichofeo.
-Me llamo Luis -le respondí, pensando que los asesinos tienen cara de gusano.
Emprendimos el viaje de El Havre al matadero. De mi mano cayó el gorro de arpillera que usaba Maní en el barco. Francia estaba tan vacía como el partido de Tres Arroyos pero hacía más frío. Yo, montado en el Moro, el capataz en un alazán, arreábamos la tropilla. Desde aquel día odio los alazanes.
Fue largo el trayecto, como fue largo el trayecto de Tres Arroyos a Bahía Blanca; ningún cerco de cina-cina, ningún eucalipto nos guarecía. Los caminos arbolados se estiraban hasta el horizonte.
Los pueblos tenían calles torcidas y angostas. El cielo estaba más lejos y no reconocí las estrellas. ¿Dónde estarían las Tres Marías y los Siete Cabritos? Ya habíamos pasado una semana en aquel país parecido al nuestro y tan diferente. Nos acercábamos al matadero. Oímos los bramidos de los animales en la mañana. Entonces, en el momento en que la tropilla, súbitamente aterrada, comprendiendo dónde la llevábamos, se detuvo, arrimé mi caballo al del capataz. ¿Qué había en la mirada mía para asustar a un hombre? Le crucé la cara de un rebencazo y le grité:
-Por Ireneo.
Largué la rienda al Moro, clavé las espuelas. Huí en dirección adonde habíamos desembarcado. Galopé, sin mirar a dónde iba, no sé cuánto tiempo. Cuando el Moro, bañado en sudor, se detuvo como si se le aflojaran las patas, caí contra su pescuezo, abrazado. Una mujer me habló. Yo miraba a lo lejos. La mujer tenía una esclavina azul. Me bajé del caballo y ella tomó las riendas. Me desmayé sobre su pecho, con la cara contra la esclavina. Acariciándome el pelo, dijo algo en francés, que no entendí, pero yo oí las palabras que me dijo mamá cuando me fui a Bahía Blanca: "Quedáte con tu madre" y la voz de Gardel que cantaba en la radio del almacén de Tres Arroyos.

El siniestro del Ecuador

Esa noche decidieron llevarnos al nuevo local del Ecuador porque a la niñera

le tocaba salir. Hacía un año que el viejo edificio se había derrumbado sobre los mozos por así decirlo, pues todos perecieron bajo los escombros. El accidente sucedió, no se sabe cómo, a las doce de la noche cuando los clientes ya se habían retirado.
Mis padres iban frecuentemente a ese restaurante, no porque la comida fuese buena ni porque sirviesen con rapidez sino un poco por rutina, otro poco porque quedaba a cinco cuadras de nuestra casa y porque era barato.
El mozo que siempre servía a mis padres, al decir de ellos, tenía un rostro extraño que se les quedó grabado en la memoria; decían que les resultaba difícil describirlo pero que si lo viesen entre un millón de mozos podrían reconocerlo. Lo único que describían con precisión eran las diversas manchas de su delantal y el color blanco de su cara que parecía de miga. Había días en los que todo cuanto traía estaba falsificado: el arroz parecía fideo; los fideos, chauchas; las papas, batatas; las bananas fritas, pescado; el dulce de membrillo, puré de remolacha; el agua, carne; la carne, vino. Lo peor de todo es que mis padres culpaban de estos inconvenientes al mozo, no al cocinero, y pensaban que eran justos pues ¿cómo había de explicarse que las frutas en las compoteras resultaran tan insípidas, que las mandarinas y las manzanas fueran como alcancías y que la manteca y el pan tuvieran gusto a cartón, como en los platos de juguete? Ellos hacían estos comentarios, creyendo que yo no los escuchaba pero un chico escucha todo. El mozo se llamaba Isidro Ebers.
Cuando llegamos al restaurante El Ecuador se asombraron de no encontrar en el nuevo local ni vestigios de lo que había sido el otro. No había manchas en los manteles, no había música ni plantas en macetas doradas, no había aparadores, ni rifaban radios; las paredes eran blancas y los asientos de imitación cuero.
Eligieron una mesa cerca de la pared del fondo del comedor. Frente a un espejo nos sentamos. Mis padres se pasaron el menú y discutieron un buen rato. A mi madre le gusta la comida pesada. Se deleita con un plato de ostras o con una carbonada. Le gusta el pato con naranja y salsa negra, los calamares en su tinta y las empanadas con un sinfín de sorpresas, como si fuesen pequeñas y hediondas medias de Navidad llenas de alimentos. Pidió ostras y carbonada. Mi padre se atrevía a veces a comer una milanesa. Después de estudiar bien el menú dijo al mozo lo que siempre decía en estas ocasiones:
-Tráigame arroz al natural.
Un rato estuvo pensando mi padre ante el delantal el mozo. Las manchas de los delantales son todas iguales. Pobre Isidro Ebers. Hace un año que ha muerto, debajo de esos andamios, de esos muebles, de esos platos caídos, quizás con una compotera en la mano. Entre tenedores, cuchillos, soperas rotas y almíbar de compotas, pobre Isidro Ebers. Siguió enumerando

despacio su pedido y con vergüenza, porque era un mozo nuevo el que lo escuchaba, y quizá fuera despiadado con los que piden comida sencilla.
-Arroz al natural, y un bife.
-Sí, ya sé -interrumpió el mozo-. Un bife bien cocido con puré de papas y ensalada de lechuga.
Mi padre alzó los ojos, asombrado. ¿Quién era el que hablaba así?
-Para los niños -dijo mi madre-, huevos pasados por agua, si son frescos; fideos y un bife. De postre queso fresco y dulce de membrillo.
Recorrió de nuevo el delantal manchado del mozo para asegurarse de que sus ojos veían bien. Cuando llegó a la altura de la cabeza encontró la cara pálida de Isidro Ebers, esa cara que hubiera reconocido entre un millón de caras. Lo miró, le miró las manos: eran las mismas manos coloradas con las uñas comidas.
Isidro tomó mi abrigo y lo colgó en la percha; lo mismo hizo con los otros abrigos. Después desapareció por la puerta del costado derecho, donde debían estar las cocinas.
Mi madre exclamó con los ojos desmesuradamente abiertos y en voz baja, a mi padre:
-¡Isidro Ebers!
-¿No estaremos soñando? -le contestó mi padre. Comenzamos a reír.
-¿Qué les pasa? ¿Por qué están tan asustados? ¿Quién es Isidro Ebers? -pregunté a mi madre, sabiendo quién era.
-Isidro Ebers es el mozo que nos está sirviendo -dijo mi madre.
-¿Y qué tiene de extraordinario? -preguntó mi hermano.
-Nada -dijo mi madre.
-Lo que tiene de extraordinario es que todos los mozos murieron hace un año en el accidente que ocurrió en el otro local. Y entre ellos estaba Isidro Ebers. Hay que decir las cosas como son -dijo mi padre furioso.
-No le crean -dijo mi madre-. Es un mentiroso.
Reímos.
-Tiene cara de muerto -dijo mi hermano, mirando para el lado donde había desaparecido el mozo-. Vamos a preguntarle si es cierto que ha muerto o si es una calumnia.
-Mañana no irás al cine -dijo mi madre-. ¡Maleducado!
Al cabo de un rato apareció Isidro Ebers, trayendo una fuente. Mi hermano le preguntó:
-¿Es verdad que todos los mozos murieron en el accidente que ocurrió hace un año en el otro local?
El mozo contestó sin cambiar de color:
-Todos murieron. Todos mis compañeros. Ninguno se salvó.
-,Isidro Ebers?
-Isidro Ebers también murió.

Seguimos comiendo. El mozo iba y venía con rapidez, pero nos traía las fuentes con extrema lentitud. Se había olvidado de hacer tostar el pan. Mi madre dijo:
-Mejor será que no le hablemos.
-¿Por qué? -dijo mi padre.
El mozo desapareció corriendo y volvió lentamente con una pila muy alta de tostadas; después de dejarlas sobre la mesa, dijo intempestivamente:
-Isidro Ebers tardó más que los otros en morir, porque quedó preso durante seis horas entre dos tirantes gruesos, que se habían caído y que le apretaban la cintura. Fue el último abrazo que recibió en su vida.
El mozo buscó una silla y se sentó entre nosotros. Siguió hablando:
-Vio toda la noche el vuelo de los murciélagos que lo asustaban de chico. Como después de una batalla, los mozos estaban tendidos en el suelo, con cuchillos en la mano.
-No diga esas cosas delante de los niños -dijo mi madre, furiosa-. ¡No van a dormir esta noche!
-La muerte es para todos, para grandes y chicos, señora -prosiguió Isidro Ebers-. Los aparadores estaban intactos, las mesas, las perchas y las sillas estaban alineadas como en un gran campo de batalla donde corrían los ratones, porque ustedes sabrán, señores, que en el local antiguo abundaban los ratones. Vio salir el sol y oyó las campanadas de las cinco, de las seis... y luego pudo, al fin, salir de los tirantes que lo abrazaban. Fue hasta su casa, no encontró a nadie; estaban velándolo en la cochera. Fue hasta la cochera. En el fondo de un largo cuarto, su mujer lloraba inconsolablemente, quiso abrazarla y ella sin verlo preguntó a su pequeña sobrina:
-¿De dónde viene ese chiflón helado?
La sobrina, acercándose, le contestó:
-Tía Etelinda, las puertas están cerradas. -Y después de un rato dijo en voz baja: ¿Qué haríamos si resucitara el tío Isidro?
-Mi hijita, no me asustes. Eres muy niña para saber lo que es la muerte. Este cajón es el más lujoso que he encontrado -y al decir estas palabras se acercó al cajón y acarició con el índice el dibujo del bronce sobre la madera, para distraer a la sobrina.
-¿Pero usted cómo se llama? -interrumpió mi hermano entusiasmado.
-Yo me llamo Isidro Ebers.
En ese instante se acercó el *maitre d'hótel*, muy congestionado, y dirigiéndose al mozo le dijo:
-¿Qué hace usted acá? ¿Por qué no está sirviendo?
-Pero estamos hablando de Isidro Ebers -protestó mi hermano.
-De acuerdo a los reglamentos -dijo el *maitre d'hótel* dirigiéndose a mi madre- los mozos no están autorizados a sentarse a las mesas donde están

los clientes, salvo cuando se trate de un desmayo o de un fallecimiento. En ese caso se ruega a la víctima que se acueste en el suelo para no permitir abusos. Se ha previsto también el caso de un encuentro familiar, padre, madre o hermanos. En esas circunstancias será menester (dice el reglamento) que el mozo elija otro restaurante para encontrarse con su familia.
-Tiene razón -dijo mi madre, interrumpiendo al *maitre d'hótel*.
-Pero Isidro Ebers ha muerto. Hace un año que ha muerto -contestó mi hermano, indignado.
-No importa. No estamos hablando de casos personales. Se trata del personal y de los reglamentos que todos deben respetar. -Dirigiéndose al mozo, que no se había movido de la silla, gritó:
-Usted queda despedido.
El mozo sonrió levemente, esperó que el *maitre d'hótel* se fuera y nos dijo:
-Esto sucede todos los días.
Se levantó y nos trajo el postre. El postre estaba hecho de una azucarada nube de merengue. Después de dejar la fuente sobre la mesa, sacó una tarjeta de su bolsillo:
-Les voy a dar mi dirección -nos dijo, escribiendo apresuradamente con un lápiz.
Para fastidiar a mis padres, me entregó la tarjeta a mí, sin mirarme. Vislumbré en letras negras su nombre: Isidro Ebers, Sector E, número 9. Chacarita.
-Si alguna vez quieren comprobar la miseria en que vivo, ini una flor! -dijo.
Mi madre me arrebató la tarjeta, pero yo sabía la dirección de memoria. Miré a mi hermano. Llegué hasta él a través de un largo puente de miradas asombradas. Éramos partidarios de Isidro Ebers y resolvimos, aunque estuviera muerto, ir a visitarlo. No dormimos en toda la noche.

El médico encantador

Con los bolsillos repletos de bombones en forma de palomas, de ratones Mickey, de enanitos, de conejos, de los que me ofrecía, uno antes de auscultarme, otro después de examinarme la garganta, bajando mi lengua con el mango de una cuchara de postre otro, el menos codiciado y más pegajoso de todos, al despedirse, recuerdo a Albino Morgan. Era nuestro médico. El médico de mi infancia, de mi adolescencia, de mi familia, de toda la vida. En aquella época, el principio de su carrera, de esto hará quince años, se especializaba en niños y era muy joven, pero me parecía viejo porque usaba anteojos verdes, barba larga, pañuelo anudado al cuello (que le daba cara de garganta dolorida) y la valijita del manómetro, que llevaba bajo el brazo como si hubiera sido una caja llena de huevos o de tazas muy

finas de porcelana. Para conquistar a los niños, antes de mirarlos siquiera, fingía auscultar alguna estatuita, alguna figura de un cuadro, de esos que nunca faltan en las casas, dirigiéndoles palabras cariñosas, como si se tratara de seres reales. Mirta, que venía a jugar conmigo después de las clases, aunque no estuviera enferma recibía dentro de la boca su caramelo. Como un cura que da la hostia, sosteniéndola entre el dedo pulgar y el índice, Albino Morgan le administraba la golosina; dirán que el gesto denotaba perversión sexual, indicio de otras depravaciones, pero yo no lo creo. En broma y porque mis padres admiraban sus bromas les decía: "Soy especialista de niños porque los niños se contagian más fácilmente. A cincuenta casas puedo llevar la enfermedad de un solo niño que visito". Si hubieran adivinado la secreta verdad de esa frase, mis padres no hubieran reído.

Muchas veces oí a mis tías discutir su eficacia, su honestidad, su sabiduría y hablar con cierto mal disimulado temor o falso desdén de lo que llamaban la originalidad o la excentricidad de Albino Morgan. Yo trataba de no escuchar esos diálogos odiosos, que me sumían en la mayor de las confusiones: por ellos llegaba a dudar de todo, hasta de la existencia de Dios. Pues como no había de dudar, sin perder fe en todo lo demás, en el médico que mis padres veneraban, que me auscultaba de pies a cabeza, logrando que resonara mi abdomen como un tambor, que hacía saltar mis piernas y mis brazos con un simple golpecito, que escuchaba el corazón o las arterias a través de instrumentos parecidos uno a un teléfono y otro a un reloj, que prohibía alimentos y prescribía gotas azules, rojas o verdes, inyecciones, jarabes, enemas de leche sin vacilar. Por orden de Albino Morgan nunca tomé de niño remedios repulsivos como el aceite de ricino o la magnesia, sino aquellos de sabor a frutilla, incomparablemente agradables. Bajo su influjo los pacientes se enamoraban de las enfermedades. Conozco a una señora que lloraba por verlo, tal vez ella sabía que simultáneamente con el doctor Morgan entraba en su casa alguna interesante dolencia que le rejuvenecía el alma. Con un camisón rosado y una mañanita que le había regalado su íntima amiga gozaba de un bienestar imponderable esperando la visita de su médico. Mi abuelo, que era atrabiliario, creyendo a pesar de su longevidad, que cada día era el último de su existencia, frente a él se dedicaba a las bromas. Cuando el médico le decía, refiriéndose a su dolencia: "Pasará, pasará", él respondía: "pasará, pasará, pero el último quedará", como dicen los niños cuando juegan a Martín Pescador. Albino Morgan, con su manía de decir la verdad en broma, haciéndome cosquillas, me llamaba "chanchito de la India" y, en efecto, yo fui uno de sus primeros y predilectos chanchitos de la India.

En un momento dado empezó a variar inmoderadamente de remedios. No sé cuándo ni cómo comenzaron sus innovaciones terapéuticas, ni cómo las

concibió, pero advertí un cambio en su actitud, en su manera de hablar. ¿Fue debido al amor que evolucionó? No lo creo. ¿Su noviazgo con Mirta, que era tanto más joven que él, lo perturbó? El amor transforma a los seres, no lo dudo, pero en el caso de Albino Morgan fue diferente: el transformó el amor, por lo menos el amor de Mirta.

Todo el mundo sabía ya que en la casa en donde entraba Albino Morgan, entraban las más variadas enfermedades: las personas que no lo confesaban abiertamente, se reían un poquito si alguien les mencionaba el hecho, como si se tratara de las travesuras de un niño mimado al que se le perdona cualquier cosa. Como quien lleva un ramo de flores o una caja de bombones a una casa, Albino Morgan llegaba con los virus que diseminaba. Asimismo, cada paciente esperaba su visita con impaciencia: querían verlo sonreír en la puerta de entrada, sentarse junto a la cama (aunque se lustrara la punta del zapato con la colcha), hablar y dar palmadas sobre el hombro de un padre o de una madre complacida o acariciar la frente del enfermo o distribuir aquellos bombones que sacaba del bolsillo. Bastaba que extendiera la mano para prohibir la sal o el azúcar en las comidas: los pacientes más rebeldes le obedecían. Bastaba que cruzara una pierna para recetar enemas: los pacientes menos resignados aceptaban sin protesta el sacrificio. Bastaba que se acomodara la corbata para ordenar una dieta de una docena y media de bananas por día:

el paciente más inapetente no vacilaba, jubiloso, en complacerlo. Bastaba que pronunciara palabras ininteligibles, para que el paciente más sano quedara con fiebre o malestares gástricos.

Por medio de un manómetro generador de rayos, o con caramelos o con el termómetro que colocaba en la boca del paciente (jamás en el recto, ni en la axila, ni entre las piernas) dicen que propagaba las enfermedades. Se trataba de virus como lo dije anteriormente, que cultivaba en la intimidad de su propia casa: uno de sus colegas, amigo mío, me lo aseguró. Recuerdo el nombre de las enfermedades que el mismo bautizó y los síntomas, que voy a enumerar y a detallar.

Colmenares nocturnos. El colmenar nocturno se manifestaba con un leve dolor de cabeza, con mareos que se prolongaban durante la noche sobre las sienes hasta abarcar toda la cabeza del paciente. Un zumbido similar al que circunda y desborda en días de calor una colmena, atormentaba los oídos. Si alguien se acercaba al enfermo podía, en algún momento, oír ese zumbido, pues tal vez lo proyectaba el aire al salir de los labios secos y contraídos por la dolencia. El paciente creía ver en la oscuridad, en tonos amarillos violentos, lo que podría parecernos a primera vista una visión agradable: un panal perfectamente dibujado. Simultáneamente sentía en la boca un sabor a miel que lo obligaba a beber agua sin interrupción. Encendiendo la luz, la intensidad de la visión se moderaba; luego, con la

subida inevitable de la temperatura comenzaban las pesadillas, y todas se referían a la miel. Algunos soñaban que de los grifos del lavatorio del baño, en lugar de agua, salía miel. Otros, para aplacar una sed intensa, tomaban un vaso de miel. Otros se acercaban a un mar asombrosamente quieto y amarillo, donde un barco se hundía con dificultad: el líquido era naturalmente miel. Mujeres coquetas continuamente se peinaban el pelo de miel que no podían sostener con ninguna horquilla.
Cromosis tisular. Ésta era otra de las enfermedades que diseminó en los barrios más elegantes de Buenos Aires. En común con la anterior tenía un síntoma: el insomnio. En lanas de colores vivos el paciente imaginariamente bordaba la vida de sus antepasados; el esfuerzo que hacía por recordar los detalles más tediosos de la vida de personas que conocía sólo en fotografías lo obligaba a encender la lámpara para buscar en la mesita de luz, como si estuviera ahí la lana gris, la lana castaña, que convenía para bordar tal o cual pasaje de una biografía. El esfuerzo, precedido de un dolor agudo de estómago, dejaba postrado al enfermo, que no podía conciliar el sueño. Si el paciente era del sexo masculino, pensaba: Soy hombre, no tendría que dedicarme a estas labores absurdas. Si era del sexo femenino, pensaba: Es ridículo no poder descansar ni de noche. No soy una niña de un orfanato; ¿quién me obliga a este trabajo? Si era un cura, pensaba: Sería mejor hacer un ex voto o pintar la virgen al óleo.
Astereognosis insomne. Ningún dolor de cabeza ni de estómago caracterizaba esta enfermedad más incómoda, pero menos abrumante que las otras. Los síntomas se manifestaban sólo de noche, sin luz, o en la oscuridad total de algún cuarto en horas diurnas. El enfermo no reconocía el objeto que palpaba. En algunos casos un hombre buscando fósforos confundió la mesa de luz con el pecho de su mujer; en otra una madre confundió la cabeza de su hijo con un melón y estuvo a punto de ponerlo en la heladera. Pero mucho más terrible fue la historia, que todo el mundo conoce, de aquella novia de dieciséis años, perdida en el bosque de Palermo con su novio, la noche en que los chicos apedrearon el último farol que tenía una bombilla y que simultáneamente, dejando el bosque a oscuras, las nubes cubrieron la luna que alumbraba apenas las ramas peligrosas de los árboles.
No hay que creer, y esto se lo digo a las personas aprensivas, que todas las enfermedades son horribles. Albino Morgan me explicó un día que esas maravillosas hojas creo que son de begonia, rayadas de rojo o de amarillo o de violeta, que las dueñas de casa eligen para adornar sus hogares, son hermosas porque están enfermas. A mí me tocó, como a las begonias, tener una enfermedad que me volvió encantador, por lo menos ante los ojos de Mirta. ¡Al inocularme ese virus no previó Albino Morgan el funesto desenlace! Yo soy por naturaleza callado. El mal del cual sufrí durante dos

años y que me unió a Mirta indisolublemente, llamado labiagnosis, no era desagradable, sino a veces molesto, pues los síntomas no tenían horario. Desde el momento en que yo sentía una puntada aguda en el centro de mi frente, hasta que cesaba el dolor -dos horas- hablaba sin parar, con elocuencia imponderable. He oído grabaciones de esas tardes, que Mirta conserva, realmente conmovedoras. Me es difícil reconocer en ellas mi voz, aunque dicen que nadie conoce su propia voz grabada. Si los síntomas de mi dolencia se hubieran manifestado con horarios convenientes, hubiera podido dar conferencias y ganar dinero, ya que tuve que abandonar mi empleo en la Biblioteca Nacional, pues no dejaba leer a nadie.
Gracias a todas estas circunstancias, mi elocuencia y el abandono del trabajo, que me dejaba horas libres para dedicarme al amor y a la contemplación, Mirta se enamoró de mí. Compañeros de infancia, era natural en cierto modo que nuestra amistad se volviera sentimental, luego apasionada. Algunas personas, cuando hablan, olvidan lo esencial y son elocuentes sólo mentalmente en el silencio. Yo recordaba todo, hasta el latín y el griego, cuando hablaba. Esa inusitada lucidez deslumbró a Mirta, que rompió su compromiso con Albino Morgan para darme su amor.
Albino Morgan trató de inocularse a él mismo la enfermedad admirada y luego, en vano, por todos los medios, trató de curarme. ¡No pudo lograrlo a tiempo, pues cuando lo consiguió, si es que lo consiguió él y no mi propio organismo, Mirta me amaba para siempre! A veces una persona ama a otra en memoria de lo que fue.

El incesto A Juana Ivulich

¡Todavía me gustan las muñecas! En mi dormitorio sobre una carpeta de macramé, estaba sentada mi predilecta, la última que me regalaron, la más bonita de todas.
-Quisiera tener una mujercita y no un varón -solía decirle a mi marido, pensando en alguna muñeca.
Siempre oía una cariñosa respuesta:
-La tendrás. -Y luego la recomendación habitual: No te canses -cuando salía de casa y tomaba el tranvía en la esquina. ¡Otro marido tan bueno como el mío no habrá en todo Buenos Aires!
Yo estaba encinta y la alegría, la infalibilidad y el asombro de la perspectiva me impedían tal vez padecer los malestares de otras mujeres cuando están encintas. Además, mi afición por la costura no me dejaba desfallecer. Tenía que acudir todas las mañanas al taller de Dionisia Ferrari, donde aprendía a cortar y a coser, con otras chicas de mi edad, durante el invierno. Yo tenía la impresión de otorgar un placer a mis manos cuando manejaban las tijeras las agujas y los alfileres: un placer del cual yo estaba a menudo ex-

cluida pues mi pensamiento, preocupado por otras cosas, me desvinculaba de mi cuerpo. A veces, por las tardes, la señora Dionisia, que me trataba como una madre, me servía chocolate con leche y vainillas. El placer lo sentía mi paladar y mi estómago y no mi verdadero yo. Mientras relamía mis labios golosos, esa preocupación, que iría acrecentándose como una enfermedad, me carcomía.

¿Acaso la desventura de los demás debe de ser también nuestra? ¿Acaso debemos sentirnos siempre tan solidarios con el género humano? Yo atribuía mi estado de sensibilidad al hecho de estar encinta. ¿Qué podría importarme del drama que se desarrollaba en la familia de Dionisia Ferrari? Si bien Dionisia me trataba como una madre, dándome chocolate con crema y vainillas por la tarde, ofreciéndome, para coser, un asiento junto a la ventana, prestándome a veces su dedal de oro con perlitas y su tijera de sastre, la verdad es que no le preocupaba que mi marido perdiera su empleo, que mi madre tuviera flebitis. Hay que ver las cosas como son: en el fondo me hacía mala sangre por motivos egoístas. Iba a ser madre y tal vez todo lo que sucedía a una madre o a una hija tenía, en cierto modo, que preocuparme, y como todas las mujeres son madres e hijas, me preocupaba por todas las mujeres, cosa que nunca me había sucedido, pues antes la humanidad me era indiferente.

El taller de Dionisia quedaba en la calle Necochea, en la Boca. La casa era amarilla como el jabón de lavar los pisos, tenía una reja pintada de negro, con adornos de bronce y en el jardín de entrada, dos palmeras con penachos tristes, que se agitaban con el viento, daban la ilusión de barrer las nubes del cielo cuando había tormenta. En el frente de la casa quedaban las habitaciones de los parientes de Dionisia, en los fondos, detrás de un patio con numerosas plantas, las dependencias de Dionisia y de su familia, que se reducían al taller de costura, separado por una cortina floreada del angosto y largo dormitorio.

Inútilmente yo trataba de distraerme cuando regresaba a casa. Leía Caras y Caretas. Soy aficionada a la lectura. He gastado más velas en leer que en rezar, no me da vergüenza decirlo. Soy franca y digo las cosas feas, con naturalidad. En las fotografías miraba a la reina Ranavalona Manjaka, la ex reina de Madagascar, con su cara negra, vestida con tanta elegancia, en una berlina, paseando por las calles de París y no me daba risa. Miraba al ganador del primer premio de carrera de automóviles París-Berlín, sin asombro. Miraba el paletot de última moda para señoras del Palacio de Cristal: no hubiera dado ni un paso ni un peso por tenerlo. Miraba el retrato de la pobre secuestrada de Poitiers: no me horrorizaba. No me daban ganas de estar en Nápoles, para la fiesta de San Genaro. Leía con indiferencia las recomendaciones para las madres: "El estómago es el cochero del sistema nervioso". El estreno de Nerón, por la compañía de la Guerrero, no

despertaba mi curiosidad. El ombú donde habitaba el ermitaño Witner, en San Nicolás de los Arroyos, no me impresionaba ni un poquito; Jacquets para señoras: al ver los avisos no ambicionaba tener ninguno. Digo la verdad. Miraba el cuadrante solar del bañado de Flores, en una fotografía: no hubiera dado un centavo por verlo personalmente. El cura Frabricci, circulador de moneda falsa, no me escandalizaba. "¿Estaré enferma?", me preguntaba a mí misma. Si no hubiera sido por las confidencias de Dionisia, no habría advertido lo que sucedía en esa casa donde yo trabajaba.

Horacio Ferrari no amaba a su mujer. No dormía con ella, prefería acostarse en un catre incómodo, junto a la ventana, para evitar la promiscuidad de su cuerpo. Decían las malas lenguas que el dinero que tenía lo dilapidaba en jugar. ¿Jugar a qué? ¡No lo sabré nunca! ¿Riñas de gallos, carreras de caballos, naipes? Dionisia lloraba de la mañana la noche. Horacio era buen mozo, demasiado buen mozo, lo que impedía que yo le tuviera fastidio o que pensara mal de él. Su cara era noble y tranquila y sus modales correctos.

En cuanto el matrimonio estaba junto, discutía. Los motivos de discordia no tenían mayor importancia. Una vez fue por la estrella del escudo de la casa de gobierno: si tenía ochocientas o novecientas lámparas ocupó una parte de exaltado diálogo. Otra vez fue por la casa del Rey del Son: si quedaba en la calle Florida al 220 o al 340 pareció cuestión de vida o muerte. Otra vez fue por la noticia que salió en una revista, de una gata que dio a luz cinco gatos y tres perros: el matrimonio Ferrari no estaba de acuerdo sobre el número de perros o de gatos que habían nacido. Pero todo sucedía, a mi juicio, por culpa de Livia. Livia sacaba la conversación de esto y del otro y de lo de más allá para perturbar la tranquilidad de sus padres. Yo no digo que lo hiciera a propósito, era inocente porque tenía doce años, pero la cuestión es que en ese hogar no había paz. Yo misma empecé a sentirme culpable. Soy cavilosa, me enseñaron a serlo en la infancia, cuando orinaba en la cama.

Horacio a menudo se sentaba a mi lado para verme coser. Yo me ponía nerviosa. Felizmente Livia siempre estaba con nosotros. Horacio la besaba mirándome como diciendo: "Estoy besando a Livia, pero en mi imaginación te beso a ti". Un día me corté un dedo con la tijera. Horacio, serio como de costumbre, hizo algo increíble: tomó mi mano en su mano, miró mi dedo que tenía una herida como una boca abierta, y me dijo:

-Hay que chupar toda la sangre para que no se infecte.

Acto seguido metió mi dedo en su boca para chupar la sangre. Sentí el calor mojado de su lengua y me estremecí. En ese momento pensé que Horacio se asemejaba mucho a un animal, y me repugnó. Me ruboricé y Lila comenzó a reír como si le hicieran cosquillas. Me limpié la mano en la falda y seguí cosiendo como si nada hubiera sucedido pero sentía la mirada de

Horacio ardiendo sobre mi nuca. Esa mirada húmeda y brillante me recordaría para el resto de mi vida la blandura cálida del interior de su boca. Lo miraba ya sin verlo y lo veía sin mirarlo. Ningún asomo de coquetería hubo en mí. Si se enamoró no fue por mi culpa. Muchos malpensados dirán que traté de seducirlo cuando, detrás del biombo o frente a él en el cuarto de costura por orden de Dionisia, me ponía los trajes suntuosos, que le encargaban las clientas, y luego ataviada con vestido de baile, de amazona, de novia o de viuda, daba unos pasos frente al espejo, para que pudiera yo misma comprobar que todo estaba en orden: el lazo, el ruedo, las puntillas del cuello, los puños del vestido. Creo que las otras chicas me envidiaban, pues ¿cómo habría de interpretar la actitud que asumieron el día en que me puse la copia del vestido de la artista francesa Henriot que había muerto hacía dos meses, en el incendio del Teatro de la Comedia? Yo había gritado desde una azotea, al ver el entierro escandalosamente lujoso:

"Fuera blancura y azahares" hasta que los vigilantes me hicieron callar. Pensé: estas chicas saben que no soy partidaria de la francesa loca, ni de sus admiradores, que murió por salvar a su perro ¿entonces por qué me miran con severidad y no me hablan, al verme con el vestido de la francesa? Por envidia y por ninguna otra razón. Mi cuerpo es esbelto a pesar de estar encinta; tengo una cintura de avispa y mi estatura es mediana, más alta que el común de las mujeres argentinas. Mi mamá dice que me distingo por mi silueta.

Tuve un hijo. Durante un año, para cumplir con mis deberes maternales, no fui al taller de costura. Cuando volví a lo de Ferrari, nada había cambiado. Volví a reanudar mi trabajo. Dionisia, Horacio, Livia me trataron como siempre. Mi amor por Horacio había crecido.

Un día, que jamás olvidaré, Dionisia me dijo:

-Tengo que hablar contigo. Saldremos hoy a las cinco. Diré que vamos a comprar géneros y cintas.

Dionisia nunca tuvo que dar explicaciones por sus salidas. Nos vestimos para salir, nerviosamente. En la calle, lejos de la casa, Dionisia me habló:

-Sabes que Horacio es un hombre raro, un degenerado. -Cobardemente yo asentí con la cabeza. -No me importa que me engañe, pero que ande detrás de su propia hija es un pecado mortal, que no tolero.

Cobardemente me escandalicé. Yo sabía que Horacio estaba enamorado de mí y que utilizaba a su hija para disimular.

-Dentro de cuatro semanas -prosiguió- huiré con Livia de mi casa. Nos iremos a España. Tienes que acompañarme al puerto. Diré que voy a despedir a una amiga. A último momento me esconderé para que nadie me vea. Tengo aquí los pasajes. Me embarcaré en el Marsella.

Sacó de su corpiño un sobre, lo abrió y me mostró los papeles. Yo podía

disponer de cuatro semanas para defender a Horacio, diciendo simplemente la verdad. Para declarar su inocencia, yo tenía que acusarme. No dije nada. Dionisia confiaba en mí. Me quería más tal vez que a su hija, que era una coqueta.
El día en que salía el barco fui más temprano que de costumbre a la casa de Dionisia Ferrari. Debajo de la cama estaban escondidos dos paquetes, poquita ropa de las viajeras.
Vislumbré a Horacio tomando el desayuno, antes de salir para el trabajo. Dos horas después fuimos en un coche a la dársena. Temblando, esperé que saliera el barco. Debajo de mi sombrilla abierta oculté las lágrimas, que quemaban mis ojos.

La cara en la palma

Anoche, perdón, antenoche, a las cuatro y media de la mañana, cuando viniste a buscar el sobre con las direcciones que dejó la señora Upinsky debajo de la mano del llamador de bronce (como habíamos convenido, para no tener que entregártelo personalmente), yo estaba despierta y oí tus pasos en las baldosas del corredor. Mi vida se rige de acuerdo a tus pasos. Toda la casa dormía, salvo el perro, con sus grandes orejas rubias, que también te oyó. Me faltó valor para abrir la puerta y salir a tu encuentro, como pude hacerlo. Perdóname y compréndeme. A la hora en que todo el mundo duerme suceden las cosas más maravillosas y las cosas más terribles del mundo. Uno es capaz de matar a alguien, ¡uno es capaz de revelar cualquier secreto!, uno es capaz de alejarse de la persona que uno más quiere para robar una sortija de diamantes o una rosa de cristal; uno es capaz de huir, de huir sin rumbo y de esperar la aurora creyendo que uno se ha enamorado de alguien que uno no volverá a mirar; uno es capaz de atravesar el fuego por una persona amada, sin morir. Uno es capaz de revelar cualquier secreto a esa hora, te lo aseguro. ¡Salvo yo! No quería revelarte ningún secreto, ni siquiera quería explicarte por qué uso un guante en la mano izquierda. No. No soy leprosa, te lo hubiera dicho. Yo quería oír tus pasos subir y bajar la escalera. Te hubiera demorado con problemas personales. A esa hora uno es o tiene la sensación de estar libre, pero nadie, salvo tú, sabe ser libre cuando es culpable. Tengo que hacerte una confesión, tenía que hacértela desde hace tiempo. Tengo en la palma de la mano izquierda una cara que me habla, que me acompaña, que me combate; una cara pequeña como un bajo relieve, que ocupa el lugar en que deben estar las líneas de la mano. Es un defecto de nacimiento. Por sola que esté, jamás estoy sola. Por segura que esté de una cosa, jamás lo estoy, pues siempre esta pequeña voz contradice mis íntimos pensamientos como si fuera una enemiga. Hemos convivido dieciocho años; no he llegado

aún a habituarme a ella. Si adviertes cierta incoherencia en mis palabras no te asombres: todo se aclarará cuando contestes con paso rápido o pausado la pregunta que te hice la última vez que nos vimos de lejos, en la confitería Los Alfeñiques a la hora del desayuno. No hagas conjeturas. No pienses mal de mí. No pretendo despertar tu curiosidad y aprovechar de ella para que me digas lo que jamás quisiste decirme. ¿Amarías a una mujer manca? Sinceramente te advierto que no tendré confianza en ti, si no tienes confianza en mí.

Mientras elaboro mis flores, en el taller de la calle Uspallata, pienso invenciblemente en tu manera de caminar, pero la voz atroz me dice que tienes paso de soldado con clavos en las suelas, y que las flores que hago parecen insectos. Para torturarme les pasa la lengua o las muerde. La gente dice que nunca hice flores tan bonitas. No saben que están hechas con el sonido de tus pasos sobre las baldosas, la madera o el mármol. No saben que están hechas con palabras de reproche. ¡Hice tantas flores en mi vida que ahora puedo hacerlas con los ojos cerrados! Las hice de algodón, de celuloide, de lata, de plumas, de trapo, de cera, de mostacilla, de terciopelo, de espejitos, de tarlatán, de pelo (como las hacían antiguamente). Ahora las hago más económicas: de papel madera, de papel manteca, de papel de diario (de diarios viejos), de serpentinas cuando llega carnaval.

Aurelio: no sabes lo que es la vida de una mujer que trabaja, con una voz enemiga que le sopla palabras al oído, cuando está preocupada y oye pasos amorosos en el piso de arriba. No sabes lo que me duele el ir y venir de la gente, en el salón de ventas, donde brillan las arañas y los espejos. Ayer hice un ramo para una novia. Me lo devolvieron, porque en uno de los pétalos de las violetas de los Alpes había caído una mancha de tinta, una mancha imperceptible, te lo juro (culpa de esta lapicera con que te escribo y culpa de mi afán por escribirte). Después supe que la novia lució un horrible ramo de flores verdaderas, que en menos de cinco minutos, como era de esperar, se marchitó entre sus manos. Anteayer la señora de Upinsky me felicitó personalmente por el florero que preparé para su cumpleaños. Dice que las flores verdaderas, nunca perfectas, se marchitan pronto y huelen a cementerio, que las mías se conservan siempre hermosas, con un tenue perfume a lila. Es una señora inteligente: habla como un libro de filosofía.

La hermana Camila, del Corazón de Jesús, me pidió flores de seda para el altar mayor, pues la señora de Upinsky le había dado mi dirección. Nunca te agradeceré bastante que me hayas iniciado en este arte de hacer flores artificiales (con tus pacientes consejos), cuando me encontraste en la calle, desvalida, hambrienta, pidiendo limosna. En parte era mi culpa, lo sé: me había escapado de mi casa, pero ¿quién desoye una voz que aconseja

continuamente la huida?
Recuerdo con minuciosa claridad nuestros diálogos: me fascinaban porque me estaban salvando de una tremenda inercia, de la consunción, de la muerte, tal vez. ¡Con qué orgullo entregué tu carta de recomendación a la señora Okinamoto para que me empleara en su casa! ¡Con qué alegría emprendí una nueva vida! Ahora te contaré cómo esperé el año nuevo: fue en una casa de campo. Habían arreglado cuatro mesas sobre el césped; cada una tenía en el centro un arbolito con velas encendidas. Comimos una serie de manjares cuyos colores me deslumbraban; predominaban los colores rosados; el celeste no era comible. Brindé con todo el mundo para festejar el año nuevo; íntimamente brindé contigo. Bailamos hasta las cinco de la mañana. Tres payasos hicieron pruebas y sólo reí porque soy corta de vista. Cuando vi salir el sol me entristecí un poco, al volver a la ciudad. La aurora del campo es limpia, pero la aurora de la ciudad es sucia, llena de cobijas y de cucarachas que se esconden debajo de las bañaderas.
¿Me habrás olvidado? Me consuela la idea de poder mandarte, próximamente, un pensamiento (cuyos pétalos llevarán, en letras de oro, las iniciales tuyas); es una de mis nuevas creaciones: lo colocarás entre las hojas de alguno de los libros que tienes siempre sobre tu mesa de luz. Al olvidarme, por lo menos no olvidarás esa pequeña obra elaborada por mis manos, si todavía eres amante de la lectura y de las flores artificiales.
Si me ves llegar un día con la manga del vestido vacía, como esos guardianes lisiados de las plazas, sabrás que estoy dispuesta a casarme contigo; pero si me ves alejarme como siempre, aparentemente normal, con ese guante tejido, en la mano izquierda, entiende que yo, tu enamorada, vivo oyendo en mí la voz de alguien que te odia.

Los amantes

En la billetera de material plástico él llevaba el retrato de ella, vestida de odalisca. Ella, sobre su mesa de luz, tenía el retrato de él con traje de conscripto.
La familia, el trabajo, los horarios de las comidas y del sueño, confabulaban para que no se vieran a menudo, pero esos encuentros esporádicos eran rituales y ocurrían siempre en invierno. Primeramente compraban masas, después las saboreaban debajo de los árboles, como los niños que llevan la merienda.
La ansiedad es una forma de dicha que beneficia a los enamorados. A través de un laberinto de días, de cacofónicas comunicaciones telefónicas, que parecían no llegar nunca a su término, y después de desechar otras posibilidades, elogian siempre, para lugar de citas, la confitería Las Dalias, y un domingo. Ella llevaba a guisa de abrigo una manta peluda, escocesa,

que era de gran utilidad. Frente al escaparate de la confitería se saludaban sin mirarse, ceremoniosamente confusos. Todas las personas que no se ven a menudo, no saben qué decirse; esto es cierto.

"Tal vez en un cuarto bien oscuro o en un automóvil a gran velocidad -pensaba él- perdería mi timidez." "Tal vez en un cinematógrafo, después del entreacto o siguiendo una procesión, sabría qué decirle" pensaba ella.

Después de este diálogo interior, entraron en la confitería, como lo hacían siempre, y compraron ocho tajadas de tortas diferentes. Una parecía el monumento de los españoles, con penachos de crema abigarrados y frutas abrillantadas, formando flores; otra, parecía un encaje, era misteriosa y muy negra, con adornos lustrosos de chocolate y de merengue amarillo, salpicado de grageas; otra parecía un pedestal de mármol roto, era menos hermosa pero más grande, con café, crema pastelera y nueces machacadas; otra parecía parte de un cofre, con joyas incrustadas en los lados y nieve en la parte superior. Cuando pagaron y el paquete estuvo listo, se dirigieron a la Recoleta, al reparo del paredón del asilo de ancianos, donde se refugian los niños que rompen los faroles y los mendigos que lavan su ropa en la fuente. Junto a un árbol degenerado, con ramas que hacen las veces de columpios y de caballos para los niños que se hamacan, se sentaron sobre el pasto. Ella abrió el paquete y sacó la bandeja de cartón donde brillaban, un poco aplastados ya, la crema, el merengue y el chocolate. Simultáneamente, como si cada uno proyectara en el otro sus movimientos (imisterioso y sutil espejo!), tomaron con una mano primeramente, luego con las dos, la tajada de torta con penachos de crema (monumento de los españoles en miniatura), y se la llevaron a la boca. Mascaban al unísono y terminaban de deglutir cada bocado al mismo tiempo. Con idéntica sorprendente armonía se limpiaban los dedos en los papeles que otras personas habían dejado tirados sobre el pasto. La repetición de estos movimientos los comunicaba con la eternidad.

Terminada la primera tajada volvieron a contemplar las restantes tajadas en la bandeja de cartón. Con amorosa avidez y con mayor familiaridad tomaron la segunda ración: las tajadas de chocolate, decoradas con merengue. Sin vacilar, con los ojos bizcos, se las llevaron a las bocas desmedidamente abiertas que esperaban. Los pichones abren de igual modo los picos para recibir el alimento que las madres les traen. Con más energía y mayor velocidad, pero con la misma fruición, comenzaron a masticar y a tragar de nuevo como dos gimnastas que hacen ejercicios al mismo tiempo. Ella, de vez en cuando, se volvía para ver pasar un automóvil más valioso que los otros por su excesivo olor a nafta y por su tamaño, o levantaba la cabeza para mirar una paloma, símbolo de amor, que revoloteaba pesadamente entre las ramas. Él miraba hacia adelante, pero tal vez paladeaba con menos conciencia que ella el gusto de esos

manjares, cuya abundante crema caía sobre el pasto, sobre la manta doblada y sobre algunas basuritas adyacentes. Hasta que pudieran terminar el contenido de la bandejita de cartón amarillenta recubierta de papel manteca, ninguna sonrisa animaría aquellos labios armoniosos. El último bocado de ambos trozos de torta se desmenuzó entre el dedo pulgar, el índice y el mayor de ambas manos, y tardó en penetrar en las bocas que lo esperaban. Las migas que caían sobre la bandeja, la falda y el pantalón, fueron cuidadosamente recogidas e introducidas, con el pulgar y el índice, en la boca.
La tercera tajada de torta, más opulenta que las otras, parecía el material que sirve para construir algunas casas originales que hay en los balnearios. La cuarta tajada, más leve pero más ardua, por su consistencia de esponja (estaba espolvoreada de azúcar) les dejó bigotes blancos y pintas blancas en la nariz. Para introducirla en la boca había que sacar la lengua y cerrar los ojos. No aventurarse a tomar un gran bocado era perder buena parte del manjar donde pululaba el maní disfrazado de nuez o de almendra. Ella estiró el cuello y bajó la cabeza; él no cambió de actitud. La masticación siguió su ritmo regular, como acompañada por un cronómetro.
Sabían que quedaban más manjares en la bandeja de cartón. Pasado ese primer momento difícil, el resto fue fácil. Las manos hacían las veces de cucharas. En vez de masticar antes de tragarlos, las bocas hacían buches con la crema el bizcochuelo.
Terminado el contenido de la bandeja, ella tiró lejos el cartón festoneado y sacó del bolsillo un paquetito lleno de maníes. Durante unos minutos, con ademanes de modista, partía las cáscaras, pelaba los granitos de maní, se los daba a él, guardándose algunos, que se llevaba a la boca, para masticar de nuevo al unísono con él. Relamiéndose los labios osaron esbozar algún tímido diálogo, relacionado con picnics: gente que murió al beber vino, después de comer sandía: una araña pollito dentro de una canasta, que sirvió para matar a una muchacha odiada por los suegros, un domingo; conservas en mal estado, aparentemente deliciosas, que causaron la muerte de dos familias, en Trenquelauquen; una tormenta que ahogó la luna de miel de dos parejas, brindando con sidra y comiendo salchichas con pan, en la orilla del arroyo, en Tapalqué.
Cuando terminaron los alimentos y el diálogo, ella desplegó la manta y ambos se cubrieron, acostándose en el pasto. Sonrieron por primera vez, pues tenían la boca libre de alimentos y de palabras, pero ella sabía (y él también lo sabía), que bajo el amparo de esa manta el amor repetiría sus actos y que la esperanza, con alas frívolas, cada vez más remota, la alejaría del matrimonio.

Las termas de Tirte

Estaban sentados en la tétrica sala de las termas de Tirte. Las termas de Tirte eran célebres: sus aguas curaban las enfermedades más dispares, el eczema, la hepatitis, los cálculos de riñón, el reumatismo, los desarreglos nerviosos, la hipertensión, la conjuntivitis crónica, que afea tantos ojos. Los enfermos que acudían a las termas, todo el tiempo hablaban de enfermedades. Cada uno de ellos había sufrido más que el otro y ese otro no lo admitía. Bebían agua como si hubieran nacido sólo para eso. Antes de tragar el agua algunos hacían buches, otros gárgaras, otros mantenían en la boca el sorbo de agua sin moverlo, como si fuera una hostia, otros bebían tan lentamente que el vaso parecía llenarse en lugar de vaciarse. Entre tantos enfermos, poco atrayentes, jamás pensé que Lucy encontraría al hombre de quien debía enamorarse. Tan luego ella, que era tan difícil. Yo la visitaba todos los fines de semana y dormía en la orilla del lago o en la plaza sobre un banco para no pagar alojamiento.

Samuel Ortigas, el médico, hablaba del poder mágico de las aguas, mientras los enfermos se mataban a trompadas.

-¿Aguas mágicas? Aguas diabólicas -yo le decía.

A las cinco de la tarde, hora en que se abrían los baños de aguas sulfurosas, los ánimos de los enfermos llegaban al paroxismo de la exaltación. Si durante la mañana discutían casi amenamente, bebiendo agua, durante la tarde se golpeaban, se arañaban o se tiraban con los vasos porque algún orgulloso pretendía tener el hígado más enfermo, o un impúdico, el reumatismo más deformante, o un insolente la conjuntivitis más purulenta.

En aquel sitio que por su belleza y su tristeza era célebre sentí una gran melancolía, pero poco a poco fui descubriendo que también sería agradable vivir por unos días en un lugar dedicado al reposo y consagrado al mejoramiento de la salud.

Fue en las orillas del lago, uno de los adornos más famosos de la comarca, debajo de un cerezo, que me dijo Lucy:

-Estoy enamorada de ese actor francés.

-¡Cómo puedes! -le respondí escandalizado.

-¿Por qué? -su asombro no tenía límite.

Le señalé con el índice a Raúl Bertrés, que hablaba con un joven de camisa celeste. Mientras hablaba arrancaba distraídamente cerezas del árbol, para ofrecérselas a su interlocutor, colgándoselas de las orejas o del cuello como si fuesen aros o cuentas de un collar.

-Todos los días se encuentran a la misma hora, y salen en yate.

-¿Y es una razón para que te escandalices? -me respondió-.

El pobre se aburre como un condenado con ese discípulo.

-La razón es que juntos se divierten más que con una mujer.

-Serán amigos.
Reí con un grito agudo casi afeminado, y dije:
-Naturalmente. Era eso lo que quería decirte.
-Calumnias -respondió Lucy.
Raúl Bertrés, además de haber inspirado a Lucy una pasión desmedida, era uno de los más célebres actores del momento. Venía todos los años a cumplir una cura a Las Termas de Tirte, para mantenerse joven, según los informes de Lucy, y se hospedaba en el hotel más lujoso del lugar. Bajaba rara vez al edificio de los baños, y si lo hacía desdeñaba el funicular, prefiriendo bajar a pie hasta la fuente misma de donde manaba el agua que bebía, para después entrar furtivamente en el edificio, a saludar a los médicos. Fue en su organismo que se pudo comprobar el poder de las aguas, poder harto distinto del que rezaban las propagandas. Samuel Ortigas aseguraba a Lucy que las aguas no curaban las enfermedades banales sino que daban una energía sobrenatural a los enfermos o a los hombres sanos. En el primer momento esta teoría le pareció absurda a Lucy, pero tuvo que admitirla, pues comprobó que aquello que parecía un cuento de hadas era la verdad.
Para Raúl Bertrés la vida del hombre era demasiado corta. Lucy lo supo por el conserje del hotelito donde vivía. Un hombre que se acuesta todos los días a las cinco de la mañana, que no tiene tiempo de divertirse, que tiene que hacer ejercicios respiratorios y aprender de memoria páginas y páginas de diálogos, siente que la vida pasa como un soplo. No podía vivir a fuerza de no encontrar tiempo para vivir: era esa su enfermedad. La angustia del tiempo, que todos tenemos, lo carcomía. ¿Pero cómo sería posible alargar la vida de un hombre? Los sabios habían estudiado tanto y tan infructuosamente la cuestión que se habían desanimado. ¡Un problema sin solución!
-¿Qué son dos o tres años más de vida que me darán estas aguas? -exclamaba Raúl Bertrés, bebiendo con desesperación.
-Yo que de joven siempre quise morir, no lo comprendo -se lamentaba Lucy.
Samuel Ortigas creyó descubrir de este modo la solución y la halló. Si un ser dotado de suficientes energías pudiera cumplir, mientras duerme, sus obligaciones más tediosas y de ese modo aprovechar el tiempo que desperdicia en descansar, alargaría el doble su vida.
Aunque parezca mentira, Raúl Bertrés, mientras dormía cumplía sus obligaciones más tediosas.
Demostrar a Lucy, como yo me lo había propuesto, cuáles eran para Raúl Bertrés las obligaciones tediosas resultaba difícil, ya que el único indicio que revelaba su sueño eran los ojos cerrados y un imperceptible ronquido, pues el hipócrita usaba gruesos anteojos negros.

Me aventuré a una empresa difícil: resolví hacerme amigo de él, para arrebatarle o romperle intempestivamente los anteojos, en circunstancias de sumo interés para Lucy y para mí.
Ala distancia, de nuevo debajo del cerezo, platicando con el discípulo, lo vislumbramos. Con Lucy nos acercamos corriendo. Fingí que iba en busca de las mismas cerezas. Con un brusco movimiento le quité los anteojos. Lo miré con asombro. Vi que sus ojos estaban cerrados.
-Mientras está contigo también duerme -dije a Lucy.
Para probar la veracidad de mis palabras, traté de organizar el paseo de él y de Lucy, en una noche de luna.
En medio de un diálogo apasionado, como un maleante me acerqué a Raúl Bertrés y le quité los anteojos gruesos y verdes. Pero cuál no fue mi sorpresa y mi disgusto al ver que sus ojos estaban abiertos. Sin embargo sé que se abrieron en ese instante con mi aparición y que volvieron a cerrarse indignados cuando desaparecí entre los árboles, llevándome los anteojos, pero ¡ay! no el confiado, el engañado corazón de mi ex novia Lucy.
La vida clandestina
-Magdalena cree que la engaño, y la engaño pero de un modo raro -me dijo un día.
Hacía poco que nos conocíamos. Yo no sabía quién era Magdalena y la confidencia me pareció estúpida.
Otro día lo acompañé al sótano: de ahí se divisaba la escalera, donde retumbaba el eco. Me dijo:
-Cuando grito, no es con mis palabras, ni con mi voz, que el eco responde. No sólo eso me da miedo; me dan miedo los espejos, donde no me veo a mí mismo reflejado sino a otro muchacho diferente, totalmente diferente.
-¿Desde cuándo suceden estas cosas? -le pregunté.
-Desde siempre. Desde que fui capaz de hablar, de mirar, de distinguir un reflejo de una persona. Por eso nunca pensé libremente en Magdalena, ni pude, acostado con otra mujer, engañarla. Sentí que la voz del eco, que esas palabras que no grité, que esas imágenes del espejo, que no proyecté, se juntaban para formar a un ser infinitamente más vital y más humano que yo y que Magdalena.
-No te preocupes -le dije-. El eco tiene una voz impersonal.
-Pero cuando una voz de hombre grita, contesta con voz de hombre.
-El eco de tu casa desfigurará los sonidos, un fenómeno corriente. ¡Hay tantos cuentos al respecto! ¡Tantos poemas que conozco de memoria! Existe el eco simple, el doble, el triple, el múltiple, el monosilábico y el polisilábico. El espejo que también desfigura las imágenes es muy común. A veces las devora: en el caso de Arquímedes...
Ya protestaba y, para tranquilizarlo, le dije:
-Es un desdoblamiento, tal vez.

Empecé a preocuparme cuando advertí que el eco no modificaba el ladrido ni el espejo el hocico de Dongo, su perro, que el eco no modificaba el canto del canario ni el espejo su color, y que, por último, a mí tampoco me modificaban ni el eco ni el espejo.
Un día me dijo:
-Tengo miedo de encontrarme con esa persona... Por ella sería capaz de abandonar a Magdalena.
-No te quedes en esta casa. Verás que los otros ecos y los otros espejos del mundo son diferentes.
Huyó. Pero sus cartas me dijeron que en todas partes encontraba la extraña voz en el eco, y la extraña imagen en los espejos. En todas partes aquel ser iba creciendo. En el agua, en los metales, en los vidrios, en los huecos de las escaleras, en los zaguanes de las casas viejas, en los aljibes, en las iglesias, las grutas, en el fondo de las montañas, aquel ser lo esperaba. Aunque la amara, no podía pensar en Magdalena.
Desde niño le había gustado la música. Tocó el clarinete en una orquesta. Pero vio la imagen reflejada en el bronce convexo del instrumento. Abandonó la orquesta. Trabajó en una fábrica de cuchillos: la vio en las hojas de los cuchillos. Trabajó en un taller mecánico, donde el eco, atesorando aquella voz, se agazapaba en los huecos del galpón... Con la esperanza de ser libre y de amar sin infidelidades a Magdalena, se fue a vivir al desierto. Rendido, se acostó a dormir. Luego vio su impronta en la arena, que no guardaba relación alguna con su cuerpo; le dibujó ojos y boca, y le modeló una reja, donde susurró el final de esta historia, que nadie sabrá.

La peluca

A Elva y Sammy

Para engañarme me decías siempre la verdad; para decirte la verdad yo siempre te mentía. Éramos novios. Estudiábamos juntos; trabajábamos en la misma oficina. Queríamos aprender alemán. Vimos el nombre de Herminia Langster en el diario: ella quería aprender castellano (con nosotros) y enseñar en cambio alemán. Era rubia, alta y delgada.
Conversábamos en los jardines públicos, en las confiterías, en las casas cuando llovía.
Sería inútil negarlo: te enamoraste de ella por la peluca. Admiraste su cabellera postiza, creyendo que era natural, pero el día que se le ladeó, ocupándole parte de la frente, o que la puso en la punta del respaldo de la silla, para alisar su verdadero pelo, porque creía estar sola, sin que la espiáramos, y que volvió a colocársela con elegancia, la amaste aún más.

Aparentemente era una peluca parecida a todas las pelucas: ni rojiza para llamar la atención, ni platinada para parecerse a las más atrayentes, ni negra para ser repugnante; era rubia, discreta e impersonal, con una raya perfecta en el centro, y algunos rulos que armonizaban con las ondas suaves del conjunto.

Creo que Herminia también te amaba. ¿Por qué voy a dudarlo? Por lo menos te prefería. Era tan buena que estaba dispuesta a sacrificar todo por ti, pero tú no le pedías sacrificio alguno, salvo ser amado, lo que implica de todos modos un sacrificio de ambas partes, porque amar es sacrificarse, uno lo aprende a lo largo del tiempo.

¿Cuándo y por qué Herminia comenzó a cambiar de modales? No lo sé. Ni sé tampoco si lo haría para parecer graciosa o para asombrarnos.

Un día que paseábamos por el bosque de Palermo me dejó pasmada. Miró en las ramas de un árbol, con insistencia, una torcaza. No podía seguir nuestra conversación. Sin decir agua va, como un relámpago, trepó el árbol y trajo la torcaza entre sus manos. Desplumó y mordió bestialmente al pobre pajarito. Fingiste no advertirlo, para no escandalizarme, probablemente.

Comía como los perros, pasando la lengua por el plato; bebía el agua de los grifos o de un tazón, nunca de los vasos. ¡Fue absurdo que un día se nos ocurriera invitarla a cenar con nosotros!

Cuando empezó a caminar en cuatro patas, a romper los libros, nos fastidió mucho; y cuando nos mordió la mano y la mejilla a mí me dio asco y a ti te perturbó.

En noches de verano, clandestinamente, saliste con ella y sospecho que no era para aprender alemán sino un idioma más complicado: el amor. Volvías maltrecho, con el pelo revuelto y cubierto de rasguños. Estuve a punto de romper mi compromiso para no verte más, por lo menos hasta tranquilizar mis nervios, pero no fue necesario.

Sin comunicármelo te fuiste con ella a la provincia de Tucumán. Supe que habían alquilado una casa en las sierras. Durante días vagué por los jardines donde habíamos paseado juntos.

Al poco tiempo, en las noticias policiales, me enteré de un caso de canibalismo en las sierras. Una mujer mató con un cuchillo a un niño, un panaderito, y lo dio de comer a sus hijos. Simultáneamente recibí un telegrama tuyo, para que fuera a tu encuentro, en las sierras. Relacioné las dos noticias y partí en el primer tren.

Tucumán me deslumbró. Me quedé a dormir una noche en un hotel de la ciudad. El lugar donde vivías, en las sierras, quedaba bastante retirado. Tuve que tomar otro tren.

Tu casa estaba en un valle encantador y salvaje. Cuando te vi solo, te pregunté:

-¿Y Herminia? ¿Te libraste de ella?
Abrazándome, contestaste:
-Me la comí. Si ella era un animal, es natural que yo la comiera.
Herminia no volvió a aparecer. Vivimos en un mundo extraño. Me casé contigo, pero a medida que pasa el tiempo me das miedo, sobre todo desde que dijiste que debo engordar, pues me sienta mejor, y porque insistes en vivir en un lugar retirado, en plena sierra, sin un criado siquiera.
Esta carta es para que sepas que no soy tonta y que no me engañas.
Los hombres se comen los unos a los otros, como los animales: que lo hagas de un modo físico y real, no te volverá más culpable ante mis ojos, pero sí ante el mundo, que registrará el hecho en los diarios como un nuevo caso de canibalismo.

La expiación

A Helena y Eduardo

Antonio nos llamó a Ruperto y a mí al cuarto del fondo de la casa. Con voz imperiosa ordenó que nos sentáramos. La cama estaba tendida. Salió al patio para abrir la puerta de la pajarera, volvió y se echó en la cama.
-Voy a mostrarles una prueba -nos dijo.
-¿Van a contratarte en un circo? -le pregunté.
Silbó dos o tres veces y entraron en el cuarto Favorita, la María Callas y Mandarín, que es coloradito. Mirando el techo fijamente volvió a silbar con un silbido más agudo y trémulo ¿Era ésa la prueba? ¿Por qué nos llamaba a Ruperto y a mí? ¿Por qué no esperaba que llegara Cleóbula? Pensé que toda esa representación serviría para demostrar que Ruperto no era ciego, sino más bien loco; que en algún momento de emoción frente a la destreza de Antonio lo demostraría. El vaivén de los canarios me daba sueño. Mis recuerdos volaban en mi mente con la misma persistencia. Dicen que en el momento de morir uno revive su vida: yo la reviví esa tarde con remoto desconsuelo.
Vi, como pintado en la pared, mi casamiento con Antonio a las cinco de la tarde, en el mes de diciembre. Hacía calor ya, y cuando llegamos a nuestra casa, desde la ventana del dormitorio donde me quité el vestido y el tul de novia, vi con sorpresa un canario. Ahora me doy cuenta de que era el mismo Mandarín que picoteaba la única naranja que había quedado en el árbol del patio. Antonio no interrumpió sus besos al verme tan interesada en ese espectáculo. El ensañamiento del pájaro con la naranja me fascinaba. Contemplé la escena hasta que Antonio me arrastró temblando a la cama nupcial, cuya colcha, entre los regalos, había sido para él fuente de felicidad y para mí terror durante las vísperas de nuestro casamiento. La

colcha de terciopelo granate llevaba bordado un viaje en diligencia. Cerré los ojos y apenas supe lo que sucedió después. El amor es también un viaje; durante muchos días fui aprendiendo sus lecciones, sin ver ni comprender en qué consistían las dulzuras y suplicios que prodiga. Al principio, creo que Antonio y yo nos amábamos parejamente, sin dificultad, salvo la que nos imponía mi inocencia y su timidez.
Esta casa diminuta que tiene un jardín igualmente diminuto está situada en la entrada del pueblo. El aire saludable de las montañas nos rodea: el campo queda cerca y lo vemos al abrir las ventanas.
Teníamos ya una radio y una heladera. Numerosos amigos frecuentaban nuestra casa en los días de fiesta o para festejar alguna fecha de familia. ¿Qué más podíamos pedir? Cleóbula y Ruperto nos visitaban más a menudo porque eran nuestros amigos de infancia. Antonio se había enamorado de mí, ellos lo sabían. No me había buscado, no me había elegido; era más bien yo la que lo había elegido a él. Su única ambición era ser amado por su mujer, conservar su fidelidad. Poca importancia le daba al dinero.
Ruperto se sentaba en un rincón del patio y sin preámbulos mientras afinaba la guitarra, pedía un mate, o bien una naranjada cuando hacía calor. Yo lo consideraba como uno de los tantos amigos o parientes que forman, casi podría decir, parte de los muebles de una casa y que uno advierte sólo cuándo están estropeados o colocados en distinto lugar del habitual.
"Son cantores los canarios" decía Cleóbula invariablemente, pero si hubiera podido matarlos con una escoba lo hubiera hecho porque los detestaba. ¡Qué hubiera dicho al verlos hacer tantas pruebas ridículas sin que Antonio les ofreciera ni una hojita de lechuga ni una vainilla!
Yo alcanzaba el mate o el vaso de naranjada a Ruperto, mecánicamente, bajo la sombra del parral, donde siempre se sentaba, en una silla de Viena, como un perro en su rincón. Yo no lo consideraba como una mujer considera a un hombre, yo no observaba la más elemental coquetería para recibirlo. Muchas veces, después de haberme lavado la cabeza, con el pelo mojado, recogido por horquillitas, como un esperpento, o bien con el cepillo de dientes en la boca y con dentífrico en los labios, o con las manos llenas de espuma de jabón en el momento de lavar la ropa, con el delantal recogido en la cintura, barrigona como una mujer encinta, lo hacía pasar abriéndole la puerta de calle, sin mirarlo siquiera. Muchas veces, en mi descuido, creo que me vio salir del cuarto de baño envuelta en una toalla turca, arrastrando las chancletas como una vieja o como una mujer cualquiera.
Chusco, Albahaca y Serranito volaron al recipiente que contenía pequeñas flechas con espinas. Llevando las flechas volaban afanosos a otros recipientes que contenían un líquido oscuro donde humedecían la punta

diminuta de las flechas. Parecían pajaritos de juguete, palilleros baratos, adornos de sombrero de una tatarabuela.
Cleóbula, que no es maliciosa, había advertido, y me lo dijo, que Ruperto me miraba con demasiada insistencia. "¡Qué ojos!", repetía sin cesar. "¡Qué ojos!"
-He conseguido conservar los ojos abiertos cuando duermo -musitó Antonio-; es una de las pruebas más difíciles que he logrado en mi vida.
Me sobresalté al oír su voz. ¿Era ésa la prueba? Después de todo, ¿qué había de extraordinario en ella?
-Como Ruperto -dije con voz extraña.
-Como Ruperto -repitió Antonio-. Los canarios, más fácilmente que mis párpados, obedecen mis órdenes.
Los tres estábamos en ese cuarto en penumbra como en penitencia. Pero ¿qué relación podía haber entre sus ojos abiertos durante el sueño y las órdenes que impartía a los canarios? No era de extrañar que Antonio me dejara de algún modo perpleja: ¡era tan distinto de los otros hombres!
Cleóbula también me había asegurado que mientras Ruperto afinaba la guitarra sus miradas me recorrían desde la punta del pelo hasta la punta de los pies, que una noche al quedar dormido en el patio, medio borracho, sus ojos habían quedado fijos en mí. En consecuencia perdí la naturalidad, tal vez la falta de coquetería. Para mi ilusión, Ruperto me miraba a través de una suerte de antifaz en el que se engarzaban sus ojos de animal, esos ojos que no cerraba ni para dormir. Como al vaso de naranjada o al mate que yo le servía, con una misteriosa fijeza me clavaba sus pupilas cuando tenía sed, Dios sabe con qué intención. Ojos que miraran tanto no existían en toda la provincia, en todo el mundo; un brillo azul y profundo como si el cielo se hubiera metido en ellos los diferenciaba de los otros, cuyas miradas parecían apagadas o muertas. Ruperto no era un hombre: era un par de ojos, sin cara, sin voz, sin cuerpo; así me parecía, pero así no lo sentía Antonio. Durante muchos días en que mi inconsciencia llegó a exasperarlo, por cualquier nimiedad me hablaba de mal modo o me infligía trabajos penosos, como si en lugar de ser su mujer yo hubiera sido su esclava. La transformación en el carácter de Antonio me afligió.
¡Qué extraños son los hombres! ¿En qué consistía la prueba que quería mostrarnos? Lo del circo no había sido una broma.
Al poco tiempo de casarnos muchas veces dejaba de ir a su trabajo, pretextando un dolor de cabeza o un inexplicable malestar de estómago. ¿Todos los maridos eran iguales?
En el fondo de la casa la enorme pajarera llena de canarios que Antonio había cuidado siempre con afán estaba abandonada. Por las mañanas cuando yo tenía tiempo limpiaba la pajarera, colocaba alpiste, agua y lechuga en los recipientes blancos y cuando las hembras estaban por tener

cría, preparaba los niditos. Antonio se había ocupado siempre de estas cosas, pero ya no demostraba ningún interés en hacerlo ni en que yo lo hiciera.
¡Hacía dos años que nos habíamos casado! ¡Ni un hijo! En cambio ¡cuánta cría habían tenido los canarios!
Un olor a almizcle y a cedrón llenó el cuarto. Los canarios olían a gallina, Antonio a tabaco y a sudor, pero Ruperto últimamente no olía sino a alcohol. Me decían que se emborrachaba. ¡Qué sucio estaba el cuarto! Alpiste, miguitas de pan, hojas de lechuga, colillas y ceniza estaban diseminados en el piso.
Desde la infancia Antonio se había dedicado, en los momentos libres, a amaestrar animales: primero usó de su arte pues era un verdadero artista, con un perro, con un caballo, luego con un zorrino operado, que llevó durante un tiempo en su bolsillo; después, cuando me conoció y porque me agradaban, se le ocurrió amaestrar canarios. En los meses de noviazgo, para conquistarme, me había enviado con ellos papelitos con frases de amor o flores atadas con una cintita. De la casa donde él habitaba a la mía se extendían quince largas cuadras: los alados mensajeros iban de una casa a la otra sin vacilar. Por increíble que parezca llegaron a colocar flores en mi pelo y un papelito dentro del bolsillo de mi blusa.
Que los canarios colocaran flores en mi pelo y papelitos en mi bolsillo ¿no era más difícil que las tonterías que estaban haciendo con las benditas flechas?
En el pueblo, Antonio llegó a gozar de un gran prestigio. "Si hipnotizaras a las mujeres como a los pájaros, nadie resistiría a tus encantos; le decían sus tías con la esperanza de que el sobrino se casara con alguna millonaria. Como dije anteriormente, Antonio no se interesaba por el dinero. Desde los quince años había trabajado de mecánico y tenía lo que deseaba tener, lo que me ofreció con su casamiento. Nada nos faltaba para ser felices. Yo no podía comprender por qué Antonio no buscaba un pretexto para alejar a Ruperto. Cualquier motivo hubiera servido para ese fin, aunque más no fuera una reyerta por cuestiones de trabajo o de política que, sin llegar a una riña a puñetazos o con armas, hubiera vedado la entrada de ese amigo a nuestra casa. Antonio no dejaba traslucir ninguno de sus sentimientos, salvo en ese cambio de carácter que yo supe interpretar. Contrariando mi modestia, advertí que los celos que yo podía inspirar enajenaban a un hombre que había sido siempre, a mi juicio, el ejemplo de la normalidad.
Antonio silbó, se quitó la camiseta. Su torso desnudo parecía de bronce. Me estremecí al verlo. Recuerdo que antes de casarme me ruboricé frente a una estatua muy parecida a él. ¿Acaso no lo había visto nunca desnudo? ¡Por qué me asombraba tanto!
Pero el carácter de Antonio sufrió otro cambio que en parte me tranquilizó:

de inerte se volvió extremadamente activo, de melancólico se volvió, aparentemente, alegre. Su vida se llenó de misteriosas ocupaciones, de un ir y venir que denotaba interés extremo por la vida. Después de la cena ni siquiera encontrábamos un momento de solaz para oír la radio, o para leer los diarios, o para no hacer nada, o para conversar unos instantes sobre los acontecimientos del día. Los domingos y días de fiesta tampoco eran un pretexto para permitirnos un descanso; yo que soy como un espejo de Antonio, contagiada por su inquietud, iba y venía por la casa, ordenando roperos ya ordenados, o lavando fundas impecables, por una imperiosa necesidad de contemporizar con las enigmáticas ocupaciones de mi marido. Un redoblamiento de amor y de solicitud por los pájaros ocupó parte de sus días. Arregló nuevas dependencias de la pajarera; el arbolito seco, que ocupaba el centro, fue reemplazado por otro, más grande y más gracioso, que la embellecía.

Abandonando las flechas dos canarios empezaron a pelear: las plumitas volaron por el cuarto, la cara de Antonio se oscureció de cólera. ¿Sería capaz de matarlos? Cleóbula me había dicho que era cruel. "Tiene cara de llevar un cuchillo en el cinto", había aclarado.

Antonio ya no permitía que yo limpiara la pajarera. En aquellos días él ocupó un cuarto que servía de depósito en los fondos de la casa y abandonó nuestra cama matrimonial. En una cama turca donde mi hermano solía dormir la siesta cuando venía de visita, Antonio pasaba las noches (sin dormir, lo sospecho, pues hasta el alba yo oía sus pasos incansables sobre las baldosas). A veces se encerraba horas enteras en ese cuarto maldito.

Uno por uno los canarios dejaron caer de sus picos las pequeñas flechas, se posaron sobre el respaldo de una silla modularon un canto suave. Antonio se incorporó y mirando a María Callas, al que siempre había llamado "La reina de la desobediencia", dijo una palabra que no tiene sentido para mí. Los canarios volvieron a revolotear.

A través de los vidrios pintados de la ventana yo trataba de atisbar sus movimientos. Me lastimé una mano intencionalmente, con un cuchillo: de ese modo me atreví a golpear a su puerta. Cuando me abrió, salió volando una bandada de canarios que volvió a la pajarera. Antonio curó mi herida pero, como si hubiera sospechado que era un pretexto para llamar su atención, me trató con sequedad y desconfianza. En aquellos días hizo un viaje de dos semanas, en un camión, no sé adónde y volvió con una bolsa llena de plantas.

Miré de soslayo mi falda manchada. Las pájaros son tan chiquitos y tan sucios. ¿En qué momento me habían ensuciado? Los observé con odio: me gusta estar limpia aun en la penumbra de un cuarto.

Ruperto, ignorando la mala impresión que causaban sus visitas, venía con la misma frecuencia y con los mismos hábitos. A veces, cuando yo me

retiraba del patio para evitar sus miradas, mi marido con algún pretexto me hacía volver. Pensé que de algún modo le agradaba aquello que tanto le desagradaba. Las miradas de Ruperto me parecían ya obscenas, me desnudaban bajo la sombra del parral, me ordenaban actos inconfesables cuando a la caída de la tarde una brisa fresca acariciaba mis mejillas. Antonio, en cambio, nunca me miraba o fingía no mirarme, según me lo aseguraba Cleóbula. No haberlo conocido, no haberme casado con él, ni conocido sus caricias, para volver a encontrarlo, a descubrirlo, a entregarme a él, fue durante un tiempo uno de mis deseos más ardientes. ¿Pero quién recupera lo que ya perdió?

Me incorporé, me dolían las piernas. No me gusta estar quieta tanto tiempo. ¡Qué envidia tengo a los pájaros que vuelan! Pero los canarios me dan pena. Parece que sufrieran cuando obedecen.

Antonio no trataba de evitar las visitas de Ruperto: por lo contrario, las fomentaba. Durante los días de carnaval llegó al extremo de invitarlo a quedarse en nuestra casa, una noche en que se demoró hasta muy tarde. Tuvimos que alojarlo en el cuarto que Antonio ocupaba provisoriamente. Aquella noche, como la cosa más natural del mundo, volvimos a dormir juntos, mi marido y yo, en la cama de matrimonio. Mi vida se encauzó de nuevo desde aquel momento en su antigua normalidad; así lo creí, al menos.

Vislumbré en un rincón, debajo de la mesa de luz, el famoso muñeco. Pensé que podría recogerlo. Como si hubiese hecho un ademán, Antonio me dijo:

-No te muevas.

Recordé aquel día en que al acomodar los cuartos, en la semana de carnaval, descubrí, para mal de mis pecados, arrumbado sobre el armario de Antonio, ese muñeco hecho de estopa, con grandes ojos azules, de un material blando, como de género, con dos círculos oscuros en el centro, imitando las pupilas. Vestido de gaucho hubiera servido de adorno en nuestro dormitorio. Riendo se lo mostré a Antonio, que me lo quitó de las manos con fastidio.

-Es un recuerdo de infancia -me dijo-. No me gusta que toques mis cosas.

-¿Qué mal hay en tocar un muñeco con el cual jugabas en tu infancia? Conozco niños que juegan con muñecos ¿acaso te da vergüenza? ¿No eres un hombre ya? -le dije.

-No tengo que dar ninguna explicación. Lo mejor será que te calles.

Antonio, malhumorado, colocó el muñeco de nuevo sobre el armario y no me dirigió la palabra durante varios días. Pero volvimos a abrazarnos como en nuestros mejores tiempos.

Pasé la mano por mi frente húmeda. ¿Se me habrían deshecho los rulos? No había ningún espejo en el cuarto, por suerte, pues no hubiera resistido la tentación de mirarme en lugar de mirar los canarios que me parecían tan

tontos.
A menudo Antonio se encerraba en el cuarto del fondo y advertí que dejaba abierta la puerta de la pajarera para que entrara por la ventana alguno de los pajaritos. Llevada por la curiosidad, una tarde lo espié, subida sobre una silla, pues la ventana quedaba muy alta (lo que naturalmente no me permitía mirar hacia adentro del cuarto cuando yo pasaba por el patio).
Miraba el torso desnudo de Antonio. ¿Era mi marido o una estatua? Acusaba a Ruperto de loco, pero él era más loco tal vez. ¡Cuánto dinero había gastado en la compra de canarios, en vez de comprarme una máquina de lavar!
Un día pude entrever el muñeco acostado en la cama. Un enjambre de pajaritos lo rodeaba. El cuarto se había transformado en una especie de laboratorio. En un recipiente de barro había un montón de hojas, de tallos, de cortezas oscuras; en otro, unas flechitas hechas con espinas; en otro, un líquido brillante castaño. Me pareció que yo había visto esos objetos en sueños y para salir de mi perplejidad conté la escena a Cleóbula, que me respondió:
-Así son los indios: usan flechas con curare.
No le pregunté lo que quería decir curare. Ni sabía si me lo decía con desdén o con admiración.
-Se dedican a las brujerías. Tu marido es un indio -y al ver mi asombro, interrogó-: ¿No lo sabes?
Sacudí la cabeza con fastidio. Mi marido era mi marido. No había pensado que pudiera pertenecer a otra raza ni a otro mundo que el mío.
-¿Cómo lo sabes? -interrogué con vehemencia.
-¿No has mirado sus ojos, sus pómulos salientes? ¿No adviertes lo ladino que es? Mandarín, la misma María Callas, son más francos que él. Esa reserva, esa manera de no contestar cuando se le pregunta algo, ese modo que tiene de tratar a las mujeres, ¿no bastan para demostrarte que es un indio? Mi madre está enterada de todo. Lo sacaron de un campamento cuando tenía cinco años. Tal vez eso fue lo que te gustó en él: ese misterio que lo distingue de los otros hombres.
Antonio traspiraba y el sudor hacía brillar su torso. ¡Tan buen mozo y perdiendo el tiempo! Si me hubiera casado con Juan Leston, el abogado, o con Roberto Cuentas, el tenedor de libros, no hubiera padecido tanto, seguramente. Pero ¿qué mujer sensible se casa por interés? Dicen que hay hombres que amaestran pulgas, ¿de qué sirve? °
Perdí la confianza en Cleóbula. Sin duda decía que mi marido era indio para afligirme o para hacerme perder la confianza en él; pero al hojear un libro de historia donde había láminas con campamentos de indios, e indios a caballo, con boleadoras, encontré una similitud entre Antonio y esos hombres desnudos, con plumas. Advertí simultáneamente que lo que me

había atraído en Antonio era tal vez la diferencia que había entre él y mis hermanos y los amigos de mis hermanos, el color bronceado de la piel, los ojos rasgados y ese aire ladino que Cleóbula mencionaba con perverso deleite.
-¿Y la prueba? -interrogué.
Antonio no me respondió. Fijamente miraba los canarios que volvieron a revolotear. Mandarín se apartó de sus compañeros y permaneció solo en la penumbra modulando un canto parecido al de las calandrias.
Mi soledad comenzó a crecer. A nadie comunicaba mis inquietudes.
Para Semana Santa, por segunda vez, Antonio insistió en que Ruperto se quedara de huésped en nuestra casa. Llovía como suele llover para Semana Santa. Fuimos con Cleóbula a la iglesia para hacer el Viacrucis.
-¿Cómo está el indio? -me preguntó Cleóbula, con insolencia.
-¿Quién?
-El indio, tu marido -me respondió-. En el pueblo todo el mundo lo llama así.
-Me gustan los indios, aunque mi marido no lo fuera, me seguirían gustando -le respondí, tratando de seguir mis oraciones.
Antonio estaba en actitud de oración. ¿Había rezado alguna vez? Para el día de nuestro casamiento mi madre le pidió que comulgara; Antonio no quiso complacerla.
Mientras tanto la amistad de Antonio con Ruperto se estrechaba. Una suerte de camaradería, de la que yo estaba en cierto modo excluida, los vinculaba de una manera que me pareció veraz. En aquellos días Antonio hizo gala de sus poderes. Para entretenerse, mandó mensajes a Ruperto, hasta su casa, con los canarios. Decían que jugaban al truco por medio de ellos, pues una vez intercambiaron algunos naipes españoles. ¿Se burlaban de mí? Me fastidió el juego de esos dos hombres grandes y resolví no tomarlos en serio. ¿Tuve que admitir que la amistad es más importante que el amor? Nada había desunido a Antonio y a Ruperto, en cambio Antonio, injustamente en cierto modo, se había alejado de mí. Sufrí en mi orgullo de mujer. Ruperto siguió mirándome. Todo aquel drama ¿sólo había sido una farsa? ¿Añoraba el drama conyugal, ese martirio al que me habían abocado los celos de un marido enloquecido durante tantos días?
Seguíamos amándonos, a pesar de todo.
En un circo Antonio podía ganar dinero con sus pruebas, ¿por qué no? La María Callas inclinó la cabecita para un lado, luego para el otro, y se posó en el respaldo de una silla.
Una mañana como si me anunciara el incendio de la casa, Antonio entró en mi cuarto y me dijo:
-Ruperto está muriendo. Me mandaron llamar. Salgo para verlo.
Esperé a Antonio hasta mediodía, distraída con los quehaceres domésticos.

Volvió cuando yo estaba lavándome el pelo.
-Vamos -me dijo-, Ruperto está en el patio. Lo salvé.
-¿Cómo? ¿Fue una broma?
-Ninguna. Lo salvé, con la respiración artificial.
Apresuradamente, sin comprender nada, recogí mi pelo, me vestí, salí al patio. Ruperto, inmóvil, de pie junto a la puerta miraba ya sin ver las baldosas del patio. Antonio le arrimó una silla para que se sentara.
Antonio no me miraba, miraba al techo como conteniendo la respiración. De improviso Mandarín voló junto a Antonio y le clavó una de las flechas en un brazo. Aplaudí: pensé que debía hacerlo para contentar a Antonio. Era sin embargo una prueba absurda. ¡Por qué no utilizaba su ingenio para sanar a Ruperto!
Aquel día fatal Ruperto al sentarse se cubrió la cara con las manos.
¡Cómo había cambiado! Miré su cara inanimada, fría, sus manos oscuras.
¡Cuándo me dejarían sola! Tenía que hacerme los rulos con el pelo mojado. Interrogué a Ruperto disimulando mi fastidio:
-¿Qué ha sucedido?
Un largo silencio que hacía resaltar el canto de los pájaros tembló en el sol. Ruperto respondió por fin:
-Soñé que los canarios picoteaban mis brazos, mi cuello, mi pecho; que no podía cerrar mis párpados para proteger mi ojos. Soñé que mis brazos y que mis piernas pesaban como sacos de arena. Mis manos no podían espantar esos picos monstruosos que picoteaban mis pupilas. Dormía sin dormir, como si hubiera ingerido un narcótico. Cuando desperté de ese sueño, que no era sueño, vi la oscuridad: sin embargo oí cantar los pájaros y oí los ruidos habituales de la mañana. Haciendo un gran esfuerzo llamé a mi hermana, que acudió. Con voz que no era mía, le dije: "Tienes que llamar a Antonio para que me salve". "¿De qué?" interrogó mi hermana. No pude articular otra palabra. Mi hermana salió corriendo, y acompañada de Antonio volvió media hora después. ¡Media hora que me pareció un siglo! Lentamente, a medida que Antonio movía mi brazos recuperé la fuerza pero no la vista.
-Voy a hacerles una confesión -murmuró Antonio, y agregó, lentamente-, pero sin palabras.
Favorita siguió a Mandarín y clavó una flechita en el cuello de Antonio, María Callas sobrevoló un momento sobre su pecho donde le clavó otra flechita. Los ojos de Antonio, fijos en el techo cambiaron, se hubiera dicho, de color. ¿Antonio era un indio? ¿Un indio tiene los ojos azules? De algún modo sus ojos se parecieron a los de Ruperto.
-¿Qué significa todo esto? -musité.
-¿Qué está haciendo? -dijo Ruperto, que no comprendía nada.
Antonio no respondió. Inmóvil como una estatua recibía las flechas de

aspecto inofensivo que los canarios le clavaban. Me acerqué a la cama y lo zarandeé.
-Contéstame -le dije-. Contéstame. ¿Qué significa todo esto?
No me respondió. Llorando lo abracé, echándome sobre su cuerpo; olvidando todo pudor lo besé en la boca como sólo podría hacerlo una estrella de cine. Un enjambre de canarios revoloteó sobre mi cabeza.
Aquella mañana Antonio miraba a Ruperto con horror. Ahora yo comprendía que Antonio era doblemente culpable: para que nadie descubriera su crimen, me había dicho y lo había dicho después a todo el mundo:
-Ruperto se ha vuelto loco. Cree que está ciego, pero ve como cualquiera de nosotros.
Como la luz se había alejado de los ojos de Ruperto el amor se alejó de nuestra casa. Se hubiera dicho que aquellas miradas eran indispensables para nuestro amor. Las reuniones en el patio carecían de animación. Antonio cayó en una tenebrosa tristeza. Me explicaba:
-Peor que la muerte es la locura de un amigo. Ruperto ve pero cree que está ciego.
Pensé con despecho, tal vez con celos, que la amistad en la vida de un hombre era más importante que el amor.
Cuando dejé de besar a Antonio y aparté mi cara de la suya, advertí que los canarios estaban a punto de picotear sus ojos. Le tapé la cara con mi cara y con mi cabellera que es espesa como un manto. Ordené a Ruperto que cerrara la puerta y las ventanas para que el cuarto quedara en completa oscuridad, esperando que los canarios se durmieran. Me dolían las piernas. ¿El tiempo que habré quedado en esa postura? No lo sé. Lentamente comprendí la confesión de Antonio. Fue una confesión que me unió a él con frenesí, con el frenesí de la desdicha. Comprendí el dolor que él habría soportado para sacrificar y estar dispuesto a sacrificar tan ingeniosamente, con esa dosis tan infinitesimal de curare y con esos monstruos alados que obedecían sus caprichosas órdenes como enfermeros, los ojos de Ruperto, su amigo, y los de él, para que no pudieran mirarme, pobrecitos, nunca más.

El fantasma

Mi alma:
Sirvientas distinguidas, señoras ricas, prostitutas de buena familia, adolescentes que estudian, mujeres de todas las edades, ociosas o que trabajan, y algunos hombres, cuando no temen parecer afeminados, tienen por costumbre exhibir en el dormitorio, en un marco bonito como si se tratara de un novio, un retrato de ellos mismos. Vi a una mendiga sin vivienda, sin ropa (salvo la que tenía puesta), sin alimentos (salvo la basura

recogida), que llevaba en su bolsa vacía un retrato de sí misma, con marco en forma de corazón. Hay también mujeres que en algún álbum costoso conservan fotografías de sí mismas, en distintas edades con distintos trajes y posturas. Si pululan en estas fotografías perros, amigos y parientes, es para disimular el amor que sienten por sí mismas. El cuerpo parece ajeno a nosotros; nunca nuestro como podría ser o darnos la ilusión de ser. Además, los cuerpos incesantemente cambian, como las personas de quienes nos enamoramos. Se transforman en algo peor, o mejor cuando tienen mucha suerte. El enamorado sigue los rastros originales del ser amado. Narciso se enamoró de Narciso: estaba menos solo que yo. Me enamoré de una sustancia volátil y siendo tú, mi alma, de calidad parecida, me dirijo a ti para justificar de algún modo un sentimiento que no comprendo. La única superioridad que tiene esta sustancia sobre los seres humanos es que no envejece o que si envejece el hecho no se advierte. Cambia, eso sí: parece maternal a veces, frívola otras o bien grave, suele llevar faldas, pura vestimenta y pedrerías, o bien estar desnuda, puede convertirse en la naturaleza, es árbol y es agua, en temperatura maravillosa, en música y en luz.

Parecería que he desvariado pero ¿quién no habría de hacerlo tratándose de una experiencia como ésta?

Cuando ese perfume a junquillo, a jazmín, a tumbergias, a no sé qué extravagante flor, me sorprendió de improviso, al abrir la puerta de calle de mi casa, pensé que una mujer perfumada, llevando tal vez flores, había entrado. Supe después, por los porteros y por la gente que allí habitaba, que semejante mujer no había entrado.

Cuando el mismo perfume me sorprendió después en mi dormitorio, otro día en la oficina en donde trabajo, entre hombres y mujeres con olor a tabaco, comenzó a preocuparme.

Ráfagas inopinadas entraban por la ventanilla del tren, cuando viajaba, o refrescaban súbitamente el aire, cuando cruzaba por la calle, lugares fétidos, tales como mercados, farmacias, queserías o, en verano, esos montones de basura, con hálito inmundo, a donde acuden las moscas verdes y los perros abandonados.

No me atreví a confesárselo a nadie. Amar a algo que no tiene rostro ni forma alguna es un suplicio que, sospecho, ni siquiera los santos han soportado. Jesús está representado en miles de formas: entre los brazos de la Virgen, en el pesebre, en los brazos de San Cristóbal, cruzando el mar, sentado en una sillita con el mundo en la mano, jugando con San Juan o bien mostrando su corazón. La Virgen tiene millones de rostros y de vestimentas. Puede estar con un manto azul, un vestido rojo, puede tener al niño entre sus brazos, puede tener un rosario en la mano o una serpiente a los pies. Cristo, en formas aún más variadas por las actitudes en que está

clavado en la cruz, por la trenza de la corona, por la edad de la cara, por el color de la túnica.

Mi suplicio es de los peores a que puede estar condenado un hombre.

A veces aquel perfume quedaba en mis labios como el sabor a sal que el mar deja en los labios. A veces quedaba en mi pelo, como el olor a cosmético cuando uno sale de la peluquería. A veces quedaba simplemente en un dedo o en la solapa de un traje o en un guante usado. Llegó a parecerme casi natural. Hoy me parece totalmente natural.

Cirila, mi novia, no me amaba, pero yo gozaba con ella de todos los inconvenientes del amor; esta circunstancia hacía que estuviésemos dispuestos a casarnos, creyendo que estábamos enamorados el uno del otro.

Un día que paseábamos como de costumbre, sacó del bolsillo un pequeño frasco de perfume y me pasó el tapón suavemente debajo de la nariz. Me estremecí, pero no dije nada.

-Este perfume -dijo- es de Claudia.

-¿Quién es Claudia? -pregunté ansiosamente; pensé que había descubierto la clave del enigma.

-No la conocerás nunca -respondió Cirila-, murió hace un año. Este perfume lo fabricó ella misma con una mezcla de flores que puso a macerar en alcohol. Tenía el proyecto de poner una perfumería, pues le interesaban las cuestiones de perfumes de las destilerías. Estudió química durante algunos años. Pero antes de recibirse abandonó la carrera.

-¿La quieres mucho? -le pregunté, no pudiendo contener mi turbación.

-Estás temblando -respondió-. ¿Qué te pasa?

-No sé. He fumado mucho. Contesta lo que te pregunté.

-A decir verdad, no la quería mucho.

-¿Por qué?

-No sé. Me molestaba, tenía celos de todo.

-¿Y de qué murió?

-En un accidente. Íbamos juntas. Fue horrible.

-¿Por qué no me lo contaste?

-¡No sé! No puedo pensar en eso: me hace mal. Nos peleamos. Fue nuestra última pelea, y su última frase fue: "Me las vas a pagar".

La gallina de membrillo

Se llamaba Blanquita Simara, porque no parecía un macho, sino una hembra. Desde que Manuel Grasín se había instalado en la habitación del fondo de la casa, que era como estar en primera fila de platea, Blanquita había engordado mucho. Esto era inevitable porque Manuel Grasín, que trabajaba en la confitería El Obelisco, una vez por semana le traía en una

bolsa las sobras: huesos, pasteles rotos, grasa rancia de jamón y pavo, sándwiches viejos. Grasín podía disponer de los alimentos para otros fines, cocinarlos para hacer pasteles, por ejemplo, o regalarlos a la prima Virginia, que preparaba con cualquier basurita albóndigas deliciosas, pero prefería dárselos a Blanquita Simara, porque lo esperaba con los ojos ardiendo de hambre, en el zaguán y, porque, además, Rosaura Pringles con otras atenciones agradecía su generosidad. Si él tenía que comprar camisas, calzoncillos o piyamas, Rosaura se los mandaba hacer en pocos días, a medida y en poplín italiano.

Rosaura Pringles, veinte años atrás, tuvo que soportar una injuria: a ella, que se había casado contra viento y marea, su marido la había abandonado; a ella, que había sido la niña mimada de la sociedad, a ella, pobrecita, que, después, por culpa de él tuvo que trabajar para ganarse la vida. Rómulo Pringles, intempestivamente, salió una mañana para no volver. La había dejado en una casa bonita, bien puesta, con un taller de camisas que daba mucha ganancia, rodeada de plantas que se llaman corazón de estudiante, lazo de amor, lluvia de fuego. Rosaura jamás pensó que el hombre volvería, y cuando la llamó veinte años después por teléfono (soy testigo), para preguntarle si vivía siempre en la misma casa, quedó tan asombrada que aceptó en el acto su proposición de vivir de nuevo juntos.

Rómulo Pringles llegó con un cargamento de valijas, con menos pelo, pero mayor mandíbula, lo que le confirió un aire feroz que no desagradaba a Rosaura, pero sí a Blanquita Simara, que descubrió en el hombre, así lo sospecho, pretensiones de animal.

Hubo que arreglar la casa, pedir a Manuel Grasín que se fuera, cosa que no era fácil. "Soy solo y amigo de la tranquilidad" decía Grasín. Fue entonces que Rosaura Pringles adquirió ese hábito que formó la parte más importante de su personalidad y de su encanto. Blanquita Simara empezó a hablar por su boca: no sólo expresaba lo que Blanquita hubiera dicho en tal y cual circunstancia, sino que remedaba la voz que le atribuía: una voz de acuerdo con su idiosincrasia, que era mezcla de niño mimado, de negro de las Antillas y de viejito provinciano tartamudo. ¿Qué mujer, cuando vale algo, no es juguetona? Ella misma decía "Soy Blanquita".

Manuel Grasín la escuchó primeramente con impaciencia.

-¿Manuel Grasín, que es tan bueno, no nos dejará el cuarto, para que podamos alojar a papá? Por difícil que sea conseguir alojamiento, Manuel Grasín lo encontrará y vendrá a visitarnos y a traernos huesitos de la confitería, y alguna vez, para mamá una gallinita de membrillo.

La voz irresistible de Blanquita obró sobre el espíritu y la suerte de Manuel Grasín; consiguió una vivienda en otra casa, retiró su cama y su armario, para dejar la habitación, que sirvió otrora de escritorio lujoso a Rómulo

Pringles.
Rosaura Pringles era hermosa y sabía manejar a sus ofícialas: lo único que no. pudo inculcarles fue su amor a Blanquita Simara. Le sonreían, es verdad, la acariciaban, pero con visible repugnancia. Blanquita Simara dejaba vómitos en la alfombra, rompía los géneros que encontraba en el suelo (jamás comía los alfileres, cosa que hubiera agradado a las oficialas), orinaba en la puerta del taller, si hacía frío. Las oficialas aprovechaban cuando la señora salía para llamarlo puerco, darle un puntapié; una llegó a quemarle la oreja con un cigarrillo, acto inhumano, explicable, si se quiere, en mujeres cansadas o celosas de la dicha de un perro más querido que ellas. Pero desde que Rómulo Pringles había vuelto, las oficialas se burlaban de los dueños de casa y permitían a Blanquita Simara cualquier locura.
-La señora, que es tan seria, conversa mucho, y no de géneros, con el dueño de la sedería Sendra; y no de cuestiones jurídicas, con Ernesto Roque, buen mozo y atrevido que trabaja en la televisión y conquista a todas las mujeres -decían en coro esas lenguas de víbora.
Yo las oía con mi oído de tísico, cuando aparecía con mi bolsa con golosinas en aquel paraíso.
-Que una dama se perfume tanto no es nada bueno -decía la segunda oficiala.
-Usa pestañas falsas y peluca -decía la primera oficiala.
-Eso no quiere decir nada -decía la sirvienta, siempre asomada a la puerta.
-Los afeites desagradan a los hombres.
-Según a qué hombres. Conocí a uno que exigía que su mujer llevara, hasta en la cama, la peluca puesta. Ustedes no me creerán. Aquel pelo, requetebién muerto y postizo, que había sido de otra mujer, lo enardecía -opinaba gravemente la primera ofíciala.
-Todas las noches saca a Blanquita Simara a pasear. Le compró un collar de cuero verde, que vale más que un sombrero, y una cadenita que es un chiche ¿para qué? Si antes andaba conmigo por la calle sin collar, como un conejo, la Blanquita Simara. ¿Yo, qué más quiero? Me quedo a descansar. Pero el señor ¿qué pensará? -dijo la sirvienta.
Infamias, pensé, estirando la oreja.
-El señor merecido lo tiene -dijo la segunda ofíciala-. ¿No la plantó durante veinte años? Y ella esperándolo, como la santa imagen de la fidelidad.
-Eso es lo raro. Ahora que el señor ha vuelto, se divierte con otros -dijo la sirvienta.
-Así es la vida. Ahora está tranquila, puede divertirse -decía la primera oficiala.
-Tengo ganas de romperle la peluca; se hace la nena -protestó la segunda oficiala-. Los otros días dijo: "Esta oficialita que no traiga su negro hasta la puerta porque lo vamos a sacar corriendo de un mordiscón".

Estaban enfurecidas, porque con el correr de los días Blanquita Simara adquirió, a mi juicio, una mala costumbre. Hay que ser justos, lo que está mal está mal. Intempestivamente la picarona se sentaba en medio del cuarto de costura, levantaba el hocico y aullaba: era anuncio de desgracia. Tardamos poco tiempo en descubrirlo. Las oficialas se ponían nerviosas. Sabían que ese aullido traería a alguna de ellas o a algún habitante de la casa malas noticias. Y así fue como Blanquita Simara anunció sucesivamente con su aullido la muerte de la tía Paquita, el accidente de la rusita Sonia, que no volvió al taller, y el asesinato del hermano de Rómulo Pringles. Los acontecimientos se presentaron de un modo trágico. Aquella noche, Rómulo Pringles, al oír el aullido de Blanquita, acudió al taller, empuñó un palo y golpeó el lomo de Blanquita. Rosaura tomó a su vez un hierro, para golpear a su marido, en defensa de Blanquita; en ese preciso momento el novio de una de las oficialas entraba en la casa para buscar a su novia, y con verdadera indignación recibió el golpe. Yo temía que la vida de Blanquita Simara estuviera en peligro y se lo dije a Rosaura, que respondió, con voz adorable:

-Tiene siete vidas. Tenemos un Dios aparte.

Al oír esto, Manuel Grasín se tranquilizó.

Yo la seguí aquel día. En la plaza, en la paz del anochecer, con la voz de Blanquita Simara, Rosaura Pringles hablaba a su enamorado:

-Vamos a dejarlo solo porque los enamorados molestan con sus atrevimientos. Este Ernesto Roque es un mentiroso. ¿Acaso le perdonaríamos que diga a otras mujeres lo que nos dice a nosotras?

Nada tan injusto. Ernesto Roque, subyugado por la voz de Blanquita Simara, era fiel ahora a una sola mujer: a Rosaura.

Sacó del bolsillo un revólver y le dijo:

-Rosaura: vienes a vivir conmigo o te mato aquí mismo y me pego un balazo. No olvides que soy un hombre y que no se juega con un hombre.

-¿Y cómo hacemos para decírselo a papá? -dijo Rosaura Pringles, con la voz de Blanquita Simara-. ¿Y para deshacer el taller, echar a las oficialas tan buenitas, que nos dan de comer? ¿Y cómo hacemos para sacar la ropa, los muebles, los chiches, la batería de cocina nueva? ¿No vamos a vivir como gitanos? ¿Dónde? ¿En una habitación sin cuarto de baño? ¿En un tugurio del centro, sin calefacción y sin agua caliente, comiendo fritangas frías y papas fritas en aceite de algodón, que es un veneno para los estómagos? No, señor. Somos románticas, pero nos gusta vivir con las comodidades modernas. Ya ve usted que tenemos en nuestra casita todas las máquinas, desde la licuadora hasta el televisor. Nos gusta vivir bien, entre adornos bonitos, perros de porcelana y ¿para qué ocultarlo?, somos gastadoras. Es raro que andemos por las calles del centro sin comprar algo. Las comidas más caras son las que nos gustan: langostinos, blanquito de pavita, pastel

de almendras, faisán a la turca, dátiles y marrón glacé, caviar, que es difícil de conseguir.
¿De dónde conocía esos platos? Un furor seco oprimió la garganta de Ernesto Roque. Recordé con orgullo mi generosidad.
-Nos gusta pasear -siguió diciendo la voz de Blanquita Simara-, y tener automóvil. ¡Y los perfumes! Aceptamos sólo perfumes franceses, de los más finos. ¡Y jabones! Jabones ingleses de glicerina, para la sarna, que también son caros, como los cepillos.
Todas estas palabras dichas con voz de niña, conmovieron a Ernesto Roque.
-Estoy decidido -dijo subyugado el infeliz. Empuñó el revólver con una mano, y con la otra oprimió el brazo de Rosaura.
-Yo también estoy decidida -respondió Rosaura, aterrada, con su propia voz, por primera vez, para asustar al hombre-. Me iré contigo. ¡Qué me importan mi casa y sus comodidades! Tendría que ser frívola para rehusar tu proposición. Llevaré á Blanquita conmigo. No te opondrás a ello. Tu amor es lo más importante que hay en mi vida, lo único auténtico. Hasta ahora mi existencia no tenía significado; mecánicamente yo cumplía con mis obligaciones, sin alegría. El día era idéntico a la noche, y la noche al día; la diversión al tedio y el tedio a la diversión; el amor al odio y el odio al amor. Si usaba peluca, era para esconder mi cabellera, que es más hermosa; si usaba pestañas falsas, era para ocultar la curva irresistible de mis pestañas; si usaba senos postizos, era para proteger los míos de las manos que podrían acariciarlos. Ahora, porque puedo ser yo misma, frente al revólver, prueba irrefutable de tu amor, prometo abandonar todo para seguirte.
Rosaura Pringles, que miraba fijamente la luz de un farol mientras hablaba, bajó la vista y vio que el amenazante revólver y la mano amorosa que oprimía su brazo habían desaparecido. Ernesto Roque no estaba a su lado. Rosaura se alisó la peluca, se anudó la bufanda, con un leve temblor, y no sabiendo si estaba muerta o viva, musitó a Blanquita Simara:
-Si no vuelve tu mamá a casa le comerán toda la sopita y van a dejarla sin postre.
La voz divina de Blanquita Simara resonó en sus labios con la misma gracia de siempre; Rosaura se encaminó a su casa llevando consigo ese Sésamo ábrete de los corazones, que le permitiría gozar aún del amor. En la mesa del comedor estaba esperando la gallinita de membrillo, obsequio de Manuel Grasín.

Celestina

Era la persona más importante de la casa. Manejaba la cocina y las llaves de las alacenas. Era necesario complacerla.

Para que fuera feliz, había que darle malas noticias: esas noticias eran tónicos para su cuerpo, deleites para su espíritu.
-Celestina, hoy, mientras daba a luz, murió de un ataque al corazón la señora Celina Romero, aquella mujer simpática y bondadosa, a quien convidó usted con carbonada y niños envueltos. Nadie se ocupará del hijo, que tiene dos cabezas y una sola oreja.
-¿Y en todo lo demás el niño es normal?
-No. Tiene el talón del pie colocado adelante, los dedos en el talón, además de las pestañas dentro de los párpados. Hablan de hacerle una operación.
-¡Qué pavada operar a un recién nacido!
Celestina se incorporaba en la silla, como en el agua una flor marchita, y revivía.
-Celestina, hay terremotos en Chile; maremotos también. Ciudades enteras han desaparecido. Los ríos se transforman en montañas, las montañas en ríos. Se desbordan, se vienen abajo. Predicen el fin del mundo.
Celestina sonreía misteriosamente. Ella que era tan pálida, se sonrojaba un poco.
-¿Cuántos muertos? -preguntaba.
-Todavía no se sabe. Muchos han desaparecido
-¿Podría mostrarme el diario?
Le mostrábamos el diario, con las fotografías de los desastres. Las guardaba sobre su corazón.
-¡Qué broma! -respondía.
-Celestina, la criminalidad infantil aumenta. Ayer, mientras el señor Ismael Rébora, que usted conoce, dormía, con la dosis habitual de somnífero, su nieto, Amílcar, de ocho años de edad, con el cuchillo que utilizaba para sacar punta a los lápices y a las cañas de bambú, le infirió varias heridas mortales. El señor Ismael Rébora tuvo tiempo de encender la luz para ver como le asestaban la cuarta puñalada y comprobar que el autor del hecho, no sólo era un niño, sino su nieto, amargura que para él duró la fracción de un segundo, pero no para su familia, que ocultó el asesinato con éxito, y que tiene que convivir ahora con un pequeño criminal que asesinará con el tiempo al resto de la familia.
-A lo mejor -respondía Celestina.
Durante horas fue amable, bondadosa, alegre, casi bonita; tarareaba una canción española, que expresaba claramente su regocijo.
Celestina podía vivir en carne propia las malas noticias.
-Esta casa está incendiándose -le dijeron un día-. Los bomberos ya están al pie del edificio, tratando de apagar el incendio. No, no es una broma. De los grifos, en vez de agua, salen llamas. No podemos salvarnos, porque la escalera que da al pasillo de la puerta de calle está ardiendo y la de servicio está obstruida por los tirantes de madera que cayeron. De cada ventana se

asoma el fuego, con sus ojos de anguila eléctrica.
Celestina, reconfortada con la mala noticia, se salvó del incendio sin una quemadura. Los otros inquilinos de la casa murieron o se salvaron con quemaduras de tercer grado.
A veces, por increíble que parezca, no hay malas noticias en los diarios. Es difícil, pero sucede. Entonces, hay que inventar crímenes, asaltos, muertes sobrenaturales, pestes, movimientos sísmicos, naufragios, accidentes de aviación o de tren, pero estas invenciones no satisfacen a Celestina. Mira con cara incrédula a su interlocutor.
Y llegó un día en que tuvimos sólo buenas noticias, y la imposibilidad de inventar malas noticias.
-¿Qué hacemos? -preguntaron Adela, Gertrudis y Ana.
-¿Buenas noticias? No hay que dárselas -dije, pues me había encariñado con Celestina.
-Algunas poquitas no le harán daño -dijeron.
-Por pocas que sean, le harán daño -protesté-. Es capaz de cualquier cosa.
Nos secreteábamos en las puertas. ¡Aquel último accidente, horrible, que yo le había anunciado, la dejó tan contenta! Fui personalmente a ver el tren descarrilado, a revisar los vagones en busca de un mechón de pelo, de un brazo mutilado para describírselo.
Como si hubiera presentido que estábamos preparándole una emboscada, nos llamó.
-¿Qué hacen? ¿Qué están complotando, niñas?
-Tenemos una buena noticia -dijo Adela, cruelmente.
Celestina palideció, pero creyó que se trataba de una broma. El sillón de mimbre donde estaba sentada, crujió debajo de su falda oscura.
-No te creo -dijo-. Sólo hay malas noticias en este mundo.
-Pues, no, Celestina. Los diarios están llenos de buenas noticias -dijo Ana, con los ojos brillantes-. De acuerdo con las estadísticas, se han podido combatir eficazmente las peores enfermedades.
-Son cuentos -musitó Celestina-. ¿Y tú, con esa carita triste, qué noticia me traes? -me dijo débilmente, con una última esperanza.
-Los crímenes han disminuido notablemente -exclamó Adela.
-En cuanto a la leucemia, es una historia antigua -musitó Gertrudis.
-Y yo gané a la lotería -dijo Ana diabólicamente, sacando un billete del bolsillo.
Esas voces agrias, anunciando noticias alegres, no auguraban nada bueno. Celestina cayó muerta.

Icera

Cuando vio Icera en el escaparate de aquella enorme juguetería del Bazar

Colón el juego de muebles para muñecas lo codició. No lo quiso para las muñecas (no tenía ninguna) sino para ella misma, pues deseaba dormir en esa exigua cama de madera, con molduras que formaban guirnaldas, cestos de flores, mirarse en el espejo del armario, que tenía diminutos cajoncitos, puerta con cerradura y llave, sentarse en la sillita con el asiento de esterilla y los barrotes torneados, frente a la mesa de vestir, en cuyo mármol había una palangana y una jarra, con un jaboncito de yapa, y un peine, que serviría para peinar las cabelleras más rebeldes.
El jefe de la sección muñecas, Darío Cuerda, tomó simpatía a la niña.
-Es tan feúcha -solía decir para disculparse ante los otros empleados de las atenciones que le prodigaba.
Icera consideraba las muñecas como rivales; no las aceptaba ni de regalo; sólo quería ocupar el lugar que ellas ocupaban; como era testaruda, se mantuvo firme en sus gustos. Esta particularidad de su carácter, a más de su estatura, que era muy por debajo de la normal, llamaba la atención. La niña iba siempre con su madre a mirar, porque eran pobres, y no a comprar juguetes. El jefe de la sección muñecas, Darío Cuerda, permitía que Icera se acostara en la diminuta cama, se mirara en el diminuto espejo del armario y se sentara en la silla, frente a la mesa de vestir, para peinarse el pelo, como lo hacía una señora que vivía frente a su casa.
Nadie regalaba juguetes a Icera, pero Darío Cuerda, para el día de Navidad, le regaló un vestido, un sombrerito, guantes y zapatitos de muñecas, averiados, que se vendían como saldos. Icera, delirando de felicidad, salió a pasear con las prendas puestas. Todavía las conserva.
Con sus visitas, la niña creaba complicaciones a Cuerda, pues si le daba a elegir algún regalo, la niña siempre elegía el de más precio.
-Este Cuerda, tan generoso -decían sus compañeros de trabajo a los clientes que frecuentaban la casa.
La fama de generoso le costaba algunos pesos. A la niña le agradaban los juguetes prácticos: máquinas de coser, de lavar, un piano de cola, una caja de costura con todos los implementos y ese baúl con un ajuar, que costaban una fortuna. Darío Cuerda le dio una guitarra y un rastrillo; luego, como los juguetes baratos no abundaban, optó por regalarle jaboncitos, perchitas, peinecitos que dejaban satisfecha a la niña, porque le eran de alguna utilidad.
-Los niños crecen -decía la madre de Icera con sincera tristeza-. ¡Qué madre no deplora secretamente el crecimiento de su hija, aunque la quiera más alta y más robusta que las demás! La madre de Icera era como todas las madres, un poco más pobre y más apasionada, tal vez.
-Un día, este vestidito no te servirá -proseguía, enseñándole el vestidito de la muñeca.
-¡Qué pena! Yo también fui chiquita, y aquí me ve.

Icera miraba a su madre que era desconsoladamente alta. Los niños crecían, era cierto. Pocas cosas en el mundo eran tan ciertas. Ferdinando llevaba pantalón largo, Próspera no encontraba zapatos a su medida, Marina no se trepaba a los árboles porque todos eran pequeños para su altura de jirafa. Una angustia diminuta carcomió por unos días el corazón de Icera, pero se le antojó que una frase que repetiría incesantemente dentro de sí misma "no debo crecer, no debo crecer", detendría su ilusorio crecimiento. Además, si diariamente se calzaba los zapatitos, si se ponía el vestido, los guantes y el sombrero de muñeca, forzosamente siempre seguiría siendo del mismo tamaño. Su fe obró un milagro. Icera no creció.

Cayó enferma y durante cuatro semanas no pudo vestirse. Cuando se levantó medía diez centímetros más. Sintió una gran pena, como si ese aumento de centímetros hubiera sido una pérdida. Y lo fue en verdad. No sólo pararse sobre la mesa le fue prohibido; el baño en la palangana de lavar la ropa no volvió a repetirse, el vino bebido en el dedal de la madre se suspendió; ni las uvas que le dieron, ni los macachines que juntaba en el campo ocuparon tanto lugar en el hueco de su mano. El vestido, los guantes y los zapatos ya no le servían. El sombrero le quedaba en la punta de la cabeza. Fácil le sería a cualquiera imaginar el disgusto que sentía la niña si recuerda el disgusto que él mismo siente cuando engorda, cuando el pie o la cabeza se hinchan, cuando los dedos de los guantes se arrugan como salchichas crudas. Pero se encuentra solución a un problema, a fuerza de buscarla: el vestido le sirvió de blusa; los guantes, reformándolos, de mitones; los zapatos, recortando los talones, de chinelas.

Icera vivió feliz, de nuevo, hasta que un mal intencionado le recordó su infortunio.

-¡Cómo has crecido! -le dijo el malhadado vecino.

Para demostrar que no era cierto, Icera trató de esconderse de bajo del helecho del patio, pero la descubrieron en el acto tres otros malhadados vecinos, para seguir hablando de su estatura anormal.

Icera acudió a la juguetería, que era su bálsamo de lágrimas. Con el corazón henchido de amargura, se detuvo en la puerta. En el escaparate, aquel día, se exhibían sólo muñecas. ¡Las detestadas muñecas, con ese olor rígido a pelo y a vestido nuevo que tienen, brillaban sobre el vidrio entre los reflejados admiradores que pasan a toda hora por la calle Florida! Algunas estaban vestidas de primera comunión, otras de esquiadores, otras de Caperucita Roja, otras de colegiala; una sola, de novia. La muñeca vestida de novia era un poco diferente de la que estaba vestida de primera comunión: llevaba un ramito de azahares en la mano y estaba metida adentro de una caja de cartón celeste, cuyos bordes tenían un festón de encaje, de papel, como lo tienen las cajas de bombones. Icera, olvidando su natural timidez, entró en la juguetería en busca de Darío Cuerda. Preguntó

por él a otros dependientes de la casa, pues no lo encontró en su puesto habitual.
-¿El señor Darío Cuerda? (La tan callada Icera olvidaba su timidez.) ¿No podría llamarlo? -dijo a uno de los dependientes más temidos.
-Aquí está -dijo el cajero, señalando a un viejito que parecía Darío Cuerda disfrazado de viejito.
Darío Cuerda estaba tan cubierto de arrugas que Icera no lo reconoció. En cambio él, en su vaga memoria, la recordó a ella por su estatura.
-Su mamita venía a mirar los juguetes. ¡Cómo le gustaban los juegos de dormitorio y las maquinitas de coser! -dijo con deferencia Darío Cuerda, adelantándose con maternal dulzura. Advirtió que la niña tenía bigotes, barba y dentadura postizas.
-Estas criaturas modernas -exclamó- son como adultos para los odontólogos.
¡Qué arrugados estamos todos! pensó Darío Cuerda. Luego imaginó que todo aquello era un sueño, nacido de su cansancio. ¡Tantas caras viejas, tantas caras nuevas, tantos juguetes elegidos, tantas boletas de venta escritas sobre papel carbónico, mientras el cliente se impacienta! ¡Tantos niños que se hacen los viejos y viejos que se hacen los niños!
-Tengo que decirle un secreto -dijo Icera.
Para que la boca de Icera llegara a alcanzar la oreja larguísima de Darío Cuerda, fue menester subir a la niña al mostrador.
-Soy Icera -susurró Icera.
-¿También te llamas Icera? Es natural. Los hijos se llaman como los padres -dijo el jefe de la sección muñecas pensando me obsesiona la vejez: hasta los niños parecen viejos. (Aprovechando pronunciar mal las palabras mientras pensaba.)
-Señor Cuerda, quisiera que me regale la caja donde está la muñeca vestida de novia -susurró Icera, haciéndole intolerables cosquillas en la oreja.
Nunca Icera había dicho una frase tan larga ni tan bien pronunciada. Aquella caja aseguraría según sus convicciones la dicha del porvenir. Conseguirla era cuestión de vida o muerte.
-Todo se hereda -exclamó Cuerda-, especialmente los gustos. Existe poca diferencia entre esta niña y su madre. Ésta habla mejor pero parece una viejita -agregó, dirigiéndose a la que creía ser la abuela de Icera, que era como un fantasma.
Icera pensó que al introducirse en esa caja no seguiría creciendo, pero también pensó que se vengaba un poco de todas las muñecas del mundo, quitándole a la más importante esa caja con puntilla de papel.
Darío Cuerda, maltratando su cansancio, pues no era poco trabajo retirar cualquier objeto del escaparate, desanudó las cintas que ataban la muñeca

al cartón, y regaló a Icera la caja.
Fue en ese momento cuando un inesperado fotógrafo pasó con sus herramientas de trabajo: al ver gente agolpada en el Bazar Colón, se enteró de que Icera, a quien buscaba desde hacia tiempo, estaba en la juguetería. El fotógrafo pidió permiso para sacar una fotografía, mientras Icera se acomodaba adentro de la caja y Cuerda le ataba cintas. Hincó una rodilla, blandió la cámara, se alejó, volvió a acercarse como un verdadero muñeco. Tal vez esa escena formaba parte de la propaganda de la casa, pensó Cuerda con orgullo y, mientras sonreía, olvidó sus arrugas y las de la niñita, deslumbrado por la luz de relámpago que los iluminó.
El fotógrafo, que era un cronista del diario, por fórmula pues conocía nombre, domicilio, edad, vida y milagros de la niña, comenzó a tomar notas consultando a la viejita que acompañaba a Icera.
-¿Cuándo cumplió cuarenta años su hija? -preguntó.
-El mes pasado -respondió la madre de Icera.
Entonces Darío Cuerda advirtió que todo lo que ocurría no era obra de su cansancio. Habían transcurrido treinta y cinco años desde la anterior visita de Icera al Bazar Colón y pensó, acaso confusamente (porque en verdad estaba cansadísimo), que Icera no había crecido más de diez centímetros en ese ínterin por estar destinada a dormir noches futuras en aquella caja, que impediría su crecimiento en el pasado.

El crimen perfecto

Gilberta Pax quería vivir tranquila. Cuando me enamoré de ella, yo creía lo contrario y le ofrecí todo lo que un hombre de mi posición puede ofrecer a una mujer para que se viniera a vivir conmigo, ya que no podíamos casarnos. Durante uno o dos años nos vimos en lugares incómodos y caros. Primero en automóviles, después en cafés, después en cines de mala reputación, después en hoteles un poco sucios. Cuando no le rogué sino exigí que viviera conmigo, me respondió:
-¡No puedo!
-¿Por qué? -interrogué-. ¿Por tu marido?
-Por el cocinero -susurró, y salió corriendo.
Con ira, al día siguiente, le pedí una explicación. Me la dio.
-No conoces mi casa, parece un hotel -me dijo-. Cinco personas viven en ella; a más de mi marido, mi tío, una de sus hermanas y sus dos hijos. Todo lo quieren perfecto, especialmente la comida; pero Tomás Mangorsino, el cocinero -desde hace ocho años está en la casa- se burlaba de nosotros. Aunque la presentación de cada plato fuera muy decorativa, cada día cocinaba peor. Con el pelo oliendo a grasa, porque me olvidaba de cubrirlo con un pañuelo, yo pasaba la mañana pidiéndole que cocinara como

en sus buenos tiempos. Mangorsino me miraba con cierta compasión, pero jamás me obedecía. Una mañana que lo visité con una salida de baño rosada y con una gorra de material plástico verde, de esas con las cuales uno podría ir a un baile, me miró con tanta insistencia, que le pregunté:
-¿Qué le sucede, Mangorsino?
-¿Qué me sucede? Que la señora está tan linda esta mañana que no se reconoce.
Fue entonces cuando me vino la idea de sacrificarme por mi deber de ama de casa, y seducirlo. Como si él lo hubiera adivinado, cambió de conducta, pero sólo para mí. Mandaba postres de merengue, con formas alusivas a su amor, en porciones para una sola persona. Cuando me hablaba, en la entonación de su voz yo adivinaba la reprimida ternura.
-Va a hacer unos tallarines con una masa liviana.
-La voy a amasar muy bien -me decía, mirándome en los ojos. O si no:
-¿Y la empanada que me gusta?
-La doraré. Sé que le agrada.
-Y para el té ¿qué hará?
-Besitos de Venus.
Todo lo decía comiéndome con sus ojos de lobo.
Accedí a sus requerimientos, pero las cosas no cambiaron mucho. Me mandaba un plato para mí, con la prohibición de comer lo que rellenaba la fuente, la parte de los otros, más barata y menos fresca. La sirvienta me susurraba, al colocar el plato sobre la mesa, frente a mi asiento:
-Esto es para la señora, que está un poco delicada del estómago.
La situación se prolongó angustiosamente. Mientras el resto de la familia se retorcía de dolor de barriga, yo comía manjares suculentos, que si no hubieran puesto en peligro mi esbeltez, me hubieran deleitado.
-Mi marido quiere comer hongos (yo los odio, no los como ni por un pastel) y pavita, mis hijos -le dije un día. Casi me estrangula.
-Son muy caros -respondió.
Simultáneamente los malentendidos comenzaron a traer disturbios en nuestra relación. Mientras afila los cuchillos mira mi cuello con insistencia. Yo le tengo miedo ¿por qué negarlo? Cuando retuerce un trapo de rejilla, sé que esta retorciendo mi cuello; cuando corta la carne, corta la mía. De noche no duermo. Soy esclava de sus caprichos.
-No te aflijas -dije a Gilberta-. ¿Dónde compra la carne y las verduras?
-Tengo la dirección en mi libreta -me dijo-. Junín 1000. ¿Piensas matarlo?
-Algo mejor -le respondí.
Era pleno invierno y fui al campo a juntar hongos. Los traje en una bolsa. Pedí a Gilberta una fotografía de Tomás Mangorsino.
-¿Para que la quieres? -preguntó.
-Yo también tengo caprichos -respondí, y me la trajo.

Para llevar a cabo mi plan, tenía que saber cómo era Mangorsino. Después de averiguar a qué horas iba al mercado, me aposté en la esquina donde sabía que pasaba a las siete de la mañana. Un hombre pasó con un impecable traje gris y una bufanda marrón. Consulté la fotografía: era Mangorsino.

-Hongos regalados -grité, con voz de mercachifle-, fresquitos.

Mangorsino se detuvo, miró mis guantes. No quiero dejar mis impresiones digitales, por precaución.

-¿Cuánto valen?

-Cinco pesos -dije con pronunciación extranjera.

-Démelos -dijo, sacando plata de un bolsillo interminable.

Al día siguiente, en el diario de la tarde, leí la noticia. Murió una familia entera, envenenada por hongos comprados en la calle por el cocinero Mangorsino. La única sobreviviente es la señora Gilberta Pax.

Acudí a la casa, donde Gilberta me esperaba. Nada le dije de lo que yo había hecho. Un crimen tan complicado y sutil no se confía al ser que uno más ama en el mundo, ni a la almohada.

Me contó que la familia indignada y moribunda no perdió la cabeza: al sentir los primeros síntomas de envenenamiento había corrido con tenedores a la cocina para obligar por la fuerza a Mangorsino a comer los hongos venenosos, por lo que el pobre también murió. Mi crimen fue pasional y lo que es más raro, perfecto.

El lazo

Era anciana, había que respetarla por su edad; era distinguida, de facciones regulares, había que admirar la belleza que había conservado; comía mucho, había que alabar la lozanía de su salud; se interesaba por la vida de los otros, sabía vida y milagros de todas las personas que apenas conocía, había que creer en su alma caritativa; era rica, había que servirla y aprovechar de las ventajas de su situación económica; era trabajadora, había que reconocer las virtudes de su espíritu, ya que no obligada por la necesidad trabajaba. Se llamaba Valentina Shelder.

En este relato, porque soy honesta, resaltarán mis defectos y las virtudes de Valentina Shelder. Todo esto forma parte del vasto plan agresivo de Valentina Shelder. Haber aniquilado, también, la parte simpática o generosa de mi ser, haberme transformado en un monstruo, y haberse ella salvado ante la opinión pública, que en suma era lo único que le preocupaba, dependía de su habilidad. Tardé en advertir sus intenciones, porque era astuta y disimulaba todos sus sentimientos. Parecía feliz, sobre todo cuando hablaba de temas indecentes, escatológicos o crueles. Conocía la biografía de todas las personas que frecuentaban el dispensario donde trabajábamos,

las casas vecinas con sus porteros, la plaza a donde íbamos a tomar sol a veces, las tiendas donde comprábamos nuestra ropa de trabajo, el té y el café.
Cuando Valentina acababa de contar una historia de adulterio o de amor libertino, que terminaba mal, su risa estridente llenaba la sala. Me odiaba; su odio por mí era sólo comparable a mi odio por ella. Odio que se alimentaba de reyertas diarias, de palabras groseras, de miradas penetrantes como cuchillos que nos hendían el alma.
Los días de atmósfera limpia, cuando se aproximaba un aguacero, en el dispensario se oían los rugidos de las fieras del Jardín Zoológico. No sé por qué me serenaba oírlas. Tal vez pensaba en lo que yo hubiera hecho con Valentina Shelder si yo hubiera sido una fiera suelta o si por algún milagro Valentina Shelder se hubiera encontrado encerrada conmigo en una jaula.
Valentina Shelder gozaba de un rudimentario placer: inspirar me sentimientos criminales que contrariaban mis ideas religiosas; por eso, adivinando el motivo inquietante de mi serenidad, también ella sonreía cuando rugían las fieras.
Ella sabía que se acercaba el día de su venganza: era la parte primordial de nuestra vida, y el resto una puerilidad.
Si ahora tuviera que enumerar los pormenores de nuestras peleas, tal vez no podría. Muchos versaban sobre remedios, muchos sobre alimentos, muchos sobre animales domésticos, insecticidas, y vestimentas adecuadas al tiempo y a las edades, muchos al modo de clavar la aguja de inyecciones (si directamente con la aguja o con el émbolo ajustado a la aguja); muchos sobre higiene mental y moral. A veces me quedaba ronca sin haberle hablado, a fuerza de gritar mentalmente, otras veces quedaba con un brazo lastimado por los golpes imaginarios que yo le asestaba en medio de una discusión acalorada. Yo me desfiguraba. Ella naturalmente envejecía con esa falsa distinción que la caracterizaba.
Cada nuevo insulto que yo le propinaba proyectaba en ella una luz que resplandecía en su semblante.
-Lengua larga. Mula. Yegua. Cretina. Degenerada. Infeliz -no despreciaba ninguna palabra vulgar para lanzársela a la cara, como una piedra-. Ella recibía todo con sonrisas. Luego, para vituperarme, para calumniarme, el veneno de los chismes como el rocío caía de sus labios. A veces, ante cualquiera que la escuchara despotricar contra mí, parecía una enamorada. Para aguzar mi deseo de venganza, ella no desdeñaba ninguna traición. Ante quien quisiera oírla me acusaba de inmoralidad, de perversión, de latrocinio, de mendacidad, de crueldad. Si, por orden médica, yo abrigaba a un enfermo, ella lo desabrigaba aunque lo matara. Si yo le daba jugos de frutas, decía que eran un veneno. Si yo hablaba a un moribundo, tratando de reconfortarlo con palabras de esperanza, decía que eso le subía la fiebre.

Los médicos la escuchaban y llegaron, sin decírmelo abiertamente, a mirarme con desconfianza.
Yo sola era el blanco de su agresividad, y esto sucedía casi todo el tiempo; se colocaba en lugares estratégicos, por ejemplo en el borde de una ventana sin baranda, que daba al patio interior del establecimiento, o subida sobre una escalera de mano, alta y enclenque, para cambiar la bombilla de una araña o dando la espalda a un calentador Primus, a punto de estallar, o trepada a una mesa frágil, que apenas la sostenía, para acomodar una cortina de lona, que pesaba un quintal. De un empujón yo hubiera podido en un instante ultimarla o dejarla tullida para el resto de su existencia.
Le gustaban los espectáculos crueles, le gustaba mi cara de espanto.
Un día salimos solas a comprar ropa blanca para el personal del dispensario. A corta distancia de la tienda vimos un automóvil deshecho, que había chocado contra una pared. Valentina quiso mirarlo de cerca. Tuve que acompañarla. Abrió la puerta del automóvil, buscó manchas de sangre. Cuando las encontró quedó satisfecha. Otro día quiso ver el departamento donde una pareja de amantes había muerto asfixiada por un escape de gas del calefón. Para verlo, pedimos permiso al portero, que nos creyó locas. Como un guía, nos mostró el lugar, contándonos la historia macabra.
El médico, Samuel Sical, el jefe de nuestra sala, nos apreciaba tanto a una como a otra, pero Valentina Shelder no lo admitía.
Samuel Sical cuidaba a sus enfermos con ejemplar devoción. Los auscultaba con minuciosidad. Salvó vidas, pero en una oportunidad no tuvo suerte. El enfermo, que no tenía una enfermedad del otro mundo, se quejaba por demás. Samuel Sical pensó que estaba grave y un día lo auscultó más minuciosamente que de costumbre. Anunció a sus colegas, que rodeaban la cama, que el enfermo estaba fuera de peligro. El hombre parecía restablecido porque no se quejaba; pero estaba muerto.
Samuel Sical, desprestigiado desde aquel día, parecía un alma en pena. Por él nos peleamos con Valentina Shelder. Acabábamos de tomar el desayuno. Los instrumentos de cirugía estaban cerca. El bisturí brillaba cuando me dijo que yo defendía a Samuel Sical, porque era mi amante. Agregó, "Por mirarte, dejó morir al enfermo". Tomé el bisturí, al oír su risa estridente, y me abalancé sobre ella, apuntando a su cuello. Cayó y mientras corría la sangre, que salpicaba mi delantal, su risa persistía. Muerta, su voz furiosamente alegre continuaba resonando por las salas y corredores del dispensario.

Amor

Durante el principio de la travesía fuimos felices. Era nuestro viaje de bodas, íbamos a Estados Unidos, mi marido para completar sus estudios y

yo los míos, pues conseguí una beca.
Continuamente gozábamos del espectáculo del mar, de la música, de los juegos, de los alimentos, del *dolce far niente* a bordo. El aire marítimo, que vuelve exuberantes a los hombres, también los enamora. Siempre lo he dicho. Bajo su influjo adoramos, odiamos, desesperamos, gozamos más que bajo el influjo de cualquier droga. Eran tal vez nuestras primeras vacaciones, pues desde muy jóvenes habíamos vivido siempre sometidos a las familias de nuestros padres y a trabajos que nos esclavizaban.
Por las mañanas, a las ocho, cuando no nos levantábamos para ver la salida del sol, estábamos ya en la cubierta haciendo ejercicios. Tomábamos, a las once, el caldo, que servían con sándwiches. El resto de la mañana, hasta la hora del almuerzo, nos echábamos al sol, casi desnudos. Por la tarde estudiábamos y algunos días tomábamos asueto leyendo libros o jugando a los naipes con algunos de los pasajeros. Teníamos la impresión de estar comiendo, durmiendo, haciendo el amor, o esperando hacerlo, todo el día.
Nos amábamos profundamente, con esa nueva dicha que consistía en alejarnos del mundo rodeados de gente que no conocíamos o que apenas conocíamos.
Entre los pasajeros ¿valdrá la pena nombrar a Isaura Díaz que leía las líneas de las manos; a Roberto Crin, prestidigitador; a Luis Amaral, brasileño, cazador y millonario, a John Edwards, médico que en un momento dado me salvó la vida y a la niña Cirila Fray, a quien yo cuidaba durante una o dos horas de la tarde, para ayudar a la madre, que estaba anémica?
Roberto Crin me fascinaba, con sus pruebas de prestidigitación y conversaba un poquito conmigo cuando subíamos las escaleras o cuando nos cruzábamos por la cubierta. A mi marido no le gustaba. No me lo decía, pero yo lo advertía por su modo de fruncir el ceño o de arrugar la frente. ¿Acaso él no conversaba con todas las mujeres de a bordo, en cuanto tenía una oportunidad? Con Luis Amaral, yo no me atrevía a hablar, porque me miraba demasiado, con sus ojos oscuros y despiadados. En cuanto intentaba hablarme, yo miraba para otro lado, haciéndome la distraída. Al enigmático John Edwards, que me salvó la vida y con quien por ese motivo tuve algún trato, mi marido apenas le hablaba. La vida, que había sido tan agradable en los primeros días, para mí se volvió atroz. Para distraerme un poco me ocupé de Cirila, que tenía cinco años y que pasaba la tarde en la sala de gimnasia de niños, donde había un caballo de madera, un sube y baja, columpios y otros juegos que uno encuentra en las plazas. Durante el momento que estaba con ella me olvidaba un poco de la abrumante tarea que es para una mujer tratar de evitar los celos de un marido desconfiado. Nuestro viaje no parecía un viaje de luna de miel. Una amargura semejante a la que había visto entre otros matrimonios casados desde hacía ya

tiempo, destruía nuestra avenencia. No nos queríamos menos por ello. Durante el día nos reconciliábamos cinco o seis veces; esas reconciliaciones eran efusivas. No lo culpo a él más de lo que me culpo por ese estado de cosas. Soy vengativa, desde mi infancia lo fui: en cuanto lo veía conversar con alguna mujer que no fuera demasiado vieja, yo buscaba algún hombre a quien dar conversación, para que mi marido supiera lo que era el sentimiento que yo más detestaba: los celos.
No fue sino después de quince días de a bordo que me decidí a hablar con Luis Amaral. Un marido que ama a su mujer advierte cuando ésta se siente atraída por otro hombre: algo en la voz, algo en la mirada, algo en el comportamiento, la delata. Mi marido habría notado esta atracción, pues se tornó hosco y malhumorado conmigo, sin dejar de ser amable con las otras mujeres.
Un día, Luis Amaral con el pretexto de mostrarme las escopetas con las cuales cazaba en el Amazonas, me hizo pasar a su camarote. Yo no hubiera debido aceptar. No me invitaba como a otros pasajeros de a bordo; su manera de mirarme, su voz, me perturbaban. Para vengarme de las infidelidades, tal vez inexistentes, de mi marido, yo me sentía capaz de hacer cualquier cosa. No me hice rogar demasiado. Entré en el camarote de Luis Amaral como quien se suicida. Cuando me encontré a solas frente a él me sentí avergonzada. Él lo tomó de otro modo. Quiso abrazarme. Naturalmente lo rehuí. Él había cerrado la puerta con llave: quise abrirla. Grité.
Después de ese episodio Luis Amaral me miró de un modo insolente. No perdonaba mi indiferencia, porque se creía irresistible.
Mi marido, con el pretexto de averiguar su destino, hablaba con Isaura Díaz, de noche cuando yo me desvestía para dormir. Varias veces los vi en la cubierta juntos: ella teniéndole la mano y diciéndole cosas que él nunca me contaba. Isaura Díaz era una mujer ya madura. Sus ojos negros irradiaban una luz extraña. Me parecía que ningún hombre podía enamorarse de ella, primeramente por su edad, luego por su falta de belleza. Pero a medida que la observé, descubrí en ella un encanto y una fuerza que me inquietaron. Pensé que mi marido se sentía atraído por ella y ese interés que demostraba por saber algo del futuro no era sino el interés que siente un hombre frente a una mujer. Roberto Crin trataba de distraerme con sus pruebas de prestidigitación. Tal vez adivinaba mi angustia. Yo con él me sentía alegre, alegre como una niña, porque siempre me fascinó ese juego de hacer aparecer y desaparecer objetos.
Mi marido no podía creer en mi inocencia, ni yo en la de él. Un barco es un mundo, y en ese mundo empezábamos a vivir nuestro amor de una manera equivocada. No sé si los pasajeros oían nuestras peleas. A veces íbamos hasta la proa y el viento traía bocanadas de sal a nuestros labios mientras

discutíamos. A veces íbamos hasta la popa y ahí, con la cabeza agachada mirábamos el surco azul que dejaba el barco y los peces voladores, que saltaban mientras nos destrozábamos el alma. A veces, cuando todos los pasajeros se habían ido a dormir, permanecíamos en la cubierta, como dos espectros, odiándonos.
Los motivos de nuestras disputas no nos enfurecían de acuerdo a la gravedad del caso. A veces bastaba un pañuelo que hubiera caído, un movimiento de una mano, un buenos días que se hubiera dicho, la palidez de las mejillas o una contemplación demasiado prolongada frente al espejo, para que la ira desbordara. Un demonio se había apoderado de nuestras almas. A veces pienso que Dios intentó salvarnos de ese demonio infligiéndonos un castigo mayor.
Estábamos, aquel día, acodados a la borda. Hacía frío. Nos habíamos puesto nuestros abrigos más gruesos, es cierto, pero no sentíamos el frío en nuestras caras, ni en nuestras manos descubiertas. Peleábamos, no sé por qué. Todos los motivos de nuestras peleas los recuerdo, salvo ese que parecía la conjunción de todos los otros. Era la hora en que el mar, cuando hace frío, se pone de un gris de acero. El sol blanco se parecía menos al sol que a la luna. Yo contemplaba el cielo, el mar, como en un sueño. De repente el barco tembló, se tumbó hacia la izquierda. Seguimos peleando. Se oyó la sirena. Los pasajeros del barco corrían, recogiendo alegremente trozos de hielo que habían caído dentro de la cubierta, y los lanzaban al aire. Seguimos peleando. El barco se ladeaba hacia la izquierda. Un oficial vino a decirnos que el barco había chocado con un témpano de hielo. Estaba hundiéndose. Le dimos las gracias. Seguimos peleando. De vez en cuando, un leve movimiento, con una serie de crujidos, ladeaba el barco. Veíamos la vajilla del comedor de primera clase caer una tras otra; la mesita con ruedas, cubierta de fiambres y postres, golpearse contra las paredes, empujada por manos invisibles. La gente se agrupaba en los rincones, como animales que temieran el granizo. Ya habían bajado los botes de salvataje. Nos peleábamos. ¿Tuvimos deseos de salvarnos? Un oficial vino a buscarme. Le dije que quería quedarme con mi marido, si en los botes no había sitio para él. Seguimos peleando. Una avalancha de gente se nos vino encima cuando abrieron las puertas de comunicación de la segunda clase y de la tercera. El amargo gusto del mar tan parecido a las lágrimas, entró en mi boca. Me desvanecí. No sé quién nos salvo, pero sea quien fuere, no se lo perdono, pues le debo haber quedado en este mundo de peleas, en lugar de haber perecido en un espléndido naufragio, abrazada a mi marido.

El pecado mortal

Los símbolos de la pureza y del misticismo son a veces más afrodisíacos que las fotografías o que los cuentos pornográficos, por eso ioh sacrílega! los días próximos a tu primera comunión, con la promesa del vestido blanco, lleno de entredoses, de los guantes de hilo y del rosario de perlitas, fueron tal vez los verdaderamente impuros de tu vida. Dios me lo perdone, pues fui en cierto modo tu cómplice y tu esclava.
Con una flor roja llamada plumerito, que traías del campo los domingos, con el libro de misa de tapas blancas (un cáliz estampado en el centro de la primera página y listas de pecados en otra), conociste en aquel tiempo el placer -diré- del amor, por no mencionarlo con su nombre técnico; tampoco tú podrías darle un nombre técnico, pues ni siquiera sabías dónde colocarlo en la lista de pecados que tan aplicadamente estudiabas. Ni siquiera en el catecismo estaba todo previsto ni aclarado.
Al ver tu rostro inocente y melancólico, nadie sospechaba que la perversidad o más bien el vicio te apresaba ya en su tela pegajosa y compleja.
Cuando alguna amiga llegaba para jugar contigo, le relatabas primero, le demostrabas después, la secreta relación que existía entre la flor del plumerito, el libro de misa y tu goce inexplicable. Ninguna amiga lo comprendía, ni intentaba participar de él, pero todas fingían lo contrario, para contentarte, y sembraban en tu corazón esa pánica soledad (mayor que tú) de saberte engañada por el prójimo.
En la enorme casa donde vivías (de cuyas ventanas se divisaba más de una iglesia, más de un almacén, el río con barcos, a veces procesiones de tranvías o de victorias de plaza y el reloj de los ingleses), el último piso estaba destinado a la pureza y a la esclavitud: a la infancia y a la servidumbre. (A ti te parecía que la esclavitud existía también en los otros pisos y la pureza en ninguno.)
Oíste decir en un sermón: "Mas grande es el lujo, más grande es la corrupción"; quisiste andar descalza, como el niño Jesús, dormir en un lecho rodeada de animales, comer miguitas de pan, recogidas del suelo, como los pájaros, pero no te fue dada esa dicha: para consolarte de no andar descalza, te pusieron un vestido de tafetas tornasolado y zapatos de cuero mordoré; para consolarte de no dormir en un lecho de paja, rodeada de animales, te llevaron al teatro Colón, el teatro más grande del mundo; para consolarte de no comer miguitas recogidas del suelo, te regalaron una caja lujosa con puntilla de papel plateado, llena de bombones que apenas cabían en tu boca.
Rara vez las señoras, con tocados de plumas y de pieles, durante el invierno se aventuraban por ese último piso de la casa, cuya superioridad (indiscutible para ti) las atraía en verano, con vestidos ligeros y anteojos de larga vista. en busca de una azotea, de donde mirar aeroplanos, un eclipse,

o simplemente la aparición de Venus; acariciaban tu cabeza al pasar, y exclamaban con voz de falsete: "¡Qué lindo pelo!" "¡Pero qué lindo pelo!"

Contiguo al cuarto de juguetes, que era a la vez el cuarto de estudio, estaban las letrinas de los hombres, letrinas que nunca viste sino de lejos, a través de la puerta entreabierta. El primer sirviente, Chango, el hombre de confianza de la casa, que te había puesto de apodo Muñeca, se demoraba más que sus compañeros en el recinto. Lo advertiste porque a menudo cruzabas por el corredor, para ir al cuarto donde planchaban la ropa, lugar atrayente para ti. Desde ahí, no sólo se divisaba la entrada vergonzosa: se oía el ruido intestinal de las cañerías que bajaban a los innumerables dormitorios y salas de la casa, donde había vitrinas, un altarcito con vírgenes, y una puesta de sol en un cielo raso.

En el ascensor cuando la niñera te llevaba al cuarto de juguetes, repetidas veces viste a Chango que entraba en el recinto vedado, con mirada ladina, el cigarrillo entre los bigotes, pero más veces aún lo viste solo, enajenado, deslumbrado, en distintos lugares de la casa, de pie arrimándose incesantemente a la punta de cualquier mesa, lujosa o modesta (salvo a la de mármol de la cocina, o a la de hierro con lirios de bronce del patio). "¿Qué hará Chango, que no viene?" Se oían voces agudas, llamándolo. Él tardaba en separarse del mueble. Después, cuando acudía, naturalmente nadie recordaba para qué lo llamaban.

Tú lo espiabas, pero él también terminó por espiarte: lo descubriste el día en que desapareció de tu pupitre la flor de plumerito, que adornó más tarde el ojal de su chaqueta de lustrina.

Pocas veces las mujeres de la casa te dejaban sola, pero cuando había fiestas o muertes (se parecían mucho) te encomendaban a Chango. Fiestas y muertes consolidaron esta costumbre, que al parecer agradaba a tus padres. "Chango es serio. Chango es bueno. Mejor que una niñera" decían en coro. "Es claro, se entretiene con ella" agregaban. Pero yo sé que una lengua de víbora, de las que nunca faltan, dijo: "Un hombre es un hombre, pero nada les importa a los señores, con tal de hacer economías". " ¡Qué injusticia!", musitaban las ruidosas tías. "Los padres de la niñita son generosos; tan generosos que pagan un sueldo de institutriz a Chango."

Alguien murió, no recuerdo quién. Subía por el hueco del ascensor ese apasionado olor a flores, que gasta el aire y las desacredita. La muerte, con numerosos aparatos, llenaba los pisos bajos, subía y bajaba por los ascensores, con cruces, cofres, coronas, palmas y atriles. En el piso alto, bajo la vigilancia de Chango, comías chocolates que él te regaló, jugabas con el pizarrón, con el almacén, con el tren y con la casa de muñecas. Fugaz como el sueño de un relámpago, te visitó tu madre y preguntó a Chango si hacía falta invitar a alguna niñita para jugar contigo. Chango contestó que no convenía, porque entre las dos harían bulla. Un color

violeta pasó por sus mejillas. Tu madre te dio un beso y partió; sonreía, mostrando sus preciosos dientes, feliz por un instante de verte juiciosa, en compañía de Chango.

Aquel día la cara de Chango estaba más borrosa que de costumbre: en la calle no lo hubiéramos conocido ni tú ni yo, aunque tantas veces me lo describiste. De soslayo lo espiabas: él, habitualmente tan erguido, arqueándose como signos de paréntesis; ahora se arrimaba a la punta de la mesa y te miraba. Vigilaba de vez en cuando los movimientos del ascensor, que dejaba ver a través de la armazón de hierro negro, el paso de cables como serpientes. Jugabas con resignada inquietud. Presentías que algo insólito había sucedido o iba a suceder en la casa. Como un perro, husmeabas el horrible olor de las flores. La puerta estaba abierta: era tan alta, que su abertura equivalía a la de tres puertas de un edificio actual, pero eso no facilitaría tu huida; además, no tenías la menor intención de huir. Un ratón o una rana no huyen de la serpiente que los quiere, no huyen animales más grandes. Chango, arrastrando los pies, se alejó de la mesa por fin, se inclinó sobre la balaustrada de la escalera para mirar hacia abajo. Una voz de mujer, aguda, fría, retumbó desde el sótano:

-¿La Muñeca se porta bien?

El eco, seductor cuando le decías algo, repitió sin encanto la frase.

-Muy bien -respondió Chango, que oyó resonar sus palabras en los fondos oscuros del sótano.

-A las cinco le llevaré la leche. La respuesta de Chango:

-No hace falta: se la prepararé yo-, se mezcló con un -gracias- femenino, que se perdió en los mosaicos de los pisos bajos. Chango volvió a entrar en el cuarto y te ordenó:

-Mirarás por la cerradura, cuando yo esté en el cuartito de al lado. Voy a mostrarte algo muy lindo.

Se agachó junto a la puerta y arrimó el ojo a la cerradura, para enseñarte cómo había que hacer. Salió del cuarto y te dejó sola. Seguiste jugando como si Dios te mirara, por compromiso, con esa aplicación engañosa que a veces ponen en sus juegos los niños. Luego, sin vacilar, te acercaste a la puerta. No tuviste que agacharte: la cerradura se encontraba a la altura de tus ojos. ¿Qué mujeres degolladas descubrirías? El agujero de la cerradura obra como un lente sobre la imagen vista: los mosaicos relumbraron, un rincón de la pared blanca se iluminó intensamente. Nada más. Un exiguo chinflón hizo volar tu pelo suelto y cerrar tus párpados. Te alejaste de la cerradura, pero la voz de Chango resonó con imperiosa y dulce obscenidad: "Muñeca, mira, mira". Volviste a mirar. Un aliento de animal se filtró por la puerta, no era ya el aire de una ventana abierta en el cuarto contiguo. Qué pena siento al pensar que lo horrible imita lo hermoso. Como tú y Chango a través de esa puerta, Píramo y Tisbe se hablaban amorosamente a través

de un muro.
Te alejaste de nuevo de la puerta y reanudaste tus juegos mecánicamente. Chango volvió al cuarto y te preguntó: "¿Viste?" Sacudiste la cabeza, y. tu pelo lacio giró desesperadamente. "¿Te gustó?" insistió Chango, sabiendo que mentías. No contestabas. Arrancaste con un peine la peluca de tu muñeca, pero de nuevo Chango estaba arrimado a la punta de la mesa, donde tratabas de jugar. Con su mirada turbia recorría los centímetros que te separaban de él y ya imperceptiblemente se deslizaba a tu encuentro. Te echaste al suelo, con la cinta de la muñeca en la mano. No te moviste. Baños consecutivos de rubor cubrieron tu rostro, como esos baños de oro que cubren las joyas falsas. Recordaste a Chango hurgando en la ropa blanca de los roperos de tu madre, cuando reemplazaba en sus tareas a las mujeres de la casa. Las venas de sus manos se hincharon, como de tinta azul. En la punta de los dedos viste que tenía moretones. Involuntariamente recorriste con la mirada los detalles de su chaqueta de lustrina, tan áspera sobre tus rodillas. Desde entonces verías para siempre las tragedias de tu vida adornadas con detalles minuciosos. No te defendiste. Añorabas la pulcra flor del plumerito, tu morbosidad incomprendida, pero sentías que aquella arcana representación, impuesta por circunstancias imprevisibles, tenía que alcanzar su meta: la imposible violación de tu soledad. Como dos criminales paralelos, tú y Chango estaban unidos por objetos distintos, pero solicitados para idénticos fines.
Durante noches de insomnio compusiste mentirosos informes, que servirían para confesar tu culpa. Tu primera comunión llegó. No hallaste fórmula pudorosa ni clara ni concisa de confesarte. Tuviste que comulgar en estado de pecado mortal. Estaban en los reclinatorios no sólo tu familia, que era numerosa, estaban Chango y Camila Figueira, Valeria Ramos, Celina Eyzaguirre y Romagnoli, cura de otra parroquia. Con dolor de parricida, de condenada a muerte por traición, entraste en la iglesia helada, mordiendo la punta de tu libro de misa. Te veo pálida, ya no ruborizada frente al altar mayor, con los guantes de hilo puestos y un ramito de flores artificiales, como de novia, en tu cintura. Te buscaría por el mundo entero a pie como los misioneros para salvarte si tuvieras la suerte, que no tienes, de ser mi contemporánea. Yo sé que durante mucho tiempo oíste en la oscuridad de tu cuarto, con esa insistencia que el silencio desata en los labios crueles de las furias que se dedican a martirizar a los niños, voces inhumanas, unidas a la tuya, que decían: es un pecado mortal, Dios mío, es un pecado mortal.
¿Cómo hiciste para sobrevivir? Sólo un milagro lo explica: el milagro de la misericordia.

Rhadamanthos

La envidiaba por sus pecados con una envidia que la carcomía, una envidia que no la dejaba descansar, y ahora, ahí estaba, muerta. Nada en el mundo podría resucitarla. Ahí estaba, muerta como una piedra preciosa, que no sufre. con todos los honores, con todas las ceremonias. ¡Ni siquiera desfigurada! Y si lo hubiera estado, alguien se hubiera encargado de ver en ella un encanto nuevo, el encanto de sus imperfecciones. Joven, nada le quitaría la juventud; tranquila, nada le quitaría la tranquilidad; impura, nada le quitaría su aparente pureza. Las iniciales, sobre el paño negro del coche fúnebre, brillaban, y sus retratos ya se repartían entre los amigos de la casa. No había modo de contener las lágrimas que vertían por ella un hijo de ocho años, un marido de treinta y esa corte ridícula de amigos que la admiraban, aún más que antes. En los armarios, aquellos vestidos que olían a perfume, serían sus delegados. Con ellos el recuerdo maquinaría costumbres, ritos en su memoria. Las santas tienen altares, pero ella, que se había suicidado, tendría en cada corazón alguien que suspiraba secretamente por su memoria.
Injusticias de la suerte, pensaba Virginia, mientras subía las escaleras. Yo que he sufrido tanto, yo que soy pura, yo que tengo a veces cara de muerta, yo que no tengo miedo de nadie, yo no me he suicidado. Nadie llora por mí.
Entró en el cuarto donde la velaban. Flores, las flores que le agradaban tanto, la cubrían. En la luz trémula de los cirios brillaban la frente, los pómulos, las mejillas, el cuello y los labios, como si estuviese viva. Ninguno de sus defectos se veía, ni los dedos de los pies, que eran tan insólitos, ni las piernas demasiado fuertes. Se había arreglado, peinado, pintado, para torturarla.
Para no verle la cara se arrodilló; para no pensar en ella rezó. Un zumbido de voces le llenó los oídos. La gente hablaba, ¿de qué? Sólo de ella. Era pura, decían, como la luz. Se puso de pie, Por suerte nadie advierte en las miradas los íntimos sentimientos de un ser.
Virginia se dirigió al dormitorio de la muerta. Buscó el peine, para peinarse, buscó el lápiz de los labios, para pintarse, buscó el perfume, para perfumarse, y se miró en el espejo. Salió de la casa apresuradamente; entró en una tienda donde compró papel de cartas (el papel que tenía en su casa era un papel ordinario). Caminó por la calle mirando la punta de sus zapatos de bruja; subió por un ascensor interminable, abrió una puerta y entró en su cuarto. Se puso a escribir maravillosas cartas de amor dirigidas a la muerta, revelando en ellas, con toda suerte de subterfugios, la vida monstruosa, impura, que le atribuía. Al pie de las cartas firmaba con el nombre del supuesto amante. En una noche, mientras velaban a la muerta, escribió veinte cartas, cuyas fechas abarcaban toda una vida de amor.
A la mañana siguiente, al alba, hizo un paquete con las cartas, las ató con

la cinta rosada de uno de sus camisones, las llevó a la casa mortuoria y las depositó en el armario de la muerta.

El hórreo

A Basilisa Vázquez

Hace treinta años que salí de España y no sé si volveré. Mi madre quería que me llamara Generosa, como mi abuela, pero me llamaban Pachina. La noche de San Juan me escapé de mi casa. Ya estaba cansada de tanta injusticia. Yo tenía ocho años y hacía todos los trabajos. Mis hermanas, ninguno. Cuando recolectaban la cosecha del centeno, sufría más que nunca, pues no tenía tiempo de juntar los cornatillos, que valen tanto. Mis hermanas, ellas tenían tiempo de juntarlos. Yo tenía que servir el vino, la comida a los segadores, o llevar las vacas al monte, o lavar y planchar la ropa, o encender el fuego, o pelar las papas. "Me iré a Gueral, donde viven mis primas" decía para mis adentros, moviendo los labios como si rezara. "Me ganaré la vida cuidando niños y mañana, cuando mis padres vayan a la iglesia, a buscar todas las cosas que dejaron los vecinos en las puertas de la iglesia, sabrán que escapé y llorarán con grandes pañuelos, porque no sabrán si he muerto de hambre o si me comió un lobo."
Caía la noche, con las fogatas encendidas, y pensé en los cuentos de lobos y de brujas que me habían contado. No me atreví a caminar por los montes ni a aventurarme por el largo camino que conduce a Gueral; me escondí en el hórreo, donde almacenan los granos, y que queda muy cerca de la casa de mis padres. Me eché sobre el piso. Oí toda la noche las idas y venidas de la gente que me buscaba con linternas. Al amanecer emprendí el viaje. Me mojé la cara en el río, para lavar mis lágrimas, pues no llevaba pañuelo, y bebí mucha agua. Cuando llegué a Gueral, más muerta que viva, no me atreví a pedir trabajo en ninguna casa. Tenía vergüenza. A la entrada del pueblo encontré a mi prima que me preguntó a dónde iba. Le respondí que iba a buscar unos zuecos, que los hacían ahí, en una casa, muy bonitos. Avergonzada volví, caminando por el mismo camino por donde había venido, resuelta a encerrarme en el hórreo hasta morir, pues antes de recibir la paliza que me esperaba, prefería morir debajo de los granos o de un cargamento de pasto. El dolor y el hambre me daban alas. Corrí tanto que caí casi desmayada. Me detuve a descansar debajo de un castaño, cuyas frutas me clavaron sus erizos. Los niños, que salían del colegio, al verme, vinieron a mi encuentro. Uno de ellos quiso llevarme al pueblo y me tomó del brazo. Le clavé las uñas. Los otros me rodearon y durante media hora lucharon conmigo. Cuando caí al suelo, vencida, me hice la muerta. Los niños, gritando que estaba muerta, huyeron. Cuando los perdí de vista,

tomé otro camino del monte, más largo pero menos frecuentado y me encaminé al hórreo. Con tranquilidad, pues mi cansancio era ya como un narcótico, penetré en la sombra del recinto, y vi con terror que no estaba sola. Una sombra agazapada se escondía, como yo estaba escondiéndome; era Lelo Garabal, el de los pies grandotes, pero lloraba. ¡Un varón que llora! ¿Qué era mi vergüenza comparada con la de Lelo Garabal? El tenía doce años cumplidos, era casi un hombre con bigotes y yo una niña. Lo miré con desprecio. Gruñía como un cerdo y un mar de lágrimas caía de sus mejillas sobre la blusa oscura, pero no había olvidado su merienda, y mientras lloraba comía pan con chorizo. Hacía muchas horas que yo no comía y probablemente al relamer mis labios Lelo Garabal adivinó mi hambre. Me ofreció la mitad del pan, no la del chorizo, y me dijo:

-Me iré de España.

Si no hubiera estado sentada, me habría caído al suelo.

-Te vas? -le pregunté con voz helada, recordando que una niña nunca debe demostrar su asombro a un varón-. ¿Por qué?

-Porque sí -respondió, mirándose los pies-. Soy grande, mira mis zapatos. Calzo un número más que mi padre.

-Quiero irme contigo -le dije, tratando de no oír sus gruñidos-. Yo también quiero irme de España, aunque muera de hambre.

-¿En un barco? -me respondió incrédulo-. Pachina, ¿te irías en un barco, de los que zarpan de Vigo?

-¿Y en qué me iría? -le dije-. Pero ¿por qué te vas? -insistí-. ¿Te lo permitirá el señor López y Teresa, tu madrina? ¿Por qué te vas?

-Nadie me saluda en el pueblo, ni Manolo, ni Maruja Naveira, ni Ricardo Cayó, ni Luisa Carro.

-¿Qué hiciste? -le pregunté.

-Un sacrilegio -respondió.

-¿Un sacrilegio?

No lo creía capaz ni de un sacrilegio.

-Te acuerdas que soy curioso? El cura que me enseñó el catecismo me dijo que si mascaba las hostias, las llagas de Cristo, mientras las mascaba sangrarían. ¿Sabes que Maruja Naveira y Luisa Carro limpian todos los sábados los pisos, los bancos, el altar de la iglesia? Ayer querían pasear todo el día y les ofrecí limpiar la iglesia. Yo sabía en donde guardaba el cura las llaves del sagrario. En cuanto Maruja y Luisa se fueron, busqué las llaves. Son de oro y brillan mucho. Solo, recorrí la nave, limpiando los bancos, el piso y el presbiterio, hasta que llegué al altar. Tomé el cáliz y, mirando continuamente el Cristo, masqué una por una las hostias, para ver si las llagas sangraban. No sangraron, pero me descubrieron antes que mascara la última hostia, que tal vez hubiera soltado la sangre. Todo el pueblo lo sabe ahora -dijo tragándose una lágrima-. Mi mamá dice que sólo

me saludarán los ladrones, los locos o las mujeres de mala vida.
-Yo tampoco -le dije y corrí junto a mi madre.
El sacrilegio de Lelo Garabal me salvó de una paliza. Durante un mes y durante todo el mes siguiente no se habló de otra cosa en el pueblo y en mi casa donde volvieron a tratarme con la misma injusticia como si yo me hubiera portado después de todo, como Lelo Garabal.

El árbol grabado

Fui vestida de diablo y muy temprano al banquete. Mi disfraz tenía olor a aceite de ricino. Asistí a todos los preparativos de la fiesta.
-Un banquete es siempre un banquete -dijo Sara, acomodando los asientos alrededor de la mesa larga, debajo de la sombra del sauce-. Las fuentes tienen que estar bien dispuestas, los vasos frente a los platos y cubiertos correspondientes.
Clorindo, disfrazado de fantasma con una sábana, miraba el ir y venir de su madre, Sara.
-Veinte invitados, es mucho -prosiguió Sara-. Es la primera vez que recibimos tantos invitados para un almuerzo. El cumpleaños de don Locadio, tu abuelo, es importante: cumple sesenta años.
Clorindo seguía jugando: había descubierto un hormiguero, junto al tronco del sauce, y pensó, siguiendo mis consejos, que tal vez sería gracioso colocarlo adentro de un postre. Buscamos una cajita de cartón, donde pusimos el hormiguero, y fuimos en busca de Sara, que sacaba del horno las tartas, que recubría con dulce y luego con una tapa de la misma masa. En el momento en que Sara fue al otro cuarto, colocamos en el interior de una tarta el hormiguero; lo cubrimos con dulce y luego con la tapa. Sara, atareada como estaba, no lo advirtió.
Los invitados llegaron y no tardaron en sentarse. Sara y sus hermanas traían las fuentes de la cocina. Como era carnaval se habían disfrazado: la Pirucha de odalisca, el Turco de león, Rosita Peña de gaucho, porque era domadora; yo, de diablo, no hay que olvidarlo, y Clorindo de fantasma. Pocas veces la animación de una fiesta, en casa de Sara, había tomado esas proporciones. Alguien pronunció un discurso, antes de brindar. Cuando llegó el momento de los postres, la Pirucha aplaudió, pero Sara modestamente se excusó diciendo que no era la época del membrillo y que rellenas de manzana las tartas valían poco. Había cinco tartas distribuidas sobre la mesa. Pirucha clavó el cuchillo en la que estaba colocada frente a su plato. En cuanto partió la masa, salieron las hormigas. Pirucha dio un grito, luego quiso disimular, en vano el desastre. Clorindo se escondió debajo de la mesa. Con su conducta llamó más la atención.
Don Locadio, que estaba muy congestionado, se puso de pie. Tenía que

infligir un castigo a Clorindo.
-No es posible que este niño -dijo- llene nuestros alimentos de hormigas. Contienen ácido fórmico, un laxante muy enérgico.
-Nos haría falta, después de lo que hemos comido -dijo Delia Ramírez, con amable sonrisa.
-¿Qué castigo se le puede infligir? -dijo Sara-. Ya comió todo lo que quiso.
-Buscaré los látigos y lo azotaré delante de todos ustedes -dijo Locadio-. Es un asesino. Lo mismo hubiera puesto veneno, en vez de hormigas.
Todo el mundo calló. Don Locadio buscó el látigo, tomó de una pierna a Clorindo. Retiró el plato, los cubiertos y el vaso colocados frente a su asiento y puso a Clorindo sobre la mesa. Le sacó el pantalón y le asestó ocho latigazos.
-Qué horrible -dijo Piruchа, cubriéndose la cara-. ¡Qué indecente! Es la primera vez que veo un varón desnudo.
-¿No tienes hermanitos? -preguntó Rosita, con naturalidad. Cuando terminó de asestar los latigazos, don Locadio sudaba. -Y ahora hay que perdonarlo -dijo Sara, vistiendo a Clorindo-. No lo harás nunca más, nunca más. ¿No es cierto?
-Nunca más -dijo Clorindo.
Clorindo buscaba algo sobre la mesa. Tomó su cuchillito y sin vacilar se lo clavó a don Locadio en el corazón.
Fue en ese momento cuando los invitados creyeron que habían tenido una premonición, pues al encaminarse al banquete habían visto árboles con un corazón grabado en el tronco y una puñalada profunda en el centro.
Clorindo se divertía, como todos los niños, con juegos de su invención; el predilecto había sido aquel juego del corazón grabado por él mismo, en los troncos de los árboles, al que le clavaba un cuchillo, probando su puntería, que era bastante buena. Los árboles del pueblo, desde hacía tiempo, llevaban todos la marca de estos juegos.
"Por aquí pasó el diablo, que se apoderó del alma de Clorindo" dijeron las personas, después del crimen, al ver los troncos marcados. Y yo me sentí culpable.

Carta de despedida

Madrina:

Una tristeza, que no llego a comprender, se alberga en mi corazón, de noche, cuando se encienden las primeras luces de tu cuarto. Desde que nací, vivimos en esta misma casa: tiempo suficiente para saber que el corredor aísla y no une los cuartos. Te encierras con llave, como en una torre, todas las tardes, desde aquella vez que no quisiera recordar, pero

que está en el fondo de mis pensamientos, como esos telones pintados que había antiguamente en las salas de los fotógrafos. Frente a tu ventana, se extiende el jardín, donde hay columpios, toboganes y trapecios, desde los cuales te atisbo cuando abres las ventanas. Crees que juego cuando me ves en los columpios, o con niños de mi edad jugando a la rayuela, o con perros. ¡Cómo te equivocas! Si jugar es divertirse, nunca juego. ¿Qué nombre puede tener lo que hago cuando parece que me entretengo? Hasta los perros comprenden que estoy triste y lamen las suelas de mis zapatos incorrectos. Pocas personas me quieren y yo sé por qué esto ocurre. Es porque uno ama sólo a los seres que se aman a sí mismos, y yo no me amo, porque no encuentro motivos valederos para amarme, ni siquiera cuando me veo tocando el violín, como un hombre grande, en el espejo, ni cuando saco buenas notas en la escuela.

Guardo mi violín debajo de la cama, por costumbre, y a veces, cuando estoy desvelado, no recordando el exacto sonido de sus notas, abro la caja del instrumento y rasgo las cuerdas levemente; pero esto no basta para que me duerma. Mi afición por la música no es tan grande para que pueda engañar a los otros ni a mí mismo. Es para quedar despierto que me preocupo por el sonido de las cuerdas. Oigo la puerta de calle que se abre y la voz de Juan que llega a visitarte. ¡Todas las noches! A veces me levanto y los espío. La familiaridad con que te trata, me parece peor que indecente. Lo mataría, créeme; no lo hago, por no causarte una pena; ya bastante sufriste por mi culpa aquella tarde en que intenté darte una sorpresa. Nunca contemplé tu rostro con tanto recogimiento. Es cierto que era la primera vez que te veía dormida. Toqué el violín, pianísimo, para que la sorpresa no resultara desagradable y para que nadie me descubriera. ¿Cómo me atreví a entrar en tu cuarto a esas horas? Creía que mi madre no estaba en la casa; eso me dio coraje; también me dio coraje todo lo que ella hacía para separarnos. Cuando abriste por fin los ojos, se abrió también la puerta y entró mi madre, como la imagen de una furia. Me golpeó primero a mí, después a ti. Dabas la espalda a la puerta y no veías el cuchillo, sobre la mesa, que tomé, dispuesto a matarla, porque te había tocado. La luz que nos iluminaba como a través de mil vidrios colorados, era del color de la sangre.

Mi madre no me perdona el amor que tengo por ti. Yo no perdono el amor que tienes por Juan.

Me iré de esta casa. Olvidaré que existen los cuchillos, los violines, tu rostro y esa luz roja de la violencia. Entraré en un claustro. Pediré a la Virgen un favor: no celarme ni inspirarme celos.

La pluma mágica

Sabes que no es un sueño ni una invención, sabes que todo lo que yo escribía, todo lo que se me ocurría, ya estaba escrito por alguien en alguna parte del mundo, y que por ese motivo llegó un momento en que .no pude publicar nada, pues los lectores menos sagaces me hubieran acusado de plagio. Tú sólo sabes que jamás fui capaz de plagiar a nadie, y que esta fatalidad que aqueja, yo lo sospecho, al mundo entero, sin que el mundo la advierta, se hace en mí sólo evidente, tan evidente que me impide seguir con mi oficio. Desde que existe la literatura se escriben las mismas obras; sin embargo los otros escritores siguen escribiendo. Sufrí durante años este espantoso horror que consiste en repetir involuntariamente el cuento, la novela, el poema que otros habían escrito; en el momento en que llevaba estos engendros a un diario, a una revista, a una editorial cualquiera, descubría por azar que ya habían sido publicados por otro autor desconocido o conocido. De ese modo escribí algunos de los libros más célebres, que quedaron guardados en mi cajón, sin esperanza de ser reconocidos ni apreciados por nadie. Sufrí este tormento hasta que me regalaron la famosa pluma. Creí que se trataba de una pluma común, pero pronto advertí que bajo su apariencia modesta ocultaba un poder mágico que me llenó de esperanza.
Las primeras páginas que escribí con ella fueron realmente notables, tan notables que en ningún diario, en ninguna revista, ni en ningún libro encontré sus frases. Con éxito publiqué aquellas obras que me valieron una indiscutible fama. La llevaba en mis paseos solitarios. Para no perder su fluido dormía con ella metida en los bolsillos de mi pijama. De ese modo compuse infinidad de libros, uno titulado La verdad es muda, otro La esperanza se infiltra, otro La fuente del Asilo, otro Tinta. En un brusco rapto de confianza, cuando te conocí, te revelé el secreto. Te elegí por confidente sin sospechar que todo confidente se vuelve enemigo del que confía sus confidencias. Con candidez y lujo de detalles te conté las vicisitudes de mi vida de escritor. Parecías comprender tan bien lo que me sucedía, que a menudo pensaba que la carrera de escritor convendría a tu sensibilidad. No rechazabas la idea y me escuchabas, como siempre lo hacías, con admiración y asombro. Pensaba en ti en los momentos de ilusión, como en un posible discípulo que el tiempo se encargaría de recompensar con los frutos de mi trabajo y de mi experiencia. Llegué a hablarte casi como a mi conciencia. En mi trabajo no había dificultad que no te comunicara, no había esperanza frustrada que no te confesara. Te arrastré a la Biblioteca Nacional en busca de libros, que sólo podían interesarme a mí, y los leías como si el interés mío fuera el tuyo. Abandonaste la música y la pintura. Estabas en un período de evolución. No pensé que al revelarte el secreto perderías la admiración y el respeto que tenías por mí. No pensé que me traicionarías. Fue en un momento de descuido: sobre la mesa del cuarto

dejé la pluma; estabas a mi lado. Fui a la esquina a buscar cigarrillos. Cuando volví, la pluma había desaparecido. Te pregunté si no la habías visto; me dijiste que no y te mostraste asombrado de mis presunciones. Desde aquel momento cambiaste conmigo. No me comunicaste en qué empleabas tu tiempo ni a qué se debía tu súbito cambio de carácter. Simultáneamente aparecieron en diarios y revistas cuentos en que reconocía el estilo inconfundible de mi pluma. Bajo las obras, la firma siempre era un seudónimo. Pero la duda me acechaba. Por fin en el escaparate de una librería encontré, con el término de mis dudas, un libro titulado: La Pluma Mágica.

El diario de Porfiria Bernal

Relato de Miss Antonia Fielding

A Juli

Pocas personas creerán este relato. A veces habría que mentir para que la gente admitiera la verdad; esta triste reflexión la hacía en la infancia por razones fútiles, que ya he olvidado; ahora la hago por razones trascendentes. Las personas consideradas honestas, son muchas veces las insensibles, las que no se conmueven ante un destino complejo, o las que saben con sumo sacrificio o habilidad mentir para hacerse respetar. No me encuentro en ninguna de estas categorías. Soy modestamente, torpemente honesta. Si llegué al borde del crimen, no fue por mi culpa: el no haberlo cometido no me vuelve menos desdichada.
Escribo para Ruth, mi hermana, y para Lilian, mi hermana de leche, cuyo afecto de infancia perdura a través de los años. Escribo también para la conocida Society for Psychical Research; tal vez algo, en las siguientes páginas, pueda interesarle, pues investiga los hechos sobrenaturales. El primer presidente de esta sociedad, el profesor Henry Sidwick, fue uno de los mejores amigos de mi abuelo. Recuerdo haber oído en mi infancia muchos cuentos de hadas, pero ninguno me impresionó tanto ni me pareció tan misterioso como la conversación entre mi abuelo y Henry Sidwick, cuando hablaron de Eusapia Palladino y de Alexandre Aksakof, después de una comida veraniega, en el pequeño y hermoso jardín de nuestra casa. Escribo sobre todo para mí misma, por un deber de conciencia.
No quiero detenerme en ínfimas anécdotas de la infancia, sin duda superfluas. Ruth y Lilian las conocen, una porque es mi hermana y la otra porque es mi dilecta amiga. Me limitaré a declarar mi respeto por la Society for Psychical Research y a dedicarle este trabajo que encierra el fruto de una amarga experiencia. Pido perdón por la incorrección del estilo, por la

falta esencial de claridad. Nunca supe escribir y ahora que me apremia el tiempo, me estremezco pensando en los errores que dejaré grabados en estas páginas, que jamás he de releer.

Me llamo Antonia Fielding, tengo treinta años, soy inglesa y el largo tiempo que pasé en la Argentina no modificó el perfume a espliego de mis pañuelos, mi incorrecta pronunciación castellana, mi carácter reservado, mi habilidad para los trabajos manuales (el dibujo y la acuarela) y esa facilidad que tengo para ruborizarme, como si me sintiese culpable Dios sabe de qué faltas que no he cometido (esto se debe, más que a timidez, a una transparencia excesiva de la piel, que muchas amigas me han envidiado). Entre las dichas que el cielo me deparó están la salud y el optimismo que brillaron en mis ojos durante largos períodos de la juventud. Soy silenciosa y tal vez por ese motivo no parezco alegre como lo soy en realidad, o más bien lo fui. Para los que me ven de lejos soy hermosa: en el espejo aprecio lo necesaria que es la distancia para embellecer la asimetría de una cara. Frente a un espejo, en la infancia, deploré, llorando, mi fealdad.

No necesito, no puedo relatar todos los pormenores de mi vida. Conozco este país como si fuese mío, porque lo amo y porque leí, para conocerlo mejor, los libros de Hudson. Desde que llegué a la Argentina me sentí atraída por este paisaje, por esta música folklórica, tan española, por esta vida rural y por esta gente lánguida y a la vez bulliciosa. Tuve la suerte de poder viajar por las provincias, antes de verme obligada a trabajar como institutriz. (El Jardín de la República y las cataratas del Iguazú me impresionaron vivamente.)

No sufrí por mi difícil situación pecuniaria, ni por mi trabajo, que al principio me pareció, debo confesarlo, altamente romántico: he amado siempre a los niños, no con un sentimiento maternal, sino más bien con un sentimiento amistoso (como si tuviéramos yo y los niños la misma edad y los mismos gustos).

El primer día que desempeñé mi puesto de institutriz pensé con alegría que la vida me premiaba, obligándome de un modo inesperado a educar a niñas de acuerdo con mis íntimos ideales. No suponía que los niños fueran capaces de infligir desilusiones más amargas que las personas mayores.

No contaré las distintas etapas de mi vida de institutriz. Tal vez demasiado desilusionada y sin embargo con la misma timidez, llegué a esta casa desde cuyas ventanas estrechas y altas diviso la plaza San Martín, con su monumento. Aquí, en esta casa de la calle Esmeralda, escribo estas líneas que tendrán que ser las últimas.

Recuerdo como si fuese hoy la calurosa mañana de diciembre, brillando sobre el llamador de bronce, en forma de mano. Aquel día yo había estrenado un vestido floreado, que me daba felicidad, esa felicidad exagerada que sentimos, las mujeres, ante una prenda que nos embellece.

Hacía tiempo que deseaba tener un vestido de ese color, celeste turquesa, con esas mismas flores, que me recordaban a la vez un jardín y una taza de té, en el día de mi cumpleaños. La súbita aparición del llamador en la puerta de calle oscureció por un instante mi alegría. En los objetos leemos el porvenir de nuestras desdichas. La mano de bronce, con una víbora enroscada en su puño acanalado, era imperiosa y brillaba como una alhaja sobre la madera de la puerta. Un portero con levita verde me llevó hasta el ascensor. Yo estaba nerviosa porque no sabía o suponía no saber pronunciar un nombre y un apellido que ahora me parecen familiares: el nombre de la dueña de casa. En los momentos en que nos creemos más perturbados, distraídos o abstraídos, más incapaces de observar, es cuando observamos mejor. Cuando murió mi padre, entre mis lágrimas, descubrí la forma verdadera de sus cejas y un lunar que oscurecía la parte inferior de su mandíbula; con pasión descubrí la forma exacta de un mueble de caoba, mueble de la época victoriana, donde guardaba los anteojos y los biblioratos, y que yo había visto toda mi vida, distraídamente.

Recuerdo el vívido olor a piso recién encerado, la alfombra roja y gastada de la escalera, con bordes más oscuros. Recuerdo en el hall el atardecer, con todas las nubes, del cuadro pintado al óleo, donde una mujer semidesnuda (entre una lluvia de rosas blancas) daba de comer a cuatro palomas con plumas irisadas. Recuerdo las claraboyas con vidrios de distintos colores, las tonalidades verdes, rojas, violetas predominantes, las guirnaldas complicadas, una flor que parecía un pájaro preso en su eterno vuelo. Recuerdo un piano vecino cuya música melancólica me perseguiría.

Ana María Bernal (este es el nombre de la dueña de casa) acababa sin duda de bañarse y de vestirse; una fragancia a polvos, cremas y perfumes delicados la aureolaban o más bien la alimentaban, como el agua alimenta a ciertas flores lujosas. La imaginé envuelta en tules, como una bailarina española perseguida por un reflejo dorado: un rayo de sol la iluminaba y un público invisible presenciaba la escena, ese público encantado y horrible que hay a veces en los muebles tapizados, en las cajas de bombones finos, en los costureros y en los antiguos tarjeteros de marfil.

Nunca pude saber, ni entonces ni después, la edad de Ana María Bernal: sólo supe que su edad dependía de la dicha o de la desventura que le traía cada momento. En un mismo día podía ser joven y envejecer con elegancia, como si la vejez o la juventud fueran para ella frivolidades, meras vestiduras intercambiables, de acuerdo a las necesidades del momento. Recuerdo el perfume estridente de su blusa bordada, el dibujo nacarado de su prendedor y la melancolía falsa y magnífica de sus ojos castaños. Parecía una reina egipcia del British Museum, de esas que me asustaron en la infancia y que admiré más tarde, cuando aprendí que hay bellezas que son muy desagradables. Aun entonces, atareada como yo estaba en estudiar

aquel nuevo y asombroso rostro, aun entonces me pareció descifrar el lenguaje lúgubre de la casa, como si cada objeto, cada adorno fuera un símbolo cuidadoso, un anuncio de mis sufrimientos futuros.
Frente a esta desconocida mujer argentina me sentí desamparada. Me sentí transparente, de una transparencia definitivamente dolorosa y oscura. El color de mi piel, el oro gastado de mi cabello (que veía reflejados en los vidrios de la ventana) me parecieron en ese instante no sólo los despojos de mi personalidad sino una maldición inexplicable. El color oscuro de la piel suele dar a los seres una jerarquía, un poder oculto, que admiro, desprecio y temió secretamente: esto me hacía decir en mi infancia: "Podría enamorarme de un hombre de tez oscura, pero nunca me casaría con el, porque le tendría miedo".
Incapaz de ocultarle a Ana María Bernal mis faltas de erudición, equivocadamente me creía inferior a ella. Me ruborizaba y ella en la sombra de sus ojos como detrás de una máscara, con serenidad, seguía los subterfugios de mis movimientos.
-No creí que fuera tan joven -dijo, invitándome a sentarme en un sillón tapizado de damasco amarillo-. Mi suegra me habló- de usted. Ella se ocupa del personal de la casa. Es una señora de ochenta años, pero mantiene su agilidad y su memoria. Yo no tengo carácter para estas cosas.
Asentí con la cabeza.
-No sabía que usted fuera tan joven -volvió a repetir con dulzura.
-No soy tan joven -le dije con cierta impaciencia-, tengo treinta años.
Una sonrisa desganada pasó por sus labios.
-Es cierto que la edad, a veces, no significa nada. Además, nunca se sabe la edad de las inglesas. Usted parece tímida. tal vez sin carácter; probablemente por eso parece más joven de lo que es.
-Señora, no hay que juzgar por las apariencias. Yo he sido como una madre con mis hermanos, cuando tenía quince años quedamos huérfanos y yo sola manejaba la casa.
-¡Qué interesante! -dijo Ana María Bernal, cruzando las piernas y colocando las manos, cubiertas de anillos, sobre las faldas-, ¡las vidas de ustedes son tan diferentes de las nuestras! Estoy segura de que la vida de usted debe de ser como una novela muy romántica, como las novelas de Henry James. ¿Henry James o Francis James? Los confundo siempre. Nada asoma al exterior; parece una niña tímida, sin experiencia y sin carácter. Ana María suspiró suavemente.
-Le recomiendo que tenga mucha seriedad con mi hija. No le dé confianza. Sea severa con ella. Porfiria es hija del rigor. ¿Sabe usted lo que es ser hija del rigor? Es voluntariosa. Este año no la mandaremos al colegio, porque tuvo una pleuresía y está delicada de salud. Usted tendrá que educarla e instruirla, entreteniéndola. Cuando estemos en el borde del mar (usted

sabe que veraneamos en el mar) sus baños no pasarán de cinco minutos: con el reloj y la toalla en la mano tendrá usted que esperarla en la orilla, como hacía mi abuela con mi madre cuando mi madre era chica. Mi hija debe alimentarse bien y comer lentamente; lo ha dicho el médico; tiene que masticar mucho. Espero que usted se haga obedecer y que no tenga debilidades con ella.

En una hoja de block Ana María Bernal anotó con un lápiz el régimen alimenticio de Porfiria y luego me lo entregó con un ademán grosero, mascando las sílabas de su última frase:

-No le dé chocolate, aunque se lo pida.

Cuando Porfiria Bernal vino a saludarme me asombró lo diferente que era de la imagen que yo me había formado de ella. Su nombre, que me recordaba una apasionada poesía de Byron, y la conversación que yo había tenido con su madre habían formado en mí una imagen resplandeciente y muy distinta. Pálida y delgada, con modestia se acercó para que le besara la frente.

Porfiria no era hermosa, no se parecía a su madre, pero hay una belleza casi oculta en los seres, que presentimos difícilmente si no somos bastante sutiles; una belleza que aparece y desaparece y que los vuelve más atrayentes: Porfiria tenía esa modesta y recatada belleza, que vemos en algunos cuadros de Botticelli, y esa apariencia de sumisión, que me engañó tanto en el primer momento.

Me parece que esta casa es la morada de todos mis recuerdos. El infierno debe de ser menos minucioso, menos estrictamente atormentador, en la elaboración de sus detalles. Podría describir los ruidos, uno por uno, las comidas, la luz esencial de los silencios y de las ventanas. Podría describir el día de cada semana con un cielo adecuado. Podría enumerar los cuadros, las fotografías, las manchas de humedad de ciertos cuartos. Podría enumerar las estatuitas de porcelana, con grupos de gatos, y las miniaturas con retratos de antepasados. Podría repetir las lecciones, los dictados, las lecturas que le infligía a Porfiria los lunes, jueves y sábados por la mañana. Podré morir tal vez sin lograr extinguir en mi memoria la precisión punzante y extraña de estos recuerdos.

La vida me asusta y sin embargo ese árbol que veo desde mi ventana me llama y aún me cautiva con sus ramas verdes. Quisiera ser aún la mujer que he sido. La plaza San Martín es alegre: tiene plantas tropicales y un monumento grande, negro y rosado. ¿No respiraré otra vez el olor vernacular de sus tumbergias? ¿No volveré a descubrir esa intimidad argentina, en sus bancos debajo de los gomeros? ¿Quién podrá creer en mi inocencia? ¿Qué hacer para seguir viviendo la humilde felicidad, que tengo todavía, de ser como soy?

El hermano de Porfiria se llamaba Miguel. Cinco años mayor que ella, este adolescente era de una extraordinaria belleza; de piel oscura, de rasgos perfectos, de ojos negros, que brillaban sin melancolía. Una suave sonrisa contradecía la dureza de la mirada, iluminaba a veces la cara; una sonrisa cruel la ensombrecía, otras veces. Su cabello, como las plantas, crecía apasionadamente. Porfiria, vuelvo a repetir, no era única hija y sin embargo su padre la mimaba como si lo fuera. Mario Bernal era un hombre tranquilo y bondadoso y sentía por su hija una ternura casi maternal, una ternura parecida a la que sentía por su madre, que lo admiraba y que siempre lo había preferido.

Hice cuanto pude por mejorar la educación de Porfiria. Leí mucha geografía, mucha historia: debo confesar que había olvidado casi todas las fechas y los acontecimientos históricos importantes. Mi padre siempre decía: Enseñar es la mejor, tal vez la única manera de aprender. Me instruí yo misma, para poder instruir a Porfiria. Nunca estudié tan fervorosamente. Nunca me sentí tan alentada por una familia entera. Hasta la abuela de Porfiria, esa viejita de ochenta años que trataba en vano desde hacía dos años de terminar de tejer una esclavina de lana lila, se interesaba por los métodos de enseñanza y me daba consejos.

Porfiria era extraordinariamente inteligente. La literatura le interesaba, casi lo diría, con pasión. Ciertas composiciones que escribió fueron verdaderamente notables: Los pequeños príncipes en la torre, La muerte de un árbol, Un día de lluvia, Un paseo en el Tigre, Los gatos abandonados, me sobrecogieron, me conmovieron. Yo la dejaba elegir los temas. Yo fui también, Dios me perdone, quien le dio la idea de escribir un diario. Pasaba muchas horas escribiendo como un ángel inclinada sobre el cuaderno, con los ojos iluminados. (¡Entonces la veía inspirada como un ángel!)

-Las niñas inglesas tienen siempre un diario -le dije una mañana en un tren que huyendo de los calores sofocantes de la ciudad nos llevaba a las playas del sur.

-¿Y hay que decir la verdad? -me preguntó Porfiria.

-De otro modo ¿para qué sirve un diario? -le contesté sin pensar en el significado que tendrían para ella mis palabras.

Por la ventanilla del tren veía todo el campo incendiado por el poniente: ni un árbol lo interrumpía; los animales parecían juguetes recién pintados. De vez en cuando pasaba un campo de flores moradas o de lino. He venerado siempre la naturaleza: sus diversas manifestaciones me traen a la memoria versos, frases enteras de algunas novelas, hermosas miniaturas que había en la sala de nuestra casa, en Inglaterra, reproducciones de cuadros pintados al óleo por Turner, cuyas bellezas me estremecen, ciertas canciones de Purcell (canciones de pastores), que le oía cantar a mi madre, de noche, cuando estaba vestida con un maravilloso vestido rosado, con

cintas verdes, que anudaba para hacer juego con su peinado. Un recuerdo de perfumes de heliotropo me traen ciertos cielos parecidos a los de aquella tarde: en esos perfumes están mi patria y mi romanticismo.
-Pero ya tengo un diario -dijo Porfiria con una voz agria, que no le conocía-. Usted misma, Miss Fielding, me dio la idea de hacerlo el día que me contó que había escrito un diario a los doce años. ¿No recuerda?
Yo no recordaba haberle dicho nada sobre aquel diario de mi infancia pero sentí al mirar sus ojos que me decía la verdad. Aquellas palabras que yo le había dicho tan distraídamente la habían sin duda impresionado. Continuó hablando con esa pequeña voz agria y desagradable, acentuada por el ruido del tren, que le obligaba a hablar más alto.
-Mi diario, es un diario muy especial. Tal vez un día se lo entregue para que lo lea. Pero se lo entregaré a usted solamente. Mamá no lo tiene que ver porque a ella le parecería inmoral.
La miré con asombro. ¿Cómo se atrevía a hablarme así?
-¿Por qué le parecería inmoral a su madre y no a mí? -le pregunté con una ansiedad mal disimulada.
-Porque usted, Miss Fielding, es inteligente y sobre todo porque usted no es mi madre. Las madres fácilmente dejan de ser inteligentes.
Sentí mucha inquietud al oír estas palabras. ¡Qué había querido decir Porfiria! En ese momento la señora de Bernal. que viajaba en otro vagón, se acercó para invitarnos a comer. ¡Ya empezaba a abrumarme la responsabilidad de ser institutriz!
Comenzaba a hacer frío, caía la noche y por primera vez me apresó una tristeza indecible, inmotivada, recordando mis veraneos natales, los distintos trenes que me habían llevado a otras playas. Me contemplé discretamente en un espejo, para alisar mi cabello. Descubrí en mi rostro, en las esquinas de mi boca, una nueva arruga, una arruga que nunca había visto. Porfiria se apoyaba contra mí, me tomaba del brazo, hacía el ademán de besarme; me parecía que un secreto ya nos unía: un secreto peligroso, indisoluble, inevitable.
Durante muchos meses, Porfiria me amenazó con la lectura de su diario. De tiempo en tiempo me recordaba la urgencia que ella sentía por que yo lo leyera, pero al ver mi indiferencia tal vez se cansó de insistir.
Pasó el invierno y luego la primavera. Llegó el verano. Entonces Porfiria logró, con mil artimañas, hablarme otra vez del diario. Sabía que el asunto me desagradaba. Quería vencer mi repugnancia.
Estábamos en el mes de septiembre de mil novecientos treinta. Tardé unos días en abrir el diario que Porfiria me había entregado y en recorrer superficialmente las páginas. Me repugnaba la idea de leerlo, me parecía, vuelvo a repetir, que ese diario podía herirnos, que era una especie de vínculo secreto, un objeto clandestino, que me traería disgustos; pero

Porfiria insistió tanto que no pude rehusarme por más tiempo. ¿A qué abismos del alma infantil, a qué infierno cándido de perversión habían de llevarme estas páginas cuya trémula escritura, en tinta verde, trataba de imitar la mía? ¡Qué lejos estaba yo de imaginar la verdad!
No puedo detenerme en los pormenores de este relato. Mis recursos literarios son nulos. Sospecho que las palabras que he escrito no me proporcionarán siquiera un desahogo, sino un profundo sufrimiento.
Porfiria fue mi primera, mi última discípula. Fue la única por quien tuve un afecto verdadero, por quien sufrí como una madre puede sufrir por una hija, por quien padecí las perturbaciones más hondas que habrá sufrido una persona adulta por una niña. La verdad es que esta criatura influyó sobre mí como sólo puede influir una amiga aviesa.
Con cierta repugnancia, con cierta curiosidad avergonzada, emprendí la lectura del diario. ¿Qué significado tenía para Porfiria la palabra inmoral? ¿Nada de tan terrible como yo me lo había imaginado? ¿Qué secretos familiares me revelarían esas páginas? ¿Hablaría de su abuela, de su madre, de su padre, de su hermano Miguel, irrespetuosamente? ¿La lectura de este diario no me traería problemas de conciencia, sinsabores de diversa índole? Todas estas reflexiones me parecieron bajas, egoístas, insignificantes, ininteligentes. Conmovida y reconfortada por mi resolución, leí las primeras páginas.

El diario de Porfiria

3 de enero de 1931.

Tengo ocho años cumplidos. Me llamo Porfiria y Miguel es mi único hermano. Miguel tiene un perro grande como una oveja. Durante muchos años esperé tener un hermano mejor y menor, pero ya he desistido: no quiero a mi familia. Miss Fielding piensa que no soy hermosa, pero que tengo una expresión fugitivamente hermosa. "Es la expresión de la inteligencia" me ha dicho. "Es lo único importante." Me parezco a los ángeles de Botticelli que usan cuellitos bordados y que tienen "las caras viejas de tanto pensar en Dios" como dice Miss Fielding. Yo no pienso en Dios, sino de noche, cuando nadie ve mi cara; entonces le pido muchas cosas y le hago promesas que no cumplo. La noche tiene grandes follajes con flores y pájaros en donde me escondo para ser feliz, a veces para ser muy desdichada, porque si es fácil ser audaz a esas horas, es también fácil morir de susto o de desesperación A esas horas podría escaparme de mi casa, matar a alguien, robar un collar de brillantes, ser una estrella de cine.
Todas las expresiones de mi cara las he estudiado en los espejos grandes y en los espejos chicos. Los cuadros de Botticelli los he visto en la colección

de Pintores Célebres.
No ambiciono, para cuando sea grande, ser como mi madre, ni como Miss Fielding, ni como mi prima Elvira. Me parece que nunca voy a ser ni siquiera joven: esta idea no me entristece, me da una sensación de inmortalidad, que muchas niñas de mi edad sin duda no tuvieron.

10 de enero.

Miss Fielding me dio la idea de escribir este diario. Antes de conocerla no se me hubiera ocurrido: antes de conocerla no se me hubiera ocurrido contemplar los ángeles de Botticelli ni mi cara en tantos espejos, porque siempre encontré que yo era horrible y que mirarme en un espejo era un pecado. En una cadenita de oro entre dos medallitas, tengo una llave; es la llave del cajón donde guardo mi diario. El cajón y la llave despiertan la curiosidad de los sirvientes y de mi madre, que es astuta.
Ella sola, Miss Fielding, podrá leer estas páginas tal vez Miguel, que sabe ortografía.
Porfiria Bernal es mi nombre: me asombra, me contraría continuamente, me cambia el color de los ojos, la forma de la boca y de los brazos y hasta el afecto que siento por mi madre. ¡Mi madre! A veces la veo como una extranjera, como una intrusa que acaricia mi pelo, cuando le doy las buenas noches. Mi padre tiene cara de prócer, me es familiar como las miniaturas que guarda en la vitrina. Besarlo me da vergüenza.
Soy la esclava de mi nombre.
-Todo es cuestión de costumbres. Cuando seas grande te gustará tu nombre, porque es original -me dijo ni madre.
-Preferiría llamarme Miguel. Miguel es nombre de varón y es vulgar.

15 de enero.

Me enojé con Miss Fielding: no quería que me despidiera de los gatos de Palermo.

20 de febrero.

Hoy llegamos al mar. Los viajes en tren son demasiado cortos: tenía tantas cosas que pensar y sólo el tren me permite pensar. Los ejercicios físicos me sacan los pensamientos, y la gente y la aritmética.

28 de febrero.

La arena es hecha de piedras, caracoles, huesos, pelos, uñas de náufragos

y pedacitos de animales que se han aventurado dentro del mar y han dejado su esqueleto: la he mirado de cerca con mi vidrio de aumento.
Mi madre conversa con un señor cuyos ojos azules son del color de algunos pescados. Es claro que hablan de cosas muy desagradables, de parientes o de negocios, porque mi madre frunce las cejas y mira su reloj, y el señor, que tiene un anillo de oro, mira con odio el mar y se recuesta contra el toldo fumando como si estuviera muy cansado. La arena se pega entre los dedos de los pies; trato de sacarla, pero no puedo. Miss Fielding mira de reojo al señor del anillo de oro. ¿Qué piensa Miss Fielding? No piensa. Sale a nadar: sigo su gorra verde sobre el mar, la sigo hasta que vuelve.
¡Cuántos ombligos tiene la arena!
Me regalaron una virgen que sirve de velador: son las más prácticas.

1 ° de marzo.

Estoy enferma. Miss Fielding no me deja pensar: lee, con su monótona voz de gato, Robinson Crusoe. Pero ¿qué interés puede tener para mí un libro como ése? Me gustan los libros de amor o de crímenes. Me gustan los libros de pensamientos. No espero sino la hora de la comida, que no me trae nada. ¿Moriré antes de los quince años? He contado las horas que Miss Fielding no me ha dejado pensar desde que estoy en cama: cinco horas hoy, ayer tres, anteayer ocho: dieciséis en total. Si muero antes de los quince años, no se lo perdonaré.

10 de marzo.

Me despedí del mar: fue difícil besarlo, más fácil me resultó besar la arena, que estaba húmeda. No volveré hasta el año que viene (pero ya no será lo mismo, tendré un año más, ya no seré la misma).
Iremos a pasar unos días a una estancia de mi abuelo, en Arrecifes.

12 de marzo.

La estancia se llama La Dormida.
-Seguramente La Bella Durmiente del Bosque era uno de los cuentos preferidos de las hijas del antiguo propietario de esta estancia y por eso le pusieron ese nombre -me dijo Miss Fielding la noche que llegamos.
Tuve que explicarle que no se llamaba La Bella Durmiente del Bosque sino La Dormida, lo que era distinto. Me contestó como si me diera un dato histórico:
-Seguramente han querido abreviar el nombre porque resultaba un poco largo.

14 de marzo.

La estancia se llama La Dormida, porque su antiguo propietario tenía una hija más callada, mucho más callada y tímida que yo. Cuando llegaban visitas, el dueño de casa, que tenía una barba, mitad negra, mitad colorada, para alabar o llamar a su hija mientras servía las masas que ella misma había preparado, decía en voz alta:
-No es dormida. No es dormida, mi hija.
Las visitas, que eran todas señoras viejas, de luto y golosas como chanchos, tomaron la costumbre, cuando llegaban a la estancia, de preguntar por la que "no era dormida" y finalmente para abreviar un poco por "la dormida", pensando en las masas caseras que parecían, por los firuletes de merengue, masas de una gran confitería. Poco a poco, la Dormida se hizo famosa. "¿Dónde está la dormida?", "¿Cómo está la dormida?" "¿Qué está haciendo la dormida?" eran frases que empezaron a oírse cuando la gente reclamaba masas. La estancia acabó por llamarse La Dormida.
Pero ahora no hay nadie que pueda convencer a Miss Fielding de que La Bella Durmiente del Bosque no fue responsable de ese nombre.

15 de marzo.

Miss Fielding aprendió en un día a andar a caballo. Todo el mundo la felicitó. No se asusta de las víboras ni de los murciélagos, ni de las luces malas. No sé si adora o si odia los gatos. Los acaricia y les da pedacitos de carne cruda, que roba de la cocina, cuando el cocinero duerme la siesta, pero también les da puntapiés.
Camina con Miguel por el parque a la noche. Oigo las voces hasta que me duermo. Dicen que vieron un fantasma y que Miss Fielding cayó desmayada: eran los ojos fosforescentes de un gato, que corría por el techo de la casa, como un gigante negro.

20 de marzo.

Pienso que voy a ser una gran artista cuando veo un rayo de sol sobre el césped, o cuando tomo el olor a trébol que brota de la tierra al caer la noche o cuando me imagino que un tigre me devora en pleno día. Pintaré muchos cuadros para el Museo Nacional.

26 de marzo.

Ser pobre, andar descalza, comer fruta verde, vivir en una choza con la mitad del techo roto, tener miedo, deben de ser las mayores felicidades del mundo. Pero nunca podré ambicionar esa suerte. Siempre estaré bien peinada y con estos horribles zapatos y con estas medias cortas.
La riqueza es como una coraza que Miss Fielding admira y que yo detesto.

28 de marzo.

He inventado esta oración: Dios mío, haced que todo lo que yo imagine sea cierto, y lo que no pueda yo imaginar no llegue nunca a serlo. Haced que yo, como los santos, desprecie la realidad.

29 de marzo.

He dudado de la existencia de Dios: las personas grandes siempre mienten y ellas me hablaron de la existencia de Dios.

1 ° de abril.

No puedo encontrar un trébol de cuatro hojas. Nunca seré feliz, porque ser feliz es creer que uno lo es.

2 de abril.

Dormir y comer en el tren me gusta. Me gusta también Buenos Aires, hoy, porque es día de llegada y porque hay olor a naftalina en las alfombras.

4 de abril.

Sin convicción estudio el piano. Para tocar bien el piano tengo que imaginar un teatro lleno de gente, oír aplausos. Le pago diez centavos a Filomena por cada aplauso. En la salita de esta casa, cuando hay una visita, mi madre me pide que toque Au Couvent, de Borodine: pero detesto esa visita y detestaría cualquier teatro con semejante público. Para no llorar tengo que imaginar que estoy en un jardín con rosales y sauces y que un joven descalzo y muy pobre me lleva de la mano; entonces la música se abre como un sendero para dejarnos pasar y el teclado se vuelve invisible.

20 de mayo.

Pablo Lerena comió anoche en casa. Es un primo segundo de mi padre. Hasta los veinte años vivió en Europa: es lo único que sé de él. Me saludó

agachando la cabeza perfumada. Apenas le contesté. Me había caído de la escalera y me dolía la rodilla.

21 de mayo.

Sobre las rosas, en los floreros de la sala, recordando mi infancia, lloré como si fuera grande. A las seis de la tarde no había nadie en la casa. Un silencio intimidante, como el de una presencia, se internaba por las habitaciones. Los corredores oscuros me llevaron al cuarto de Miss Fielding. Me detuve un instante antes de abrir el cajón de la mesa de luz: encontré un paquete de cartas atado con una cinta (sabía de quién eran esas cartas), un frasquito de perfume, un lápiz y una caja de fósforos. Desaté la cinta. Leí las cartas una por una; a medida que las iba leyendo las guardaba en un bolsillo, para no releer las que ya había leído. Oí un ruido en la puerta de calle. Con la cinta rápidamente até las cartas. Una quedó en mi bolsillo: la conozco de memoria.

22 de mayo.

Miss Fielding sabe que le falta una carta. Sabe que yo se la robé y que se la mostré a Miguel. "Son cartas comprometedoras" diría mi madre. Lloré con la cabeza escondida entre las faldas de Miss Fielding. Me perdonó porque es inteligente. Se lo conté a mi madre.

27 de mayo.

Rosa, Fernanda y Marcelina son mis mejores amigas. Soy admirada por la primera, dominada por la segunda, ignorada por la tercera, que toca muy bien el piano y que anda como un mono en bicicleta. Las amigas pueden dividirse en varias clases: las que escuchan siempre, las que escuchamos, las que amamos cuando están cerca, las que preferimos cuando están lejos, las que deseamos que tengan diferentes opiniones de las nuestras, las que recordamos cuando oímos una música, las que son como un jardín, las que se parecen únicamente a ellas mismas, las que saben lo que íbamos a decir antes de hablar y lo dicen para avergonzarnos, las que nos roban las cosas amadas amándolas, las que perfeccionan la soledad, las grandes, las que no se ocupan de nosotras.
Rosa, Fernanda y Marcelina no son en realidad mis mejores amigas; es sólo en algunas composiciones que lo digo, como por ejemplo en la composición titulada Un paseo en el Tigre.

4 de junio.

Pablo Lerena come casi todas las noches en cosa. Tiene un negocio a medias con mi padre. Después de comer Miss Fielding y mi madre hacen solitarios, mientras mi padre y Pablo Lerena conversan envueltos en el humo espeso de los cigarros. Mi abuela teje una esclavina. Teje como una tortuga con manos de araña. Oye todo lo que nadie alcanza a oír, pero no oye nada de lo que todo el mundo oye. A veces parece disfrazada. A veces parece disfrazada sobre todo en invierno porque se abriga mucho cuando va a misa.
Miss Fielding cree que me burlo de ella: no es mi culpa, es tan distinta de todo el mundo, con sus ojos de gato de angora y con su voz llorona.

20 de junio.

Veo muy poco a mi padre o más bien lo miro muy poco: ayer descubrí que tenía los ojos verdes y la nariz aguileña. Tener siempre cerca a las personas las aleja: conozco pedacitos de mi madre, conozco sus muñecas, el espesor de su peinado y el lugar que ocupa una de sus ondas preferidas, el crujido de sus pasos, la sonoridad de su risa, pero a Pablo Lerena lo conozco de arriba abajo y no como un busto, como la conozco a mi abuela, lo conozco todo entero como en un gran espejo.

21 de julio.

Fui a Palermo con Miss Fielding. Llevamos carne cruda para los gatos. Cerca del lago, donde alquilan las bicicletas, nos sentamos para mirarlos comer; ronroneaban, se frotaban contra mi. De pronto Miss Fielding se puso a temblar; su cara se transformó: parecía horrible, un verdadero gato. Se lo dije y me cubrió de arañazos. Con la cara sangrando llegué a casa.

23 de julio.

Me escondí en el rellano de la escalera. No veía pero oía todo lo que decían: Miss Fielding hablaba con Miguel: parecía que lloraba. Hablaban mal de mí. Cantaban los pájaros de las jaulas, en el balcón, como si se besaran. En la claridad de la pared veía agitarse las sombras, como las figuras de una linterna mágica.

30 de julio.

Es mi cumpleaños. Mi padre me regaló una pulsera de oro fina, Miss Fielding un libro, mi madre un monedero, mi abuela cien pesos, Pablo

Lerena no sabía que era mi santo y cuando vio el postre con mi nombre y con las velitas encendidas sobre la mesa en medio de la comida se levantó para besarme. Me ruboricé. Mi abuela comió en la mesa pero no probó el postre porque tenía huevo.

10 de agosto.

Dije a Miss Fielding:
-Dale que eras un gato y yo un perro y me arañabas. Miss Fielding me puso en penitencia.

15 de agosto.

Me gustan los libros de amor o de crímenes, me gustan los libros de Rossetti y de Tennyson: algunos versos los sé de memoria y los recito silenciosamente cuando estoy en la iglesia esperando que termine la misa.

24 de agosto.

En medio de las lecciones, Miss Fielding se detiene, suspira sus ojos se aventuran por el paisaje de la ventana. Miguel la llamó ayer para que le ayudara a escribir una carta: tardaron más de una hora.

2 de septiembre.

Soy romántica, Miss Fielding me lo dijo anoche mientras me hacía las trenzas. Ella es más romántica porque ha vivido más, pero menos intensamente.
Miss Fielding lo abraza a Remo y le clava las uñas, le dice en inglés: ¿Sabes cómo te quiero? Remo no comprende el inglés, pero sabe que Miss Fielding es idéntica a un gato y no la quiere y baja las orejas.

29 de septiembre.

Miss Fielding me ve tal vez como a un demonio. Siente un horror profundo por mí y es porque empieza a comprender el significado de este diario, donde tendrá que seguir ruborizándose, dócil, obedeciendo al destino que yo le infligiré, con un temor que no siento por nada ni por nadie.

5 de octubre.

Roberto Cárdenas vino a comer por primera vez esta noche. En seguida

reconocí al señor, con los ojos azules, que había visto durante el verano, en la playa, conversando con mi madre. Me saludó con amabilidad. Yo apenas le contesté. Miss Fielding se ruborizó violentamente.
Remo, el perro de Miguel, murió en un accidente.

Interrumpo este diario, como lo interrumpí entonces, con estupor, el 5 de octubre, a las doce de la noche, al comprobar que todo lo que Porfiria había escrito en su diario hacía casi un año estaba cumpliéndose.
Roberto Cárdenas había venido a comer esa noche por primera vez. Y ahí tenía, ante mis ojos, la fecha increíble, 5 de octubre, escrita sobre la página del diario, como un testimonio mágico, infernal. El cuaderno había estado en mi poder todo ese tiempo. Me constaba que Porfiria no había podido tocarlo ni durante todos esos días, ni hoy, después de la comida. Qué horrible misterio alimentaba diariamente las páginas de este diario. Recuerdo que no dormí en toda la noche, presa de inexplicables temores.
A la mañana siguiente, le pregunté a Porfiria si no había agregado anotaciones nuevas al diario. ¡Demasiado bien sabía que no lo había tocado! Le señalé con un vago temor la distracción que había tenido en anticipar las fechas. Me miró con asombro. Abriendo desmesuradamente los ojos, me dijo con exaltación inusitada:
-Escribir antes o después que sucedan las cosas es lo mismo: inventar es más fácil que recordar.
Confieso que la inteligente, la dulce Porfiria, me pareció presa de algún demonio. Sentí ese día horror por ella, y a la noche, en la soledad de mi habitación, leí las páginas siguientes del diario.

26 de octubre.

Roberto Cárdenas y mi madre se despiden como si temieran no verse nunca más. ¿Qué secretos terribles se dicen en la oscuridad de la sala cuando pasa el tranvía? Miss Fielding es muy celosa. ¿Los gatos son celosos?
Hoy nos pidieron a Miss Fielding y a mí que tocáramos el piano a cuatro manos. Miss Fielding, tristemente, se sentó al piano y yo a su lado, en el taburete. En la madera brillante del piano yo veía a mi madre que lloraba y a Roberto Cárdenas que le besaba las manos para consolarla.
Mi madre llora sin lágrimas con frecuencia. Sabe que Miss Fielding me lastima. Sabe que Miss Fielding no es un ser humano, pero no se atreve a despedirla, porque le tiene miedo.

5 de noviembre.

Estar enamorada, no significa amar a un hombre: puede uno estar

enamorado sin amar a nadie. Una fotografía, una puesta de sol, un perfume, un ángel o una música bastan.

20 de noviembre.

Quisiera ser pruebista. Vestirme con un traje verde y brillante. Un pruebista se parece mucho a un ángel; cuando salta en los trapecios, otro ángel lo recibe en sus brazos.

4 de diciembre.

Tengo un presentimiento. Nuestro fin se acerca. Algunas personas tienen caras de criminales cuando se les acerca la muerte; inconscientemente adoptan la cara que imaginan que tiene la muerte.
Ayer hablamos con Miss Fielding de la muerte, del suicidio, del crimen. No son conversaciones para tener con niños.

5 de diciembre.

Hace calor. Miss Fielding volvió del campo con un enorme ramo de flores. Las arregló en los floreros del comedor. Mi madre no las agradeció, porque es orgullosa.
El sol amarillo brilla sobre las calles y las casas todavía, y ya es tarde.
Miss Fielding está enamorada de Miguel. Así tienen que ser las institutrices con los discípulos y no tratarlos con la rudeza con que me trata a mí. Pero Miguel no es el discípulo de Miss Fielding, es el discípulo de un gato. Soy yo la discípula y es de mí de quien tiene que ocuparse, y no arañarme como un felino; se lo dije a mi madre.

8 de diciembre.

Fui a misa con Miguel y Miss Fielding.
Trataré de alejarlos. No me importa que me odien. Cuando uno no consigue el afecto que reclama, el odio es un alivio. El odio es lo único que puede reemplazar al amor.
Conseguí que me pegara, que me clavara las uñas de nuevo. He triunfado, exasperándola.

9 de diciembre.

Podría matar a Miss Fielding sin remordimiento. Si lloré por la muerte de Remo no lloraría por la de ella, como ella no lloraría por la mía.

15 de diciembre.

Es como si una voz me dictara las palabras de este diario: la oigo en la noche, en la oscuridad desesperada de mi cuarto.
Puedo ser cruel, pero esta voz lo puede infinitamente más que yo. Temo el desenlace, como lo temerá Miss Fielding.

De nuevo cerré el diario. Lo tuve guardado dos días. Pensé que si no lo leía, tal vez el diario dejaría de existir; yo rompería su encantamiento, ignorándolo. Creo innecesario describir mi angustia, mi tortura, mi humillación.
Todas las cosas que me han sucedido las leo en este diario.
Leí las últimas páginas: no pude evitarlo.
Hablará por mí el diario de Porfiria Bernal. Me falta vivir sus últimas páginas.

20 de diciembre.

Me he contemplado largamente en el espejo, para decirme adiós,
como si los espejos del mundo fueran a desaparecer para siempre. Creo que existo porque me veo.
Miss Fielding me asusta. Todos los gatos me asustan, Les doy de comer para que no me odien.

21 de diciembre.

¿Cuándo comenzó nuestra enemistad? El día que los vi con las dos cabezas juntas, leyendo un libro de poesía. Miss Fielding me ha perdonado todo, menos eso tal vez. Me guarda el rencor de los gatos por los perros o de los malos discípulos por sus maestros.

22 de diciembre.

Uno desea, en el fondo de su alma, que llegue pronto el día de la tragedia.
Miss Fielding me arañó tres veces hoy.

23 de diciembre.

Fuimos al Tigre. El cielo cubría de reflejos el agua. La canoa verde se deslizaba silenciosa. Por un instante nos olvidamos de todo. Almorzamos debajo de los sauces. A las cinco de la tarde, Miss Fielding me miró con

horror. ¿Qué había visto? La sombra de un gato. Cuando las personas están por transformarse ven una sombra que las persigue, que les anuncia el porvenir.

24 de diciembre.

Miss Fielding me regaló un libro; yo le regalé un gato de porcelana.
Subimos a la azotea, con Miss Fielding, como siempre lo hacemos cuando llegan los días calurosos. La baranda es endeble. La altura de una casa de cuatro pisos no puede dar vértigo a nadie. Miss Fielding dice que siente vértigo en cualquier parte donde se encuentra, desde una altura grande o pequeña. Sin embargo, cuando estábamos en el campo se subía al molino.
Déme la mano-me dijo al pasar por la parte más angosta de la escalerita.
Tenía las manos heladas y temblaba. Me clavó las uñas. Me sorprendió de nuevo con su cara de gato; se lo dije. Alcanzamos a ver el río. De pronto perdí pie. ¿Es Miss Fielding que me ha empujado? Trato de asirme a los barrotes de hierro.
No caí afuera; caí sobre las baldosas, desmayada. Oí un grito estridente, desgarrador. Era la sirena del puerto, la que he oído, siempre a esa hora de la tarde.

26 de diciembre.

Miss Fielding trató de matarme. No se lo diré a nadie. Ella cree que duermo. Por la ventana abierta veo la plaza San Martín, donde florecen las primeras tumbergias. Brillan las palmas y el cielo de Buenos Aires se extiende hasta el río amarillo. Estoy en cama. Me permiten tomar una taza de chocolate. Por la puerta entreabierta veo que Miss Fielding prepara el chocolate. Hierve la leche en un calentador. Ya no podrá traerme la taza. Se ha cubierto de pelos, se ha achicado, se ha escondido; por la ventana abierta, da un brinco y se detiene en la balaustrada del balcón. Luego da otro brinco y se aleja. Mi madre se alegrará de no tenerla más en la casa. Comía mucho, sabía todos los secretos de la casa. Me arañaba. Mi madre la temía aún más que yo. Ahora Miss Fielding es inofensiva y se perderá por las calles de Buenos Aires. Cuando la encuentre, si algún día la encuentro, le gritaré, para burlarme de ella: "Mish Fielding, Mish Fielding" y ella se hará la desentendida, porque siempre fue una hipócrita, como los gatos.

Las invitadas

Para las vacaciones de invierno, los padres de Lucio habían planeado un viaje al Brasil. Querían mostrar a Lucio el Corcovado, el Pan de Azúcar,

Tiyuca y admirar de nuevo los paisajes a través de los ojos del niño.
Lucio enfermó de rubéola: esto no era grave, pero "con esa cara y brazos de sémola", como decía su madre, no podía viajar.
Resolvieron dejarlo a cargo de una antigua criada, muy buena. Antes de partir recomendaron a la mujer que para el cumpleaños del niño, que era en esos días, comprara una torta con velas, aunque no fueran a compartirla sus amiguitos, que no asistirían a la fiesta por el inevitable miedo al contagio.
Con alegría, Lucio se despidió de sus padres: pensaba que esa despedida lo acercaba al día del cumpleaños, tan importante para él. Prometieron los padres traerle del Brasil, para consolarlo, aunque no tuvieran de qué consolarlo, un cuadro con el Corcovado, hecho con alas de mariposas, un cortaplumas de madera con un paisaje del Pan de Azúcar, pintado en el mango, y un anteojito de larga vista, donde podría ver los paisajes más importantes de Río de Janeiro, con sus palmeras, o de Brasilia, con su tierra roja.
El día consagrado, en la esperanza de Lucio, a la felicidad tardó en llegar. Vastas zonas de tristeza empañaron su advenimiento, pero una mañana, para él tan diferente de otras mañanas, sobre la mesa del dormitorio de Lucio brilló por fin la torta con seis velas, que había comprado la criada, cumpliendo con las instrucciones de la dueña de casa. También brilló, en la puerta de entrada, una bicicleta nueva, pintada de amarillo, regalo dejado por los padres.
Esperar cuando no es necesario es indignante; por eso la criada quiso celebrar el cumpleaños, encender las velas y saborear la torta a la hora del almuerzo, pero Lucio protestó, diciendo que vendrían sus invitados por la tarde.
-Por la tarde la torta cae pesada al estómago, como la naranja que por la mañana es de oro, por la tarde de plata y por la noche mata. No vendrán los invitados -dijo la criada-. Las madres no los dejarán venir, de miedo al contagio. Ya se lo dijeron a tu mamá.
Lucio no quiso entender razones. Después de la riña, la criada y el niño no se hablaron hasta la hora del té. Ella durmió la siesta y él miró por la ventana, esperando.
A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando.
-Ningún varón entre estos invitados. ¡Qué extraño! -exclamó la criada-. ¿Cómo te llamas? -preguntó a una de las niñas que se le antojó más simpática que las otras.

-Me llamo Livia.
Simultáneamente las otras dijeron sus nombres y entraron.
-Señoras, hagan el favor de pasar y de sentarse -la criada dijo a las señoras, que obedecieron en el acto.
Lucio se detuvo en la puerta del cuarto. ¡Ya parecía más grande! Una por una, mirándolas en los ojos, mirándoles las manos y los pies, dando un paso hacia atrás para verlas de arriba abajo, saludó a las niñas.
Alicia llevaba un vestido de lana, muy ceñido, y un gorro tejido con punto de arroz, de esos antiguos, que están a la moda. Era una suerte de viejita, que olía a alcanfor. De sus bolsillos caían, cuando sacaba su pañuelo, bolitas de naftalina, que recogía y que volvía a guardar. Era precoz, sin duda, pues la expresión de su cara demostraba una honda preocupación por cuanto hacían alrededor de ella. Su preocupación provenía de las cintas del pelo que las otras niñas tironeaban y de un paquete que traía apretado entre sus brazos y del cual no quería desprenderse. Este paquete contenía un regalo de cumpleaños. Un regalo que el pobre Lucio jamás recibiría.
Livia era exuberante. Su mirada parecía encenderse y apagarse como la de esas muñecas que se manejan con pilas eléctricas. Tan exuberante como cariñosa, abrazó a Lucio y lo llevó a un rincón, para decirle un secreto: el regalo que le traía. No necesitaba de ninguna palabra para hablar; este detalle desagradable para cualquiera que no fuera Lucio, en ese momento, parecía una burla para los demás. En un diminuto paquete, que ella misma desenvolvió, pues no podía soportar la lentitud con que Lucio lo desenvolvería, había dos muñecos toscos imantados que se besaban irresistiblemente en la boca, estirando los cuellos, cuando estaban a determinada distancia el uno del otro. Durante un largo rato, la niña mostró a Lucio cómo había que manejar los muñecos, para que las posturas fueran más perfectas o más raras. Dentro del mismo paquetito había también una perdiz que silbaba y un cocodrilo verde. Los regalos o el encanto de la niña cautivaron totalmente la atención de Lucio, que desatendió al resto de la comitiva, para esconderse en un rincón de la casa con ellos.
Irma, que tenía los puños, los labios apretados, la falda rota y las rodillas arañadas, enfurecida por el recibimiento de Lucio, por su deferencia por los regalos y por la niña exuberante que susurraba en los rincones, golpeó a Lucio en la cara con una energía digna de un varón, y no contenta con eso rompió a puntapiés la perdiz y el cocodrilo, que quedaron en el suelo, mientras las madres de las niñas, unas hipócritas, según lo afirmó la criada, lamentaban el desastre ocurrido en un día tan importante.
La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las

velas.
Angela, que estaba vestida con un traje de organdí lleno de entredoses y de puntillas, era distante y fría; no quiso probar ni un confite de la torta, ni siquiera mirarla, porque en su casa, según su testimonio, para los cumpleaños, las tortas contenían sorpresas. No quiso beber la taza de chocolate porque tenía nata y cuando le trajeron el colador, se ofendió y, diciendo que no era una bebita, tiró todo al suelo. No se enteró, o fingió no enterarse, de la riña que hubo entre Lucio y las dos niñas apasionadas (ella era más fuerte que Irma, así lo afirmó), tampoco se enteró del escándalo provocado por Milona y Elvira, porque, según sus declaraciones, sólo los estúpidos asisten a fiestas cursis, y ella prefería pensar en otros cumpleaños más felices.
-¿Para qué vienen a estas fiestas las niñas que no quieren hablar con nadie, que se sientan aparte, que desprecian los manjares preparados con amor? Desde chiquitas son aguafiestas -rezongó la criada ofendida, dirigiéndose a la madre de Alicia.
-No se aflija -contestó la señora-, todas se parecen.
-¡Cómo no voy a afligirme! Son unas atrevidas: soplan sobre las velas, cortan la torta sin ser el niño del cumpleaños.
Milona era muy rosada.
-No me da ningún trabajo para hacerla comer -decía la madre, relamiéndose los labios-. No le regale muñecas, ni libros, porque no los mirará. Ella reclama bombones, masas. Hasta el dulce de membrillo ordinario le gusta con locura. Su juego favorito es el de las comiditas.
Elvira era muy fea. Aceitoso pelo negro le cubría los ojos. Nunca miraba de frente. Un color verde, de aceituna, se extendía sobre sus mejillas; padecía del hígado, sin duda. Al ver el único regalo, que había quedado sobre una mesa, lanzó una carcajada estridente.
-Hay que poner en penitencia a las chicas que regalan cosas feas. ¿No es cierto, mamá? -dijo a su madre.
Al pasar frente a la mesa, consiguió barrer con su pelo largo, enmarañado, los dos muñecos, que se besaron en el suelo.

-Teresa, Teresa -llamaban las invitadas.
Teresa no contestaba. Tan indiferente como Angela, pero menos erguida, apenas abría los ojos. Su madre dijo que tenía sueño: la enfermedad del sueño. Se hace la dormida.
-Duerme hasta cuando se divierte. Es una felicidad, porque me deja tranquila -agregó.
Teresa no era del todo fea; parecía, a veces, hasta simpática, pero era monstruosa si uno la comparaba con las otras niñas. Tenía párpados pesados y papada, que no correspondían a su edad. Por momentos parecía

muy buena, pero hay que desengañarse: cuando una de las niñas cayó al suelo por su culpa, no acudió en su ayuda y quedó repantingada en la silla, dando gruñidos, mirando el cielo raso, diciendo que estaba cansada.
"Qué cumpleaños", pensó la criada, después de la fiesta. "Una sola invitada trajo un regalo. No hablemos del resto. Una se comió toda la torta; otra rompió los juguetes y lastimó a Lucio; otra se llevó el regalo que trajo; otra dijo cosas desagradables, que sólo dicen las personas mayores, y con su cara de pan crudo ni me saludó al irse; otra se quedó sentada en un rincón como una cataplasma, sin sangre en las venas; y otra, ¡Dios me libre!, me parece que se llamaba Elvira, tenía cara de víbora, de mal agüero; pero creo que Lucio se enamoró de una, ¡la del regalo!, sólo por interés. Ella supo conquistarlo sin ser bonita. Las mujeres son peores que los varones. Es inútil."

Cuando volvieron de su viaje los padres de Lucio, no supieron quiénes fueron las niñas que lo habían visitado para el día de su cumpleaños y pensaron que su hijo tenía relaciones clandestinas, lo que era, y probablemente seguiría siendo, cierto.
Pero Lucio ya era un hombrecito.

La piedra

Al salir de su casa Valerio tenía que cruzar un terreno baldío. Ahí eran tan habituales la palmera contra el muro como el mendigo en el suelo. El mendigo, casi adolescente, parecía disfrazado: su barba era muy personal y, a pesar de estar enmarañada, muy sedosa. Valerio se detuvo junto al mendigo. No fue el espectáculo de su miseria lo que le llamó la atención, no fue la originalidad de los harapos, sino una piedra opaca y oscura para un observador inexperto que se le antojó traslúcida, verdosa y azul, y que servía, con un ladrillo, de soporte a una cacerola rota, donde el mendigo sin duda cocinaría, pues la tierra en el suelo estaba cubierta de ceniza y de papeles quemados. Valerio, deslumbrado, miró la piedra y pidió permiso al mendigo para tomarla en sus manos. El mendigo se la alcanzó con recelo.
-¿Qué piedra será? -le preguntó Valerio-. De Menfis, de caramelo, de Frigia, de Amazonas, de Mártires.
Escupió, y con un pañuelo sacó brillo a la piedra. No pudo clasificarla, pero lo llenó de concupiscencia.
-¿No me la vende? -preguntó Valerio al mendigo, con la voz mal asegurada. En sus negocios nunca había tratado con gente tan decente.
-Tengo una casa de antigüedades. Esta pieza es valiosa o podría pasar por valiosa. ¿No me la vende?
El mendigo lo miraba sin verlo.

-Además -prosiguió Valerio- no es para venderla que la quiero; es para guardarla. ¿No me la vende?
Sin dejar de mirar un punto fijo donde seguramente miraba algo que no estaba ahí, el mendigo respondió:
-Por nada del mundo.
-¿Para qué le sirve esta piedra? ¡Si fuera coleccionista!
-Es mía -respondió el mendigo.
-La propiedad es un robo -contestó Valerio-. ¿No lo sabe?
-Todo lo que hay aquí es mío -dijo el mendigo, como si no hubiera oído.
-¿Qué? -preguntó Valerio, examinando siempre la piedra.
-Mire -dijo el mendigo, señalando con el índice-. ¿Ve todas esas cosas? -Valerio vio que el mendigo señalaba las paredes medianeras de las casas. En el primer momento no comprendió de qué se trataba, pero luego vio lo único que había en esas paredes: dibujos de peces, de perros, de casitas, de sillas, de relojes.
-Usted se parece a todo el mundo: ¡no quiere desprenderse de nada! -exclamó Valerio encogiéndose de hombros-. ¡Qué desilusión!
-A veces tengo que entrar en cuatro patas a mi casa.
-Es claro -dijo Valerio mirando el dibujo de una casilla de perro.
-Otras veces tengo que subir, subir, subir por una escalera larguísima para entrar en una casa demasiado grande para mí. Son casas para familias numerosas. ¡Qué se le va a hacer! Una vez me asusté, pues sólo encontré palabras escritas; por suerte, duraron pocos días, de otro modo hubiera muerto de hambre y de frío. No puedo quejarme. Siempre encuentro pan lechuguitas, fruta, leche, carne, hasta pescado con vino. Pero esas cosas no valen tanto para mí como la piedra. ¡Todo lo demás lo regalaría, pero la piedra, no!
-Es una locura. Sea razonable. ¿Para qué la necesita?
-Es mi compañera. Tiene corazón. Acérquesela al oído: lo oirá latir.
Valerio acercó la piedra a su oído.
-Le convendría venderla por eso mismo -insistió-. No es bueno oír los latidos del corazón de nadie, ni del propio, que es ruidoso. Uno termina por creerse enfermo. Además, usted podría ganar mucho dinero. Yo se la compraría. ¿No necesita plata? -inquirió Valerio.
-No. Todo me lo dan estas paredes. El pan, la leche, el vino los géneros con que estoy vestido, las sillas donde me siento.
-La piedra, en cambio, ¿para qué le sirve?
-No crea. Por ejemplo, el género en seguida se gasta. El pan, la leche, el vino, en seguida desaparecen dentro de mi barriga. -Al reír, el mendigo mostró sus dientes brillantes.
-Pero lo que hay en la piedra aunque quisiera no lo podría gastar -prosiguió con un suspiro-. ¡Qué se le va a hacer!

-¿Usted dibuja? -preguntó Valerio.
-¿Yo? No estoy loco.
-¿Qué hace?
-Nada. En cuanto despierto de la siesta encuentro todo listo. No sé qué me esperará hoy, pero todo me hace falta. Este bastoncito -señaló un palote que estaba dibujado en la pared-, aquí lo tengo, para castigar a las hormigas -dijo, empuñando un palo verdadero.
-Entonces, ¿no me vende la piedra?
-No.
"Quisiera tener esa piedra", pensó Valerio, alejándose del terreno baldío. "Total, el hombre está loco y será fácil quitársela con alguna artimaña."
Al día siguiente, a la hora de la siesta, Valerio pasó por el terreno baldío. El mendigo dormía profundamente. Un grupo de colegiales hacía dibujos en las paredes, con tiza y con carbonilla. Valerio se detuvo a mirar la palmera que tenía en el nacimiento de sus hojas un enorme e inalcanzable racimo de coquitos amarillos.
-¿No les gustan los coquitos? -preguntó a los colegiales, que dejaron de dibujar-. A mí me gustaban con locura, cuando era chico.
-Che, busquemos un palo -dijo uno de los niños.
-No hay ninguno -dijo otro, buscando en el suelo, sin ver el palo del mendigo-. ¿Con qué los bajamos?
-Con una piedra. Tampoco hay piedras.
-Trépate.
-¿Soy un mono? ¿O querés que me rompa el alma?
-Las dos cosas.
-Sos basura.
Valerio giró sus ojos, señalando, al más ávido de los niños, la piedra del mendigo. El niño comprendió en el acto y la recogió. Ensayó su puntería. De la palmera cayó una lluvia de coquitos, aplastados o verdes. Los niños se abalanzaron a juntarlos. Valerio recogió la piedra furtivamente y siguió su camino silbando. "¿Quién siente escrúpulos por robar una piedra?", pensó. "No tengo que ser idiota."
Cuando llegó a su casa, lavó la piedra con agua y jabón, la cepilló y la puso sobre la mesa. La piedra latía en cuanto la acercaba al oído: tenía un corazón. Pero ésa no era la única virtud: sudaba, y una piedra que suda es fétida, respiraba, y una piedra que respira da miedo. Una noche le vio una cara con ojos parpadeantes. No pensó sino en devolver la piedra al mendigo.
A la mañana siguiente fue a buscar al mendigo. Llevaba la piedra envuelta en papel de diario. No había nadie. Debajo de la cacerola puso dinero, pensando que en caso de no poder devolverle la piedra, convendría pagársela de algún modo.

Al otro día, cuando salió, pregunto a un vigilante que merodeaba por ahí:
-¿No vio al mendigo?
El vigilante le preguntó:
-¿Le robó algo?
Con el pie empujó la cacerola. Valerio vio la plata que había puesto el día anterior.
-No, no me robó nada -dijo Valerio asustado.
-Y ese dinero, ¿a quién se lo habrá robado?
-Será una limosna -respondió Valerio.
-Me parece sospechoso que la deje ahí tirada. ¿Y hoy quién da limosna? Los teléfonos públicos cuando largan monedas.
-¿Por qué va a ser sospechoso? -dijo, pero no quiso insistir y se alejó apesadumbrado, pensando que no volvería a encontrar al mendigo.
Al día siguiente salió muy temprano de su casa, pero sin la piedra, y encontró al mendigo.
-Lo busqué todos estos días para devolverle la piedra -dijo Valerio-. Un chico la robó.
El mendigo sonrió misteriosamente.
-Voy a buscarla -dijo Valerio aterrado.
-Espéreme -dijo el mendigo, poniéndose de pie, dispuesto a seguirlo.
Valerio lo condujo de mala gana a su casa. Entraron. Lo llevó junto a la mesa donde estaba la piedra. El mendigo miró la piedra y se sentó en el suelo, tan a gusto, como si hubiera estado en el terreno baldío. Valerio, en cambio, se halló incomodo como en el terreno baldío. Para distraerse, alcanzó una taza de leche con pan al mendigo. Éste miro a su alrededor y dijo con voz adolescente:
-Aquí también.
-Aquí también ¿qué? -inquirió Valerio.
-Aquí también todo es mío.
Prosiguieron en un dialogo onomatopéyico. Unos minutos después, Valerio salió de su casa y se dirigió al baldío. Se sentó en el suelo. Recogió un coquito aplastado por el taco de algún zapato y se lo comió; después comió otro más aplastado aún.
La luz del poniente iluminaba los dibujos que los colegiales habían hecho al salir del colegio. Las hojas de los árboles, por donde se filtraban los rayos de sol, proyectaban redondeles, óvalos, rombos, trapecios, líneas que coloreaban los dibujos. Esas luces de colores le recordaban las luces que proyectaban los caireles de las arañas, sobre los adornos de su casa, a la luz del sol. El recuerdo era lejano.
Buscó los objetos más raros entre los dibujos: un cigüeñal, un velocípedo, una grúa. ¿Para que le servirían? "Manías de coleccionista", pensó.
-¿Cómo será sufrir en carne propia una metamorfosis?- suelen preguntarse

las personas que, para bien o para mal, dejan de ser ellas mismas. Mirra transformada en árbol, Acteón en cuervo, Ayax en jacinto, Lelaps en estatua, los piratas tirrenos en delfines, el Zorro de Tebas en piedra, lo habrán sabido.
Si tuviera un espejo, objeto que los niños no dibujan, Valerio vería que su barba ha crecido.

Los mastines del templo de Adrano
Los sagrados mastines, ministros y sirvientes de Adrano, son más hermosos que los perros de Molosia. El templo donde viven, en Adrano, nunca es demasiado claro ni demasiado oscuro: una luz celeste o dorada se filtra por los vidrios de la cúpula. El lujo del templo no consiste en los adornos o en las proporciones del edificio, como algunos creen, sino en sus famosos reflejos. Durante el día los mastines reciben, atienden y acompañan a la gente que visita el altar y el bosque; pero de noche guían con bondad a los que, embriagados a veces, vacilan por la senda, para llegar a sus casas; castigan, rompiéndoles los vestidos, a los que en el camino se deleitan en groseras travesuras; desmembran con ferocidad a los que se dedican a robar o a cometer otros delitos.
Más les hubiera valido a Helena y a Cristóbal, el día que visitaron el templo, no haberse enamorado. Fue a la hora del atardecer. La luz celeste que se filtra por los vidrios de la cúpula iluminaba los dos rostros conmovidos. Se amaron. Al volver, aquella noche, escoltados por los mastines, deslumbrados por las estrellas, por el amor que los unía, no sabiendo cómo expresar la alegría que les embargaba el alma, rieron como niños, con esos juegos tan cándidos y ruidosos del amor, que consiste en enojarse y desenojarse por todo y por nada. Entraron en una cabaña abandonada para echarse en los brazos el uno del otro como amantes. Los mastines, inquietos, los miraban: a ellos también, cuando estaban cansados, cualquier lugar les servía de lecho.
Pero algo insólito sucedía: la pareja no dormía: arrullaba como una horrible paloma delictuosa. Una extraña risa, que parecía un llanto, brotaba de las gargantas. Los mastines saltaron sobre los enamorados y les desgarraron las vestiduras. Con un cuchillo Cristóbal defendió a Helena. Los mastines heridos se enardecieron y los destrozaron. Siempre unidos, los dos enamorados cayeron al suelo, muertos. Entonces, como entendiendo que habían cometido un crimen, los mastines rodearon a la pareja y levantaron las cabezas hacia el cielo sin luna y aullaron hasta la hora en que salió el sol y no volvieron al templo, donde los esperaban.

FIN